

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE MEDICINA**



TESIS DOCTORAL

**El impacto emocional de la Primera Guerra Mundial en los
soldados del ejército británico**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Sergio Savoini Arévalo

DIRIGIDA POR

**María Isabel Morente Parra
Ángel Luis González de Pablo**

Madrid

© Sergio Savoini Arévalo, 2024

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE MEDICINA



TESIS DOCTORAL

El impacto emocional de la Primera Guerra Mundial en los soldados del ejército británico

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Sergio Savoini Arévalo

DIRECTORES

María Isabel Morente Parra
Ángel Luis González de Pablo



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

**El impacto emocional de la Primera Guerra Mundial en los
soldados del ejército británico**

Autor: Sergio Savoini Arévalo

Directores: María Isabel Morente Parra y Ángel González de Pablo

FACULTAD DE MEDICINA

Doctorado en Investigación en Ciencias Médico-Quirúrgicas

Agradecimientos

Durante los años que he dedicado a esta investigación ha sido habitual que amigos y conocidos se refiriesen al trabajo que estaba realizando como solitario; sin embargo, estoy seguro de que no estaría escribiendo estas líneas de haber estado solo en este camino. De hecho, son muchas las personas que me han acompañado durante estos años y de las que no querría olvidarme en estos momentos.

En primer lugar, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mis directores. A Maribel, quien me contagió y me contagia su pasión por la Historia en cada conversación, que ha confiado en mí mucho más de lo que yo hacía en ocasiones, que me ha mostrado el camino a seguir cuando estaba perdido y cuyas enseñanzas guardo como un tesoro. A Ángel, que asumió la codirección de esta tesis cuando ya estaba planteada y cuyos consejos y aportaciones han dado forma a esta investigación.

A mis amigos de natación, Eva, Mario, Charly, Andrés y Víctor, con los que he compartido momentos muy especiales en el pasado y que me han ayudado a ver la luz en los momentos difíciles. A mis entrenadores Ángela y Carlos, que me enseñaron que la disciplina, el trabajo diario y el sacrificio son necesarios para la consecución de cualquier objetivo deportivo, académico o vital.

A mis compañeras y amigas de la UCI Ana, Itziar, Virginia, Susana y Oliver, gracias a las cuales he deseado ir al hospital porque los turnos de trabajo eran mucho más cortos y amenos de lo que cabría esperar en un servicio tan duro, y que han hecho posible que pudiese compaginar esta investigación con mi labor como enfermero.

A Lidia, que llegaste en un momento de locura y estrés y llenaste mi vida de paz y tranquilidad desde el primer día.

Y por último a mis padres y a mi hermana, por enseñarme a valorar los pequeños placeres de la vida diaria, por acompañarme pacientemente durante todo este proceso y darme su cariño en todo momento, haciendo posible que pudiera llevar a cabo este trabajo.

ÍNDICE

Resumen	V
Abstract.....	VII
INTRODUCCIÓN	1
1. La carta como documento histórico.....	10
2. Historia de las emociones, emociones en la historia	15
3. Objetivos.....	24
4. Criterios metodológicos.....	25
4.1. Algunos protagonistas.....	43
PARTE I HOMBRES DE HONOR.....	47
1. Gran Bretaña en 1914	49
1.1. Gran Bretaña en el continente	50
1.2. La sociedad británica.....	55
2. Gran Bretaña en guerra: el control de las emociones	64
2.1. La batalla por la opinión pública.....	68
2.1.1. Persuasión	72
2.1.2. Desinformación.....	75
2.1.3. La mentira	77
2.2. Escribir en tiempos de guerra.....	82
2.2.1. La censura postal.....	91
2.2.1.1. Reacciones a la censura	94
2.2.1.2. La experiencia de los oficiales censores.....	97
2.2.2. La importancia de la correspondencia	101
3. El inicio de la experiencia militar. Del orgullo al valor.....	111
3.1. Los soldados profesionales de la British Expeditionary Force	116
3.2. Alistarse en Irlanda	119
3.3. Entrenamiento y movilización	124

4.	El bautismo de fuego	133
4.1.	La pérdida de compañeros	141
PARTE II LA REALIDAD EMOCIONAL DE LA GUERRA. ENTRE LA RUTINA Y EL MIEDO.....		149
1.	Vida en las trincheras.....	151
1.1.	La alimentación de los soldados	162
1.2.	Otras batallas: las enfermedades	169
1.3.	Retaguardia	177
1.4.	La batalla de Galípoli	183
2.	El grupo como refugio emocional	189
2.1.	La visión de los oficiales.....	201
2.2.	Cartas de condolencia	207
3.	El camino hacia la guerra total. Entre el miedo y la ira	213
3.1.	La transformación del campo de batalla	217
3.1.1.	Un verdor terrible.....	230
3.1.2.	Carros de combate.....	239
3.2.	La guerra en el mar	242
3.3.	La guerra en el aire.....	249
4.	El apoyo sanitario a los ejércitos	257
4.1.	Personal sanitario, ¿héroes o villanos?.....	265
4.2.	Cartas desde el hospital.....	275
PARTE III HUELLAS DEL CONFLICTO EMOCIONAL.....		285
1.	Sobre la esperanza de los combatientes.....	287
1.1.	La religión como refugio.....	294
1.2.	Prisioneros de guerra.....	301
2.	Sufrimiento emocional y sufrimiento psicológico	306
2.1.	La debilidad de los soldados rasos	315
2.2.	La experiencia de los oficiales	319
2.2.1.	El estrés de la guerra moderna	324
2.3.	El deseo de escapar	329

3. El final de la guerra	341
3.1. Secuelas físicas y psicológicas.....	345
 CONCLUSIONES	 351
 ÍNDICE ONOMÁSTICO	 365
 ÍNDICE DE FIGURAS.....	 369
 ÍNDICE DE TABLAS	 371
 BIBLIOGRAFÍA	 373

Resumen

En esta investigación abordamos el estudio de la esfera emocional de los soldados británicos que combatieron en la Primera Guerra Mundial, partiendo de la consideración de que este fue el conflicto que inauguró lo que se ha denominado guerra moderna e inició el camino hacia la guerra total que ha caracterizado los conflictos posteriores. Con el objetivo de describir y analizar las experiencias y emociones de los soldados británicos durante su periplo en la Primera Guerra Mundial, sustentamos nuestra investigación en el análisis de la correspondencia de 120 soldados británicos conservada en los archivos de Europeana 1914-1918, The National Archives y el Imperial War Museum, sumando un total de 828 cartas.

Considerando que cada epístola aporta información de un escenario concreto en un tiempo determinado, abordaremos el análisis de la correspondencia desde la perspectiva de la microhistoria e historia de las emociones, lo que nos ha proporcionado una visión del conjunto de experiencias del conflicto más allá del combate en el frente occidental. Por ello, hemos organizado el análisis y el discurso obedeciendo a un orden cronológico desde el alistamiento de los soldados en el ejército hasta el final de su servicio militar. Tras lo cual dividimos los resultados en tres partes con el objetivo de presentar de manera ordenada los sucesos y temáticas descritos en los diferentes escenarios en los que sirvieron durante la guerra.

En la primera parte recuperamos aquellos elementos de los que se sirvieron el gobierno y el ejército para crear un ambiente idílico para los soldados británicos. Desde los valores difundidos durante las décadas anteriores al conflicto, que habían moldeado su mentalidad para que asumieran la defensa del Imperio, hasta las experiencias “agradables” del servicio militar como el adiestramiento, el ejercicio físico o la camaradería que estimulaban la confianza en obtener una victoria rápida. Finalizamos este apartado con el análisis del efecto que tuvo el bautismo de fuego en los soldados como punto de inflexión en las emociones plasmadas en la correspondencia.

A continuación, abordamos el análisis de aquellas experiencias de la vida diaria que se sucedieron durante los cuatro años de conflicto en las trincheras del frente occidental, la escalada de violencia, la introducción de nuevas armas, tácticas militares y la proliferación de frentes en otros territorios. Experiencias que infundían un miedo constante en los combatientes, quienes acababan por insensibilizarse ante la visión de las atrocidades o sucumbían emocional y psicológicamente. En este sentido, destacamos la

importancia de las relaciones establecidas entre los soldados como mecanismo para fomentar la resistencia física y mental ante las experiencias traumáticas de la guerra.

En el tercer apartado consideramos los mecanismos y herramientas de las que disponían los soldados, o que debían desarrollar para alcanzar y mantener un equilibrio emocional en el que no se dejasen gobernar por el miedo o la desesperanza. Por todo ello, constatamos desde las narrativas de los combatientes, las profundas huellas sufridas en la esfera emocional y psicológica que este conflicto dejó, también manifestada por el aumento de soldados que causaron baja por motivos psicológicos.

Entre las conclusiones alcanzadas, destacamos la identificación de diferentes estímulos y experiencias a lo largo del conflicto que tuvieron un impacto en la esfera emocional de los combatientes, evidente en las cartas enviadas a sus familias. Estas experiencias cuestionaban el ambiente idílico que el gobierno y el ejército británico habían creado desde el inicio de la contienda, siendo los soldados conscientes desde entonces del alto riesgo al que estaban expuestos. A partir de experiencias como la pérdida de compañeros o el bautismo de fuego, las cartas de los combatientes reproducen un conflicto emocional en el que el miedo y la desesperación dominan algunas narraciones, estimulando en los soldados el deseo de huir del frente. Estas emociones, que por sí solas eran opuestas a las asociadas al soldado ideal, estimulaban comportamientos contrarios a los que se suponía que debía adoptar un soldado, incrementando el nivel de estrés y sufrimiento emocional de los soldados en un contexto en el que era relativamente fácil que desarrollaran síntomas psicológicos y enfermedades mentales con consecuencias para el resto de la vida de muchos veteranos.

Abstract

In this research we approach the study of the emotional sphere of the British soldiers who fought in the First World War, starting from the consideration that this was the conflict that inaugurated what has been called modern warfare and initiated the path towards the total war that has characterized subsequent conflicts. With the aim of describing and analyzing the experiences and emotions of British soldiers during their journey in the First World War, we based our research on the analysis of the correspondence of 120 British soldiers preserved in the archives of Europeana 1914-1918, The National Archives and the Imperial War Museum, totaling 828 letters.

Considering that each epistle provides information on a specific scenario at a specific time, we will approach the analysis of the correspondence from the perspective of microhistory and history of emotions, which has provided us with a vision of the whole experience of the conflict beyond the combat on the western front. Therefore, we have organized the analysis and discourse in chronological order from the soldiers' enlistment in the army to the end of their military service. We then divided the results into three parts in order to present in an orderly fashion the events and themes described in the different scenarios in which they served during the war.

In the first part we recovered those elements used by the government and the army to create an idyllic environment for British soldiers. From the values disseminated during the decades prior to the conflict, which had molded their mentality to assume the defense of the Empire, to the "pleasant" experiences of military service such as training, physical exercise or camaraderie that stimulated the confidence in obtaining a quick victory. We end this section with an analysis of the effect that the baptism of fire had on the soldiers as a turning point in the emotions expressed in the correspondence.

The following is an analysis of those experiences of daily life that occurred during the four years of conflict in the trenches of the western front, the escalation of violence, the introduction of new weapons, military tactics and the proliferation of fronts in other territories. Experiences that instilled constant fear in the combatants, who eventually became desensitized to the sight of atrocities or succumbed emotionally and psychologically. In this sense, we emphasize the importance of the relationships established between soldiers as a mechanism for fostering physical and mental resilience in the face of the traumatic experiences of war.

In the third section we consider the mechanisms and tools that the soldiers had at their disposal, or that they had to develop in order to reach and maintain an emotional balance in which they would not be governed by fear or despair. For all these reasons, we can see from the narratives of the combatants, the deep traces suffered in the emotional and psychological sphere that this conflict left, also manifested by the increase in the number of soldiers who were discharged for psychological reasons.

Among the conclusions reached, we highlight the identification of different stimuli and experiences throughout the conflict that had an impact on the emotional sphere of the combatants, evident in the letters sent to their families. These experiences questioned the idyllic environment that the government and the British army had created since the beginning of the conflict, and the soldiers were aware of the high risk to which they were exposed. From experiences such as the loss of comrades or the baptism of fire, the letters of the combatants reproduce an emotional conflict in which fear and despair dominate some narratives, stimulating in the soldiers the desire to flee from the front. These emotions, which in themselves were the opposite of those associated with the ideal soldier, stimulated behaviors contrary to those that a soldier was supposed to adopt, increasing the level of stress and emotional suffering of soldiers in a context in which it was relatively easy for them to develop psychological symptoms and mental illnesses with consequences for the rest of the lives of many veterans.

INTRODUCCIÓN

«[la guerra] es aquello a partir de lo cual, cuando surge, se producen las mayores calamidades, tanto privadas como públicas».
Platón, La República IV, 129.

Mi interés por la Primera Guerra Mundial se remonta al último año como alumno del Grado en Enfermería, cuando decidí realizar el trabajo de fin de grado con la profesora que hoy es directora de esta investigación, Maribel Morente. Dedicamos aquella primera aproximación al papel de la enfermería en el conflicto y a los avances sanitarios introducidos durante la contienda para dar solución al nuevo tipo de heridas causadas por el armamento moderno. En aquel trabajo descubrí uno de los episodios de la Historia de la Humanidad más aterrador y apasionante que me atraparía en los siguientes años. Uno de los aspectos que me cautivó fue el aumento de bajas por causas psicológicas en los ejércitos beligerantes, tanto en números absolutos como en términos porcentuales (Audoin-Rouzeau 2006, 292), lo que despertó mi interés por descubrir las historias de los soldados de la Primera Guerra Mundial y estudiar cómo vivieron y sintieron este conflicto.

Motivado por la idea de trabajar con algún tipo de documentación privada cambiamos la perspectiva del águila por la de la hormiga en el Trabajo de Fin de Máster. En aquella ocasión seleccioné un grupo de 69 cartas de soldados británicos disponibles en las webs de The National Archives y del Imperial War Museum. Esta investigación me permitió acercarme a las experiencias de los soldados en la guerra de trincheras y a las emociones que transmitieron a sus familias a lo largo del conflicto: desde la excitación del alistamiento, la camaradería cultivada durante el entrenamiento y reforzada durante todo el periplo de los soldados en la guerra, hasta la preocupación, la incertidumbre y el miedo motivados por el armamento moderno y las experiencias en la guerra de trincheras. Una vez finalizado el curso, estaba tan embelesado con las narraciones de aquellos jóvenes que habían dejado a sus familias para combatir en el continente que continuar con el estudio de sus cartas en forma de tesis doctoral, recuperar sus relatos y contribuir a la literatura que ha narrado la historia de los soldados de la Primera Guerra Mundial me parecía el mejor homenaje.

Por ello, en esta investigación recuperamos la correspondencia de los soldados británicos como objeto de estudio a través del cual nos aproximaremos a las experiencias de los combatientes en la Primera Guerra Mundial y a las emociones que transmitieron en sus cartas. No obstante, esta investigación no pretende ser una reconstrucción de la historia política o militar de la Gran Guerra, pues este conflicto ha sido objeto de

numerosos análisis históricos como uno de los puntos de inflexión en la Historia de la Humanidad, definida por Fritz Stern como «la calamidad de la que surgieron todas las demás calamidades» (Fromkin 2004, 6).

La relevancia histórica de la Primera Guerra Mundial ha sido reafirmada en las últimas décadas, pues la literatura dedicada al conflicto se ha multiplicado con motivo de la efeméride del inicio del conflicto en el año 2014 y de la firma del armisticio en el 2018, lo que no hace otra cosa que afirmar la importancia de esta guerra desde el punto de vista militar, sociopolítico, económico y como punto de inicio o hito en el desarrollo de numerosas disciplinas científicas. Por un lado, los estudios sobre la historia política y militar del conflicto han continuado diseccionando cada una de las batallas de la guerra y las decisiones que tomaron los gobernantes y generales al mando de los ejércitos, repasando los errores cometidos y los problemas a los que se enfrentaron. Sin embargo, carece de sentido en estos momentos reproducir dichos debates, pues los aspectos relevantes para nuestra investigación serán analizados en los próximos capítulos¹.

A las investigaciones sobre la historia política y militar de la Primera Guerra Mundial se han sumado otras aproximaciones que han analizado exhaustivamente la importancia del conflicto para el desarrollo de disciplinas y profesiones como la medicina, la química o la aeronáutica. En este sentido, la Primera Guerra Mundial marcó un hito en la relación entre ciencia, tecnología y guerra² (Fara 2009, 296), pues durante la contienda

¹ Para un estudio en profundidad de la historia de la Primera Guerra Mundial consultar, entre otros: Renouvin, Pierre. 1972. *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Oikos-tay, y 1990. *La crisis europea y la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Akal; Offer, Avner. 1991. *The First World War: an agrarian interpretation*. Oxford: Oxford University Press; Keegan, John. 1998. *The First World War*. Londres: Hutchinson; Neiberg, Michael. 2005. *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*. Cambridge: Harvard University Press; Stevenson, David. 2013. *1914-1918 Historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Debate; Hart, Peter. 2014. *La Gran Guerra (1914-1918): historia militar de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica; Veiga, Francisco y Martín, Pablo. 2014. *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*. Madrid: Catarata; Kilpling, Rudyard. 2016. *Crónicas de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Fórcola; y Gerwarth, Robert. 2018. *Los vencidos: por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Otras investigaciones se han centrado en analizar momentos específicos del conflicto, como las batallas más importantes como Verdún: Jankowski, Paul. 2014. *Verdun: The Longest Battle of the Great War*. Oxford: Oxford University Press; o Axelrod, Alan. 2016. *The Battle of Verdun*. Guilford: Lyons Press. Y la batalla del Somme: Scotland, Thomas. 2014. *Understanding the Somme 1916: an illuminating battlefield guide*. Solihull: Helion & Company; Kendall, Paul. 2015. *Somme 1916: success and failure on the first day of the Battle of the Somme*. Barnsley: Frontline Books; Axelrod, Alan. 2016. *The Battle of the Somme*. Guilford: Lyons Press.

Sin olvidar otro tipo de aproximaciones que relacionan los conflictos bélicos con el desarrollo del estado de bienestar: Obinger, Herbert; Petersen, Klaus y Starke, Peter. 2018. *Warfare and welfare: military conflict and welfare state development in Western Countries*. Oxford: Oxford University Press.

² El nutrido debate en torno a la pregunta sobre la relación entre ciencia y guerra a lo largo de la historia ha generado numerosos estudios de casos, especialmente en el último siglo cuando las innovaciones

se introdujeron nuevas armas cada vez más cruentas con el cuerpo humano como el lanzallamas o las armas químicas. Se desarrollaron cañones de artillería cada vez más potentes y se diseñaron nuevas máquinas de guerra que transformaron el campo de batalla y la estrategia militar (Neiberg 2005, 78). Las armas químicas sintetizadas por primera vez durante la contienda gracias a las investigaciones del químico alemán Fritz Haber (1868 - 1934) han copado los análisis y reflexiones de la relación entre ciencia y guerra en este conflicto³.

Tanto las armas químicas como el resto de armamento y tácticas militares implementadas cambiaron el tipo de heridas que sufrían los soldados durante las batallas, por lo que los sistemas de apoyo sanitario debieron reinventarse para atender a la enorme cantidad de soldados que resultaban heridos en combate. Los análisis en torno a la nueva tipología de las lesiones y los cambios implementados en los sistemas sanitarios del ejército han sido objeto de estudio de las obras de Ana Carden-Coyne (2014) y Fiona Reid (2017).

Una de las lesiones características del conflicto que analiza Fiona Reid (2014; 2017) es el *Shell-shock*, nombre que inicialmente se refería a aquellos soldados que habían desarrollado síntomas psicológicos y neurológicos después de sufrir la explosión cercana de un proyectil de artillería. Sin embargo, pronto aumentó el número de soldados que sufrían estos síntomas sin la exposición previa a las explosiones de artillería, algunos incluso antes siquiera de llegar a las primeras líneas de trincheras. Esto era contrario al paradigma de la escuela de psiquiatría francesa que defendía que las enfermedades mentales estaban causadas por lesiones en el sistema nervioso central, lo que provocó un intenso debate en torno a la causa de los síntomas psicológicos que sufrían los soldados sin exposición previa a las explosiones de artillería.

científico-técnicas se han sucedido a un ritmo vertiginoso. Podemos encontrar una reflexión sobre la contribución de disciplinas como la astrofísica al desarrollo armamentístico del último siglo en: DeGrasse, Neil y Lang, Avis. 2019. *Ciencia y guerra*. Barcelona: Paidós. Otra de las últimas historiadoras que ha contribuido a este debate inacabado ha sido Patricia Fara, quien incorpora la perspectiva de género y el auge del movimiento sufragista durante y después del conflicto a la relación entre ciencia y guerra: Fara, Patricia. 2018. *A lab of One's Own: Science and Suffrage in the First World War*. Oxford: Oxford University Press.

³ La ciencia que debía construir un futuro mejor se utilizó para proporcionar nuevas formas de asesinar a los jóvenes soldados en la guerra, destruyendo el futuro que debía proteger. Aunque recuperaremos elementos de este debate en los próximos capítulos, para una reflexión sobre la relación entre ciencia y guerra desde el punto de vista de las armas químicas, consultar: Pita, René. 2008. *Armas químicas: la ciencia en manos del mal*. Madrid: Plaza y Valdés. Relatos como el anterior y otras narraciones noveladas como *Un verdor terrible* de Benjamin Labatut se han convirtieron en estandartes del movimiento pacifista.

El debate médico y sociopolítico que se desató en torno a las enfermedades mentales sufridas por los soldados durante el conflicto alimentó una nutrida historiografía que ha diseccionado las teorías propuestas de médicos y psiquiatras militares que situaban la causa de estas enfermedades en la debilidad innata de los soldados en vez de en las experiencias de la guerra⁴. Paralelamente, tuvo lugar un debate en torno a la etiqueta diagnóstica que debía utilizarse para identificar a estos soldados que sufrían problemas psicológicos, pero el término *shell-shock*, que los soldados habían interiorizado, se impuso al resto de propuestas. Este se tradujo al castellano como neurosis de guerra (Bergen 2009, 294), términos que utilizaremos alternativamente a lo largo de la investigación para facilitar la lectura del texto.

Sin embargo, como ha argumentado Alexander Watson (2008, 6) los soldados de los ejércitos beligerantes, particularmente británicos y alemanes soportaron las experiencias de la guerra mejor de lo que sugiere la ingente literatura en torno a la neurosis de guerra. No obstante, la Primera Guerra Mundial fue el primer conflicto en el que el aumento de bajas por causas psicológicas representó un problema para los ejércitos beligerantes, lo que explicaría el interés de psicólogos, médicos y académicos por investigar y reflexionar sobre las particularidades de la Gran Guerra. En esta ocasión introduciremos los debates e investigaciones en torno a las experiencias traumáticas del conflicto y la neurosis de guerra en el tercer apartado de la investigación, una vez que hayamos diseccionado las vivencias de los soldados durante su servicio militar en la Primera Guerra Mundial.

Otra de las aristas de este conflicto que ha aglutinado más reflexiones desde la firma del armisticio es el debate irresoluto en torno a las causas y los antecedentes del conflicto⁵.

⁴ La literatura es abundante, consultar: Leese, Peter. 2002. *Shell Shock. Traumatic Neurosis and the British Soldiers of the First World War*. Basingstoke: Palgrave Macmillan; Shephard, Ben. 2002. *A War of Nerves. Soldiers and Psychiatrists 1914-1994*. Londres: Pimlico; Bergen, Leo van. 2009. *Before my helpless sight: Suffering, Dying and Military Medicine on the Western Front, 1914-1918*. Burlington: Ashgate Publishing Limited; Reid, Fiona. 2014. *Broken Men: Shell Shock, Treatment and Recovery in Britain 1914-30*. Nueva York: Bloomsbury Publishing Plc; y Bergen, Leo van y Vermetten, Eric. 2020. *The First World War and health: rethinking resilience*. Leiden: Brill. Para el caso del Imperio británico ver: Para el caso de Alemania ver: Lerner, Paul. 2003. *Hysterical Men. War, Psychiatry, and the Politics of Trauma in Germany, 1890-1930*. Ithaca: Cornell University Press.

⁵ En el periodo de entreguerras los países beligerantes y especialmente Alemania dedicaron numerosas investigaciones sobre los antecedentes del conflicto con el objetivo de determinar quién había sido el culpable de la guerra. Un debate irresoluto que en 1991 contaba con una literatura aproximada de 25.000 libros y artículos (Langdon 1991, 51) y que no ha hecho más que aumentar en las últimas décadas. Algunas de las últimas investigaciones sobre los antecedentes y la multicausalidad de la guerra se han convertido en obras de referencia para el estudio de la Primera Guerra Mundial. Véase: Winter, Jay y Prost, Antoine. 2005. *The Great War History. Debates and Controversies, 1914 to the Present*. Cambridge: Cambridge University Press; Hastings, Max. 2013. *1914: el año de la catástrofe*.

A este respecto, uno de los factores que repiten los historiadores y que ha cobrado mayor protagonismo en las monografías sobre la Primera Guerra Mundial es la exaltación generalizada de las emociones en la población europea durante los años anteriores a la guerra. En este periodo tuvo lugar el auge y la difusión de los nacionalismos, especialmente en los Imperios conformados por distintas nacionalidades como el Imperio austrohúngaro o en los territorios coloniales del Imperio británico. Este nacionalismo llevado al extremo estimulaba la ira y el odio hacia *el otro*, pero la exaltación emocional no era exclusiva de la población general, los fantasmas de la Revolución Francesa permanecían en el imaginario colectivo de las élites sociales europeas, quienes veían con preocupación las abundantes protestas y la lucha contra las desigualdades sociales protagonizadas por el movimiento obrero o las sufragistas (MacMillan 2013, 24).

La vida de los protagonistas políticos y militares de la Europa de 1914 ha sido estudiada y analizada por la historiografía del conflicto. De hecho, una de las últimas reflexiones sobre la multicausalidad de la guerra, plantea la necesidad de diseccionar, no solo las trayectorias de los dirigentes, también sus mentes para entender las preocupaciones, los miedos y las motivaciones que les condujeron a tomar las decisiones que tomaron y que sumieron al continente en la guerra tras el asesinato de Francisco Fernando el 28 de junio de 1914 (Clark 2014, 29-30).

Aunque la investigación de la psique de los hombres que dirigían los gobiernos y comandaban los ejércitos aporte nuevas perspectivas al estudio de los antecedentes del conflicto, hubo en esta guerra otros millones de protagonistas que quedan fuera de este análisis. Es cierto que las decisiones que podía tomar cualquier soldado anónimo en las trincheras no tenían, ni mucho menos, el impacto en el curso de la guerra que tenían las decisiones tomadas por los gobernantes. Sin embargo, sus historias, sus motivaciones y sus miedos también forman parte de la guerra y construyen una parte importante de la historia de la Primera Guerra Mundial, quizá la más íntima de la guerra.

En este sentido, las historias anónimas de hombres y mujeres que fueron soldados, médicos, enfermeras o civiles en una Europa en guerra, han sido narradas desde el final del conflicto a través de novelas como *Tempestades de acero* de Ernst Jünger, *La iniciación de un hombre: 1917* de John Dos Passos, *14* de Jean Echenoz, *La caída de los gigantes* de Ken Follet o *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque, por citar

Barcelona: Crítica; MacMillan, Margaret. 2013. *1914 De la paz a la guerra*. Madrid: Turner publicaciones; y Clark, Christopher. 2014. *Sonámbulos. Como Europa fue a la guerra en 1914*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

algunos ejemplos. Esta última ha sido adaptada a la gran pantalla por Edward Berger el pasado año 2022, sumándose a la nutrida filmografía sobre el conflicto que también ha narrado las historias anónimas de los protagonistas: *1917* dirigida por Sam Mendes o *Senderos de gloria* dirigida por Stanley Kubrick⁶.

En el ámbito académico, la corriente historiográfica de la microhistoria asumió la investigación de las historias de los protagonistas anónimos que habían permanecido en silencio. Esta metodología surgió en Italia como alternativa a la historia total que practicaba la escuela de los *Annales* francesa para abordar el estudio de la historia social y demostrar que las singularidades pueden contradecir la historia general en vez de representarla fielmente (Ronen 2013, 172). Carlo Ginzburg fue el primero en utilizar esta metodología para estudiar la sociedad de italiana del siglo XVI en *El queso y los gusanos*⁷.

Otro historiador italiano, Antonio Gibelli, fue el primero en bajar a las trincheras de la Primera Guerra Mundial para poner nombre y apellidos a los soldados italianos y narrar sus experiencias antes, durante y después de la guerra. En su investigación publicada en 1991, *L'officina della guerra. La grande guerra e le trasformazioni del mondo mentale*, argumentó que la suma de testimonios personales de los soldados permite plantear algunas hipótesis generales sobre la forma en que los italianos vivieron el conflicto y las consecuencias que tuvieron en la mentalidad italiana en los años posteriores.

Desde entonces, otros investigadores han construido diferentes historias de la Primera Guerra Mundial en las que las ideas, pensamientos y emociones de los actores toman el protagonismo de la narración. A veces, las investigaciones se han concentrado en el periplo de un único protagonista en el conflicto, reconstruyendo su biografía y el

⁶ La Primera Guerra Mundial coincidió temporalmente con el primer desarrollo del cine y por ello sus historias siempre han estado relacionadas. Desde el final del conflicto diferentes directores y guionistas han narrado las vidas de los soldados desde perspectivas variadas, entre las que destaca la intención pacifista. Para un estudio posterior de la relación de la Gran Guerra con el cine consultar: Melero Bellido, Jose. 2016. “La Primera Guerra Mundial y el cine”. *Revista de estudios culturales*, vol. 2, no. 20: 1-100.

⁷ Desde su publicación en 1976, tanto la obra como el autor han sido referentes de esta corriente, que ha sido admirada, analizada y criticada por muchos historiadores. Entre ellos: Fernández García, Blanca. 2014. “Carlo Ginzburg, microhistoria y escala. El caso del vinatero calvinista”. *Historiografías*, vol. 8: 108-120; y Serna, Justo y Pons, Anacleto. 2020. “Carlo Ginzburg. Cuando el historiador amoneda un símbolo”. *Historia y memoria*, número especial: 307-345. DOI: <https://doi.org/10.19053/20275137.nespecial.2020.11591>

conjunto de experiencias durante la guerra imitando las novelas narradas en primera persona de Ernst Jünger, Gabriel Chevallier o Erich Maria Remarque⁸.

Otros historiadores han optado por la narración coral del conflicto a través de documentos privados de varios protagonistas, caso de Peter Englund (2011, 9), quien se sirvió de 227 testimonios pertenecientes a 20 protagonistas del conflicto para construir un *universo emocional* de la Primera Guerra Mundial, en el que, a modo de diario colectivo, narra las experiencias de los protagonistas desde el inicio del conflicto hasta la firma del armisticio.

Como desarrollaremos en los próximos apartados, esta investigación está basada en la correspondencia que se ha conservado de 120 soldados británicos que sustentarán una narración común sobre las experiencias de los combatientes durante la Primera Guerra Mundial. A lo largo de la investigación reproduciremos fragmentos de las cartas de los protagonistas del conflicto, narraciones que no hemos traducido con el objetivo de conservar la mayor cantidad de información que los combatientes transmitieron. Tampoco hemos corregido los errores ortográficos o gramaticales presentes en las descripciones, pues estas no dificultan la lectura y añaden una mayor intimidad a las cartas que enviaban (Hanna 2003, 1349).

Inspirándonos en el trabajo de Peter Englund (2011) reconstruiremos las historias de los soldados a través de su correspondencia desde que se alistaron en las oficinas de reclutamiento hasta el fin de la guerra en noviembre de 1918. Además, hemos dividido el análisis del periplo de los protagonistas en el conflicto en dos partes, siendo el punto de inflexión el bautismo de fuego o la primera experiencia de combate.

En la primera parte analizamos y reflexionamos sobre los factores que condicionaron la mentalidad de los hombres que combatieron en la Primera Guerra Mundial, para lo que recurriremos a la situación geopolítica del Imperio británico y los valores difundidos por el gobierno durante el periodo finisecular con el objetivo de preparar a la población para asumir la defensa de Gran Bretaña en un eventual conflicto.

⁸ Destacamos la publicación en forma de diario de las experiencias de Agustí Calvet en el París de agosto de 1914 que fueron publicadas en el diario *La Vanguardia* y que fue reeditado como novela después del conflicto, siendo la última edición del 2013, consultar: Gaziel. 2013. *Diario de un estudiante. París 1914*. Barcelona: Dieresis. También citamos la monografía sobre el periodista Charles Repington, quién fue corresponsal de guerra del diario *The Times* durante el conflicto: Morris, Andrew J. A. 2017. *Reporting the First World War: Charles Repington, The Times and the Great War*. Cambridge: Cambridge University Press. Y la investigación sobre el soldado neozelandés Alexander Aitken: Aitken, Alexander. 2018. *Gallipoli to the Somme: recollections of a New Zealand infantryman*. Auckland: Auckland University Press.

Al tiempo, las experiencias agradables del alistamiento y el entrenamiento potenciaron el orgullo y el sentido del deber en los combatientes, quienes transmitieron una visión romántica del conflicto en la que estaban convencidos de la victoria británica sobre el ejército alemán.

Esta confianza y seguridad comenzó a cuestionarse tras la primera experiencia de combate, las derrotas, la visión de los efectos del armamento moderno en el cuerpo humano y la muerte de los compañeros de la unidad. A partir de entonces empezaron a aparecer, o aumentaron la frecuencia de expresiones de preocupación, ira, miedo y desesperación en las cartas de los soldados, librando una *batalla emocional* contra el honor, el valor y la alegría que seguían experimentando durante las experiencias compartidas con sus compañeros y amigos. El conflicto emocional quedará plasmado en la complejidad de las narraciones de sus cartas durante el resto de su experiencia bélica, intercalando descripciones de aspectos agradables de la guerra, experiencias traumáticas de las ofensivas y contraofensivas en las trincheras, expresiones de esperanza y deseo de ver el final del conflicto, pesimismo ante el elevado número de bajas en las unidades, etc. Pero también en la variabilidad y labilidad emocional de los soldados, cuestiones que abordaremos en los capítulos de la segunda parte de la investigación.

Por último, reflexionaremos sobre las consecuencias psicológicas del debate emocional descrito a lo largo del trabajo, la importancia de encontrar un equilibrio emocional durante el conflicto y conservar la esperanza de regresar a sus hogares para soportar las experiencias traumáticas de la guerra de trincheras y la guerra moderna.

1. La carta como documento histórico

Este tipo de investigaciones históricas se nutren, necesariamente, de la documentación personal de los protagonistas de la historia. En el caso particular de la Primera Guerra Mundial, está considerado el primer conflicto bélico del que disponemos de abundante documentación en forma de testimonios directos como diarios, cartas, postales y fotografías. La ingente cantidad de cartas enviadas durante el conflicto responde, en primer lugar, a la magnitud de los ejércitos movilizados durante los cuatro años que duró la contienda. En total participaron 70 millones de hombres en el conflicto, de los cuales en torno al 70% formaron parte de los ejércitos de infantería (Audoin-Rouzeau 2006, 275-276). En el caso del ejército británico, los más de 6 millones de

soldados que sirvieron durante el conflicto enviaron 28 millones de cartas (Carrera 2015, 51).

En segundo lugar y quizás más relevante, está relacionada con la importancia que tenía para los soldados mantener un intercambio fluido de información con sus familiares y allegados. Estos valores fueron adquiridos por la sociedad europea durante el siglo XIX, cuando las élites sociales tomaron conciencia de la importancia de mantener el contacto con los familiares que vivían en otras ciudades. Siendo el correo la única vía de comunicación a distancia disponible, los gobiernos implementaron diferentes reformas educativas destinadas a alcanzar la alfabetización universal, pues entendían que mantener la relación con la familia no era un interés exclusivo de las clases altas (MacMillan 2013, 46). Además, el programa formativo de las escuelas dedicaba especial atención a que los alumnos aprendiesen a escribir cartas sinceras y a demostrar afecto a través de sus palabras (Hanna 2003, 1348).

Algunos estudios (Mitch 1992) han concluido que Gran Bretaña era el país de Europa con la mayor tasa de alfabetización a principios del siglo XX, lo que le ha valido como uno de los símbolos de las virtudes de la sociedad británica. Sin embargo, debemos considerar que este estudio basa sus datos en la capacidad de la población para firmar documentos legales, pues no existen cifras oficiales del porcentaje de población alfabetizada. Por tanto, estos datos aportan información sesgada, pues la firma de un documento legal no implica que la persona sea capaz de leer y escribir (Schofield 1968).

A pesar de las dificultades para arrojar datos fiables sobre el porcentaje de alfabetización de las sociedades y ejércitos que combatieron en la Primera Guerra Mundial, el elevado número de cartas enviadas por los soldados durante el conflicto nos permite argumentar que había un alto porcentaje de soldados alfabetizados en los ejércitos beligerantes. Sin embargo, el envío de cartas y postales no indica, necesariamente, que el soldado la hubiese escrito, pues esta podía haber sido redactada por un compañero. Además, los ejércitos beligerantes implementaron diferentes estrategias para facilitar la comunicación de soldados que no sabían escribir, o no eran capaces de redactar una carta completa. Una de estas facilidades era un tipo de postal que tenía ciertos mensajes escritos, de manera que el soldado solo tenía que señalar las opciones que quisiese y firmar el documento (Figura 1). Sin embargo, sería reduccionista afirmar que solo los soldados analfabetos utilizaban este tipo de postales, pues todos podían recurrir a ellas en caso de no tener tiempo suficiente para escribir una carta completa, de manera que “daban señales de vida” y tranquilizaban a sus familias hasta que recibiesen la siguiente carta o

postal. Por lo tanto, podríamos argumentar que las postales facilitaban la comunicación de los soldados con sus familias en determinados momentos del conflicto. Aunque la existencia de las postales pre escritas podría hacernos dudar de la elevada tasa de alfabetización de los ejércitos europeos, debemos tener en cuenta que la carta o postal tienen un destinatario que podría tener dificultades para leer.

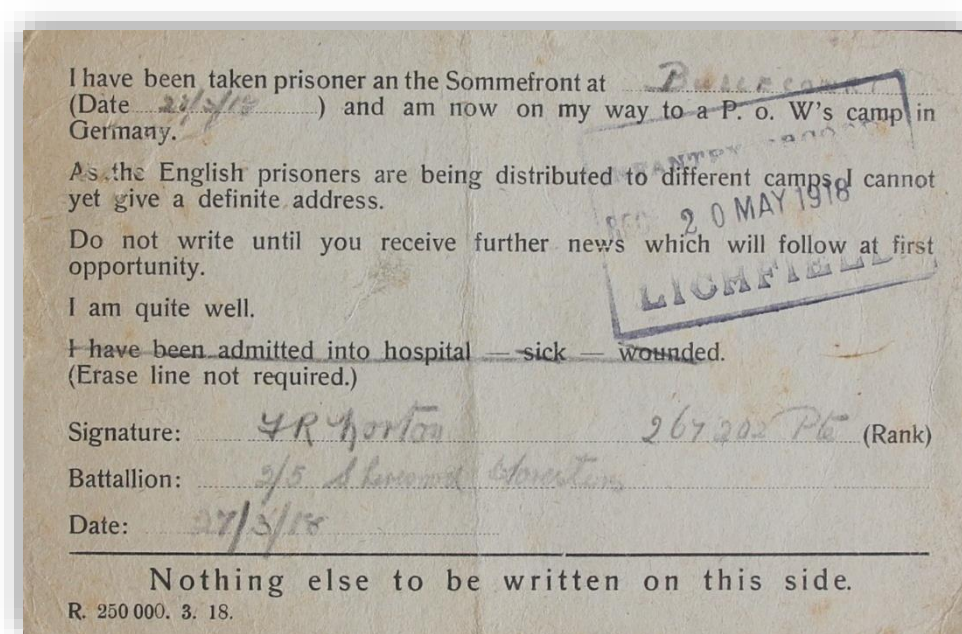


Figura 1. Postal pre escrita de Frederick R. Norton, 20 mayo 1918. Europeana 1914-1918: Prisoner of War Account. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_5180

Es posible que los soldados supiesen leer y escribir gracias a las reformas educativas de finales del siglo XIX, pero sus progenitores podrían no haberse beneficiado de las mismas y tener dificultades para leer y escribir. Para estos soldados, las tarjetas postales serían la mejor opción para comunicarse tanto por la brevedad del texto como por la información contenida en la imagen del anverso, que tenía ciertas ventajas en la transmisión de información y emociones⁹.

⁹ La capacidad de las imágenes para transmitir información y emociones ha sido analizada, para el conflicto que nos ocupa, en las investigaciones sobre prensa y propaganda. Después de la Primera Guerra Mundial se realizaron las primeras aproximaciones teóricas a la propaganda a través del estudio de las campañas británicas que recibieron alabanzas por haber sido capaces de conectar con los sentimientos de la población, aumentando la influencia de sus mensajes propagandísticos. Una de las campañas más relevantes fue la de atrocidades, en la que utilizaron dibujos y diseños del artista Louis Raemaekers para narrar los crímenes cometidos contra la población belga, estimulando el odio y el deseo de venganza entre la población (Manterola 2020, 128).

Una de las últimas investigaciones sobre las tarjetas postales enviadas durante las dos guerras mundiales revela que hay muchas más postales enviadas y conservadas de la Primera Guerra Mundial en comparación con la Segunda (López 2020, 39). Por tanto, podríamos argumentar que los porcentajes de alfabetización de la población general y de los ejércitos de la Segunda Guerra Mundial eran mayores que en la Primera, por lo que los soldados preferirían escribir cartas al envío de tarjetas postales, pues las primeras ofrecían un mayor espacio para desgranar sus experiencias y emociones, aunque no disponemos de datos sobre el número de cartas enviadas en ambos conflictos mundiales que apoyen esta teoría.

La investigación de López Torán y el resto de los trabajos referenciados han sido posibles gracias a la documentación que han puesto a disposición de los historiadores los proyectos iniciados en las últimas décadas para conmemorar el centenario del inicio y del armisticio del conflicto en los años 2014 y 2018 respectivamente. Estos proyectos, a los que dedicaremos el espacio pertinente en el apartado metodológico de esta investigación, han brindado la posibilidad de acceder a nuevas fuentes documentales inéditas en las que basar sus investigaciones. Paralelamente, la recuperación de documentación personal de los soldados como las cartas han motivado otro tipo de investigaciones sobre los sistemas de correo postal y los mecanismos de control de la información contenida en las cartas. En este sentido, la tesis doctoral de Jesús García Sánchez titulada *La censura postal en la Europa del siglo XX*, brinda información detallada sobre los sistemas postales y las organizaciones encargadas de censurar el correo de cada uno de los países beligerantes de la Primera Guerra Mundial, siendo un trabajo de suma importancia para cualquier investigación que aborde el estudio de la correspondencia de los soldados.

En el caso del correo, además de la censura debemos tener en cuenta otras investigaciones que han problematizado la utilización de testimonios directos para el estudio de la historia¹⁰. Al igual que ha sucedido con la historia oral, su utilización como fuente histórica ha suscitado debates en torno a la veracidad de las narraciones contenidas. Así, en una entrevista para la BBC el director de cine Detlef Siebert alertaba sobre la falta de medios para comprobar si los hechos del pasado narrados a través de la memoria eran veraces: «oral history can be tricky, just because somebody was there it doesn't mean

¹⁰ Para el caso de la utilización de la correspondencia como fuente histórica, consultar: Mestre Sanchís, Antonio. 2000. “La carta, fuente de conocimiento histórico”. *Revista de historia moderna*, vol. 18: 13-26; y Rubalcaba Pérez, María del Carmen. 2005. “Prácticas de cultura escrita: aproximaciones y realidades”. Tesis doctoral. Universidad de Cantabria.

their story is true»¹¹, conclusión a la que había llegado tras contrastar los hechos y fantasías narradas en las entrevistas realizadas en la década de 1960 a testigos oculares de la Primera Guerra Mundial.

Escribir sobre hechos y experiencias pasadas requiere un proceso de recuerdo, interpretación y selección de los sucesos más relevantes que puede distorsionar la narración de las experiencias y las emociones de los soldados¹². Sin embargo, las cartas, al estar escritas durante los eventos que narran o inmediatamente después de las experiencias, esquivan este problema. De hecho, a pesar de las dificultades que plantea la investigación con la correspondencia de los soldados como la mencionada censura y la autocensura practicada por algunos soldados; cartas y diarios se consideran una de las mejores fuentes de información para aproximarse a la visión que tenían los soldados de la guerra de trincheras y la guerra moderna (Watson 2008, 8).

Por un lado, aunque la pregunta sobre la veracidad de las narraciones presentes en la correspondencia de los soldados sea una constante en las investigaciones sobre el conflicto, la primera aproximación desde la microhistoria (Gibelli 1998) al estudio de los soldados de la Primera Guerra Mundial concluyó que los combatientes no ocultaban sus experiencias en el conflicto por muy crueles que fuesen. Además, la población general recibía información de lo que estaba ocurriendo en los frentes y, aunque eran noticias controladas y censuradas, esto no significa que ocultasen los horrores de la guerra. De hecho, una de las campañas más efectivas del Imperio británico para generar odio entre la población y estimular el alistamiento en el ejército fue la denominada *Propaganda de atrocidades*, que difundía las historias de los crímenes cometidos por el ejército alemán durante su invasión a Bélgica (Pizarroso 1990, 239). Por lo tanto, carecería de sentido que los soldados ocultasen todos los aspectos de la guerra que podían preocupar a sus familias. No obstante, hay estudios que han identificado diferencias en la forma de expresarse y el tipo de información aportada en función del receptor de la misiva. De esta manera, los combatientes compartían más detalles sobre sus experiencias en el conflicto cuando

¹¹ «I was there: The Great War Interviews». BBC 14 Mar 2014. Disponible en: <http://www.bbc.co.uk/blogs/tv/entries/80a43bad-458d-3E19-8a3d-3aa2d92abe9d>

¹² Dan Todman ha denominado *mitologización de lo recordado* a este proceso que ha estudiado utilizando como fuente las narraciones de soldados de la Primera Guerra Mundial, aunque otros historiadores reflexionaron sobre la alteración de los recuerdos de los combatientes de este conflicto anteriormente, véase: Fussell, Paul. 1975. *The Great War and Modern Memory*. Oxford: Oxford University Press; y Todman, Dan. 2005. *The Great War: Myth and Memory*. Londres: Hambledon and London Series.

escribían a otros varones: amigos, hermanos o padres; mientras que ocultaban cierta información cuando eran mujeres las que iban a leer la carta (Gibelli 1998, 59).

Por otro lado, la estratificación de las sociedades europeas y las marcadas diferencias entre las élites sociales y las clases más desfavorecidas podría llevarnos a aventurar que habría diferencias significativas entre las cartas escritas por ambos grupos sociales. Sin embargo, Watson (2008, 8) argumenta que son más las similitudes que unen la correspondencia de todos los soldados británicos que las diferencias. A pesar de ello, se pueden identificar diferencias en la destreza de los soldados para describir experiencias y transmitir emociones a través de sus palabras en función del origen social.

Por último, la sinceridad y veracidad de los relatos de los soldados que defiende Gibelli (1998, 58) y los valores adquiridos por los combatientes en su infancia respecto a la transmisión de emociones en las cartas que enviaban a sus familiares (Hanna 2003, 1348), nos permiten argumentar que el análisis de la correspondencia es una excelente ventana a una de las esferas más privadas de la historia: las emociones de sus protagonistas.

2. Historia de las emociones, emociones en la historia

«Hay algo en la guerra, en su historia y en su parafernalia, que exalta profundamente las emociones y calienta la sangre en las venas hasta a los más pacíficos, y que apela a no sé qué instintos remotos, por no mencionar nuestra admiración por el valor, nuestro gusto por la aventura, por el movimiento y por las acciones intensas» (Angell 1913, 288)

Norman Angell, historiador.

Es curioso que Norman Angell escribiese esta afirmación sobre las guerras un año antes del inicio de uno de los conflictos bélicos con mayor carga emocional de la Historia de la Humanidad. En la historiografía de la Gran Guerra son frecuentes las referencias a la exaltación emocional de la población y a la difusión de los ideales nacionalistas por todo el continente europeo, estimulando el deseo de escisión de algunas nacionalidades que formaban parte del Imperio austrohúngaro y el deseo de independencia de algunas colonias del Imperio británico, por citar algunos ejemplos. De hecho, las últimas investigaciones sobre los acontecimientos de los años anteriores a 1914 sitúan a los pensamientos y emociones de la población general en un lugar privilegiado de su análisis (Hastings 2013; MacMillan 2013); mientras que otros han destacado la importancia de estudiar las mentes de aquellos que llevaban las riendas de los países (Clark 2014).

Sin embargo, a pesar de la insistencia en la relevancia de las emociones en este conflicto, no son tan frecuentes las monografías dedicadas exclusivamente a las emociones de los protagonistas del conflicto, ya sean las de los personajes ilustres de la guerra como políticos y militares, o las de la población general. Esta falta de investigaciones podría deberse a las dificultades y complejidad que plantea el análisis de las emociones en la historia, un debate prolífico en las últimas décadas en las que diferentes historiadores han propuesto nuevas teorías y herramientas para estudiar las emociones en la historia. Pero antes detengámonos en la problematización de nuestro objeto de estudio: las emociones.

Las emociones o las pasiones han despertado el interés de los hombres desde la antigüedad, Aristóteles ya dedicó un capítulo a las pasiones en su tratado *Acerca del alma*. Sin embargo, no es nuestro objetivo reproducir las definiciones de emoción ni las contribuciones que se han sucedido hasta una de las definiciones actuales que hemos tomado del diccionario de psicología de Umberto Galimberti (Galimberti 2002, 377), según el cual una emoción es una «reacción afectiva intensa de aparición aguda y breve duración, determinada por un estímulo ambiental, cuya aparición provoca una modificación en el nivel somático, vegetativo y psíquico». Otros diccionarios y académicos han aportado definiciones similares, con ciertos matices, pero que inciden en los mismos aspectos: su aparición ante un estímulo, externo o interno, y las respuestas que provocan en el cuerpo humano a diferentes niveles¹³.

Por otro lado, las cuestiones relativas a la naturaleza de las emociones han formado parte de las preguntas planteadas por los académicos de todas las épocas. Dos de las teorías con mayor impacto fueron enunciadas a mediados del siglo XIX. Por un lado, Duchenne de Bologne dijo que las expresiones emocionales gestuales eran producto del deseo de Dios en su obra *The Mechanism of Human Facial Expression* de 1860 (Bourke 2005, 11). Por su parte, Darwin publicó en 1872 *The Expression of the Emotions in Man and Animals*, en el que defendía que las emociones tenían una función adaptativa relevante para el proceso evolutivo, aunque en la actualidad hayan perdido dicha función¹⁴. Por ejemplo, la risa sería el vestigio del gruñido que emite un animal antes de

¹³ Por ejemplo, el Diccionario de psicología Akal define emoción como un «estado particular de un organismo que sobreviene en condiciones muy definidas (una situación llamada emocional) acompañado de una experiencia subjetiva y de manifestaciones somáticas y viscerales» (Doron y Parot 1998, 200).

¹⁴ Podemos encontrar una reflexión sobre el papel de la fotografía en el desarrollo de las teorías emocionales de los autores citados, y otros, durante el siglo XIX en: Pichel, Beatriz. 2016. "From facial

atacar. El debate en torno a la naturaleza y la universalidad de las emociones resultó en el surgimiento de otras teorías que defendían que las emociones dependen de la cultura, los valores y las normas sociales y que, por lo tanto, varían en función de la sociedad que analicemos (Galimberti 2002, 377).

El debate en torno a la naturaleza de las emociones ha motivado investigaciones y reflexiones abundantes que han abordado esta pregunta desde diferentes disciplinas como la filosofía, la psicología o la neurociencia¹⁵. Sin ánimo de reproducir este nutrido e irresoluto debate, adoptaremos en esta investigación la teoría de Martha Nussbaum¹⁶, una de las filósofas contemporáneas que acepta la existencia de componentes innatos en algunas emociones como el miedo, lo que hace que todos los seres humanos sean capaces de experimentarlas. Al tiempo defiende que las emociones no son un simple mecanismo de estímulo-respuesta, sino que se relaciona con otras facultades mentales y que pueden tener significados diferentes en sociedades distintas, por lo que están definidas por la cultura, los valores y las normas sociales (Nussbaum 2008, 168).

En cuanto al estudio de las emociones en la historia, la mayor parte de las reflexiones sobre esta corriente coinciden en atribuir a Lucien Febvre¹⁷ el mérito de ser el primer historiador que argumentó la necesidad de abordar el estudio de las emociones para una mayor comprensión de la historia social, aunque hubo otros historiadores y

expressions to bodily gestures: Passions, photography and movement in French 19th – century sciences”. *History of the Human Sciences*, vol. 29, no. 1: 27-48.

¹⁵ Algunos autores han construido sus teorías emocionales en torno a su función adaptativa en el contexto evolutivo, considerando, por tanto, que tiene componentes comunes a todos los seres humanos. Véase, entre otros: Ekman, Paul. 1992. “An argument for basic emotions”, *Cognition and Emotion*, vol. 6, no. 3-4: 169-200; LeDoux, Joseph. 1996. *The emotional brain: The mysterious underpinnings of emotional life*. Nueva York: Simon y Schuster; Prinz, Jesse. 2004. “Which emotions are basic?” En *Emotion, evolution and rationality*, editado por Dylan Evans y Pierre Cruse, 69-88. Oxford: Oxford University Press; y Damasio, Antonio. 2010. *Y el cerebro creó al hombre: ¿cómo pudo el cerebro generar emociones, sentimientos, ideas y el yo?* Barcelona: Destino.

Mientras que otros centran su investigación en los vínculos entre las emociones y otras actividades cerebrales como los recuerdos o las creencias. Entre ellos destacan: Lyons, William. 1980. *Emotion*. Cambridge: Cambridge University Press; Solomon, Robert. 1993. *The Passions*. Indiana: Hackett Publishing Company; y Nussbaum, Martha. 2008. *Paisajes del pensamiento: La inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós.

¹⁶ Para una reflexión y comparación de la teoría emocional de Nussbaum con otras propuestas, consultar: Gil, Marta. 2016. “La complejidad de la experiencia emocional humana: emoción animal, biología y cultura en la teoría de las emociones de Martha Nussbaum”. *Dilemata*, no. 21: 2077:225.

¹⁷ Lucien Febvre (1878-1956) fue un historiador francés que fundó en 1929 junto a Marc Bloch los *Annales d'histoire économique et sociale*, que defendía la colaboración entre disciplinas y conocimientos para la narración de la historia (Fernández y Tamaro 2004b). En 1941 publicó en la revista que había fundado un artículo que se considera el primer texto que plantea la necesidad de estudiar las emociones en la historia: *La sensibilité et l'histoire: Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?*

filósofos anteriores que incluyeron el análisis de las emociones en las sociedades que estudiaban¹⁸. Durante casi todo el siglo XX, las aproximaciones a la historia de las emociones han formado parte de otro tipo de estudios históricos como la historia social, la historia cultural, la historia de la psicología o la historia de las mentalidades. Por ello, estas investigaciones analizaron las emociones de las sociedades que estudiaban utilizando teorías y metodologías propias de la disciplina a la que pertenecían, lo que dificultaba la creación de una historiografía independiente y la cohesión metodológica de las historias de las emociones narradas.

En la década de 1980, Peter y Carol Stearns (1985) fueron los primeros historiadores que intentaron establecer un marco teórico y metodológico que fuese extrapolable al estudio de las emociones en diferentes épocas. Para ello, acuñaron el término *emocionología* para referirse al conjunto de normas establecidas por la sociedad, o un grupo dentro de una sociedad, que regulaban las formas adecuadas de expresión de las emociones y las conductas emocionales. En su trabajo, defienden la relación entre los cambios en las normas de expresión y represión de las emociones de una sociedad y los cambios sociales y viceversa. Por lo tanto, las aspiraciones de los Stearns con el estudio de las emociones era contribuir a la narración de la historia social, precipitando nuevas interpretaciones en la historiografía de las protestas sociales y replanteando la cuestión sobre la continuidad emocional a lo largo de la historia¹⁹.

Desde entonces y especialmente a partir del cambio de siglo, otros historiadores han revisado las aportaciones de Peter y Carol Stearns a la historia de las emociones y han propuesto nuevos conceptos y herramientas metodológicas que permitan profundizar en el estudio de las emociones en la historia. Además, estos mismos autores (Pampller 2014, 21) han reflexionado sobre los factores que confluieron en el cambio de milenio que reavivaron el interés por las emociones: la creación de dispositivos capaces de

¹⁸ En 1919 el historiador Johan Huizinga retrató a la sociedad de la Edad Media como un grupo de niños con emociones descontroladas hasta la llegada del Humanismo, el Renacimiento y el luteranismo, ver: Huizinga, Johan. 1930. *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Revista de Occidente.

¹⁹ Este problema fue abordado por primera vez por Edward Shorter, al que siguieron otros autores que defendieron y desarrollaron su punto de vista, véase: Ariés, Philippe. 1962. *Centuries of Childhood. A Social History of Family Life*. Nueva York: Vintage Books; Shorter, Edward. 1975. *The Making of the Modern Family*. Nueva York: Basic Books; y Badinter, Elisabeth. 1980. *L'amour en plus: Histoire de l'amour maternel, 17-20 siècles*. París: Flammarion. Al tiempo que otros historiadores criticaron el punto de inflexión establecido por Shorter en la Ilustración, entre otros: Thompson, Edward P. 1977. "Stone, The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800". *New Society*, vol. 8: 499-501; y Pollock, Linda A. 1983. *Forgotten Children: Parent-Child Relationships from 1500-1900*. Cambridge: Cambridge University Press.

proporcionar imágenes de la actividad cerebral o el movimiento feminista que cuestionaba los estereotipos de género tradicionales. Estas transformaciones que colocaron a las emociones en el centro de las investigaciones de la historia y las ciencias sociales se ha denominado giro afectivo²⁰, y se amplificaron gracias a uno de los sucesos más traumáticos para la población estadounidense, el atentado del 11 de septiembre, que motivó investigaciones como la de Joanna Bourke sobre el miedo (2005) y reflexiones sobre el auge y difusión de la cultura del miedo desde la década de 1990 hasta la actualidad (Furedi 2022). Además, la experiencia del atentado a las Torres Gemelas supuso un nuevo hito en las experiencias traumáticas colectivas de la población general, motivando la investigación sobre los antecedentes del Síndrome de Estrés Postraumático, que hunde sus raíces en accidentes laborales y de ferrocarril del s. XIX (Micale y Lerner 2001) y en ambos conflictos mundiales (Fassin y Rechtman 2009).

El siguiente historiador que construyó una metodología para la historiografía de las emociones fue William Reddy (1997), quien introdujo el concepto de *objetivos emocionales* o *emotives* argumentando que las expresiones emocionales, los *emotivos*, no son solo enunciados explicativos, no son verdaderos ni falsos en relación con el exterior o interior. Las expresiones emocionales serían traducciones imperfectas de los estímulos internos y externos que las motivan. Al tiempo, estos enunciados no solo dependen del estímulo que los ha causado, también construyen aquello de lo que hablan, estableciendo la capacidad performativa de las emociones. Durante la última década, la performatividad de las emociones ha sido objeto de estudio de un grupo de investigación dirigido por Dolores Martín Moruno y Beatriz Pichel (2019) quienes han propuesto el concepto *emotional bodies* como herramienta metodológica para aproximarse a las emociones en la historia a través de los estudios de diferentes historiadores que formaron parte del proyecto.

La capacidad de las expresiones emocionales de traducir los estímulos y modificarlos al mismo tiempo permitió plantear a Reddy una teoría en la que las emociones se construyen, pero también se manejan porque la verbalización de las emociones no describe con precisión exacta los estímulos emocionales. De ahí que las considere traducciones imperfectas y que los individuos puedan manejar, hasta cierto

²⁰ Para una reflexión posterior sobre el término consultar: Clough, Patricia, y Jean Halley. 2007. *The affective turn: theorizing the social*. Durham: Duke University Press; y Lara, Alí y Giazú Enciso. 2013. "El Giro Afectivo". *Athenea Digital*, vol. 13, no. 3: 101-119.

punto, sus emociones y *navegar* sus sentimientos a través de las expresiones emocionales que decidan adoptar y las que decidan ignorar (Moscoso 2015, 22).

Durante los siguientes años Reddy se armó de nuevos conceptos para construir su teoría y metodología que utilizó en su investigación sobre la sociedad gala durante la Revolución Francesa (2001). En esta obra argumentó que las tensiones existentes entre la construcción de expresiones emocionales y la adecuación a los estímulos que describían era la causa de *sufrimiento emocional*, concepto que cobra especial relevancia en los procesos históricos en los que un régimen político establece un *régimen emocional* estricto que restringe la libertad emocional de la población, que sería el caso de la Revolución Francesa que estudió. Reddy definía *régimen emocional* como el «conjunto de emociones normativas y de rituales oficiales, prácticas y *emotives* que expresan y se nos inculcan» (Reddy 2001, 129). Precisamente el concepto de *régimen emocional* es el que ha recibido algunas de las críticas a su metodología por ser un concepto ligado al ideal de un estado moderno y por ser difícil encontrar sistemas de control similares en épocas anteriores, lo que dificulta la replicación de su metodología (Pampller 2014, 25).

Otra de las críticas habituales de su método está relacionada con la excesiva importancia que da en el concepto *emotive* a las expresiones emocionales verbales o escritas sobre otras formas de expresión emocional. Esto no permite la utilización de su metodología para abordar el estudio de civilizaciones y culturas como la Islandia medieval, donde tenían mayor importancia las respuestas fisiológicas como los temblores o el enrojecimiento (Rosenwein 2002b, 1181). Por su parte, Rosenwein²¹ propuso un concepto similar al de *régimen emocional*, pero que está carente de ese control férreo y estricto que causa *sufrimiento emocional*. La historiadora medievalista propone el concepto *comunidades emocionales* para identificar a los grupos sociales como las familias o los monjes en los monasterios, que comparten *sistemas de sentimiento*. La labor del historiador es diseccionar estos sistemas de sentimiento y determinar los valores de la comunidad, las formas de expresión aceptadas y las rechazadas, entre otros aspectos (Rosenwein 2002a, 835).

Joana Bourke y Monique Scheer también han criticado el concepto de *emotive* por la hegemonía de las expresiones verbales o escritas sobre otro tipo de expresiones

²¹ Para una reflexión posterior sobre las ideas y metodología de Barbara Rosenwein consultar: 2006. *Emotional Communities in the Early Middle Ages*. Ithaca: Cornell University Press; 2010. “Thinking Historically about Medieval Emotions”. *History Compass*, vol. 8, no. 8: 833-836; y 2010. “Problems and Methods in the History of Emotions”. *Passions in Context: Journal of the History and Philosophy of the Emotions*, vol. 1: 12-24.

emocionales. La primera, reclamaba tanto a la *emocionología* de los Stearns como al *emotive* de Reddy la falta de consideración respecto a las expresiones fisiológicas de las emociones (Bourke 2003, 121). Como respuesta, la historiadora defiende la construcción de la historia de las emociones en base a las respuestas que provocan en el cuerpo humano y su papel en las relaciones interpersonales, propuesta que denominó *Aesthesiología*. De esta manera, su método permite historiar las emociones individualmente y diseccionar todas las respuestas que han provocado en una determinada sociedad o civilización, en su caso el miedo en la cultura anglosajona de los siglos XIX y XX (Bourke 2005, 353).

Por su parte, Monique Scheer también apoya la necesidad de que la historia de las emociones incluya otro tipo de expresiones emocionales no verbales, proponiendo la categoría de análisis *prácticas emocionales* para describir las respuestas que provocan las emociones en el cuerpo humano y los actos que motivan. Scheer defiende que las emociones habitan en el cuerpo y en la mente al mismo tiempo, sin posibilidad de desvincular una de otra, por lo que presta atención a la corporalidad de las expresiones emocionales. Por ejemplo, las posiciones corporales son diferentes cuando se escribe un diario, dirigido a uno mismo, que cuando se conversa con un compañero, momento en el que la dimensión corporal afecta a la interacción social. Por lo tanto, el cuerpo no sería una base estática, sino que también se adapta y moldea en base al contexto social, por lo que los historiadores de las emociones reconstruyen la contextualización de las expresiones y actos emocionales (Scheer 2012, 201).

Por un lado, la revisión de los trabajos citados nos permite comprobar que los historiadores de las emociones se han decantado, en general, por considerar la influencia de la cultura en la naturaleza de las emociones, pues carecería de sentido estudiar las emociones en la historia si considerásemos que estas son innatas y comunes a todos los seres humanos. Este es el caso de los conceptos *emotive* de Reddy, la *emocionología* de los Stearns, o las *prácticas emocionales* de Scheer; sin embargo, otros historiadores han reconocido el componente innato de algunas formas de expresión emocional como los cambios fisiológicos que provocan en el cuerpo humano, que también deben formar parte de la historia de las emociones, como defiende Bourke. Por lo tanto, podemos argumentar que el modelo híbrido propuesto por Nussbaum en cuanto a la naturaleza de las emociones expresa con bastante acierto las posturas que han adoptado los historiadores de las emociones al respecto de su naturaleza en las últimas décadas.

Por otro lado, las herramientas introducidas para construir una metodología que pudiese utilizarse en diferentes épocas históricas y sociedades han sido los conceptos que

permitían relacionar las experiencias emocionales de grupos más o menos reducidos como las *comunidades emocionales* de Rosenwein, o el *régimen emocional* de Reddy. Esta es la forma de establecer elementos comunes en las experiencias emocionales de los individuos y alcanzar conclusiones con mayor capacidad de generalización, a la par que permite comparar dichos hallazgos con otros grupos, sociedades o civilizaciones estudiados.

También debemos considerar que, aunque estas son las propuestas teóricas y metodológicas más atractivas para la historia de las emociones, no son los únicos que han contribuido al desarrollo de esta disciplina: Fay Bound Alberti ha optado por analizar la evolución de los términos científicos referidos a las emociones²², o Peter Burke, quién ha firmado varias publicaciones sobre la historia de las emociones²³. Además, otros historiadores han cuestionado estas metodologías y recogido los problemas que esta historiografía debería afrontar en los próximos años para construir una corriente independiente de otras como la historia social o la historia cultural, contribuyendo al debate historiográfico que hemos reproducido en los párrafos anteriores²⁴.

Por último, la renovación del interés por la historia de las emociones ha coincidido en el tiempo con la celebración del centenario del inicio y fin de la Primera Guerra Mundial. Por ello, varios historiadores han recogido el testigo del italiano Antonio Gibelli (1991) y, armados con las nuevas teorías y metodologías desarrolladas al inicio del milenio, se han aproximado a la esfera emocional y psicológica de los ejércitos y sociedades beligerantes. Sin ánimo de reproducir toda la bibliografía publicada en estos

²² Algunos de los trabajos publicados por esta historiadora: Alberti, Fay Bound. 2006. *Medicine, Emotion and Disease, 1700-1950*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, y 2010. *Matters of the Hearth. History, Medicine and Emotion*. Oxford: Oxford University Press.

²³ Consultar: Burke, Peter. 2003. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza; y Burke, Peter. 2005. "Is There a Cultural History of the Emotions?". En *Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music and Medicine*, editado por Penelope Gouk y Helen Hills, 35-48. Aldershot: Ashgate.

²⁴ Para una reflexión posterior sobre la historiografía de las emociones, consultar: Dixon, Thomas. 2003. *From Passions to Emotions: The Creation of a Secular Psychological Category*. Cambridge: Cambridge University Press; Moscoso, Javier. 2012. *Pain. A Cultural History*. Basingstoke: Palgrave MacMillan; Zaragoza Bernal, Juan Manuel. 2013. "Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión". *Asclepio*, vol. 65, no. 1: e012. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2013.12> ; Matt, Susan, y Peter Stearns. 2014. *Doing emotions history*. Urbana: University of Illinois Press; Villena, Rafael. 2015. "Las emociones han vuelto". *Vínculos de Historia*, vol. 4: 11-14; Moscoso, Javier. 2016. "From the History of Emotions to the History of Experience: The Multiple Layers of Material Expressions". En *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History (18th Century to Present)*, editado por Elena Delgado, Pura Fernández y Jo Labanyi, 176-191. Nashville: Vanderbilt University Press; Boddice, Rob. 2017. *The History of Emotions*. Manchester: Manchester University Press; y los trabajos citados en el texto de Pamplér (2014) y Moscoso (2015).

momentos, pues recurriremos a ella a lo largo de la investigación, destacaremos algunas tendencias en los estudios sobre la Gran Guerra.

En primer lugar, algunos historiadores han seguido el ejemplo de Antonio Gibelli y han abordado el estudio de un único ejército o sociedad de los países beligerantes: Wilcox (2012) realiza una nueva aproximación al ejército italiano dotando de un mayor protagonismo a las emociones, mientras que Jan Pampller (2009), de quién hemos citado varios artículos problematizando la historia de las emociones, ha realizado investigaciones sobre el miedo y las emociones en el ejército ruso.

Otros historiadores han optado por reducir su objeto de estudio y han reconstruido determinadas experiencias de los soldados en el conflicto como la vida diaria en las trincheras y su cotidianidad (Domínguez 2014), o las experiencias emocionales de los prisioneros de guerra durante su reclusión en campos alemanes (Jones y Wessely 2010). En otros casos, la monografía de Bourke sobre el miedo ha inspirado reflexiones sobre las formas de expresión y represión de esta emoción en los ejércitos beligerantes (Carrera 2015).

Para concluir este apartado, destacamos otro grupo de investigaciones que han relacionado emociones y psicología en la Gran Guerra, una relación que quedaba establecida en la definición del diccionario Galimberti (2002, 377) en la que se afirmaba que las emociones provocaban modificaciones a nivel psicológico, entendiendo que estas se manifiestan como una reducción del control del sí, dificultad para reflexionar y actuar lógicamente y una disminución de la capacidad de crítica. Pero también como parte de esas otras expresiones emocionales no verbales que quedaban fuera del concepto de *emotive* y que también forman parte de la historia de las emociones.

En este sentido, la Primera Guerra Mundial es uno de los escenarios idóneos para que confluyan la historiografía de las emociones junto a la psicología, pues, como adelantábamos en la introducción, fue el primer conflicto en el que las bajas por motivos psicológicos representaron un problema para los ejércitos beligerantes. Problemas que médicos y psiquiatras militares contemporáneos del conflicto relacionaron con la mala gestión de las emociones, especialmente el miedo (Rivers 1918, 2), lo que explica y justifica las investigaciones que establecen esta conexión²⁵.

²⁵ Entre otros trabajos, consultar: Sánchez Menchero, Mauricio. 2017. “Las consecuencias de la guerra en las emociones y la salud mental. Una historia e la psicopatología y medicalización en los frentes bélicos de Occidente (1914-1975)”. *Revista de estudios sociales*, vol. 62: 90-101; Lagonia, Paolo et al. 2017. “First World War and Mental Health: a retrospective comparative study of veterans admitted to a psychiatric hospital between 1915 and 1918”. *Rivista di Psichiatria*, vol. 52, no. 3: 120-125; o Jones,

3. Objetivos

En la introducción reflejábamos que esta investigación surge de la pregunta sobre las historias de los soldados de la Gran Guerra, sobre sus vivencias y experiencias en los diferentes escenarios en los que sirvieron durante el conflicto. Por ello, el objetivo general de esta investigación es describir y analizar las experiencias y emociones de los soldados británicos durante su periplo en la Primera Guerra Mundial. Basándonos en la revisión historiográfica del conflicto, partimos de la hipótesis de que podremos identificar diferentes experiencias durante el servicio militar de los soldados que marcaron un punto de inflexión en la esfera emocional de los combatientes y, por tanto, un cambio en la forma de describir el conflicto a sus familiares y en las emociones que expresaron en sus cartas.

Para determinar la existencia o no de un impacto en la esfera emocional de los soldados es preciso conocer su *estado* mental al inicio de la contienda, durante su experiencia bélica y al final de esta. Por lo tanto, en primer lugar, describiremos y analizaremos el conjunto de valores y creencias presentes en la sociedad británica al inicio del conflicto. A continuación, describiremos y analizaremos las diferentes experiencias bélicas de los soldados desde su alistamiento en el ejército hasta el final de la guerra en noviembre de 1918, prestando especial atención a la esfera emocional de los combatientes.

La revisión historiográfica ha revelado que una de las experiencias novedosas de la Primera Guerra Mundial fue la deriva del conflicto hacia la guerra de trincheras y la prolongación de este tipo de combate durante prácticamente todo el conflicto en el frente occidental, así como la presencia de este tipo de combate en otros frentes como la batalla de Galípoli. Por ello, es también otro de nuestros objetivos describir y analizar las experiencias de los soldados durante el servicio en las trincheras, los problemas a los que debieron enfrentarse, los mecanismos o estrategias que ayudaban a soportar dichas experiencias y la forma en que narraron estos aspectos de su servicio militar.

Otro de los elementos característicos de la Primera Guerra Mundial fue la progresiva introducción de nuevas armas y la invención de tácticas militares con el objetivo de romper el empate vigente en la guerra de trincheras del frente occidental. Por tanto, también nos planteamos como otro objetivo describir las innovaciones

Edgar. 2006. "The Psychology of Killing: The Combat Experience of British Soldiers during the First World War". *Journal of Contemporary History*, vol. 41, no. 2: 229-246.

armamentísticas utilizadas durante el conflicto, así como identificar y analizar las narraciones de los soldados sobre su utilización en el combate y las emociones motivadas durante las ofensivas en las que utilizaban dicho armamento.

Por último, partiendo del aumento en número y porcentaje de las bajas por motivos psicológicos durante el conflicto, pretendemos relacionar las experiencias analizadas anteriormente con el sufrimiento psicológico de los soldados y el desarrollo de enfermedades mentales durante la contienda. A este respecto, planteamos la hipótesis de que hubo diferentes estímulos emocionales que ayudaban a los soldados a soportar las experiencias de la guerra. De igual manera, otros estímulos emocionales empeoraban las experiencias del soldado y facilitaban que este sufriese síntomas psicológicos y en ocasiones se desarrollaban enfermedades mentales.

4. Criterios metodológicos

El eje vertebrador de esta investigación ha sido el análisis de las cartas enviadas por los soldados británicos a sus familiares y allegados durante su periplo por los diferentes escenarios bélicos en los que estuvieron durante la Primera Guerra Mundial. La importancia que tenía para el gobierno británico y para los soldados mantener una comunicación fluida con sus familiares, se tradujo en el envío de 28 millones de cartas con destino a Gran Bretaña y 12 millones de misivas y paquetes recibidos por los combatientes (Carrera 2015, 51).

Durante la búsqueda de archivos que pudiesen contener materiales de interés para nuestra investigación, encontramos numerosos y amplísimos fondos epistolares recogidos en diferentes instituciones y universidades nacionales e internacionales. El particular caso que representa Gran Bretaña al haber sido un Imperio con colonias repartidas por todo el globo, permite que encontremos documentación relativa a los soldados del Imperio británico en archivos internacionales como el Canadian War Museum y el Canadian Museum of History, el Indian War Memorial Museum construido en 1919 para homenajear a los soldados que habían combatido en la Primera Guerra Mundial, o The National Anzac Centre History creado por la colaboración del Western Australian Museum y el Australian War Memorial, e inaugurado en 2014 para celebrar el centenario del inicio del conflicto, por citar algunos ejemplos. Sin embargo, la organización de los ejércitos británicos se hizo de manera que los soldados procedentes de las colonias combatieran juntos en ejércitos independientes para favorecer la confianza y la

hermandad entre los soldados (Sheffield 2001, 101), por lo tanto, la documentación relativa a los soldados de origen británico está prácticamente en su totalidad en archivos e instituciones de Gran Bretaña.

En este sentido, disponemos de archivos con documentación en diferentes instituciones y universidades británicas. No podríamos comenzar por otra que no fuese la biblioteca nacional británica, The British Library²⁶, que atesora una de las mayores colecciones del mundo formada por más de 170 millones de ítems de todas las épocas y civilizaciones de la Historia de la Humanidad, prestando un excelente servicio como centro de investigación y difusión de la Historia. Por un lado, en sus fondos encontramos documentación oficial y privada de algunos de los grandes protagonistas de la Primera Guerra Mundial, entre otros: John Jellicoe, comandante de la flota británica de la batalla de Jutlandia librada contra la armada alemana en mayo de 1916; George Cave, ministro del interior británico entre 1916 y 1919; el teniente general Aylmer Hunter-Weston que comandó el ejército británico en la batalla de Galípoli (1915) y en las primeras ofensivas de la batalla del Somme (1916); o el carismático oficial Thomas Edward Lawrence conocido como *Lawrence de Arabia*, apodo que dio nombre a la película dirigida por David Lean en 1962 que narró su participación en la revuelta árabe durante la Primera Guerra Mundial. Por otro lado, la biblioteca conserva documentación de otros protagonistas anónimos del conflicto y parte de la correspondencia de soldados con un atractivo particular debido a la sensibilidad característica de los artistas para transmitir emociones a través de sus creaciones. Este sería el caso de las cartas de los poetas Isaac Rosenberg y Siegfried Sasson recogidas en la British Library.

En cuanto a literatos y artistas, la Universidad de Oxford conserva una colección dedicada en exclusiva a la documentación de escritores y poetas que combatieron en la Primera Guerra Mundial: The First World War Poetry Digital Archive²⁷. Esta cuenta con la correspondencia y diarios de los mencionados Isaac Rosenberg y Siegfried Sasson a los que se suman: Robert Graves, Wilfred Owen, Edward Thomas, Edmund Blunden, David Jones o Vera Brittain. Este archivo se complementa con The Great War Archive, también perteneciente a la Universidad de Oxford que contiene en torno a 6.500 ítems digitalizados. Aunque los objetos más atractivos, a nuestros ojos, sea la documentación perteneciente a poetas y escritores, también encontramos digitalizado otro tipo de material

²⁶ El acceso directo a su espacio web: <https://www.bl.uk/>

²⁷ El acceso directo a su espacio web: <http://www1lit.nsms.ox.ac.uk/www1lit/collections>

de interés para investigadores e historiadores de la Primera Guerra Mundial como fotografías, material de propaganda, archivos de audio y de video.

Otra institución británica que, a pesar de estar especializada en la conservación de material gubernamental, conserva documentos privados de los soldados de la Primera Guerra Mundial es The National Archives²⁸. Además de la conservación de los fondos, la investigación histórica y la contribución con materiales educativos y divulgativos, destacamos la colección de epístolas que analizamos en el Trabajo de Fin de Máster y que también formaran parte de esta investigación: *Letters from the First World War*. En esta se recogen 69 cartas enviadas entre 1915 y 1918 que aportan información sobre las experiencias de los soldados a lo largo de todo el conflicto.

Una de las instituciones especializadas en la recuperación de historias, documentación y objetos de la Primera Guerra Mundial es el Imperial War Museum²⁹, fundado el 5 de marzo de 1917 con el objetivo de registrar los eventos que estaban sucediendo en la Gran Guerra, así como conservar y mostrar las historias y experiencias de militares y civiles durante los años que duró el conflicto para conmemorar el sacrificio de la sociedad británica en este conflicto. Sir Alfred Moritz Mond, miembro del parlamento británico desde 1906, propuso la creación de este museo con la ambición de que: «Every individual, man or woman, soldier, sailor, airman or civilian... may be able to find in these galleries an example or an illustration of the sacrifice he made or the work he did».

A medida que avanzó el siglo XX y fueron sucediendo otros conflictos bélicos, las historias de los combatientes y civiles durante estos se añadieron a las colecciones de la Primera Guerra Mundial, de manera que esta institución contiene en la actualidad historias, objetos y documentación de todos los conflictos bélicos en los que ha participado Gran Bretaña desde la Gran Guerra. Por ello, es uno de los institutos de investigación independientes reconocido internacionalmente por su labor de recopilación, conservación, investigación y difusión de la historia militar reciente. Actualmente cuenta con cinco museos que exploran la historia de los conflictos bélicos desde las diferentes ópticas de sus protagonistas: el Imperial War Museum de Londres narra las historias individuales de los soldados británicos, mientras que la sede IWM North está dedicada a la difusión de las historias y experiencias de los civiles. Además, dedican un espacio

²⁸ El acceso directo a su espacio web: <https://www.nationalarchives.gov.uk/>

²⁹ El acceso directo a su espacio web: <https://www.iwm.org.uk/>

independiente a la Armada Británica, situado en HMS Belfast; y otro a la historia de la aviación británica en el IWM Duxford. Por último, cuentan con una de las atracciones turísticas más visitadas en Londres, el Churchill War Rooms, una visita guiada a través de las estancias en las que habitaba el gobierno británico durante la Segunda Guerra Mundial.

Por último, otro de los fondos documentales más amplios sobre la Primera Guerra Mundial lo encontramos en la web Europea, producto de un proyecto financiado por el Connecting Europe Facility de la Unión Europea destinado a recuperar, almacenar y ofrecer acceso digital a varias colecciones de archivos y documentación sobre la historia y cultura del continente. Con motivo de la celebración del centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial se creó en el año 2008 una colección, *Europeana 1914-1918*, para recuperar todo tipo de documentación y materiales sobre la Gran Guerra. En ésta se recopilan más de 178.000 elementos (a fecha 28 de abril de 2022) entre los que se incluyen imágenes, videos, textos y archivos de sonido. Este fondo documental se ha nutrido de la aportación de museos, bibliotecas, universidades y otras instituciones europeas que facilitaron enlaces a sus archivos sobre el conflicto: la Bibliothèque Nationale de Francia, la Österreichische Nationalbibliothek alemana, la Biblioteca Nazionale Centrale di Roma y di Firenze o la Bibliothèque royale de Belgique, además de las instituciones británicas citadas anteriormente. Pero lo que nos llamó la atención de este fondo documental fueron las aportaciones de ciudadanos europeos que compartieron voluntariamente las historias de sus antepasados que habían combatido en la Primera Guerra Mundial. Historias que acompañaron con el material que había permanecido en la familia, o que había sido encontrado por casualidad en las casas familiares, como uniformes, medallas, fotografías, postales y cartas.

La particularidad que presentaba este fondo documental por contener documentación inédita, que había permanecido oculta y en silencio durante más de una centuria nos cautivó. Por ello, decidimos que las cartas contenidas en este fondo conformasen el núcleo de nuestra investigación, al que sumamos la documentación del Imperial War Museum y The National Archives con la que habíamos trabajado durante el Trabajo de Fin de Máster.

Sin embargo, aquello que nos había resultado atractivo y estimulante de la web Europea 1914-1918 encerraba algunos problemas que debimos considerar al realizar la selección de documentos que, finalmente, formarían parte de nuestra investigación. En primer lugar, el buscador y los filtros facilitados por la web para la búsqueda y

recuperación de documentos presentaba algunos problemas, de hecho, tuvimos que utilizar palabras clave excesivamente amplias y revisar gran cantidad de ítems para encontrar y rescatar las aportaciones que habían realizado personas individuales. Aunque podríamos atribuir estas dificultades a la relativa juventud del proyecto, es plausible que se deba a la inexperiencia para codificar y clasificar los documentos de aquellos que, sin pertenecer a instituciones o universidades, realizaron aportaciones al proyecto³⁰. Por ello, la clasificación de la documentación en esta web es deficiente comparada con la de otros fondos documentales, aunque la estrategia de búsqueda utilizada nos permitió recuperar una considerable cantidad de documentos útiles para nuestra investigación.

En segundo lugar, el hecho de que la mayor parte de la documentación proviniese de aportaciones individuales de las familias de los soldados provocaba que la cantidad y calidad de la información aportada sobre las vidas de los soldados fuese muy distinta.

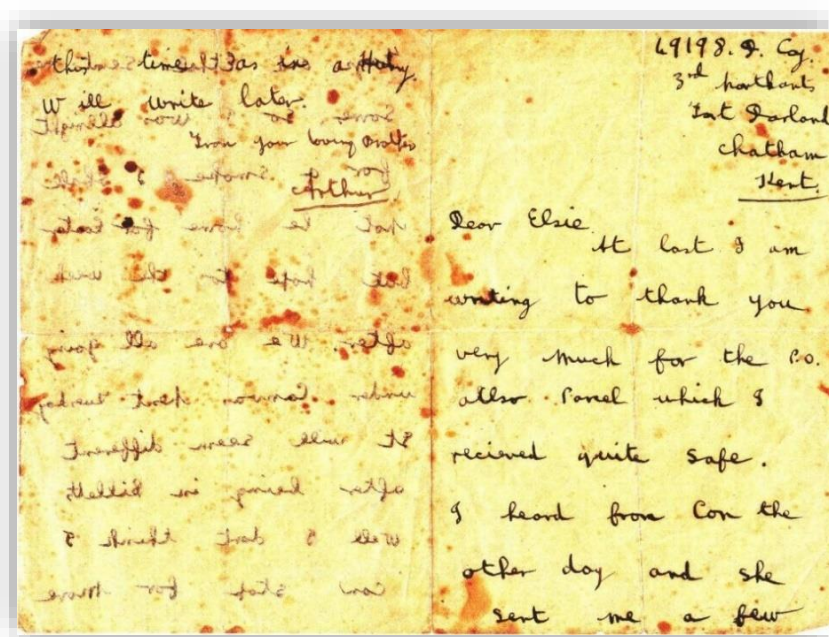


Figura 2. Carta escrita por Arthur Morris a su hermana, sin fecha. Europeana 1914-1918: The Morris Brothers of Hayfield Road Oxford. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_18660

³⁰ Por este motivo las contribuciones tienen títulos variados en la web que pueden no corresponderse con el nombre de los soldados, al tiempo que no hay un método que permita buscar un único objeto dentro de los muchos que forman parte de la historia de cada soldado. Por estos motivos, en el momento de citar documentación disponible en la web Europeana 1914-1918 utilizaremos la siguiente fórmula:

- Nombre del soldado, relación con el destinatario de la carta, fecha de la carta. Europeana 1914-1918: *Nombre del ítem en la web*. Disponible en: enlace directo a la web.

En las citas sucesivas a la correspondencia del mismo soldado omitiremos el enlace directo a la web Europeana 1914-1918.

De igual manera, también variaba el estado de conservación de los documentos y materiales con los que acompañaban su historia, presentando algunas cartas manchadas que dificultaban su lectura y transcripción (Figura 2); mientras que otros eran prácticamente ilegibles, por lo que tuvimos que descartarlos como materiales de nuestra investigación.

Por un lado, algunos documentos e historias de soldados han sido guardadas por sus familias como un tesoro a lo largo del último siglo y en el momento de contribuir al proyecto Europeana aportaron datos sobre la vida del soldado antes y después del conflicto y otra información de interés como las fechas clave en su experiencia bélica. En estos casos, el estado de conservación de las cartas suele ser bueno, están ordenadas cronológicamente e incluso aportan un documento con la transcripción de las cartas, caso del soldado Alvin Whiteley³¹. Aunque representen un porcentaje bajo del total de aportaciones, la cantidad de información disponible y el elevado número de cartas conservadas a lo largo de toda la experiencia bélica de estos soldados nos ha facilitado establecer su contexto biográfico. Además, nos ha permitido analizar los cambios y variaciones al escribir sobre determinados aspectos de la guerra al inicio y al final de su servicio militar, identificando una evolución en las emociones del soldado o en la forma de expresarlas.

Por otro lado, tanto las cartas como las historias de otros soldados habían permanecido olvidadas en sótanos o desvanes de casas familiares y fueron descubiertas por casualidad cuando ya nadie podía reconstruir la vida del soldado. En estos casos, los familiares solo han podido aportar el nombre del soldado, el parentesco con algún antepasado y la información que hayan rescatado de algunos documentos oficiales, caso del soldado Arthur Morris³². Además, la exposición prolongada a temperaturas y niveles de humedad inadecuados han castigado el papel y la tinta de las cartas, provocando que solo una parte de ellas, en el mejor de los casos, pueda ser leída. En consecuencia, la cantidad de cartas conservadas de estos soldados es menor y la falta de información relativa al soldado dificulta la reconstrucción de su biografía en el conflicto.

En estos casos, extrajimos toda la información posible de las cartas conservadas y las transcribimos para su posterior análisis. Es posible que estos soldados fallecieran en

³¹ Alvin Whiteley. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4210_attachments_50156

³² Arthur Morris. *Europeana 1914-1918: The Morris Brothers of Hayfield Road Oxford*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_18660

la guerra antes de formar una familia y que su historia permaneciera en el recuerdo de sus padres y hermanos, pero que una vez que estos fallecieron, solo quedó la información contenida en las cartas. Por el contrario, aquellos que sobrevivieron al conflicto conservaron y transmitieron con detalle sus experiencias en la guerra a sus familias.

En cualquier caso, al contribuir al desarrollo del proyecto Europea quisieron recuperar la memoria de sus familiares combatientes y dejar constancia de que habían luchado por el Imperio británico en la Primera Guerra Mundial. Independientemente de la cantidad de información conservada y aportada en la web, lo importante para las familias era que *su* soldado formase parte de una plataforma dedicada a recuperar las historias individuales del conflicto. De esta forma, parte de su vida y memoria permanecerá en esta web que rinde homenaje a los protagonistas del conflicto. En este sentido, cabe destacar que de los 72 soldados que forman parte de la selección de cartas de la web Europea 1914-1918, 18 tenían raíces irlandesas, lo que supone un 25% de los combatientes seleccionados de esta web y un 15% del total, un porcentaje mayor que el del total de irlandeses que sirvieron en el ejército británico, un 2,7% (Winter 1977, 450), por lo que consideramos relevante que las personas que realizaron la aportación a la web quisieron dejar constancia de la nacionalidad del soldado. Además, no ocurre lo mismo con los soldados procedentes de Inglaterra, Gales o Escocia. Por este motivo hemos dedicado un apartado independiente a este grupo de soldados en el capítulo titulado *El inicio de la experiencia militar*, en el que consideraremos algunas particularidades de la población irlandesa al inicio del conflicto y durante el mismo.

Aunque hemos descrito dos casos extremos en los que las familias compartieron prácticamente la totalidad de la historia de *su* soldado en el conflicto o nada, la mayor parte de las aportaciones se encuentran en el espacio intermedio. Paralelamente, el estado de las cartas varía en un amplio abanico de grises que permite descifrar, en ocasiones, solo parte del mensaje. Esto planteaba algunos problemas respecto a los criterios de selección de las cartas que formarían parte de nuestra investigación. Parece lógico que, debido a que una misiva aporta información sobre las experiencias del soldado en un escenario y en un momento concreto de su experiencia bélica, descartásemos aquellas cartas que no podíamos situar en un momento y espacio determinado, pues el análisis de su contenido carece de significado si desconocemos el contexto en el que fue escrita. Sin embargo, entre los materiales de la investigación se encuentran algunas cartas de las que desconocemos la fecha o la situación en la que fueron escritas por los siguientes motivos. Aunque todas las cartas se inician con la fecha en que escribe el soldado, en algunas, estas

primeras líneas son ilegibles, ya sea porque están emborronadas o porque el papel está roto. Sin embargo, hay casos en los que la correspondencia del soldado es suficientemente amplia para situar la carta en una horquilla de fechas, por ejemplo, cuando escriben varias cartas desde los campos de entrenamiento en Gran Bretaña. En otros, aunque desconozcamos la fecha, conocemos la situación del soldado en el conflicto en el momento en que escribe, por lo que podemos situar la información contenida en la carta en un contexto geográfico exacto, tomando el ejemplo anterior, un campo de entrenamiento.

En cuanto a la *situación* del soldado en el conflicto, la censura de la correspondencia limitaba la información que podían aportar al respecto. En el caso del frente occidental, destino mayoritario de los soldados protagonistas de esta investigación, la localización geográfica era relativamente clara porque el ejército británico ocupaba una parte del territorio belga situada al norte del frente francoalemán. Sin embargo, los censores eliminaban cualquier información que permitiese una localización más precisa de las tropas británicas y que, por tanto, pudiese ser útil para los alemanes en caso de que estos se hiciesen con el correo. Por ejemplo, los alemanes podrían determinar la concentración de tropas en una parte del frente a través de las cartas de los británicos. Por ello, cuando hablamos de la situación del soldado en el conflicto nos referimos, necesariamente, al espacio que ocupaba en un sentido amplio: un campo de entrenamiento, un barco o tren durante la movilización hacia el frente, un hospital, y en el caso de estar en el frente, si se encuentra en las primeras líneas de trincheras, en las más alejadas realizando trabajos de apoyo o en un espacio situado en la retaguardia, relativamente alejados del frente.

Tras aplicar los criterios de selección descritos sumamos un total de 795 cartas y 33 fragmentos de otras distribuidas en función del archivo al que pertenecen y el año en que fueron enviadas según las Tablas 1 y 2.

Tabla 1. Relación de cartas seleccionadas. Elaboración propia.

Archivo	Europeana 1914-1918	The National Archives	Imperial War Museum	Total
Nº cartas	759	64	5	828

Tabla 2. Relación de cartas por año en que fueron escritas, todos los fondos.

Elaboración propia.

Año	1914	1915	1916	1917	1918	Desconocido	Total
Nº cartas	39	118	185	317	99	70	828

En cuanto a la aproximación metodológica, hemos adelantado en la introducción las dificultades de la historiografía de las emociones para construir un marco teórico común aplicable a la investigación de las emociones en distintas sociedades y en diferentes épocas. Sin embargo, la variedad de los conceptos y herramientas propuestas por William Reddy, Barbara Rosenwein, Joanna Bourke, Dolores Martín y Beatriz Pichel en los últimos años nos facilita la construcción de una metodología idónea para el análisis de las expresiones emocionales de las cartas de los soldados. En esta, utilizaremos algunos de los conceptos que hemos introducido en los capítulos anteriores y matizaremos otros para que puedan ser aplicados en nuestro caso de estudio.

En primer lugar, consideraremos la teoría de Nussbaum sobre la naturaleza de las emociones, aceptando algunos elementos innatos y comunes a las emociones de todos los seres humanos como el miedo, pero atribuyendo especial relevancia a la influencia de la sociedad y sus valores en las experiencias emocionales de los soldados británicos. Esta teoría nos permitirá *navegar* por los discursos emocionales expresados por los soldados en sus misivas y establecer algunos elementos comunes a sus experiencias emocionales durante su periplo en la Primera Guerra Mundial.

En segundo lugar, no hemos utilizado el término navegar aleatoriamente, y es que consideramos que la propuesta teórica y metodológica de William Reddy tiene muchos elementos aplicables a nuestra investigación. A pesar de las críticas que ha recibido su concepto de *emotive* por situar en un lugar privilegiado a las expresiones emocionales verbales, es precisamente esta característica la que nos resulta atractiva, pues nuestra investigación se basa en las expresiones emocionales que los soldados escribieron en sus misivas. Además, consideramos que otros conceptos de su teoría son extrapolables al estudio de los ejércitos como el *régimen emocional*, pues esta es una institución muy jerarquizada que ejerce un fuerte control sobre los hombres que forman parte de ella y en la que los comportamientos están normativizados, así como las formas de expresión y

represión de determinadas actitudes, ideas, sentimientos y emociones. Por lo tanto, estamos ante un grupo que permite poca *libertad emocional* y que generará cierto nivel de *sufrimiento emocional* en los soldados, quienes tendrán que *navegar* por sus sentimientos para expresar el que mejor se adapte a los estímulos emocionales, pero también el que cumpla con el *régimen emocional* del ejército.

Además, la imperfección del lenguaje que defiende Reddy se acentúa en el conflicto que analizamos, pues como dijo Walter Benjamin³³ (2005): «la experiencia de la primera guerra moderna no podía ser descrita en las viejas y gastadas palabras de que disponían los hombres». Entre la correspondencia analizadas encontramos muestras de la incapacidad de las palabras para describir el conflicto que estaban viviendo, pero también para expresar las emociones motivadas por este conflicto: «I wish some great artist or author could see it and feel it as I did and make it permanent as a picture or an article»³⁴. Por este motivo, y en respuesta al deseo de Oswald Blencowe, hemos decidido incluir en algunos capítulos de la investigación las obras de artistas que combatieron en la Primera Guerra Mundial y en las que plasmaron la realidad del conflicto y las emociones que experimentaron. No es nuestra intención realizar un análisis de dichas imágenes, pues por su condición de fuente histórica este supondría la realización de otra investigación independiente. Nuestro objetivo es, por tanto, completar aquellos discursos presentes en las cartas de los soldados que son incapaces de transmitir la complejidad de los estímulos emocionales motivados por las experiencias de la guerra.

También consideraremos la capacidad performativa de las emociones descrita por Reddy que ha resultado en el concepto *emotional bodies* de Martín y Pichel, según el cual al expresar una emoción esta se amplifica, retroalimentando el cuerpo y la mente en los que genera una respuesta que potencia de nuevo dicha emoción. Al tiempo, minimiza la intensidad de otras emociones que se oponen a la primera y estimula otras emociones,

³³ Walter Benjamin (1892-1940) fue un filósofo y crítico alemán que intentó alistarse en el ejército, pero fue declarado no apto para el servicio activo, continuando entonces su carrera académica en la Universidad de Berna de la neutral Suiza, donde se graduó en 1919 con una tesis acerca del concepto de crítica artística en el romanticismo alemán. Entre su producción ensayística se encuentran varios textos que se han utilizado como alegatos pacifistas como el que contiene el fragmento citado *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Su obra fue difundida por su amigo Theodor Adorno, quien publicó dos tomos recopilatorios de sus escritos y pensamiento en 1955. Benjamin se suicidó en el año 1940 después de cruzar la frontera franco-española tras la amenaza de un funcionario español de entregarles a las autoridades alemanas (Fernández y Tamaro 2004f).

³⁴ Oswald Blencowe, carta a su madre, 26 enero 1916, Europeana 1914-1918: *1916 brought into perspective*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_5366

estando el proceso relacionado con otras actividades cerebrales complejas como la memoria. Un ejemplo del condicionamiento de la memoria en nuestro caso de estudio podría ser que la primera vez que un soldado estaba expuesto al ataque del enemigo, el miedo a la muerte podía apoderarse de la voluntad del soldado e incapacitarle para entrar en combate; sin embargo, las siguientes exposiciones a este mismo estímulo podrían provocar la ira y el deseo de lucha de los combatientes. Esta característica de las emociones tiene un valor significativo en la *navegación de los sentimientos* que realizaban los soldados en el momento de expresar una emoción y podría estar relacionada con la resistencia física y mental de los combatientes a los horrores de la guerra.

Otro de los conceptos que nos resultó atractivo desde un primer momento fueron las *comunidades emocionales* de Rosenwein; sin embargo, creemos que sería problemático utilizarlo en nuestra investigación debido a la heterogeneidad de los soldados. Por un lado, el concepto está diseñado para describir comunidades relativamente pequeñas y cerradas como las existentes en los monasterios medievales, por lo que podríamos aplicar este concepto si contásemos con la correspondencia de un grupo de soldados que habitasen en el mismo pueblo y hubiesen servido en la misma unidad, por ejemplo. Este no es el caso de los combatientes que forman parte de esta investigación, pues tienen orígenes geográficos distintos y pertenecían a diferentes grupos sociales. No obstante, el análisis de la correspondencia permite establecer experiencias bélicas arquetípicas que tuvieron un efecto similar en los soldados independientemente de su edad, rango, experiencia militar y origen social.

Por último, a pesar de que algunos historiadores (Pampller 2014; Moscoso 2015) hayan argumentado la necesidad de recurrir a nuevos tipos de fuentes de información y nuevas metodologías para construir la historia de las emociones, la elección de recurrir a las cartas como principal objeto de estudio obliga a que la metodología de investigación sea el análisis de contenido, sin olvidar la conveniente contextualización del momento en que se escribió la carta ni del resto de experiencias del soldado en la guerra.

Para la organización, clasificación y posterior análisis de contenido de las más de 800 cartas seleccionadas recurrimos al software de análisis de datos cualitativos MAXQDA³⁵.

³⁵ MAXQDA es un software de análisis de datos cualitativos lanzado en 1989 que ha implementado nuevas funciones y mejorado sus prestaciones progresivamente desde entonces. Este es uno de los programas de elección para almacenar, organizar y analizar entrevistas, encuestas u otra clase de textos como publicaciones en webs o tweets. Durante nuestra investigación hemos utilizado las versiones 2018, 2020 y 2022. El acceso directo a su espacio web: <https://www.maxqda.com/es/>

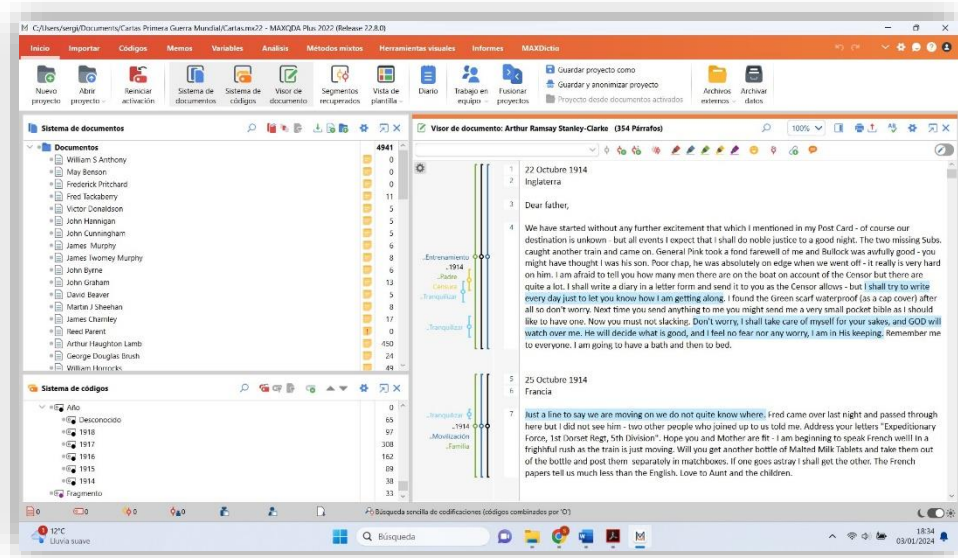


Figura 3. Imagen de la página de trabajo del software de análisis de datos cualitativos MAXQDA2022.

Este programa nos permitía almacenar todas las cartas que habíamos transcrito en un mismo espacio de trabajo, quedando agrupadas por su autor en diferentes documentos, pero facilitando su acceso desde una de las ventanas principales, el *sistema de documentos*. Además, a través de otra de las ventanas, el *sistema de códigos*, podíamos crear y añadir códigos a cartas, o a fragmentos de estas, con el objetivo de destacar algún tipo de información, clasificarlas y recuperarlas posteriormente en función de dichos códigos (Figura 3).

En cuanto a la codificación de las cartas seleccionadas, establecimos un tipo de códigos dependientes de factores externos al contenido de las cartas, a saber: año en que fue escrita, situación en la que se encontraba el soldado en el momento de escribirla y relación que mantenía el soldado con el destinatario. Estos códigos nos permitieron distribuir las cartas a lo largo de la línea temporal del soldado en el conflicto y definir el espacio que ocupaba en el momento de escribirla.

A continuación, conforme realizábamos el análisis de contenido creamos un sistema de códigos, que denominaremos *emocionales*, por mantener el adjetivo utilizado por Reddy, para identificar las diferentes expresiones emocionales que aparecían en las misivas de los soldados. A este respecto, pensamos que utilizar cualquier clasificación de las emociones realizadas por filósofos, psicólogos o cualquier otro académico predispondría nuestro análisis a encontrar determinadas emociones, por lo que construimos el sistema de palabras clave al tiempo que identificábamos nuevas expresiones emocionales en las misivas. En este punto, nos preguntamos sobre la

pertinencia de traducir las cartas de los soldados, concluyendo que sería adecuado traducir aquellos fragmentos de los que no comprendiésemos su significado por la especificidad de sus términos. Afortunadamente, la mayor parte de las misivas transmitieron información clara y sencilla, por lo que solo fue necesaria la traducción de términos en casos puntuales, para los que recurrimos al Oxford English Dictionary³⁶.

Además, nos encontramos con la dificultad de que había experiencias y estímulos muy dispares que provocaban una misma expresión emocional, por ejemplo: la esperanza de que el conflicto acabase es una de las expresiones emocionales que aparece en más misivas, pero algunos soldados también expresaron la esperanza de *matar a los alemanes por cientos*: «I shall write you again before then I hope we get them well on the move this time and get them on the run and kill them by hundreds»³⁷.

Ante esta situación, decidimos combinar estos *códigos emocionales* con otros que aportasen información sobre las experiencias que acompañaban a dichas expresiones emocionales para que no se multiplicasen innecesariamente los primeros. De esta manera, todo enunciado que expresase esperanza estaría codificado con nuestro código emocional *esperanza*, y estaba acompañado de otros que completaban el significado de la expresión emocional.

Este sistema encierra algunas dificultades que introdujimos en capítulos anteriores y otras que identificamos durante el análisis de contenido de las epístolas. Primero, aunque hay datos que apoyan que los soldados del ejército británico tenían uno de los porcentajes de alfabetización más elevados de los ejércitos beligerantes, esto no significa que sus misivas estuviesen perfectamente escritas. Fuera cual fuese el motivo, lo cierto es que es habitual encontrar errores de ortografía y de puntuación en las cartas, especialmente en aquellas escritas por soldados de menor rango, pero no exclusivamente. En el momento de transcribir fragmentos de las cartas hemos decidido conservar este tipo de errores ortográficos y gramaticales porque no dificultan la lectura ni la comprensión de las misivas. Además, como argumenta Martha Hanna (2003, 1349), este tipo de cartas reducían más la distancia que aquellas escritas correctamente. En algunos casos, las cartas escritas por los soldados carecen prácticamente de signos de puntuación, por lo que el receptor de la carta debía leerla en voz alta e imaginar cuando realizaría las pausas,

³⁶ Enlace a la web. <https://www.oed.com/?t=true>

³⁷ John Duesbery, carta a su madre, 31 agosto 1916. Europeana 1914-1918: *John Duesbery (Sherwood Foresters) killed on Somme*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17050

dotando a la misiva de una carga de intimidad mayor que otras correctas en términos gramaticales. En consecuencia, podríamos argumentar que este tipo de intimidad y otro tipo de mensajes en clave como expresiones hechas son muy difíciles de identificar entre la correspondencia, especialmente cuando no disponemos de las respuestas que las familias y parejas escribían a los soldados. Otra forma de particularizar la correspondencia de los soldados era intercalando dibujos entre la narración, una práctica habitual de algunos soldados, aunque estaba prohibida según las normas de la censura (García 2009) (Figura 4).

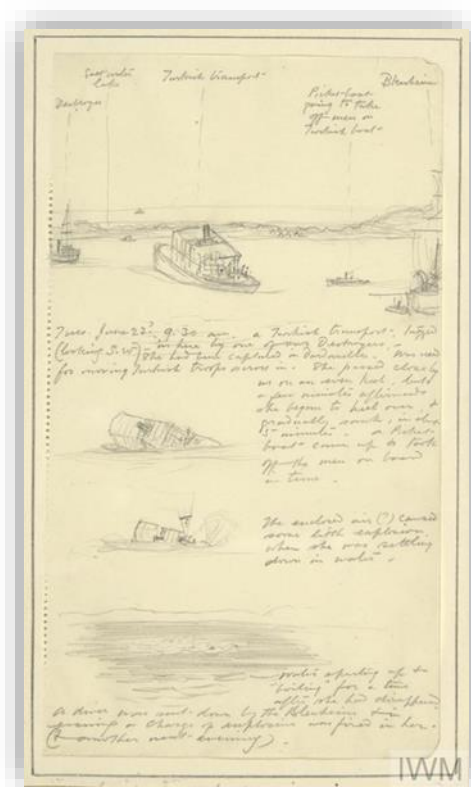


Figura 4. Herbert Hillier. 1915. A Turkish Transport Sinking, 9.30am, June 22nd 1915. Art.IWM ART 4359

Relacionada con esta dificultad también observamos que no todos los soldados transmitían emociones en las cartas que enviaban. Aunque esta era una habilidad a la que el gobierno británico daba cierta importancia y formaba parte de los programas educativos británicos, es lógico pensar que hubiese soldados más diestros que otros para transmitir emociones en sus cartas, o que eligiesen no hacerlo, por lo que cabría preguntarse ¿por qué decidirían no expresar sus emociones, o alguna emoción concreta, en las cartas?

Podríamos relacionar esta ausencia de expresiones emocionales, especialmente de algunas como el miedo, con las cualidades que debe tener un soldado. Ya en *La República*

(IV, 129-134), Platón concluyó que cualquier miembro de la sociedad no puede encargarse de la defensa del territorio, esta debe estar confiada a miembros cuya única función sea la defensa de la ciudad y sus riquezas. También argumenta que los guardianes deben poseer agudeza, rapidez, fuerza y valentía, pero que deben ser mansos con los miembros de su misma sociedad, volcando su ferocidad sobre aquellos que la amenazan.

Respecto a la valentía, esta es una cualidad del alma que puede entrenarse en aquellos designados como futuros guardianes de la sociedad, al igual que se entrena el cuerpo a través de la actividad física. La Real Academia Española (2014) define valiente en los siguientes términos: «dicho de una persona capaz de acometer una empresa arriesgada a pesar del peligro y el posible temor que suscita». Por lo tanto, que los soldados deban ser valientes durante la guerra es una cualidad deseada para los combatientes de todas las épocas. Sin embargo, podríamos argumentar que ser valiente no implica que los soldados no sientan miedo ante algunas experiencias de la guerra, significa que cumplen su cometido a pesar de ese miedo que les pide huir del combate. Por lo tanto, el control del miedo y, en algunos momentos su ocultación, es uno de los valores propios de la disciplina militar que forman parte del *régimen emocional* de los soldados británicos de nuestra investigación, así como los valores de la sociedad británica y las restricciones de la censura sobre las que reflexionaremos en los siguientes capítulos.

Como consecuencia identificamos algunas ideas que los soldados no podían expresar en sus cartas como todo aquello que supusiese una crítica al ejército, a la estrategia militar y a todo aquello que dependiese del ejército. Al tiempo, los combatientes debían ocultar determinadas emociones como el miedo o, mejor dicho, no debían permitir que estas emociones controlasen sus actos en presencia de compañeros militares, ni que guiasen las narraciones de sus misivas.

Además, como argumenta Bourke (2005, 8) el miedo puede formar parte de otras emociones que en un principio no identificamos con el miedo. Por ejemplo, los celos pueden entenderse como el miedo a perder a alguien querido, la culpa como miedo al castigo divino ante un acto reprobable, o la vergüenza como miedo a la humillación. A pesar de la complejidad del miedo como emoción y el deber de los soldados de mantenerlo oculto a sus iguales, hemos identificado expresiones emocionales de miedo relacionado con el armamento moderno, las tácticas militares de la guerra de trincheras o la incertidumbre frente al futuro, lo que nos indica cuan necesario fue para estos soldados dar salida a emociones de gran intensidad. Sin embargo, estas emociones no se expresan de manera clara en los textos, lo habitual era que los soldados fuesen más sutiles en este

tipo de expresiones. Por lo tanto, no debemos limitarnos a codificar los fragmentos que incluyen expresiones como «I fear ...» o «I'm terrified ...», pues el miedo también podía expresarse a través de la incertidumbre, la desesperanza respecto al futuro o en el desasosiego y desesperación que acompañan algunas narraciones sobre la visión de soldados heridos, mutilados, desfigurados y muertos, o la escucha de los llantos y gritos de los soldados que han quedado atrapados en la tierra de nadie.

Por el contrario, otro tipo de expresiones emocionales son abundantes en la correspondencia de los soldados, pues carecen de las connotaciones negativas propias de las anteriores como el miedo, la desesperanza o la preocupación. En consecuencia, es habitual encontrar expresiones de alegría relacionada con determinados momentos de convivencia con compañeros de la unidad, o esperanza de que el fin de la guerra esté próximo y puedan regresar a sus hogares.

Después de reflexionar sobre estos factores y reconsiderar el análisis de la correspondencia decidimos establecer seis *códigos emocionales* básicos que hemos identificado en el número de fragmentos que expresamos en la siguiente tabla:

Tabla 3. Códigos emocionales empleados. Elaboración propia.

Códigos emocionales	Número de fragmentos codificados
Esperanza	205
Alegría	251
Orgullo	152
Preocupación	170
Ira	21
Miedo	18

Como reflexionábamos en los párrafos anteriores, debido a la falta de claridad de algunas expresiones emocionales como el miedo o la preocupación, es difícil codificar una única emoción en estas narraciones, pues están teñidas de una preocupación, de un malestar, de un pesimismo que está presente durante toda la carta o parte de ella, pero sin escribir explícitamente enunciados que indiquen miedo, preocupación o desesperanza. Por ello, apoyamos estos códigos potencialmente problemáticos con otros secundarios que acaban de matizar y completar la información que transmite el soldado en sus cartas. Una de las expresiones habituales a lo largo del conflicto fue la preocupación por el futuro inmediato, que está estrechamente relacionada con la incertidumbre y el miedo a fallecer

en batalla, pero también con el miedo a ser derrotados y que Alemania llegase a las costas de Gran Bretaña. Otro ejemplo serían las expresiones emocionales de alegría que suelen reflejar también la confianza sentida en compañía de otros compañeros y amigos de sus unidades, la complicidad o el agradecimiento ante determinadas acciones. Por lo tanto, a lo largo de la investigación aparecerán otro tipo de expresiones emocionales que no hemos identificado como códigos emocionales básicos, pero que también aparecen en la correspondencia de los soldados, a saber: incertidumbre, decepción, añoranza, desesperación y envidia.

Este sistema de análisis epistolar tiene ciertas ventajas para diseccionar las cartas, identificar aquellos aspectos del conflicto sobre los que escribían, relacionar las emociones que expresaban con los estímulos que los provocaban y recuperar las cartas o fragmentos de estas en las que uno, varios o todos los soldados expresaron determinadas emociones a lo largo de su correspondencia. Esto nos facilitaba obtener una visión de conjunto de las situaciones en las que expresaron emociones como el miedo, la alegría, el orgullo o la esperanza. Sin embargo, no debemos extirpar dichos fragmentos del conjunto de la carta, pues estos pierden prácticamente toda la información si no tenemos en cuenta cuándo se escribió, desde dónde, quién escribía la carta y a quién estaba dirigida. Por ello, el análisis de los fragmentos recuperados en función de los códigos emociones y las experiencias que las estimulaban debe ir acompañado del análisis del contenido de toda la carta y del resto de correspondencia del soldado, si es que se conserva.

Las temáticas y las experiencias descritas en la correspondencia de los soldados han dado forma al índice de la investigación, al que hemos añadido los imprescindibles capítulos relativos al contexto histórico de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial y las singularidades de la sociedad británica al inicio del conflicto, pues como adelantábamos en la introducción, los discursos emocionales están influenciados por las normas sociales y la cultura de la civilización a la que pertenecen (Nussbaum 2008, 185). Por ello, sin esta contextualización, el análisis de las epístolas y las emociones que transmitieron en ellas quedaría incompleto y anacrónico. También hemos incluido las reflexiones sobre los factores que condicionaron la información que los soldados aportaban en las cartas y, por tanto, la expresión de ideas, sentimientos y emociones en las mismas: la propaganda y la censura. Esto nos permitirá reconstruir las normas que regían las expresiones emocionales de los soldados tanto con sus iguales como con sus familias a través de las cartas o el *régimen emocional* de los soldados de nuestra investigación.

Debido a las particularidades del ejército británico, que analizaremos a lo largo del trabajo, los protagonistas de esta investigación iniciaron sus experiencias bélicas en diferentes momentos de la guerra, por lo que un análisis guiado únicamente por el año en que fueron enviadas las cartas sería estéril para los objetivos del trabajo. Por otro lado, consideramos que la organización guiada únicamente por las emociones transmitidas en las cartas sería excesivamente compleja debido a la variedad de experiencias y estímulos que provocaban una misma emoción. De igual manera, una misma experiencia podía provocar emociones distintas en los soldados. Por ello, decidimos organizar el discurso obedeciendo a un orden cronológico que comienza con las motivaciones que llevaron a los jóvenes del Imperio británico a alistarse en el ejército y que finaliza con su regreso a Gran Bretaña tras la firma del armisticio. De esta manera, los protagonistas de esta investigación alimentan una historia común de la Primera Guerra Mundial en la que exploramos las experiencias bélicas que narran en sus epístolas con los matices e individualidades que caracterizaron las experiencias de cada uno de ellos.

Esta organización nos permite establecer un ritmo en el discurso que alterna experiencias y estímulos que eran descritos por los soldados como agradables, placenteros o esperanzadores; con otros que minaban el espíritu de combate de los soldados y les causaban miedo o dolor. Con esta disposición pretendemos imitar el ritmo que seguían los soldados al escribir sus cartas, pues era excepcional que un soldado transmitiese una única emoción, incluso que mantuviese el mismo tono positivo o negativo durante toda la carta. Lo habitual era que a lo largo del mensaje alternasen descripciones de experiencias agradables con sus compañeros de unidad, relatos atroces sobre la guerra de trincheras, palabras de agradecimiento por el envío de cartas y paquetes, y deseos de que el final de la guerra estuviese próximo. Al tiempo, la estructura de la exposición también imita el delicado equilibrio emocional que debían mantener los soldados durante el conflicto para no derrumbarse psicológicamente y sucumbir al miedo y la desesperanza que provocaban algunas experiencias bélicas.

Por último, aquellos soldados de los que tenemos una cantidad considerable de cartas a lo largo de toda su experiencia bélica son muy valiosos para nuestra investigación. Por un lado, aportan información relativa a numerosos aspectos de la Primera Guerra Mundial desde el alistamiento, la experiencia del primer combate, la introducción de armamento moderno, las experiencias en los hospitales, etc. Por otro lado, la correspondencia de estos soldados permite un análisis de la evolución y los cambios en la forma de escribir sobre la vida diaria en las trincheras y las experiencias del combate

moderno. Es por ello por lo que hemos incluido a continuación un índice de aquellos combatientes cuyas cartas aparecen referenciadas a lo largo de toda la investigación tanto por el número de misivas enviadas como por la cantidad y calidad de información aportada en las mismas.

4.1. Algunos protagonistas

Como adelantábamos en el apartado anterior, hay algunos soldados y oficiales de los que disponemos suficientes cartas repartidas a lo largo de su experiencia bélica que nos han aportado información sobre gran cantidad de aspectos del conflicto y, por lo tanto, aparecen recurrentemente a lo largo de la investigación. Previo a las biografías de algunos protagonistas de la investigación, incluimos la relación de combatientes según su rango militar durante la Primera Guerra Mundial (Tabla 4).

Tabla 4. Relación de combatientes según su rango militar (Stevenson 2013, 10)

Rangos infantería	Número de soldados	Formaciones que comandaban
<i>Private</i> (soldado raso)	55	
<i>Lance Corporal</i> (soldado de primera)	6	
<i>Corporal</i> (cabo)	5	
<i>Lance Sergeant</i> (cabo de primera)	1	Escuadrón (8-11 hombres)
<i>Sergeant</i> (sargento)	9	Escuadrón (8-11 hombres)
Oficiales		
<i>Second Lieutenant</i> (segundo teniente)	4	Pelotón (30-50 hombres)
<i>Lieutenant</i> (teniente)	7	Pelotón (30-50 hombres)
<i>Captain</i> (capitán)	3	Compañía (100-200 hombres)
Desconocido	30	
Total	120	

En esta tabla hemos clasificado a los soldados según el rango que tenían cuando escribieron la primera carta conservada y seleccionada para esta investigación, aunque hay algunos casos en los que fueron ascendidos durante su experiencia bélica. Por un lado, hemos utilizado los rangos del ejército de infantería británico, aunque hay algunos casos en los que los combatientes pertenecían a otros cuerpos del ejército y, por tanto, no utilizaban esta terminología, entre otros: los *sappers* del Royal Engineers Corps o los *gunners* del Royal Artillery Corps, ambos rangos equivalentes al *private* de la infantería.

Por otro lado, el elevado porcentaje de soldados de los que desconocemos el rango se debe a la falta de información aportada en la web Europea y a la imposibilidad de descubrir estos datos en la correspondencia y otra documentación aportada a la web. Sin embargo, algunos de ellos fallecieron al poco tiempo de entrar en combate, justo después de finalizar el periodo de adiestramiento, por lo que podríamos argumentar que gran parte de los soldados con rango desconocido eran soldados rasos.

A continuación, recogemos las biografías de aquellos combatientes que aparecen recurrentemente a lo largo de todo el texto con el objetivo de no perder la visión de conjunto de su periplo en la Primera Guerra Mundial y enriquecer el posterior análisis de su correspondencia que, por la estructura de la investigación, se focaliza en momentos y experiencias específicas del servicio militar de los protagonistas. Además, hemos confeccionado un índice onomástico con los nombres de todos los soldados que forman parte de esta investigación.

Segundo teniente Arthur Ramsay Stanley-Clarke, 23 años. Fue enviado al frente occidental como parte del ejército profesional de la BEF (British Expeditionary Force). La primera carta que conservamos fue enviada desde Gran Bretaña el 22 de octubre de 1914, un día antes de embarcar rumbo al frente occidental. Su correspondencia comprende 67 cartas enviadas a sus padres hasta el 7 de mayo de 1915, cuando fue enviado a un hospital de Gran Bretaña tras haber sufrido una intoxicación por gases. El 1 de agosto de ese mismo año inició su adiestramiento como piloto en el Royal Flying Corps, donde se graduó en enero de 1916 y fue enviado de nuevo al frente occidental el 3 de febrero para su segunda experiencia en la Primera Guerra Mundial, de la que no se ha conservado documentación.

Sargento William O'Reilly, edad desconocida. William fue un soldado profesional estacionado en La India que regresó a Irlanda para contribuir a la rebelión años antes del inicio del conflicto. Fue llamado a filas cuando estalló la guerra en agosto de 1914 y enviado a Francia con uno de los primeros contingentes de soldados de la BEF. Fue tomado prisionero y enviado a un campo de prisioneros en Limburg, donde permaneció dos años y desde donde envió las 43 cartas que forman su correspondencia. En el otoño de 1914 su mujer falleció dando a luz a su primera hija, por lo que la correspondencia conservada la mantuvo con la hermana de su mujer, que se hizo cargo de su hija. Debido a su grave estado de salud fue trasladado en enero de 1917 a un hospital en la neutral Suiza, desde donde envió la última carta que forma parte de esta investigación. Después

fue enviado a un hospital de Londres, donde iba a conocer a su hija, pero William falleció antes de conocerla.

Segundo teniente A.H.L.³⁸, edad desconocida. Este soldado fue uno de los voluntarios que formaron los Nuevos Ejércitos que entraron en combate a finales de 1915 y durante 1916, tomando el relevo del ejército profesional. Su correspondencia se extiende desde el 16 de julio de 1916, día que desembarcó en Francia para combatir en la batalla del Somme, hasta el 16 de agosto de 1917, fecha de la carta número 63 que conservamos, enviada desde el Somerville Hospital de Oxford, al que fue enviado tras resultar herido, aunque no se menciona la naturaleza de la lesión. A lo largo de su correspondencia apreciamos la especial sensibilidad de este soldado al bombardeo de artillería, encontrando referencias al mismo durante toda su experiencia bélica, enriqueciendo la visión de los soldados del armamento moderno y las dificultades para mantener la calma y actuar correctamente durante los bombardeos.

Soldado raso Alvin Whiteley, 26 años. Este soldado fue el único de todos los que forman parte de esta investigación que no llegó a entrar en combate en ningún momento, por lo que su experiencia en la Gran Guerra fue del todo excepcional, un entrenamiento continuo en el África oriental durante el segundo semestre de 1916, en el que disfrutó de mucho tiempo libre para estrechar lazos con sus compañeros. Su correspondencia comprende 101 cartas escritas a sus padres desde el 27 de mayo de 1916, fecha en la que ingresa en un campo de adiestramiento británico, hasta el 16 de julio de 1917, cuando abandona definitivamente el servicio activo. En las cartas que envió durante 1916, Alvin dice estar viviendo una de las mejores experiencias de su vida. Sin embargo, después de recuperarse en un hospital británico de una enfermedad que no especifica, su nuevo destino eran las trincheras del frente occidental a las que sería enviado a principios de 1917. Pero Alvin no tenía ninguna intención de acudir al frente occidental y utilizó todos los recursos a su alcance para lograr que un médico le declarase no apto para el servicio activo debido a sus problemas de visión. Finalmente, en julio de 1917 consiguió su objetivo y fue destinado a la división de pagos del ejército.

³⁸ Utilizamos las siglas de su nombre debido a que la correspondencia y el resto de documentación que había disponible en la web Europea 1914-1918 cuando realizamos la selección de las cartas fue retirada en algún momento de los últimos dos años. Afortunadamente, habíamos transcrito la correspondencia del soldado antes de que fuese eliminada, pero debido a su exclusión del fondo documental hemos decidido ocultar su nombre completo y referirnos a él por las siglas de su nombre. También ha sucedido lo mismo con otros soldados de la web que recibirán el mismo trato que A.H.L.

Capitán Harold Ward, edad desconocida. Sirvió en el frente occidental durante un año, durante el cual solo tuvo una ausencia de menos de una semana a causa de la enfermedad conocida como fiebre de trinchera. La primera carta que forma parte de nuestra investigación fue enviada el 24 de febrero de 1917, el día de su llegada al continente; mientras que la última está fechada el 28 de febrero de 1918 cuando inició su viaje de regreso a Gran Bretaña. El total de su correspondencia suma 224 cartas lo que nos ha permitido explorar a través de sus palabras la visión de este oficial de un gran número de aspectos de la vida diaria en las trincheras y experiencias de combate moderno, pues en el año 1917 ya se habían introducido prácticamente todos los avances armamentísticos y comenzaban a combinarse en ofensivas cada vez más complejas.

PARTE I
HOMBRES DE HONOR

1. Gran Bretaña en 1914

«Las naciones resbalaron hasta el caldero hirviendo de la guerra sin ninguna muestra de aprensión ni de consternación» (Lloyd 1933, 52).

David Lloyd George, primer ministro británico 1916-1922.

La Primera Guerra Mundial o Gran Guerra, como se denominó hasta el inicio de la segunda, fue un conflicto armado que se desarrolló desde el verano de 1914 hasta noviembre de 1918. Aunque se inició tras el asesinato de Francisco Fernando el 28 de junio de 1914 en Sarajevo, heredero del Imperio austrohúngaro, este episodio está considerado el desencadenante de un conflicto que hunde sus raíces en el siglo XIX (Hastings 2013, 29).

Sin embargo, adelantábamos en la introducción que no pretendemos reproducir este debate, sino considerar la situación del Imperio británico desde un punto de vista geopolítico para desgranar las motivaciones de los dirigentes políticos y militares que llevaron a Gran Bretaña a abandonar su política aislacionista y establecer alianzas con Japón, Francia y Rusia en los años anteriores a la guerra. Reflexionar sobre los pensamientos de la élite social nos permitirá comprender algunos de los discursos presentes en la correspondencia de los oficiales de mayor rango de nuestra investigación como el Capitán Harold Ward.

Por otro lado, es pertinente reconstruir la situación de la sociedad británica en estos años con el objetivo de dar un mayor contenido y profundidad al análisis de la correspondencia de los soldados que pertenecían a esta clase social. Comprobaremos a lo largo del capítulo como los pensamientos y los valores de la élite social británica relacionados con el honor y la defensa de la nación se difundieron al resto de la población a través de reformas educativas y propaganda gubernamental.

1.1. Gran Bretaña en el continente

«A veces he pensado que, a ojos de un extranjero que leyese nuestra prensa, el imperio británico parecería un gigante despatarrado sobre el mundo, con dedos y pies gotosos estirados en todas direcciones, a los que no es posible acercarse sin provocar un grito».

Thomas Sanderson, subsecretario permanente de asuntos exteriores
(Steiner y Nelson 2003, 19).

Cincuenta años antes de la Primera Guerra Mundial, el Imperio británico era una de las principales potencias del mundo, Gran Bretaña, uno de los centros capitalistas más importantes del mundo desarrollado y Londres, una de las cuatro ciudades que superaban el millón de habitantes junto a París, Viena y Berlín (Hobsbawm 2009, 29). En el mundo globalizado de 1860, Gran Bretaña prácticamente había abandonado la producción agrícola, que empleaba tan solo a un sexto de la población masculina, mientras que en otras potencias europeas como Alemania o Francia empleaba hasta un 45% de la población. A causa de ello, Gran Bretaña era el principal importador de materias primas como la lana y compraba más de la mitad de los cereales, huevos y queso producidos a nivel mundial. A cambio, exportaba productos manufacturados a estos países estableciendo una relación simbiótica con el mundo subdesarrollado en la que basaba su economía³⁹ (Hobsbawm 2009, 48).

Durante las últimas décadas del siglo XIX Gran Bretaña perdió dicho liderazgo con el desarrollo industrial de economías emergentes como Alemania y Estados Unidos (Hobsbawm 2009, 59). Por este motivo, Gran Bretaña concentró sus esfuerzos en mantener su hegemonía como principal país inversor en el extranjero y en torno al cual giraba el comercio internacional al disponer de la mayor marina mercante. Al tiempo, se mantuvo voluntariamente al margen de las tensiones y rivalidades generadas en el continente. La política aislacionista había permitido a Gran Bretaña mantener un ejército diminuto y confiar en su poderosa flota para defender todo el imperio. Sin embargo, la división del continente en dos bloques, tras la alianza entre Francia y Rusia de un lado y entre Alemania y el Imperio austrohúngaro del otro, no auguraba una paz duradera. En

³⁹ Para un estudio posterior de la economía del Imperio británico consultar: Cipolla, Carlo. 1972. *Historia económica de Europa. Vol. 3: La Revolución Industrial y Vol. 4: El nacimiento de las sociedades industriales*. Barcelona: Ariel; Mathias, Peter, y Michael Postan. 1981. *Historia económica de Europa. Vol. 7: La economía industrial, capital, trabajo y empresa. Parte I, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Escandinavia*. Madrid: Revista de Derecho Privado; Hobsbawm, Eric. 1982. *Industria e imperio: una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*. Barcelona: Ariel; y Williamson, Jeffrey. 1987. *Capitalismo y desigualdad económica en Gran Bretaña*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

1880 el gobierno británico creía que Francia podría superar la defensa de Gran Bretaña y llegar a Londres antes de que el ejército pudiera movilizarse debido a que la mayor parte de la flota británica se encontraba dispersa por todo el globo defendiendo las colonias. Estos territorios estaban amenazados por las aspiraciones de otros estados de aumentar sus imperios coloniales, como Francia o Rusia, o de crearlos como Alemania. Por tanto, era el momento de establecer alianzas defensivas que permitieran solucionar las tensiones que Gran Bretaña tenía en algunos territorios con otras potencias europeas para que la armada quedase liberada de sus funciones de defensa colonial y estuviera disponible para proteger la isla (Clark 2014, 172-173).

Tampoco debemos olvidar el auge de naciones que prosperaban fuera de Europa como Estados Unidos y Japón, que se postulaban como futuras potencias económicas mundiales. Debido a la influencia del darwinismo social⁴⁰, las naciones jóvenes no solo amenazaban la hegemonía económica del Imperio, sino la supervivencia de la sociedad británica. Según esta teoría, el ser humano se dividía en diferentes especies a las que denominaban razas o naciones que ascendían en la escala evolutiva si eran fuertes y jóvenes, o descendían si estaban en decadencia. En este discurso, la guerra se consideraba la herramienta de la naturaleza a través de la cual se extinguían las naciones débiles y emergían las fuertes, presentando los conflictos bélicos como un elemento inevitable de las relaciones entre especies, razas o naciones (Clark 2014, 279).

Estos factores contribuyeron a que Gran Bretaña abandonase su política aislacionista y se interesase por solucionar las tensiones con otras potencias europeas con el fin de evitar un conflicto internacional a raíz de problemas en territorios coloniales. La primera alianza se firmó el 30 de enero de 1902 con Japón (renovada y ampliada en 1905 y 1911) ante el temor de un conflicto con la alianza franco-rusa en Asia. Ambos países se comprometieron a acudir a la guerra en defensa del otro en caso de ser atacados por dos o más países (MacMillan 2013, 94).

Dos años más tarde Gran Bretaña y Francia solucionaron los problemas que habían surgido con la entrada de los británicos en Egipto, controlada previamente por los franceses. En el tratado del 8 de abril de 1904, considerado el inicio de la *entente cordiale*, Francia renunciaba a Egipto a cambio de extender su influencia en Marruecos. Podemos

⁴⁰ El *darwinismo social* fue una teoría desarrollada a finales del siglo XIX que se caracterizaba por aplicar los conceptos biológicos de la selección natural desarrollado en la teoría de la evolución de Darwin al estudio de la sociología, la economía y la política. El filósofo Herbert Spencer (1820-1903) fue uno de sus principales impulsores y acuñó la expresión “supervivencia del más apto” en *Principles of Biology* (1864).

apreciar la influencia del darwinismo social y la creencia en la inevitabilidad de la guerra en las palabras del estadista Lord Rosebery tras la firma del tratado: «¡al final habrá guerra con Alemania!» (Lloyd 1933, 3). En Europa eran conocidas las tensiones y rivalidades que habían surgido entre Francia y Alemania tras la guerra de 1871 en la que la primera perdió las regiones de Alsacia y Lorena, cuna de Juana de Arco. El resentimiento hacia la población francesa tras aquel conflicto auguraba un nuevo enfrentamiento bélico entre ambas potencias por el control de las regiones.

Una vez afianzada la relación entre Gran Bretaña y Francia, esta última era la más interesada en que prosperase un acuerdo entre británicos y rusos, de forma que pudiese apoyarse en ambos países en un eventual conflicto con Alemania. El acercamiento entre Gran Bretaña y Rusia se produjo gracias a la labor diplomática de Sir Edward Grey⁴¹ desde el Ministerio de Asuntos Exteriores. El 31 de agosto de 1907 se firmó la convención anglo-rusa que solucionaba las tensiones existentes entre ambos países en relación con territorios coloniales y áreas de influencia en el Tíbet, Afganistán y Persia. Aunque la mayor parte de diplomáticos consideró este tratado como una maniobra para evitar un conflicto armado entre ambas potencias, el Kaiser Guillermo II lo consideró una alianza militar y se encontró en el centro de Europa rodeado por los aliados: Francia, Gran Bretaña y Rusia (MacMillan 2013, 270).

Desde el comienzo del siglo XX hasta el verano de 1914 hubo multitud de tensiones y conflictos entre las potencias europeas que podrían haber desembocado en un conflicto internacional. Aunque en todos los casos prosperó la vía diplomática y se evitó la guerra, el rencor y las tensiones en Europa fueron creciendo hasta que la diplomacia fracasó tras el asesinato de Francisco Fernando y se produjeron las declaraciones de guerra entre Serbia y el Imperio austrohúngaro que iniciaron la Primera Guerra Mundial. Este episodio está considerado el detonante de un conflicto que se había gestado durante décadas y que tuvo más motivaciones que el deseo de venganza del Imperio austrohúngaro como han argumentado, entre otros, Max Hastings (2013).

Según MacMillan (2013) uno de los motivos por los que fracasó la diplomacia fueron las exigencias del honor, piedra angular que guiaba las acciones de los hombres de la alta sociedad y que debían defender en caso de ofensa a través de los duelos. Al

⁴¹ Sir Edward Grey de Fallodon (1862 - 1933) fue ministro de Asuntos Exteriores británico desde 1905 hasta 1916. Se le considera uno de los principales promotores de la *entente cordiale* entre Francia y Gran Bretaña, a la que se uniría Rusia en 1907. También se le considera el artífice del Tratado de Londres, por el que Italia se unía a los aliados el 20 de abril de 1915 (Fernández y Tamaro 2004d).

estar los países dirigidos por miembros de la alta sociedad, los valores del honor se trasladaban a las naciones, de manera que una ofensa por parte de otro país no debía quedar impune. Citando al historiador militar Fiedrich von Bernhardi (1849-1930): «La máxima consumación para un estado o nación es utilizar todo su poderío en preservar su independencia, su honor y su reputación» (Bernhardi 1911, 28). Bajo esta premisa, recurrir a vías diplomáticas para la resolución de conflictos podía verse como un signo de debilidad ante el resto de los países. De hecho, Guillermo II fue apodado El Tímido por los franceses tras haber cedido en sus demandas durante la segunda crisis marroquí en 1911⁴² (MacMillan 2013, 30).

Otra de los motivos por los que fracasaron las vías diplomáticas fue la rigidez de los planes militares, idea introducida por A. J. P. Taylor en *War by time-table: How the First World War Began*. Como ejemplo paradigmático suele utilizarse el plan Schlieffen, la estrategia alemana para combatir a Francia, Gran Bretaña y Rusia. Este plan estaba basado en la imperiosa necesidad de evitar que el conflicto bélico se desarrollase en dos frentes y obligase a Alemania a dividir sus fuerzas. Para ello, primero llevarían a cabo una ofensiva relámpago sobre París a través de Bélgica con todo el potencial militar para derrotar rápidamente a Francia como hicieron en la guerra franco-prusiana de 1871. Después, volverían sus fuerzas hacia el este para combatir a Rusia que tardaría más en movilizarse debido a su deficitaria red ferroviaria (Stevenson 2013, 153-156). De igual manera, Francia, Gran Bretaña y el resto de las potencias europeas tenían bien definido el calendario que debían seguir si estallaba una guerra en el continente⁴³. Estos planes además de ser rígidos necesitaban de precisión y rapidez en la toma de decisiones⁴⁴, lo

⁴² La segunda crisis marroquí se originó en 1911 tras el envío del ejército francés a Marruecos con el objetivo de ampliar el control francés de la región y el inmediato despliegue de tropas españolas para conservar su área de influencia en el norte de África. Alemania, que aspiraba a ejercer un papel relevante en las cuestiones coloniales en el continente africano defendió la independencia de Marruecos y envió un navío al puerto de Agadir, alimentando la posibilidad de que estallase un conflicto entre Francia y Alemania. Gran Bretaña apoyó a su aliado y la diplomacia prosperó, materializándose en el Tratado de Fez en el que Alemania renunciaba a sus demandas iniciales a cambio de una parte del Congo francés que anexionaría a Camerún. Consultar: “La crisis de Agadir de 1911”, en Clark, Christopher. 2014. *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 243-254.

⁴³ La estrategia francesa recibía el nombre de Plan XVII y tenía como objetivo reconquistar las regiones de Alsacia y Lorena perdidas en la guerra franco-prusiana de 1871. Para ello confiaban en llevar a cabo una ofensiva rápida y masiva que expulsase a los alemanes del territorio (Veiga y Martín 2014, 46). La estrategia rusa se denominó Plan 19 que tenía dos variantes para iniciar las operaciones militares contra Alemania (G) o contra el Imperio austrohúngaro (A). El plan priorizaba la movilización de divisiones hacia la frontera con Alemania (Neiberg 2005, 51).

⁴⁴ Para llevar a cabo los planes militares de una manera rápida y eficaz era necesario tener una vía de comunicación rápida entre el gobierno, el ejército y el resto del territorio nacional, incluidas las colonias, en caso de tenerlas. Para ello, durante las últimas décadas del siglo XIX se tendieron miles de kilómetros de cable telegráfico que conectaba a todos los países del mundo desarrollado con sus colonias. La

que no dejaba tiempo para reflexionar y buscar alternativas pacíficas que resolvieran los conflictos. Como resultado, desde el envío del ultimátum del Imperio austrohúngaro a Serbia el 23 de julio de 1914, solo fue necesaria una semana para que los países beligerantes se declararan la guerra y comenzaran la movilización de sus ejércitos (Veiga y Martín 2014, 16).

Si algo prometían los planes militares de los países enfrentados era un conflicto corto que se decidiría en pocos meses. Sin embargo, los implicados pronto descubrirían que el desarrollo tecnológico que había modernizado el mundo durante el siglo XIX también había dotado a la industria armamentística de un arsenal moderno con un poder de destrucción sin precedentes. Como dijo el teniente oficial de enlace británico en el quinto ejército francés, Sir Edward Louis Spears:

«Cuando un transatlántico se hunde, todo el mundo a bordo – pequeños y grandes sin distinción – lucha en vano por igual durante un tiempo similar contra elementos que los superan en tal medida que cualquier diferencia entre las fuerzas o capacidades de los nadadores es insignificante comparada con las fuerzas contra las que se enfrentan y que los sepultan a todos con una diferencia de pocos segundos» (Spears 1968, 9).

Siendo Europa el transatlántico que se hunde debido a un conflicto largo y generalizado, una guerra cuyas armas y máquinas de combate diezmaron la población de los países implicados sin importar el grado de desarrollo económico, demográfico o industrial que tuviesen previamente. Antes o después todas las naciones sucumbirían a las fuerzas desatadas en la Primera Guerra Mundial.

importancia de la comunicación en tiempo de guerra convirtió la red de cableado en un objetivo militar de primer orden. De hecho, Gran Bretaña tenía planes en los que se incluía conseguir el aislamiento informativo de Alemania para potenciar el bloqueo naval y aislar a los germanos del resto del mundo. La estrategia británica incluía eliminar las redes de cable y las estaciones de radio de larga distancia alemanas situadas en el extranjero, así como reducir la capacidad de Alemania para enviar información a países neutrales. Para más información sobre el ataque de las comunicaciones consultar: Reed Winkler, Jonathan. 2009. "Information warfare in World War I". *The Journal of Military History*, vol. 73, no. 3: 845-867.

1.2. La sociedad británica

«Ha habido tantas plagas como guerras en la historia, pero tanto las guerras como las plagas siempre toman por sorpresa a la gente».

Albert Camus, *La peste*.

Como adelantábamos en la introducción, los pensamientos, motivaciones y emociones de la población europea de 1914 son una constante en las investigaciones sobre la Primera Guerra Mundial. A pesar de que son comunes las imágenes que muestran a multitudes celebrando el inicio del conflicto en diferentes ciudades europeas, esta generalización ha sido superada. De hecho, había sectores de la población en contra de una guerra europea⁴⁵, o que al menos eran conscientes del horror que traería al continente como Sir Edward Grey, quién dijo en los albores del conflicto: «las luces se están apagando en toda Europa, no las volveremos a ver encendidas durante nuestra vida» (Grey 1925, 20). Lo que no deja de ser llamativo teniendo en cuenta que había sido el artífice de las alianzas con Francia y Rusia, contribuyendo a la división de Europa en los dos bloques que se enfrentaron en el conflicto.

Durante la segunda mitad del siglo XIX Europa fue testigo de innovaciones alcanzadas por diferentes disciplinas científicas que revolucionaron la forma de observar y de comprender el mundo. La población general creía que la ciencia estaba en un desarrollo constante y que sería capaz de resolver todas las dificultades a las que tuviese que hacer frente la humanidad. En materia de salud pública, el desarrollo de la microbiología y las vacunas permitió controlar enfermedades epidémicas que habían diezimado la población en los siglos anteriores como el cólera⁴⁶ (Bágena 2019, 123). Las

⁴⁵ Fiona Reid (2017) ha dedicado uno de los capítulos de su investigación a los movimientos pacifistas presentes en Europa en los albores del conflicto y las propuestas de paz que realizaron durante el conflicto. Entre las principales organizaciones defensoras de la paz europea se encontraban las asociaciones nacionales e internacional de la Cruz Roja y la Sociedad Religiosa de los Amigos (*Quakers*). Además de proponer acuerdos de paz entre los países beligerantes protagonizaron otras iniciativas que perseguían asegurar la asistencia sanitaria de todos los heridos en la campaña y velar por que los campos de prisioneros cumplieren un mínimo de condiciones sanitarias. Consultar: Reid, Fiona. 2017. “We did not fight: Medical Pacifism and War”. En *Medicine in First World War Europe*, 149-190.

⁴⁶ Durante el siglo XIX el cólera, o morbo asiático, causó varias epidemias en poblaciones de Europa. Una de las localidades que se vieron afectadas por esta enfermedad en repetidas ocasiones fue Valencia y fue un médico valenciano el que desarrolló la primera vacuna anticolérica. En 1885 Jaime Ferrán y Clúa viajó a Tolón y Marsella, ciudades en las que comenzó la epidemia de cólera de 1884-85, donde aisló el vibrión colérico que había descubierto Koch el año anterior. Ya en su laboratorio de España, utilizó la técnica de atenuación de gérmenes diseñada por Louis Pasteur para fabricar la primera vacuna anticolérica que probó en sí mismo, en sus colaboradores y en parte de la población de Valencia y alrededores cuando la enfermedad llegó en 1885. Los excelentes resultados de la campaña de vacunación quedaron empañados por disputas en torno al método utilizado por Ferrán, por lo que no se

mejoras en la agricultura, la industria y el crecimiento de las redes de comercio internacional ponían a disposición de la población alimentación barata y de mejor calidad, contribuyendo a que descendiera la mortalidad infantil y aumentase la esperanza de vida (MacMillan 2013, 315-316). Por otro lado, desde la guerra franco-prusiana de 1871 Europa disfrutó de un periodo de paz prolongado en el que no hubo conflictos entre las principales potencias europeas. No obstante, se produjeron conflictos bélicos en la periferia del continente como las guerras balcánicas (1911-1912), en los territorios coloniales de los imperios como las dos guerras de los Bóers (1880-1881 y 1899-1901), o fuera de Europa como la guerra rusojaponesa (1904-1905) (Hobsbawm 1998, 30-31; Veiga y Martín 2014, 33).

Todo esto permitió que la población del continente se multiplicara por cuatro y que sus habitantes vivieran más años y estuvieran más sanos. El crecimiento de la población fue absorbido por las grandes ciudades, en las que la industria ofrecía nuevas oportunidades a los jóvenes que emigraron desde el campo. Emergieron entonces dos grupos sociales que tambalearon la estructura social británica del siglo XIX: la burguesía que había obtenido su fortuna de la industria y el comercio, y una creciente clase trabajadora que había emigrado a las ciudades para ocupar puestos generados por la industria.

Por un lado, la burguesía aspiraba a participar en la política y acceder a los puestos de poder, por lo que concertaba matrimonios con hijos de la aristocracia en los que se intercambiaba poder económico y poder social. Además, los valores del honor y la defensa de la familia, que habían sido patrimonio exclusivo de las élites sociales fueron adoptados por la burguesía emergente. Muestra de esta permeabilidad fue que los duelos dejaron de considerarse una cuestión exclusiva de caballeros. Sin embargo, debemos tener en cuenta que los hombres de estas esferas ocuparían puestos de mando en la Guerra del 14. La mayor parte del ejército lo formaron hombres pertenecientes a grupos sociales que tenían suficientes dificultades en su vida diaria como para dotar al honor de la

reconoció su mérito internacionalmente hasta el año 1907, cuando la Academia de Ciencias de París le concedió el Premio Bréant. Las investigaciones de Jaime Ferrán y Clúa y la vacunación anticolérica de Valencia en el año 1885 han sido objeto de numerosas investigaciones, consultar: Aguilar Bultó, Francisco. 1967. "Historia de la vacunación anticolérica de Ferrán". Tesis doctoral. Universidad de Valencia; Bágena, María José. 2019. "Jaime Ferrán y la vacunación anticolérica". En *El desarrollo de la Microbiología en España*, volumen I, coordinado por Alfonso Carrascosa y María José Bágena, 105-126. Madrid: Editorial Fundación Ramón Areces.

importancia que le atribuía la aristocracia y que rechazaban el estilo de vida burgués (MacMillan 2013, 319-320).

Aproximarnos a los pensamientos, deseos y preocupaciones de la población general es potencialmente problemático debido a la heterogeneidad de sus integrantes, entre los que se encontraban habitantes de pequeñas poblaciones y grandes ciudades que podían tener trabajos diametralmente opuestos e intereses contrarios. Sin embargo, a pesar de la extrema variabilidad de condiciones en las que vivía la población general, existían indicios de descontento con el orden social establecido y un rechazo de aquellos que perpetuaban las notables diferencias entre las clases sociales. En Gran Bretaña, un cinco por ciento de la población emigró entre 1900 y 1914 en busca de un futuro mejor, la mayoría de ellos eran trabajadores no cualificados. Mientras, los que permanecieron en la isla se agruparon en sindicatos cada vez más numerosos para reclamar mejores condiciones laborales (Offer 1991, 128).

Otro indicador de las brechas sociales abiertas en las décadas anteriores a la guerra fue el auge del movimiento feminista. En su lucha por el derecho al voto femenino y el acceso a la vida pública, los sectores más conservadores vieron una declaración de guerra contra los hombres que amenazaba uno de los pilares fundamentales de la sociedad: la familia (MacMillan 2013, 330). Esta también se veía debilitada por el aumento entre la alta sociedad de la homosexualidad, considerada una conducta desarrollada a partir de una personalidad enfermiza y degenerada por algunos psiquiatras como Emil Kraepelin (Hull 1982, 133-135). Por último, el aumento de actos terroristas perpetrados principalmente por anarquistas ponía de manifiesto cuan profunda e importante era la fragmentación de la sociedad británica (MacMillan 2013, 326).

Algunos miembros de la alta sociedad comenzaron a considerar que un conflicto bélico sería capaz de unificar los esfuerzos de toda la población hacia un objetivo común que hiciese olvidar los problemas de colectivos menores. Este pensamiento que se extendía por la alta sociedad británica y del resto de los países europeos estaba influenciado por la creencia en la inevitabilidad de la lucha entre naciones defendida por el darwinismo social. Una vez aceptada e interiorizada esta afirmación era urgente identificar si Gran Bretaña se encontraba entre las naciones destinadas a desaparecer. Ya hemos descrito en el capítulo anterior la situación de Gran Bretaña en el continente y la amenaza sentida ante el desarrollo de naciones jóvenes, como Alemania, para la hegemonía del Imperio británico. Pero también existían indicios a nivel interno que

apuntaban a que la sociedad británica no sería capaz de defender su territorio en un conflicto armado.

Como hemos adelantado, la sociedad británica estaba dividida, el descontento de la clase trabajadora con los gobernantes se hacía evidente en las numerosas huelgas y protestas organizadas por sindicatos y asociaciones feministas, así como el aumento de actos terroristas (MacMillan 2013, 326). Estos actos no solo imbuían en la alta sociedad el miedo a una revolución política y social, también despertaban otro temor relacionado con el inminente conflicto bélico. Gran Bretaña, que no disponía de servicio militar obligatorio veía como aquellos que debían alistarse voluntariamente en el ejército se estaban rebelando contra el *statu quo*. Además, la eugenesia⁴⁷ y la teoría de la degeneración⁴⁸ defendían que la población británica estaba en una espiral de decadencia sin retorno, muestra de ello era el aumento de enfermos mentales entre su población.

Valentín Magnan (1835-1916) revisó la teoría de la degeneración de Morel en su libro de 1885: *Les dégénérés (Etat mental et syndromes épisodiques)*. En esta obra abandonan los elementos místico-religiosos defendidos por Morel e incluye elementos de la Teoría de la evolución de Darwin, argumentando que la degeneración debuta en un momento determinado de la historia del hombre marcando un punto de inflexión en el perfeccionamiento de la especie e iniciando una tendencia de degeneración. De esta manera, se impuso la concepción pesimista de la evolución y de la civilización, a la que culpaban del aumento de enfermos mentales entre las clases desfavorecidas a lo largo del siglo XIX. Al tiempo, se abandonaba la idea que había predominado en la Inglaterra victoriana que veía la locura como un mal que afectaba a las élites sociales superiores y cultivadas (Peset 2016, 115-116). De hecho, Joanna Bourke (2005, 2) argumenta que uno

⁴⁷ El término eugenesia proviene del griego *eu* que significa “bien” y *genia*, que significa “origen”. La eugenesia fue descrita por Francis Galton (1822-1911) en 1883 que creía que se podía mejorar la calidad de la población controlando la natalidad de una manera similar al método de selección y mejora de la cría de caballos. Esta teoría surge como solución a la degeneración de la población que estaba sufriendo Gran Bretaña y se apoyaba en la teoría de la evolución de Darwin y el darwinismo social.

⁴⁸ La teoría de la degeneración fue enunciada por Bénédict Augustin Morel (1809-1873) en su *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales d l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives* de 1847 para dar respuesta al aumento de enfermos mentales en Francia, aunque no era el único territorio en el que estaban aumentando: en Inglaterra a fecha 1 de enero de 1852 había un enfermo mental por cada 847 habitantes, en 1854, uno por cada 762 y en 1857, uno por cada 701 (Dörner 1974, 137). Morel concluyó que los trastornos psíquicos y el resto de las anomalías del comportamiento humano son expresión de la constitución anormal del organismo de los sujetos que las presentan, siendo esta transmisible hereditariamente y sujeta a una evolución progresiva hacia la decadencia (Huertas 1987, 21-22). Para un estudio posterior sobre el degeneracionismo consultar: Pick, Daniel. 1989. *Faces of degeneration: a European disorder, c. 1848-c. 1918*. Cambridge: Cambridge University Press.

de los temores de la élite social británica era que los sirvientes no percibiesen ni se impresionasen lo suficiente por la superioridad y poder de la alta sociedad británica.

En cuanto a las principales causas de la degeneración de las clases sociales desfavorecidas, identificaban las pésimas condiciones de vida propias de esta clase social: la alimentación pobre, la insalubridad, el trabajo en la industria y las minas, la falta de educación sanitaria, etc. que conducían al consumo abusivo de alcohol, la pobreza y la promiscuidad, factores que predisponían a la población a sufrir enfermedades mentales (Huertas 1987, 34).

Según el psiquiatra inglés Henry Maudsley, seguidor de Morel y Magnan, estos factores se transmitían por herencia y se agravaban progresiva e irremediabilmente, por lo que el autor propuso medidas inspiradas en la eugenesia para controlar a estos grupos sociales, ya que conseguir la curación era extremadamente difícil, adoptando el pesimismo que caracterizó la medicina y psiquiatría de finales del siglo XIX: «por desgracia, nuestros contemporáneos no renunciaran a tales abusos, ni adoptarán un régimen de voluntaria abstinencia, ni educarán su cuerpo desarrollando sus energías de suerte que sirvan a una voluntad alta y sana» (Maudsley 1880, 293-394).

Por otro lado, estas teorías identificaron la degeneración y las enfermedades como estados patológicos, legitimando la superioridad moral de la burguesía y justificando el encierro de los enfermos en asilos alejados del resto de la sociedad. Además, el degeneracionismo sirvió de base científica a la antropología criminal encabezada por Cesare Lombroso (1835-1909) para explicar la etiología del delito y relacionar criminalidad, locura y degeneración con el objetivo de detectar y recluir a todo aquel que amenazaba el equilibrio burgués: criminales, prostitutas, anarquistas y revolucionarios⁴⁹. Depositando el control de enfermos, y futuros criminales, en manos de médicos y psiquiatras (Huertas 1987, 125; Peset 2016, 102).

Aceptado el proceso de degeneración progresivo de la sociedad británica, este indicaba la alta probabilidad de que en el próximo enfrentamiento bélico sucumbiese ante

⁴⁹ La obra de Lombroso publicada en 1876, *Uomo delinquente*, pretende aportar pautas para el descubrimiento del criminal nato antes de que este cometa algún delito. Para ello, relaciona las enfermedades mentales, o los factores sociales que predisponen a desarrollar estas enfermedades como el alcoholismo, con la criminalidad. Por otro lado, también se inspiró en los trabajos del fisiólogo alemán Franz Joseph Gall (1758-1828) que creía que estudiando la morfología del cráneo podía desvelar el instinto natural del criminal. A lo largo del siglo XIX esta teoría se extendió a los rasgos faciales y a las características del cuerpo como altura, peso o amplitud de hombros. Sin embargo, el éxito de estas teorías fue efímero y en la década de 1890 se desecharon las ideas que relacionaban la antropometría con el crimen (Courtine y Vigarello 2006, 261-263)

civilizaciones y sociedades más jóvenes como la alemana. Además, reafirmaba el problema en torno al necesario alistamiento de la población masculina para formar un ejército suficiente en caso de guerra. Como adelantábamos en los párrafos anteriores, este ejército debían formarlo los hombres de la clase trabajadora que protagonizaban las protestas y huelgas del país, ¿serían estos capaces de abandonar su lucha para defender a su país en un conflicto armado? Este problema también fue planteado en otras naciones europeas; en Alemania, Alfred Kerr (1867-1948), intelectual e influyente crítico de teatro lo expresó en los siguientes términos: «Un pueblo cuyos hombres no quieren ser soldados y cuyas mujeres se resisten a tener hijos es un pueblo con la vitalidad embotada, condenado a ser dominado por una raza más fresca y joven» (Bourdon 2012, 170).

La conclusión que se desprende y que alcanzó el gobierno británico fue la necesidad de recuperar e inculcar en la clase trabajadora los valores de la familia y la moral cristiana que eran considerados la base de la civilización británica. En este discurso, el hogar y la familia representaban un bálsamo que permitía a los hombres alejarse de las tentaciones de la vida urbana que corrompían su vida (Hall 1990, 57-58). En 1911 el consejo nacional para la moral pública difundió la necesidad de educar a los jóvenes en el respeto a la institución del matrimonio y a la procreación de hijos sanos, siendo esta la única forma de hacer frente a la desmoralización y degeneración de la nación (Hynes 1968, 286-287).

Uno de los argumentos que se utilizaban para justificar la degeneración de la sociedad era la promiscuidad y la popularidad de la prostitución, práctica que se identificó como el principal método de propagación de enfermedades venéreas entre la población, alcanzando una incidencia y prevalencia preocupante en la sociedad europea a principios del siglo XX. La British Medical Association concluyó que los hombres que habían abandonado su trabajo a causa de la sífilis se triplicaron en el periodo entre 1880 y 1887. Además, en la década de 1900-1910 se estima que causó el 11% de las muertes totales del Reino Unido (Barona 2016, 7).

Considerando que la prostitución y la prevalencia de las enfermedades venéreas también era un problema de salud pública internacional, los expertos en enfermedades venéreas y las autoridades civiles se esforzaron en preparar una respuesta común y paliar los efectos de la sífilis y otras enfermedades en la población. Con este objetivo se celebraron dos Conferencias Internacionales para la profilaxis de la sífilis y las enfermedades venéreas en Bruselas en 1898 y 1902 en las que se alcanzaron una serie de recomendaciones que debían guiar la organización y regulación de la prostitución a nivel local. Entre estas recomendaciones, destacamos la segunda: «Las prostitutas que sufren

enfermedades contagiosas deben considerarse igual que cualquier otro paciente, y no ser condenadas como delincuentes culpables», por dar muestra de la importante carga moral asociada a estas enfermedades y la estrecha relación entre enfermedades venéreas, prostitución y degeneración presente en todos los niveles de la sociedad⁵⁰. Sin embargo, al ser las clases más desfavorecidas los responsables de la degeneración de la sociedad, las medidas de control de las enfermedades venéreas se concentraban en estos grupos y restaban responsabilidad a las élites sociales (Barona 2016, 18).

Además de estas medidas contra la prostitución, los gobiernos europeos se apoyaron en diferentes corrientes pedagógicas para difundir los hábitos que consideraban correctos y protectores frente a los elementos que degeneraban a la población del mundo moderno. Entre otros, se recurrió a la práctica de ejercicio físico, cuyos beneficios ya habían sido defendidos por Platón, Cicerón o Montaigne como hábitos protectores del sedentarismo y como medio para combatir la vejez (Solar 2015, 67).

Este pensamiento fue recuperado a finales del siglo XIX como herramienta para hacer frente a los vicios propios de la vida urbana que estaban provocando la decadencia de la población. Uno de los principales defensores de esta corriente fue Pierre de Coubertin (1863-1937), que instauró en Francia un modelo de educación física inspirado en el británico y basado en la práctica de deportes de equipo como el rugby o el críquet; pero sus ambiciones no se limitaban al territorio francés, su objetivo era popularizar el deporte a nivel internacional. Con esta aspiración en mente fundó el Comité Olímpico Internacional en 1894 e impulsó la recuperación de los Juegos Olímpicos de la Antigua Grecia. Dos años después se celebró la primera edición de los Juegos Olímpicos Modernos en Atenas (Weber 1970, 6).

Coubertin sostenía que los Juegos Olímpicos no debían ser solo un conjunto de competiciones deportivas, sino que debían promover la paz internacional (Pulleiro 2018,

⁵⁰ El problema sanitario y social en torno a la sífilis y las enfermedades venéreas a finales del siglo XIX y principios del XX ha suscitado investigaciones sobre el alcance internacional de la cuestión y las medidas que tomaron los países implicados para tratar de controlar el ejercicio de la prostitución y la propagación de las enfermedades venéreas. Para el caso de España la bibliografía es abundante, consultar: Guereña, Jean-Louis. 2003. *La historia de la prostitución en la España contemporánea*. Madrid: Marcial Pons; Castejón Bolea, Ramón. 2004. “Las enfermedades venéreas y la regulación de la sexualidad en la España contemporánea”. *Asclepio*, vol. LVI, no. 2:223-241; Barona, Josep Lluís, y Josep Bernabeu Mestre. 2008. *La salud y el estado. El movimiento sanitario internacional y la administración española*. Valencia: PUV.

En cuanto al fenómeno de culpabilización de los pacientes de determinadas enfermedades, incluidas las venéreas, encontramos una reflexión de diferentes estudios de caso en las actas de las IV jornadas de Historia de la Medicina y de la Ciencia: Montiel, Luis e Isabel Porras, coord. 1997. *De la responsabilidad individual a la culpabilización de la víctima*. Madrid: Doce calles.

345). Sin embargo, en las Olimpiadas estaban presentes elementos del nacionalismo: eran competiciones en las que los deportistas representaban a su país y donde en las ceremonias de premiaciones se izaban las banderas de los vencedores mientras se escuchaba el himno del ganador. Sin olvidar el ranking de medallas obtenidas por cada delegación, que aún en nuestros días es un indicador de la *salud* del país. Además, los Juegos Olímpicos permitían a los países organizadores demostrar su poder frente al resto de naciones en las ceremonias de inauguración y clausura, así como invirtiendo dinero en la construcción de estadios olímpicos cada vez más grandes (Coates 2017, 216).

En conclusión, un evento que debía ser insignia del pacifismo se transformó en una guerra consensuada y reglamentada, un escenario en el que, a pesar de la ausencia de armas, los deportistas luchaban hasta la extenuación por obtener la gloria olímpica para su país. Por otra parte, la predilección de Coubertin por los deportes de equipo como base de la educación física en el programa escolar no parece aleatoria, pues la guerra es una actividad, si es que se puede denominar así, en la que los soldados deben confiar en sus pares, coordinarse y cooperar con otros cuerpos del ejército. Capacidades que pueden adquirirse a través de los deportes de equipo, por lo que la difusión del deporte podría considerarse parte de una estrategia orquestada por los gobiernos europeos con el objetivo de preparar a la población para la guerra que estaba por llegar. Además, con el foco puesto en la guerra y la preparación de los soldados, algunas sociedades gimnásticas como La Vaillante de Périgueux, tenían como objetivo desarrollar la fuerza física con el fin de ofrecer al ejército contingentes de hombres robustos, ágiles y preparados (Vigarello 2006, 167).

Por un lado, la promoción del deporte a nivel escolar fue acompañada de un conjunto de reformas educativas destinadas a alcanzar la alfabetización universal, sobre las que reflexionábamos en la introducción como causa de la cantidad de testimonios directos en forma de carta, diarios y postales del conflicto. Por otro lado, las mejoras educativas junto a la extensión de la democracia facilitaron la aparición de grupos cada vez más exigentes con los gobiernos como los sindicatos. Surgió entonces la opinión pública, un nuevo factor que los gobernantes debían tener en cuenta antes de tomar decisiones con respecto a la política interior o las relaciones internacionales (MacMillan 2013, 46).

Desde un punto de vista maquiavélico, el aumento de población alfabetizada podría considerarse parte de la preparación de la sociedad para que fuese fácilmente manipulable a través de la prensa y la propaganda, pues el fantasma de la Revolución Francesa presente

en el imaginario de la alta sociedad británica despertaba el temor de una revolución social. Además, adquirir la capacidad de escribir sería de vital importancia para los soldados, pues la palabra escrita era la única forma de comunicarse con la familia y amigos una vez se alistasen en el ejército, como hemos argumentado en la introducción.

Por otro lado, el sistema educativo permitía moldear las mentes de los jóvenes británicos e inculcar las ideas adecuadas según los intereses del gobierno. Queremos destacar en este momento la importancia que adquirió la enseñanza de la Historia de las naciones, una Historia influenciada por el darwinismo social y el nacionalismo que se erigía en torno a las victorias militares y a los grandes héroes que protagonizaron las conquistas del siglo XIX. Uno de los objetivos era rodear a la guerra de un aura de honor y valentía en la que los hombres se convertían en héroes nacionales reconocidos y alabados a su vuelta del combate. También era importante transmitir la necesidad de retornar a aquellos días en los que Gran Bretaña era un imperio hegemónico en el mundo.

La difusión de la historia y de la cultura militar fue acompañada de la creación de agrupaciones que promovían los valores de la disciplina, el honor y el sacrificio por la patria a los más jóvenes. La más famosa en Gran Bretaña fueron los Boy Scouts, fundada en 1908 por Baden-Powell, héroe de la guerra de los Bóers, con el objetivo de «transformar a niños y jóvenes de miserables especímenes pálidos, encorvados y enclenques fumadores empedernidos en sanos y enérgicos patriotas» (Steiner y Nelson 2003, 169). Paralelamente se crearon organizaciones similares en el resto de los países europeos.

Estas medidas que promovían el patriotismo, los valores militares y el nacionalismo hacia el Imperio británico en las décadas anteriores a 1914, preparaba psicológicamente a la población para responsabilizarse de la defensa del Imperio en la guerra que estaba por llegar (MacMillan 2013, 348). Sin embargo, esta preparación psicológica extraoficial, al basarse en la forma de hacer la guerra del siglo XIX, sería insuficiente para hacer frente a las experiencias que los soldados experimentarían en las trincheras del frente occidental y en el resto de los frentes bélicos. Como principal consecuencia, la Gran Guerra está considerada el primer conflicto en el que las bajas por causas psicológicas supusieron un verdadero problema para los ejércitos beligerantes (Audoin-Rouzeau 2006, 292).

Por otro lado, ante la propaganda militar y el auge del patriotismo, era relativamente sencillo caer en un nacionalismo extremo que transformase el amor por Gran Bretaña en odio hacia el resto de los países. Esto también contribuyó a estimular el clima de competencia económica europea en el que los beneficios de una nación parecían

amenazar la posición del resto, motivando medidas proteccionistas de la agricultura, la industria y el comercio nacional que se implementaron en las economías en auge como la alemana. Esto no fue necesario en Gran Bretaña, pues era una de las principales potencias económicas del continente (Mulhall 1892, 100).

Por último, el auge de sentimientos nacionalistas en un imperio tan extenso como el británico podía causar dificultades en diferentes territorios que aspirasen a obtener su independencia, amenazando la integridad del Imperio. En el capítulo anterior ya hemos considerado la importancia que tuvo mantener la integridad del Imperio para Gran Bretaña, solventando en los primeros años de siglo tensiones en diferentes territorios coloniales que se materializaron en la firma de alianzas o tratados con Japón, Francia y Rusia. Además, Gran Bretaña tuvo que hacer frente a las aspiraciones de independencia de algunas colonias como Irlanda o Sudáfrica, con la que libró las denominadas Guerras de los boéres en 1880-1881 y 1899-1902, tras las que el país africano obtuvo cierto nivel de independencia (Hobsbawm 2009, 295-296).

Sin embargo, a pesar de las dificultades que el nacionalismo extremo pudiera ocasionar en los territorios coloniales, preparaba a la población general para asumir la defensa de Gran Bretaña en un eventual conflicto, que era el principal objetivo de las medidas implementadas por el gobierno en las décadas anteriores a 1914. De esta manera, ante la crisis del verano de 1914 y las declaraciones de guerra, los grupos de población que habían protagonizado las protestas sociales apartaron sus reivindicaciones y se alistaron en el ejército para combatir al enemigo común: Alemania.

2. Gran Bretaña en guerra: el control de las emociones

«La guerra es una organización de seguridad, no porque permita defenderse de enemigos reales, sino porque logra encontrar, y en caso extremo, inventar, enemigos reales a los que matar; de lo contrario la sociedad se arriesgaría a dejar a los hombres sin defensa frente a la aparición de lo aterrador como puro enemigo interno»

Franco Fornari (1921-1985), psiquiatra italiano.

Tras las declaraciones de guerra y la puesta en marcha de los planes militares de los países beligerantes, la mayor parte de la población esperaba un conflicto corto que se decidiese en pocas semanas tras una gran batalla librada en las llanuras de Centroeuropa. Este había sido el caso de la guerra franco-prusiana de 1871, el último enfrentamiento de potencias europeas en el continente y, por tanto, era el escenario contemplado en las estrategias de los militares. Pero aquellas fracasaron.

Los historiadores militares han diseccionado las decisiones tomadas por los mandos militares durante las primeras semanas de conflicto para explicar los motivos por los que los planes de guerra de ambos bandos fallaron. Se ha responsabilizado a la distancia desde la que dirigían los mandos militares las ofensivas, lo que retrasaba la toma de decisiones una vez iniciado el ataque; a la falta de suministro de material bélico que afectó especialmente al ejército británico, y a la dificultad de suministrar provisiones a los ejércitos tan numerosos que se encontraban alejados del territorio nacional, como fue el caso del ejército alemán en su avance a través de Bélgica (Veiga y Martín 2014, 50). Sin embargo, el factor determinante en el fracaso de las ofensivas del verano y otoño de 1914 y que imposibilitó una victoria rápida de uno de los dos bandos fue la superioridad del armamento defensivo frente a las tácticas ofensivas y la falta de imaginación de los generales para diseñar estrategias que no se basasen en los ataques masivos de infantería y caballería (Neiberg 2005, 78). Se suelen citar como ejemplo los ataques franceses en las regiones de Alsacia y Lorena en agosto de 1914 donde fallecieron 75.000 soldados (Veiga y Martín 2014, 47), o la feroz resistencia del ejército belga a la invasión alemana encabezada por los francotiradores, que causaron terror entre los jóvenes alemanes⁵¹ (Neiberg 2005, 29).

El desarrollo tecnológico que había cambiado el mundo del periodo finisecular también había modernizado la industria bélica a todos los niveles, dotando a los ejércitos de nuevas armas y máquinas de guerra. Aquellas innovaciones no fueron tenidas en cuenta por los generales aliados que estaban acostumbrados a combatir en conflictos coloniales contra ejércitos mucho menos preparados que los imperiales. De hecho, los franceses acudieron a las primeras batallas vestidos con los vivos colores de la bandera nacional, preparados para cargar en un ataque frontal con la esperanza de que la ventaja numérica fuese suficiente para valer la victoria (Veiga y Martín 2014, 46). Siendo similar la mentalidad del resto de altos mandos militares, la principal táctica ofensiva durante los primeros compases de la guerra fueron los ataques masivos de infantería y caballería, estrategia muy pobre contra el poder defensivo de la ametralladora. En estos primeros meses, las victorias obtenidas por ambos bandos sucedían tras el sacrificio de numerosas

⁵¹ Con el objetivo de acabar con la resistencia belga, el ejército alemán llevó a cabo una campaña de terror contra la población civil de Bélgica. Las atrocidades cometidas contra la población llegaron a los países aliados y estos, especialmente Gran Bretaña, las utilizaron con fines propagandísticos. De hecho, las campañas de propaganda británicas que fueron alabadas en el periodo de entreguerras por haber sido capaces de conectar con las emociones de la población se basaron en la difusión de las atrocidades cometidas por el ejército alemán en Bélgica.

vidas humanas, y en ningún caso fueron las ansiadas victorias que pusiesen fin a la guerra (Neiberg 2005, 46).

Con la llegada del invierno de 1914 terminó la primera etapa de la guerra y se estableció el frente que se mantendría más o menos invariable durante los siguientes cuatro años. Los ejércitos excavaron trincheras para protegerse de las condiciones climáticas, reagruparse y organizarse para reiniciar la ofensiva en la primavera de 1915. Sin embargo, la deriva del combate hacia la guerra de trincheras no auguraba un final próximo, al menos no a causa de una victoria en el frente occidental. En este contexto cobró importancia la capacidad de los estrategas militares de idear planes que obligasen al enemigo a desviar tropas destinadas en el frente occidental y permitiese una victoria decisiva en las trincheras. Bajo esta premisa el bando aliado utilizó la estrategia que había fundamentado las victorias coloniales británicas en el siglo XIX: atacar los puntos débiles del enemigo. Esta se combinó con el deseo de que la armada británica asumiese un papel ofensivo en el conflicto en la operación ideada por el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill⁵² (1874-1965). Este propuso una ofensiva naval a través del estrecho de los Dardanelos con el objetivo de eliminar la amenaza otomana sobre el canal de Suez, incitar a Bulgaria, Rumanía o Grecia a unirse a los aliados, aliviar la presión ejercida sobre Rusia por las potencias centrales y estimular revueltas entre las minorías del Imperio otomano para provocar su rendición⁵³ (Veiga y Martín 2014, 88). En el plan original de Churchill, la armada británica llevaría todo el peso de la operación, destruyendo los fuertes terrestres, abriendo el paso a la infantería para que no tuviese que enfrentarse a los experimentados soldados otomanos. Sin embargo, el miedo a perder la

⁵² Sir Winston Leonard Spencer Churchill fue uno de los políticos británicos más importantes del siglo pasado. A la temprana edad de 26 años obtuvo un escaño en la Cámara de los Comunes y se mantuvo activo en política hasta en 1964, un año antes de su muerte. Durante la Primera Guerra Mundial fue primer lord del Almirantazgo en el gobierno de Herbert Asquith, pero tras los sucesos en la campaña de los Dardanelos (1915) tuvo que dimitir. Un año después David Lloyd George le otorgó el puesto de ministro de Armamento (1917) y ministro de Guerra y Aire (1918). Para una biografía más extensa consultar: Roberts, Andrew. 2019. *Churchill: La biografía*. Barcelona: Crítica.

⁵³ En el panorama internacional el Imperio otomano era considerado uno de esos países destinados a desaparecer debido al auge de estados jóvenes. Era apodado “el enfermo de Europa” por sus sucesivas derrotas militares contra Rusia en 1878 y contra Austria-Hungría en 1908. Al inicio de la Primera Guerra Mundial había perdido todas sus posesiones en Europa excepto la península de Galípoli y la ciudad de Adrianópolis en las dos Guerras de los Balcanes (1912 y 1913) contra Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro. Para un estudio detallado de estos conflictos y su influencia en la Gran Guerra consultar: Hall, Richard. 2000. *The Balkan Wars, 1912-1913: Prelude to the First World War*. Londres: Routledge. Sin embargo, después de los dos conflictos en los Balcanes, los Jóvenes Turcos alcanzaron el poder e implementaron un conjunto de reformas en el país y en el ejército y se acercaron a Alemania para modernizar su arsenal y tácticas militares. Además, contaban con soldados experimentados que ya habían defendido con éxito territorios clave del Imperio otomano como la península de Galípoli que planeaba atacar Churchill (Neiberg 2005, 103).

flota aliada tomó el control de la ofensiva tras el hundimiento de tres acorazados al adentrarse en los campos de minas, despertando la sospecha de que hubiera submarinos alemanes en la zona. Fisher, abogó por el despliegue del ejército terrestre para atacar los fuertes y permitir el avance de la marina a través del estrecho, volcando la responsabilidad de la operación en el ejército. Británicos y franceses reunieron 75.000 hombres a los que se sumó el Cuerpo de Ejército australiano y neozelandés que desembarcaron el 25 de abril de 1915 en seis puntos distintos (Neiberg 2005, 106-107).

Además de la proliferación de frentes por todo el globo, se desarrollaron diferentes estrategias para debilitar a los ejércitos enemigos. La propaganda británica culpaba al Kaiser Guillermo II de haber arrastrado a todo el continente a la guerra, pero también atacaba a los soldados y a la sociedad alemana para estimular el deseo de venganza en su población. Además, el ataque a la población civil no se limitó a los periódicos, las estrategias desarrolladas por ambos bandos incluían acciones que afectaban a toda la población. Se suelen citar como ejemplos los bombardeos a las ciudades británicas perpetrados por los bombarderos alemanes, el bloqueo marítimo que impuso la armada británica a Alemania desde noviembre de 1914 y la guerra submarina indiscriminada protagonizada por los submarinos alemanes en el Océano Atlántico que desarrollaremos en próximos apartados.

Por último, es destacable que los gobiernos beligerantes reclutaron científicos e ingenieros que perfeccionaran la industria armamentística diseñando cañones cada vez más potentes capaces de disparar un mayor número de proyectiles por minuto, y creando nuevas armas y máquinas de guerra que permitieran una ruptura del sistema de trincheras del frente occidental y la derrota del ejército enemigo. La utilización del nuevo arsenal moderno transformó el campo de batalla y extirpó cualquier atisbo de honor y gloria de los combates de la Primera Guerra Mundial.

Recordemos que los contemporáneos del conflicto atribuyeron una importancia sin precedentes a la guerra que estaban librando. De hecho, fue denominada Gran Guerra por la creencia en que esta sería la última guerra, establecería un nuevo orden mundial y traería la paz al continente (Hastings 2013). Además, la deriva del conflicto hacia la forma de guerra de trincheras y la incapacidad de los generales para diseñar estrategias eficaces contra este tipo de defensas auguraba una guerra larga en la que el bando cuya población fuese capaz de mantener el esfuerzo bélico durante más tiempo se haría con la victoria (Neiberg 2005, 78). Por ello, no es de extrañar la importancia que adquirió para el gobierno británico el control de la opinión pública, ese factor que debían tener en cuenta

para la toma de decisiones desde hacía poco tiempo y que amenazaba con oponerse a los intereses de militares y gobernantes. Por ello, reflexionaremos en los próximos apartados sobre dos de las herramientas que utilizó el gobierno para controlar la información, las ideas, los sentimientos y las emociones que la población general y el ejército albergaba en relación con el conflicto que estaban librando: la propaganda y la censura.

En consecuencia, consideramos a la propaganda uno de los principales elementos que influyó en las ideas, sentimientos y emociones de los soldados protagonistas de nuestra investigación, por lo que su estudio es más que necesario previo análisis de la correspondencia. Al tiempo, la censura se oponía a la libre expresión de los soldados en las cartas que escribían a sus familias, lo que pudo condicionar la transmisión de determinadas ideas, sentimientos y emociones. Todo ello nos permitirá reconstruir parte del *régimen emocional*, que defendía Reddy (2001), como entidad que controlaba y condicionaba las expresiones emocionales en las cartas de los soldados.

2.1. La batalla por la opinión pública

Alejandro Pizarroso defiende que una de las principales armas en el ejercicio de la guerra es aquella capaz de controlar el intelecto y los sentimientos de los hombres (Pizarroso 2009). Reflexión en la que podría incluirse el tiempo de paz, pues controlar los sentimientos de la población y, por tanto, la opinión pública, fue de vital importancia para los gobiernos beligerantes tanto antes como durante la guerra.

Una vez iniciado el conflicto, las campañas de moralización y reeducación llevadas a cabo por el gobierno británico a través del sistema educativo y asociaciones defensoras de los valores militares como los Boy Scouts fueron sustituidas por una de las campañas de propaganda de mayor calado en la historia reciente. Solo tres semanas después del inicio del conflicto, el diario *The Times* puso en marcha la publicación semanal *History and Encyclopaedia of the War* para narrar a la población general los sucesos de la Gran Guerra mientras esta durase.

Además, la experiencia de la Primera Guerra Mundial inspiró las primeras reflexiones científicas sobre este fenómeno, marcando el inicio de la historiografía de la comunicación social⁵⁴. No podemos dejar de citar a uno de los pioneros en este campo,

⁵⁴ Podemos encontrar reflexiones sobre las campañas de propaganda de la Primera Guerra Mundial en las obras de referencia para el estudio de la Historia de la propaganda, consultar: Pizarroso, Alejandro. 1990. *Historia de la propaganda*. Madrid: Ediciones de la Universidad Complutense; o Taylor, Philip

Harold D. Laswell, en cuya investigación sobre las técnicas de propaganda empleadas durante la Primera Guerra Mundial enunció la denominada teoría de la aguja hipodérmica. Esta describe un modelo de comunicación unidireccional en el que los emisores persiguen un efecto concreto en una masa poblacional difundiendo un mensaje que se inyecta en las mentes receptoras que no oponen resistencia (Laswell 1927).

Utilizando esta teoría como punto de partida, la propaganda sería la herramienta principal de los gobiernos para influir simultáneamente en grandes masas de población, pero ¿por qué la población no se resistió a determinados mensajes, como los de odio difundidos durante la guerra? En primer lugar, debemos recordar la influencia del darwinismo social en el último tercio del siglo XIX en el pensamiento de la alta sociedad británica que permeabilizó al resto de la sociedad promoviendo el patriotismo y el nacionalismo. Por lo que la propaganda de odio hacia la población de los países enemigos estaba en consonancia con los mensajes del gobierno y las élites sociales durante el periodo finisecular. Por otro lado, expertos en comunicación social como Violet Edwards han relacionado el fenómeno de la propaganda con la manipulación psicológica, lo que también explicaría la falta de resistencia entre la población a determinados mensajes: «propaganda es la expresión de una opinión o una acción por individuos o grupos, deliberadamente orientada a influir opiniones o acciones de otros individuos o grupos para unos fines determinados y por medio de manipulaciones psicológicas» (Edwards 1938, 40).

Según Arthur Ponsonby⁵⁵ (1871-1946), uno de los principales analistas de la propaganda de la Primera Guerra Mundial, el esquema básico de la propaganda consiste en divinizar el bando propio y demonizar al bando contrario. La particularidad de los contextos de conflicto extremo como las guerras es que este esquema se radicaliza, lo que conduce a la utilización de técnicas basadas en la violencia psicológica como la

M. 1995. *Munitions of the mind: A history of propaganda from the ancient world to the present day*. Manchester: Manchester University Press.

⁵⁵ Arthur Ponsonby en su trabajo sobre la propaganda de la Primera Guerra Mundial enunció los diez principios de la propaganda: 1. Nosotros no queremos la guerra, 2. El adversario es el único responsable de la guerra, 3. El enemigo tiene el rostro del demonio, 4. Enmascarar los fines reales de la guerra presentándolos como nobles causas, 5. El enemigo provoca atrocidades a propósito, si nosotros cometemos errores es involuntariamente, 6. El enemigo utiliza armas no autorizadas, 7. Nosotros sufrimos muy pocas pérdidas, las del enemigo son enormes, 8. Los artistas e intelectuales apoyan nuestra causa, 9. Nuestra causa tiene un carácter sagrado y 10. Los que ponen en duda la propaganda de guerra son unos traidores (Pineda 2004, 817-818). Estos principios pueden condensarse en el esquema básico mencionado en el texto: divinizar al bando propio y demonizar al bando contrario.

destrucción de la moral del enemigo, las políticas de unidad nacional, la mentira y la desinformación (Pineda 2004, 823).

La utilización de estas técnicas agresivas y violentas alimentó la creencia entre algunos políticos británicos de que la propaganda era algo intrínsecamente perverso, una necesidad de la que no podían prescindir en tiempos de guerra, pero que debían mantener en secreto (Pizarroso 1990, 243). Esto no significa que los recursos económicos y humanos invertidos en las organizaciones propagandísticas fuesen escasos. Al contrario, la red de organizaciones creadas por el gobierno británico con el objetivo de controlar y manipular la información que llegaba a la población nacional, a los países neutrales y a los enemigos fue mayor que la del resto de países beligerantes. La propaganda y la censura tenían su base legislativa en la Defence of Realm Act (DORA), aprobada y convalidada el 8 de agosto de 1914. En ella, se expresaba que el rey Jorge V podía: «impedir que haya personas que comuniquen con el enemigo u obtengan información con ese propósito o con cualquier objetivo destinado a poner en peligro el éxito de las operaciones de cualquiera de las fuerzas de Su Majestad» (García 2009, 143).

Esta ley permitió al gobierno limitar la libertad de expresión desde el inicio del conflicto y crear un conjunto de organizaciones dependientes de diferentes ministerios dedicadas a la difusión de información a nivel nacional e internacional. El Press Bureau, fundado el 5 de agosto de 1914, se encargaba del control de la prensa, mientras que la censura de las comunicaciones postales y telegráficas privadas estaban a cargo de dos Jefes censores⁵⁶. La propaganda gubernamental y las organizaciones dedicadas a la censura de la prensa trabajaron conjuntamente en la manipulación de noticias sobre la guerra, siendo la exaltación de los éxitos militares y la omisión de las derrotas el ejemplo más claro de dicha manipulación, aunque no el único.

Uno de los aspectos más destacables de la Primera Guerra Mundial fue el desarrollo cuantitativo que experimentó la propaganda, las potencias nunca habían invertido tantos recursos en crear organizaciones que planificaran campañas de propaganda masivas, ni se había sometido a la población a un bombardeo tan intenso de ideas. Por el contrario, salvo la utilización del cine, no se produjeron innovaciones técnicas importantes en el desarrollo de la propaganda (Pizarroso 1990, 250-251).

⁵⁶ Para más información sobre las organizaciones encargadas de la censura de la correspondencia privada consultar: García Sánchez, Jesús. 2009. “La censura postal en la Europa del siglo XX”. Tesis doctoral. Universidad de Salamanca; y para las organizaciones encargadas de la propaganda británica consultar: Pizarroso Quintero, Alejandro. 1990. *Historia de la Propaganda*. Madrid: Ediciones Universidad Complutense.

El uso organizado y generalizado de la propaganda nos permite introducir el concepto de guerra psicológica (*psychological warfare*), un término que surgió en Estados Unidos y que se utilizaba para denominar la propaganda de guerra o militar y que Daugherty definió como la utilización planificada de acciones y actividades orientadas a generar opiniones, emociones, actitudes y comportamientos en diferentes grupos de población, ya sea enemiga, neutral o aliada en el conflicto (Daugherty y Janowitz 1958, 2). Algunos autores han argumentado que este término designa únicamente las acciones propagandísticas basadas en la violencia psicológica que tienen como objetivo quebrantar la moral de la población enemiga (Pizarroso 2002, 16). Sin embargo, Daugherty defiende que la propaganda interna no está exenta de violencia psicológica y, por tanto, debe incluirse en la definición de *psychological warfare*. Muestra de la violencia psicológica en la propaganda nacional son las historias sobre las atrocidades cometidas por el ejército alemán en Bélgica, estrategia que fue explotada por Gran Bretaña durante el conflicto que nos ocupa.

Las conclusiones arrojadas por los teóricos de la comunicación social citados establecen la relación entre propaganda, psicología y emociones, especialmente durante los conflictos bélicos. Por este motivo, consideramos la propaganda como un elemento difusor de discursos que influía en el desarrollo de ideas hacia el conflicto, pero también en los sentimientos de los soldados, protagonistas de nuestra investigación⁵⁷.

Hemos dividido el análisis de los discursos presentes en las campañas de propaganda británica en tres apartados en función de la estrategia u objetivo predominante en cada uno de ellos, a saber: la persuasión, característica de las campañas de reclutamiento y de asociaciones basadas en el voluntariado como la Cruz Roja; la desinformación u omisión de información en los diferentes escenarios bélicos en los que se estaba librando la guerra; y la mentira, piedra angular de la propaganda de atrocidades y principal estrategia utilizada por el gobierno británico para promover el odio hacia la población alemana y mantener la opinión pública a favor del conflicto.

⁵⁷ Puesto que los protagonistas de esta investigación son los soldados británicos solo vamos a analizar las campañas de propaganda que tenían como objetivo a la población británica. Aunque el análisis de las campañas dirigidas a países neutrales y enemigos aportaría información relevante para reconstruir la estrategia propagandística del gobierno británico, profundizar en este análisis nos apartaría de los objetivos de nuestra investigación.

2.1.1. Persuasión

«La propaganda es uno de los instrumentos más poderosos del mundo moderno»

Harold D. Laswell (Laswell 1927, 220).

La persuasión es uno de los conceptos claves para entender la falta de resistencia de la población a determinados mensajes que podrían generar un rechazo visceral en la población general. Los mensajes persuasivos se basan en la influencia y en la adopción voluntaria de la conducta o ideología transmitida por el emisor, sin que el receptor sea consciente de que ha sido manipulado psicológicamente por el emisor. Es en esa voluntariedad donde reside el poder de la persuasión (Pizarroso 1990, 27).

Uno de los ejemplos más claros de esta función lo encontramos al inicio del conflicto, cuando los políticos que estaban a favor de la guerra debían convencer a los políticos pacifistas y al resto de la población de la necesidad de entrar en el conflicto. Uno de los argumentos utilizados fue que Gran Bretaña había hecho creer a Francia que le apoyaría en caso de guerra a través de la firma de tratados y acuerdos en las décadas anteriores a 1914, de manera que sería deshonroso mantenerse al margen (MacMillan 2013, 34). Aunque la importancia del honor ya había penetrado en el tejido social británico, la mayor parte de la población se mostraba abiertamente en contra de participar en el conflicto. Las organizaciones propagandísticas de reciente creación planificaron actos y eventos en los que participaban políticos, periodistas, profesores e intelectuales capaces de generar opinión en la población y persuadir de la pertinencia de entrar en guerra con Alemania (Pizarroso 1990, 238).

Sin embargo, el argumento más poderoso para justificar la entrada de Gran Bretaña en el conflicto surgió cuando Alemania invadió Bélgica, violando el Tratado de Londres de 1839 en el que los países firmantes (Reino Unido, Austria, Francia, Prusia, Rusia y Países Bajos) se comprometían a respetar y proteger la neutralidad de Bélgica en cualquier conflicto posterior (Hastings 2013, 125). Este acto permitió que el gobierno británico presentase el inicio de las hostilidades contra Alemania bajo el amparo de una causa noble: defender a la pequeña y débil Bélgica del cruel ejército alemán. Además, adelantábamos en el aparatado anterior la campaña de terror iniciada en las ciudades belgas para acabar con la resistencia de la población a la invasión que retrasaba los tiempos de la estrategia alemana. Las historias de la heroica resistencia del pueblo belga y los crímenes cometidos por el ejército alemán llenaban los periódicos y diarios británicos, apelando a sentimientos básicos como la defensa de la libertad y la protección

de los inocentes con el objetivo de presentar la guerra contra Alemania como la lucha definitiva entre el bien y el mal. Ante el atractivo de esta idea de combatir contra la maldad y librar al mundo de hombres capaces de someter a la población civil con los actos más atroces imaginables, la sociedad británica aceptó la entrada de su país en el conflicto y sus hombres se alistaron en masa en el ejército (Pizarroso 1990, 238).

Este discurso propagandístico que presentaba a Gran Bretaña como el país que acude al rescate de la débil Bélgica se repitió a lo largo de todo el conflicto, incluido en la campaña de propaganda de atrocidades que consideraremos en los próximos apartados. Una de las campañas de propaganda en la que puede observarse la función persuasiva es en los carteles de reclutamiento publicados al inicio del conflicto. Debemos recordar que Gran Bretaña no había instaurado el servicio militar obligatorio, por lo que dependía del alistamiento voluntario para formar su ejército. Es relevante el cartel diseñado por Alfred Leete en el que Lord Kitchener⁵⁸ pide a los británicos que se alistén en la armada. En 1917, cuando Estados Unidos entró en la guerra, el artista James Montgomery Flagg sustituyó a Kitchener por la imagen del Tío Sam dando lugar al icónico cartel utilizado por el ejército estadounidense durante el resto del siglo (Figura 5).



Figura 5. Izquierda: Alfred Leete. 1914. Britons. Join Your Country's Army!. Art. IWM PST 2734. Derecha: James Montgomery. 1917. I want you for U.S. Army: nearest recruiting station. Library of Congress: 96507165.

⁵⁸ Horatio Herbert Kitchener (1850-1916) fue nombrado ministro de la Guerra tras el inicio del conflicto por sus éxitos en los territorios coloniales británicos de Sudán (1885), Egipto (1890) y Sudáfrica durante la Guerra de los Bóers (1899-1902). En 1916 el barco en el que viajaba a Rusia se hundió al ser interceptado por una mina alemana cuando viajaba a Rusia (Fernández y Tamaro 2004a).

Las campañas de reclutamiento fueron un éxito tanto en Gran Bretaña como en las colonias, en menos de 5 meses se alistaron 1.186.000 británicos como voluntarios para formar los Nuevos Ejércitos que sustituirían a los soldados profesionales de la BEF (British Expeditionary Force) y al finalizar 1915 eran 2.466.719 británicos, 458.000 canadienses y 332.000 australianos (Sheffield 2001, 43). Sin embargo, no debemos olvidar que el gobierno llevaba décadas difundiendo la cultura y los valores militares entre la población, de manera que la importancia del honor y la defensa de la patria se habían extendido por toda la población antes de 1914. Por ello, la eficacia de las campañas de reclutamiento no debe desligarse de las medidas tomadas en los años anteriores, sino considerarse una continuación de estas.

Al considerar la estrategia utilizada por Gran Bretaña de presentar la entrada en el conflicto como una causa noble y la importancia que había adquirido el honor y la defensa de la nación en la población, ¿hasta qué punto podemos afirmar que los jóvenes británicos tenían libertad para alistarse en el ejército o no? Como veremos en los próximos capítulos, sólo algunos soldados transmitieron en sus cartas un deseo de luchar contra los alemanes, al menos al inicio del conflicto.

El análisis de la correspondencia nos permite concluir que para muchos de los soldados que forman parte de esta investigación, alistarse en el ejército era algo *que había que hacer*, estuviesen o no de acuerdo con la participación de su país en el conflicto. Este tipo de expresiones transmiten la decisión de alistarse en el ejército como una obligación, más o menos influenciada por los valores familiares y el bombardeo propagandístico al que fueron sometidos. Como analizaremos en los próximos capítulos, el sentido del deber, por sí solo no siempre era suficiente para que los soldados soportasen determinadas experiencias del conflicto, librándose entonces una lucha en las mentes de los soldados entre lo que debían y lo que querían hacer. Podríamos relacionar este conflicto con el concepto *sufrimiento emocional* descrito por Reddy, al tiempo que otros historiadores han relacionado esta lucha y el torrente de emociones que provocaban en los soldados con el origen de algunos problemas psicológicos (Bergen 2009, 298).

2.1.2. *Desinformación*

«Things have not gone quite as they should lately and it will not be exact truth what you see in the papers! »⁵⁹

A.H.L., carta a su madre, fecha desconocida.

En el caso de la desinformación sí hemos identificado referencias a esta estrategia en la correspondencia de los soldados. Aunque no haya sido en un número excesivo, algunos fragmentos como el de A.H.L. expresan con contundencia la desconfianza sentida con respecto a las noticias publicadas en los periódicos y diarios británicos. Podemos relacionar esta falta de reflexiones sobre la información recibida con las prohibiciones establecidas por el sistema censor, al depender ésta del ejército⁶⁰ (García 2009, 171). Sin embargo, consideramos más plausible que esta falta de comentarios sobre las noticias o la propaganda se deba a una cuestión de espacio. El papel era un recurso escaso en el frente y el espacio disponible no era suficiente para tratar todos los temas que rodeaban al conflicto, de manera que preferían escribir sobre aspectos que consideraban más relevantes: «I shall only be able to write you a short letter because I have nearly run out of paper envelopes, so I shall have to make up for it next time»⁶¹.

Por otro lado, la claridad del soldado al hablar de la contaminación de las noticias de los periódicos nos permite replantear la falta de oposición a los mensajes propagandísticos que defendía Laswell en su teoría de la aguja hipodérmica, citada anteriormente. Aunque un caso aislado no permite generalizar, ni es nuestro objetivo, sí podemos afirmar que al menos este soldado era consciente de la manipulación a la que eran sometidas las noticias antes de ser publicadas en los periódicos y diarios británicos. Esta alteración no era exclusiva de las noticias dirigidas a la población general, los soldados, independientemente del frente en el que estuviesen destinados, sufrían una situación de relativo aislamiento, pues la cantidad de información que les llegaba sobre el exterior de su unidad era muy limitada. Destacamos las palabras del teniente Stanley-Clarke al llegar al continente: «Now however I am in this country I know far less than I

⁵⁹ A.H.L., carta a su madre, 16 julio 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁶⁰ Analizaremos el papel de la censura postal, su influencia en la redacción de las cartas y en la expresión de determinadas ideas, emociones y sentimientos en el capítulo titulado *La censura postal*.

⁶¹ Henry Bullen, carta a un amigo, 24 julio 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Egypt: “out of paper”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/egypt-paper/>

did in England as the French papers tell one nothing except “things remain unchanged. There has been advance at some points and loss of ground in others”»⁶².

En esta misiva podemos apreciar como la manipulación de las noticias sobre el curso de la guerra no era exclusiva de los británicos, pues describe la pobreza de los diarios franceses a este respecto en unos meses en los que el ejército alemán estuvo muy cerca de llegar a París. Al tiempo, el hecho de que tenga que recurrir a periódicos franceses indica que el ejército británico era igualmente celoso respecto al devenir de la guerra, especialmente cuando esta no avanzaba en la forma esperada. Precisamente la situación de la guerra al inicio del conflicto justificaba el aislamiento, pues el conocimiento del avance del ejército alemán y la sucesión de derrotas de los ejércitos aliados habrían despertado el temor de una rápida victoria como ya obtuvieron contra los franceses en 1871, minando la moral de los ejércitos y facilitando la victoria germana.

Durante el resto del conflicto el gobierno británico y el alto mando militar mantuvieron en este aislamiento a las tropas para evitar que las derrotas militares en otros frentes no afectasen a la moral del resto del ejército, por ejemplo, ante el fracaso de la batalla de Galípoli durante el verano y otoño de 1915. Esta estrategia incluía la información dirigida a la población general, a la que se le ocultaba sistemáticamente aquellas noticias que podían repercutir en la opinión pública. Como dijo Lloyd George en septiembre de 1916: «The public knows only half of the story. They read of the victories; the cost is concealed» (Riddell 1933, 187).

Controlar la información dirigida a la población general era de vital importancia para el gobierno británico, que temía que la opinión pública se volviera en contra de la guerra ante las noticias e informes que estaban llegando desde Francia. En este sentido, no solo las derrotas militares podían afectar a la opinión pública, también aquellas dañinas para las relaciones internacionales británicas que pudiesen motivar a los países neutrales a entrar en el conflicto en el bando alemán, por ejemplo. Por estos motivos, los miembros del gobierno británico establecieron relaciones con los editores jefes de los principales periódicos del país, con el objetivo de que estos censurasen las noticias que les llegaban de los frentes correctamente sin tener que estar el gobierno pendiente en exceso (Goldfarb 1978, 476).

⁶² Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 26 octubre 1916. *Europeana 1914-1918 : Letters from 1914/15 Ypres*. Disponible en : https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https___1914_1918_europeana_eu_contributions_16757

Estas relaciones tuvieron excelentes resultados para los intereses del gobierno, que vieron cumplida su voluntad sin necesidad de establecer un control férreo de los periódicos y diarios del país, en general. Gracias a estos acuerdos, la comunicación entre políticos y periodistas fluía y se informaban de aquellos hechos que podían dañar la imagen que el gobierno quería transmitir a la población sobre la Gran Guerra. Por ejemplo, en una carta escrita por C.P. Scott, editor del Manchester Guardian, a un miembro del gobierno el 12 de octubre de 1915, decía haber recibido una carta de un soldado herido en Loos: «too damaging for publication – from which it appears that in the engagement we again shelled our own men and that we lost Hill 70 after winning it in that way. [...] Just heard from Lloyd George. Shall be lunching with him tomorrow» (Goldfarb 1978, 477).

Debemos considerar que la estrecha relación entre políticos y periodistas británicos durante el conflicto no fue del todo extraordinaria, pues ambos pertenecían a una misma élite social que compartía preocupaciones e intereses. Si los editores y periodistas hubiesen actuado en contra de dichos intereses hubiesen sido expulsados del selecto club al que pertenecían, por lo que mantener la opinión pública a favor de la guerra adquirió más valor que cumplir con su deber profesional. Sin embargo, en otros países beligerantes como Alemania sí debieron controlar estrechamente las publicaciones de algunos periódicos muy críticos con las decisiones del gobierno y el alto mando militar (Goldfarb 1978, 485).

2.1.3. *La mentira*

«La mentira es una reconocida y extremadamente útil arma de guerra, y todos los países la emplean deliberadamente para engañar a su propia gente, para atraer a los neutrales y para llevar a conclusiones erróneas al enemigo»

Arthur Ponsonby, (Ponsonby 1929, 13).

Como adelantábamos en los apartados anteriores, la principal campaña de propaganda británica durante la guerra fue la difusión de los crímenes cometidos por el ejército alemán contra la población belga en el verano de 1914. Para ello, desde que llegaron las primeras noticias de estos actos, se encargó su investigación al War Propaganda Bureau, primera organización dedicada a distribuir material propagandístico en los países neutrales. Diferentes miembros de este gabinete realizaron entrevistas a más de 1200 refugiados belgas en las que narraban sus experiencias durante la ocupación alemana. Las narraciones se recogieron en un informe que se nombró *Bryce Report*, el

cual gozó de gran credibilidad por ser un informe oficial y se tradujo a 30 idiomas para su difusión internacional, a pesar de sus evidentes exageraciones e inexactitudes (Pizarroso 1990, 239).

Debido al éxito de este informe, los servicios de propaganda británicos pronto añadieron nuevas historias inventadas sobre los crímenes cometidos contra la población belga, fusionando la mentira con el quinto principio de la propaganda enunciado por Ponsonby: «El enemigo provoca atrocidades a propósito, si nosotros cometemos errores es involuntariamente» (Pineda 2004, 818). Siguiendo este precepto, toda información que presentase a los soldados alemanes como bárbaros capaces de cometer los actos más crueles y perversos era susceptible de ser publicada; y se publicaron historias de soldados alemanes mutilando a los niños belgas, cocinando cadáveres para fabricar jabón o crucificando a los prisioneros de guerra (Campbell 1995, 81).

Aquellas noticias narradas en los periódicos también se difundían a través de imágenes publicadas en diferentes formatos, siendo el cartel una de las principales formas de propaganda durante el conflicto (Pizarroso 1990, 250). Las ilustraciones tenían la ventaja de dotar a las historias de una mayor carga emocional que la palabra escrita, de manera que los mensajes propagandísticos llegaban con mayor fuerza a la población y eran tomados como propios más fácilmente. Por ello, en el diseño de los carteles propagandísticos colaboraban artistas, periodistas y miembros del gobierno con el objetivo de crear imágenes poderosas en las que se relacionase estereotipos alemanes con emociones previamente aceptadas por la población (Hecht 1971, 12).

Uno de los artistas más relevantes de esta forma de propaganda fue el neerlandés Louis Raemaerkes (1869 - 1956) por sus dibujos críticos sobre Guillermo II y el ejército alemán. Sus dibujos publicados en *De Telegraaf* captaron la atención de los servicios de propaganda británicos que en 1915 organizaron una exposición de 153 dibujos en la Fine Art Society de Londres. Durante los dos primeros años de conflicto, los informes realizados por los servicios de propaganda británicos sobre los países neutrales concluyeron que las ilustraciones de Raemaekers eran mucho más efectivas en la transmisión de ideas que los artículos de prensa, libros y panfletos publicados. Sus diseños se inspiraban en las historias de la población belga sobre las atrocidades cometidas por el ejército alemán recogidas durante su viaje a Bélgica y el Bryce Report (Figura 6).

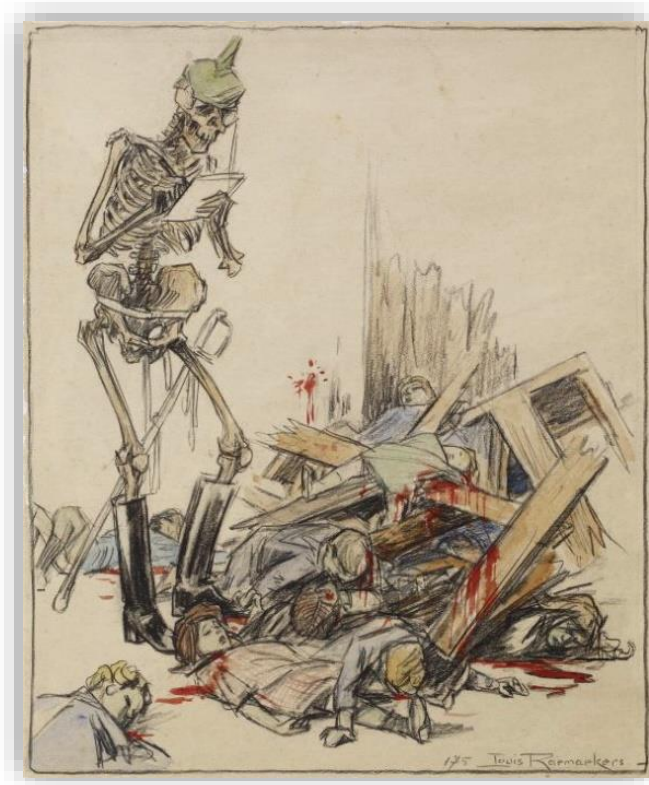


Figura 6. Louis Raemaekers, 1917. “We bombarded the fort of London” – German Official. (Raemaekers 1919b, 72).

En 1916 Raemaekers se trasladó a Londres debido a las tensiones que sus ilustraciones generaron en la relación entre Alemania y Países Bajos. En Gran Bretaña, los servicios de propaganda multiplicaron exponencialmente la publicación de sus dibujos en diferentes formatos: postales, carteles, linternas de diapositivas, animaciones, paquetes de tabaco y ceniceros, convirtiéndose en uno de los artistas más reconocidos durante el conflicto (Manterola 2020, 128-130).

Una de las virtudes de la propaganda de atrocidades llevada a cabo por Gran Bretaña fue que identificaba a Guillermo II como el único y máximo responsable de la guerra, como podemos apreciar en las ilustraciones de Raemaekers. Un enemigo al que le atribuían los crímenes más despiadados contra grupos de población que debían estar protegidos en cualquier conflicto bélico como la población civil (Figura 7), los prisioneros de guerra (Figura 8) y el personal sanitario (Figura 9).



Figura 7. Louis Raemaekers. 1914-1918. Crown Prince: “We must have a higher pile to see Verdun, Father”. (Raemaekers 1919a, 173).

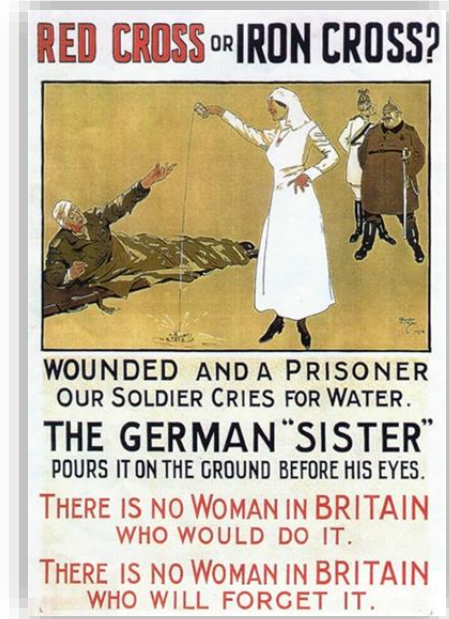


Figura 8. David Wilson. 1914-1918. Red Cross or Iron Cross. Art.IWM PST 13544.



Figura 9. Tito Corbella. 1915. The murder. “Well done” said Kultur. National Library of Medicine: 101611750.

La figura 9 es uno de los diseños creados tras la ejecución de la enfermera Edith Cavell⁶³ el 12 de octubre de 1915 a manos de un escuadrón alemán. Edith Cavell trabajaba en el Instituto Quirúrgico Berkendael de Bélgica que había sido transformado en hospital de la Cruz Roja cuando estalló la guerra. Desde su posición como enfermera colaboró con una organización clandestina que planificaba la huida de soldados aliados heridos a países neutrales como Países Bajos. En el verano de 1915 fue descubierta, arrestada y condenada a muerte junto a Philippe Baucq, uno de los miembros clave del grupo, por haber ayudado a escapar a unos 200 soldados. Sus últimas palabras han perdurado como alegato pacifista y están inscritas en varios de los monumentos erigidos en su honor: «Patriotism is not enough I must have no hatred or bitterness toward anyone».

Paradójicamente, a pesar de que sus últimas palabras invitaban a la reconciliación y al pacifismo, su historia se narró al mundo como el mayor crimen de la historia, estableciendo paralelismos entre la joven enfermera británica y Bélgica, ambos indefensos ante la crueldad y la brutalidad alemana. Katie Pickles (2007, 9-10) ha argumentado que Cavell se transformó en un activo mucho más útil para el esfuerzo bélico aliado una vez muerta, pues la campaña de propaganda que siguió a su ejecución alimentó el deseo de venganza de la población e inspiró a incontables jóvenes a unirse al ejército.

La estrategia británica en cuanto a la propaganda de atrocidades fue alabada en el periodo de entreguerras, entre otros, por Adolf Hitler, quien dijo de los propagandistas británicos que habían sido capaces de comprender y conectar con los sentimientos de la población, de manera que su discurso fue creído sin reservas⁶⁴ (Hitler 1974, 92).

En el terreno emocional y psicológico, la propaganda de atrocidades cumplía algunos objetivos fundamentales del gobierno británico en tiempo de guerra. En primer

⁶³ Edith Cavell nació en Swardston, un pueblo cerca de Norwich. Inició su carrera como enfermera en 1895, trabajó en Londres y Manchester. En 1907 fue reclutada por Antoine Depage, cirujano del Rey Alberto de Bélgica, para ejercer de matrona en el *Berkendael Surgical Institute* y formar a las futuras enfermeras de tres hospitales y 24 escuelas. En Bélgica hizo frente a la idea de que las mujeres de alta cuna no debían trabajar, fundó la revista *L'infirmière* y se labró una reputación como enfermera estricta y exigente. Para más información sobre Edith Cavell consultar: Hugues, Anne-Marie. 2005. "War, Gender and National Mourning: The significance of death and commemoration of Edith Cavell in Britain". *European Review of History*, vol 12, no 3:425-444; y Richard Hodgson, Guy. 2017. "Nurse, martyr, propaganda tool: The reporting of Edith Cavell in British newspapers 1915-1920". *Media, War & Conflict*, vol 10, no 2:239-253.

⁶⁴ Cuando finalizó el conflicto el gobierno británico reconoció que la mayor parte de las historias narradas sobre la invasión alemana de Bélgica eran inventadas. Esto suscitó la desconfianza de la población hacia el gobierno durante los años posteriores y provocó que los aliados fueran excesivamente prudentes al difundir las noticias que tenían de los campos de concentración nazis por temor a que la opinión pública juzgase esta información como falsa (Pizarroso 1990, 250-251).

lugar, justificaba la entrada de Gran Bretaña en el conflicto y la presentaba como la nación defensora de los débiles e inocentes que iba a derrotar al Mal. En segundo, las historias de los crímenes cometidos por los soldados alemanes ayudaban a que los británicos deshumanizaran a sus enemigos, liberaran emociones primitivas como la ira y aceptaran la decisión de matar en el campo de batalla (Godfarb 1978, 488). Además, preparaban psicológicamente a los soldados para permanecer alerta y mantener la moral de combate cuando presenciasen los actos más atroces y crueles en el campo de batalla (Pizarroso 2002, 12).

Según estos argumentos los soldados británicos habrían sido capaces de soportar mejor los horrores de la guerra que los soldados franceses o alemanes y, por lo tanto, habrían tenido una menor incidencia de bajas por problemas psicológicos. Sin embargo, estudios posteriores no han arrojado diferencias significativas entre la incidencia de problemas psicológicos entre los ejércitos beligerantes (Watson 2008; Bergen 2009; Reid 2014).

2.2. Escribir en tiempos de guerra

Las cartas de los soldados, que en la actualidad consideramos una fuente primaria y un testimonio directo de los combatientes del conflicto, durante la guerra era la única forma que tenían los soldados de comunicarse con sus familias, por lo que no debemos obviar en ningún momento que las narraciones contenidas en las cartas se escribían en un contexto determinado y tenían un destino y objetivo concretos. Pero antes de entrar en este análisis, debemos considerar que, al margen del contenido de las misivas, el acto de escribir y enviar una carta desde el frente, o desde cualquier otra localización en el conflicto, estaba cargado de un significado que quizás no alcancemos a comprender debido a la inmediatez que caracteriza la comunicación en la actualidad.

En primer lugar, encontramos diferencias sustanciales en la cantidad de cartas que los soldados podían enviar durante el servicio militar en función de la situación en la que se encontrasen. Por ejemplo, Harry Stanley Green escribió que desde el hospital del interior de Gran Bretaña en el que se encontraba solo podía enviar una carta diaria: «I have to answer "gradually" as we are only allowed to send one letter a day»⁶⁵, por lo que podemos inferir que cuando estaba en el frente occidental y durante su formación en la

⁶⁵ Harry Stanley Green, carta a su mujer, 20 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17034

base de entrenamiento podía enviar más de una carta al día. Otros hospitales restringían aún más la comunicación de los soldados, como en el que había sido ingresado Charles Douglas Mayo, que solo permitía una carta mensual: «I expect you are surprised to get a letter when I said on the post card that I should only be allowed to write once from this hospital, but a fresh order has come out and one letter a month is allowed»⁶⁶. Una frecuencia menor de la que permitían en el campo de prisioneros alemán en el que estuvo William O'Reilly, quien pudo enviar dos cartas mensuales.

En segundo lugar, el soldado debía invertir tiempo en escribirla, un tiempo que podía dilatarse en función de las habilidades del soldado, pero también del grado de actividad bélica en el frente, como justificaron varios protagonistas de nuestra investigación:

«If my letters have been few please forgive me, as it is very difficult to write under these circumstances and when the letters are wirtten it is very hard to get them sent off»⁶⁷, y
«I am sorry I have not written before but we were rather busy when I received your last letter and we could not send more than a field card for about a month»⁶⁸.

Comprobaremos a lo largo de la investigación que los combatientes disfrutaron de periodos de tranquilidad relativamente prolongados tanto en las primeras líneas del frente como en la retaguardia. Sin embargo, esto no significa que estuviesen ociosos, pues había otros muchos trabajos que debían realizar en todo momento como las tareas de acondicionamiento de las trincheras, las marchas y el entrenamiento obligatorio cuando se encontraban alejados del frente, por citar algunos ejemplos.

Por último, además de tiempo, el soldado debía invertir un recurso quizás aún más escaso: el papel. Como podemos inferir de los fragmentos que reproduciremos a continuación, el papel y los sobres eran un bien escaso, especialmente cuando los soldados se dirigían a las trincheras. Por ello, pedían en sus cartas a las familias que les enviasen papel y sobres relativamente a menudo: «I may not always be in a position to

⁶⁶ Charles Douglas Mayo, carta a su padre, 22 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Injury: “arrived here with only one boot”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/injury-arrived-one-boot/>

⁶⁷ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 30 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁶⁸ Hugh Andrew Skilling, carta a un amigo, 5 enero 1917. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “there is Somme noise”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/trenches-there-is-somme-noise/>

lay my hands on paper and envelopes, although I have a supply at present, so shall be glad if you will enclose me an envelope or two sheets of thin writing paper with every letter you send me»⁶⁹.

Aunque el envío de cartas desde el frente era gratuito (García 2009, 176), desconocemos si el papel y los sobres tenían un coste para los soldados. Esto explicaría que los combatientes pidiesen a sus familias que les enviaran estos materiales, aunque también pudo ser que el ejército suministrase papel y sobres a los soldados, pero una cantidad insuficiente para escribir con la frecuencia deseada. No obstante, hemos identificado a través de la correspondencia determinados momentos o situaciones en las que el ejército proporcionaba a los soldados el material necesario para redactar cartas. En primer lugar, encontramos referencias a un tipo de sobres especiales en las cartas de los soldados:

« I am sending you this in one of the new official envelopes which one cannot say anything in on account of the terrible oath on the back - I am sending you this as a curiosity of the "Great European War 1915" and also because I wanted to talk about those bloaters and I'm sure it would be a terrible calamity if the Censor read about bloaters »⁷⁰.

Estos eran un tipo de sobre denominado sobre verde por su color distintivo, que el ejército británico suministraba a sus soldados para estimular la comunicación de los soldados con sus familiares. Como explica Arthur, estos sobres debían ser utilizados para enviar cartas con contenido exclusivamente personal y tenían otras rutas de censura fuera de la unidad del soldado. Aunque reflexionaremos en profundidad sobre las implicaciones de esta estrategia en los próximos apartados, el hecho de proporcionar gratuitamente sobres a los soldados facilitaba el envío de cartas a sus familiares y allegados.

Por último, basándonos en la correspondencia de soldados británicos que fueron capturados como William O'Reilly o Joseph Henry Morgans, podemos inferir que en los campos de prisioneros se suministraba todo el material necesario para que los soldados escribiesen cartas y mantuviesen un mínimo de comunicación con sus familias. Podríamos argumentar que, al estar sometidas a un fuerte control por parte de los oficiales al mando del recinto (García Sánchez 2009, 169), la correspondencia de estos soldados

⁶⁹ Alvin Whiteley, carta a su familia, 10 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

⁷⁰ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 10 abril 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

aporta una información limitada e incluso nula sobre la vida en los campos de prisioneros. Sin embargo, el hecho de poder enviar solo dos cartas al mes dota de aún más significado a sus misivas a pesar de que el contenido estuviese estrechamente controlado. Además, la correspondencia de estos soldados nos permite reflexionar sobre otros aspectos presentes en todos los escenarios bélicos y situaciones como la dualidad esperanza y desesperanza.

Otro aspecto que debemos tener en cuenta es el tiempo que tardaban las familias en recibir la carta desde que el soldado la enviaba y el tiempo que tardaba la respuesta en alcanzar al soldado. En el mejor de los casos, si el combatiente se encontraba en un campo de entrenamiento británico o en el cercano frente occidental, la carta podía llegar a su destino en dos o tres días, según otras investigaciones (Domínguez 2014, 351). Sin embargo, hemos comprobado que el retraso en el correo, sin ser habitual, era un inconveniente que podía afectar a los soldados incluso cuando estaban relativamente cerca de Gran Bretaña:

«Just a line to let you know I have not forgotten you. I received a letter on Tuesday 3rd of January 1917 which you sent to me on August 24th 1916. By the marking on the envelope it has been round to various regiments and officers, but it has arrived quite safe at last»⁷¹.

Aunque este es un caso extremo en el que la misiva tardó en llegar al soldado casi cinco meses, otros soldados que forman parte de nuestra investigación como Alvin Whiteley debían esperar varias semanas para recibir la respuesta de su familia. En una carta enviada el 10 de noviembre de 1916 escribió: «I have had a splendid mail this week, one well worth waiting for, and I don't think anything is missing. I have a month's letters from Lilian as well as a parcel of sweets, three letters from you (Sep 19th, 25th, and Oct 3rd)»⁷².

Por lo tanto, escribir una carta requería de un ejercicio de espera y paciencia confiando primero en que la misiva pasase los filtros del censor y este permitiese su envío. Aunque reflexionaremos en el siguiente apartado sobre la presencia del censor en el imaginario colectivo de los soldados durante toda su experiencia bélica, podemos

⁷¹ Hugh Andrew Skilling, carta a un amigo, 5 enero 1917. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “there is Somme noise”.

⁷² Alvin Whiteley, carta a su familia, 10 noviembre 1916. Europeana 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

argumentar que el hecho de que las cartas de esta investigación fueron enviadas y recibidas por los familiares de los soldados es un indicativo del conocimiento y cumplimiento de las normas establecidas por el sistema censor. Sin embargo, el análisis del contenido de la correspondencia revela algunas dudas sobre los temas y la información que los soldados podían aportar en sus misivas.

En segundo lugar, los soldados debían confiar en que el barco encargado de su transporte no fuese hundido y que la carta alcanzase su destino en Gran Bretaña. A este respecto, la principal preocupación de los soldados fue la estrategia de guerra submarina sin restricciones que instauró Alemania en varios periodos del conflicto y que afectaba a todo tipo de embarcaciones, tanto militares como civiles. Aunque reflexionaremos sobre las consecuencias de esta estrategia a lo largo de la investigación, en la correspondencia analizada se menciona el hundimiento de buques que transportaban correo: «we lost a good mail, too, on the Persia (S.S Persia, which was torpedoed and sunk in December 1915)»⁷³ y:

«My wife tells me she has sent me three boxes of stuff, I received one box, and I fear that one transport has been floundered [sunk] and another has been torpedoed, so I expect that is where my other two boxes are. It's awfully disappointing because I do look forward so to a bit of chocolate and a few biscuits from home»⁷⁴.

Por tanto, podemos adelantar que la guerra submarina tuvo un impacto directo en el estado de ánimo de los soldados al poner en peligro la única vía de comunicación que tenían con sus familias. Por último, el soldado debía confiar en que no le sucediese nada a la misiva enviada por su familiar como respuesta hasta que llegase a sus manos, que estaba amenazada por los mismos peligros que la carta que él había enviado.

Ante la posibilidad de que alguna de las misivas no alcanzase su destino en uno u otro sentido, era habitual que los soldados estableciesen determinados acuerdos o estrategias para que ambos lados supiesen si alguna de las cartas que les habían enviado se había perdido. Por ejemplo, Arthur Ramsay, veterano del ejército profesional escribía

⁷³ Harold William Cronin, carta a un amigo, 18 enero 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Egypt: “we are all as fit as ever”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/egypt-fit-ever/>

⁷⁴ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “an everlasting nightmare”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/dardanelles-everlasting-nightmare/>

sus cartas en forma de diario y las numeraba con el objetivo descrito anteriormente: «I shall write a diary in a letter form and send it to you as the Censor allows - but I shall try to write every day just to let you know how I am getting along»⁷⁵, «I shall begin from now and number each letter so that you will know if you do not get one, this will be No. 1»⁷⁶.

Otros soldados instauraban otro tipo de acuerdos con sus familias, un soldado francés prometía a sus padres escribir diariamente cuando estuviese en las trincheras para que supiesen que seguía con vida un día más; mientras que escribiría cada dos días cuando estuviese en la retaguardia para informar de que estaba fuera de peligro. De manera que, ante cualquier alteración en la frecuencia de las cartas, sabrían que algo le había sucedido (Hanna 2003, 1353).

A pesar de estas estrategias había periodos en los que los soldados eran incapaces de escribir una respuesta a las cartas de sus familias. Esto podía deberse a la falta de los materiales necesarios para escribir y enviar una carta, pero sobre todo a causa del aumento de actividad bélica en el frente durante periodos prolongados:

«We have now been in the firing line for eight days and during this time I have received letters from you and father it has been imposible for me to send any, so I am afraid you will be very anxious, but you must not worry if sometimes for a week you do not hear from me»⁷⁷.

Independientemente de la causa del retraso en el envío de una o varias misivas, la falta de comunicación siempre despertaba el temor de que el soldado hubiese resultado herido de gravedad, desaparecido o muerto. Mitigar esta preocupación podría ser uno de los motivos por los que los soldados enviaran tarjetas postales cuando no disponían de tiempo suficiente para redactar cartas. Por lo tanto, podríamos argumentar que el principal y primer objetivo que tenían las cartas escritas por los soldados era tranquilizar a su familia sobre su estado de salud, asegurando la supervivencia del combatiente un día más, al menos.

⁷⁵ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 22 octubre 1914. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

⁷⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 26 octubre 1914. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

⁷⁷ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 10 noviembre 1914. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

Sin embargo, en determinadas situaciones el envío de postales podía no ser suficiente para los familiares y allegados. Hanna (2003, 1354) argumenta que, en la correspondencia de los soldados con sus parejas, cualquier mínima desviación o cambio en la frecuencia o extensión de las misivas podía despertar la ira de las parejas, pues podían interpretarlo como un cambio en los sentimientos del soldado hacia ellas. Por ejemplo, un soldado que empezaba a enviar tarjetas postales en vez de las habituales cartas redactadas podía llevar a pensar a su pareja que ya no le quería, pues no invertía el mismo esfuerzo en comunicarse con ella. Además, la ausencia total de cartas sin previo aviso provocaba una ansiedad casi incontrolable, pues hacía pensar que el soldado había fallecido. Estas respuestas de los receptores de la correspondencia podían darse, incluso, durante las grandes y complejas ofensivas como la batalla del Somme, momentos en los que los soldados disponían de menos tiempo para escribir.

De igual manera, la falta de respuesta de los familiares podía despertar en el soldado el temor de que algo grave le había sucedido a su familia, pues, como veremos a lo largo de la investigación, durante la Primera Guerra Mundial se produjeron ataques sistemáticos a poblaciones británicas cercanas al Canal de La Mancha. Además, aunque las familias de los soldados no habitasen en esta región, existían otros motivos por los que la vida de la población podía peligrar como las enfermedades. En cualquier caso, el retraso en la llegada de las cartas a los soldados generaba estrés y preocupación entre los combatientes, aunque algunos debieron acostumbrarse a que las cartas de sus familias llegasen varios meses después de haber sido escritas como los soldados destinados en África o aquellos que habían sido capturados y estaban cautivos en Alemania.

Por último, adelantábamos en la introducción algunas dificultades que otros historiadores han arrojado ante la investigación con la correspondencia de los soldados y el estudio de los testimonios directos de la Historia. En primer lugar, la idea introducida por Todman (2005) sobre la alteración de los recuerdos conforme pasa el tiempo y que influye en la posterior narración denominada mitologización de lo recordado. Aunque esta dificultad ha sido superada por otras investigaciones que argumentan que en las cartas de los soldados se escribe sobre sucesos inmediatamente anteriores (Watson 2008, 8), queremos reproducir dos fragmentos de cartas consecutivas del soldado raso Thomas Noonan narrando su primera experiencia de combate. Ambas están escritas desde el hospital Kasr-el-Ainy, Egipto, el 4 y el 17 de mayo de 1915 y narran los sucesos del 25 de abril cuando el soldado desembarcó en algún punto de la península de Galípoli y entablaron batalla con el Imperio turco durante los siguientes días. Sin ánimo de

transcribir en estos momentos la narración completa, que ocupa un lugar privilegiado en otros capítulos de la investigación, reproduciremos los fragmentos en los que podemos apreciar esa transformación de los recuerdos de una a otra. De esta manera, en la primera carta el soldado muestra un intenso deseo de combatir contra los soldados del ejército turco y se enorgullece de haber alcanzado a varios de ellos en los primeros días de batalla: «I shot four Turks during the day, and my mate got six»⁷⁸. Mientras que en la segunda carta del 17 de mayo encontramos una narración con una carga emocional mayor, en la que los soldados del ejército turco son autores de las mayores atrocidades jamás vistas por Thomas Noonan, incluso peores que las cometidas por el ejército alemán:

«Indeed it will be no harm to the world when they are finished off as they are very cruel fighters. There have been found several relics of their barbarity such as men disembowelled, tongues cut out, eyes gouged out and other mutilations. The fighting was very hard for the first couple of days. There are some soldiers here that met the Germans, and they reckon it was hotter than any fighting that took place in France (...) I don't know how many prisoners were captured, but I do know that where ever my mate and myself saw a Turk we gave him a ticket home»⁷⁹.

La mitologización de lo recordado podría estar detrás de la demonización de los soldados turcos en la segunda narración; sin embargo, también podría estar relacionada con su estancia en el hospital. Debido a su relativamente buen estado de salud a pesar de haber sido herido, podemos argumentar que estaría en un pabellón junto a soldados con heridas similares que compartirían sus historias sobre las batallas en las que habían participado en la Primera Guerra Mundial. De estas conversaciones derivaría la comparación de Noonan de la forma de combatir de turcos y alemanes, a pesar de no haber estado destinado en el frente occidental. El caso de este soldado representa una excepción, pues es el único que narró en dos ocasiones los mismos eventos, lo que nos permitirá reflexionar sobre la necesidad de que su familia conociese sus hazañas en combate.

En segundo lugar, la insistencia de Noonan en narrar su primera experiencia en combate en forma de hazaña también nos permite reflexionar sobre la veracidad de sus

⁷⁸ Thomas Noonan, carta a su familia, 4 mayo 1915. Europeana 1914-1918: *Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4436

⁷⁹ Thomas Noonan, carta a su familia, 17 mayo 1915. Europeana 1914-1918: *Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*.

narraciones. Como hemos argumentado en el capítulo anterior, que los diarios y periódicos de los países beligerantes edulcoraban las historias heroicas de los soldados era ampliamente conocido por la población europea a medida que avanzaba el conflicto. De igual manera, había voces contemporáneas que dudaban de la información contenida en las cartas, por ejemplo, el funcionario francés Michel Corday escribía el 16 de enero de 1917: «las cartas del frente transmiten una idea falsa de la guerra. El que escribe sabe que la carta puede ser leída. Además, su objetivo principal es impresionar a sus futuros lectores» (Englund 2011, 406).

Esta parece una opinión demasiado contundente, definitiva y generalizada que podría estar condicionada por las narraciones que se publicaban en los periódicos en forma de carta. Recordemos que, debido a la importancia de controlar la opinión pública, eran habituales las publicaciones manipuladas que transmitían una idea irreal del conflicto, como la propaganda de atrocidades del gobierno británico. En ocasiones, o conforme avanzaba el conflicto, la manipulación de noticias pudo hacerse evidente para aquellos que recibieron noticias directamente del frente, de algún soldado que había regresado de la guerra, por ejemplo. Por lo que no es de extrañar que personajes como Corday, ante la comparación de ambos testimonios, desconfiasen de las cartas publicadas en la prensa⁸⁰.

A pesar de estas dificultades, investigaciones recientes sobre las experiencias de los soldados de la Primera Guerra Mundial han concluido que las cartas son el mejor documento para acercarse a la realidad de la vida diaria de los soldados en el conflicto (Watson 2008, 8), como hemos repetido en varias ocasiones. Además, comprobaremos a lo largo de la investigación que los soldados británicos no tuvieron reparos en narrar con extrema crueldad la realidad de la guerra que estaban viviendo, lo que nos induce a pensar que la honestidad y la sinceridad guiaban sus narraciones.

Por estos motivos, consideramos que el principal factor que coartaba la libre expresión de los soldados en sus cartas era la censura, particularmente las normas que prohibían la crítica de las operaciones militares británicas y de cualquier aspecto que

⁸⁰ Las cartas de algunos soldados se publicaron en periódicos británicos y franceses con fines propagandísticos. Siendo el objetivo de la propaganda estimular emociones, ideas y opiniones entre la población, podríamos plantear que en algún momento recurriesen a misivas falsas, igual que habían recurrido a historias falsas sobre las atrocidades cometidas por el ejército alemán durante la invasión a Bélgica. Para una reflexión posterior sobre la publicación de cartas en los periódicos, consultar: Horne, John. 1995. "Soldiers, Civilians and the Warfare of Attrition: Representations of Combat in France, 1914-1918". En *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*, editado por Franc Coetzee y Maralin Shevin-Coetzee, 223-250. Oxford: Berghahn.

dependiese del ejército, así como los comentarios destinados a desprestigiar a miembros del ejército (García 2009, 171).

2.2.1. *La censura postal*

«I cannot write all I should like»⁸¹

Harry Stanley Green, 22 de agosto de 1916.

Las cartas que forman parte de esta investigación sufrieron pocas o ninguna modificación a su paso por los oficiales encargados de la censura y alcanzaron su destino satisfactoriamente. Sin embargo, algunas de ellas presentan líneas tachadas o emborronadas, lo que nos indica que hubo determinados fragmentos que eran censurados por los oficiales por contener información que incumplía las normas (Figura 10).

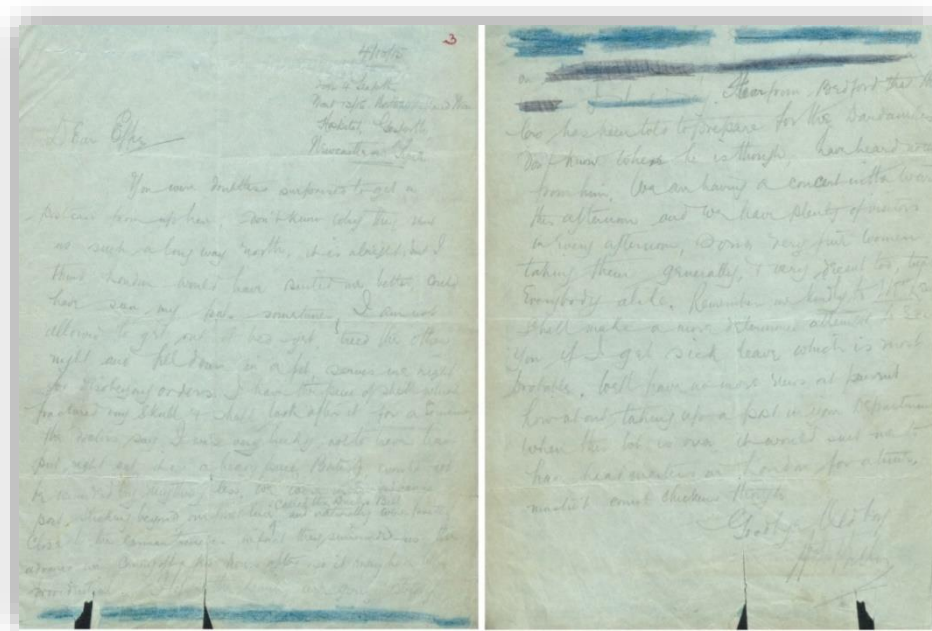


Figura 10. Carta censurada enviada por William Albert Hastings el 4 de octubre de 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Injury: “fractured my skull”.

Debemos considerar que los oficiales no impedían el envío de las cartas solo porque en un párrafo se aportase información censurable, era habitual que tachasen esa información y permitiesen el envío de la misiva. Además, el bajo número de cartas censuradas que forman parte de nuestro análisis nos permite argumentar que los soldados conocían y cumplieron las normas establecidas por el sistema censor. Sin embargo, como

⁸¹ Harry Stanley Green, carta a su mujer, 22 agosto 1916. Europeana 1914-1918: *Harry Stanley Green's letters and medals*.

veremos a lo largo del capítulo, hemos identificado fragmentos y alusiones en la correspondencia de los soldados que contradicen esta afirmación.

En cuanto al número de veces que se menciona a la censura o al censor, es relativamente bajo, identificando 50 referencias en 46 cartas enviadas por 17 soldados. En cuanto a la distribución de estas epístolas en función del año que fueron enviadas, no encontramos una diferencia significativa a lo largo del conflicto: 10 fueron enviadas en 1914, 7 en 1915, 13 en 1916, 15 en 1917 y 1 en 1918.

Aunque estos datos nos permitan reflexionar sobre la aparente tranquilidad de los soldados que forman parte de la investigación en el momento de escribir y enviar sus cartas, lo cierto es que la posibilidad de que el censor no permitiera el envío de alguna de sus misivas siempre estaba presente: «I think I told you that I have wrote to her some time since they might not have passed the Censor»⁸². De hecho, expresiones como la de Harry Stanley Green con la que iniciamos este capítulo indican tanto el conocimiento de las normas que debían seguir como la autocensura practicada por algunos soldados en caso de dudas sobre el contenido que podían tener sus misivas. Esta práctica llevaba a limitar la información que aportaban los soldados sobre determinados aspectos de la guerra cuando albergaban dudas sobre la adecuación con las normas del censor. Era preferible no dar información, o dar poca, que arriesgarse a que no se permitiese el envío de la carta.

En la correspondencia de los soldados hemos identificado referencias a la mayor parte de las restricciones establecidas por el sistema censor. La principal norma que establecía qué información no podía incluir las cartas era evitar que, en caso de que el enemigo se hiciese con la correspondencia, no hallase información valiosa. Por este motivo se prohibía escribir sobre futuras operaciones militares, movimientos y organización de tropas, o cualquier información que pudiese indicar una de las anteriores: «the letters are censored and no news about our movements are allowed to be sent»⁸³ y «[...] of course I would give the name of the place to you so that you understand where about I was only it is against army regulations»⁸⁴. En línea con este argumento, también

⁸² Robert William Price, carta a su mujer, 15 marzo 1916. Europeana 1914-1918: *Private Robert William Price - letters to his wife*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3262

⁸³ Thomas Noonan, carta a sus padres, fecha desconocida. Europeana 1914-1918: *Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*.

⁸⁴ William Horrocks, carta a su hermana, 26 octubre 1917. Europeana 1914-1918: *Letters from PTE. William Horrocks to his sister*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_11628

quedaba prohibido describir los efectos de los ataques enemigos, independientemente de que hubiesen sido muchos o pocos: «Sorry can't say anything about the casualties except that so far we have been very lucky»⁸⁵.

Estos fragmentos apoyan la tesis inicial del capítulo sobre el conocimiento y la obediencia de los soldados en cuanto a los temas que debían evitar y qué tipo de información podían incluir en sus cartas. La comunicación de los miembros del ejército con el exterior, sus familiares y allegados, era la que más preocupaba al ejército por el peligro de que información valiosa cayera en manos enemigas. Por este motivo, para asegurar que una carta potencialmente dañina para los intereses del ejército no fuese manipulada por el menor número de personas posibles, la censura de la correspondencia de los soldados estaba a cargo del oficial al mando de su unidad táctica habitual o de la persona en que delegase esta actividad. Este debía sellar todas las cartas privadas con la marca *Passed by Censor* junto al número clave del censor, de otra manera sería devuelta al remitente (García 2009, 172).

Tanto la comunicación con el exterior como el correo interno del ejército estaban reguladas a través de las *Field Service Regulations*, redactadas en 1909 y 1912, y modificadas al inicio del conflicto. Estas eran muy detalladas con respecto a la comunicación interna, pero el correo externo planteó diversos problemas logísticos a los ejércitos beligerantes de la Primera Guerra Mundial debido al tamaño de los ejércitos movilizados y la consiguiente ampliación del personal encargado del correo militar (García 2009, 170).

Podríamos argumentar que tanto el cambio de las regulaciones al inicio del conflicto, como la gran cantidad de nuevos reclutas que no estaban familiarizados con ningún tipo de reglamentación sobre el correo provocase determinadas situaciones en las que los soldados dudaron de la adecuación a las normas de la censura. El primero debió ser el motivo por el cual Stanley-Clarke dudaba sobre la exactitud con la que podía escribir sobre su situación y localización en el frente occidental: «I don't know quite how much I may tell you but I don't expect it will matter if I say I am a considerable distance from the Front – in fact so far away that I can't even hear the sounds of guns»⁸⁶.

⁸⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 31 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_5037

⁸⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 2 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918 : Letters from 1914/15 Ypres*.

Sin embargo, también puede indicarnos la confusión que producían algunas restricciones, o el ingenio de este soldado para aportar más información de la permitida. Basándonos en otros fragmentos podemos inferir que algunos soldados desconocían las normas, pues fallaban al reconocer que lo que estaban escribiendo iba en contra de las regulaciones de la censura: «I should be guilty of a violation of the censorship regulations when I tell you I have been in the line again for about 10 days»⁸⁷.

Este fragmento nos permite reflexionar sobre el atrevimiento de algunos soldados para incluir fragmentos en sus cartas que sabían que debían ser censurados. Veremos en los próximos apartados otros ejemplos aún más claros de esta práctica entre los soldados, independientemente del rango. También nos permite preguntarnos sobre la adecuación del personal encargado de la censura al volumen de cartas que debían manejar. El hecho de que hayamos identificado fragmentos que debieron ser censurados podría indicar que los oficiales censores eran incapaces de leer con detenimiento y censurar todas las cartas, o quizás se deba a la reticencia de algunos censores a diseccionar por completo las íntimas cartas de sus subordinados y centrasen sus esfuerzos en censurar la información útil para el enemigo.

En cualquier caso, la censura de la correspondencia generó diferentes respuestas y emociones tanto en aquellos que debían practicarla como en aquellos que sufrían sus efectos.

2.2.1.1. Reacciones a la censura

«I have no news cause I can't write about the war»⁸⁸,
Harold Ward, carta a su esposa el 23 marzo 1917.

Algunos soldados adoptaron una autocensura más severa que la norma oficial para evitar que los censores albergaran dudas sobre si debían o no eliminar fragmentos de sus misivas, caso de Harold Ward en la cita con la que iniciamos este apartado en la que asegura no tener noticias porque no puede escribir sobre la guerra. Recordemos que el Capitán Harold Ward era el encargado de censurar las cartas de su unidad, por lo que debía conocer las normas del sistema para poder aplicarlas. Por un lado, el hecho de que en esta carta omita cualquier tipo de información sobre el devenir del conflicto puede

⁸⁷ Denis T. Hayes, carta a su hermano, 17 de octubre de 1917. *Europeana 1914-1918: Letters Home to Dublin, from World War I, Written by Denis T. Hayes to His Brother Pat Hayes br.* Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3762

⁸⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 23 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

justificarse porque este no estuviese avanzando en el sentido esperado y no quisiese transmitir malas noticias a su mujer.

Por otro lado, podríamos argumentar que prefiriese omitir completamente cualquier referencia a la guerra porque dudaba de la cantidad de información que podía dar al respecto. Esto indicaría cierto nivel de desconocimiento sobre la reglamentación de la censura, idea que desarrollaremos en el apartado dedicado a los oficiales censores.

Mientras que algunos soldados adoptaban esta autocensura más severa que la norma, otros incluían en sus cartas frases dirigidas al censor. En estas, justificaban las precauciones que habían tomado al escribir sobre determinados aspectos de la guerra sin incumplir ninguna prohibición, pidiendo al censor que fuese benevolente y no impidiese el envío de la carta: «Possibly some of the things I have written will be crossed out by the censor but I have been as careful as possible»⁸⁹ o «I am managing to get this letter through without being censored»⁹⁰.

Estos fragmentos dirigidos a los oficiales censores en tono cordial nos permiten argumentar la cercanía de unos y otros, pues en algunas misivas encontramos reiteradamente estas referencias. De hecho, comprobaremos la tendencia horizontal de las relaciones entre algunos oficiales y sus subordinados en el capítulo titulado *El grupo como refugio emocional*. Sin embargo, esta hipótesis pierde fuerza ante las reacciones extraídas de otras cartas de los soldados en las que argumentan que uno de los aspectos que les generaba mayor malestar era que sus cartas fuesen censuradas por sus superiores inmediatos. Este fue el caso de Jerome Guerin que decidió acortar al máximo sus próximas cartas al no disponer de *green envelopes*:

«As this is the last green envelope I have and if we are not to be supplied with any more and as all our letters will have to be censored by our own officers, I may say that whatever I write in the future will be very short as I object strongly to having my home letters censored by the officers who cant help themselves»⁹¹.

Estos *green envelopes* (sobres verdes) que menciona Jerome fueron implementados por el ejército británico como alternativa al correo ordinario y tenían la peculiaridad de

⁸⁹ Alvin Whiteley, carta a su familia, 21 julio 1916. Europeana 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

⁹⁰ Alvin Whiteley, carta a su familia, 6 agosto 1916. Europeana 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

⁹¹ Jerome Guerin, fragmento de carta, sin fecha. Europeana 1914-1918: *Jerome Guerin*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3434

ser revisados por personal ajeno a la unidad, de manera que se protegía, hasta cierto punto, la intimidad del soldado. La condición para utilizar estos sobres era que la información contenida en la carta debía ser exclusivamente de carácter personal, como indicaba el juramento inscrito en el reverso del sobre: «I certify on my honour that the contents of this envelope refer to nothing but private and family matters»⁹² (Figura 11).

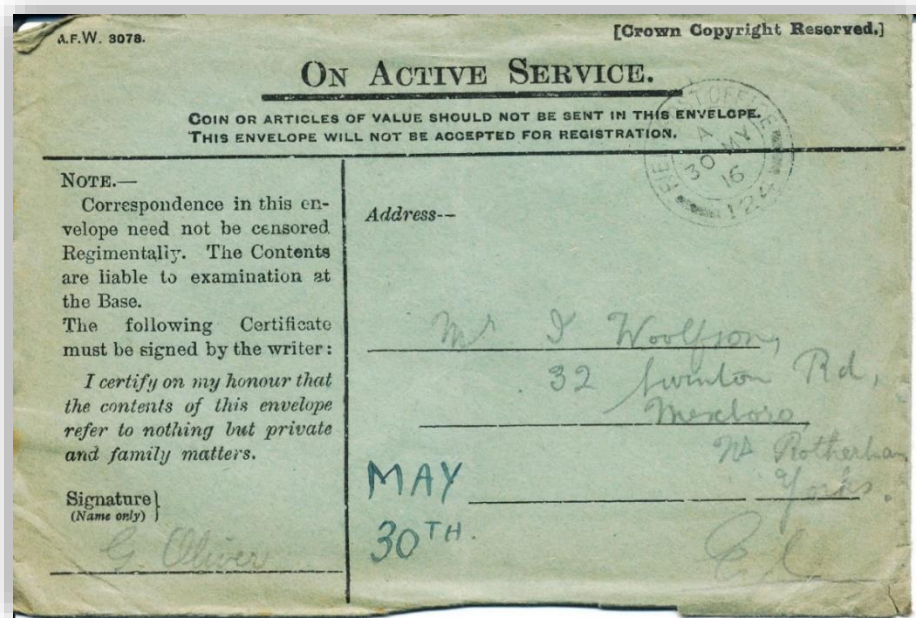


Figura 11. Green envelope. World War One. Great War Stories: <http://www.worldwar1luton.com/object/green-envelope-mail-active-service>

A pesar de la popularidad de los sobres verdes entre los soldados también hemos encontrado muestras de desconfianza ante la promesa de que su carta fuese a ser revisada por oficiales ajenos a la unidad del soldado, de manera que pedían a sus familias que buscasen señales de que había sido así: «I think I told you about the green envelope they opens them all at the base now. I think you will know that when you get this letter you must let me know if they opens this one you will be able to tell, if they don't I will send you another one»⁹³.

En otros casos ante la desconfianza y el descontento que generaba el escrutinio de su correspondencia, los soldados idearon diferentes estrategias para que sus cartas quedaran al margen del sistema postal militar. El soldado Stanley Frost en una carta del

⁹² Para más información sobre los *green envelopes* consultar: García Sánchez, Jesús. 2009. “La censura en la Europa del siglo XX”. Tesis doctoral. Universidad de Salamanca. Capítulo 8.1 Los sobres verdes, pp. 177-179.

⁹³ Robert William Price, carta a su esposa, 9 marzo 1916. *Europeana 1914-1918: Private Robert William Price - letters to his wife.*

23 de agosto de 1916 escribió: «I must tell you that one of our Sergeants who is on leave, posted this in London for me, that's why I am able to give you a few details»⁹⁴. De esta manera, evitaba cualquier censura, pues el correo interno de Gran Bretaña no era censurado. Otras investigaciones han revelado diferentes prácticas como el caso del sargento mayor George Cavan, que escondía sus cartas en cajas de cerillas que tiraba en estaciones de tren para ser recogidas por un intermediario que las enviaba a su familia a través de rutas no controladas por el ejército. Sus cartas forman parte de la colección particular de Maureen Rogers, conservada en la localidad escocesa de Carluke (García 2009, 177).

Aunque hayamos identificado varias estrategias para evitar la censura, estas no dejaban de ser anecdóticas considerando el volumen de cartas total enviado durante el conflicto y el número de soldados movilizados. El hecho de utilizar vías alternativas al correo militar significaba la retención de la carta en caso de descubrirse que había sido enviada por un soldado, de manera que, la mayor parte de los combatientes preferían asegurar el envío de sus cartas, aunque tuviesen que limitar la información aportada sobre algunos aspectos del conflicto. Además, utilizar rutas postales no controladas por el ejército tenía consecuencias disciplinarias (García 2009, 176).

Podemos concluir que tanto la utilización de los *green envelopes* como el ingenio demostrado por algunos soldados para evitar la censura ponen de manifiesto, de nuevo, la importancia que atribuían los soldados a mantener una comunicación fluida y sincera con sus seres queridos. Pero también indica que la censura fue uno de los factores estresantes para el soldado durante todo el conflicto, presente desde el alistamiento hasta el final de la guerra.

2.2.1.2. *La experiencia de los oficiales censores*

Entre las cartas seleccionadas también contamos con la correspondencia de dos oficiales encargados de la censura de las cartas de los soldados de sus unidades: el Capitán Harold Ward y el Segundo teniente Arthur Stanley-Clarke. Como adelantábamos en el apartado anterior, estos oficiales debían conocer y aplicar las normas establecidas por el sistema censor. A pesar de ello, tras una descripción del lugar del frente en el que se encontraba, Ward escribió: «I expect there are many places near the line which would

⁹⁴ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 23 agosto 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “a big dose of gas shells”. Disponible en: <http://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/trenches-big-dose-gas-shells/>

answer to this description so I think the censor will allow to pass»⁹⁵. Esto sugiere que las normas no contemplaban todas las eventualidades sobre las que debían decidir, dejando a criterio del censor si la información podía ser útil para el enemigo y debía eliminarse o no.

En otra ocasión, al describir las condiciones de las trincheras escribió: «The mud can only be described in terms which would not pass any censor»⁹⁶, demostrando que no es necesario escribir explícitamente una idea para que esta llegue al receptor. Este fragmento permite plantearnos la imperfección de la censura: argumentar que no puedes describir la situación que estás viviendo porque sería censurada, ¿debería censurarse? Con estas palabras Harold Ward deja claro que la situación de las trincheras es mala, pero la imaginación a menudo es peor que la realidad y esta afirmación deja mucho espacio a la imaginación del lector. En consecuencia, su familia podría imaginar una situación peor de la que estaba viviendo.

En otras misivas estos oficiales describieron la tarea de censurar el correo de su unidad como algo monótono y tedioso: «My two subs had gone out working so I set and waded through a huge batch of letters that were in the censored. It gets very monotonous when one has done thirty or forty but it's a job that must be done or else the people at home would grumble»⁹⁷.

Esto explicaría que determinados fragmentos que debían ser censurados se escaparan al control de los censores, especialmente aquellos que transmitían ideas pacifistas o críticas de las condiciones de vida en el frente. Como veremos a lo largo del trabajo, la verticalidad que caracterizaba las relaciones entre los oficiales y los soldados rasos, en algunos casos, evolucionó a lo largo del conflicto. La distancia se fue acortando y algunos oficiales fueron conscientes de que, aunque tuviesen cierto poder de decisión, estaban a merced de las decisiones tomadas por los reyes y gobernantes que los habían llevado a la guerra. Este sentimiento de fraternidad potenciado por la vulnerabilidad de los soldados, independientemente de su rango, ante las decisiones de los generales y gobernantes llegó a romper, en algunas ocasiones, las barreras entre soldados rasos y sus

⁹⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 19 octubre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁹⁶ Harold Ward, carta a su mujer, 8 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁹⁷ Harold Ward, carta a su mujer, 21 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

oficiales, quienes tenían muchas menos diferencias de las que se presuponía debido a su rango.

Ante esta revelación, sería plausible que los oficiales censores se identificasen con algunas ideas y emociones plasmadas en las cartas que estaban censurando y permitiesen que determinados mensajes se enviaran cuando debieron ser tachados. Podríamos argumentar, por tanto, que algunos censores tuvieron cierta reticencia a diseccionar por completo las cartas que debían revisar y eliminasen únicamente la información que pudiese ser útil para el enemigo como los movimientos de tropas o la posición del armamento.

Por otro lado, disponemos de tres cartas, que reproducimos a continuación, en las que se citan frases de misivas censuradas o se da información obtenida de la lectura del correo de sus soldados: «I was censoring a letter the other day and a man wrote “I was knocked over by a Jack Johnson but thank goodness was not hurt” I wonder what the shell was made of and if it bounces, I hope it did not hit anyone else»⁹⁸,

«The men have been writing letters and as Johnson was censoring he came across this passage “we have had two days hard marching and now my feet are as tender as your lips” That was to his sweetheart and I expect she will be real pleased at the compliment»⁹⁹,
y

«My men are doing splendidly. They have a pretty hard time but keep most cheery and hardly ever complain. They all say their food is better than in England and one finds the most cheerful remarks in their letters when one censors them. The fellows work like Trojans at times and the more they have to do the more willingly they tackle it. They are very keen on the Regiment and like to prove that they are better than any other battalion»¹⁰⁰.

Del primer fragmento se desprende la incredulidad que producía el nuevo armamento introducido durante la contienda, pero lo interesante de estos enunciados es que reproducen partes de las cartas leídas, lo que nos lleva a preguntarnos sobre la necesidad sentida por parte de los superiores de demostrar a sus familiares cierto nivel de preocupación por el bienestar de sus soldados. Aunque de ellos no dependía el devenir

⁹⁸ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 16 febrero 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁹⁹ Harold Ward, carta a su mujer, sin fecha. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

¹⁰⁰ Harold Ward, carta a su mujer, 16 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

del conflicto, tomaban decisiones que tenían un mayor impacto en la vida diaria de los soldados como podía ser la organización de las patrullas nocturnas o decidir quién realizaba las tareas de reparación de alambradas en tierra de nadie. En este sentido, podemos argumentar que los dos censores que hemos citado tuvieron la necesidad de mostrar su lado más humano a sus familiares con el objetivo de mitigar el peso de algunas decisiones que podían resultar en la muerte de uno de sus soldados. Este estrés que tenía su origen en la responsabilidad del destino de otros hombres era una de las principales causas de problemas psicológicos entre los oficiales y mandos intermedios según algunos médicos y psiquiatras militares (Bergen 2009, 299).

El último fragmento revela, además, una de las funciones secundarias de la censura: obtener información sobre la moral de las tropas. En este caso, podemos apreciar la preocupación del capitán Harold Ward por el estado psíquico de sus soldados, refugiándose en las amables palabras que estos escriben a sus familias sobre su vida durante el conflicto. Debemos recordar en este momento que estaba prohibida la crítica de cualquier miembro del ejército, norma que incluía la crítica de todo aquello que proporcionase o fuese responsabilidad del ejército como la alimentación o las condiciones higiénicas. Por ello, consideramos relevante que Ward se refugiase en las amables palabras de sus soldados para tranquilizar a su esposa y describir un conflicto edulcorado en el que estaba a salvo. Esta manipulación del conflicto guarda paralelismos con la que realizaba el gobierno británico a través de la propaganda, como hemos visto en el capítulo anterior. Recordamos la cita de Lloyd George: «The public knows only half of the story. They read of the victories; the cost is concealed» (Riddell 1933, 187).

Aunque los gobiernos beligerantes se esforzaron en justificar que éste era un objetivo secundario de la censura, la información obtenida de las cartas de los soldados y de la población era muy valiosa. No solo permitía al gobierno conocer el estado de la opinión pública en los diferentes territorios y ciudades de Gran Bretaña, también ayudaba a preparar la estrategia de las futuras campañas de propaganda.

2.2.2. *La importancia de la correspondencia*

«I didn't think I would have time to write you this letter, so I wrote on a piece of paper a short message and gave it to a man to recopy and sent to you on a post card»¹⁰¹

James Anthony Murphy.

A lo largo del capítulo hemos defendido la importancia que tenía para los soldados mantener una comunicación fluida y frecuente con sus familias, lo que los llevaba a idear estrategias para superar la censura. Sin embargo, el análisis de contenido de la correspondencia nos permite argumentar que la comunicación era una necesidad de primer nivel para los soldados y sus familias. En la cita con la que iniciamos este apartado observamos cómo James Anthony Murphy, ante la falta de tiempo para enviar una carta o postal a su familia, escribió su mensaje en un trozo de papel para que otro soldado, al que no conocía, transcribiese sus palabras. Este fragmento nos permite tomar conciencia de la determinación que demostraron los soldados para informar a sus familias a pesar de las dificultades que pudiesen surgir y el importante papel que podían llegar a tener otros soldados del ejército en determinadas situaciones.

El hecho de que en el ejemplo con el que iniciamos el apartado sea un soldado desconocido el que ayude a que otro envíe una carta a su familia nos permite plantear la existencia de un acuerdo tácito entre todos los soldados, y no solo entre los que pertenecían a una misma unidad, según el cual debían facilitar la comunicación de cada uno de ellos con sus respectivas familias. De esta manera, aquellos soldados más hábiles para leer y escribir ayudarían a los que tenían más dificultades cuando se lo solicitasen, pero también cuando esta dificultad surgiese de una herida o enfermedad. Esta situación podía derivar, en caso extremo, en la muerte del soldado, en cuyo caso compañeros y superiores escribirían a la familia del fallecido para informar de lo sucedido de una manera más personal que los informes oficiales y aportar un mínimo de consuelo. Entre la correspondencia de algunos soldados que murieron en acto de servicio contamos con algunas cartas enviadas por compañeros del ejército con este propósito, por ello hemos dedicado un apartado independiente al análisis de este tipo de misivas en el capítulo titulado *El grupo como refugio emocional*.

¹⁰¹ James Anthony Murphy, carta a su madre, 1917. Europeana 1914-1918: *Letter from my great uncle J. Murphy to his mother*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17459_attachments_188965

La correspondencia de otros soldados aporta otras casuísticas en las que los compañeros adquirirían un papel de vital importancia para asegurar la comunicación de un combatiente y su familia. El fragmento que reproducimos a continuación pertenece a una carta que envió Norman Laughland a su compañero del ejército Harry Stanley Green cuando el segundo estaba en un hospital del interior. En esta, Norman asegura que está haciendo todo lo posible para que las cartas que están llegando a su unidad sean reenviadas al hospital en el que está ingresado su compañero: «I hope your letters are reaching you. I've done all I can to get 'em sent on to you»¹⁰². En este caso, el fallo en el envío de la correspondencia a Harry Stanley Green nos permite plantear, de nuevo, la imperfección del sistema postal británico, a pesar de sus muchas virtudes en comparación con las organizaciones de otros ejércitos beligerantes, y la demora que podía sufrir la llegada de las cartas a los soldados.

Podríamos pensar que la falta de correspondencia tendría un mayor impacto en aquellos soldados que llevaban cierto tiempo en el ejército, alejados de sus hogares; sin embargo, encontramos muestras de ansiedad ante la falta de correspondencia desde el inicio de la experiencia bélica de los soldados: «I am anxiously awaiting a letter from you, mummy»¹⁰³. A.H.L. concluía la tercera carta que enviaba a su madre con estas palabras, por lo que podemos observar su temor a que, debido a un error administrativo o de otra clase, no fuese a recibir cartas de su familia en ningún momento. De hecho, este era un temor que afectó incluso a los soldados profesionales con experiencia en otros conflictos como el teniente Stanley-Clarke, quién antes de recibir ninguna carta de su familia escribió en dos de sus primeras cartas: «I hope you have been getting my letters alright. I have written several times (every day) since I left home but of course I expect only some of my letters have reached you»¹⁰⁴ y «I'm afraid I shall not get any of your letters for same time as we do not join up with the 1st Battalion for a few days, no-one knows how long, it may be less or even more and I am afraid till then I shall not hear from you»¹⁰⁵.

¹⁰² Norman A. Laughland, carta a Harry Stanley Green, 11 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*.

¹⁰³ A.H.L., carta a su madre, 22 julio 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

¹⁰⁴ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 26 octubre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹⁰⁵ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 2 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

Por un lado, en el segundo fragmento vemos cómo la alta movilidad de las tropas, especialmente durante los primeros compases del conflicto, era percibida por los soldados como una dificultad que el sistema de correos debía superar para hacer llegar las cartas a los combatientes. De hecho, más adelante en el conflicto, la movilidad continuaba siendo alta en el complejo sistema de trincheras del frente occidental, pues los soldados no debían permanecer más de una semana en la misma línea de trincheras. Obviando la concentración de fuerzas en un determinado punto del frente antes de las grandes ofensivas, los cambios de posición eran frecuentes, lo que podía dificultar la llegada de la correspondencia a los soldados.

Por otro lado, debido a lo temprano que muestra este soldado la preocupación por su correspondencia, podríamos argumentar que había tenido problemas en otros conflictos para recibir correctamente las cartas que enviaba su familia. Por lo tanto, comprobamos una vez más las limitaciones de una de las mayores y mejores organizaciones de correos de los ejércitos beligerantes.

Por el contrario, para los soldados estaban destinados en otros frentes más alejados de Gran Bretaña como Whiteley, destinado en el África oriental, o Thomas Harold Watts que combatió en Galípoli, el retraso en la llegada de la correspondencia era habitual y no generaba tanto estrés en los soldados, pues estaban acostumbrados. De esta manera, a lo largo de su correspondencia encontramos muestras de la relativa tranquilidad con la que afrontaban las dificultades para mantener la correspondencia con sus familias: «There has evidently been some delay in the mails, in fact a rumour got spread out that a mail boat for East Africa had been torpedoed on the way out, but now I seem to have received everything right up to date»¹⁰⁶ y «I have just received a packet of letters from my wife, written at different times since May, so am still in hopes that there may be some more back dates knocking around the world for me»¹⁰⁷. Podríamos argumentar que la tolerancia de estos soldados a la demora en la comunicación con sus familias y allegados debía ser, necesariamente, superior a la de los combatientes destinados en el frente occidental, quienes estaban acostumbrados a esperar menos tiempo a las respuestas de sus familias.

¹⁰⁶ Alvin Whiteley, carta a su familia, 10 noviembre 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹⁰⁷ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 23 noviembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “heaps have cameras taking photos”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/dardanelles-heaps-have-cameras-taking-photos/>

En cualquier caso, el retraso en la llegada de cartas al soldado o la ausencia total de estas podía causar un gran impacto en la moral de los combatientes, quienes se veían apartados y aislados de sus familias y seres queridos. Este sentimiento quedaba expresado de manera especial en las cartas que enviaban los soldados tras haber recibido la primera misiva enviada por sus familias:

«It is only a few days since I wrote to you and have really nothing much to tell you now, apart from the regrettable fact that we are officially informed that a boat from here to England carrying several weeks letters (probably seven weeks they tell us) has been torpedoed and sunk on its way home. If you have been about two months without letter you will now understand the reason. It is perfectly ridiculous they should keep our letters so long in the country without sending them»¹⁰⁸.

Aunque también era entonces cuando se mostraban aliviados y agradecidos de poder despejar sus dudas sobre si su correspondencia se estaba enviando a otra localización. Este fue el caso de Stanley-Clarke, de quién ya hemos transcrito las cartas en las que expresaba este temor y mostramos ahora la alegría y el agradecimiento expresado al recibir la primera carta y el primer paquete de su familia: «I received your letter and was a delighted to hear from you both and was glad to hear you were so cheerful»¹⁰⁹ y «I have just received your letter and with it the parcel. You have no idea the delight with which opens a parcel and finds first one thing and another, while other people watch interest»¹¹⁰.

También era habitual que después de recibir el primer mensaje procedente de sus hogares, los soldados celebraran la llegada de nuevas misivas en las cartas que enviaban, al tiempo que les pedían que continuasen enviando cartas frecuentemente, pues esta era la única forma de permanecer en contacto con sus hogares: «I have just received your very welcome letter dated July 20th. I am awfully pleased to receive it and hope there are some more on the way. I seem to have been cut off from all in England since I came out here and your letter is so welcome»¹¹¹.

¹⁰⁸ Alvin Whiteley, carta a su familia, 19 noviembre 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹⁰⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 8 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹¹⁰ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹¹¹ A.H.L., carta a su madre, 26 julio 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

Estas muestras de alegría por recibir una carta y el deseo de continuar con el intercambio epistolar ponen de manifiesto el significado que tenía para los soldados mantenerse en contacto con sus seres queridos independientemente del escenario que estuviesen ocupando. Ya fuese en la retaguardia o en las primeras líneas de trincheras, comprobaremos a lo largo de la investigación que si algo caracterizaba las experiencias de los soldados en el ejército era la rutina y la monotonía. Incluso algunos estímulos que ponían a prueba los nervios de los soldados durante las primeras batallas, caso del ataque con armas químicas, perdían su capacidad de alterar el estado de ánimo de los soldados con la exposición continuada a este peligro. Los ataques diarios y el peligro de muerte inminente se transformaron progresivamente en estímulos monótonos y cotidianos, desperanto el aburrimiento de algunos combatientes. Este fenómeno fue explicado a principios del siglo XX por el sociólogo Georg Simmel (1858-1918), quien concluyó que la excesiva exposición ante determinados estímulos provocaba que estos dejasen de provocar reacción alguna en los seres humanos (Carrera 2023, 48). De manera que la correspondencia permitía, por un lado, romper con la rutina del ejército y trasladar momentáneamente al soldado junto a su familia y allegados: «Write soon, as I like to hear from all my old Friends it breaks the monotony and makes you feel being at home»¹¹².

Por otro lado, en el caos de la guerra de trincheras del frente occidental, o de cualquier otro frente en el que estuviesen destinados, las cartas que recibían los soldados les conectaban con sus familiares, recordándoles que eran padres, maridos, hijos y amigos de aquellos que les habían escrito. Además, la correspondencia representaba la promesa de volver a la vida que habían dejado en sus hogares cuando acabase la guerra y era, por tanto, un bálsamo en el que podían refugiarse durante las largas batallas que caracterizaron los enfrentamientos en el frente occidental. En este contexto, como afirmó Thomas: «Then again, the only comforts we have are sent from home»¹¹³, la correspondencia podía ser la única fuente de buenas noticias, pues durante largos periodos de la Primera Guerra Mundial el conflicto estuvo estancado y no se produjeron avances en ningún sentido, solo batallas prolongadas en las que perdían la vida miles de soldados diariamente.

¹¹² Michael Doyle, carta a un amigo, 28 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Cards and Letters of Michael Doyle*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3587

¹¹³ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “an everlasting nightmare”.

Los fragmentos transcritos en este apartado y las ideas sobre las que hemos reflexionado defienden la veracidad de las narraciones contenidas en la correspondencia de los soldados. Sin embargo, también hemos identificado otras situaciones en las que los soldados ocultaron determinados aspectos de la guerra, o al menos matizaron las descripciones que incluían en sus cartas. Un claro ejemplo de esta alteración voluntaria la encontramos en dos cartas escritas por el capitán T.G. Gibson tras el fallecimiento en combate de Anthony Angus. En la primera, dirigida a la mujer de Anthony, dice de su muerte: «I am sorry I cannot give you a great deal of information about your husband, excepting that his death was instantaneous. He had no suffering»¹¹⁴. Mientras que, en la segunda, dirigida al hermano del soldado, aportó más detalles sobre el ataque en el que falleció el soldado:

«I am afraid I can't give you a great deal of information about your brother, excepting that his Tank received a direct hit and was set on fire, and at least one of his comrades was burnt to death. Your brother received a most severe wound in the neck, death being instantaneous»¹¹⁵.

En ambas misivas el mensaje era el mismo, informar sobre la muerte de Angus Anthony, expresar las condolencias del oficial al mando de la unidad y aportar un mínimo de consuelo a la familia. Sin embargo, los detalles aportados en cada una de las narraciones son llamativamente distintos y podrían responder a la creencia en que la guerra era una actividad concerniente a los hombres y que, por tanto, debían ocultarse algunos aspectos de esta a las mujeres. Aunque no sorprende que en el ejército se mantuviese este discurso, incluso una vez acabada la guerra, debemos recordar que en octubre de 1918 era evidente que el esfuerzo bélico no podía haberse mantenido sin el importante papel que habían adquirido las mujeres desde el inicio de las hostilidades. De hecho, 80.000 mujeres británicas se alistaron en el ejército durante la Gran Guerra y formaron unidades exclusivamente femeninas de los cuerpos auxiliares del ejército de tierra, Women's Auxiliary Army Corps; de la armada, Women's Royal Navy Service; y de la aviación, Women's Real Aerial Force (Padilla y Rodríguez 2013, 196). Además, protagonizaron la asistencia sanitaria de los soldados heridos en los hospitales de la

¹¹⁴ T. G. Gibson, carta a la mujer de Anthony Angus, 28 octubre 1918. Europeana 1914-1918: *Two Brothers Serving in France*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_5196

¹¹⁵ T. G. Gibson, carta al hermano de Anthony Angus, 28 octubre 1918. Europeana 1914-1918: *Two Brothers Serving in France*.

retaguardia como enfermeras voluntarias de la Cruz Roja, cuestión sobre la que reflexionaremos a lo largo de la investigación¹¹⁶. Sin olvidar que asumieron un papel de vital importancia ocupando los puestos de trabajo que habían dejado los hombres en las fábricas y colaboraron en las tareas de avituallamiento al frente (Figura 12).



Figura 12. George P. Lewis. 1918. The women's royal naval service on the home front, 1917-1918. IWM Q 19653.

Volviendo sobre la diferencia en la profundidad de los detalles de las descripciones en función de si el destinatario de la misiva era hombre o mujer, este fenómeno ya fue descrito por Antonio Gibelli (1991). Sin embargo, esta no es la única muestra de alteración o edulcoración de las experiencias de la guerra que encontramos en la correspondencia de los soldados, como la falta de referencias a la utilización de determinadas armas como el lanzallamas o las armas químicas, de las que sabemos que se utilizaron con cierta frecuencia en el frente occidental. Estos hallazgos demuestran que los soldados ocultaban determinada información a sus familias. En el caso de la falta de referencias a ataques británicos con armas químicas, podríamos plantear la existencia de un acuerdo no escrito en el ejército que prohibiese mencionar dichos ataques, pues su

¹¹⁶ Tradicionalmente la historia de los conflictos bélicos se ha narrado desde el punto de vista de los hombres y la Primera Guerra Mundial no es una excepción, pues eran hombres los que protagonizaban la vida pública, los que formaban los gobiernos que condujeron a Europa a la guerra y los que combatieron y murieron en los diferentes frentes del conflicto. Sin embargo, en los últimos años se han publicado diferentes investigaciones que recuperan las historias de mujeres que también fueron protagonistas del conflicto en la retaguardia, en los hospitales o en los servicios de avituallamiento y apoyo a los ejércitos, consultar: Fell, Alison. 2018. *Women as veterans in Britain and France after the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press.

utilización incumplía los acuerdos de las Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y 1907 (Reid 2017, 73). Por lo que la llegada de esta información a la población general podía afectar a la imagen del ejército que el gobierno había creado y estimular sentimientos en contra de la guerra.

También es posible que los soldados considerasen la realidad del conflicto demasiado cruel para transmitirla por carta y que prefiriesen esperar a su regreso para contarle a sus familias. Aunque también podríamos considerar el argumento de Walter Benjamin (2005), quien defendió la incapacidad de los soldados de describir la guerra moderna, pues no existían palabras para describir este tipo de conflicto.

Por un lado, las exigencias del honor y la masculinidad que empujaron a los jóvenes británicos a alistarse en el ejército también obligaban a los soldados a resistir las experiencias de la guerra sin mostrar dudas ni miedo. Por este motivo, algunos soldados podrían restar importancia a los ataques que sufrían con determinadas armas o rebajar, voluntariamente, la crueldad del conflicto para mostrarse valientes y confiados con respecto al futuro de la guerra, haciendo propio el discurso de los gobiernos y el alto mando militar en el que aseguraban una victoria decisiva y contundente en poco tiempo.

Por otro lado, recordemos que uno de los primeros y más importantes objetivos de las cartas era tranquilizar a las familias sobre el estado de salud de los combatientes y reafirmar la supervivencia del soldado un día más. Esto explicaría que los soldados endulzaran sus experiencias en el conflicto para no transmitir demasiado miedo, preocupación y estrés en sus misivas. Además, este podría ser uno de los motivos que explicase una de las características comunes a la mayoría de las epístolas: la alternancia de descripciones sobre aspectos agradables o placenteros de la guerra con otros que infundían miedo en los soldados. De esta manera, al leer las cartas, los episodios traumáticos como los ataques de artillería quedaban mitigados por las experiencias con los compañeros de unidad o los momentos de descanso en espacios alejados del frente. Sin embargo, encontramos excepciones a esta norma en la correspondencia de A.H.L., quien se disculpó por haber descrito con excesiva crueldad la realidad del conflicto que estaba viviendo, pues era consciente de la preocupación que despertaría en su familia:

«The country here is all desolate & destroyed by the tide of War & covered with relics, rifles, bombs, equipment, letters, photos & every conceivable thing & also other more horrible sights I dare not speak to you of, it is all too horrible & I am quite sick & tired of it, mummy dear, & oh! How much I do pray to God to bring me soon back to you. I simply trust in Him & for the meanwhile I must try & endure like a man, for the sake of

the men. I believe they think I like it !!!! But I don't & no words can express the unspeakable horror of this war. It is far far worse than I ever realized it to be & I say this that people at home cannot do too much for the boys out here, the brave Tommies whom we look after; they are fine, mummy dear, & I have seen & do see each day the sufferings they endure & they are very real!

Forgive me writing like this & I know you think about us out here but there are people at home by the thousand, sitting before the fire & in every luxury who are content to read the official reports of "British progress" etc & if they could only realize what it mean. I know every inch of ground gained is at a fearful cost!»¹¹⁷.

De igual manera, los soldados evitaban describir experiencias agradables a lo largo de toda la carta y diesen la impresión de estar en uno de los mejores momentos de sus vidas. Este parecía ser el caso de Alvin Whiteley, de quien ya hemos dicho que estuvo destinado en el frente del África oriental y que nunca llegó a entrar en combate, por lo que su experiencia en la Primera Guerra Mundial distó mucho de ser habitual. El hecho de no combatir provocó que invirtiese la mayor parte de su tiempo libre en compartir experiencias con sus compañeros, por lo que sus cartas parecen, en algunas ocasiones, las de un joven que esta de viaje por África con unos amigos, en vez de alguien que está en el ejército: «What a time we had; we were for the time being like a lot of schoolboys just given an unexpected half-holiday and we let things rip to some pattern»¹¹⁸. Quizás por este motivo, Alvin se esforzó en algunos momentos en transmitir aspectos negativos de su experiencia, siendo el principal inconveniente la distancia con sus seres queridos.

Además, debemos considerar que la población general que permanecía en Gran Bretaña estaba sufriendo las consecuencias de la guerra y se encontraba en una situación límite que, aunque no fuese comparable a los niveles de estrés de los soldados, tampoco debe ser menospreciada. Como hemos adelantado anteriormente, durante la Primera Guerra Mundial la isla británica estuvo amenazada por ataques directos y planificados a la población por vía marítima y, sobre todo, aérea. De hecho, era habitual que el gobierno británico se refiriese al *Home Front*, no solo por la progresiva disolución entre personal civil y militar que provocaban estos ataques, también porque en el interior del país se estaban sufriendo las consecuencias del conflicto: desde la movilización masiva que había dejado a pueblos y ciudades sin trabajadores hasta los efectos de la guerra submarina que

¹¹⁷ A.H.L., carta a su madre, 22 octubre 1916. Actualmente no disponible en la web Europeana 1914-1918.

¹¹⁸ Alvin Whiteley, carta a su familia, 1 agosto 1916. Europeana 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

amenazaban el comercio y la llegada de alimentos a la isla¹¹⁹. A todos estos factores había que añadir el estrés y la incertidumbre que debían soportar las familias de los soldados que estaban combatiendo lejos de sus hogares:

«I am glad to hear that you are occupying your mind by knitting for the soldiers. I often think that you women folk have the worst part to bear by sitting at home and wondering how things are going with the boys. We always have something to interest us and consequently keep our spirits up»¹²⁰.

Aunque podríamos argumentar que la visión de Alvin estaba contaminada por la experiencia anormalmente agradable que estaba teniendo en el ejército, parece lógico que los soldados no quisiesen transmitir la idea de que estaban en uno de los mejores momentos de su vida apartados de sus seres queridos. Especialmente en la correspondencia con sus parejas este tipo de afirmaciones podrían tener un impacto negativo, pues entendemos que son comparables a los cambios en la extensión y contenido de las cartas que provocaban la ira de las parejas según Hanna (2003, 1354). Por lo tanto, podríamos considerar esta alteración voluntaria de las narraciones sobre el conflicto una forma de autocensura, no porque el censor no fuese a permitir el envío de la misiva, sino porque algunas descripciones podían perjudicar la relación entre el soldado y quien debía recibir la carta.

Por todo lo descrito anteriormente, el hecho de recibir una carta de un soldado tenía un significado especial. Al margen de su contenido transmitía cariño, complicidad e intimidad y era una manera de demostrar lo importante que era la persona para el soldado. Tal vez con estas ideas en mente comprendamos porqué las familias han conservado la correspondencia de *sus* soldados como un tesoro, pues es lo que eran y siguen siendo.

¹¹⁹ Aunque se puede encontrar una reflexión sobre estos aspectos en la bibliografía citada anteriormente, una de las últimas investigaciones publicadas sobre la Primera Guerra Mundial se ocupa del análisis en profundidad de todos estos aspectos, consultar: Strachan, Hew. 2023. *The British Home Front and the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press.

¹²⁰ Alvin Whiteley, carta a su familia, 1 noviembre 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

3. El inicio de la experiencia militar. Del orgullo al valor

«Anyway a simple man is looked coward if he remains at home when his country is in danger and his neighbours around him are all doing their bil»¹²¹.

James Twomey Murphy, 12 octubre 1915

El honor y la cobardía fueron elementos centrales de los discursos del gobierno británico, que defendía que su entrada en el conflicto había sido un acto de honor para socorrer a la débil Bélgica. Por un lado, la propaganda británica apelaba a emociones básicas como el miedo (a ser invadidos por los alemanes) para despertar en la población el deseo de defender a su país y aumentar las cifras de alistamiento voluntario. Sin embargo, en la cita con la que iniciamos este capítulo observamos como otro *miedo* también motivaba el alistamiento de los jóvenes en el ejército. En este caso, aquellos que no se alistaban en el ejército podrían sufrir las acusaciones de cobardía por parte del resto de la población, infundiendo un miedo al rechazo, a veces por parte de la propia familia, que acababa por empujar a los soldados a las oficinas de reclutamiento.

De hecho, aunque son habituales las narraciones en las que los jóvenes británicos acogieron el inicio del conflicto con alegría, honor y valentía, el análisis de la correspondencia arroja un panorama algo distinto, aunque esta primera impresión debe ser considerada con cautela y contextualizada. Por un lado, en las cartas analizadas identificamos un grupo de soldados que dedicaron más tiempo y espacio a justificar su participación en el conflicto: los jóvenes con raíces irlandesas como James Twomey Murphy, a los que hemos dedicado un apartado independiente debido a las particularidades de su población y territorio.

Por otro lado, en la correspondencia de los jóvenes británicos que se presentaron voluntarios al inicio del conflicto para formar parte de los Nuevos Ejércitos o Ejército de Kitchener, no hemos identificado muestras de las agresivas campañas de propaganda nacionalista dirigidas a la población, ni el deseo de lucha y venganza que promovía la propaganda de atrocidades. Este fue el caso de John Duesbery, que escribía desde Inglaterra:

«Just a few lines hoping you are all well as it leaves me at present. You will think I have forgotten you all together but I have not. I listed about 8 weeks ago I was at Derby

¹²¹ James Twomey Murphy, carta a su madre, 12 octubre 1915. *Europeana 1914-1918: James Twomey Murphy's letter to his mother*. Disponible en: <https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https://www.europeana.eu/contributions/17393>

Barracks to Plymouth and I have been here 6 weeks. I lived at a place called Mansfield about 5 miles from the place were I was working. I was working at a place called Shirebrook at the Gasworks. I have listed for 3 years or the Duration of the War. We are going through it pretty stiff here Marching and Rifle practice. We get plenty of good grub here thats one good thing»¹²².

En esta misiva John centró sus esfuerzos en transmitir seguridad a su madre, escribiendo sobre las buenas condiciones de la base de entrenamiento, la comida, el entrenamiento militar o la esperanza de que la guerra acabase pronto y pudiese regresar a su hogar. Sin embargo, no alude al honor ni al deber de defender a su país frente a las agresiones extranjeras, discursos habituales en las campañas de propaganda y de reclutamiento británicas. Tampoco expresó orgullo por formar parte del ejército, ni odio, ni deseo de luchar contra los alemanes. Estos hallazgos, comunes a las misivas enviadas al inicio de la experiencia bélica de los soldados voluntarios alistados en 1914, 1915 y primera mitad de 1916, resultan paradójicos teniendo en cuenta las alabanzas recibidas por las campañas de propaganda británicas cuando acabó el conflicto. De ellas, se dijo que habían sido muy efectivas al ser capaces de conectar con las emociones de la población apelando a sentimientos como el honor y estimulando el deseo de lucha contra los alemanes (MacMillan 2013, 348).

Podríamos argumentar que la permeabilidad de la sociedad británica al nacionalismo y a los valores militares difundidos desde el gobierno tuviese diferentes niveles de aceptación en los grupos de la sociedad. Por un lado, las élites sociales y la burguesía emergente ya habían asimilado la importancia del honor y la defensa de la nación propia de la nobleza, por lo que las campañas de propaganda nacionalista reforzaron esos sentimientos e ideales que mantenían presente en sus vidas diarias. Esto nos permite argumentar que los soldados y oficiales que perteneciesen a este grupo social no sintiesen la necesidad de justificar su entrada en el ejército en las cartas que enviaban a sus familias, pues estas entendían y estaban a favor de su participación.

Por otro lado, aquellos grupos descontentos con las desigualdades sociales que rechazaban el estilo de vida burgués y los valores que defendían, podrían haber ofrecido resistencia a la propaganda nacionalista. En este caso, podríamos argumentar que los jóvenes británicos no tenían más opción que alistarse en el ejército si no querían ser acusados de deshonor y cobardía, como advertía James Twomey Murphy en su carta. Es

¹²² John Duesbery, carta a su madre, sin fecha. *Europeana 1914-1918: John Duesbery (Sherwood Foresters) killed on Somme.*

posible que el efecto de la propaganda nacionalista y las reformas impulsadas en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial fuese que los hombres aceptaran la posibilidad de la guerra y acudiesen a la defensa de su país en caso de guerra. Sin embargo, estos no tenían por qué sentir un nacionalismo o militarismo exacerbado como el de los soldados profesionales con años de adiestramiento y experiencia bélica a sus espaldas.

Por otro lado, basándonos en la correspondencia de John Duesbery, conforme avanzó su experiencia en el conflicto, también lo hizo su forma de escribir sobre la guerra, aumentando las cartas en las que expresaba su deseo de luchar y de someter a los alemanes, llegando a escribir que albergaba la esperanza de matarlos por cientos: «I shall write you again before then I hope we get them well on the move this time and get them on the run and kill them by hundreds so that we shall be able to make them give in before the Winter sets on»¹²³.

A lo largo de la investigación comprobaremos como este fenómeno estuvo relacionado con determinadas experiencias que estimulaban un nacionalismo más radical que se transformaba en odio hacia los soldados del ejército contrario. La pérdida de compañeros de la unidad y las noticias que llegaban desde Gran Bretaña de los ataques perpetrados contra la población civil y buques mercantes son algunos de los sucesos sobre los que reflexionaremos como factores motivantes de estos sentimientos.

Conforme avanzaba el conflicto, cabría pensar que los nuevos voluntarios estuviesen más influenciados por la propaganda difundida desde que se inició la guerra. Sin embargo, en la documentación analizada encontramos los mismos mensajes carentes de contenido nacionalista descritos en los párrafos anteriores. Además, a mediados de 1916 Gran Bretaña instauró el reclutamiento obligatorio de los hombres con edades comprendidas entre 18 y 41 años debido a las enormes pérdidas humanas sufridas (Winter 1977, 450). Por este motivo, no sorprende la falta de este tipo de mensajes en las cartas de los soldados que fueron llamados a filas a partir de 1916. En estos casos, los soldados se mostraron resignados ante su participación en el conflicto, como si se tratase de un accidente que no habían podido evitar: «I wish I was back in Whitchurch, but still it is no using worrying I am here and have got to stick it»¹²⁴.

¹²³ John Duesbery, carta a su madre, 31 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: John Duesbery (Sherwood Foresters) killed on Somme.*

¹²⁴ A.H.L., carta a su madre, 16 julio 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918.*

Destacan sobre las demás una carta escrita el 9 de junio de 1916 por Alvin Whiteley en la que sí expresa orgullo por cumplir con su deber, pero era un deber sentido hacia su familia, no hacia el Imperio ni hacia el rey: «Don't worry for a minute, because I am taking every care of myself and am proud that I am doing my duty (not for king and country, but my parents, sister and sweetheart and our homes, present and future. That is all that I am out to fight for, so there)»¹²⁵.

La fórmula que utilizó para negar su deber de luchar por el rey: *not for King and Country*, era la forma negativa de la expresión *For King and Country*, un eslogan habitual de la propaganda nacionalista y las campañas de reclutamiento británicas. La negación del deber de luchar por la monarquía es comprensible considerando que Whiteley fue llamado a filas una vez instaurado el servicio militar obligatorio, por lo que su participación en la Primera Guerra Mundial no fue un acto genuino de deseo de luchar por su país. Sin embargo, encontró otros motivos por los alistarse y soportar los horrores de la guerra como la defensa de su familia. Este sentimiento antipatriótico justificaría una de las labores de la prensa británica durante el conflicto: difundir la imagen de la familia real británica como el modelo ideal de familia británica en tiempo de guerra. Para ello, difundieron la austeridad que había adoptado la familia real, alejándose del aura de dinastía europea y concentrándose en las emociones que compartían con el resto de la población: el miedo, la preocupación y el dolor derivado de la participación de sus hijos en el conflicto y la incertidumbre respecto a su regreso (Jones 2021).

A pesar de la ausencia de demostración de sentimientos como el honor o el deber de la defensa del Imperio en las cartas que los voluntarios enviaron al inicio de su experiencia bélica, las campañas de reclutamiento fueron un éxito en todo el Imperio. A finales del año 1915, el Ejército de Kitchener que debía sustituir a los soldados profesionales caídos durante el primer año de conflicto sumaba 2.466.719 británicos, 458.000 canadienses y 332.000 australianos¹²⁶ (Sheffield 2001, 43). En cuanto a los británicos, otros historiadores han analizado las diferencias existentes entre las naciones que forman el actual Reino Unido, siendo Inglaterra con 2.092.242 y Escocia con 320.589

¹²⁵ Alvin Whiteley, carta a su familia, 9 junio 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹²⁶ Merece la pena destacar la falta de representación de los soldados de La India en esta estadística, pues esta colonia británica aportó un importante contingente de soldados al ejército británico desde el inicio del conflicto. De hecho, una de las últimas investigaciones relativas a los soldados de La India reflexiona sobre su relevancia en la resistencia a las ofensivas alemanes del verano y otoño de 1914. Consultar Morton-Jack, George. 2014. *The Indian Army on the Western Front*. Cambridge: Cambridge University Press.

las naciones que más hombres aportaron entre agosto de 1914 y octubre de 1917. Aunque debemos considerar que en estos territorios estaban localizadas las mayores ciudades e industrias del país, por lo que es plausible que hombres de Gales o Irlanda se alistasen en centros de reclutamiento de Inglaterra o Escocia (Winter 1977, 451).

En estos nuevos ejércitos tanto los soldados como los oficiales eran voluntarios alistados desde el inicio del conflicto, según era el deseo del ministro de Guerra Lord Kitchener (Hastings 2013, 147). Esto no solo despertó la preocupación de algunos sectores del gobierno, también hizo dudar a los soldados profesionales sobre la capacidad que tendrían para acostumbrarse a las características de la guerra moderna antes de que fuese demasiado tarde. Arthur Ramsay Stanley-Clarke, uno de los protagonistas del siguiente apartado, escribía en diciembre de 1914: «I am beginning to get quite used to things out here and am very glad I have come to a Batt. which knows what fire is rather than Kitchener's Army will of course have a lot to learn and experience is such a hard master»¹²⁷.

En estos momentos cabría pensar que los soldados profesionales se adaptaron mejor y más rápido que los voluntarios de los Nuevos Ejércitos a las características de la guerra moderna debido a su instrucción y experiencia previa en diferentes conflictos bélicos. Sin embargo, comprobaremos a lo largo de la investigación que ambos grupos de combatientes fueron sensibles a las experiencias de la guerra de trincheras y de la guerra moderna, pues hemos identificado narraciones en las que se dejaron llevar por el miedo y adoptaron comportamientos que indican que padecieron un sufrimiento emocional y psicológico considerable. Lo que lleva a plantear que la preparación y experiencia del ejército profesionales les permitía enfrentarse a una parte de las situaciones de la Gran Guerra, aquellas que compartían con los conflictos bélicos anteriores. Sin embargo, nada les había preparado para las situaciones novedosas e inimaginables que debieron hacer frente durante la guerra de trincheras, generando una inquietud, incertidumbre y miedo similar al que sufrieron los soldados voluntarios.

¹²⁷ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 5 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

3.1. Los soldados profesionales de la British Expeditionary Force

«I wonder how much longer this war will last - I hope not long but it won't be over until we have done what we have come to do and we shall do it»¹²⁸.

Arthur Ramsay Stanley-Clarke, 1 noviembre 1914

El teniente Stanley-Clarke fue uno de los soldados que acudieron al continente en las primeras semanas de guerra como parte de la BEF, y como soldado profesional con años de experiencia en el ejército, acogió el inicio de la guerra con determinación, demostrando y transmitiendo en sus cartas su compromiso con la defensa de Gran Bretaña independientemente del destino que le esperaba en el frente: «Don't worry, I shall take care of myself for your sakes, and GOD will watch over me. He will decide what is good, and I feel no fear nor any worry»¹²⁹.

La Fuerza Expedicionaria Británica estaba formada por un total de 733.517, de los cuales 247.432 pertenecían al ejército profesional, 145.347 a la reserva y 268.777 a la Fuerza Territorial de las colonias. En total aportaron 52 batallones de infantería a las fuerzas aliadas iniciales, una contribución minúscula comparado con los 1.108 batallones franceses y menos de la mitad que la *pequeña y débil* Bélgica a la que habían acudido a proteger (Hastings 2013, 242). Sin embargo, eran profesionales preparados para combatir en caso de que Gran Bretaña entrase en guerra y muchos tenían experiencia en los conflictos coloniales que Gran Bretaña había librado en las décadas anteriores. De ahí que se mostrasen confiados y seguros de la superioridad británica y asegurasen a sus familias que obtendrían una victoria decisiva que les permitiría estar de regreso en Navidad:

«We are all prophesing the end of the war soon but again it seems almost too good dream of much before March, as we must absolutely crush the enemy otherwise our work would have to be done again. I wish the Germans would realize quickly that they were beaten or that they were going to be as it would finish the war and we could get back Christmas»¹³⁰.

¹²⁸ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 1 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹²⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 octubre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹³⁰ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 18 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

Por un lado, estas afirmaciones se repiten en prácticamente la totalidad de las cartas enviadas entre octubre y noviembre de 1914, e incluso en algunas de diciembre. Una vez que se hizo evidente la imposibilidad de que el conflicto acabase en tan breve espacio de tiempo, los soldados retrasaban la fecha fin del conflicto dos o tres meses, pero transmitiendo en todo momento la convicción de que la victoria sería de Gran Bretaña.

Por otro lado, no es de extrañar que los soldados asumiesen este discurso si en todas las unidades contaban con un oficial como Stanley-Clarke, pues encontramos en su correspondencia muestras del estrecho control al que sometía a sus subordinados, no permitiendo queja alguna en su unidad e imponiendo la censura de mensajes y comportamientos contrarios a la guerra mientras esta durase:

«It is wonderful how cheery the men are, the weak ones go sick after a couple of weeks and are sent home, the rest stay on; in my Platoon if I hear a man grumble I make it a crime and give him something to grumble about. So my Platoon is very cheerful (at all events when I see them)»¹³¹.

Considerando esta censura y criminalización de aquellos soldados que se mostrasen molestos con algún aspecto del conflicto, no es de extrañar que su teniente transmitiese en sus cartas la impresión de estar viviendo el mejor momento de su vida: «I am most awfully fit, in fact I have never been better in my life»¹³². Este discurso fue una de las reacciones que tuvieron algunos soldados ante las declaraciones de guerra. La excesiva confianza que demuestra Stanley-Clark en sus misivas está relacionada con el sentimiento de superioridad tanto militar como moral de quien se sabe ganador antes siquiera de entrar en combate: «They are doomed to defeat because they chose to fight the world, if they had taken us one by one, they would have done the trick except England, so they never could have conquered and they were fools to go through Belgium»¹³³.

Podríamos argumentar que la satisfactoria experiencia bélica de los soldados profesionales en los conflictos coloniales que había librado el Imperio británico en las décadas anteriores a 1914 habían imbuido en los veteranos un exceso de confianza que se había potenciado y retroalimentado con las campañas de propaganda del inicio del

¹³¹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹³² Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 1 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹³³ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 5 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

conflicto. En estas se presentaba a los soldados alemanes como auténticos demonios capaces de cometer las mayores atrocidades jamás vistas, se decía que habían invadido a la *pequeña e indefensa* Bélgica y que el Imperio británico debía acudir en su defensa. En este discurso el ejército británico era el defensor de los débiles e inocentes belgas que eran incapaces de resistir los ataques del ejército alemán, adoptando el discurso tradicional del colonialismo en el que el Imperio iba a civilizar y salvar a los pueblos pobres y subdesarrollados de África, Asia y América del Sur.

Sin embargo, no deja de sorprender la ingenuidad del teniente Stanley-Clark y de otros soldados de la BEF que demuestran en sus cartas una confianza excesiva, a pesar de saber que el ejército alemán era muy superior en términos militares a cualquiera de los ejércitos a los que se habían enfrentado anteriormente. De hecho, en algunos fragmentos da la impresión de que el ejército británico va a socorrer a Bélgica y a vencer a Alemania sin ningún tipo de ayuda de Francia u otros aliados, cuando, basándonos en el número de soldados aportados al inicio del conflicto, el minúsculo ejército británico no hubiera tenido ninguna oportunidad de vencer al monstruoso ejército alemán individualmente (Hastings 2013, 242). A lo largo de la investigación comprobaremos que la alegría y confianza excesiva que demostraban algunos soldados al inicio del conflicto se vio empañada por algunas experiencias de la guerra como el primer combate en las trincheras o la pérdida de compañeros. Experiencias que despertaban a los soldados del sueño de combatir en un conflicto corto en el que obtendrían una victoria contundente y decisiva ante sus enemigos.

Por otro lado, igual que hubo políticos e intelectuales que fueron conscientes del abismo al que se dirigía Europa en agosto de 1914, otros soldados de la BEF también acogieron el inicio de las hostilidades con preocupación, o al menos no con el exagerado optimismo y excitación que muestra Stanley-Clark. Este fue el caso de los soldados de ascendencia irlandesa William O'Reilly y George O'Leary, quienes no dedicaron espacio a repetir el discurso del gobierno que justificaba la entrada de Gran Bretaña en el conflicto. Además, no se presentan como héroes que van a defender al Imperio de las agresiones extranjeras, el tono general de las cartas es de resignación. George O'Leary escribió a su mujer los días previos a embarcar hacia Francia: «Dear Mag, I do not think

this is going to last very long, I hope not. Keep the heart up now I will not be long away»¹³⁴.

De nuevo la esperanza de un conflicto corto parece ser lo único que producía consuelo en algunos soldados. Esta esperanza estaba respaldada por la propaganda gubernamental y los planes militares, que confiaban en obtener una victoria rápida. Sin embargo, al contrario que las cartas de Stanley-Clark, donde el tono general era de excitación ante la esperada victoria, en las misivas de ambos soldados irlandeses da la impresión de que sienten su participación en el conflicto como una obligación.

Este parece ser el caso de William O'Reilly que estaba destinado en la India y regresó a Irlanda antes de 1914 para contribuir a la rebelión, pero al inicio del conflicto fue llamado a filas y enviado a Francia donde fue capturado en octubre y enviado a un campo de prisioneros en Alemania. El deseo de contribuir a la independencia de Irlanda explicaría que en las cartas que envió durante su cautiverio no expresase satisfacción alguna por haber contribuido a la defensa del Imperio. Sin embargo, debemos considerar que las cartas de los prisioneros de guerra estaban sometidas a una censura implacable en todos los países beligerantes (García 2009, 169). Esto explicaría que O'Reilly dedicara todo el espacio disponible a temas exclusivamente privados, transmitiendo solo cierta esperanza de que el final del conflicto esté próximo para poder regresar a su hogar y continuar con su vida.

3.2. Alistarse en Irlanda

Irlanda había sido fuente de tensiones durante el siglo XIX con diferentes intentos de obtener la independencia del Imperio. Según Hobsbawm (2009, 286), las aspiraciones de independencia perdieron fuerza desde la década de 1890 debido a la fuerte represión ejercida por el gobierno británico, reduciendo las actividades de grupos independentistas como la Hermandad Republicana Irlandesa¹³⁵ a acciones destinadas al fracaso y a la

¹³⁴ George O'Leary, carta a su mujer, 1914. Europeana 1914-1918: *My grandfather, George O'Leary, killed in action in France, October 1914*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17508

¹³⁵ La Hermandad Republicana Irlandesa (IRB por sus siglas en inglés) fue una organización secreta creada en 1858 por James Stephens, Thomas Clarke, John O'Leary y Charles Kickham con el objetivo de promover la independencia irlandesa del Imperio británico. Sus actividades se basaban en la recaudación de fondos y búsqueda de simpatizantes para promover la rebelión irlandesa, además llevaron a cabo diferentes oleadas de ataques en 1867, provocando la fuerte represión del nacionalismo irlandés por parte del Imperio británico. Tras la Primera Guerra Mundial, tuvieron un papel destacado en la guerra Angloirlandesa (1919-1921). Para un estudio detallado del proceso de independencia de Irlanda consultar: O'Beirne Ranelagh, John. 2016. *Historia de Irlanda*. Madrid: Akal, y Grayson,

creación de mártires que captasen la atención de nuevos “rebeldes”. La opresión de estos grupos estuvo acompañada de campañas de propaganda que difundían los valores del Imperio británico con el objetivo de infundir en los jóvenes irlandeses el nacionalismo sentido hacia el Imperio. Tras las declaraciones de guerra, las agresivas campañas de reclutamiento estimularon el deseo de lucha y defensa del Imperio con notables resultados. De hecho, el líder de los partidarios de la independencia irlandesa John Redmond pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes al inicio del conflicto en el que renunciaba a cualquier intento de obtener la independencia mientras durase la guerra, asegurando que los jóvenes irlandeses se unirían a la lucha y defenderían su territorio frente a una invasión extranjera (Hastings 2013, 152). Durante el conflicto sirvieron un total de 134.202 irlandeses en el ejército británico (Winter 1977, 451), aunque debemos considerar que pudo haber jóvenes irlandeses trabajando en las fábricas de Inglaterra que se alistasen en estos territorios, al tiempo que otros habían emigrado y se alistaron en los ejércitos coloniales de Canadá y Australia como Thomas Noonan, John Hannigan y James Twomey Murphy.

De las cartas de los soldados Thomas Noonan: «I was surprised to hear about the fellows from McBirneys enlisting, but I suppose they got the same notion as myself and wouldn't be satisfied without going away»¹³⁶, y John Byrne: «I could get on home defence if I liked but I would not take it»¹³⁷, podemos inferir que algunos jóvenes irlandeses se alistaron con el mismo entusiasmo y deseo de defender al Imperio que los de cualquier otro territorio. Thomas Noonan había emigrado a Australia en la primera década del siglo y se alistó en el Australian Imperial Forces al inicio del conflicto; este también fue el caso de John Hannigan, que sirvió como *stretcher-bearer* (camillero) en la campaña de Galípoli y James Twomey Murphy. Este último explicaba en una carta a su madre irlandesa:

«Naturally you don't approve of I going into the fighting. But when you come to sum the thing up I think I am right, you will come to that conclusion. Here in Australia they look

Richard. 2018. *Dublin's Great Wars: The First World War, the Easter Rising and the Irish Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.

¹³⁶ Thomas Noonan, carta a sus padres, 14 marzo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*.

¹³⁷ John Byrne, carta a su hermana, 2 agosto 1915. *Europeana 1914-1918: My Great-uncle's letter*.

Disponible en:

https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17593_attachments_197322

at the thing as it affect themselves, not as it affects England individually. The argument is if Germany win this, Australia will go under Germany - so with Ireland»¹³⁸.

Este desacuerdo en la participación de los jóvenes irlandeses en la Primera Guerra Mundial puede explicarse teniendo en cuenta que ellos habían sufrido en primera persona la fuerte represión ejercida en Irlanda durante las últimas décadas del siglo XIX y, por tanto, perduraba el deseo de rebelión hacia el Imperio y el rechazo de aquello que representaba. Además, muchos creían que la guerra por la independencia estaba por librarse y no estaban de acuerdo en que Irlanda sangrara en un conflicto que no sentían como propio. Este sentimiento ganó popularidad cuando se paralizó la entrada en vigor del proyecto de ley del Home Rule tras las declaraciones de guerra¹³⁹ (Neiberg 2005, 282).

También debemos considerar que, en octubre de 1915, fecha en la que se escribió la misiva, el ejército británico estaba en los últimos meses de la Campaña de Galípoli, operación a la que hemos dedicado un apartado en el capítulo *Vida en las trincheras*. Debido a las exigencias del frente occidental, el peso de la Campaña de Galípoli recayó en los soldados de las colonias británicas. De hecho, una de las calas del estrecho de los Dardanelos fue rebautizada como Cala de Anzac en honor a los soldados del Australian and New Zealand Army Corps que desembarcaron, lucharon y murieron allí. Además, combatieron unidades formadas únicamente por soldados irlandeses que sufrieron un elevado número de bajas, como la 10ª División de Infantería, lo que también estimuló el sentimiento de que los jóvenes irlandeses estaban luchando y muriendo en una guerra lejana, ajena a los intereses de la isla (Veiga y Martín 2014, 116).

¹³⁸ James Twomey Murphy, carta a su madre, 12 octubre 1915. *Europeana 1914-1918: James Twomey Murphy's letter to his mother*.

¹³⁹ El Home Rule era un proyecto de ley que debía entrar en vigor en junio de 1914 según el cual el Imperio británico dejaba el gobierno nacional de Irlanda en manos del Parlamento irlandés, manteniendo el control sobre las relaciones internacionales y la política militar. Este era considerado por los nacionalistas irlandeses el primer paso hacia la independencia total del Imperio y, por tanto, dividió a la población irlandesa en dos bandos opuestos. Un sector de la población localizado en la región del Ulster formado por familias angloirlandesas protestantes veía en el Home Rule la división del Imperio y estaba en contra de cualquier tipo de autogobierno. En los primeros meses de 1914, los unionistas se organizaron y armaron para luchar por el control de la isla bajo el nombre de Voluntarios del Ulster. Además, varios generales y oficiales de la región simpatizaban con esta ideología y amenazaron con dimitir si llegaba a entrar en vigor el Home Rule. Como respuesta, los partidarios de la independencia irlandesa localizados en el sur de la isla crearon la organización paramilitar Voluntarios Irlandeses, preparándose para la guerra civil que se estaba gestando. Ante la crisis social y militar que se produjo tras las declaraciones de algunos militares de que no consentirían la instauración del Home Rule, el primer ministro Asquith pospuso su entrada en vigor hasta que se solucionaran las tensiones, pero el inicio de la Primera Guerra Mundial suspendió cualquier concesión a corto plazo (Clark 2014, 561-564).

El nacionalismo irlandés tuvo otro repunte de simpatía a principios de 1916 cuando el gobierno británico quiso instaurar el servicio militar obligatorio para cubrir el elevado número de bajas que se estaban produciendo en el frente occidental. El 24 de abril de 1916, varios grupos independentistas liderados por la Hermandad Republicana Irlandesa tomaron la oficina central de Correos en Dublín y proclamaron la independencia de Irlanda en un episodio que se ha conocido como el Levantamiento de Pascua. Detrás de aquel alzamiento estaban los servicios de inteligencia alemanes que habían colaborado con los grupos nacionalistas. De hecho, Roger Casement¹⁴⁰, miembro de los Voluntarios Nacionales de Irlanda, había conseguido que Alemania enviase un cargamento de rifles, ametralladoras y explosivos para armar a los insurgentes, pero este no llegó a tiempo (Neiberg 2005, 283-284).

La rebelión fue sofocada con dureza y rapidez por las autoridades británicas que arrestaron y ejecutaron a Casement y a los principales dirigentes de la IRB: Tom Clarke, Sean MacDermott y Patrick Pearse. Este ejemplo de instigación de revoluciones en los países enemigos fue una de las prácticas de las naciones beligerantes que tenían como objetivo romper el empate que suponía la guerra de trincheras en el frente occidental. En el caso de Irlanda, aunque la revuelta fue sofocada, obligó al ejército británico a desviar y mantener tropas en la capital irlandesa para evitar otros levantamientos.

Volviendo sobre los protagonistas de nuestra investigación, contamos con la correspondencia de otros soldados irlandeses que habían emigrado a Canadá y se alistaron en el Canadian Overseas Expeditionary Force: James Anthony Murphy y John Cunningham. Cabe destacar el caso extremo de Cunningham, quien no informó a su familia de que se había alistado en el ejército, ni de que había combatido en Francia hasta el final de la guerra con el pretexto de que no quería preocuparles: «I did not want to let you know I was in the Army. I thought it would make you worry for me»¹⁴¹. Este es el único soldado que forma parte de nuestra investigación que ocultó deliberadamente su

¹⁴⁰ Sir Roger Casement (1864-1916) fue un diplomático británico que estuvo destinado en diferentes colonias africanas y latinoamericanas estudiando las condiciones de vida de los nativos de aquellos territorios. En 1912 regresó a Irlanda por problemas de salud donde simpatizó con el movimiento católico independentista irlandés y se unió a los Voluntarios Nacionales de Irlanda. Una vez iniciada la Primera Guerra Mundial entabló relaciones con Alemania para estimular la rebelión de la población contra el Gobierno británico. Tras el Levantamiento de Pascua fue acusado de alta traición y condenado a muerte (Fernández y Tamaro 2004e).

¹⁴¹ John Cunningham, carta a su hermana, sin fecha. *Europeana 1914-1918: John Cunningham, Moyvoughley, Moate, County Westmeath, Ireland.* Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3783?q=John&utm_source=old-website&utm_medium=button

participación en el conflicto, lo que podría conducirnos a pensar que, aunque fuese en una proporción ínfima, algunos soldados ocultaran ciertos aspectos de la guerra y la vida en las trincheras a sus familiares para no incrementar el estrés y la preocupación de estos por los combatientes. Aunque esta afirmación es demasiado reduccionista, se ha comprobado que los soldados transmitían la realidad del conflicto de una manera más clara y directa en la correspondencia con sus amigos y hermanos comparado con la que mantenían con sus padres o parejas (Gibelli 1998, 59).

A pesar del éxito generalizado de las campañas de reclutamiento, hubo territorios en los que eran más los jóvenes que preferían quedarse en casa antes que combatir en una guerra extranjera. Este fue el caso de William Cotter, que fue llamado a filas y enviado a Francia en 1918, cuando se hizo efectivo el servicio militar obligatorio en Irlanda (Neiberg 2005, 283). Quizás por este motivo en las cartas que envió a su familia no expresó en ningún momento el deseo de defender al Imperio británico ni de luchar por su país. En todas las misivas, especialmente en las que iban dirigidas a su madre, utiliza frases como la que reproducimos a continuación: «Dear mother, just a few lines to let you know that I am alright in the best of health thank God»¹⁴². Esta es similar a las fórmulas que utilizaban otros soldados al principio de su experiencia bélica con el objetivo de tranquilizar a sus familiares. Sin embargo, como analizaremos en los próximos capítulos, era habitual que los soldados acompañasen estas afirmaciones con comentarios sobre el entrenamiento militar, las relaciones establecidas con sus compañeros y las experiencias que compartían con estos durante los periodos de menor actividad bélica. Por el contrario, Cotter no se refiere a ninguno de estos aspectos para reforzar la afirmación de estar en el mejor estado posible, por lo que parece una fórmula aprendida que utilizó para tranquilizar a sus familiares.

Al inicio de la guerra, la percepción de que el conflicto se resolvería en pocos meses animaba a los jóvenes a quedarse en casa y no iniciar un adiestramiento del que no sacarían ningún provecho. Pero también había otros que opinaban que era una guerra extranjera en la que Gran Bretaña no debía haberse inmiscuido, sino que debía mantenerse al margen y confiar en que la armada les mantuviese a salvo (Hastings 2013, 159). Recordemos que los partidarios de la entrada de Gran Bretaña en el conflicto justificaban su postura con el mismo argumento: el Imperio había acudido en defensa de un país débil

¹⁴² William Cotter, carta a su madre, 19 septiembre 1918. *Europeana 1914-1918: Letters from France from Private William Cotter (Royal Dublin Fusiliers)*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3443

e inocente que había sido invadido por Alemania, una causa justa por la que merecía la pena combatir.

3.3. Entrenamiento y movilización

«I am getting on quite well in the Army. I find the life much rougher from that which I have been used to, but it is fine experience all the same»¹⁴³.

Arthur Smith, 4 abril 1915.

A pesar de los reparos de determinados sectores de la población británica, las campañas de reclutamiento fueron un éxito y fueron millones los que se alistaron, iniciaron su adiestramiento a finales de 1914 y a lo largo del año 1915 y formaron los Nuevos Ejércitos que serían enviados al frente occidental entre finales de 1915 y principios de 1916 (Sheffield 2001, 43). De hecho, la correspondencia de algunos soldados como Thomas Noonan confirman el largo periodo de entrenamiento al que fueron sometidos antes de entrar en combate: «We expect to leave here in a few days for somewhere. We are not sure where that is but we expect it is the Dardanelles or some place near Constantinople. I don't mind as it will be a change from all the training we have done for the past six months»¹⁴⁴. Por lo tanto, podríamos inferir que los soldados que iniciaron su experiencia bélica a mediados de 1915 llevaban algo más de medio año de adiestramiento en bases militares británicas, o del territorio en el que se hubiesen alistado. Sin embargo, disponemos de pocas misivas enviadas desde los campos de entrenamiento comparado con el volumen de combatientes que se alistaron a lo largo del conflicto y el tiempo que permanecieron en los campos de entrenamiento.

Por un lado, basándonos en cartas como la de Samuel Bodger: «I am glad to say I shall try and come home next week if I am alright it is three weeks ago since I was home seems quite a long time to me»¹⁴⁵, podemos argumentar que los soldados que recibieron el adiestramiento militar cerca de sus hogares utilizaron los días libres para visitar a sus

¹⁴³ Arthur Smith, carta a un amigo, 4 abril 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Training: “drill before breakfast”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-%201915/training-drill-breakfast/>

¹⁴⁴ Thomas Noonan, carta a su familia, 14 marzo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

¹⁴⁵ Samuel Bodger, carta a su madre, 7 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Samuel Bodger, gunner RGA.* Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4915

familias, por lo que no tuvieron la necesidad de escribirles durante este periodo por prolongado que fuese.

Por otro lado, la correspondencia de otros soldados revela que estos no podían abandonar el campamento siempre que quisiesen, sino que tenían que solicitar permiso a los responsables de su adiestramiento: «Well Sisters I tried for a weekend pass this week but they say that there is non unless on domestic reasons so I dont suppose I shall see you»¹⁴⁶ y «I was very pleased to see you and Ada, I thank you all for coming as I could not come to see you»¹⁴⁷. Aunque ninguno especificó cuantos permisos podían solicitar o con cuánta frecuencia, estas misivas confirman que los reclutas disponían de días libres para ver a sus familias durante el periodo de adiestramiento. Por lo tanto, podemos argumentar que los soldados enviaron cartas desde los campos de entrenamiento cuando no podían ver a sus familias con la frecuencia deseada por la falta de permisos del ejército, por la distancia con sus hogares o por cualquier otro motivo.

Según este argumento, es lógico que los soldados enviasen las primeras cartas a sus familias en los días previos a embarcar rumbo al frente en el que estuviesen destinados, pues ya no podrían volver a visitarles en mucho tiempo. En este sentido, las cartas analizadas en el apartado anterior enviadas por los soldados del ejército profesional, las localizaciones de los combatientes pasan de Gran Bretaña a Francia en misivas enviadas con uno o dos días de separación, y no hemos encontrado ninguna enviada desde los barcos, pues el trayecto era corto.

Sin embargo, aquellos que debían recorrer grandes distancias hasta llegar a su destino escribieron multitud de cartas a sus familias a lo largo de la travesía, como fue el caso de Thomas Noonan que viajó desde Australia hasta Egipto, y Alvin Whiteley, destinado en el África Oriental. Durante estas travesías los soldados continuaban con su entrenamiento militar, aunque resulta evidente que estuviese limitado y adaptado a las condiciones de la embarcación.

En cualquier caso, en las cartas enviadas durante el periodo de entrenamiento, los soldados dedicaron la mayor parte del espacio a describir los aspectos y experiencias agradables de la vida en el ejército, siendo el único inconveniente la distancia con sus

¹⁴⁶ Albert Robins, carta a su hermana, 1917. *Europeana 1914-1918: My Great Uncle Albert who I never knew*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4315

¹⁴⁷ Albert Robins, carta a su hermana, 1917. *Europeana 1914-1918: My Great Uncle Albert who I never knew*.

seres queridos. Sin embargo, esta quedaba mitigada ante la creencia de que el conflicto se solucionaría en unos pocos meses. De hecho, hemos reproducido en el capítulo anterior las dudas que albergaban los soldados del ejército profesional sobre la participación de los Nuevos Ejércitos en la guerra, pues estos derrotarían al ejército alemán antes de Navidad.

En cuanto al entrenamiento militar, los reclutas no aportaron información específica sobre el tipo de ejercicio o actividades que realizaban, fue habitual que se refirieran al adiestramiento de manera general: «I am getting on quite well in the Army. I find the life much rougher from that which I have been used to, but it is fine experience all the same»¹⁴⁸. Aunque las primeras semanas de entrenamiento podían suponer un reto físico para los reclutas, estos no tardaban en apreciar los efectos beneficiosos del ejercicio físico diario, pues tonificaba su cuerpo y les hacía sentirse en el mejor estado de salud posible: «I am in the best of health at present and hope to go through alright»¹⁴⁹, «We have a good time on board and there is plenty of exercise drill and so forth every day»¹⁵⁰, y «The weather down here is glorious I could not wish for better. Also we have plenty of sports and I am getting very keen on them»¹⁵¹. Al tiempo, el entrenamiento en grupo fomentaba la confianza en los compañeros y estrechaba las relaciones de amistad y camaradería entre los soldados. Destacamos la mención de la práctica de deportes, probablemente de equipo, en el último fragmento, un tipo de ejercicio físico que ya se practicaba en las escuelas francesas y británicas del periodo finisecular con el objetivo de fomentar la confianza y cooperación en los grupos de alumnos (Weber 1970, 6).

También debemos considerar que este estado de salud no lo alcanzaban únicamente con el ejercicio, la buena alimentación brindada por el ejército tenía un papel esencial en

¹⁴⁸ Arthur Smith, carta a un amigo, 4 abril 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Training: “drill before breakfast”.

¹⁴⁹ George Shipley, carta a un amigo, 6 agosto 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one. “Dardanelles: I got married a week before”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/dardanelles-got-married-week/>

¹⁵⁰ Thomas Noonan, carta a su familia, diciembre de 1914. Europeana 1914-1918: *Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*.

¹⁵¹ James Osborne, carta a su madre, septiembre de 1915. Europeana 1914-1918: *james osborne letter 1*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4309_attachments_51077

Y *james osborne letter 2*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4309_attachments_51073

la preparación física de los soldados. Aunque no disponemos de cartas enviadas durante este periodo de entrenamiento en las que los soldados escribieran sobre la alimentación, James Murtagh expresó su descontento ante la disminución de la cantidad y calidad de la comida que recibía conforme se acercaba al frente bélico:

«The food we are getting is not as good as they gave me at the start, the tea we get is absolutely horrid if I had the means I would never drink there tea. You get very little meat and there is ten loaves divided between 55 men so you can guess what each man gets»¹⁵²,

Esta situación se agravaba en las trincheras, dónde los soldados podían llegar a padecer diferentes carencias alimenticias que desembocaban en problemas y enfermedades gastrointestinales. Sin embargo, durante el entrenamiento en las bases militares, tanto la alimentación como el ejercicio físico permitían a los soldados obtener un estado de salud óptimo y estar preparados físicamente para el esfuerzo de la guerra.

Otro de los aspectos agradables de los primeros meses de vida militar era conocer a otros reclutas, entablar amistades y disfrutar de las experiencias que brindaba el entrenamiento en Gran Bretaña y los días de permiso en las poblaciones cercanas, como desprendemos de las cartas de los soldados Henry Forbes: «I am seeing a lot of life in the Army and I am enjoying it. In my 8 months service I have met more people and seen more life than the average stay-at-home-and-don't-join-the-Army fellow would in ten years»¹⁵³, y Alvin Whiteley: «We are a splendid lot of chaps down here, as chummy a lot as ever I could wish to be with and we are having a real good time - all as jolly as can be and every man jack of us looking A1»¹⁵⁴.

Además, con el objetivo de estimular la creación de relaciones estrechas y fuertes entre los soldados, las unidades de los Nuevos Ejércitos se creaban de manera que los reclutas procedentes de una misma ciudad, pueblo o región, que realizaban el adiestramiento juntos, estuviesen destinados en la misma unidad. Por este motivo algunas localidades del frente occidental o campañas militares han quedado unidas a diferentes nacionalidades, pues fueron los soldados de estas regiones los que asumieron el papel

¹⁵² James Murtagh, carta a su hermano, 13 junio 1916. *Europeana 1914-1918: Letters from James Murtagh*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3798

¹⁵³ Henry Forbes, carta a su familia, agosto 1916. *Europeana 1914-1918: SS Henry Forbes Lancelot Knowles RFA*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3473

¹⁵⁴ Alvin Whiteley, carta a su madre, 6 junio 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

principal en determinadas batallas. Se suelen asociar el ANZAC (Australian and New Zealand Army Corps) con la región de Pozières y la campaña de Galípoli, los voluntarios sudafricanos con Delville Wood, o los voluntarios del Ulster a la región de Thiépvál (Sheffield 2001, 101).

Para el caso de aquellos soldados que embarcaban y realizaban largas travesías desde la base militar hasta el frente, las experiencias compartidas con los compañeros en los barcos y en las poblaciones en las que paraban a aprovisionarse contribuían a estrechar las relaciones entabladas en las bases militares. En este sentido, la correspondencia de Alvin Whiteley es la mejor muestra de las experiencias agradables de las que disfrutaban los soldados durante las travesías:

«I have nothing fresh to tell you, but am pleased to say that I am keeping extremely well, in fact the whole voyage has been remarkably free from sickness and the weather has been splendid - we have had only one wet day and only a few rough day as regards the sea. The last few days have been glorious»¹⁵⁵,

Aunque el viaje marítimo no estaba exento de peligros debido a la amenaza de los submarinos alemanes que operaban en el océano Atlántico, veremos en los próximos capítulos que la organización de convoyes eliminaba la amenaza de los submarinos (Neiberg 2005, 278). Por lo tanto, la seguridad de del viaje marítimo permitía a los soldados disfrutar de los beneficios del ejercicio físico y la compañía del resto de combatientes, al tiempo que conocían nuevas ciudades en las que paraban a aprovisionarse como Gibraltar o Malta en el caso de los soldados destinados en la península de Galípoli:

«The first part of the voyage the sea was very quiet, we passed Gibraltar in a fog at night, so couldn't see it. We then skirted the coast of Algeria and had a pleasant run to Malta where we stopped a full day. The higher officials went ashore for a few hours (including myself) and had a good time»¹⁵⁶.

¹⁵⁵ Alvin Whiteley, carta a su familia, 18 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹⁵⁶ George Shipley, carta a un amigo, 6 agosto 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one. "Dardanelles: I got married a week before".

La unidad a la que pertenecía Alvin Whiteley realizó paradas en Dakar¹⁵⁷ y Ciudad del Cabo¹⁵⁸ durante su traslado al África Oriental, donde pudieron visitar las ciudades y hacer ejercicio en tierra firme. En cualquier caso, las visitas a estas poblaciones contribuían a amenizar las travesías, pero también distraían a los soldados del destino final de su viaje, la guerra. Podríamos cuestionar si la evasión de los combatientes en los días y semanas previos a entrar en combate era algo beneficioso o perjudicial para los intereses del ejército. Por un lado, los soldados descansarían mejor ante la seguridad que les brindaba el viaje marítimo y estarían mejor preparados para entrar en combate. Sin embargo, la evasión podría alejarles demasiado de los objetivos del viaje, de manera que estuviesen algo lentos o faltos de reflejos durante las primeras batallas, lo que podía resultar en la muerte del soldado.

Independientemente de los efectos, lo cierto es que durante las travesías tanto la tripulación como los soldados se las ingeniaban para hacer el viaje lo más ameno posible, organizando conciertos y otras actividades que ocupaban el tiempo diurno y nocturno de los pasajeros:

«Last night we had a concert on deck and there are some jolly good artistes amongst the crowd, in fact quite a number of professional singers, humorists and theatricals. All these little things help to pass the time on better»¹⁵⁹.

Well, since we left Dakar things have been much more lively aboard; we have had some sports running for about a week and they have provided us with plenty of amusement, some of the events being very funny indeed»¹⁶⁰.

Sobre todas las actividades de ocio reportadas en las cartas de Alvin destaca un episodio descrito con sumo detalle el 1 de agosto de 1916. Justo después de cruzar el ecuador uno de los miembros de la tripulación del barco se disfrazó de Neptuno y apareció en la cubierta anunciando lo siguiente:

«I Neptune, King of the Seas, hearing that his Majesty's Australian troopship Suffolk is passing through my most spotless domain, TO ALL WHOM IT MAY CONCERN, be it

¹⁵⁷ Alvin Whiteley, carta a su familia, 1 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹⁵⁸ Alvin Whiteley, carta a su familia, 5 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹⁵⁹ Alvin Whiteley, carta a su madre, 20 julio 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹⁶⁰ Alvin Whiteley, carta a su madre, 1 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

be known that I, Neptune, the King, have boarded this ship tonight, hearing that you have got aboard many people, who have not been cleaned according to my most unalterable laws. Therefore I decree, first, that I personally inspect the vessel tonight and, second, all those that I mark as unclean be taken tomorrow from different parts of the ship and shall be duly washed and made fit to enter my most Cleanly territory. There is no appeal against my decree, for I am Neptune, King of the Seas, and have with me my professional cleaners who shall do what seemed good in their eyes.

Woe be to the individuals who tries to evade my laws. Given under my hand and seal.

This 28th day of July 1916. Neptune Rex»¹⁶¹.

Al amanecer del día siguiente, aquellos que formaban parte de la broma persiguieron a varios soldados a los que sumergieron en barreños de agua repetidas veces provocando la diversión del resto de la unidad. El *espectáculo* acabó en una batalla de agua en la que soldados y tripulación se lanzaban barreños y cubos de agua como si fuesen un grupo de colegiales disfrutando del calor del verano. Con este fragmento comprobamos la importancia de mantener el ánimo lo más elevado posible, objetivo para el que el humor cumplía un importante papel.

Durante aquellas semanas Whiteley describió gran cantidad de anécdotas y experiencias que había compartido con sus compañeros y que habían cohesionado el grupo, preparando a cada miembro de la unidad para combatir ferozmente frente al enemigo y preocuparse no solo de su bienestar, también del resto de soldados. Sin embargo, la situación de combate nunca llegó a producirse, de manera que la experiencia bélica de Whiteley fue un entrenamiento continuo, lo que dejaba a su unidad mucho tiempo libre en el que realizar diferentes actividades recreativas para estrechar lazos y compartir experiencias en un continente lejano y exótico.

Otros combatientes compararon la movilización en barco con un crucero de placer: «We had a grand voyage out (...) it was difficult to remember that we were not exactly on a pleasure trip. We did enjoy those two weeks»¹⁶². Esto nos indica la capacidad de evasión de algunos soldados que fueron capaces de concentrarse únicamente en los estímulos placenteros de su experiencia bélica, aunque debemos considerar que durante

¹⁶¹ Alvin Whiteley, carta a su madre, 1 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

¹⁶² Harold William Cronin, carta a un amigo, 3 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “millions of flies”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/dardanelles-millions-flies/>

las travesías marítimas nada antecedía la crueldad del conflicto al que se dirigían, por lo que era relativamente fácil abstraerse de la guerra.

Por otro lado, aunque los soldados que forman parte de nuestra investigación no fueron testigos de restos de naufragios o hundimientos de buques, otros historiadores han analizado el efecto que tuvieron semejantes visiones en otros protagonistas de la Primera Guerra Mundial. Peter Englund (2011, 452) recoge en su obra las anotaciones del diario de Harvey Cushing, un médico estadounidense que estuvo en el frente occidental, primero en 1915 aprendiendo el tratamiento de las nuevas heridas causadas por el armamento moderno y en 1917 junto al ejército estadounidense. Al llegar al continente en 1915 fue testigo de los restos del hundimiento del RMS Lusitania, que le habían hecho darse cuenta del nivel de crueldad del ejército alemán, pues no acababa de creerse las historias que llegaban del frente sobre las atrocidades cometidas por los germanos. Sin embargo, el día de su segundo desembarco en 1917 escribió en su diario: «cuanto más te alejas de tu hogar y más próximo está el escenario de guerra, menos oyes hablar de ella y menos pavorosa se te antoja» (Englund 2011, 452).

Podemos relacionar esta evolución en la percepción del conflicto a medida que se acercaba al frente con su trabajo como neurocirujano, pues su posición le permitía mantenerse relativamente a salvo de las ofensivas del enemigo. Además, podemos relacionar esta evolución con el proceso de insensibilización frente a las experiencias y estímulos de la guerra que debían sufrir todos aquellos que fuesen a participar en el conflicto, cuestiones sobre las que volveremos a lo largo de la investigación.

Hasta el momento, en las cartas transcritas los soldados centraron sus esfuerzos en transmitir los aspectos positivos del entrenamiento militar, independientemente de si permanecieron en Gran Bretaña o ya habían zarpado hacia el frente en el que estaban destinados. Por el contrario, hemos identificado otro tipo de narraciones que también aparecen con frecuencia en las misivas enviadas durante el entrenamiento y la movilización de los soldados destinados en el frente occidental: «You have no need to worry over me for I am allright. I am in no danger of getting shot yet»¹⁶³ o «My address shows you I am well in now»¹⁶⁴. Aunque en estas misivas dedicaron espacio a las

¹⁶³ Fred Findlay, carta a su hermana, 1916. *Europeana 1914-1918: Fred Findlay and family life while in the trenches*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17168

¹⁶⁴ Sidney Smith, carta a un amigo, no fechada. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Training: “had a military haircut”. Disponible en:

experiencias agradables de la vida militar, la forma en la que expresaron la seguridad de la que disfrutaban antecedía el peligro al que iban a exponerse cuando fuesen trasladados al frente. Esta era una forma pesimista de describir el presente, pero realista, dado el elevado número de soldados que causaban baja diariamente en los diferentes frentes en los que se libraba el conflicto.

Una vez que llegaban a Francia, el discurso de la mayor parte de los soldados permaneció igual en un primer momento, pero como afirmó Harold Ward, pronto cambiarían de parecer: «One can hardly realise that one is out of England but I suppose we shall during the next few days»¹⁶⁵. Como analizaremos a lo largo de la investigación, conforme se acercaban a las trincheras fueron testigos del enorme poder de destrucción de los cañones de artillería que habían reducido puentes, granjas y pequeñas poblaciones a escombros: «I am much nearer the front now (...) in a large village about ¾ mile from the trenches (...) It is an awfully desolated spot and constantly under shell fire»¹⁶⁶. Al tiempo, empezaban a escuchar las explosiones de artillería y a ver en el horizonte las columnas de humo que levantaban: «This railhead is about seven miles from the firing line. Can hear the guns and see the star shells at night»¹⁶⁷.

Incluso en la correspondencia de aquellos que durante la movilización no fueron testigos de la destrucción del paisaje como los soldados del ejército profesional: «You would hardly know behind the firing line that a battle was going on, except for the constant banging of guns»¹⁶⁸, el progresivo acercamiento a las primeras líneas de trincheras infundía preocupación y miedo en los combatientes.

<https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-%2018/training-had-a-military-haircut/>

¹⁶⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 24 febrero 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

¹⁶⁶ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 22 mayo 1915. The National Archives, Letters from the First World War, 1915, Trenches: “an awfully desolate spot”. Disponible en: <http://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-awfully-desolate-spot/>

¹⁶⁷ Sidney Smith, carta a un amigo, no fechada. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Training: “had a military haircut”.

¹⁶⁸ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 28 octubre 1914. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

4. El bautismo de fuego

«An hour or two before daylight we marched back and every step I took I felt
braver!»¹⁶⁹.

Arthur Ramsay Stanley-Clarke, 30 noviembre 1914.

Uno de los primeros soldados de nuestra investigación que entró en combate fue Arthur Ramsay Stanley-Clarke, quien expresó en las primeras cartas que envió a su familia una confianza excesiva en las capacidades del ejército británico para obtener una victoria decisiva en un corto espacio de tiempo. Sin embargo, aunque entró en combate a finales de octubre, no fue hasta el 30 de noviembre cuando pudo narrar en sus cartas su primera experiencia bélica:

«I am sorry to say I have forgotten the name of the village where we joined but it was the first place I had seen demolished by shell fire and it was not very badly damaged only a few houses roofless, but it struck me as a very dangerous place to stay. However we rested there for a few hours, sleeping on the paving stones of the street, then we served out extra ammunition to the men and moved on nearer to the enemy which frightened me still more!»¹⁷⁰.

Aunque los ejércitos aún no habían introducido todo el armamento que ha caracterizado este conflicto, la visión por vez primera de los efectos de la guerra en un pueblo cercano al frente antecedió la peligrosidad del combate al que se dirigían. Esto infundía miedo en los combatientes y cuestionaba la confianza en la preparación militar propia, de la unidad y del ejército:

«Once during the night we were turned out with the most awful noise I had ever heard - a few miles of trench repulsing a night attack. The whole of our front was alight with the spurts of fire and again I imagined myself leading a forlorn hope to recapture the trenches, however it died down and we went back to our beds I must confess greatly relieved. An hour or two before daylight we marched back and every step I took I felt braver!
Now although I am not there I cannot carry on any further as the position which we took up a short distance away is I believe still occupied by our troops who have advanced a bit but perhaps next week I can take you on from Neuve Eglise and through a more

¹⁶⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 30 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres.*

¹⁷⁰ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 30 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres.*

interesting time a period of over a month in which I have spent all told hardly more than six days out of the trenches»¹⁷¹.

A medida que permanecían en el frente o en sus cercanías, las experiencias que reforzaban la peligrosidad del conflicto se sucedían diariamente, caso de la experiencia de ser el objetivo de los cañones de artillería alemanes. Ante este estímulo, a Stanley-Clarke le invadió el deseo de contraatacar y recuperar el terreno perdido y, aunque en el momento no pudo cumplir sus intenciones, aquel sentimiento perduró en el tiempo y le infundió valentía mientras marchaba paralelo a la línea de trincheras hacia otro punto del frente.

Queda patente en estos dos fragmentos que con la llegada al frente y la primera experiencia de combate se inauguró en este soldado un debate interno entre dos estímulos emocionales opuestos. De un lado, el miedo y la sensación de muerte inminente motivados por las batallas provocaban la pérdida de confianza en obtener una victoria rápida y decisiva sobre el enemigo. Al tiempo, aunque el honor y el deseo de combatir se veían cuestionados por el instinto de conservación que espoleaba a los soldados a huir del conflicto, estos continuaron afirmando la superioridad del ejército británico y su deseo de vencer a los alemanes lo antes posible. Por último, a pesar del miedo y la posibilidad de muerte, fue habitual que mantuviesen la esperanza de regresar ilesos a sus hogares cuando finalizase la guerra:

«We are moving tomorrow further north and in a day or two I expect we shall take over a line of trenches. That is the time I dread and I know I shall be as nervous as the dickens because I know how I felt when the Boche was putting those 5.9s over us at the other place. By jove! I shall be pleased if I get out of this and back home. I am hoping for the best but it is pretty hopeless»¹⁷².

El segundo teniente A.H.L. estuvo cerca de una semana a cierta distancia de las trincheras, pero desde su llegada al continente empezó a recibir estímulos que indicaban el poder de destrucción alcanzado en el frente occidental, caso del ruido de los cañones de artillería: «We are about 40 miles from the firing line and we can just faintly hear the guns»¹⁷³, y «I have come up to the firing line and am now only 3 short miles from the

¹⁷¹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 30 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹⁷² A.H.L., carta a su madre, 26 julio 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

¹⁷³ A.H.L., carta a su madre, 16 julio 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

trenches. We are under canvas in a wood in a part of the line where the fighting has been very hot and where so far we have been unable to do much»¹⁷⁴.

Es plausible que durante los días que permaneció en las proximidades de las trincheras visualizase su llegada a la primera línea y la magnitud de las emociones que experimentarían entonces; sin embargo, solo acertó a decir que estaría muy nervioso. No volvió a escribir a su familia hasta el 10 de agosto, día que su unidad abandonó la primera línea de trincheras, y nunca describió en sus misivas lo acontecido durante aquellos días. Este hecho no sería tan relevante si hubiese omitido sus experiencias en la primera línea de trincheras durante todo el conflicto, pero comprobaremos a lo largo de la investigación que no fue así. Por lo tanto, podemos argumentar que ni la visión del efecto del bombardeo de artillería durante la movilización, ni las historias que narraban la propaganda de atrocidades, ni la estancia en las cercanías del frente antes de servir en las trincheras preparaba a los soldados para soportar los estímulos y experiencias vividas la primera vez que servían en la primera línea de trincheras.

Sin embargo, podemos relacionar la ansiedad del segundo teniente A.H.L. con su falta de experiencia bélica, pues otros soldados de nuestra investigación con experiencia anterior como Stanley-Clarke o el capitán Harold Ward también permanecieron cierto tiempo en las proximidades de las trincheras: «We expect to move to our place in the line tonight but we are still waiting instructions and getting used to the War atmosphere and other usual conditions»¹⁷⁵. Pero estos no expresaron en sus misivas el miedo y el estrés que plasmó A.H.L.

Comprobaremos a lo largo del texto que la incapacidad de describir determinadas experiencias bélicas no fue exclusiva del primer servicio en las trincheras. De hecho, la incapacidad para transmitir la realidad del conflicto fue reportada por varios soldados: «I have been intending for days to write and give you some idea of our "big day" but really I feel that any attempt at realistic description would be absolutely futile»¹⁷⁶. Otros combatientes simplificaron sus mensajes, quizás ante la incapacidad de describir fielmente el escenario bélico: «My dear wife just a line to let you know that I am getting

¹⁷⁴ A.H.L., carta a su madre, 20 julio 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

¹⁷⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 6 marzo 1917. Europea 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

¹⁷⁶ Patrick Alphonsus Hanratty, carta a su madre, 14 junio 1917. Europea 1914-1918: *One Man's Messines*. Disponible en:

https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_19381

on alright. I dont feel well but I am not bad»¹⁷⁷, pero también debido a la imprecisión de las palabras para expresar sus emociones. Podríamos argumentar que este fuese uno de los motivos por los que abundan pinturas que representan las trincheras, las habitaciones excavadas en la tierra donde descansaban los soldados, la tierra de nadie o diferentes vistas del paisaje que había sufrido los efectos del bombardeo de artillería (Figura 13).



Figura 13. Adrian Hill. No title: (A working Party Watching Shelling). Art. IWM ART 281.

Por el contrario, no encontramos esta incapacidad de describir el primer combate en la correspondencia de los soldados que combatieron en Galípoli. De hecho, Thomas Noonan, que participó en el primer desembarco en la costa turca el 25 de abril de 1915, describió con abundantes detalles cómo fue su bautismo de fuego:

«We sailed again on the 24th and landed on the Gallipoli Peninsula at Saribair in the Gulf of Saros on Sunday morning April 25th at an early hour and under terrific fire from the enemy.

The ships had to stay outside the danger zone so we were transferred to destroyers, which took us in near the beach. As the water began to get shallow we were transferred to rowing boats which completed the journey. All this time we were under fire and there were some casualties amongst us. As for the enemy they were strongly entrenched on the side of the hill which rose abruptly almost from the waters edge to a height of about 200 feet, and

¹⁷⁷ John Bates, carta a su mujer, 11 noviembre 1914. Europeana 1914-1918: “*Jack’s war*” – *twenty years in the British Army*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_16885

the sides of which were covered with a thick scrub something like holly that afforded excellent covers. As soon as we were near the beach we jumped into the water which was up to our waists and changed with the bayonet. We gave them such a shock by the sudden onslaught that they turned and ran and in a short time we drove them over the hill and captured the trenches and a couple of machine guns. Of course we suffered heavily but we had captured a good position. We can get our artillery ashore now also ammunition stores and the like.

On Monday the Turks had retreated still further but the fighting was going fiercely. The battleships in the bay did great work especially the Queen Elizabeth whose shells must have done awful damage among the Turks. At first the noise and screaming of the shells over our heads both from the warships and the enemy was terrible. On Tuesday it was quieter and some of us indulged in sniping. I shot four Turks during the day, and my mate got six. We had a pair of field glasses and were able to pick them out pretty well from amongst the bushes. I didn't see much more of the fighting and was wounded early on Wednesday morning and had to walk the dressing station to get attended to at noon on Wednesday we embarked on SS Derfflinger, a fine ship captured from the Germans and sailed on Thursday morning April 29th for Alexandria with a load of wounded men»¹⁷⁸.

En este caso debemos considerar que la mayor parte de los soldados que desembarcaron no tenían experiencia previa en esta guerra y solo conocían la naturaleza del conflicto al que se dirigían a través de las noticias en los periódicos, de las que muchos desconfiaban como hemos mencionado en capítulos anteriores (Figura 14).



Figura 14. Ernest Brooks. 5 mayo 1915. The Gallipoli Campaign, april 1915- january 1916. IWM Q 13219.

¹⁷⁸ Thomas Noonan, carta a su familia, 4 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

Por tanto, podemos argumentar que la falta de una exposición previa a la naturaleza de la guerra moderna antes de entrar en combate, como sucedía en el caso de los soldados destinados en el frente occidental, podría ayudar a que los combatientes mantuviesen la confianza en derrotar al enemigo rápidamente. Volviendo sobre la experiencia de Noonan, la excitación con la que vivió y narró los eventos que le llevaron al hospital fue tal que en la siguiente carta que envió a sus padres el 17 de mayo repitió de nuevo cómo fue su bautismo de fuego. Es probable que en esa fecha su familia no hubiese recibido la carta enviada el 4 de mayo, y mucho menos probable que la carta que escribiesen en respuesta hubiese alcanzado el hospital en el que estaba ingresado su hijo. Considerando que se encontraba en un escenario bélico recién inaugurado alejado de las islas británicas, es plausible que su carta estuviese pendiente de enviar debido a la imposibilidad de transportar la correspondencia por vía marítima en un momento tan temprano de la ofensiva, o que el barco que la transportaba hubiese sido hundido. No obstante, queremos destacar en estos momentos la decisión de volver a narrar su primera experiencia bélica para asegurarse, o aumentar las posibilidades, de que su familia supiese de sus hazañas bélicas:

«I suppose you have read in the papers about our landing in Gallipoli. When we got near the beach we jumped out of the boats and charged the Turks. We drove them up the hill from the beach at the point of the bayonet, and captured the trenches on top. We lost heavily but it might have been worse had we landed about one hundred yards further away, where the enemy had a trap laid for us. They had a mine field laid also big pits dug in the ground with spikes at the bottom and covered on top with brushwood. They also had wire entanglements charged with electricity. So you see the nice preparations they had made for our reception. Indeed it will be no harm to the world when they are finished off as they are very cruel fighters. There have been found several relics of their barbarity such as men disembowelled, tongues cut out, eyes gouged out and other mutilations. The fighting was very hard for the first couple of days. There are some soldiers here that met the Germans, and they reckon it was hotter than any fighting that took place in France. The Turks had us at a disadvantage at first, as we could not get out artillery ashore for some time. But when it did come it made up for the loss. Of course our warships did great work from the bay especially the Queen Elizabeth. We could always tell the when she was firing from the awful report of her guns. Then you would hear the shells screaming overhead and the boys shouting "good old Lizzie"»¹⁷⁹.

¹⁷⁹ Thomas Noonan, carta a su familia, 17 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

En esta ocasión, encontramos una narración mucho más emocional que la primera, en la que demonizó a los soldados turcos y les convirtió en autores de atrocidades similares a las que la propaganda difundía de los soldados alemanes. Al tiempo, era motivo de orgullo la falta de piedad demostrada hacia sus enemigos:

«I don't know how many prisoners were captured, but I do know that where ever my mate and myself saw a Turk we gave him a ticket home. When we were charging them I saw one Australian, a big man, bayonet a Turk and throw him over his head. I think that Turk must have got a shock»¹⁸⁰.

La radicalización del discurso podría estar relacionada con la estancia del soldado en el hospital, que sería testigo de la llegada de otros soldados heridos que compartirían sus experiencias, alimentando el odio y deseo de venganza hacia el ejército turco. De hecho, ya en la primera carta enviada el 4 de mayo expresó su deseo de volver al frente lo antes posible: «I am feeling in the best of form and expect to be back in the firing line very soon»¹⁸¹. Es cierto que la experiencia de Thomas Noonan en el frente fue corta y satisfactoria, pues vivió la victoria inicial de los británicos sobre el Imperio otomano. Sin embargo, estos resistieron los ataques aliados y contraatacaron en los siguientes días, estabilizando el frente y alcanzando una situación de empate similar a la presente en el frente occidental. Es posible que los soldados que ingresaron en el hospital los días posteriores compartiesen sus experiencias en el frente con Thomas, quien tomaría conciencia de que la campaña no iba a resolverse tras una rápida victoria y sospechase que la vida en el frente no iba a ser tan satisfactoria como lo fueron sus primeros días en Galípoli.

Siguiendo este argumento, el marcado sentido del honor, del deber y del sacrificio por la defensa del Imperio que expresaba en las cartas enviadas tras su alistamiento: «a person has only to die once and it does not make much difference where that occurs»¹⁸², perdería fuerza ante la posibilidad de no obtener una victoria rápida sobre el enemigo y vivir las experiencias que sus compañeros contaban del combate en las trincheras.

¹⁸⁰ Thomas Noonan, carta a su familia, 17 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

¹⁸¹ Thomas Noonan, carta a su familia, 4 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

¹⁸² Thomas Noonan, carta a su familia, 14 marzo 1915 *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

Otros soldados de nuestra investigación también tuvieron su bautismo de fuego contra el ejército otomano como Ernest John Cowles, aunque este no demostró el mismo entusiasmo en su narración que Thomas Noonan:

«We left Alexandria 13th August and landed at the new landing at Sulva Bay on the 18th under shell fire. Not a very nice kick off. Our first engagement was on the 21st when we took part in the big fight for Hill 70 and 971. I expect you read about it in the papers, for I see the Daily Sketch had a page full of it. They spoke of us as the Irresistable Yeomanry; very glowing words of our charge also. It was a very stiff go and we were fighting from 3pm the 21st until dark on the 22nd and never stopped advancing and retiring the whole time. We had the Hill on the night of the 21st but could not hold it, because no support was sent up, so the Yeomanry (those of us who were left) had to retire at night after charging and capturing three lines of Turkish trenches. Our Brigade (Berkshire, Buckinghamshire and Dorset Yeomanry) was ordered to do the charging for the Division and I think we did fairly well from what the General said in his report. Of course we suffered pretty heavy. After five days on the Peninsular we did not have an Officer left in our regiment, and only barely half the men. I have seen a few of our Officers in the casualty list, but no men»¹⁸³.

Podemos justificar las diferencias entre los dos soldados con la situación del frente en el momento del desembarco de cada uno de ellos. En el caso de Noonan, participó en la primera ofensiva del ejército británico, por lo que las esperanzas de ver los planes militares cumplidos, obtener una victoria rápida y decisiva y regresar a Gran Bretaña aumentaba el ánimo de todos los combatientes. Sin embargo, en agosto de 1915 el combate en la península ya se había estancado y, como narró Cowles, se sucedían las ofensivas y contraofensivas sin ningún resultado significativo para el devenir del conflicto ni de la guerra. Además, debemos considerar el elevado número de bajas de oficiales y soldados rasos que sufrió su unidad en pocos días, hecho que aumentaba el desánimo del soldado y la sensación de estar combatiendo fútilmente.

En cualquier caso, el bautismo de fuego era deseado por algunos soldados que confiaban en obtener una victoria contundente sobre sus enemigos, defender a su nación y vengarse de los crímenes cometidos por el ejército alemán. Sin embargo, tras la primera batalla los combatientes eran conscientes de la complejidad del conflicto en el que estaban

¹⁸³ Ernest John Cowles, carta a un amigo, 29 septiembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “caught dysentery”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/dardanelles-caught-dysentery/>

combatiendo, apareciendo progresivamente la preocupación y el miedo en las misivas de los soldados.

4.1. La pérdida de compañeros

«One gets rather jolt when the first casualty occurs»¹⁸⁴,

Richard James, 10 agosto 1915.

Si el primer combate podía tener efectos devastadores en la psique de los soldados, la pérdida de compañeros tenía iguales o peores consecuencias. Como explicó Richard James, la primera baja de la unidad sacudía al resto de combatientes, acabando con cualquier resto de la euforia y excitación característica del inicio de la experiencia bélica de los soldados, para Gabriel Chevallier (2009, 65) era el momento en que la guerra dejaba de ser un juego y empezaban a comprender el elevado riesgo de muerte al que se exponían en las trincheras.

Debemos considerar que, debido a la naturaleza de la guerra moderna, era plausible que unidades completas o un alto porcentaje de los hombres que protagonizaban una ofensiva falleciesen el primer día de esta. Podemos citar las palabras de Robert Neville durante la batalla de Verdún (1916): «Caballeros, mañana atacaremos. La primera oleada morirá, la segunda también, así como la tercera; algunos de la cuarta alcanzarán el objetivo y la quinta oleada capturará la posición. Gracias caballeros» (Veiga y Martín, 159). Estos ataques masivos de infantería podían resultar en que solo unos pocos soldados de una unidad sobrevivieran a una ofensiva, lo que aumentaba las consecuencias psicológicas en los supervivientes, especialmente en el ejército británico, cuyas unidades se formaban con hombres originarios de los mismos territorios, pero no exclusivamente. Peter Englund (2011, 273-275) recoge en su investigación la experiencia del soldado danés Kresten Andresen, quien fue trasladado a una unidad formada por soldados alemanes después de que sus compañeros fallecieran en una ofensiva. La convivencia con los soldados alemanes no era de su agrado, pues decía que bebían demasiado y no entendía su humor, dificultando su integración en el grupo.

También podemos argumentar que la *primera baja* que tenía un efecto especial en la moral de los soldados no tenía que ser, necesariamente, la muerte de un compañero. Es

¹⁸⁴ Richard James, carta a un amigo, 10 agosto 1915. The National Archives, Letters from the First World War, 1915, Trenches: “being under fire”. Disponible en: <http://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-being-under-fire/>

posible que esta se debiese a una enfermedad o a una herida sufrida en el fragor de la batalla que obligaba a la evacuación temporal o definitiva del soldado. En el caso de Stanley-Clarke, uno de los primeros soldados de nuestra investigación que entró en combate, la visión de los efectos de los proyectiles de artillería en el cuerpo humano fue suficiente para que omitiese en su correspondencia las bromas que había escrito sobre el bombardeo de artillería en cartas anteriores, aumentando la seriedad con la que escribía sobre el conflicto: «A bullet is a kind wound to a shell, we have had quite a few casualties of course with bullets since I have been out here but as I said before this was the first time I had seen the effect of a shell»¹⁸⁵.

En estos casos, las mejores muestras del efecto que tenía para los soldados que permanecían en el frente la falta de sus compañeros y amigos son las cartas que se enviaban entre ellos, caso de la misiva de Norman a Harry Stanley Green cuando este estaba ingresado en un hospital a causa de una enfermedad:

«Who allowed you to take ill? How could you do such a thing? Well Stan; all I hope is that your case is not a serious one and that by now you are feeling a bit happier than you did when you left us. It was rotten to see you so miserable. I'm hoping against hope that I'll join you in that detectable spot at which we've cast longing glances on our way to and from the Bull Ring. We've got a holiday thanks to you but I'd rather it had been any other man but you.

The last streak of sunshine in my soldiering has died out with your departure.

Best of luck to you Stan: and if we don't meet again as soldiers may we soon meet as civilians»¹⁸⁶.

Sin embargo, al ser una enfermedad la causa de la separación de ambos amigos y no la muerte, siempre quedaba la esperanza de reencontrarse en el ejército o una vez acabada la guerra. Resulta evidente que la posibilidad de reencontrarse en el futuro fuese motivo de alivio y confort para cualquier soldado, aunque no evitaba que los que permanecían en el frente se sintiesen más solos: «I feel really what shall I say-lonely-this week. My chum fell a victim to the fortune or misfortune of war in the course of our latest adventure»¹⁸⁷.

¹⁸⁵ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 5 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

¹⁸⁶ Norman A. Laughland, carta a Harry Stanley Green, 11 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*.

¹⁸⁷ Denis T. Hayes, carta a su hermano, 17 octubre 1917. *Europeana 1914-1918: Letters Home to Dublin, from World War I, Written by Denis T. Hayes to His Brother Pat Hayes br*.

Independiente del motivo por el que un compañero cercano tuviese que abandonar el frente, esta situación era descrita como algo doloroso en la correspondencia que los soldados mantuvieron con sus familias, pero si la causa era la muerte, esta tenía un efecto devastador en el estado emocional y la salud mental del soldado. Debemos considerar que esta no era *solo* la pérdida de un amigo cercano, era la pérdida de uno de los principales, o el principal apoyo para soportar las experiencias de la guerra moderna:

«The Batt is out of the line now & I find the Colonel has been killed, also a great pal of mine who has been with this Batt since it was at Gallipoli & he had the Military Cross! Two or three other officers including the adjutant have been wounded! I wonder Oh! I do wonder dearest mummy whether God will spare me to come home to you! I know I should just trust absolutely in my heavenly Father, but when one sees such good chaps being taken away, I can't help it!»¹⁸⁸.

Basándonos en el fragmento anterior, es plausible que, durante las largas jornadas de entrenamiento y trabajo, en el frente o en la retaguardia, los soldados conversasen sobre sus vidas pasadas y el futuro que les esperaba cuando finalizase la guerra. Tampoco sería excepcional que en sus planes estuviesen incluidas las amistades que habían creado durante el conflicto, por lo que la muerte del compañero y amigo truncaba tanto el presente como el futuro del soldado superviviente. Al tiempo, este episodio antecedió la muerte de otros compañeros y la propia, invadiendo entonces el miedo y la desesperanza la mente del soldado, quien sería consciente del peligro mortal al que estaba expuesto y las altas posibilidades de no regresar nunca a su hogar. Gabriel Chevallier ante la visión de cientos de cadáveres franceses en la tierra de nadie se preguntaba «¿Qué les ha pasado? ¿Qué nos va a pasar?» (2009, 84). Este tipo de estímulos provocaba que el miedo y la desesperación dominasen la narración de los eventos descritos en las misivas, transmitiendo el dolor causado por la muerte de un compañero cercano y la desesperación ante la imposibilidad de regresar a su hogar en un corto espacio de tiempo, caso del teniente A.H.L que hemos reproducido.

En otras misivas identificamos expresiones de alegría ante la revelación de que el informe de la muerte de algunos compañeros del ejército era falso: «I had a letter from Lochie yesterday dated 3 days earlier, and they are still here but have gone back to the same old trainings (bull-ting etc). He says the report of Ted Bawtry's death is untrue, and

¹⁸⁸ A.H.L., carta a su madre, 28 abril 1917. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

I'm very pleased it is so»¹⁸⁹. Este fragmento, además de reforzar la idea anterior, indica las dificultades y errores que se produjeron al informar a las familias de los soldados fallecidos, desaparecidos durante el conflicto, especialmente tras las jornadas en las que eran miles los soldados que causaron baja.

Por último, la presencia de cartas que los soldados enviaron cuando abandonaron la unidad antes de que la guerra acabase nos permite argumentar que las relaciones establecidas entre los compañeros del ejército fueron lo suficientemente estrechas para soportar la separación en tiempo de guerra. De esta manera, algunos mantuvieron la comunicación cuando un miembro de la unidad dejaba el servicio activo y el resto seguía combatiendo. En el caso de Alvin Whiteley, poco antes de ser considerado no apto para el combate recibió la noticia de la muerte del capitán de su unidad: «My old captain. He was a grand old man and I am very sorry to know that the poor old man was killed by a German sniper when bringing my chums back out of action»¹⁹⁰.

Adelantábamos al inicio del apartado que el mejor ejemplo de la importancia de las relaciones entre los soldados era la correspondencia que mantuvieron entre ellos; sin embargo, este tipo de documentos son una minoría en nuestra investigación. Además, los soldados también mencionaron a sus compañeros fallecidos o heridos en la correspondencia con sus familias y, aunque sea difícil valorar el grado de unión a través de estas misivas, podemos argumentar que la simple mención particular de algunos compañeros indicaba cercanía con estos. Además, podemos relacionar las abundantes referencias a compañeros fallecidos o heridos con el elevado número de soldados fallecidos y heridos a lo largo del conflicto, 722.782 y 1.676.037 respectivamente. Lo que supone que prácticamente la totalidad de los soldados que combatieron en unidades de infantería fallecieron durante el conflicto o resultaron heridos en algún momento de este (Winter 1977, 450-451).

Aunque estas referencias no estuviesen acompañadas de las mismas expresiones emocionales que cuando el soldado que había causado baja era cercano, es destacable la mención de aquellos que habían sido alcanzados durante el combate: «We had a good few casualties - a section of my own Platoon was wiped out with a single shell - pure bad luck

¹⁸⁹ Harry Stanley Green, carta a su mujer, 5 septiembre 1916. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*.

¹⁹⁰ Alvin Whiteley, carta a su madre, 17 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4210_attachments_50158

of course as it dropped right into the trench (such as it was) where they happened to be sitting at the moment»¹⁹¹. Podríamos argumentar que el dolor fuese menor en los casos en los que la relación no era tan estrecha, pero debemos considerar que la mayor parte de los soldados debía acostumbrarse al incesante goteo de bajas en sus unidades e insensibilizarse ante la visión de los cadáveres de sus compañeros. De otra forma, estos estímulos podían llegar a quebrar la mente del soldado y desencadenar problemas psicológicos como la neurosis de guerra.

Esto explicaría que en las narraciones de otros combatientes las pérdidas humanas sean narradas como un elemento más de la guerra de trincheras del que no podían huir, como la lluvia o el frío del invierno: «The battalion have had another May 3rd, several of our old friends have gone the way of all flesh»¹⁹². Destacamos las palabras de este soldado por su capacidad para transmitir una imagen clara, sincera y cruel del destino de sus compañeros. Creemos plausible que este tipo de descripciones también tuviesen el objetivo de transmitir la peligrosidad del conflicto a las familias, quienes podían no ser conscientes de la naturaleza de la guerra que se estaba librando. Al tiempo, podemos argumentar que esta forma de referirse a la muerte de otros militares provocaba que las familias rebajasen sus expectativas respecto a las posibilidades de que su soldado regresase indemne y pronto a su hogar, pues era posible que falleciese en acto de servicio.

Explicábamos en los capítulos introductorios que la muerte de los compañeros podía estimular diferentes respuestas en los soldados supervivientes. Además de tristeza, estimulaba el deseo de luchar cuando esta era considerada un sacrificio por un bien mayor: «We all felt it very much at home and it was a great shock to our parents naturally, but it can't be helped, as he was killed in a good cause»¹⁹³. Esta visión ayudaba a los compañeros de la unidad a seguir combatiendo y soportando los horrores de la guerra en honor de aquellos que habían fallecido, transformando el dolor en motivación: «We are all very cheerful and one would think we were enjoying a good holiday. Conversation

¹⁹¹ Patrick Alphonsus Hanratty, carta a su hermano, 9 agosto 1917. *Europeana 1914-1918: One Man's Messines*.

¹⁹² Denis T. Hayes, carta a su hermano, 17 octubre 1917. *Europeana 1914-1918: Letters Home to Dublin, from World War I, Written by Denis T. Hayes to His Brother Pat Hayes br*.

¹⁹³ George Shipley, carta a un amigo, 6 agosto 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one. "Dardanelles: I got married a week before".

occasionally breaks back but it is chiefly concerned with the good show the fellows made, with now and then a tribute to those who are not with us now»¹⁹⁴.

Este era el discurso que intentaba difundir el alto mando militar, quienes consideraban que en la guerra no se podían ganar todas las batallas y, por tanto, era necesario cierto sacrificio de vidas humanas para ver los objetivos militares cumplidos. Esta visión de la guerra permeabilizó a los mandos intermedios en mayor o menor medida, siendo el mejor ejemplo de ello una carta que envió Harold Ward tras la ofensiva de Cambrai en 1917:

«Some country may cost us dearer than the Boche but we cannot expect to win every game we play. When the end comes and our joy bells really ring out for victory - when the costs and losses are really counted I think all balances will be on our side - in spite of our losses when we had to stop the advance of the enemy with men and rifles as the materials of war (shells and c) were not available»¹⁹⁵.

Podemos relacionar esta aparente despreocupación ante la pérdida de vidas humanas con una cuestión social, pues la masa de soldados que formaban las unidades pertenecía a la clase trabajadora británica, aquella que tenía asociadas las connotaciones de degeneración y debilidad mental según las teorías descritas anteriormente (Huertas 1987, 34). Además, médicos y psiquiatras militares creían que los oficiales sufrían psicológicamente por la responsabilidad de tener otras vidas a su cargo, por lo que la postura de Ward le protegía psicológicamente de esta fuente de estrés y sufrimiento.

Otros mandos intermedios de nuestra investigación no fueron tan contundentes en sus misivas al escribir sobre la muerte de sus hombres. En el caso del sargento George Douglas fue el único que salió ileso de un bombardeo alemán y, aunque se sentía afortunado, no dejó de expresar preocupación por el destino de los hombres a su mando, conecedor de que algunos habían fallecido durante el ataque:

«I am glad to say I came through the attack unharmed though I lost several of my boys. During Friday however we had a hell of a time. The Huns shelled us unmercifully and my platoon suffered. High explosive plays the very devil. I lost my officer before breakfast. He had only been with us a short time and now the poor chap is buried. It was

¹⁹⁴ Harold Ward, carta a su mujer, 7 octubre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

¹⁹⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 16 diciembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

a most unlucky day for my own boys and I am very anxious to know what happened after I left them»¹⁹⁶.

Aunque reflexionaremos en los próximos capítulos sobre las relaciones establecidas entre los soldados durante su experiencia bélica, podemos concluir en base a los fragmentos reproducidos en este apartado que la pérdida de compañeros y amigos fue un episodio traumático que provocaba la tristeza de los supervivientes. Además, este podía ser un punto de inflexión a partir del cual la preocupación, el miedo y la desesperanza cobraban mayor protagonismo en las cartas de los soldados, pues estos eran conscientes de las posibilidades reales de fallecer en el conflicto, siendo más difícil encontrar motivos por los que combatir y soportar las experiencias de la guerra.

¹⁹⁶ George Douglas Brush, carta a su familia, 20 mayo 1917. Europeana 1914-1918: *George Douglas Brush*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17094

PARTE II

**LA REALIDAD EMOCIONAL DE LA
GUERRA. ENTRE LA RUTINA Y EL MIEDO**

1. Vida en las trincheras

Con la llegada del invierno de 1914, los ejércitos beligerantes en el frente occidental se enterraron en trincheras para guarecerse de las ametralladoras enemigas, protegerse del frío invernal y reorganizarse para retomar la iniciativa en la primavera de 1915. Ambos bandos crearon un nutrido sistema de trincheras que se extendía casi ininterrumpidamente desde la frontera francoalemana con Suiza hasta el Mar del Norte, configurando uno de los escenarios bélicos más desconcertantes para los soldados que se instauraría en el imaginario colectivo como una de las características definitorias de este conflicto.

Aunque la guerra de trincheras ya había sido protagonista en algún momento de la guerra civil americana (1861-1865) y la guerra rusojaponesa (1904-1905), los altos mandos militares creían que esta forma de combate era una situación pasajera que debía superarse lo antes posible para poder volver a la guerra de movimientos. Por este motivo, el ejército británico no se preocupó en un primer momento de mejorar la construcción de sus trincheras. Sin embargo, los alemanes habían decidido que en la primavera de 1915 lanzarían su principal ofensiva en el este, lo que llevó a mejorar y fortificar el sistema de trincheras del frente occidental: reforzaron con hormigón las posiciones clave, enterraron las líneas telegráficas y telefónicas e incluyeron sistemas de drenado de agua para que esta no se acumulara durante el invierno (Neiberg 2005, 75-76; Watson 2008, 12; Bergen 2009, 173).

La deriva del conflicto hacia la guerra de trincheras provocó que las posiciones de los ejércitos se acercasen, existiendo en algunos puntos menos de un centenar de metros entre la primera línea de trincheras británica y su homóloga alemana. Esto también provocó que ambos ejércitos estuviesen en un constante estado de alerta, pues debían reaccionar rápidamente y con acierto en caso de que el enemigo iniciase una ofensiva. Además, como veremos en los próximos capítulos, las ametralladoras representaban una ventaja defensiva decisiva ante los ataques masivos de infantería, por lo que los ejércitos beligerantes tuvieron que introducir nuevas armas e idear otras tácticas militares que pudiesen romper las líneas de trincheras eficazmente.

Con el objetivo de que los soldados estuviesen constantemente alerta durante el servicio en la primera línea de trincheras, los ejércitos beligerantes organizaron rotaciones de pocos días en las diferentes líneas de trincheras y la retaguardia. Como describió Robert William Price, las unidades estaban una semana en las diferentes líneas de trincheras y una semana en la retaguardia hasta que la División al completo había

realizado un número de servicios en el frente. Después, todos disfrutaban de 6 semanas de descanso alejados del frente durante el cual podían recibir un permiso para visitar a sus familias en Gran Bretaña:

«We was just getting ready for the trenches again, we are going in for 4 days now and I hope I shall come out safe again. It is a miserable place where we are going into this time, plenty of water and rats and then we come out again for a week and then in again and so on till all the Division has been in and then we shall have a Division rest that means 6 weeks rest and then we might get a pass»¹⁹⁷.

Sin embargo, los tiempos que describieron otros soldados en sus cartas son muy variables y rara vez coincidieron con el planteamiento ideal e inicial del ejército. Por ejemplo, Stanley Clarke escribió tras una de sus primeras experiencias en combate que solo había disfrutado de 6 días fuera de las trincheras en un periodo total de un mes de servicio:

«perhaps next week I can talk you on from Neuve Eglise and through a more interesting time a period of over a month in which I have spent all told hardly more than six days out of the trenches. If my letters have been few please forgive me, as it is very difficult to write under these circumstances and when the letters are wirtten it is very hard to get them sent off»¹⁹⁸.

Poco después dudaba de poder disfrutar del prometido descanso de 6 semanas en el que podría regresar a Gran Bretaña y visitar a su familia: «just think of six weeks rest - I don't believe we shall ever get it - I have gone back for too many interrupted rests to put much faith in them»¹⁹⁹. Estas misivas nos indican que el periodo de permanencia en las trincheras dependía del grado de actividad bélica en el frente, alargando el tiempo de servicio cuando era necesario concentrar efectivos en determinados puntos estratégicos previo a una ofensiva a gran escala o en aquellos que podían ser objetivos militares de los alemanes. En otras ocasiones, como expresó el capitán Ward, era imposible que las unidades que debían relevar a las de la primera línea alcanzasen las trincheras debido al constante bombardeo de artillería, prolongando la estancia en las trincheras: «However it

¹⁹⁷ Robert William Price, carta a su mujer, no fechada. Europeana 1914-1918: *Private Robert William Price - letters to his wife*.

¹⁹⁸ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 30 noviembre 1914. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

¹⁹⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 26 diciembre 1914. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

was found impossible to relieve us and we are not having too bad a time»²⁰⁰. En consecuencia, rara vez se cumplían los tiempos establecidos como ideales para servir en las diferentes líneas de trincheras.

Basándonos en la siguiente misiva de Oswald Blencowe: «We are just out again and with any luck shall not go in again for about a month. We have done just a month in and out of the trenches, this last time we were in for 9 days - 4 days in support and 5 days in the firing line»²⁰¹; podemos inferir que durante los meses de menor actividad bélica en el frente, sí se respetaban los tiempos de servicio en las trincheras y los de descanso en la retaguardia. Estos periodos de tranquilidad solían coincidir con el invierno o los días en los que las condiciones meteorológicas adversas como el frío o la lluvia impedían que se iniciasen ofensivas en las trincheras: «We had an awfully wet time in the trenches, pouring rain nearly all the time, I must say it was the limit, most miserable, altho I confess it kept old Fritz quiet & for 12 or 14 hours on one day there was hardly a shot fired»²⁰². Durante estos periodos de menor actividad bélica fue habitual que los soldados describiesen en sus cartas otros aspectos del conflicto, caso de las condiciones de vida en las trincheras o la forma en que empleaban el tiempo con el resto de los compañeros de su unidad cuando la falta de actividad bélica lo permitía.

Por el contrario, durante las grandes ofensivas como la batalla del Somme, el tiempo de servicio en las trincheras podía duplicarse fácilmente: «We are just out for our rest at present, after doing 20 days in the trenches, so you may be sure we are doing our best to enjoy the week»²⁰³. Al tiempo, durante estos periodos de mayor actividad bélica en el frente, las condiciones de vida en las trincheras empeoraban considerablemente a causa de los continuos ataques perpetrados por el bando contrario. Sin embargo, fue habitual que en las cartas enviadas durante dichos periodos dedicaran un mayor espacio a describir las ofensivas y contraofensivas con armamento moderno y no tanto las condiciones de vida en las trincheras.

El hecho de que las unidades permanecieran poco tiempo en las trincheras, y que cuando estaban más tiempo era a causa de una mayor actividad bélica, provocó que los

²⁰⁰ Harold Ward, carta a su mujer, 11 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁰¹ Oswald Blencowe, carta a su madre, 26 enero 1916. *Europeana 1914-1918: 1916 brought into perspective*.

²⁰² A.H.L., carta a su madre, 20 septiembre 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

²⁰³ Jerome Guerin, carta a su madre, 7 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Jerome Guerin*.

soldados no pudiesen dedicar tiempo a acondicionar los refugios subterráneos. Por ello, las mejoras que incluyeron los alemanes en sus trincheras a principios de 1915 tardaron en llegar a las del bando aliado, pues estos continuaban centrados en organizar y lanzar ofensivas masivas que pusiesen fin al conflicto cuanto antes. Esto provocó que se excavasen refugios sin considerar que estos tendrían que ser utilizados durante largo tiempo y sin tener en cuenta las condiciones del terreno, resultando en la construcción de refugios que quedaban expuestos al bombardeo de artillería enemigo:

«Well this dug-out of mine is not really a dug-out at all. The walls are built with sand-bags. The roof which is about 6ft high consists of several sheets of corrugated iron and is supported by two old railway tracks which rest on two opposite walls. For my bed I have three wooden planks, fixed up along one wall, about three feet from the ground. My companion has a similar contraption along the opposite wall»²⁰⁴.

Otros soldados describieron el proceso de construcción de los refugios subterráneos incluyendo bromas continuas sobre la falta de acierto del ejército para construir las trincheras en refugios naturales frente al frío o las lluvias, como quedó expresado en la siguiente misiva:

«Instructions for making a dugout - find a suitable spot, for preference at the bottom of a hill, so that any spare water will run in your direction. Dig a hole 6ft by 4 ft high and don't be discouraged if it fills with water - bail it out - or invent some means of getting the water to run up hill - next, get a door and lay it across the pit, leaving room enough to get in, bearing in mind however that a Field Officer may want to enter, so allow a little more, otherwise your dugout may be torn to pieces. Next get earth, or if not available, mud, and throw it over the door to a depth of about two feet. If a lot of this falls into the dugout, never mind it is the fortune of war! Then get straw, don't bother whether it is wet or dry, the dry soon gets wet and make yourself a floor of this then lie down look up at the roof you have constructed and count the number of places it leaks in. This if it does not drive you off your head will prove a pleasant afternoon's occupation. At night you can put more earth on top to stop the water and then watch the whole thing cave in. Nobody with a weak heart should try the above»²⁰⁵.

²⁰⁴ Charles Patrick Flanagan, carta a su hermana, 8 noviembre 1915. *Europeana 1914-1918: Letters written by Charles Patrick Flanagan, Royal Flying Corps*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3632

²⁰⁵ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 3 febrero 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

Destacamos las referencias al efecto que este proceso podía tener en los nervios de los soldados, quienes podían llegar a desesperarse durante la construcción de su refugio debido a la fragilidad de los materiales disponibles ante las condiciones meteorológicas. Además, el hecho de que presente estos problemas en una narración sarcástica sobre las condiciones de vida en el frente pretende rebajar la gravedad de la situación o, al menos, situarse por encima del estrés que provocaban. Veremos a lo largo de este y los próximos capítulos cómo esta fue una técnica utilizada por varios soldados para referirse a determinados estímulos y experiencias de la guerra.

Adelantábamos en los párrafos anteriores que la actividad bélica era uno de los elementos que empeoraba las condiciones de vida en las trincheras, particularmente en los meses cálidos que fue cuando tuvieron lugar las principales ofensivas en el frente occidental como la segunda batalla de Ypres entre abril y mayo de 1915, la batalla del Somme del 1 de julio al 18 de noviembre de 1916 o la tercera batalla de Ypres entre junio y noviembre de 1917. Por el contrario, con la llegada del invierno se paralizaban las ofensivas a gran escala en el frente occidental:

«Personally I think that when the bad weather comes we shall settled down for a winter war - do all we can to upset the enemy and get well forward with the preparations for fighting on a huge scale as early as possible next year. How much longer the bad weather will keep away and how much we shall do or attempt to do in the meantime is beyond my knowledge»²⁰⁶.

Sin embargo, esto no significa que durante el invierno no llevaran a cabo ofensivas a menor escala, Gilbert Williams también describió en diciembre un conflicto en pausa: «we fire about a couple of thousands rounds every night into Fritz's trenches just to keep them quiet»²⁰⁷, pero en el que seguían hostigando las trincheras enemigas diariamente. Además, debemos considerar que incluso en los meses en los que disminuían las ofensivas, los soldados debían realizar diferentes trabajos de reparación de las defensas en la tierra de nadie, exponiéndose a ser descubiertos y abatidos por los soldados alemanes durante la noche:

²⁰⁶ Harold Ward, carta a su mujer, 16 septiembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁰⁷ Gilbert Williams, carta a un amigo, 16 diciembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, 1915, Trenches: "handling a Maxim". Disponible en: <http://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-handling-maxim/>

«We spent most of last night outside -but fortunately we finished our job and returned to rest about 4am. The night before we went out to dig and last night we had a stunt which was quite successful so as soon as we were relieved we left the cold and the snow»²⁰⁸.

El hecho de que hubiese trabajos que debían realizarse de noche para estar a salvo de los francotiradores enemigos dificultaba que los soldados durmiesen horas suficientes, lo que aumentaba el estrés y empeoraba las condiciones de vida y lucha en las trincheras:

«Life is very hard in the trenches and very tiring. You get very little sleep and I was so tired last night that I had to move about to prevent myself falling asleep where I stood. I came off duty at 2 am this morning and I was up again at 4. It is continual duty night and day with the additional strain of an almost daily bombardment»²⁰⁹,

«I was done up when I come out of the trenches not having any sleep for 4 nights it takes us a few days to clean ourselves when we come out»²¹⁰.

Es posible que si los refugios excavados en las trincheras hubiesen estado mejor contruidos los soldados hubiesen podido descansar por el día, pero más que refugios algunos parecían tumbas de las que no podrían salir si la artillería alemana alcanzaba las proximidades de la trinchera (Figura 15).



Figura 15. Adrian Hill. 1927. Interior Of A Dug-Out At Gavrelle. IWM ART 4432.

²⁰⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 10 abril 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁰⁹ A.H.L., carta a su madre, 22 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europeana 1914-1918.

²¹⁰ Robert William Price, carta a su mujer, 28 enero 1916. Europeana 1914-1918: *Private Robert William Price - letters to his wife*.

Parece plausible que la falta de sueño y descanso en las trincheras fuese otro de los motivos por los que el ejército establecía rotaciones de pocos días en las primeras líneas de trincheras, de otra manera los soldados serían prácticamente inútiles después de ver reducidas sus horas de sueño durante muchos días seguidos. Sin embargo, conforme acumulaban experiencia en las trincheras los combatientes debían acostumbrarse a la falta de sueño y al resto de condiciones de vida en el frente: «We didn't get very much rest owing to the many moves but being in the trenches is a fairly soft job sometimes»²¹¹.

También debemos considerar que durante su experiencia bélica eran sometidos a otros estímulos y tenían otras experiencias mucho más traumáticas que el impacto que podía tener la falta de acondicionamiento de las trincheras. Además, destacamos que fue el capitán Harold Ward el que escribió la última carta que hemos transcrito, pues su condición de oficial le permitía alojarse en los refugios mejor preparados y menos expuestos ante los ataques enemigos: «Our present dug out is becoming like a "home from home". It is very tiny for our family of five but we are very cheery and comfortable. We have a few tons of stell, wood and earth on top to keep the Boche shells from disturbing us»²¹², por lo que podría disfrutar de momentos de descanso incluso en las trincheras (Figura 16).



Figura 16. Marjorie Violet Watherston. 1917. The Dispatch (The Captain's Dugout). IWM ART 5199.

²¹¹ Harold Ward, carta a su mujer, 16 octubre 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²¹² Harold Ward, carta a su mujer, 16 marzo 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

El número de horas de sueño y la vida en las trincheras en general también empeoraba con la llegada del invierno, el frío, la lluvia y la nieve. Las condiciones meteorológicas adversas copaban las reflexiones de los soldados durante los meses de invierno, muestra de ello son los dos fragmentos que reproducimos a continuación enviados en noviembre de 1915: «We have had several days of rain this week, which doesn't tend to improve life in the trenches, or out. All we need now are top boots to paddle through the trenches! There is plenty of water»²¹³ y «the weather is simply awful, raining day after day and specially night after night. How can you expect men to live like this»²¹⁴.

Las trincheras se inundaban fácilmente debido a la falta de sistemas de drenaje de agua, transformando el terreno en un barrizal que dificultaba el movimiento de los soldados y empeoraba el día a día de los combatientes: «The trenches were impassible owing to the mud and the track which winds round the shell holes and accross the mud was in places almost up to the knees. Part of our way was on a duck board track and it seemed absolutely endless»²¹⁵.

Es posible que las trincheras británicas fuesen especialmente vulnerables a la lluvia y a la nieve invernal comparadas con las alemanas debido a la desigual inversión de tiempo y recursos en acondicionar estas construcciones (Watson 2008, 13). No obstante, esto no significa que los soldados alemanes estuviesen mucho mejor en sus posiciones que los británicos, pues también tuvieron que lidiar con el frío y los problemas relacionados con la inundación de las trincheras. En ambos bandos, en algunos puntos vulnerables el barro y el agua podían llegar a la cintura de los soldados, permaneciendo sus pies sumergidos durante largo tiempo (Figura 17).

²¹³ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 3 noviembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Trenches: "souvenirs sent over". Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-souvenirs-sent/>

²¹⁴ Jonathan George Symons, carta a un amigo, 10 noviembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Trenches: "up to our knees in water". Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-knees-water/>

²¹⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 12 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

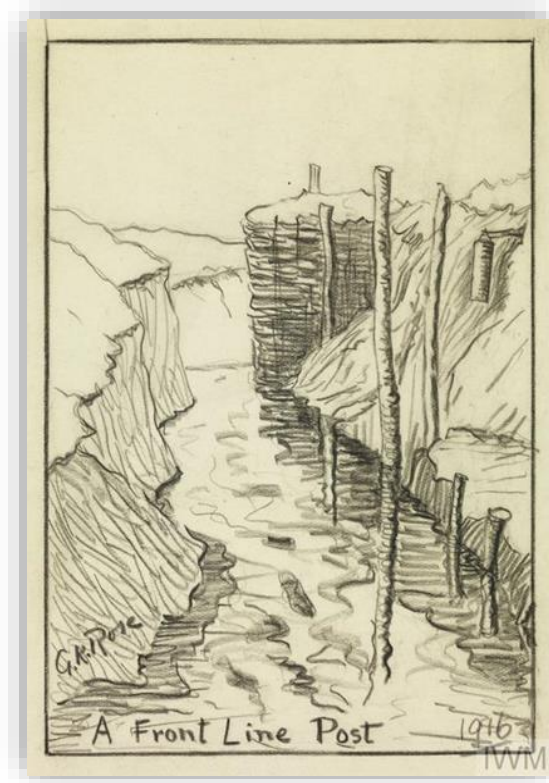


Figura 17. Geoffrey Rose, 1916. A Front Line Post, 1916. IWM ART 4824.

Además, debemos considerar la precariedad del calzado de los soldados, que no facilitaba la movilidad de los combatientes a lo largo de las trincheras, provocando que las caídas y accidentes fuesen habituales:

«Just a line to let you know I am still here & do not know yet when I leave. My knee is still sore & I cannot walk properly on it yet, but I fear I shall be sent up the line as soon as poss. Anyway I have had a welcome rest and change from the awful mud of the line. The mud was responsible for my accident as I slipped crossing a trench and fell into it on my back & I was almost buried by the foul slime. It took about 8 of the men to get me out. My goodness! It is utterly impossible to describe the conditions up there & I dread going back! How I would love to see you again»²¹⁶.

También debemos considerar que el calzado no aislaba los pies del frío ni de la humedad, provocando una lesión similar a la congelación que recibió el nombre de *trench foot*, *pieds gèlés*, *Nasserfrierung der FüÙe* y *pie de trinchera*. Esta afección provocaba que la piel de los miembros inferiores se ablandara y se agrietara fácilmente, sobreviniendo infecciones debido a la falta de higiene en las trincheras. Aunque era

²¹⁶ A.H.L., carta a su madre, 3 noviembre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

dolorosa, podía revertirse en la mayor parte de los casos: «Just a few lines to let you know that I am going on fairly well. My foot is healing up nicely though there is still a good deal of pain but the doctor says that as it gets better the pain will all go and the leg will get as strong as ever in time»²¹⁷. En los casos más graves podía producirse una gangrena gaseosa, siendo necesaria la amputación del miembro para que la infección no se extendiese al resto del cuerpo (Bergen 2009, 183).

Para prevenir esta afección los soldados debían mantener sus pies limpios y secos, lo que suponía la base del cuidado de los pies, que formaba parte de las enseñanzas impartidas a los soldados de todos los ejércitos durante el periodo de instrucción. Los combatientes británicos tenían recogidas estas enseñanzas en el *The Soldier's Small Book*, donde destacaban la importancia de mantener los pies limpios y secos, calzar el tamaño adecuado de botas y realizar una rutina de higiene diaria que debía incluir el baño de los pies en agua con sal y el masaje con vaselina antes de colocarse calcetines limpios. Además, los oficiales debían asegurarse de que los soldados de sus unidades disponían de todos los materiales necesarios para llevar a cabo estos cuidados en un lugar seco y cálido (Reid 2017, 53).

Debido a las exigencias de la guerra de trincheras, los soldados debían estar alerta y preparados para entrar en combate en cualquier momento, por lo que era prácticamente imposible realizar estos cuidados en las primeras líneas del frente. De hecho, algunos soldados escribieron en sus cartas que no habían podido quitarse las botas durante varios días: «Just a few minor disadvantages like not being able to wash and shave often and having to keep boots on all the twenty four hours and going to bed half an hour after dawn»²¹⁸ y «I have not had my boots or even my collar off for four days and I am simply caked with mud and then we think how well off we were in England»²¹⁹. Esto provocaba que el momento de quitarse el calzado cuando abandonaban las trincheras y se alejaban del frente fuese uno de los momentos placenteros de su vida en el frente: «My new dug out is much further from the Boche so I risked taking off my boots for the first time in six

²¹⁷ Oscar Coleman, carta a su familia, no fechada. Europeana 1914-1918: *Oscar Coleman*. Disponible en: <https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https://1914.1918.europeana.eu/contributions/17056>

²¹⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 11 mayo 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²¹⁹ A.H.L., carta a su madre, 22 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europeana 1914-1918.

days and then wrapping my blanket round me I turned in on a comfortable wire bed and slept until 5:30»²²⁰.

Otros soldados que combatieron en el frente occidental como el poeta Robert Graves relacionaron el pie de trinchera con la desmoralización de las tropas, pues un soldado que tenía una actitud negativa hacia el conflicto, que había perdido la esperanza, descuidaba sus pies; mientras que aquellos con la moral alta y confianza en el futuro trataban de evitar esta lesión por muy malas que fuesen las condiciones de vida en las trincheras (Reid 2017, 56).

En total, se estima que 115.000 soldados del bando aliado sufrieron de pie de trinchera a lo largo de la guerra. Para el alto mando británico, el número de bajas relacionadas con esta lesión se tornó intolerable en 1916, especialmente debido a la distribución desigual de casos a lo largo del frente, lo que hizo sospechar que los soldados descuidaban sus pies deliberadamente para abandonar las trincheras. Desde entonces se consideró el pie de trinchera una lesión autoinfligida por los soldados (Bergen 2009, 183). Esta medida nos permite plantear que algunos combatientes con síntomas leves de esta dolencia ocultasen su problema a sus superiores el máximo tiempo posible. En caso de que se solucionase por el traslado del soldado a la retaguardia, este planteamiento nos permitiría argumentar que fueron más de 115.000 los combatientes que padecieron pie de trinchera durante el conflicto, por lo que esta estadística ofrece información sesgada. En caso de que la dolencia no progresase favorablemente, ocultarla a los superiores agravaría el estado de salud del soldado, prolongando el tiempo de recuperación y poniendo en riesgo su vida e integridad física, por lo que los casos que finalmente llegasen a los hospitales serían más graves que si hubiesen puesto en marcha medidas para identificar y curar los casos más leves de esta dolencia.

La situación de las trincheras empeoraba tanto a causa de las lluvias que incluso los soldados que estaban en la retaguardia se acordaban de los que estaban sirviendo en las primeras líneas de trincheras cuando llegaban las tormentas:

«It has poured with rain for the last 48 hours; yesterday afternoon there was a bad thunderstorm (2 flashes were very bad) and today there is a gale of wind and rain. Orderlies have been in nearly all day hammering in tent pegs etc. to keep the small tents

²²⁰ Harold Ward, carta a su mujer, 25 febrero 1918. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

up. Of course we in the big marquees are alright. I have thought of the poor chaps (including Norrie) up the line!»²²¹.

El efecto que tenían las lluvias en las condiciones de vida en las trincheras y en la rutina de los soldados que algunos soldados como el capitán Harold Ward reflexionaron sobre qué era lo peor de la guerra de trincheras, concluyendo que lo peor debía ser el lodo y la incomodidad: «Yet I believe that everyone would say that the chief horror was comprised of "water - mud and discomfort"»²²². Este fragmento indica la capacidad y necesidad de los soldados de acostumbrarse a determinadas experiencias de la guerra moderna, pero la resistencia a aceptar que aquellos elementos que debían aportar confort a la experiencia bélica de los combatientes también tuviesen un efecto negativo en su vida diaria. Aunque fue el único soldado de nuestra investigación que se planteó esta cuestión, Watson (2008, 19) recoge la experiencia de un oficial censor del ejército británico que aseguraba en agosto de 1917 que las referencias a las malas condiciones de vida en las trincheras causadas por las inclemencias del tiempo eran superiores a las quejas sobre la naturaleza de la guerra moderna en una proporción de 5 a 1.

1.1. La alimentación de los soldados

«It is rather difficult to get supplies at present but we are being well fed and have practically everything we want»²²³,
Harold Ward, 2 marzo 1917.

Una de las primeras realidades que debían afrontar los combatientes al llegar al frente era la escasez de suministros debido a las dificultades para abastecer a las primeras líneas del frente. De igual manera que la actividad bélica impedía la llegada de tropas a las trincheras, esta también afectaba al envío de comida y agua potable, quizás con mayor frecuencia, pues los hombres y el armamento tenían prioridad sobre los alimentos. En el apartado anterior reprodujimos fragmentos de cartas en las que los soldados notaban que la calidad y la cantidad de comida recibida menguaba a medida que se acercaban al

²²¹ Harry Stanley Green, carta a su mujer, 30 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*.

²²² Harold Ward, carta a su esposa, 25 septiembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²²³ Harold Ward, carta a su mujer, 2 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

frente²²⁴. Este problema también fue descrito por otros combatientes en las primeras cartas que enviaron desde Francia, caso de los oficiales Harold Ward en la cita con la que iniciamos el apartado, y George Douglas:

«Here we dug in for our lives and before it was light we had got cover for ourselves. It was as well for we got shelled during the day. We expected to be relieved about dawn but it was impossible and we had to hang on all day. We had no rations and had to go without food until about 4 pm»²²⁵,

aunque ninguno volvió a referirse a los problemas relacionados con la alimentación en el resto de su correspondencia. Ante esta situación, otros soldados pedían a sus familias que les enviaran dinero para poder comprar alimentos en las tiendas del ejército y completar las raciones que recibían gratuitamente:

«I will have to begin and feed myself because the food we are getting is very bad indeed. They are going to stop giving us meat because they say it's so scarce that it's hard to get. The tea does be actually boiled. So I am going to buy food every day for the money you send me. All the rest of the chaps are doing the same»²²⁶.

Sin embargo, esta era una opción exclusiva de las familias que podían permitírselo, de igual manera que no todos los familiares podían asumir el pago de enviar paquetes con comida, tabaco o ropa limpia mientras estos estaban en el frente. No obstante, el hecho de que fuese relativamente habitual que las familias enviaran comida a los combatientes nos indica lo precario de la alimentación proporcionada por el ejército. La mayor parte de las veces los alimentos que enviaban las familias eran conservas o algún tipo de dulce que los combatientes compartían con sus compañeros de unidad para acompañar el té en algún momento de tranquilidad en el frente o en la retaguardia, experiencias que estrechaban la relación de los soldados.

Otros combatientes que, quizás no tenían esta posibilidad, consideraban la limitada y monótona alimentación del ejército una ofensa tras considerar el trabajo y estrés al que

²²⁴ James Murtagh, carta a su hermano, 13 junio 1916. Europeana 1914-1918: *Letters from James Murtagh*.

²²⁵ George Douglas Brush, carta a su familia, 20 mayo 1917. Europeana 1914-1918: *George Douglas Brush*.

²²⁶ James Healy, carta a su madre, 13 septiembre 1915. Europeana 1914-1918: *Brief history of my lost uncle James Healy*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3478

eran sometidos los soldados día y noche, concluyendo que era imposible mantener el ánimo elevado en semejantes condiciones:

«I know what a struggle it is, especially when one is worked to death, practically work night and day, and keeping with well pouring through (...), after getting drenched through, and having no chance of clothing. Working hard to keep the fears down and having very rotten food to eat. These are a few of the things that "tommies" have to put up with.

It is impossible to be happy under these trying conditions. But we keep on smiling»²²⁷.

Los fragmentos reproducidos nos permiten relacionar el déficit de la alimentación de los soldados con problemas en su estabilidad emocional y psicológica, pudiendo afectar directamente a su tolerancia frente a otros estímulos y experiencias de la guerra, como han argumentado investigaciones recientes (Anderson 2020, 13). Además, la disminución en la alimentación se produjo progresivamente desde que los soldados abandonaban los campos de entrenamiento y se acercaban al frente, empeorando y aumentando la preocupación y el estrés ante una experiencia que ya era estresante por sí sola. Es posible que si los combatientes hubiesen visto su alimentación cuidada por el ejército estos hubiesen afrontado el resto de las experiencias de la guerra moderna con un ánimo más elevado.

A lo largo de la guerra los soldados no fueron los únicos que vieron sus raciones de comida diaria controladas y reducidas, este sistema también se instauró en algunas ciudades británicas para controlar el consumo y asegurar que llegasen alimentos a todos los territorios del Imperio y, especialmente, a los combatientes de los diferentes frentes. Algunos soldados transmitieron con humor la aplicación de las medidas del ejército a la población general: «How go things at home? I see you are on rations now! Just like the army! You will be able to form some idea of how we live except you will be able to get luxuries we cannot get & your food will be of superior quality!»²²⁸. Sin embargo, el discurso general era de preocupación ante el hecho de que la guerra afectase directamente a la población civil, especialmente cuando llegaron al frente las noticias de los primeros bombardeos perpetrados contra las poblaciones del sur de Gran Bretaña (Neiberg 2005, 171).

²²⁷ Thomas Saxby Rudder, carta a su hermano, 18 enero 1917. *Europeana 1914-1918: Great Uncle Tom*. Disponible en:

https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4931

²²⁸ A.H.L., carta a su madre, 9 abril 1917. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

También podemos relacionar la preocupación de los soldados por el control de la alimentación de la población general y la suya propia con uno de los miedos más extendidos entre la sociedad británica durante el siglo XIX y principios del siglo XX: el hambre. Según Joanna Bourke (2005, 27), una de las principales preocupaciones de la población británica era la pobreza, y no solo una pobreza extrema que no permitiese alimentar a los miembros de la familia, también una relativa ante la cual una familia acomodada tuviese que vender sus bienes para superar la escasez. Aunque en estos casos habría que considerar también el miedo a perder un determinado estatus social, esto justificaría los elogios que recibía la alimentación proporcionada por el ejército durante el entrenamiento y la falta de reiteración en las cartas de los soldados ante la posterior, progresiva y mantenida disminución de la cantidad y calidad de la comida durante el resto de sus experiencias bélicas.

También cabría preguntarse sobre la situación de los soldados alemanes, quienes sufrieron el bloqueo naval de la marina británica desde noviembre de 1914, afectando tanto a la población civil como al ejército. En 1928 un estudio sobre el valor calórico de las raciones de la población alemana durante la Primera Guerra Mundial concluyó que había descendido de 3.000 calorías en la primavera de 1915 a 800 calorías en febrero de 1917 (Chickering 1998, 142-143). Es posible que la reducción de las raciones en la población se debiese a la necesidad de mantener o cuidar con más atención la alimentación de los soldados del ejército, aunque lo lógico sería que afectase a ambos grupos de población de manera similar, siendo este uno de los motivos por los que el ejército alemán colapsó en 1918 (Boff 2012).

Otra cuestión que queremos resaltar relacionada con el avituallamiento de suministros al frente es el consumo de tabaco y alcohol. Recordemos que el alcoholismo era considerado uno de los factores precipitantes de las enfermedades mentales y una de las causas de la espiral de degeneración en la que estaba sumida la población general británica (Huertas 1987, 34). Además, el consumo de alcohol en el frente parece del todo inadecuado para mantener a los soldados alerta ante cualquier indicio de ataque de los alemanes, por lo que cabría esperar que su consumo estuviese prohibido para los soldados, o al menos estrictamente controlado. Sin embargo, la ingesta de alcohol estaba estrechamente relacionada con el ejército y los conflictos bélicos, atribuyendo a estas bebidas connotaciones positivas como método para infundir valor a las tropas antes de las ofensivas, como rezaba la popular canción británica (Reid 2017, 118):

There are many types of courage, there
Are many kinds of fear,
There are many brands of whiskey, there
Are many brands of beer.

There is also rum, which sometimes in
Our need can help us much
But 'tis whiskey-whiskey-whiskey
Hands the courage which is 'Dutch'.

De hecho, aunque el discurso dominante en la élite social británica era que el consumo excesivo de alcohol era perjudicial, en septiembre de 1914 se aprobó la reintroducción de la ración diaria de ron para las tropas británicas. En principio esta debía suministrarse bajo control del oficial médico al mando y en determinadas condiciones. Sin embargo, estudios recientes afirman que se proporcionaba dicha cantidad de alcohol a prácticamente todos los soldados siempre que se disponía (Reid 2017, 121). La normalidad atribuida al consumo de alcohol en el ejército explicaría que los soldados no dedicasen especial atención a esta bebida en sus cartas, aunque sí lo hicieron cuando disfrutaban de alguna bebida particular o si formaba parte de alguna celebración, caso del fin del servicio en las trincheras: «Pork chops for dinner washes down by cherry whiskey and white wine so we are not doing badly»²²⁹.

Además, determinados tipos de alcohol eran considerados terapéuticos en algunas dolencias y enfermedades, suministrándose también en los hospitales. De hecho, el médico y teniente coronel Rogers dijo después de la guerra que la victoria británica había sido posible gracias a la doble ración de ron y café suministrada a los soldados (Reid 2017, 118). Por otra parte, el ejército alemán se había servido de los suministros almacenados en las trincheras británicas para completar la alimentación de los soldados y paliar los efectos del bloqueo naval que sufrían desde el inicio de la contienda (Veiga y Martín 2014, 219-220), de manera que cuando las ofensivas alemanas comenzaron a fracasar, la imposibilidad de acceder a las reservas británicas de comida y alcohol motivaron el colapso del ejército alemán en la primavera de 1918 (Watson 2008, 205).

El tabaco también fue protagonista de los debates de la comunidad médica en torno a sus efectos beneficiosos o perjudiciales para la salud, pues ya se conocía el efecto nocivo y adictivo de la nicotina (Reid 2017, 136). De igual manera que sucedía con el alcohol, el consumo de tabaco estaba ligado a los conflictos bélicos y a la masculinidad de los soldados, por lo que, lejos de prohibirlo, el ejército suministraba determinadas cantidades de tabaco a los soldados semanalmente: «We each get a free issue of 30 cigarettes or 2 oz

²²⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

tobacco every week, but pay is more irregular»²³⁰. Además, animaban a las familias de los soldados a que incluyesen tabaco o cigarrillos en los paquetes que enviaban a los combatientes, identificando múltiples referencias a estos envíos en la correspondencia de los soldados en forma de agradecimiento o de interrogante sobre la falta de tabaco: «I don't know whether you put any cigs in the parcel or a letter as I never received them being as the parcel was all burst when I received it but I still think I got the greater part of the thing»²³¹. Por último, los soldados podían comprar tabaco en las tiendas del ejército a menor precio que en Gran Bretaña, por lo que podemos argumentar que tenían todas las facilidades para acceder a esta droga que utilizaban para paliar el estrés de la guerra. Un soldado que había servido en la batalla de Galípoli y Francia escribió sobre el consumo del tabaco en el ejército: «If any harm is done to the Tommy by smoking cigarettes it probably saved thousands from going stark staring mad» (Reid 2017, 136).

Por todo lo anterior, podemos concluir que en el ejército británico se ignoraron los conocidos efectos nocivos del consumo de alcohol y tabaco en la población, no solo por una cuestión de que estas sustancias estaban relacionadas con la hombría y la valentía en los conflictos bélicos, también porque permitían controlar la moral de los soldados y su conducta en el frente. Por un lado, el tabaco como sustancia adictiva generaba dependencia en los soldados, sufriendo estos de nerviosismo cuando permanecían un tiempo sin fumar. Es por esto por lo que, aparentemente, calmaba los nervios de los soldados durante el conflicto y les ayudaba a soportar los ataques alemanes y el resto de las experiencias en la guerra de trincheras. Por otra parte, podemos relacionar el consumo de alcohol y el famoso valor que infundía con la característica desinhibición que produce la ingesta de bebidas alcohólicas, envalentonando a los soldados para protagonizar las ofensivas masivas de infantería y obviar, hasta cierto punto, las altas probabilidades de muerte de semejantes tácticas militares.

Basándonos en la correspondencia de los soldados podemos argumentar que estos no fueron conscientes del control que ejercía el ejército sobre ellos a través de estas sustancias, pues no hemos identificado queja alguna relacionada con su consumo o falta de este. Tampoco sería adecuado argumentar que no detectaban ninguna de las formas en

²³⁰ Harry Stanley Green, carta a su mujer, 5 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*.

²³¹ Horace Maynard, carta a su madre, 11 julio 1918. *Europeana 1914-1918: The Unvisited Grave*.

Disponible en:

https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4341

que el alto mando militar y el gobierno controlaba a la población, pues hemos reproducido en capítulos anteriores las dudas que despertaban las noticias sobre las batallas y el curso de la guerra entre los combatientes. Es posible que los soldados considerasen el consumo de estas sustancias como algo positivo de la vida en el ejército, pues obtenían placer o alivio del miedo y del dolor a través de su consumo, por lo que carecería de sentido que criticasen al ejército por suministrárselos.

Por último, la imposibilidad de establecer rutas seguras de avituallamiento al frente también afectaba al suministro de agua potable a los soldados, que junto al déficit de alimentación y las malas condiciones higiénicas provocaron que las enfermedades proliferasen en las trincheras con mucha facilidad. Sin embargo, no hemos identificado en las misivas de los soldados referencias exclusivas a los problemas de abastecimiento de agua potable en el frente, aunque podríamos relacionar la falta de suministro de agua con algunos fragmentos en los que los combatientes describieron la imposibilidad para asearse y afeitarse durante varios días: «You would have laughed to have seen us all the morning we got here. It was four or five days I think since any of us had either a wash or a shave and we did look a lot of beared ruffians»²³² o «Just a few minor disadvantages like not being able to wash and shave often»²³³.

La cuestión en torno al problema del agua potable merece una mención especial por motivar investigaciones sobre los métodos de potabilización de agua en el bando aliado, pues los alemanes construyeron conductos subterráneos a gran profundidad que llevaban agua al frente. Por su parte, los ejércitos aliados implementaron diferentes métodos químicos de potabilización del agua que generaron un intenso debate en la comunidad científica europea. Finalmente, se impuso el método ideado por el francés Philippe Jean Bunau-Varilla²³⁴, que recibió el nombre de *verdunización* porque fue durante la batalla de Verdún (1916) cuando lo inventó, con el objetivo de reducir el número de muertes a causa de las enfermedades provocadas por la falta de agua potable. Su método, también denominado *javelización*, consistía en añadir pequeñas cantidades de una solución de

²³² Harold Ward, carta a su esposa, 4 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²³³ Harold Ward, carta a su mujer, 11 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²³⁴ Philippe Jean Bunau-Varilla (1859-1940) fue el ingeniero francés responsable de la construcción del Canal de Panamá, proyecto que se inició en 1880 patrocinado por la Compañía Universal del Canal Interoceánico, pero que no finalizaría hasta 1914, año en que Bunau-Varilla ya estaba en Francia combatiendo en la Primera Guerra Mundial (Fernández y Tamaro 2004c).

hipoclorito de sodio al agua, siendo uno de los tratamientos que se utiliza en la actualidad para potabilizar el agua.

1.2. Otras batallas: las enfermedades

«I got a bit of a cough but nothing to bother about»²³⁵,

Fred Findlay, 4 marzo 1916

Se suele citar a la Primera Guerra Mundial como el primer conflicto en el que el número de soldados muertos por la actividad bélica superó al de fallecidos por enfermedades. Sin embargo, esta afirmación solo es válida para el frente occidental y si obviamos a los soldados caídos por la epidemia de gripe de 1918-1919, pues la relación de muertes por enfermedad y armas de fuego se mantuvo en el resto de los enfrentamientos del conflicto. Algunos historiadores como David Stevenson (2013) han atribuido este fenómeno al triunfo de la medicina sobre la enfermedad gracias a los avances en materia sanitaria, al desarrollo de la bacteriología que produjo las primeras vacunas y a las mejoras en la higiene individual y colectiva, aunque las condiciones descritas en el apartado anterior ponen en duda este argumento. Otros investigadores han defendido que el aumento de la tasa de mortalidad de los heridos a causa de la utilización masiva de la artillería pesada estuvo detrás de la inversión de porcentajes (Bergen 2009, 177), motivo por el cual dedicaremos un capítulo independiente a las heridas causadas por el armamento moderno.

Recuperar en estos momentos los debates en torno a todas las enfermedades presentes en las trincheras precisaría de un espacio que nos apartaría de los objetivos de esta investigación. Por lo tanto, abordaremos el análisis de algunas enfermedades que consideramos relevantes porque aparecen en la correspondencia de los soldados como el pie de trinchera descrito en el apartado anterior, porque se identificaron por primera vez durante el conflicto como la fiebre de trinchera, porque su historia ha quedado ligada a la Primera Guerra Mundial como la epidemia de gripe de 1918-1919, o porque nos permiten introducir otros factores que condicionaron la experiencia de los soldados en el conflicto y, por tanto, merecen un espacio en nuestra investigación.

Adelantábamos en los capítulos introductorios que uno de los problemas sociales a los que hizo frente el gobierno británico en las décadas anteriores al inicio del conflicto

²³⁵ Fred Findlay, carta a su padre, 4 marzo 1916. *Europeana 1914-1918: Fred Findlay and family life while in the trenches.*

fue la prevalencia de enfermedades venéreas en la población, infecciones que tenían una carga moral importante. Durante la Primera Guerra Mundial los ejércitos implementaron medidas para controlar la actividad sexual de los soldados como la organización de una red de burdeles cercanos al frente en los que se llevaba un control sanitario estrecho de las prostitutas (González Deleito 1918, 145), lo que se demostró eficaz, pues investigaciones posteriores han concluido que el 70% de los soldados que padecieron alguna enfermedad venérea se contagiaron lejos del frente (Davidson y Hall 2001, 85).

No es nuestro objetivo determinar en estos momentos la eficacia de las medidas implementadas, pero durante la Primera Guerra Mundial las enfermedades venéreas fueron un problema sanitario para todos los ejércitos. Leo van Bergen (2009, 188) recoge estadísticas en las que el número de soldados que padecieron alguna enfermedad venérea asciende a 400.000 británicos, precisando ingreso hospitalario 150.000; 300.000 alemanes y más de un millón de franceses. Teniendo en cuenta que un soldado contagiado de sífilis necesitaba un mínimo de 5 semanas para recuperarse, no es de extrañar que algunos médicos alemanes propusieran que los soldados contagiados permaneciesen en sus unidades y recibiesen el tratamiento pertinente en el frente para evitar el colapso de los hospitales (González Deleito 1916, 494).

Además de las medidas tomadas para la prevención del contagio, los ejércitos británico, belga y alemán predicaban la contención moral de los soldados, pues era su deber mantenerse sano y contribuir al esfuerzo bélico de su país. Esta idea alcanzó su máxima expresión cuando las infecciones venéreas empezaron a considerarse enfermedades autoinfligidas tras el fracaso de las medidas implementadas con el objetivo de disminuir su incidencia. Por ejemplo, en el ejército británico el soldado debía pagar una multa y su regreso a Gran Bretaña se posponía un año. Aunque las estadísticas oficiales avalaron el éxito de estas medidas, algunos historiadores defienden que pudo deberse a que los soldados contagiados optasen por ocultar sus síntomas para evitar el castigo, por vergüenza o por miedo a que se enterasen sus familias (Bergen 2009, 200; Bergen 2020, 202).

Recordemos que en las décadas anteriores al conflicto se culpaba exclusivamente de este problema social a las prostitutas (Barona 2016, 18), pero la organización de burdeles controlados por el ejército y el estrecho control al que eran sometidas llevó a considerar que los soldados no se protegían frente a las enfermedades venéreas voluntariamente, por lo que se inició un proceso de culpabilización de los combatientes que sufrían estas infecciones.

Los motivos por los que este tipo de enfermedades no quedaron registradas en la correspondencia de los soldados son obvios, así como se ocultaban las visitas a los burdeles durante los periodos de descanso en la retaguardia; sin embargo, este era un secreto a voces. Además, los combatientes eran uno de los principales objetivos de las medidas implementadas por el gobierno y las campañas propagandísticas sobre prevención de enfermedades venéreas de los países beligerantes (Figura 18).



Figura 18. Ernest Fuhr. 1918-1920. You kept fit and defeated the Hun – now set a high standard, a clean America! Stamp out venereal diseases. Library of Congress: 00652170.

Volviendo sobre el problema de las enfermedades, aunque los ejércitos intentasen mantener a los soldados en el frente mientras recibían el tratamiento pertinente cuando era posible, las enfermedades fueron el principal motivo por el que los combatientes acudían a los servicios sanitario del ejército e ingresaban en hospitales de la retaguardia. Tanto en el ejército británico como en el alemán, más del 50% de los ingresos en los hospitales se debieron a enfermedades (Bergen 2009, 179). Sin embargo, igual que sucedía con las estadísticas de soldados heridos, debemos acoger estos datos con cautela, pues aportan una información parcial considerando que muchos soldados que fueron alcanzados y fallecieron en batalla nunca ingresaron en los hospitales, por lo que no cuentan en estas estadísticas.

Además, debemos matizar el significado de *estar enfermo* en las trincheras, pues debido a la falta de agua potable, la alimentación pobre y monótona, el consumo de sustancias perjudiciales y las deficientes condiciones higiénicas de las trincheras, prácticamente la totalidad de los soldados que habían servido en las trincheras sufrían diferentes afecciones como infecciones de la piel, enfermedades de la boca como la gingivitis, resfriados o gastroenteritis. Además, debemos considerar los síntomas psicosomáticos que podían desencadenar la experiencia de combate. Según el teniente coronel estadounidense W. Ranson era normal que los soldados sufriesen tensión muscular, temblores, alteraciones en la respiración, náuseas, problemas gastrointestinales, incontinencia, taquicardia, desmayos y vértigos (Bourke 2005, 203).

Sin embargo, estas raras veces eran lo suficientemente graves para inhabilitar al soldado para el combate (Bergen 2009, 179). Muestra de ello es la falta de referencias en la correspondencia de los soldados a semejantes dolencias a pesar de haber identificado misivas en las que denunciaron las condiciones de vida en el frente, el frío de las trincheras, la imposibilidad de dormir adecuadamente o la alimentación insuficiente. Sin embargo, incluso en las cartas en las que reconocían estos problemas y en las que decían tener alguna enfermedad leve, transmitían la idea de que no afectaban a su salud física o que lo hacían mínimamente, caso de Harold Ward: «All my officers are fit and well if you except dugout colds»²³⁶, y del siguiente soldado que escribió en la misma frase que disfrutaba del mejor estado de salud y que llevaba dos semanas con un resfriado: «I am in the very best of health. I have had a bit of a cold for the last couple of weeks, but I can't grumble as nearly everybody has a cold now»²³⁷.

Es posible que los soldados considerasen que los síntomas desarrollados a causa de estas condiciones eran inherentes a la experiencia bélica y que no merecieran un espacio en las cartas que enviaban a sus familias. De hecho, parte de las enfermedades que sufrieron los soldados en el frente se consideraron endémicas del conflicto, pues no existían en tiempo de paz. Por ello se nombraron con el adjetivo *de trinchera*, nombre que se mantuvo incluso cuando se había identificado la causa de la enfermedad, caso del pie de trinchera (*trench foot*), la fiebre de trinchera (*trench fever*) o la boca de trinchera

²³⁶ Harold Ward, carta a su mujer, 11 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²³⁷ Charles Patrick Flanagan, carta a su hermana, 8 noviembre 1917. *Europeana 1914-1918: Letters written by Charles Patrick Flanagan, Royal Flying Corps*.

(*trench mouth*). La última era la inflamación de las encías a causa de la falta de higiene bucal y las carencias vitamínicas de la dieta (Bergen 2009, 180).

Algunos soldados no solo ignoraban las dolencias o molestias triviales, también ocultaban otras enfermedades más graves que podían provocar la evacuación del frente. Por ejemplo, el capitán Harold Ward estuvo cuatro días ingresado en un hospital francés afectado por la fiebre de trincheras, pero esta fue la única mención que hizo al respecto:

«I am glad I have managed to stick it for a whole year and that out of that year I have spent more time with the Battalion than any other officer. Two short leaves to England were the only breaks unless one counts the four days I spent at the CCS with Trench Fever. That's not too bad a record for an infantry officer in these times of stress and strain»²³⁸.

De hecho, este fragmento pertenece a una carta escrita al final de su experiencia bélica, en la que cita su enfermedad pasada con el objetivo de destacar su resistencia física y mental durante el conflicto, pues el resto del tiempo permaneció en activo con su unidad sin sufrir enfermedades ni lesiones graves. Podemos argumentar que esta fue la única enfermedad que mencionó en su correspondencia porque fue la única por la que tuvo que acudir a los servicios sanitarios, por lo que cualquier dolencia que no le impidiese continuar con las actividades del ejército no merecía ser contada a sus familias con el objetivo de no preocuparles innecesariamente.

La fiebre de trinchera fue una enfermedad que cursaba con picos febriles recurrentes y cefalea leve, sin presencia de algún síntoma que permitiese a los médicos militares diferenciar claramente esta enfermedad. Se reportó por primera vez en junio de 1915 por el médico británico John Graham, pero fueron necesarios varios años para identificar todas sus etapas y síntomas, a saber: anemia, esplenomegalia e irritabilidad del sistema nervioso (Bergen 2009, 180). En un primer momento se la denominó fiebre de trinchera porque se desconocía la causa de la enfermedad y se atribuyó a alguna de las plagas comunes en las trincheras del frente occidental y del resto de frentes donde empezaron a aparecer nuevos casos. Sin embargo, basándonos en la correspondencia de los soldados podemos inferir que el control de plagas no era una prioridad para el alto mando militar, que invertía su tiempo y recursos en intentar ganar la guerra, ni para los soldados, que estaban ocupados en mantenerse con vida frente a los peligros de la guerra. Por ello, los

²³⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 21 febrero 1918. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

intentos de controlar las plagas fueron estériles y en las cartas que los soldados enviaron describieron en numerosas ocasiones la presencia de ratas e insectos durante todo el año:

«The rats in the trenches are too funny for words. Great big things, as big as Gertie, some of them, and as cheeky as anything. They seem absolutely to ignore us and don't think of running away if you come across them. Horrible thing they are and one of the vile accompaniments of this infernal war»²³⁹,

«The billets I was in a few days ago were certainly will crowded with rats and such big ones too»²⁴⁰, y

«Where we are now they [rats] are walking all over us, by night we got to keep kicking them off the brutes. I don't like them comeing on my face but we have got to put up with that to»²⁴¹.

De hecho, la presencia de roedores en las trincheras ha trascendido como una de las imágenes características de la Primera Guerra Mundial y uno de los problemas a los que hicieron frente los soldados. Durante el conflicto fueron muchas las imágenes que se publicaron en los periódicos de soldados británicos, franceses y alemanes posando con las ratas que habían atrapado en las trincheras (Figura 19).

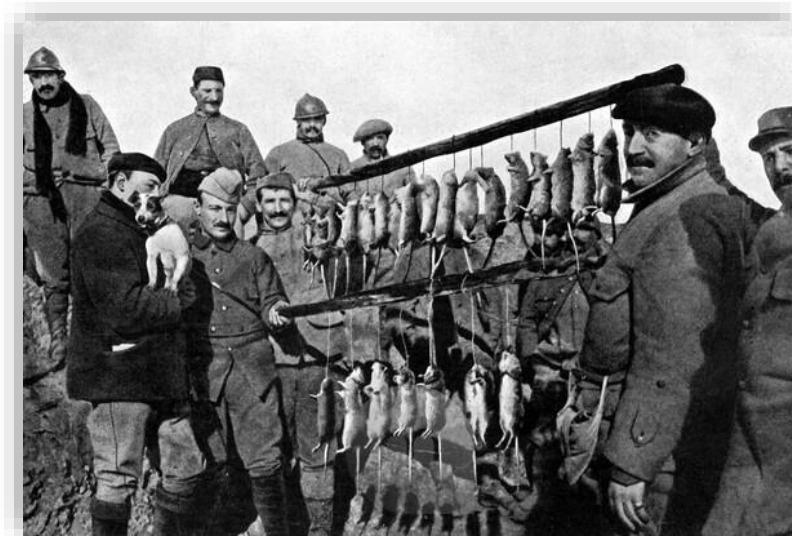


Figura 19. Autor desconocido. 30 septiembre 1916. The result of a quarter of an hour's chase in the trenches. Mauritius images: 12331725.

²³⁹ A.H.L., carta a su madre, 20 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

²⁴⁰ James Anthony Murphy, carta a su madre, 17 abril 1917. Europea 1914-1918: *Letter from my great uncle J. Murphy to his mother.*

²⁴¹ Robert William Price, carta a su mujer, no fechada. Europea 1914-1918: *Private Robert William Price - letters to his wife.*

Finalmente, el 23 de marzo de 1918 se publicó la investigación que reveló la causa de la fiebre de trincheras: esta sucedía cuando las heces de los piojos penetraban en la piel de los soldados (Bellogin 1918, 565-567), siendo esta la única forma de contagio y descartando la transmisión entre humanos defendida anteriormente (Versluys 1917, 489). Sin embargo, aunque se conocían los métodos para prevenir las infestaciones de piojos, estas medidas eran imposibles de asumir en las trincheras, por lo que siguió representando un problema para los ejércitos beligerantes hasta el final del conflicto. Se estima que en el bando aliado afectó a 200.000 soldados y aunque era baja la mortalidad asociada, los pacientes permanecían una media de 4 a 6 semanas recuperándose. Debido a la baja mortalidad y gravedad de la enfermedad podemos argumentar que algunos soldados superasen la enfermedad en el frente, sin acudir a los servicios sanitarios. Al tiempo, la similitud de síntomas con los de otras enfermedades pudo provocar que no se identificaran todos los casos de esta enfermedad (Bergen 2009, 180).

Este fue un problema que también se ha identificado en otras infecciones que padecieron los soldados del conflicto como la fiebre tifoidea, enfermedad que causa diarreas y erupción cutánea, dos síntomas habituales en el frente debido a las condiciones descritas a lo largo del capítulo, aunque no se sufriesen esta enfermedad. En la actualidad sabemos que está causada por la bacteria *Salmonella typhi* y que se propaga a través de alimentos y agua contaminada, pero a principios del siglo XX estaba en pleno proceso de independización de otras patologías que se identificaban bajo el nombre de fiebres entéricas, tifus abdominal, y un largo etcétera, cuyos agentes causales se estaban descubriendo desde el campo de la bacteriología (Arrizabalaga 2006, 243).

De hecho, las investigaciones sobre esta infección entérica sucedieron tras el elevado número de muertes que había causado entre los combatientes de la Guerra de Crimea (1853-1856), la Guerra Civil estadounidense (1861-1866) y la Guerra franco-prusiana (1870-1871). En 1880 Carl Joseph Eberth descubrió la bacteria causal y en 1896 había dos grupos de investigación liderados por el inglés Almroth Wright y el alemán Richard Pfeiffer dedicados al desarrollo de una vacuna. Al inicio de la Primera Guerra Mundial ambos bandos disponían de vacunas eficaces contra la fiebre tifoidea; sin embargo, solo el ejército británico inoculó el fármaco a sus tropas, sufriendo un total de 1.100 muertes a causa de esta enfermedad. Por su parte, los ejércitos francés y alemán introdujeron la vacunación a lo largo del conflicto, afectando la enfermedad a un total de 130.000 franceses y 116.481 alemanes y sufriendo una mortalidad del 9,5% y 10% respectivamente (Tuells 2009, 66).

Estas enfermedades plantearon problemas a los sistemas de apoyo sanitario a los que se sumó el cambio en la tipología de heridas que sufrían los soldados a causa del nuevo armamento moderno, estimulando cambios en materia sanitaria sobre los que reflexionaremos en los próximos capítulos. Sin embargo, la epidemia de gripe que asoló Europa entre 1918 y 1919 no solo reveló los problemas de los Cuerpos de Sanidad Militar, también mostró las debilidades de la medicina del siglo XX, una ciencia que parecía que vencía a la enfermedad tras los descubrimientos de las bacterias y el posterior desarrollo de vacunas, pero que fue incapaz de identificar el agente causal de la gripe (Porrás 2020, 133).

La cifra de muertos a causa de la epidemia de gripe ha aumentado de los 15 o 20 millones estimados en los años 20 hasta los 50 o 100 millones que arrojan las últimas investigaciones motivadas por la epidemia de COVID-19. En estas se han incluido los estudios de países que habían quedado al margen de los estudios sobre la epidemia y considerado los factores que dificultaron el diagnóstico de los casos de gripe como la similitud de sus síntomas con otras enfermedades respiratorias, los fallecidos a causa de complicaciones típicas de la gripe o las consecuencias del colapso sanitario en el diagnóstico y tratamiento de enfermedades que podrían haber sido curadas de no haber sucedido la epidemia de gripe (Porrás 2020, 49-50).

Lamentablemente, la correspondencia disponible de la mayor parte de los soldados que forman parte de esta investigación no abarca la última etapa del conflicto, bien porque fallecieron en batallas anteriores, porque habían sido desestimados para el combate en los años anteriores o porque no se ha conservado. Solo el prisionero de guerra Joseph Henry Morgans dijo que la gripe fue prevalente en su campo de prisioneros en agosto de 1918 y que él padeció un caso leve durante 4 días: «So pleased to learn that everything is alright at home and that Mother is much better after the influenza. It was quite prevalent here in August. I had about four days of it myself. Now it's quite cleared off again»²⁴².

Basándonos en la falta de hallazgos relacionados con la epidemia de gripe podemos concluir que los soldados percibieron el aumento de casos de esta enfermedad como una más de las dificultades que debían superar durante su experiencia bélica. Es posible que, debido a su parecido con otras enfermedades respiratorias, no le diesen mayor importancia que la que les daban a otras.

²⁴² Joseph Henry Morgans, carta a su familia, 22 septiembre 1918. *Europeana 1914-1918: Grandfather Saved by German Surgeons*. Disponible en: <https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https://www.europeana.eu/contributions/4891>

Por otro lado, aunque en una proporción muy baja, hubo más soldados que mencionaron a lo largo de su correspondencia las enfermedades que se denominaron *de trinchera*, como el pie de trinchera que aparece en las cartas de 6 soldados. Podemos argumentar que, dado que la causa de estas enfermedades eran determinadas condiciones que solo se daban en el conflicto, escribir sobre estas era una forma clara y directa de transmitir las consecuencias que la guerra tenía en la salud de los soldados, pues otras enfermedades que padecían los soldados existían anteriormente. También podríamos argumentar que los combatientes, como defensores de la población, debían demostrar resistencia física y mental ante las dificultades que afectaban a la población general con el objetivo de transmitir fortaleza y seguridad a aquellos que debían proteger.

1.3. Retaguardia

«it is a change to get back to where one cannot hear the guns and shells»²⁴³,
Harold Ward, 22 junio 1917.

Considerando los aspectos de la vida en las trincheras sobre los que hemos reflexionado en los apartados anteriores, no es de extrañar que abandonar las trincheras e iniciar el camino hacia los lugares de descanso en la retaguardia del frente fuese una buena noticia para cualquier soldado, especialmente cuando el servicio en las trincheras se había prolongado:

«We are just out for our rest at present, after doing 20 days in the trenches, so you maybe sure we are doing our best to enjoy the week. I met Humphery Healy yesterday as he was coming out, and he was in the best of health and spirits. His wound is all right and doesn't seem to affect him at all. He told me Pat was gone down the line wounded, but that it wasn't very much, and he expected him back again very soon»²⁴⁴.

Debemos considerar que la situación en la retaguardia distaba de ser la ideal para la recuperación de los soldados, pero la gravedad del estado de las trincheras provocaba que todo lo que no fuese servir en estas era sentido por los soldados como disfrutar de las comodidades de un palacio, pues al menos estaban protegidos de la meteorología adversa: «We are present living in bivouacs but believe me the old stone house is the best old

²⁴³ Harold Ward, carta a su mujer, 22 junio 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁴⁴ Jerome Guerin, carta a su madre, 7 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Jerome Guerin*.

palace after all, it must be great to look out the window and say to the elements "Do your worst you can't wet me in here"»²⁴⁵.

En este sentido, es lógico que las condiciones meteorológicas que empeoraban la vida en las trincheras como el frío, la lluvia o la nieve perdieran relevancia cuando los soldados podían refugiarse por la noche y dormir las horas que el servicio en las trincheras les había arrebatado:

«We have been away from the firing line for three days now and I have been intending to write to you for some time, it has been glorious to sleep and sleep with the only the distant rumble of guns. The country is all white with snow and the sun shines gloriously over it all, this frost is really a blessing as now one can walk on top of the mud instead of wading through it over the top of one's boot»²⁴⁶.

El frío y la nieve, que eran maldecidos en las trincheras por inundarlas y provocar la congelación de las extremidades brindaban en la retaguardia un paisaje placentero para los soldados que evocaba recuerdos de su hogar y los animaba a pasear por las praderas nevadas bajo el sol invernal. En el caso de los periodos de descanso durante los meses cálidos nos encontramos con el mismo fenómeno que en las cartas enviadas desde el frente, por lo que no hemos identificado evolución alguna en la forma de describir las condiciones climáticas.

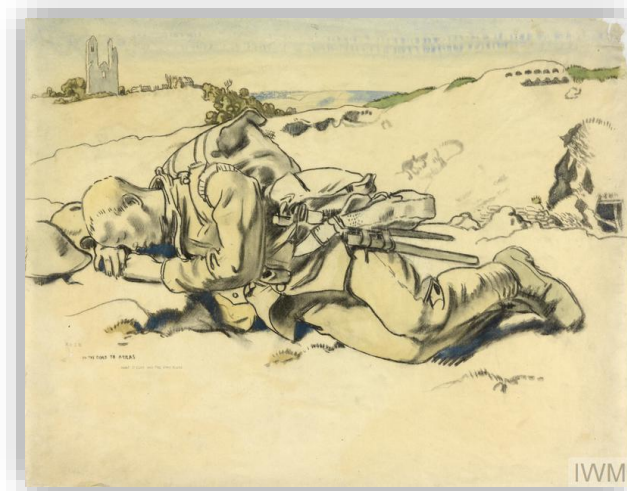


Figura 20. William Orpen. 1917. A man Resting, near Arras. Mont St Eloi on the left, Vimy. Ridge in the distance. IWM ART 2990

²⁴⁵ James Anthony Murphy, carta a su madre, 17 abril 1917. *Europeana 1914-1918: Letter from my great uncle J. Murphy to his mother.*

²⁴⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 21 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres.*

Podemos argumentar que tanto en el frente como en la retaguardia el calor del verano no era considerado un problema grave como el frío o la lluvia invernal y, aunque podía dificultar la actividad física y provocar deshidrataciones debido a la falta de agua potable en el frente, hacía la experiencia militar menos desagradable y facilitaba que los soldados descansasen en cualquier momento (Figura 20).

No obstante, no todo era descanso en la retaguardia, pues los soldados continuaban sometidos a la disciplina militar, debían entrenar diariamente para mantener una forma física adecuada y debían estar preparados para marchar a la primera línea de trincheras o a cualquier otra parte del frente donde necesitasen refuerzos: «Rest is rather a misleading term for we work and have inspections and c. It really means that we are in a comparatively safe place - practically out of range of the guns - and we get undisturbed nights. It gives ones nerves a chance of becoming normal again»²⁴⁷. Como argumenta Ward, la principal diferencia era que lejos del frente estaban relativamente a salvo de los cañones de artillería alemanes, lo que permitía evadirse lo suficiente de la experiencia bélica como para recuperarse física y psicológicamente. Cabe destacar la referencia a la regresión de los nervios a un estado normal durante el descanso en la retaguardia. Podemos argumetnar que durante el servicio en las trincheras los soldados acumulaban estrés progresivamente, pues la muerte acechaba en cada momento a los soldados, encontrando pocos o ningún momento de evasión del conflicto. En consecuencia, el simple hecho de salir de las trincheras y dejar la sensación de muerte inminente atrás representaba un alivio emocional y psicológico considerable que les permitía restaurar su salud física y mental en poco tiempo: «Just a line to say I am fit and well and enjoying the change though the training is harder physical work than holding the line. Still there is an absence of strain which is a relief»²⁴⁸.

Además, salir de las trincheras permitía a los soldados contemplar la situación del frente desde otro punto de vista y valorar las condiciones de las trincheras sin estar inmersos en la incomodidad y el peligro de la guerra moderna. Esto no significa que desde la retaguardia las descripciones de las trincheras mejorasen, más bien todo lo contrario debido a la comparación de las condiciones de las trincheras y de la retaguardia:

²⁴⁷ Harold Ward, carta a su mujer, 21 abril 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁴⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 18 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

«I hear that we are to stay in the wood several more days. In some ways it is just like a holiday. We have to go forward at night and dig - we sleep in our boots - there is very little water available for washing; but those are very minor hardships considering what some of the fellows are putting up with in other parts of the line»²⁴⁹.

No obstante, lejos del frente podían comparar las condiciones de las trincheras de las que habían salido con experiencias previas y reflexionar sobre otros factores que podían haber recrudescido aún más la vida diaria en las trincheras, motivo por el que Ward concluía: «Comfort in the trenches is a comparative term only and it is impossible to compare trench life with home life. Still it is never so bad that it couldn't be worse»²⁵⁰.

Es plausible que debido a las condiciones de las trincheras y las responsabilidades asociadas al servicio en estas los soldados no tuviesen tiempo para escribir cartas desde las primeras líneas del frente. Por lo tanto, podemos argumentar que en la retaguardia los soldados tenían más tiempo para reflexionar sobre su experiencia bélica y escribir a sus familias; sin embargo, la falta de información en las misivas respecto a la localización exacta del soldado dificulta comprobar esta hipótesis. En la correspondencia analizada disponemos de 148 cartas enviadas desde la retaguardia y 87 desde las trincheras en las que los soldados expresaron su situación explícitamente en algún momento de la misiva. Sin embargo, otras 204 cartas fueron enviadas desde algún punto del frente occidental, pero los combatientes no especificaron donde se encontraban y la información contenida en la carta tampoco permite inferirlo.

Volviendo sobre la reflexión de los soldados sobre su experiencia inmediata en las trincheras, debemos considerar que esta también incluía recordar a los compañeros que habían sido heridos y habían tenido que regresar a Gran Bretaña y aquellos que habían fallecido y nunca regresarían del frente:

«I am glad today that I have come out of the trenches safe again but there are many poor chap that has not, it is the worst lot of the trenches that we have been in plenty of water and mud. We have to wear long boots to keep us as dry as posible and the Germans have been laying mines they blowed one up and we lost 26 men of out of one company»²⁵¹,

²⁴⁹ Harold Ward, carta a su mujer, 1 junio 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁵⁰ Harold Ward, carta a su mujer, 27 febrero 1918. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁵¹ Robert William Price, carta a su mujer, 15 marzo 1916. *Europeana 1914-1918: Private Robert William Price - letters to his wife*.

«We have just come from the trenches where we were for seven days and had a most awful time. [...] I am sorry to say we had many casualties thirty five killed and one hundred and thirty eight wounded and I can assure you it was an experience I shall never forget»²⁵², y

«We came out of action at the latter end August, as you will see by the papers if you look, and I can tell you I was pretty bad, and the stink of bodies was cruel. My best pal got killed, and my other pal was wounded, but I am lucky again answering the roll call. [...] We are a good way back from the line now having a little rest after being in action, and I think nearly all our boys got a souvenir of some sort»²⁵³.

Por lo tanto, aunque los periodos de descanso en la retaguardia representaban un bálsamo en el conjunto de la experiencia bélica, también provocaban que se echase en falta a aquellos que habían fallecido durante el combate y con quienes no podían compartir las experiencias agradables que brindaba el ejército en la retaguardia. Uno de los beneficios de estar relativamente lejos del frente era la mejora de la alimentación, pues en estos lugares los problemas de avituallamiento no eran tan acusados como en el frente. De hecho, algunos soldados recibieron una alimentación más que aceptable considerando las condiciones del frente: «At present we are living very well indeed, with bacon and kidneys for breakfast, steaks and vegetables for dinner, jam and honey etc. for tea and bread and cheese and pickles for supper. Nor bad for “active service”»²⁵⁴.

Además, retomar actividades comunes a la vida civil como el deporte o la música permitían a los soldados evadirse momentáneamente de la realidad del conflicto: «We had a very enjoyable afternoon yesterday at our Brigade Sports. They were very good and extremely interesting. There was also some extremely good music. In fact most people here thought on yesterday afternoon that this was a very fine war»²⁵⁵ (Figura 21).

²⁵² Richard Frederick Hull, carta a un amigo, 19 julio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Trenches: “a most awful time”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-awful-time/>

²⁵³ William Elbourne, carta a una amiga, 3 septiembre 1916. Europeana 1914-1918: *Letters and postcards between Annie O'Connor and friends, brothers and future husband*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_18098

²⁵⁴ Montague Percy Pond, carta a su padre, 9 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Railhead: “we are living very well”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/railhead-living-well/>

²⁵⁵ Peter “Leo” McGrane, carta a su hermano, 13 mayo 1917. Europeana 1914-1918: *Irish letters from the front: the McGrane brothers in the First World War*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17347



Figura 21. Ernest Brooks. 13-05-1917. The Rest and Recreation on the Western Front, 1914-1918. IWM Q 2135.

El mejor ejemplo de las actividades que realizaban los soldados cuando estaban alejados del frente lo encontramos en la correspondencia de Alvin Whiteley, quien no llegó a entrar en combate durante su servicio en África. Sin embargo, las cartas de este soldado ocupan un lugar privilegiado en el siguiente capítulo, por lo que no abordaremos su análisis en estos momentos.

Por último, aunque los soldados se evadiesen del conflicto durante los periodos de descanso en la retaguardia, siempre tenían presente que antes o después regresarían a las trincheras para seguir combatiendo mientras durase la guerra. Por este motivo algunos soldados eran incapaces de evadirse, pues en cuanto salían de las trincheras eran conscientes de que volverían al poco tiempo: «Well Did we are out of the trenches again but I don't think we shall be out long, and it is a bit cold in the trenches this weather but we still keep smiling, and no complaints»²⁵⁶.

Además, la perspectiva de regresar a las trincheras devolvía a los soldados al estado de alerta constante que debían mantener en el frente, incluso en aquellos que conseguían relajarse y descansar en la retaguardia como Harold Ward. Este, al recibir la noticia de que debían sustituir a las unidades de primera línea, la preocupación y el estrés derivado de las condiciones de vida en las trincheras volvían a aparecer en las cartas que enviaba a su familia: «I shall be sorry to leave my wood tonight and for the next few days or so I shall be living in a trench where it is as well to keep out of sight during the daylight. We shall be in the old game again of sleeping by day and keeping awake at night»²⁵⁷.

²⁵⁶ John William Clayford, carta a su hermano, 27 diciembre 1916. Europeana 1914-1918: *John William Clayford*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17102

²⁵⁷ Harold Ward, carta a su mujer, 7 mayo 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

Si la noticia de regresar al frente no era suficiente para infundir de nuevo la preocupación y el miedo característico del servicio en las trincheras, este regresaba con la visión de los efectos de la guerra moderna en el paisaje centroeuropeo durante la movilización: «We passed through several villages and gradually got back to the war. Barbed wire and trenches, old shell holes then ruined villages and the sound and sight of bursting shells»²⁵⁸.

Por todo lo anterior, podemos concluir que los periodos fuera de las trincheras eran de vital importancia para que los soldados recuperasen el estado físico y mental con el objetivo de que estuviesen preparados para soportar de nuevo las experiencias de la guerra moderna y las condiciones de las trincheras durante el siguiente servicio en estas. Sin embargo, hubo otros frentes en los que los soldados no pudieron disfrutar de periodos alejados del frente tan fácilmente, caso de la batalla de Galípoli.

1.4. La batalla de Galípoli

La ofensiva contra el Imperio otomano en la batalla de Galípoli se ideó con el objetivo de que la marina tuviese un papel relevante en el conflicto. Sin embargo, los acorazados poco podían hacer ante las defensas submarinas que los turcos habían colocado en el estrecho de los Dardanelos, por lo que la infantería asumió el papel principal en esta ofensiva, debiendo derrotar al ejército terrestre y facilitar el avance de los buques militares a través del estrecho. El ejército aliado reunió 75.000 británicos y franceses que se sumaron al Cuerpo del Ejército Australiano y Neozelandés (ANZAC) para desembarcar el 25 de abril de 1915 en seis puntos distintos de la península (Neiberg 2005, 106-107).

A pesar de las victorias iniciales del ejército aliado en las que tomaron varios puntos estratégicos en las playas, los otomanos resistieron el avance y estabilizaron el frente en pocos días, desembocando la batalla en una guerra de trincheras similar a la presente en el frente occidental. Desde entonces, los soldados describieron un conflicto estático en el que se sucedían los ataques masivos de infantería que se habían demostrado estériles contra el poder defensivo de las ametralladoras, por lo que era habitual la muerte de compañeros diariamente. En total, el ejército británico sufrió 250.000 bajas entre abril y diciembre de 1915 en este frente (Neiberg 2005, 111).

²⁵⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 15 octubre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

Durante los meses que duró esta campaña fue habitual que los soldados compararan su situación con la de los combatientes destinados en el frente occidental, afirmando que la situación en Galípoli era peor: «We have been under fire for three months now, and we should like a rest as the strain is tremendous on one's nerves. I don't think the troops in France get it quite as bad»²⁵⁹. Otros soldados como Thomas Noonan compararon la crueldad de los soldados otomanos y alemanes, concluyendo también que durante las batallas en Galípoli habían sido testigos de crímenes y atrocidades inimaginables en el ejército alemán:

«Indeed it will be no harm to the world when they are finished off as they are very cruel fighters. There have been found several relics of their barbarity such as men disembowelled, tongues cut out, eyes gouged out and other mutilations. The fighting was very hard for the first couple of days. There are some soldiers here that met the Germans, and they reckon it was hotter than any fighting that took place in France»²⁶⁰.

Como hemos analizado en el capítulo sobre la propaganda, demonizar y deshumanizar a los soldados del ejército enemigo era una de las estrategias del gobierno para justificar la guerra, pero también preparaban psicológicamente a los soldados para mantener la calma ante la visión de dichas atrocidades y no amedrentarse a la hora de asesinar al enemigo (Jones 2006, 244). El ejército otomano, aunque menos numeroso que el aliado, estaba formado por soldados experimentados que ya habían defendido la península de Galípoli en las dos Guerras de los Balcanes (1912 y 1913). Además, contaban con el apoyo de un contingente de soldados alemanes y, en el prelude del conflicto, el ejército alemán le había ayudado a preparar la guerra actualizando su industria armamentística y tácticas militares (Neiberg 2005, 103).

También debemos considerar que el ejército aliado ocupaba una escasa porción de terreno en la península de Galípoli, lo que provocaba que todo el territorio estuviese bajo el radio de acción de la artillería otomana: «When we are out supposed to be resting, we have to go on working parties, digging etc., then wherever we are, we are always under shell fire, so it's not much rest after all»²⁶¹. En consecuencia, algunos soldados fueron

²⁵⁹ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “an everlasting nightmare”.

²⁶⁰ Thomas Noonan, carta a su familia, 17 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*.

²⁶¹ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “an everlasting nightmare”.

heridos antes de desembarcar: «We land troops night or day in spite of the fact that they come under fire so it is possible for a man to be on his way back wounded, by the same ship that brought him from the base, without ever having landed»²⁶². Esta situación imposibilitaba que las unidades disfrutasen de periodos de relativo descanso en la retaguardia del frente, pues incluso en las playas estaban expuestos a la acción de los cañones. El único momento en que los soldados podían abandonar la península era a causa de una herida o enfermedad que les inhabilitase para el combate.

Esta situación provocaba que los soldados se sintiesen atrapados entre el mar y el ejército otomano, sin una ruta de evacuación segura para los heridos, pero tampoco una vía de escape en caso de que fuera necesaria:

«Mind it does blow, and the sea gets awfully rough and then no ships can come near us. We have the sea on three sides and the Turks on the fourth, so we are truly between the devil and the deep sea. The Turks still find some ammunition from somewhere whether our guns and the warships knock the very dickens out of them»²⁶³.

Sin embargo, la presencia de buques de guerra en las proximidades del estrecho, que habían demostrado el poder de destrucción de sus cañones durante la campaña, aportaban confianza y seguridad a los combatientes, contrarrestando el estrés y la preocupación de los soldados ante su situación en la península: «We have had some very big ships out here and they have been bombarding the forts heavily now for some few days, and there are cruisers, monitors etc. standing in the bay helping the land batteries to shell the trenches»²⁶⁴.

Además, el mar no solo representaba la única vía de escape del frente, también era un bálsamo al que podían recurrir para bañarse y eliminar de sus cuerpos el polvo y el olor de las trincheras, para evadirse momentáneamente de los continuos horrores de los que eran testigos en la guerra de trincheras. Aunque esta actividad no estaba exenta de riesgo porque continuaban bajo el perímetro de acción de los cañones otomanos, según Harold William merecía el riesgo escapar de las trincheras por un momento:

²⁶² Harold William Cronin, carta a un amigo, 3 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “millions of flies”.

²⁶³ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 23 noviembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “heaps have cameras taking photos”.

²⁶⁴ Harold William Cronin, carta a un amigo, 3 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Daradanelles: “millions of flies”.

«There is quite good bathing here when we can find time to go. As the beach is in full view of the enemy, and comes under their shell fire, it would not appeal to the nervous. We never keep closer together than ten yards when we are undressing and swimming in hopes that the Turk will not consider one man worth the price of a shell. We have had some casualties through the men keeping too close together, but after washing out of a teacup for a week or more it is worth a bit of risk to get rid of some of the trench dust and smell and feel and look clean again. And really is the best bathing I've ever had. The water is quite warm and clear»²⁶⁵.

Otros soldados que combatieron en este frente como Thomas Noonan también se refugiaron en esos pequeños momentos de evasión de la guerra en los que podía acercarse al mar con sus compañeros y disfrutar de las cálidas aguas del mediterráneo. Aquel que se había deleitado narrando la valentía que había demostrado contra los soldados otomanos durante el desembarco, abandonó ese tipo de descripciones guiadas por el deseo de combatir cuando volvió al frente. Entonces transmitió en sus cartas las experiencias agradables con sus compañeros de unidad, evitando describir en detalle la crueldad y los horrores de la guerra de trincheras: «The weather is very warm here, but as we are near the water we get a nice sea breeze at times. We also go for a swim some evenings just as it gets dark because it is rather dangerous in the daytime»²⁶⁶.

Otro tema que también aparece reiteradamente en las cartas enviadas por estos soldados fueron las condiciones climáticas. En este sentido, el clima mediterráneo de Galípoli era agradable para los soldados acostumbrados a las temperaturas de Gran Bretaña. Además, la falta de lluvias representaba una mejora notable para la vida en las trincheras comparándolo con los problemas que causaban en el frente occidental: «We live in a trench and it is a mercy it don't rain otherwise we'd be washed away. The fighting just lately has been terrible. Our shells knock the enemy all ways and the sight in the trenches that we take is awful»²⁶⁷. Sin embargo, el calor se volvía insoportable durante los meses de verano: «I can't say that I am enjoying myself out here. It's awfully hot, and we are eaten up by millions of flies»²⁶⁸. Esta situación debía agravarse a causa de las

²⁶⁵ Harold William Cronin, carta a un amigo, 3 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Daradanelles: "millions of flies".

²⁶⁶ Thomas Noonan, carta a su familia, 17 junio 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

²⁶⁷ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: "an everlasting nightmare".

²⁶⁸ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: "an everlasting nightmare".

características de la guerra de trincheras que hemos analizado en los apartados anteriores como las dificultades para dormir el tiempo suficiente, los problemas de avituallamiento y la imposibilidad de asearse y cambiarse de ropa regularmente. Además, los problemas de abastecimiento también afectaban a la evacuación de heridos al ritmo deseado y a la recogida de cadáveres que se acumulaban en las trincheras y alrededores:

«We wear our respirators because of the awful smell of the dead. I'll never get the sight out of my eyes, and it will be an everlasting nightmare. If I am spared to come home, I'll be able to tell you all about it, but I cannot possibly write as words fail me. I can't describe things»²⁶⁹.

La suma de todos estos factores provocaba que las trincheras estuviesen plagadas de insectos y roedores que transmitían enfermedades a los soldados, igual que sucedía en las trincheras del frente occidental. Además, a pesar de que el clima de la península de Galípoli diese la impresión de acoger un conflicto con mejores condiciones higiénicas que el del continente, el calor extremo del verano provocaba la deshidratación de los combatientes y otros problemas que, sin ser los mismos que en otros frentes, también empeoraban las condiciones de vida en las trincheras:

«In the trenches it was fairly bad, they are so narrow and smelly and one is being potted at and shelled all the time [...] But although it is so gloriously sunny something to do with the place and it really isn't as healthy as it looks. I think the flies have something to do with it as well as the heat and the still unburied dead bodies about. There are millions and millions of flies here and they are all over everything»²⁷⁰.

Por último, la ventaja de analizar la esfera emocional de los soldados que combatieron en esta campaña es que se produjo la desmovilización de las tropas a partir de diciembre de 1915, por lo que se han conservado algunas de las cartas que enviaron después de saber que iban a regresar a sus hogares. Destaca el fragmento de una carta escrita el 23 de noviembre por Thomas Harold Watts en la que se detuvo a describir el paisaje que contemplaba desde su posición en la península:

«We are now in our winter quarters and a very nice place it is. Right on the edge of the cliffs, with a beautiful sea below, it reminds me very much of Cornwall. Then just across

²⁶⁹ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “an everlasting nightmare”.

²⁷⁰ Harold William Cronin, carta a un amigo, 3 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “millions of flies”.

is the island of Imbros, and the sunlight on those mountains is sometimes marvellous. On a quiet, warm day, with the birds singing, one wonders if there is a war on, but the blooming shells soon drive that idea away»²⁷¹.

Este soldado había escrito en junio que la guerra de trincheras en la que estaba combatiendo se convertiría en una pesadilla imperecedera, pues no era capaz de describir lo que estaba viviendo, generando un nivel de estrés y desesperación casi insoportables. De hecho, en la misma misiva aseguraba que daría cualquier cosa por salir del frente lo antes posible: «Lord how I'd like a holiday, I am so tired and would give anything to get away from this continual banging»²⁷².

Sin embargo, a medida que aumentaba su experiencia en el frente, el miedo y la sensación de muerte inminente que provocaba el bombardeo de artillería perdía la intensidad de los primeros combates: «Sometimes a shell bursts, and when we are working at something we don't even know it's come along. It's funny what you can get used»²⁷³. Este proceso de insensibilización ante la utilización del armamento moderno y otras experiencias de la guerra de trincheras era uno de los mecanismos que debían desarrollar los soldados con el objetivo de evitar los problemas psicológicos derivados de las experiencias del combate. Podemos relacionar este fragmento de Thomas Harold Watts con la reflexión sobre los horrores de la guerra que hemos reproducido en los apartados anteriores. En la carta escrita el 25 de septiembre de 1917 por Harold Ward, concluía que los hombres podían acostumbrarse al bombardeo de artillería y al resto de tácticas militares modernas, pero no era capaz de acostumbrarse a el agua, el barro y la incomodidad de la vida en las trincheras, que eran para él los mayores horrores de la guerra²⁷⁴.

De manera que, al final de la campaña de Galípoli, Thomas fue capaz de abstraerse completamente de su situación en el conflicto, incluso de la incomodidad de la vida en las trincheras, el calor extremo que había soportado durante meses y las plagas de insectos y roedores, para deleitarse con la visión del paisaje marítimo que le recordaba a su hogar,

²⁷¹ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 23 noviembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: "heaps have cameras taking photos".

²⁷² Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 18 junio 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: "an everlasting nightmare".

²⁷³ Thomas Harold Watts, carta a un amigo, 23 noviembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: "heaps have cameras taking photos".

²⁷⁴ Harold Ward, carta a su esposa, 25 septiembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

antecediendo la alegría que sentiría cuando llegase a Gran Bretaña en las siguientes semanas.

2. El grupo como refugio emocional

«We are a splendid lot of chaps down here, as chummy a lot as ever I could wish to be with and we are having a real good time - all as jolly as can be and every man jack of us looking A1»²⁷⁵,
Alvin Whiteley, 6 junio 1916.

Como adelantábamos en el apartado sobre las fuerzas británicas que acudieron al continente en agosto de 1914, la mayoría de aquellos soldados había servido en el ejército durante años y había combatido en diferentes campañas del Imperio británico. Esto había estrechado la amistad entre los combatientes, de manera que desde el inicio del conflicto escribían sobre sus compañeros y el sentir general de la unidad hacia la guerra o cualquier situación que estuviesen viviendo.

Además, el hecho de haber combatido en otras campañas favorecía la confianza en los compañeros y superiores, facilitando un clima de optimismo en la unidad que algunos soldados se esforzaron en transmitir a sus familias, probablemente con el objetivo de tranquilizarles: «Major Saunders who commands the Battalion is one of the best of good sorts and one would follow him to the end of the earth, the men simply adore him»²⁷⁶. Como hemos analizado en los capítulos introductorios, la confianza y determinación sentida por los primeros soldados que acudieron al continente estaba potenciada por el discurso del gobierno y el alto mando militar, que extendían entre la población y el ejército la creencia en que la victoria sobre los alemanes sería segura, rápida y contundente. Podemos identificar esta confianza en varias misivas de Stanley Clarke en las que narró anécdotas hilarantes, dando la impresión de estar en un viaje de ocio con amigos en vez de combatiendo:

«I wish you could see us sitting in this shelter all laughing and talking by the light of a lamp which we borrowed from a house (no one there) and you would never imagine we were fighting but rather on a picnic, the only disturbing factor is the terrific noise of shells - but I think we would be lost without that, we say it will be funny when we get home and

²⁷⁵ Alvin Whiteley, carta a su madre, 6 junio 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

²⁷⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 1 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

go out shooting. At the first sound of a gun we will fall on our knees and begin to dig ourselves in!»²⁷⁷.

Con este fragmento adelantamos la importancia que tuvo el humor para los combatientes, permitiendo relajar el ambiente incluso en las circunstancias más adversas como un bombardeo de artillería. Podríamos plantear que los soldados utilizaran el humor para minimizar el efecto de las experiencias de la guerra moderna en el estado de ánimo de los soldados y en su salud mental. Sin embargo, basándonos en la evolución en la forma de escribir sobre estas mismas experiencias que analizaremos a continuación, creemos que es más plausible que la ridiculización del conflicto y las bromas respecto al bombardeo de artillería en estos primeros momentos de su experiencia bélica fuesen producto de la superioridad moral y militar sentida hacia el ejército alemán.

Aunque el bombardeo de artillería no fue el único elemento de la guerra moderna que los ingeniosos soldados británicos transformaron en sorna, sí fue uno de los más utilizados: «but I think shortly nature will supply us with scales and if the war lasts a few years perhaps we shall start growing a shell all over us bullet and shrapnel-proof!»²⁷⁸.

En el apartado anterior adelantábamos que la forma en que este soldado describió el bombardeo de artillería y el resto de las tácticas militares modernas cambió radicalmente cuando su unidad sufrió las primeras bajas a causa del bombardeo²⁷⁹. Sin embargo, aquellas experiencias no cambiaron la forma en que Stanley escribía sobre sus compañeros, ni tampoco evitó que disfrutara de su compañía, aunque estuviesen en la peor situación posible: «We are still sitting in a dugout here, eight of us all smoking, laughing and talking, laughing at the moments we have passed through»²⁸⁰.

Además, la confianza y determinación que demostraba en las primeras cartas que envió a su familia perdió intensidad tras varios meses de combate en las trincheras y la sucesión de experiencias estresantes añadida a la pérdida de compañeros provocaron que este soldado se volviese más cauto con respecto a las posibilidades de ganar el conflicto en un breve periodo de tiempo. De hecho, los veteranos se convirtieron en la voz de la

²⁷⁷ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 10 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

²⁷⁸ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 17 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

²⁷⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 5 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

²⁸⁰ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 12 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

experiencia para aquellas unidades que llegaban procedentes de Gran Bretaña sin experiencia previa en combate, a los que contaban las batallas en las que habían combatido desde agosto y sus experiencias en las trincheras durante el invierno, historias que solo conocían aquellos que las habían vivido. Además, alertaban sobre los peligros de mostrarse excesivamente confiados en las trincheras: «You see we had a certain Division here who were new to the game and the Allemandes played with them. We are now teaching them that it is not good to be too sure of themselves!»²⁸¹.

Es posible que las tropas con experiencia se sintiesen responsables, hasta cierto punto, de preparar a los soldados voluntarios para el tipo de guerra al que se dirigían y rebajar sus expectativas para minimizar el impacto psicológico que podía tener la primera experiencia en las trincheras. Sin embargo, el análisis de otras epístolas sugiere que solo algunos soldados asumieron esta responsabilidad, mientras que otros aprovechaban la llegada de nuevos reclutas para divertirse a costa de los recién llegados. En el fragmento que reproducimos a continuación Stanley describe una broma habitual que gastaban a los soldados que se dirigían a las trincheras al paso por las posiciones de retaguardia:

«Today a certain Battalion marched through this place going to our old trenches, our men lined the road, walked beside the newcomers and told them spicy little bits which came in through my broken window, from which I can admire a couple of acres of wonderful clay very nearly knee-deep. "You are going to the trenches at xxxx, dear oh lor! That's where poor Bill had his face blowed off - you ain't going to the xxx trenches, good lor they are terrible - knee-deep and dead men all around them - Whar you are going by xxx Regiment on it poor devils - and the Batt'n marched on with even the galloping Major going a bit flat (that's a song)»²⁸².

Este tipo de humor no fue exclusivo de las tropas profesionales, los soldados que las sufrían a su llegada al continente las repetirían cuando se encontrasen con nuevos reclutas en las semanas y meses siguientes. Podríamos argumentar que este tipo de bromas, de mal gusto, ayudaban a relajar el ambiente en las unidades veteranas, a costa de aumentar el estrés, el miedo y la incertidumbre de aquellos que se acercan por primera vez a las trincheras del frente occidental. Tal vez, aquellos soldados de la BEF que habían llegado al continente con las expectativas de combatir en un tipo de conflicto se habían

²⁸¹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 10 marzo 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

²⁸² Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 24 enero 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

sentido traicionados por el alto mando militar y el gobierno al verse inmersos en un tipo de combate desconocido hasta el momento. Quizás, estos soldados se sentían con la autoridad de atemorizar a los nuevos soldados con el objetivo de comprobar que no habían sido los únicos engañados por la propaganda y el discurso gubernamental. Sea cual fuere el motivo, comprobaremos a lo largo del capítulo que estas novatadas eran una de las formas más populares de dar la *bienvenida* a los nuevos soldados.

Como podemos desprender de una de las primeras misivas enviadas por Alvin Whiteley, puesto que los reclutas de una misma región eran destinados a las mismas unidades, algunos soldados se conocían antes de haber ingresado en el ejército, mientras que los que se conocían durante el entrenamiento compartían ciertos elementos de sus vidas que estimulaba la confianza en el grupo y la creación de lazos de amistad rápidamente:

«I am liking the life here all right and am panning down to it very well. The great thing that helps is that all are very decent chaps and extremely sociable. Of course, so far we have done nothing but right turn, left turn, about turn, form fours, quick murch, step out there in front! We might be a pals battalion, nearly all the chaps being from Bradford, Leeds and district»²⁸³.

Por otro lado, hemos identificado misivas en las que los soldados informaron sobre el estado de otros compañeros de la unidad: «I am getting along allright so is all the boys from the city you were asking me in the last letter»²⁸⁴, y «the people here are keeping well and wishes to be remembered to all at home»²⁸⁵, lo que nos induce a pensar que vivían en el mismo pueblo o ciudad, o al menos que las familias de ambos combatientes se conocían. Gracias a esta organización de los Nuevos Ejércitos, las familias de una misma comunidad recibían un mínimo de información sobre su familiar, aunque no fuese este quien escribiese directamente. De esta manera, la carta no solo iba dirigida a la familia del soldado, incluía fragmentos destinados a la comunidad en general. Este fenómeno nos indica, de nuevo, la importancia que tenía para los soldados mantener una comunicación fluida con sus familias.

²⁸³ Alvin Whiteley, carta a su familia, 26 mayo 1916. Europeana 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

²⁸⁴ James Kingston, carta a su familia, 23 junio 1916. Europeana 1914-1918: *Letters and photographs of James Kingston, Irish Guards*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3602

²⁸⁵ Samuel Bodger, carta a su familia, 20 marzo 1918. Europeana 1914-1918: *Samuel Bodger, gunner RGA*.

De igual manera, los combatientes recibían en las cartas de sus familias noticias de sus amigos que no se habían alistado y de aquellos que habían vuelto tras ser heridos en combate, contribuyendo a la evasión del soldado mientras leyese la carta y ayudándole a recordar su vida antes de la guerra. En el caso de aquellos jóvenes que habían decidido quedarse en casa, cabía la posibilidad de que cambiaran de opinión y se alistaran en el ejército posteriormente. Estas noticias eran acogidas con preocupación por los soldados que ya habían entrado en combate y conocían la realidad del conflicto al que se dirigían los nuevos reclutas: «I hear that Artie is out here, I hope he will be lucky and pull through alright, he will find a bit of difference at first, to soldiering in England, but he will have to do the same as the rest, keep smiling»²⁸⁶.

En el momento en que John escribió la carta, el destino más temido eran las trincheras del frente occidental, pues a finales de 1916 ya se habían librado sangrientas batallas que se habían prolongado durante meses sin mayor resultado que una enorme pérdida de vidas humanas. En el mismo 1916 se había librado entre julio y noviembre la Batalla del Somme, una de las más largas y mortíferas del conflicto en el que el ejército británico sufrió casi 420.000 bajas (Watson 2008, 11). Otros destinos, aun sin estar exentos de peligros como la Armada, infundían menos temor que las trincheras: «So Jack has joined the Navy? I think he has done the right thing. In any case it is a much cleaner and healthier job than being in the trenches»²⁸⁷. La idea de este soldado resultó ser del todo acertada, pues estudios posteriores han concluido que más del 90% de los soldados británicos heridos y muertos totales sirvieron en unidades de infantería (Winter 1977, 450-451)

Además de la preocupación y el interés demostrado en las misivas por los destinos de los compañeros de la unidad y de amigos que se habían alistado en el ejército con posterioridad, una de las muestras más relevantes de compañerismo y hermandad entre los soldados fue compartir el contenido de los paquetes que recibían de sus familiares. Aquellas familias que podían permitírselo económicamente podían enviar diferentes bienes que los soldados no podían adquirir del ejército, o que lo adquirirían en número insuficiente. Basándonos en las peticiones que realizaban a través de las cartas, era habitual que los soldados pidieran calcetines, tabaco, material para escribir o periódicos,

²⁸⁶ John William Clayford, carta a su hermano, 27 diciembre 1916. *Europeana 1914-1918: John William Clayford*.

²⁸⁷ Alvin Whiteley, carta a su familia, 2 octubre 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

entre otros. Pero una de las cosas que más agradecían los soldados en sus cartas era el envío de alimentos como chocolate, galletas o cualquier dulce para acompañar el té, cuando podían tomarlo: «The parcel has come just right for we were short of cake and said at tea time that we hoped one of us would get a parcel. I was the lucky one. That potted meat you send is A1. We do get well fed but the goods from home make excellent changes»²⁸⁸.

Como explicó Ward en su carta, la comida que enviaban las familias de los soldados de su unidad rompía la monotonía de la alimentación del ejército y ayudaba a mejorar el ánimo del grupo y estrechar aún más los lazos entre los combatientes, que compartían la preciada comida casera de sus familias (Figura 22).



Figura 22. Ernest Brooks. 09-1916. The Battle of the Somme, July-November 1916. IWM Q 922.

Estos momentos representaban un bálsamo de humanidad que les ponía en contacto con su vida civil anterior a la guerra, pues, aunque estuviesen sentados en un agujero excavado en la tierra a varios metros de profundidad, podían ser un grupo de antiguos amigos que se reunían para cenar y disfrutar de la compañía mutua:

²⁸⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 23 abril 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

«The other night I invited H. Dinnage and three other fellows to supper. The supper was a cold one of roast chicken and they all noted it was the best feed they had since they left England»²⁸⁹, y

«Eight of us had tea in my dugout including Dean, Fox, Hart-Davis and the Brigade Intelligence Officer. We had any amount of room so you can tell I have a good place. The chief dish was that excellent homemade cake of Alice's which arrived in the parcel last night»²⁹⁰.

De igual manera que la falta de cartas generaba estrés en los soldados al perder ese momento de conexión con su vida pasada y futura, la pérdida de los paquetes enviados también generaba estrés en los soldados y malestar con la organización del correo militar, pues estos envíos no eran baratos. Destacamos el caso de Alvin Whiteley, quién escribió a su vuelta a Gran Bretaña: «It is a pity they troubled to return the parcels, I should have preferred them to have been shared by my pals out there rather than having them returned and the cakes spoilt and wasted»²⁹¹.

Este hombre destinado en África no recibió ninguno de los paquetes que su familia le había enviado durante su servicio militar, descubriendo a su llegada a Gran Bretaña que todos habían sido devueltos a su familia. Sin embargo, lo que lamentaba fue no haber podido compartir el contenido de esos paquetes con sus compañeros como había hecho durante la instrucción militar en una base británica: «Four of us in our hut are eating together and buying jam, marmalade and little things like that just to finish off our teas; we can get these things quite cheaply, so don't you trouble to send anything of the sort as it would only add to the expense of postage»²⁹².

Recordemos que Alvin representa una excepción entre los soldados de nuestra investigación, pues nunca llegó a entrar en combate durante toda su experiencia militar. Por este motivo tuvo la posibilidad de compartir experiencias con sus compañeros durante todo el tiempo que estuvieron de servicio en África. Además, la falta de combate dejaba todo el espacio disponible en sus cartas a narrar dichas actividades, al contrario que los soldados destinados en otros frentes que sí entraron en combate y decidieron contar sus

²⁸⁹ Charles Patrick Flanagan, carta a su hermana, 8 noviembre 1915. *Europeana 1914-1918: Letters written by Charles Patrick Flanagan, Royal Flying Corps.*

²⁹⁰ Harold Ward, carta a su esposa, 13 junio 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

²⁹¹ Alvin Whiteley, carta a su madre, 19 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6.*

²⁹² Alvin Whiteley, carta a su madre, 26 mayo 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6.*

experiencias bélicas en sus misivas, reduciendo el espacio que podían dedicar a otros aspectos de la vida militar como las actividades de ocio durante los periodos alejados del frente. En consecuencia, las narraciones de Alvin ofrecen un buen ejemplo de cómo invertían el tiempo los soldados cuando estaban a salvo, lejos del frente.

En este caso, las alusiones a los beneficios del entrenamiento militar y la camaradería se prolongaron durante toda la experiencia militar y, puesto que nunca llegaron a entrar en combate, los soldados solo compartieron experiencias agradables en el ejército. Sin embargo, sería más acertado decir que todo aquello que perturbaba el buen estado de ánimo y el ambiente en la unidad de Alvin no era comparable a los efectos que tenían las experiencias reportadas por los soldados que combatieron en las trincheras. De hecho, él fue consciente de lo afortunado que había sido al estar destinado en África y así lo expresó a su familia en una de las cartas que envió:

«I can imagine that all you people at home are full of sympathy for me and my chums for the hardships we are having to undergo out here, but do you know, we have found no hardships whatever and are all as happy as can be; we get plenty to eat, plenty of fresh air and plenty sleep, with not too much work. We have all we require except our loved ones at home and our wants are very few; on this account please don't send too much stuff out here as it may never reach me and it is no good throwing good money away»²⁹³.

Durante todo su servicio en África, Alvin describió cómo disfrutaba de la compañía de su unidad en conciertos nocturnos y excursiones a diferentes ciudades cercanas a las posiciones que ocupaban. Sin embargo, también reconoció que su experiencia bélica fue del todo extraordinaria, incluida la decisión de destinarle a la división de pagos en 1917, sobre la que reflexionaremos en los próximos capítulos.

Además, la broma realizada durante el primer viaje como miembro del ejército que hemos reproducido en el capítulo dedicado a la movilización de las tropas²⁹⁴, recuerda a los comentarios realizados por la unidad de Arthur Ramsay Stanley-Clark cuando se cruzaban con unidades que se dirigían al frente. Ambas parecen una forma de dar la bienvenida a los nuevos miembros del ejército, quienes gastarían las mismas bromas cuando, pasado el tiempo, fuesen los que se encontrasen con nuevos voluntarios del

²⁹³ Alvin Whiteley, carta a su familia, 30 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

²⁹⁴ Alvin Whiteley, carta a su madre, 1 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

ejército. En otras cartas comprobamos que el encuentro entre soldados experimentados y nuevos reclutas provocaba las risas de los primeros:

«We've got a big batch of Leeds Volunteers with us - something like 150 - for a week's training. You'd roar with laughing. They have to do practice in everything - mounting guard; bayonet fighting etc - and as some are in civilian clothes with stand up collars, bowler hats etc, the result is ludicrous in the extreme»²⁹⁵.

En este caso no era solo la llegada de nuevos voluntarios lo que provoca que la situación fuese cómica, sino el atuendo y la inexperiencia de los hombres que entran en contacto con la disciplina y las normas militares por primera vez. Paralelamente, imaginar situaciones de su vida en Gran Bretaña tras haber vuelto de la guerra también producía ese contraste cómico entre la vida civil y la vida militar: «we say it will be funny when we get home and go out shooting. At the first sound of a gun we will fall on our knees and begin to dig ourselves in!»²⁹⁶. Además del entretenimiento, compartir este tipo de pensamientos durante el conflicto también indica lo presente que tenían los soldados los posibles efectos futuros de la guerra que estaban viviendo. Aunque en las cartas quede expresado en forma de broma, muchos serían los soldados que durante y después del conflicto sufrieron lo que se denominó *mental breakdown* cuando escuchasen determinados sonidos que les recordasen a las experiencias de la guerra. En el ejemplo que da Arthur, los disparos de los rifles de caza trasladarían momentáneamente a los soldados de nuevo a las trincheras del frente occidental, donde los francotiradores vigilaban las trincheras británicas y disparaban en cuanto un soldado se atrevía a levantar la cabeza. Otros estímulos habituales que precipitaban el *breakdown* eran los sonidos que se parecían a los silbidos que precedían a las explosiones de artillería (Audoin-Rouzeau 2006, 295).

Otro de los objetivos habituales de las bromas y el sarcasmo de los soldados fueron las condiciones de vida en las trincheras y las situaciones derivadas de los largos periodos de servicio en estas, soportando, por ejemplo, la falta de higiene: «You would have

²⁹⁵ Harry Stanley Green, carta a su mujer, no fechada. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*.

²⁹⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 10 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

laughed to have seen us all the morning we got here. It was four or five days I think since any of us had either a wash or a shave and we did look a lot of beared ruffians»²⁹⁷.

Referirse a estos aspectos de las trincheras en clave de broma restaba importancia a las incomodidades del conflicto y ayudaba a transmitir tranquilidad a las familias. Al tiempo estas comprobaban que su familiar se esforzaba por mantener el ánimo lo más elevado posible y se concentraba en aquellos aspectos del conflicto de los que podía obtener cierto placer, en vez de sumirse en los muchos aspectos que minaban el estado de ánimo de los soldados. Para este cometido, las trincheras proporcionaban gran cantidad de incomodidades que los soldados podían utilizar para provocar la risa de sus compañeros y sus familias como el barrizal en el que se convertían las trincheras en invierno:

«I am at the base for a couple of days and then I shall as you say go to taste the comforts of the dug-outs. It is a rotten time to have to go up, the Winter, but I suppose we will get hardened to it if we live long enough, which I hope to do as I expect to be home for Christmas as I believe it will be finished by then»²⁹⁸.

La vuelta a las trincheras después de un tiempo alejados del frente era inevitable y reavivaba tanto el estrés y los miedos del combate como la posibilidad de no regresar. Sin embargo, algunos soldados transformaban este momento en un comentario jocoso que pudiese mitigar el miedo de sus familias al recibir la noticia de que se dirigía a la primera línea de trincheras, tanto después de un periodo de descanso en la retaguardia como después de disfrutar de un permiso más prolongado en Gran Bretaña:

«We were to return to the trenches tonight but thank goodness we are having a few more days rest - not that I do not like the trenches - the mud is simply glorious and I have a great affection for straw it sticks so nicely to the mud - well it is very cleansing»²⁹⁹.

«I know that after a month of ease and comfort I should be longing for the mud again! You have no idea how delightful it is really when you get nearby up to your waist in it

²⁹⁷ Harold Ward, carta a su esposa, 4 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

²⁹⁸ James Murtagh, carta a su hermano, 1916. *Europeana 1914-1918: Letters from James Murtagh*.

²⁹⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 25 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

and you slip and sit down up o your neck. You get up and say "well, thank goodness I've done that because now I can't get any muddier"»³⁰⁰.

También debemos considerar que hubo determinados sectores del frente occidental que se mantuvieron tranquilos y carecieron de actividad bélica durante periodos prolongados. Además, algunos historiadores han reflexionado sobre los sistemas desarrollados en algunos puntos del frente en los que se establecieron pactos no escritos entre los contendientes, limitando o eliminando los ataques (Ashworth 1980). Por estos motivos, en ocasiones el periodo de servicio en la primera línea de trincheras era tranquilo, monótono y relativamente seguro. Por el contrario, cuando los soldados eran enviados lejos del frente debían entrenar y realizar diferentes trabajos de apoyo, lo que provocaba que no tuviesen mucho tiempo para descansar y prepararse para el siguiente turno en las trincheras, situación que también alimentaba el ingenio de los soldados para ironizar sobre las incongruencias del conflicto:

«While resting here I suppose one accumulates a certain reserve of energy and there is no worry from the enemy. But for these factors I think that the term "resting" must have been invented by a humorous staff officer»³⁰¹ y

«We start training in the morning 6:30 to 7:30 then breakfast followed by a morning's work - games in the afternoon and lectures in the evening. Probably we shall be ever so glad to get into the line again and live less strenuous days»³⁰².

Por último, hemos identificado muestras del buen humor que los soldados mantuvieron, o intentaban mantener, en las situaciones más adversas como el bombardeo de artillería. En aquellas situaciones se encontraban bajo la protección del grupo que mantenía una actitud positiva frente a dichas experiencias, potenciando la valentía y la resiliencia individual de los soldados. Sin embargo, los soldados tuvieron otras experiencias en las que era más difícil mantener el buen humor como podía ser un ingreso hospitalario, especialmente si la causa era una herida compleja que producía graves dolores. En estos casos en los que los soldados estaban rodeados de otros compañeros que también estaban sufriendo por las heridas recibidas o las enfermedades que padecían,

³⁰⁰ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 3 enero 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

³⁰¹ Harold Ward, carta a su mujer, 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁰² Harold Ward, carta a su mujer, 17 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

algunos soldados eran capaces de mejorar el ambiente recordando anécdotas pasadas y elevar el ánimo de aquellos que no eran capaces de mantener el ánimo por ellos mismos:

«About this time last year Bellie and I went to "Blighty" together. I was feeling in rotten form as I was suffering a little pain from a couple of fractured who I could scarcely talk much less laugh but Bellie would make me laugh talking about some funny things that happened in the line and all the time he was suffering as much as I was, perhaps more, I know his temperature was high but he would never pass any remark»³⁰³.

A pesar de que los soldados se esforzaban por mantener un buen ambiente con sus compañeros en cualquiera de las situaciones que experimentasen a lo largo del conflicto, la realidad de la guerra empañaba los buenos momentos que disfrutaban con sus compañeros. A partir de la primera experiencia de combate y, especialmente, la primera muerte de un compañero, esta y las sucesivas pérdidas humanas estaban presentes en la mente de los soldados, limitando el disfrute y la evasión que podían obtener de la compañía con otros compañeros:

«Now and again a sniper would put a shot near us and the men insisted on falling into the river as well as the other Subaltern who was in charge of the party and I laughed till I cried to see him sitting in mis stream with his waterproof sheet floating gently away and he trying to get it. (he lost it) if it were not for the casualties this would be the most amusing show in the world, but there is always the other side»³⁰⁴.

Las relaciones de hermandad construidas a lo largo del conflicto brindaban momentos de diversión y evasión de la guerra que eran necesarios para soportar los horrores del combate moderno y las experiencias de la guerra de trincheras. Sin embargo, la muerte de los compañeros actuaba como la soga que no permite que los globos aerostáticos se alejen demasiado del suelo, permitía cierto grado de evasión, pero mantenía los pies del soldado en las trincheras.

³⁰³ Victor Donaldson, carta al padre de un compañero, 25 septiembre 1918. Europeana 1914-1918: *Letter from the front*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17502_attachments_189599

³⁰⁴ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 21 noviembre 1914. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

2.1. La visión de los oficiales

«The men are very cheerful and seem to be very pleased that they have at last been allowed to come over and do their "bit". One can hardly realise that one is out of England but I suppose we shall during the next few days»³⁰⁵,
Harold Ward, 24 febrero 1917.

Desde su llegada al continente el Capitán Harold Ward dedicó espacio a describir el estado de las tropas que dirigía en las cartas que escribía a su mujer. En las primeras misivas, como en el fragmento con el que iniciamos el capítulo, expresó un sentimiento generalizado de alegría y deseos de lucha tras lo que pareció ser un largo periodo de instrucción y entrenamiento en Gran Bretaña:

«The men are happy and seem rather pleased to be within sound of the guns, knowing that they will soon be going nearer. We hear horrible accounts of the mud but on the other hand the line appears to be very nearly peaceful. I don't expect it will be when we get there for we are so well fitted with things for annoying the enemy that we shall want to try them all and I dare say we shall get a young bombardment in return»³⁰⁶.

Cabe destacar que la euforia y deseo de lucha referido en las cartas de Ward al inicio del conflicto contrasta con los hallazgos del análisis de las primeras cartas que enviaban los soldados rasos durante el entrenamiento militar y su llegada al continente. Como hemos argumentado en el apartado dedicado al inicio de la experiencia bélica, fueron pocos los hombres que expresaron un militarismo exacerbado o un deseo de lucha al inicio del conflicto, siendo más habitual que los soldados expresasen cierto nivel de resignación con su participación en la guerra. Esta diferencia nos invita a reflexionar sobre los motivos que podrían llevar a los combatientes a expresar determinadas emociones y deseos cuando se dirigían a su familia en privado, y a expresar lo contrario cuando se relacionaban con sus compañeros y superiores.

La primera posibilidad es que los soldados decidiesen deliberadamente no expresar su deseo de entrar en combate en las primeras cartas que enviaban a sus familiares. Sin embargo, hemos comprobado que los soldados que se mostraban resignados durante el entrenamiento o durante los primeros meses en el ejército, más adelante hacían gala de

³⁰⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 24 febrero 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

³⁰⁶ Harold Ward, carta a su mujer, 2 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

sus hazañas en el fragor de la batalla, por lo que parece un argumento débil. La teoría que defiende que los soldados edulcoraban sus cartas para no preocupar y proteger a sus familiares de la realidad del conflicto al que se dirigían también ha sido superada por varias investigaciones. Además, recordemos que los jóvenes británicos recibían clases de redacción de cartas y se les enseñaba la importancia de transmitir emociones en las mismas y de que estas fuesen sinceras (Hanna 2003, 1348).

Según este argumento tampoco parece lógico que fuese, en este caso Harold Ward, quien mintiese acerca de la actitud de sus soldados en el conflicto. Recordemos que en el apartado dedicado a la censura de las misivas hemos reflexionado sobre la información que los oficiales censores extraían de las cartas de los combatientes, siendo Ward uno de los que se apoyaba en las amables palabras de sus subordinados para transmitir a su mujer las buenas condiciones en las que se encontraban todos.

Por tanto, podríamos concluir que ambas actitudes coexistían en la mayoría de los soldados, de manera que el grupo potenciaba y retroalimentaba los aspectos positivos de la vida en el ejército, incluido el deseo de lucha contra los alemanes. Sin embargo, cuando escribían a sus familiares centraban sus esfuerzos en transmitir el cariño, amor y la añoranza que sentían al haberse apartado de su vida familiar para combatir. En estas, abundaban las expresiones de esperanza de que el conflicto acabase lo antes posible para poder regresar a Gran Bretaña. Este planteamiento es compatible con la idea de la *navegación de los sentimientos* que debían realizar los soldados y atender a las normas del grupo en el momento de elegir las emociones que iban a expresar (Reddy 2001).

El capitán Harold Ward escribió numerosas y extensas cartas a su esposa desde febrero de 1917, lo que nos ha permitido analizar su relación con los hombres que comandaba a lo largo de su experiencia bélica. En el caso de este oficial, la relación siempre fue cordial, o así lo expresó en sus misivas, restando importancia a las pocas quejas que escuchaba de los soldados a su mando, o las que él llegaba a oír: «My men are still in splendid spirits and as cheerful as they can be. All the soldiers one sees out here seem cheerful and take the dangers and the discomforts very lightly. Of course they are first class grouzers but one rarely hears a real grumble»³⁰⁷.

Como hemos analizado en el apartado anterior, a medida que avanzó el conflicto y la unidad fue acumulando experiencias comunes tanto en las ofensivas llevadas a cabo

³⁰⁷ Harold Ward, carta a su mujer, 1 julio 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

desde la primera línea de trincheras como en los periodos de descanso en la retaguardia, la relación entre los soldados se estrechaba. Harold Ward no fue una excepción a este respecto, pero debemos añadir que se convirtió en un firme defensor del papel que estaban cumpliendo sus hombres en el frente occidental, alabando su valentía y carácter en numerosas ocasiones:

«My men are all as cheerful as they can possibly be. I think we have had the roughest times we are likely to experience and it will be useful to look back and say "Oh this isn't half as bad as that time at [lugar] ". We are all getting hardened warriors now and the fellows who were not physically strong enough for the job are most of them back in England. Underwood is one of our cheeriest men. He is always smiling and never seems to get tired»³⁰⁸.

La admiración que demostraba por sus hombres pronto se extendió a todo el ejército británico, especialmente la infantería. En varias cartas destacó la importancia de que los soldados fuesen valientes y actuasen con determinación en las ofensivas modernas. Este discurso era opuesto al de la mayoría de los generales del ejército que creían que la utilización de armas y tácticas modernas había eliminado el protagonismo de los hombres en las guerras (Bergen 2009, 212):

«Fortunately the English are not such fools as the papers make out and although the strike crowds the war news into a corner there is a magnificent army fighting for the country, enduring hardships cheerfully and doing nobly. Every day a score of battles are fought - any one of which would put into the shade the bloodiest battle of the South African War»³⁰⁹.

Sin embargo, la expresión más contundente del papel decisivo de la infantería en las batallas la encontramos en una carta en la que resaltó algunos aspectos de la ofensiva en Cambrai en 1917, sobre la que había leído en algunos periódicos:

«I see that M P's have been talking of the Cambrai "set back." If they would go and have a look at the ground gained and held they would realise that even now it was a great victory. How near it was to a greater one only the higher command really know. I wish some of the talkers could walk along a road a few days after an advance and see things as they are. Millions of tons of men and material have to be moved forward and to bear this

³⁰⁸ Harold Ward, carta a su mujer, 4 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁰⁹ Harold Ward, carta a su mujer, 22 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

strain the roads have practically to be re made every day. If they could see the troops come back after the struggle- worn and weary they might realise the good work done. A few days later these same troops go forward again whistling and singing. A few hundred yards of land in themselves do not count for much but each yard means so many the less of the enemy and brings nearer the end of the war. Some country may cost us dearer than the Boche but we cannot expect to win every game we play. When the end comes and our joy bells really ring out for victory - when the costs and losses are really counted I think all balances will be on our side - in spite of our losses when we had to stop the advance of the enemy with men and rifles as the materials of war (shells and c) were not available»³¹⁰.

En esta ocasión, Ward defendió a los hombres que habían protagonizado la ofensiva de Cambrai y que resistieron el contraataque de los alemanes a pesar de la escasez de proyectiles de artillería en esa zona del frente. Aunque este podría ser un motivo de crítica al alto mando militar por no haber previsto dicho contraataque y suministrar más armamento a la zona, Ward defendió el curso que estaba siguiendo la guerra en un sentido más amplio. Es posible que debido a su especial instrucción como oficial, comprendía que en un conflicto tan largo como el que estaban librando también sufrirían amargas derrotas, sin significar esto que no iban a ganar la guerra. Aunque pueda sorprender la distancia emocional que toma al escribir sobre el elevado número de bajas que estaba sufriendo el ejército británico argumentando que al final de la guerra Alemania sumaría más, lo cierto es que esta forma de expresión objetiva responde a los códigos de comportamiento propio del alto mando militar y de los miembros del gobierno que veían la guerra como una gran batalla de desgaste en la que el país que soportase mejor las pérdidas humanas era el que saldría victorioso.

Por otro lado, es llamativo que sea al final de su experiencia bélica cuando Ward adopte este discurso, pues en los meses anteriores había escrito con pena sobre las bajas que había sufrido su unidad durante las estancias en las trincheras, asegurando que tanto él como sus hombres solo tomaban los riesgos que eran estrictamente necesarios:

«No thanks I only take necessary risks but of course shells and such like have a nasty habit of dropping once now and again into really safe places. Poor Cooke was killed a

³¹⁰ Harold Ward, carta a su mujer, 16 diciembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

few days ago. We were all very sorry for he was such a good fellow and had done splendidly out here»³¹¹,

«We didn't have a bad time in the trenches for our last tour. Unfortunately young Owston got badly hit just before we came out and died of wounds the next day. He was a very nice boy and we are sorry we have lost him»³¹².

De hecho, Ward recuerda la muerte de determinados compañeros en los meses siguientes, no solo como un episodio lamentable de la guerra en la que están combatiendo, también como un elemento que ofrece un extra de motivación a los supervivientes para soportar las experiencias de la guerra de trincheras y el combate moderno. En este discurso, la resiliencia de los soldados era una forma de rendir tributo a aquellos que sacrificaron sus vidas defendiendo a sus compañeros en el campo de batalla (Watson y Porter 2010, 162): «We are all very cheerful and one would think we were enjoying a good holiday. Conversation occasionally breaks back but it is chiefly concerned with the good show the fellows made, with now and then a tribute to those who are not with us now»³¹³.

Las muestras de la especial unión entre Ward y los hombres que estaban a su mando se repiten durante toda su correspondencia, siendo al final de su estancia en Francia cuando escribió los fragmentos más emotivos en los que agradeció las atenciones recibidas por sus hombres: «My orderlies look after me very well and I have lots to be thankful for»³¹⁴.

También destacamos el siguiente fragmento en el que describió el equilibrio existente en su unidad entre soldados con deseos de lucha contra los alemanes y otros más preocupados por mejorar las condiciones de las trincheras para hacer la estancia más agradable: «My fellows make a very good combination - some of them are full of hate and some of them are keen on getting the trenches in good condition - well defended and comfortable to live in»³¹⁵. Esta dualidad también estuvo presente en el propio Harold

³¹¹ Harold Ward, carta a su mujer, 4 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³¹² Harold Ward, carta a su mujer, 24 octubre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³¹³ Harold Ward, carta a su mujer, 7 octubre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³¹⁴ Harold Ward, carta a su mujer, 19 diciembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³¹⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 23 febrero 1918. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

Ward, quién era consciente de las altas posibilidades de fallecer en el conflicto, ante lo cual expresó en varias ocasiones que no estaba tomando riesgos innecesarios para asegurar su regreso a Gran Bretaña cuando el conflicto acabase. Pero también demostró en otros momentos un feroz odio hacia los alemanes y deseos de protagonizar importantes victorias que encauzaran la guerra a favor del bando aliado. Psicólogos contemporáneos como Charles Bird (1917, 343) argumentaron que las tropas imitaban instintivamente el comportamiento y la moral de sus líderes, al ser estos símbolos de disciplina y deber.

Podemos argumentar que Ward era consciente de la responsabilidad de su cargo y de la necesidad de mostrarse cercano con los hombres que capitaneaba en determinados momentos, ejerciendo como líder al defender la importante labor que estaban realizando en las ofensivas del frente occidental. Sin embargo, aceptaba la necesidad de asumir un determinado número de bajas en el conflicto que se estaba librando. Esta actitud con sus subordinados no deja de ser una aplicación al escenario militar de la superioridad que se suponía de los hombres de la élite social británica con respecto a la población general. Aunque desconocemos el origen social del Capitán Ward, tanto su rango militar como el equilibrio mental demostrado ante la pérdida de vidas humanas bajo su mando, la calidad de su escritura y la amplitud de su vocabulario a la hora de describir y analizar diferentes aspectos del conflicto sugieren que recibió una educación privilegiada propia de una familia acomodada.

Cabe destacar la resistencia psicológica de Ward ante las bajas sufridas por su compañía durante el conflicto cuando era precisamente la responsabilidad de vidas humanas una de las causas de problemas psicológicos en este escalafón militar según médicos y psiquiatras militares contemporáneos (Bergen 2009, 299). Por lo tanto, podríamos argumentar que su buen hacer como líder y estratega militar, adjetivos que se suponían a todos los militares de su rango, no solo eran necesarios para el correcto desarrollo de las ofensivas de la guerra moderna, también protegían psicológicamente a los oficiales al mando de desarrollar determinados problemas psicológicos. De igual manera, investigaciones recientes han argumentado que el clima de respeto y confianza mutua que hemos identificado en las epístolas de Ward también protegía la estabilidad psicológica de los soldados a su cargo (Watson 2008, 114).

Por último y como nexos con el siguiente apartado, volvemos el foco de nuevo sobre la preocupación de Ward por los miembros de su unidad al escribir a los familiares de sus subordinados cuando alguno había abandonado el frente a causa de una herida, lesión o enfermedad, y no podría enviar cartas a sus familiares durante los próximos días: «You

see if a man gets hit I try and write to his people to cheer them up or to sympathise with them and for some unknown reason they like to see the letter in print and hand it out to the local paper»³¹⁶.

Este fragmento nos permite identificar momentos en los que la relación entre Ward y sus hombres se tornaba paternalista, preocupándose por los soldados que habían resultado heridos. Este tipo de relación favorecía la disciplina del grupo, la confianza en los mandos y limitaba el estrés que podían llegar a sentir los soldados durante la batalla, pues entendían que, si sus superiores se preocupaban por su bienestar en la retaguardia, también lo harían en el campo de batalla (Watson 2008, 114).

Además, reafirma la importancia que tenía para los soldados mantener una comunicación fluida con su familia durante el conflicto, incluso cuando estos no podían escribir y algún compañero asumía esta función. También muestra cuán importantes eran las relaciones establecidas en el ejército, siendo el preámbulo de otro tipo de cartas que enviaban los soldados a los familiares de compañeros que habían fallecido en combate.

2.2. Cartas de condolencia

«I hope you will receive these few of lines as I don't expect anyone will come to take me away, but you know I have done my duty out here now for 1 yr and 8 months and you will always have the consolation that I died quite happy doing my duty»³¹⁷,
John Duesbery, septiembre 1916.

Aunque no se trata de una carta de condolencia, hemos elegido este fragmento de la última carta escrita por John Duesbery para iniciar este apartado porque fue escrita cuando yacía gravemente herido en la tierra de nadie. Aislado de sus compañeros, incapaz de regresar a las trincheras por las heridas que sufría, sabiendo que nadie iría a buscarle, escribió una última carta con la esperanza de que esta fuese enviada a su familia cuando encontrasen su cuerpo. De todos los mensajes que podía transmitir en sus últimos momentos, eligió mostrarse valiente y feliz de haber cumplido con su deber durante toda su experiencia en el ejército. Al final, si la muerte había de llegar, los soldados querían que se les recordase como hombres que no habían rehuído la batalla, que habían luchado ferozmente mientras habían podido. Podríamos argumentar que, debido al grave estado

³¹⁶ Harold Ward, carta a su esposa, 22 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³¹⁷ John Duesbery, carta a su madre, sin fecha. *Europeana 1914-1918: John Duesbery (Sherwood Foresters) killed on Somme*.

de salud del soldado, fuese otro el que escribiese las últimas palabras del soldado: un compañero del ejército si la muerte sucedía en el campo de batalla (Figura 23), o una enfermera si el soldado fallecía en el hospital (Figura 24).



Figura 23. Fortunino Matania. 1917. The Last Message. IWM ART 5192



Figura 24. William Hatherell. 1918. The Last Message. IWM ART 5234.

En el caso de no poder ser ellos mismos los que escribiesen estas últimas líneas porque la muerte se produjese instantáneamente, era habitual que algún compañero

cercano de la unidad escribiese a la familia para aportar este consuelo, como fue el caso del soldado A. Rendell, que escribió a la mujer de Anthony Angus tras su muerte el 27 de septiembre de 1918:

«I used to be in the same crew as your husband and I used to be very friendly with him. Before we went into action we used to promise one another that if anything happened to any of us we would write and let our people know. (...) I had been in action with him several times and I can assure you that he was as brave and cool a man in action as ever I have met. I wish I could have done something to help him but he and another driver were killed almost directly we were hit. (...) I am sure that I shall remember him as long as I live»³¹⁸.

Podríamos argumentar que estos dos soldados, y otros cuyas cartas reproduciremos a continuación, no solo pertenecían a la misma unidad, sino que eran amigos o conocidos que se habían alistado juntos en el ejército y su relación se había estrechado durante las experiencias comunes en el conflicto. Otro caso similar podría ser el del sargento Byrne, quién escribió con profundo dolor sobre la muerte de uno de sus compañeros y amigos, Phillip Nolan: «I am pencilling those few lines in the depest horror for I have just lost one of my best comrades and an old chum I had known in the R.I.C. before the outbreak of war as we served together, joined the Army together and at last...»³¹⁹.

Sin embargo, también disponemos de cartas de soldados que se conocieron durante la guerra y establecieron lazos estrechos en un breve espacio de tiempo gracias a las experiencias comunes descritas a lo largo de la investigación. Independientemente de la duración de la amistad, los supervivientes escribían a los familiares del fallecido para aportar cualquier información concerniente a su muerte:

«I only came in contact with Herbert about 8 months ago, when he was sent out with a draft to reinforce us, but during that time we were pretty often together, we were the best of chums, he was popular with all the boys of the Section. All the information I can give you concerning his death is, on the morning of the 16th, Herbert and six more of the booyos were carrying out the wounded, when a shell came over and killed them all instantly. All

³¹⁸ A. Rendell, carta a la mujer de Anthony Angus, 24 noviembre 1918. Europeana 1914-1918: *Two Brothers Serving in France*.

³¹⁹ Sargento Byrne, carta a la mujer de Phillip Nolan, 23 junio 1916. Europeana 1914-1918: *Information on Philip Nolan - Lance Sergeant*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3446

the boys join with me in extending our depest sympathy to your mother and yourself and all at home»³²⁰.

También debemos considerar que el objetivo de estas cartas no era solo el de informar al familiar de los detalles de la muerte, también era aportar cierto grado de consuelo con palabras amables sobre la relación establecida entre ambos, el comportamiento ejemplar con el resto de la unidad o el espíritu animado y esperanzador que mantuvo con sus compañeros:

«I had only know your husband as a friend for a few months, but I can honestly say that I have never met a man that I liked better. I should never have been afraid to have trusted him with anything. He was so broad-minded and straight-forward, beside good natured and always ready to do anyone a good turn if he could»³²¹.

Como podemos inferir de las dos cartas escritas por A. Rendell, otra de las principales preocupaciones de la familia era conocer la actitud del soldado ante la muerte y si este había sufrido, pues cuenta en dos ocasiones lo sucedido durante la ofensiva en la que falleció Angus Anthony:

«I do not know whether he had any presentiment of his death but I remeber him having a sprig of white heather just before he was killed, and he said, "Bonny Auld Scotland, I wonder if I shall ever see it again". We were all expecting to be killed or wounded, but your husband always struck me as man who tried to live a life that would prepare him if he was taken suddenly. (...) He was hit through the throat, and I don't think he felt any pain »³²².

La pregunta sobre si el fallecido tuvo algún presentimiento de que su muerte estaba próxima fue habitual en este tipo de cartas. Como explicó Rendell en el último fragmento transcrito, todos los soldados esperaban en cierto grado fallecer o resultar heridos en cualquier momento. Aunque en este caso no lo especifique, la sensación de muerte inminente estaba motivada por la utilización de tácticas de guerra modernas como el

³²⁰ S. Thompson, carta a la hermana de Herbert Grant, 26 noviembre 1916. Europeana 1914-1918: *Memorabilia of Herbert Grant, Canadian Expeditionary Force, 5th Field Ambulance Force, C Section*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4453

³²¹ A. Rendell, carta a la mujer de Anthony Angus, 29 noviembre 1918. Europeana 1914-1918: *Two Brothers Serving in France*.

³²² A. Rendell, carta a la mujer de Anthony Angus, 29 noviembre 1918. Europeana 1914-1918: *Two Brothers Serving in France*.

bombardeo de artillería, del que poco podían hacer para protegerse en caso de un impacto directo, o la explosión de minas colocadas en túneles excavados bajo las trincheras.

En el caso particular de Anthony, disponemos de dos cartas escritas por su capitán, T. G. Gibson, en las que informó a su hermano y a su mujer sobre el ataque en el que Anthony había fallecido. Merece la pena destacar que en la carta a su esposa se limitó a decir que su muerte había sido instantánea y que no había sufrido: «I am sorry I cannot give you a great deal of information about your husband, excepting that his death was instantaneous. He had no suffering»³²³. Sin embargo, fue más profuso en los detalles del ataque en la carta que escribió a su hermano:

«I am afraid I can't give you a great deal of information about your brother, excepting that his Tank received a direct hit and was set on fire, and at least one of his comrades was burnt to death. Your brother received a most severe wound in the neck, death being instantaneous»³²⁴.

Ambos fragmentos permiten afirmar que los soldados aportaban una mayor y más detallada información cuando el interlocutor era hombre que cuando se trataba de una mujer, como ya hiciera Antonio Gibelli (1998, 59). Sin embargo, en ambos casos hizo hincapié en la ausencia de sufrimiento. Este detalle aparece en todas las cartas enviadas a los familiares de los fallecidos: «However as I said before in my last letter - his death was quiet painless to a degree. He was struck on the head by a piece of shell and was killed instantly. He suffered no pain what so ever»³²⁵.

Reflexionar sobre la importancia que tenía para los familiares el sufrimiento del fallecido antes de su muerte puede parecer innecesario. Sin embargo, durante el conflicto se introdujeron y utilizaron de forma masiva armas cada vez más cruentas con el cuerpo humano, aumentando exponencialmente el porcentaje y número total de soldados que padecían lesiones extensas y graves que producían dolor y sufrimiento durante varios días antes de producir la muerte, si esta llegaba a suceder. También era habitual que las heridas provocadas por el armamento moderno, como la metralla del bombardeo de artillería, dejaran graves secuelas físicas, miembros amputados y/o desfigurados que prolongaban

³²³ T. G. Gibson, carta a la mujer de Anthony Angus, 28 octubre 1918. Europeana 1914-1918: *Two Brothers Serving in France*.

³²⁴ T. G. Gibson, carta al hermano de Anthony Angus, 28 octubre 1918. Europeana 1914-1918: *Two Brothers Serving in France*.

³²⁵ John P. Ford, carta a la hermana de Jerome Guerin, 13 octubre 1916. Europeana 1914-1918: *Jerome Guerin*.

el dolor y sufrimiento de los soldados una vez que este finalizaba su experiencia bélica, causando en ocasiones mayor temor la mutilación que la muerte (Anderson 2015, 10). El sufrimiento y el miedo que infundía aparece tímidamente en la correspondencia de los soldados; sin embargo, han sido protagonistas de algunas novelas basadas en las experiencias de los soldados, caso de Gabriel Chevallier (2009, 139): «Yo no tenía miedo a morir... lo que temía sobre todo era la mutilación y esas agonías de las que éramos testigos».

Además, debemos considerar que durante todo el siglo XIX y principios del siglo XX, los cuerpos mutilados formaban parte de un espectáculo de masas que aprovechaba las curiosidades, deformidades y monstruosidades humanas para enriquecerse. De manera que la perspectiva de los soldados heridos de verse inmersos en dichos espectáculos no debía ser tranquilizadora. Aunque este temor ya estaba presente en la población general antes de la guerra debido a los habituales accidentes de trabajo en la industria que podían desmembrar y mutilar el cuerpo humano, fue la experiencia de la Primera Guerra Mundial la que difundió este miedo a una masa de población considerable y, a la postre, inició la desaparición de los espectáculos que comercializaban las deformidades humanas (Courtine 2006, 207).

En el caso de que el tipo de armamento moderno mencionado produjese la muerte instantánea del soldado y la volatilización del cuerpo, a pesar de ser una muerte indolora tampoco proporcionaba consuelo a la familia, pues los restos del combatiente no podían recibir sepultura, ni sus allegados visitarle una vez finalizado el conflicto. Debido a los accidentes de trabajo en la industria, este miedo estaba presente en una parte de la sociedad, pero fue durante la Gran Guerra cuando ganó presencia en el imaginario colectivo de la sociedad británica y europea. De hecho, durante el conflicto los soldados reflexionaron sobre este tipo de destino que podía alcanzarles: «Like the Welshman who was asked which he would rather be in - a railway collision or an explosion "indeed I'd rather be in a collision whatever - in a collision whatever you know where you are but in an explosion where are you?"»³²⁶.

Por último, la correspondencia que mantuvo Joseph Henry Morgans durante su reclusión en un campo de prisioneros alemán muestra de nuevo la importancia de las relaciones establecidas entre los soldados y la comunicación de estos con la familia de

³²⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 1 abril 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

los compañeros que habían causado baja. Como veremos en el capítulo dedicado a los soldados que fueron capturados durante el conflicto, el envío de cartas desde los campos de prisioneros estaba muy controlado y podían enviar muy pocas a sus familiares. A pesar de ello, Joseph escribió una de esas cartas a la mujer de un compañero que había fallecido, retrasando la comunicación con su propia familia: «I have already told you about Barnett having been killed on April 29th and of my receiving a letter from his young lady with that sad news. Last letter day I wrote her a letter and that accounts for my not sending you the usual letter»³²⁷.

3. El camino hacia la guerra total. Entre el miedo y la ira

«War is a fine game and may be the sport of Kings, but its glory has departed under modern conditions»³²⁸.

Harold Ward, 12 mayo 1917.

Como adelantábamos en los primeros capítulos de la investigación, tras los primeros meses de conflicto fracasaron los planes militares ideados para obtener una victoria rápida y contundente como la de Alemania sobre Francia en 1871. Sin ánimo de repetir los factores que se sumaron para que las ofensivas del verano y otoño de 1914 fracasaran, recordaremos que el principal motivo fue la superioridad del armamento defensivo frente a las tácticas ofensivas. Esta ventaja se sustentaba en la efectividad de los nidos de ametralladoras para frenar los ataques frontales de infantería y caballería (Neiberg 2005, 78).

Aunque los soldados y la población general mantenían la esperanza de que se pudiese fin al conflicto en pocos meses, la deriva del combate hacia la forma de guerra de trincheras no auguraba un final próximo. Ante la imposibilidad de obtener la victoria basándose en la superioridad numérica de la infantería, militares y gobernantes empezaron a explorar otras opciones que les permitiesen obtener una ventaja decisiva en el frente occidental. Se inició entonces una guerra paralela protagonizada por científicos e ingenieros que diseñaron y crearon nuevas armas y máquinas de guerra, estableciendo un nuevo hito en la relación entre ciencia y guerra (Barona 2015). De hecho, Joanna

³²⁷ Joseph Henry Morgans, carta a su familia, 14 agosto 1918. *Europeana 1914-1918: Grandfather Saved by German Surgeons*.

³²⁸ Harold Ward, carta a su esposa, 12 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

Bourke defiende que los proyectiles de metralla, *shrapnels*, son una de las creaciones más terroríficas producto de la relación entre ciencia y guerra junto a las bombas nucleares y las armas biológicas (2005, 5).

El desarrollo de armas capaces de matar a distancia como las ametralladoras, los cañones de artillería, las armas químicas e incluso el lanzallamas iniciaron un camino hacia la industrialización y mecanización de la guerra (Figura 25).

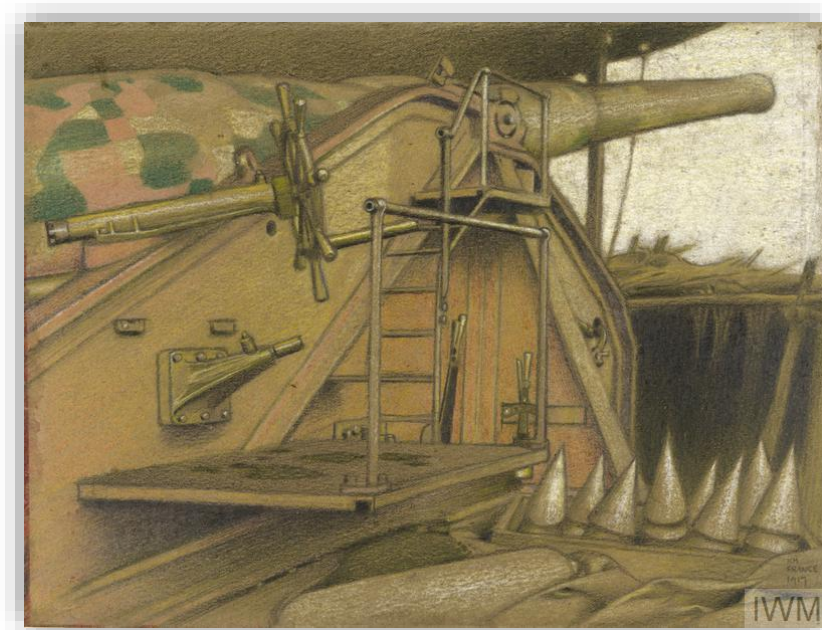


Figura 25. Keith Henderson. 1917. A Twelve-inch Gun. IWM ART 243.

Además, transformaron tanto el campo de batalla como la forma de combatir: los soldados que en las batallas del siglo XIX combatían erguidos, mirando a la cara del ejército enemigo situado a pocos metros de distancia frente al que debían mostrarse seguros y resistir sin titubear ni agacharse ante los disparos que recibían. Por el contrario, en las trincheras se encontraron sumidos en el caos de las batallas modernas, donde debían esconderse y ocultarse del enemigo, pues este podía alcanzarle desde la distancia gracias al desarrollo de los fusiles de precisión, o la muerte podía alcanzarles en cualquier momento por el impacto de un proyectil de artillería (Audoin-Rouzeau 2006, 278). La transformación del combate moderno fue descrita por Walter Benjamin en los siguientes términos:

«Una generación que aún había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos se encontraba a descubierto en un paisaje donde nada era reconocible si no eran las nubes y, en medio, en un campo de fuerzas atravesadas por tensiones y explosiones destructoras, el minúsculo y frágil cuerpo humano» (Benjamin 2001, 112).

Por un lado, el desarrollo armamentístico parecía restar importancia a las capacidades de los soldados en combate siempre y cuando dispusiesen de más y mejores armas que el ejército enemigo. De hecho, fueron varios los combatientes que expresaron su malestar con esta situación y reclamaron la importante labor que estaban realizando los soldados en el frente. Por otro lado, en este espacio en el que todo parecía dirigirse hacia la deshumanización de la guerra, también hubo determinados escenarios en los que los soldados pudieron demostrar su valentía y honor como en los combates aéreos, a los que hemos dedicado uno de los siguientes apartados.

La evolución en la forma de combatir y la introducción de nuevas armas conllevó la creación y crecimiento exponencial de algunos cuerpos del ejército. Por ejemplo, el Royal Flying Corps incrementó su personal de 2.000 a 291.000 personas durante la guerra (Neiberg 2005, 171). Otros tuvieron que ser creados desde cero a medida que se fueron introduciendo nuevas armas en los frentes como el Royal Tank Regiment creado en 1916 tras el diseño y construcción de los primeros carros de combate, o los diferentes cuerpos especiales que daban soporte a la guerra química desde la fabricación de gases hasta las unidades que realizaban los ataques (Bergen 2009, 240).

A medida que fue avanzando el conflicto, las ofensivas masivas protagonizadas por la infantería y la caballería dieron paso a ataques complejos y organizados en los que colaboraban varios cuerpos del ejército retroalimentándose para potenciar las virtudes de cada uno. Como ejemplo citamos el ataque sobre la cresta de Vimy en abril de 1917 al inicio de la batalla de Arrás en el que primero la aviación británica expulsó a los cazas alemanes, controlando el cielo y guiando el bombardeo de la artillería, aumentando su efectividad. Además de los proyectiles convencionales, se utilizaron armas químicas para que los soldados permanecieran en las trincheras y no pudiesen defender el avance de la infantería que quedaba protegido por los carros de combate, obteniendo excelentes resultados en cuanto a la consecución de objetivos militares y al reducido número de bajas (Neiberg 2005, 230-231).

La capacidad de aprendizaje y adaptación del ejército británico durante el conflicto condujo a la asimilación de la complejidad de la guerra moderna y la necesidad de coordinar diferentes tácticas militares en sus ofensivas. De manera que en el año 1918 estaban mejor preparados que los alemanes para el tipo de guerra que se estaba librando, siendo este uno de los factores que llevó a la victoria aliada (Boff 2012, 247). Harold Ward fue uno de los pocos oficiales que forman parte de nuestra investigación que escribió sobre la preparación necesaria para que las complejas ofensivas ideadas al final

de la guerra tuvieran éxito, pero siempre defendiendo la valentía y buena actitud de sus hombres hacia cualquier ofensiva, grande o pequeña:

«We read in the papers (the "Mail" and "The Telegraph") about the coming offensive and we note with pleasure and amusement the descriptions of our attitude towards it. We are glad to see that we are cheerfully expectant and confident and we note that each soldier is prepared to fight to his last gasp and hopes to account for many Boche. My experience does not include these things. I fail to see any difference in the men. Their attitude has not changed. Always they have looked to the defence of their lives, always have they been prepared for anything and the possibility of a big attack makes no difference to the front line for they have always been liable to be attacked. An attack big or little is much the same to the men in the forward posts who take the first knock. The people who count in a big show are the people behind the line. To them belongs the success or failure. The powers of human resistance are limited and the supply of new strength is always from behind. Intelligent anticipation and careful preparations for supplies of men and material means defeat for the enemy. We believe in our army sufficiently to expect these will be forthcoming at need and so we just stick it as usual - whatever the papers may say»³²⁹.

Peter Englund (2011, 590) ha recogido en su investigación testimonios similares del soldado francés René Arnaud, dando muestra de que, exceptuando la introducción de nuevas armas, la experiencia de las batallas en las trincheras durante cuatro años no estimuló cambios significativos en las ofensivas protagonizadas por la infantería. Pero sí provocaron un cambio en la actitud de los soldados y oficiales durante dichas ofensivas, de manera que Arnaud escribió en su diario en junio de 1918:

«Es probable que un oficial inexperto recién llegado al frente, con la cabeza inflada de las teorías del reglamento, supusiera que su deber era continuar avanzando y de ese modo conseguir que matasen a la mayor parte de sus hombres para nada. Pero en 1918 teníamos ya suficiente experiencia de las realidades del campo de batalla como para detenernos a tiempo».

También debemos considerar que la escalada de violencia condujo a los países beligerantes a dedicar todos los recursos económicos, materiales y humanos al esfuerzo bélico, ya fuese en el frente o en el interior, instaurando lo que se ha denominado economía de guerra. Además, durante este conflicto la violencia alcanzó a la población civil a distintos niveles gracias al desarrollo de nuevas máquinas de guerra: los

³²⁹ Harold Ward, carta a su esposa, 27 febrero 1918. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

bombarderos y los submarinos. Los primeros permitieron realizar las primeras incursiones aéreas en territorio enemigo, atacando objetivos civiles y a la población general; mientras que los segundos protagonizaron la guerra submarina sin restricciones que afectó a los barcos mercantes y de transporte de personas por todo el globo, estrategias que abordaremos en los próximos capítulos.

Por estos motivos este conflicto está considerado la primera guerra moderna y el primer hito en la evolución de los conflictos bélicos hacia la guerra total que caracterizó los enfrentamientos armados del siglo XX.

3.1. La transformación del campo de batalla

«It was indeed a lively night & one that makes you think our reality brings you face to face with life & death»³³⁰.

A.H.L., 16 septiembre 1916.

Debido a la creencia del alto mando militar en que la guerra de trincheras era una situación pasajera a la que debían poner fin lo antes posible, los ejércitos beligerantes introdujeron progresivamente nuevas armas con mayor poder de destrucción que permitiesen romper las líneas de defensa de las trincheras enemigas, modificando la forma de combatir (Neiberg 2005, 78).

Una de las tácticas ofensivas más referenciadas en las cartas que forman parte de nuestra investigación es la utilización masiva del bombardeo de artillería. Un armamento que se había utilizado tradicionalmente para el asedio de ciudades y que era idóneo para destruir las defensas de las trincheras enemigas. Esta táctica fue la principal responsable de la destrucción del paisaje centroeuropeo y de la transformación del campo de batalla. A.H.L. describió en los siguientes términos una de las ciudades que atravesó durante la movilización hacia las trincheras belgas en 1916:

«This town is a sight; imagine a place like Sale simply razed to the ground! Not a house or a church or a wall standing, the work of the German gunners. It is a scene of utter desolation and I never conceived such a thing could be and it shows what a terrible thing war is today with its vast no. of guns and high explosives. Really no earthquake could possibly have wrecked more completely a town»³³¹.

³³⁰ A.H.L., carta a su madre, 16 septiembre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

³³¹ A.H.L., carta a su madre, 10 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

La visión de los efectos del bombardeo de artillería era la primera pista del nivel de violencia alcanzado durante la guerra y evaporaba las dudas que podían albergar los jóvenes soldados sobre la veracidad de las narraciones sobre el frente de los periódicos. Sin embargo, por muy devastado que estuviese el campo alrededor de la vía ferroviaria que conducía al frente, o los pueblos en los que parasen a descansar, nada antecedía a la visión por primera vez de la *tierra de nadie*, ese espacio situado entre la primera línea de trincheras británica y su homóloga alemana. Estos espacios, como veremos a lo largo del capítulo, en ocasiones no sumaban un centenar de metros, pero era el lugar en el que los cañones de artillería desataban todo su poder para destrozarse las defensas enemigas y preparar el posterior avance de la infantería. De hecho, hubo algunos soldados que se vieron incapaces de describir el escenario que contemplaban sus ojos, o que, aun siendo capaces de describirlo, sentían que sus palabras no alcanzaban a transmitir los matices del escenario que contemplaban. Destaca la misiva que reproducimos a continuación, en la que el soldado esperaba y deseaba que un artista fuese testigo del escenario que acaba de describir y que fuese capaz de plasmarlo en una pintura:

«What impressed me more than anything was the sight of the country round us. Running right across our lines away into the German lines was a road - once a main road with trees each side and full of traffic, and now - I can hardly describe it as one looked along it as dawn was breaking - every tree as far as one could see - shot to pieces! Splintered trunks standing out against the sky line. Shell holes - broken stone work - torn barbed wire - equipment old and broken - dead Germans - rifles - absolute despairing ruin everywhere so intense that one could almost touch it and tore ones feelings to shreds. I am afraid this sound like Rosa N. Carey at her worst but it made a tremendous impression on me and I shall never forget it. I wish some great artist or author could see it and feel it as I did and make it permanent as a picture or an article»³³².

Esta confesión, lejos de demostrar la incapacidad de los soldados para describir el conflicto en el que estaban participando, aporta información sobre lo extraordinario de las características de la guerra y recuerdan a las palabras del filósofo alemán Walter Benjamin (2005) cuando dijo que la experiencia de la primera guerra tecnológica no cabía en las viejas y gastadas palabras de que disponían para narrar su historia.

Al margen de la elocuencia de los soldados para describir determinados escenarios del conflicto, hubo experiencias a las que dedicaron espacio en numerosas misivas. Una

³³² Oswald Blencowe, carta a su madre, 26 enero 1916. *Europeana 1914-1918: 1916 brought into perspective*.

de estas experiencias, quizás la más reportada, fue el ser objetivo de los cañones de artillería enemigos:

«The first we know of shells aimed at us is the bang of the explosion, and it is too late to get out of the way. Three officers were laid flat on their backs the other day without any hurt except to their dignity and farther on six men were buried without one being injured. It isn't always like that though»³³³.

Los ataques con este tipo de armamento causaban cierto nivel de estrés a cualquier soldado, por muy experimentado y acostumbrado que este estuviese a los avatares de la guerra. De hecho, era importante que los combatientes aprendiesen a controlar el estrés para poder actuar debidamente y protegerse del bombardeo, en la medida que podían. Uno de los oficiales del ejército profesional escribía sobre el bombardeo enemigo como un ritual de iniciación que hacía comprender a los soldados los peligros a los que se enfrentaban y la importancia de ocultarse del enemigo: «A shell burst in our trench the other day and the new draft were frightened out of their lives. One cannot make them understand the importance of keeping out of view, they will show themselves and hence the terrific losses»³³⁴. Una vez que aprendían a controlar el estrés y a adivinar el rumbo de los proyectiles, era relativamente fácil sobreponerse a estos ataques:

«I have been up every night entrenching (for the last three nights) it is perhaps the most exciting work which we have here, when its gets dark we move off, the road is generally full of "Johnson" holes and these full of water so if you don't look out one has a bath, then while one marches along up comes a stray shells over us just reaching the country and they generally light on the road!! But then one gets an expert and when you hear them coming one can generally tell if to right or left or at one then ditch or any cover available»³³⁵,

«It really adds zest to life living in a house with shells falling near and every time a "Jack Jhonson" comes there is no mistake about it, the whole house seems to rock and windows go proof. I can tell you it makes one sit tight for a minute or two and then we begin to laugh at one another but always with an ear open for the next. "Jacks" give one lots of

³³³ Harold William Cronin, carta a un amigo, 3 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “millions of flies”.

³³⁴ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 21 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

³³⁵ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 18 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

time or at all events sufficient to get under cover such as a ditch or trench and one does mover quickly, of course if one is in a trench the only thing is to sit tight!»³³⁶.

En estas narraciones Stanley Clarke se mostró valiente y confiado ante el bombardeo de artillería, transmitiendo la aparente sencillez de protegerse de los proyectiles en las trincheras y evitar los efectos devastadores que esta tenía sobre el cuerpo humano. Sin embargo, su discurso cambió en diciembre de 1914, cuando un soldado de su pelotón sufrió las heridas que causaban las explosiones de artillería, transmitiendo la ferocidad y lo incontrolable de este tipo de ofensivas para los soldados:

«Yesterday they first of all put a shell in my trench about ten yards from me, seriously wounding four. However we got the men out of the trench along the communicating trench and the Germans did no further damage though they continued to shell the empty trench. A bullet is a kind wound to a shell, we have had quite a few casualties of course with bullets since I have been out here but as I said before this was the first time I had seen the effect of a shell»³³⁷.

Desde entonces, cuando escribía sobre el bombardeo enemigo dejó de incluir esos comentarios que restaban importancia a dichas ofensivas, que incluso transmitían el bombardeo de artillería como un juego en el que, si los participantes se mantenían quietos y erguidos en las trincheras, no sufrirían ningún daño. Días después volvió a describir otro episodio en el que varios soldados de su unidad fueron heridos cuando intentaron moverse de una línea de trinchera a otra más alejada en pleno bombardeo:

«It turns out that they were trying to go forward to the other trench when the shell came and killed five and wounding three others - again they had paid no attention to the lesson which is so hard to teach, to sit tight under heavy fire and it is getting too hot to have after the first round - the men who stayed in the trench were alright. Jones was as I said before, killed at once and suffered no pain at all»³³⁸.

En esta ocasión dijo de los soldados heridos que no habían aprendido lo que debían hacer cuando los enemigos iniciaban un bombardeo. Sin embargo, podemos argumentar que no pudieron controlar el estrés ni el miedo que experimentaron al oír el silbido que

³³⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

³³⁷ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 5 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

³³⁸ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 20 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

precedía a las explosiones de artillería. Como adelantábamos en la introducción, el miedo es una de esas emociones estrechamente ligada a la supervivencia y al instinto de conservación, que ordena al cuerpo a huir del lugar en el que se encuentra para ponerse a salvo (Nussbaum 2008, 214). El problema del bombardeo de artillería en las trincheras era que, para ponerse a salvo, los soldados debían quedarse quietos, cubrirse la cabeza, protegerse todo lo posible dentro de las trincheras y esperar a que cesase el ataque, cuando el cuerpo les pedía salir huyendo. La experiencia de este tipo de ofensivas y el papel protector de las trincheras ha sido plasmada en las obras de numerosos artistas entre los que destacamos el poeta italiano Giuseppe Ungaretti, quien comparó en *In dormiveglia* (1916) la situación de los soldados en las trincheras con la de un caracol escondido en su concha:

Assito la notte violentata	I assist the night defiled
L'aria e`crivellata	The air is riddled
Come una trina	Like needle lace
Dalle schioppettate	With a hail of bullets
Degli uomini	From the men
Ritratrati	Trapped
Nelle trincee	In trenches
Come le lumache nel loro guscio	Like snails in the shells. It sounds
Mi pare	Like a frenetic
Che un affannato	Swarm of stone cutters
Nugolo di scalpellini	Is beating on the pavement
Batta il lastricato	In lava stone
Di pietra di lava	Of my streets
Delle mie strade	And I listen
Ed io l'ascolti	Without seeing
Non vedendo	As I doze.
In dormiveglia.	

A pesar de que los ejércitos acumularon experiencia sobre la forma de actuar de los soldados para minimizar las posibilidades de ser alcanzados por los proyectiles de artillería, hemos identificado narraciones similares en las cartas de los soldados que acudieron al frente en los siguientes años. De hecho, estos también expresaron el mismo miedo y sensación de muerte inminente ante los proyectiles de artillería, a pesar de que intentasen prepararlos para soportar dichas experiencias durante su entrenamiento:

«we wondered each of us, every time we heard the old familiar, diabolical whistle if this one was our funeral»³³⁹,

«It was hell itself; they rained big shell fire at us from 4 o'clock the next morning, it was awful and the wonderful part of it was that no one of us was touched. I think it is better to be born lucky than rich»³⁴⁰,

«It is an awful sensation hearing these shells coming screaming over us one after the other and not knowing where they are going to burst and of course the din is terrific and for the second night in succession I didn't get a wink of sleep.

I don't think I am at all cut out for this job, and I don't know how long I shall be able to stick it, but I am far too nervous. Last night I was all in a sweat when those blooming shells came over.

I am doing my best but I cannot help myself»³⁴¹.

Un mes después, A.H.L. volvió a narrar otro bombardeo que sufrió una noche mientras paseaba por un pueblo relativamente alejado de la primera línea de trincheras. En esta ocasión se mostró comprensivo con aquellos soldados que no eran capaces de soportar el estrés del bombardeo continuo y tenían que ser enviados de vuelta a casa:

«Life is full of thrills and excitement here, in fact too full as the thrills are of such a 'killing' nature!!

I was out with an officer who has been with this battalion since it was in Gallipoli and believe me he was nearly as startled as I was. It is a terrible thing to be shelled and it is so easy to understand why so many chaps go home with nerves»³⁴².

Lo que A.H.L. denominó *go home with nerves* fue una de las formas coloquiales con la que los soldados se referían al *shell shock* y que se ha traducido como neurosis de guerra, un trastorno al que dedicaremos un capítulo al final de la investigación. En primer lugar, sorprende que sea un oficial el autor de estas palabras, pues estos debían establecer una relación paternalista con sus subordinados para que estos se sintieran protegidos, favoreciendo la confianza en el superior y la disciplina durante las ofensivas (Watson 2008, 114). Sin embargo, el comportamiento descrito en la carta de A.H.L. no estimulaba el valor ni la confianza de sus subordinados. No obstante, aunque ocupase un puesto de mando, seguía siendo un joven voluntario sin experiencia bélica y con un periodo de

³³⁹ Denis T. Hayes, carta a su hermano, 17 octubre 1918. *Europeana 1914-1918: Letters Home to Dublin, from World War I, Written by Denis T. Hayes to His Brother Pat Hayes br.*

³⁴⁰ J.C., fragmento de carta, 1 octubre 1915. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

³⁴¹ A.H.L., carta a su madre, 22 julio 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

³⁴² A.H.L., carta a su madre, 11 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

instrucción limitado antes de su llegada al frente. Un adiestramiento que tampoco preparaba a los reclutas para el tipo de conflicto al que se dirigían, como hemos señalado en varias ocasiones.

Por otro lado, como recuerda A.H.L. en otra misiva, los periódicos y la propaganda nacionalista estaban narrando un conflicto edulcorado a la población general para estimular el reclutamiento de jóvenes, pero, sobre todo, para mantener a la opinión pública a favor del conflicto, objetivo que no hubiesen cumplido de haber escrito sobre la escalada de violencia y el elevado número de bajas que estaba sufriendo el ejército británico en todos los frentes en los que estaba combatiendo:

«This continual offensive is costing us something!! Few people know how much Oh! It is a frightful business and people at home they read about the British troops pushing forward but the realities... mother dear, by God! Could they but be in the trenches for 10 mins during an ordinary bombardment»³⁴³.

Uno de los motivos por los que el bombardeo de artillería causaba tanto terror entre los soldados era que el impacto directo de un proyectil podía hacerles desaparecer sin dejar rastro. Basándonos en el análisis de las cartas enviadas por los soldados a los familiares de sus compañeros fallecidos, podemos concluir que esta forma de fallecer podía aliviar a los familiares, pues tenían la certeza de que no había sufrido en ningún momento. Sin embargo, tenía el inconveniente de no dejar restos que pudiesen ser enterrados y que la familia pudiese visitar una vez acabada la guerra. Este temor también estaba relacionado con otras tácticas militares implementadas durante el conflicto como la colocación de minas en túneles excavados debajo de las trincheras enemigas que podían enterrar vivos a los soldados en las trincheras. Precisamente el ser enterrado vivo fue uno de los miedos más populares en la Europa del siglo XIX, estimulando medidas variopintas para evitar este tipo de errores. Cabe destacar que al inicio del conflicto esta fobia había sido superada en términos generales, precisamente cuando era más probable que un soldado fuese enterrado vivo a causa de las tácticas militares y armamento mencionado (Bourke 2005, 37).

Por otro lado, a los pocos meses de iniciarse el conflicto los ejércitos comenzaron a utilizar otro tipo de proyectiles que contenían en su interior pequeños trozos de metal, tornillos, balas utilizadas y restos de otros explosivos que se dirigían en todas direcciones

³⁴³ A.H.L., carta a su madre, 22 septiembre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

una vez que sucedía la explosión, causando heridas graves y complejas a los soldados que estaban cerca (Bergen 2009, 215):

«The shrapnel is terrible it bursts in the air and sends down a shower of bullets which cover a big space of ground. The bullets are round and are about the size of those stoppers in lemonade bottles. The enemy have also used dums-dums, some sort of explosive bullets which make a very ugly wound»³⁴⁴.

Los fragmentos despedidos tras la explosión del proyectil ingresaban en el cuerpo humano con menos velocidad que las balas, alojándose en los tejidos y arrastrando al interior restos de pólvora, fragmentos de los uniformes y barro. Esto aumentaba exponencialmente la probabilidad de que la herida se infectase y alargaba la estancia en el hospital, si llegaba a recuperarse. Estas lesiones y sus tratamientos que podían incluir la amputación del miembro producían un dolor severo y sufrimiento a los pacientes que las padecían. Como explicó Frank Richards, los efectos de la metralla en el cuerpo humano podían atemorizar más a los soldados que los proyectiles convencionales, pues la muerte podía suceder igualmente, pero se evitaba el sufrimiento de las heridas por metralla:

«I wasn't worrying so much if a Shell pitched clean amongst us: we would never know anything about it. It was the large flying pieces of shell bursting a few yards off that I didn't like: they could take arms and legs off or, worse still, rip our bellies open and leave us still living. We would know something about them all right» (Bergen 2009, 172).

Este miedo al desmembramiento, a la desfiguración y al sufrimiento tanto físico como psicológico que conlleva estaba mucho más enraizado en el hombre que el miedo a la muerte (Bloch 2002, 87). La visión en las trincheras de los heridos que gritaban por el dolor insoportable antecedió el sufrimiento del soldado que era testigo de estas lesiones, lo que conllevaba consecuencias psicológicas que analizaremos en los próximos capítulos (Audoin-Rouzeau 2006, 293). Todo ello contribuía a que el bombardeo de artillería fuese considerado una de las experiencias más terroríficas en las trincheras, especialmente durante los primeros servicios: «So far I personally have had nothing more dangerous

³⁴⁴ Thomas Noonan, carta a sus padres, 17 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

than the shaking of the earth by bursting shells and it is pleasant to hear many of ours going back to answer for each one they send from the other side»³⁴⁵.

Como contrapunto, cuando eran los cañones aliados los que castigaban las posiciones enemigas, el silbido que antes causaba terror se volvía placentero y era motivo de sorna, alegría y orgullo: «The war goes on and the shells keep wizzing over our heads bearing messages of love and peace to the Boche»³⁴⁶, y «The British gun fire was simply terrific, all night, and the Germans did not reply very much. It was fine to watch the flashes of our guns at our backs»³⁴⁷. Paralelo a este discurso probélico basado en el deseo de someter al enemigo a través de la utilización del armamento moderno, encontramos soldados que describieron cómo se sentían al utilizar armas como los cañones de artillería o las ametralladoras: «You can't realise the power one seems to possess when handling a Maxim. Personally I feel as if I could lay out the whole German army»³⁴⁸. Contrasta el poder que sentían los soldados al manejar el armamento moderno con la vulnerabilidad que experimentaban cuando eran el objetivo de estos. Joanna Bourke (2005, 72-73) argumenta que el miedo no depende únicamente de un estímulo, en nuestro caso las explosiones de artillería, también depende de la situación del protagonista. De manera que cuando un soldado es el objetivo de los cañones de artillería siente miedo porque su cuerpo es extremadamente vulnerable a semejante armamento. Sin embargo, cuando era él el que ataca a los soldados alemanes con estas armas, siente ira y deseos de someter al enemigo, pues el armamento moderno le otorga más poder que el de su adversario. Al tiempo, el poder otorgado por el armamento moderno estimulaba el sentimiento de superioridad de los británicos sobre los germanos a nivel tecnológico y moral, evitando que estos empatizaran con el miedo que experimentaban ambos bandos cuando eran los objetivos del bombardeo de artillería.

En definitiva, estas armas provocaron que el acto de matar fuese más fácil, se convirtiese en un acto mecanizado y deshumanizado, pues los soldados disparaban sus armas contra soldados que estaban a mucha distancia, a los que no veían el rostro, no era

³⁴⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 8 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁴⁶ Harold Ward, carta a su mujer, 14 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁴⁷ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 22 mayo 1915. The National Archives, Letters from the First World War, 1915, Trenches: "an awfully desolate spot".

³⁴⁸ Gilbert Williams, carta a un amigo, 16 diciembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, 1915, Trenches: "handling a Maxim".

como combatir cuerpo a cuerpo. De esta forma, el hombre dejó de ser el protagonista de las batallas y los ejércitos se centraron en desarrollar armas cada vez más potentes y disponer de un mayor número de estas que el enemigo (Bergen 2009, 212).

Por otro lado, en algunos puntos del frente occidental la distancia entre las líneas de trincheras era tan reducida que imposibilitaba la utilización de la artillería. En estos casos, como describió Oswald Blencowe, los soldados utilizaban morteros para lanzar granadas a las trincheras enemigas y situaban francotiradores en puntos estratégicos para hostigar a los alemanes:

«I'm on place the Huns were only about 80 yds away and they were also holding a small crater in front of their line the front edge of which was only about 35 or 40 yds distant from us. We were fairly safe from shell as the lines were so close together but there was a tremendous lot of sniping and any amount of rifle grenades flying about so one had to be most awfully careful. The best part of a rifle grenade is the fact that you can see it coming and it often lies on the ground for 5 or 6 seconds before it bursts so as a rule one has plenty of time to get round the nearest traverse. At night its rather a strain on the nerves as one cant see them but can hear them coming quite plainly, the only thing to do is to stand absolutely still and listen for it to fall, then after you have heard the thud of its fall - if its anywhere near - down you get as low as possible waiting for it to burst»³⁴⁹.

En estos casos en los que las trincheras estaban relativamente cerca, también era habitual excavar túneles para colocar minas debajo de las posiciones enemigas y hacerlas estallar justo antes del ataque de la infantería. Al contrario que los proyectiles lanzados por los cañones de artillería o los morteros, los soldados nunca sabían con certeza si había una mina a punto de estallar bajo sus pies, incrementando el estrés y la sensación de que podían morir en cualquier momento: «I hope to be spared to come home again but we never know one minute when we will get blowed to atoms. I don't take so much notice of it now as I did I have got used to it but at times when they are shelling near us the place is all under mined out here»³⁵⁰.

Conforme avanzaba el conflicto el nuevo armamento introducido se combinaba con ataques cada vez más complejos que se prolongaban durante horas e incluso días. Algunos soldados describieron con detalle algunas ofensivas en las que participaron:

³⁴⁹ Oswald Blencowe, carta a su madre, 26 enero 1916. *Europeana 1914-1918: 1916 brought into perspective*.

³⁵⁰ Robert William Price, carta a su esposa, 19 julio 1916. *Europeana 1914-1918: Private Robert William Price - letters to his wife*.

«I shall give you a description of modern battle. All of us knew that there was a mine under the enemy's position (Hill 60) and that it was to be exploded that evening. So all day long there was a sort of restlessness amongst us and firing was continuous till about 6 p.m. when everything grew quite. Not a round was fired from our trenches and few hundred men probably would be blown to eternity and one could not help praying for their souls - then half a minute - a quarter of a minute - earth shook once - twice - three times, there was a rush in the air of falling trees, stones, a second's silence and then a terrible roar of rifles, machine guns, hand grenades, rifle grenades, trench mortars, bombs, cannon - the air was full of lead - everyone was firing as hard as he could and my machine guns going like fury. This lasted for nearly two hours - then a quiet and then another burst which continued through the night and all the next day and the next and now once again there is a silence and we occupy a new little bit of trench³⁵¹.

Hasta el momento, todas las armas introducidas en la contienda fueron referenciadas en mayor o menor medida por los soldados, quienes describieron sus experiencias y emociones desde el punto de vista del atacante y de la víctima. Sin embargo, hubo un arma introducida en este conflicto que no fue mencionada en ninguna de las cartas que forman parte de esta investigación: el lanzallamas. Otras investigaciones (Bergen 2009) han recuperado relatos de soldados que fueron testigos de los ataques con esta arma:

«But what is this? Is hell opening up under our feet? Are we standing on the lip of an enraged volcano? The trench fills with flames, sparks, acrid smoke, the air is unbreathable; I hear whistling and crackling noises, and alas screams of pain as well. Sergeant Vergès eyes are burnt; at my feet two unfortunates roll on the ground, their clothes, their hands, their faces burning, like living torches. [...] Lying on the ground in front of us, gasping for breath, the two unfortunates I had seen in the flames were so unrecognisable that we could not tell who they were. Their skin had gone completely black. One of them died in the night, the other, in the grip of delirium, sang little songs from his childhood, conversed with his wife, his mother, spoke about his village. Hearing that brought tears to our eyes» (Bergen 2009, 172).

El lanzallamas era un arma que lanzaba aceite en llamas a alta presión, fue desarrollado por los alemanes y utilizado por primera vez el 30 de julio de 1915 en Ypres. Aunque tuvo un papel limitado en las ofensivas de la Primera Guerra Mundial, producía un gran impacto en la psique de los combatientes que sufrían sus ataques. El hecho de

³⁵¹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su padre, 22 abril 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

que los soldados de nuestra investigación no describan los ataques con lanzallamas podría estar relacionado con que lo considerasen una de las aberraciones del conflicto que representaba lo mezquino de la guerra moderna (Bergen 2009, 216).

Algunos oficiales como Harold Ward vieron en el cambio en la forma de combatir, la pérdida del honor y gloria que rodeaba a los conflictos bélicos anteriores: «There is not much honour and glory in fighting nowadays when one is expected to keep under the earth except on special occasions»³⁵². Sin embargo, en otras ocasiones escribía con alegría sobre la introducción de nuevas armas en las siguientes ofensivas, quizás con la esperanza de que devolviesen a los soldados el protagonismo que habían perdido: «We don't know how exactly what part of the front we shall actually arrive at but it may be possible be near Popperinge. We look like trying a different kind of fighting but the men are good and I think we are fit enough for anything»³⁵³.

Durante toda su experiencia bélica se esforzó en transmitir a su esposa la importancia que seguía teniendo la infantería en las ofensivas modernas, a pesar de que el sentimiento general era que cada vez tenía menos relevancia. Sin embargo, repetía una y otra vez que las batallas y la ganancia de terreno sucedían gracias a la valentía y determinación de los soldados en su avance a través de la tierra de nadie:

«War is a fine game and may be the sport of Kings, but its glory has departed under modern conditions. Shells and big guns deal out death and destruction but it is only by the pluck and determination of the infantry soldier that battles and ground are finally won. Money and materials are necessary to smash up the enemy materials but that is only the start - engineering and mechanical effort engaged in systematic destruction. The infantry sit in front and wait - they protect the guns and keep the enemy on the jump as much as possible. The guns finished wave after wave of men surge into the Boche defences - a slow solid advance; then the final madding rush followed by hours of feverish toil to make defences that the enemy infantry cannot penetrate. Then the same old wait and a realisation that some who started with you have left the line the waiting is the nervous business, shells overhead, in front, behind then this side then that. A hit here, a lucky escape there and the nervous man gives play to his imagination and is finished. It is wonderful how few there are who break down under the strain. the more I see of the men the more I respect and admire them. The danger they know and they smile at it. They are

³⁵² Harold Ward, carta a su esposa, 11 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁵³ Harold Ward, carta a su esposa, 29 agosto 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

cheerful and merry always and even when they grumble or groan (which is often) why it's a cheerful grumble at which they will laugh as quickly as I do»³⁵⁴.

Cabe destacar en estos momentos la resistencia mental de los soldados ante los estímulos traumáticos de la guerra que estaban experimentando diariamente en las trincheras. A medida que avanzaba su experiencia en el conflicto, la sorpresa y terror inicial que provocaba el armamento moderno y las tácticas militares propias de la guerra de trincheras se sustituían por indiferencia. Esta debía ser desarrollada por los soldados para protegerse de los efectos psicológicos que podían tener la continua exposición a determinadas experiencias de la guerra de trincheras. Sin ser un estado ideal, permitía que los combatientes se mantuviesen centrados ante determinados estímulos como la muerte de compañeros. Esto explicaría que, a medida que acumulaban experiencias en la guerra de trincheras dedicasen menos espacio en sus misivas a escribir sobre las ofensivas o la utilización de nuevas armas, describiendo entonces la guerra de trincheras como algo rutinario y, hasta cierto punto, aburrido:

«So far this tour of duty has not been at all bad - in fact we are having a more comfortable time than we had when we were further back. Trench warfare is all a matter of routine and once one settles down into an area nothing is new - as long as the Boche does nothing out of the ordinary»³⁵⁵.

Harold Ward escribió esta misiva en diciembre de 1917 cuando ya se habían introducido prácticamente todas las innovaciones armamentísticas de la Primera Guerra Mundial y los ataques habituales incluían la utilización de artillería, con todo tipo de proyectiles, armas químicas, lanzallamas, minas, carros de combate y bombardeo aéreo. De hecho, poco antes había plasmado una reflexión preguntándose qué debía ser lo peor del conflicto en el que estaba participando, concluyendo que el principal horror de la guerra era el agua, el barro y la incomodidad de las trincheras:

«I wonder what we chiefly consider the horror of war. At home I suppose it is the huge loss of life and the destruction of towns and villages. Out here those things do not count nearly so much. Some I suppose think of the terrific noise and the danger from shells. Drum-fire is like hell let loose and on sight it would appear that not living in the zone of

³⁵⁴ Harold Ward, carta a su esposa, 12 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁵⁵ Harold Ward, carta a su esposa, 20 diciembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

fire could escape. Yet when the shell storm passes men rise up smiling. Some consider the continuous whistle of the machine gun - especially when the bullets come in a continuous stream - a noise and a sensation like nothing else on earth. Yet I believe that everyone would say that the chief horror was comprised of "water - mud and discomfort"»³⁵⁶.

Esto nos indica cuan eficaz era ese estado de anestesia emocional o insensibilidad que debían alcanzar los soldados para resistir las experiencias de la guerra sin que su mente se quebrara. Además, era asumido por los soldados que las experiencias de la guerra debían ser desagradables, en términos generales, pero no así otros aspectos de la vida militar. Es posible que los combatientes esperasen obtener cierto nivel de satisfacción que contrarrestase el horror de la guerra, por ejemplo, a través de la alimentación o el merecido descanso tras las largas jornadas de trabajo en las trincheras o en la retaguardia. Sin embargo, estos aspectos de su experiencia bélica, que también dependían del ejército, estaban descuidados o era imposible dedicar el tiempo y los recursos necesarios para que los soldados redujesen su malestar. Por lo tanto, resultan coherentes las palabras de Ward considerando que estaba acostumbrado a las experiencias desagradables de la guerra, pues no tenía otra opción, pero no era capaz de acostumbrarse a aquello que empeoraba su estancia en el ejército cuando era lo que debía mejorarla en un entorno tan hostil como las trincheras.

3.1.1. *Un verdor terrible*

«The Germans attacked with gas last night while we were working and we had to wear our helmets for over an hour. It was an anxious time as the men dread gas so and get very nervy, also there was a terrific bombardment going on! In very truth this war is absolute HELL»³⁵⁷,

Segundo teniente A. H. L.

Aunque la artillería fue el arma que causó el mayor número de bajas durante la contienda y transformó por completo los campos de batalla, la que ha permanecido en el imaginario colectivo como símbolo de la Primera Guerra Mundial han sido las armas químicas. Algunos autores han argumentado que el miedo a este armamento era

³⁵⁶ Harold Ward, carta a su esposa, 25 septiembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁵⁷ A. H. L., carta a su madre, 3 septiembre 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

desproporcionado debido a la baja letalidad de los gases, que se estima entre un 2 y un 3% del total de soldados afectados³⁵⁸ (Reid 2017, 81). Sin embargo, como hemos comprobado a través de la correspondencia de los soldados, estos consideraban en algunos momentos que la muerte podía no ser el peor de sus destinos en el conflicto.

Por otro lado, aunque el fallecimiento de un soldado en acto de servicio siempre era motivo de tristeza para su familia y allegados, también lo era de orgullo, pues entendían su muerte como un sacrificio por algo más importante que él como individuo: la defensa de la nación (Watson y Porter 2010, 162). Además, como hemos analizado en el capítulo dedicado a los lazos de hermandad establecidos entre los soldados, una de las preocupaciones de las familias de los combatientes era conocer en qué circunstancias había fallecido su familiar: qué lo había matado, si había sufrido, si se había mostrado valiente ante la muerte y si estaba enterrado en algún lugar. Esta preocupación de los familiares y de la sociedad por la forma de morir podría estar relacionada con el terror que causaban las armas químicas a pesar de su baja letalidad. Como ha argumentado Fiona Reid (2017, 81), era el dolor y la agonía que producían las lesiones por intoxicación lo que despertaba el miedo de los combatientes y provocaba el caos entre los ejércitos que sufrían dichos ataques.

En la cita con la que iniciamos este capítulo A.H.L. da cuenta del impacto que tenían los ataques con armas químicas, alterando los nervios de los combatientes y contribuyendo a que las trincheras se convirtieran en un auténtico infierno para los soldados. Además, como explican varios soldados en las cartas que reproduciremos a lo largo del capítulo, los alemanes rara vez utilizaban armas químicas exclusivamente, era habitual que se combinaran con el bombardeo de artillería para que el caos que provocaban los gases hiciera salir de las trincheras a los soldados y fuesen vulnerables a la artillería convencional:

«I had a rotten night as there was another gas attack. I was the last to leave the trenches with my party and about 1 mile from billets I heard the infernal alarm going. I did not want to be stranded so I put the pace on and tried to get back to billet as soon as poss. Whenever the Germans attack with gas they always shell heavily and I simply dreaded

³⁵⁸ Los historiadores que han estudiado los sistemas de apoyo sanitario a los ejércitos de la Primera Guerra Mundial y las estadísticas sanitarias de heridos y fallecidos coinciden en la baja letalidad de las armas químicas comparado con cualquier otra arma implementada durante la contienda (Zoghalmi 2021, 110-112). Sin embargo, Leo van Bergen alerta sobre la relatividad de estas estadísticas, pues aquellos soldados que fallecían en el campo de batalla sumaban en las estadísticas como desaparecidos (Bergen 2009, 219).

being caught in the open. About half a mile from home as the alarms were still sounding we put our helmets on and struggled on»³⁵⁹.

Esta estrategia era del todo efectiva, pues retrasaba la utilización de las máscaras antigás con el objetivo de encontrar un refugio frente al fuego de artillería, exponiéndose a los efectos de los gases utilizados; sin embargo, era contraria al discurso de la propaganda gubernamental y militar en la que se defendía el desarrollo de armas químicas con el objetivo de reducir al mínimo la utilización de la artillería. Además, algunos médicos como Otto Muntsch (autor de *Guide to the Pathology and Therapy os Sickneses caused by Gas Warfare*, 1932) y militares como el teniente coronel Fuller (autor de *The Army in My Time*, 1935) defendían que los gases eran armas humanitarias, pues eran capaces de causar un gran número de bajas no mortales y provocar la retirada del enemigo. Sin embargo, este tipo de argumentos estaban dirigidos a controlar a la opinión pública (Bergen 2009, 176).

Bajo este pretexto y con el objetivo de desarrollar armas capaces de representar una ventaja decisiva frente al enemigo, químicos y científicos se pusieron al servicio de la guerra para sintetizar nuevos gases con diversos efectos en el cuerpo humano³⁶⁰. Aunque ambos bandos habían utilizado granadas con gases tóxicos desde el inicio de la contienda, los alemanes fueron los primeros en utilizar armas químicas a gran escala. En la segunda batalla de Ypres, iniciada el 22 de abril de 1915, lanzaron 5.000 botes de gas cloro; por este motivo se dice que fueron los primeros en utilizar este tipo de armamento en la Gran Guerra (Neiberg 2005, 97; Reid 2017, 73).

Uno de los protagonistas de nuestra investigación sufrió uno de los primeros ataques con gas cloro y tuvo que ser enviado a Gran Bretaña para recuperarse. En la última carta que envió a su familia antes de llegar a su hogar intentó tranquilizarles sobre su estado de salud:

³⁵⁹ A. H. L., carta a su madre, 15 agosto 1915. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

³⁶⁰ Uno de los químicos responsables del desarrollo de armas químicas fue el alemán Fritz Haber, quien recibió el Premio Nobel de Química en 1918 tras desarrollar una fórmula para sintetizar amonio a partir de nitrógeno, permitiendo la síntesis de fertilizantes artificiales. Sin embargo, aquel proceso permitió también sintetizar el gas cloro y otros gases que se utilizarían como armas durante la contienda, estableciendo un nuevo hito en la relación entre ciencia y guerra. Esta colaboración fue duramente criticada por la opinión pública, que había considerado a la ciencia la fuente del progreso de la humanidad de las décadas anteriores, y ahora la veía al servicio de los militares, desarrollando armas que incumplían los acuerdos alcanzados en las Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y 1907 (Reid 2017, 73). Clara Haber (1870 - 1915), quien fue química y esposa de Fritz, estaba en contra de la utilización de la ciencia con fines bélicos, motivo por el cual se suicidó antes de que los alemanes llegaran a utilizar el gas cloro en la Gran Guerra (Bergen 2009, 235-239).

«This is just a line to say that I am being sent home by the next Red Cross Boat. (...) Now you must not worry about me - the Papers talk a lot about one's chest - it's all bunkum except in the case of very badly gassed men and I had a very light dose, just enough to get one back to England and to tell the truth I want a couple of weeks rest badly as my nerves were getting rather dicky, it becomes a bit of a strain now and again but I'll be as fit as a fiddle in a few weeks, I must be as I have a few scores to settle with the Huns»³⁶¹.

Stanley-Clarke fue uno de los soldados de la BEF que combatieron en el frente occidental desde agosto de 1914. Merece la pena recordar que en la carta que envió el 22 de noviembre de 1914 escribía con cierto desprecio sobre aquellos soldados débiles que eran devueltos a Gran Bretaña: «the weak ones go sick after a couple of weeks and are sent home, the rest stay on»³⁶². Sin embargo, después de casi 10 meses en el frente occidental reconoce que, al margen de la intoxicación por gas cloro, necesita un descanso porque el estrés del combate ha ablandado sus nervios. Este fragmento nos permite adelantar el gran impacto psicológico que tuvo la guerra de trincheras y el nuevo armamento introducido en los soldados, incluso en aquellos con experiencia en guerras anteriores. En este sentido, aunque la mayor parte de los gases utilizados no tuviesen graves efectos en el cuerpo humano, especialmente en bajas dosis, las armas químicas fueron una de las armas con mayores efectos en la moral y salud mental de los soldados. Por lo que inferimos, al igual que otros historiadores (Reid 2017, 81), que el principal efecto de las armas químicas fue psicológico³⁶³.

El gas cloro era fácil de detectar por su color y olor, y producía un intenso ardor de garganta y pecho a los soldados que lo respiraban. A partir de la segunda batalla de Ypres, los científicos al servicio de los ejércitos desarrollaron nuevos gases más difíciles de detectar como el fosgeno, incoloro e inodoro, y más agresivos con el cuerpo humano. En total se produjeron 136.200 toneladas de 38 gases que se desarrollaron y utilizaron de manera significativa: 12 con efectos lacrimógenos, 15 gases sofocantes, 3 hematotóxicos, 4 que quemaban la piel y 4 que afectaban al estómago. La mayoría no eran letales, sino

³⁶¹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su madre, 7 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

³⁶² Arthur Ramsay Stanley-Clark, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

³⁶³ Las armas químicas provocaron reacciones y alteraciones del comportamiento en los soldados similares a las que producía el continuo bombardeo de artillería. Los médicos militares denominaron a esta “enfermedad” gas shock, y recibía un tratamiento similar al de los soldados que eran diagnosticados de shell-shock. Sin embargo, como analizaremos en los próximos capítulos el término shell-shock se acabó imponiendo a otras etiquetas diagnósticas, de manera que se decía que todos los soldados que sufrían síntomas psicológicos, independientemente de la causa, padecían de shell-shock (Bergen 2009, 294).

que provocaban una sensación de descontrol del propio cuerpo y un intenso dolor que hacía huir a los soldados. El más letal fue el gas mostaza, un agente vesicante utilizado por primera vez por los alemanes en julio de 1917 durante la Tercera Batalla de Ypres. Este último causó entre el 70 y el 80 por ciento de las bajas totales causadas por gases en el ejército británico (Bergen 2009, 241; Reid 2017, 75).

Al tiempo que los científicos desarrollaban nuevos gases tóxicos para utilizar contra el enemigo, también debían mejorar las máscaras antigás para proteger a los ejércitos aliados de los efectos de las armas que estaban creando. Las primeras eran tan precarias como cabría imaginarse dada la novedad del armamento y las circunstancias del conflicto: «As regards the pads, (masks of cotton pad which served as gas masks), all we were served out with were made ‘on the spot’ and consisted of a piece of gauze and tape and were steeped in a solution of bicarbonate of soda, prior to this charge»³⁶⁴.

A medida que se fueron mejorando, cabría pensar que las máscaras antigás fuesen veneradas debido al caos que provocaban los ataques con armas químicas en el frente. Sin embargo, en las narraciones de las experiencias de ataques con armas químicas, algunos soldados explicaron las dificultades para ver adecuadamente y orientarse después de colocarse las máscaras antigás:

«On arrival at the edge of the wood at night, we were welcomed by a big dose of gas shells and shrapnel, which was applied steadily throughout the night by the German artillery. Having to assist in putting our signalling gear into a hole for safety, I was prevented from using my respirator for the first quarter of an hour, as we could not see on account of the darkness and dust made by the ammunition columns rushing along the road, and it was during this time that I must have breathed in enough gas to put me out of action. Afterwards of course respirators were used, when we were settled in holes by the roadside for the night»³⁶⁵.

«It was badly awful they are such suffocating things and you cannot see as the goggles always become steamed. I fell down shell holes and crashed into trees and eventually landed back with half dozen men at the billet. I was utterly done up and tore my helmet

³⁶⁴ Richard Gilson, carta a su madre, 28 mayo 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-mostly-mere-boys/>

³⁶⁵ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 23 agosto 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “a big dose of gas shells”.

off and if there had been any gas I should have gone under but I was just on the point of fainting and couldn't endure it another minute»³⁶⁶.

En los dos fragmentos que hemos reproducido, ambos soldados renunciaron a utilizar las máscaras antigás. El primero por los problemas que tenía para ver adecuadamente y poder dirigirse a un lugar a salvo del fuego de artillería, por lo que pospuso la utilización de la máscara hasta estar seguro, exponiéndose a los efectos de los gases. El segundo por los problemas que le causaba para respirar adecuadamente, aunque tal y como describe su experiencia podría estar sufriendo un ataque de pánico por el repentino ataque de los alemanes y no fuese solo la máscara antigás la causa de la falta de oxígeno.

Una vez que sucedía la intoxicación por gases lo único que se podía hacer era paliar los síntomas y favorecer el descanso de los soldados en los espacios reservados en los hospitales del interior. Aunque la gravedad dependía del tipo y cantidad de gas inhalado, la situación en dichos pabellones era desoladora debido a la falta de posibilidades terapéuticas ante el sufrimiento de los soldados:

«Nothing in their experience ... had equipped them to deal with wards full of men gasping for breath; with the terrible rasping sound of their struggle; with their blue faces and livid skins; and, worst of all, with their terror as the fluid rose higher in the lungs until eventually they drowned in it. The terror was made worse by the fact that most of the men were blinded and trapped in darkness in their suffocating bodies» (Macdonald 1984, 85).

Entre las medidas terapéuticas podían realizarse sangrías o administrar morfina para aliviar los dolores de cabeza y pecho producidos por la mayor parte de los agentes químicos. En el caso del gas mostaza debía extremarse las precauciones para evitar la infección de las heridas que producía al contacto con el cuerpo, pues poco se podía hacer una vez instaurada la infección. Por ello la mejora de las máscaras antigás fue una prioridad de los ejércitos, pues la prevención era el único tratamiento efectivo frente a los ataques con armas químicas (Reid, 2017, 78).

Por otro lado, en las cartas que forman parte de esta investigación no hemos observado un aumento en el número de referencias a ataques con armas químicas durante el conflicto a pesar del aumento progresivo de su utilización. El punto álgido de los ataques con gases fue en 1918, cuando ambos bandos disponían del gas mostaza en su

³⁶⁶ A. H. L., carta a su madre, 15 agosto 1915. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

arsenal y el número de bajas causadas por gases aumento exponencialmente: el ejército británico sufrió 110.000 bajas, más que en los tres años anteriores y en el ejército alemán se incrementaron del 0.85% al 4.6% de las bajas totales (Bergen 2009, 242).

De hecho, conforme avanzó el conflicto, las armas químicas pasaron a formar parte de la actividad cotidiana de las trincheras y algunos soldados describían los ataques con gases y sus efectos de una manera despreocupada y natural: «Well, I am keeping in the best of health, the gas I had was sneezing gas, and it didn't affect me very much»³⁶⁷. Angus Anthony servía en el Tank Corps, por lo que podríamos argumentar que en los últimos meses del conflicto ya habría sido testigo de ataques y visiones más perturbadoras que las ofensivas con armas químicas y de ahí la naturalidad con la que escribía sobre los ataques con gases. Otros combatientes seguían dedicando especial esfuerzo en transmitir los escenarios que seguían a los ataques con armas químicas en las trincheras:

«We were out digging one night when they let us have it for five hours with gas shells, we had two chaps hit with them and put right out. The sights and smells were awful, as a good many of the chaps lay just as they fell during the advance. It was impossible to bury them. Also there were about a dozen dead horses round about in the mud that were killed by shell fire while bringing up ammunition for the guns»³⁶⁸.

Cabe destacar que, en todas las descripciones realizadas por los soldados de ataques con armas químicas, los británicos siempre fueron las víctimas de dichos ataques, obviando la utilización de gases en las ofensivas británicas. Este hallazgo es exclusivo de los ataques con este armamento, pues hemos reproducido en los apartados anteriores cartas en las que los soldados describieron cómo se sentían al utilizar ametralladoras o cañones de artillería. Justificar esta ausencia a causa de la censura parece un argumento pobre, más teniendo en cuenta que las investigaciones sobre la censura militar durante la Gran Guerra no ha revelado semejante prohibición. Por tanto, la ausencia de este tipo de descripciones y reflexiones en las cartas de los soldados podría deberse a que las armas químicas, los gases, simbolizaron la deshumanización de la guerra más que cualquier otra arma introducida durante la Gran Guerra. Además, eran venenos, agentes tóxicos, armas silenciosas difíciles de detectar que mataban lenta y dolorosamente, armas que se han

³⁶⁷ Angus Anthony, carta a su madre, 18 septiembre 1918. *Europeana 1914-19181: Two Brothers Serving in France*.

³⁶⁸ Hugh Andrew Skilling, carta a un amigo, 5 enero 1917. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “there is Somme noise”.

asociado tradicionalmente a las mujeres y a los cobardes que no tenían la valentía suficiente para asesinar cara a cara³⁶⁹.

Paradójicamente, la ropa protectora y las máscaras antigás también contribuían a la deshumanización de los soldados y aumentaban la sensación de mecanización de la guerra, difuminando la importancia del valor individual en el devenir del conflicto y extirpando el honor que caracterizaba las batallas de los siglos anteriores, según el discurso gubernamental (Bergen 2009, 232).

La relevancia de la utilización de este tipo de armamento tampoco pasó inadvertida para los artistas y literatos de la época, que dedicaron poemas y obras a transmitir, no solo los efectos de las armas químicas en los soldados, también reflexionaron sobre su significado para la historia de la humanidad. Algunos de los ejemplos más utilizados son el cuadro *Gassed* (1919) de John Singer (1856 - 1925) (Figura 26) y el poema *Dulce et Decorum est* (1920) de Wilfred Owen (1893 - 1918):

Bent double, like old beggars under Sacks,
Knock-kneed, coughing like hags, we cused through sludge,
Till on the haunting flares we turned our backs,
And towards our distant rest began to trudge.
Men marched asleep. Many had lost their boots,
But limped on, blood-shod. All went lame; all blind;
Drunk with fatigue; deaf even to the hoots
Of gas-shells dropping softly behind.
Gas! GAS! Quick, boys! – An ecstasy of flumbling
Fitting the clumsy helmets just in time,
But someone still was yelling out and stumbling
And flound'ring like a man in fire or lime. –
Dim through the misty panes and thick green light,

³⁶⁹ Durante el siglo XIX y principios del siglo XX la sociedad europea creía firmemente que el envenenamiento era un crimen propio de las mujeres debido al secretismo, el engaño y la premeditación que caracterizaban este tipo de asesinatos. Esta creencia estaba reforzada por los estereotipos de la mujer del siglo XIX que la situaban en el hogar, cocinando para sus familias, lo que la disponía en un escenario idóneo para planear y cometer el envenenamiento. Además, la supuesta debilidad física de la mujer frente al hombre era uno de los argumentos que utilizaban para asegurar la culpabilidad de las mujeres en la mayor parte de los asesinatos en los que se utilizaban venenos. Sin embargo, las estadísticas demostraban que el número total de mujeres que envenenaba a sus víctimas era menor que el de hombres. Aunque es cierto que en términos porcentuales las mujeres cometían un porcentaje mayor de homicidios con venenos que con cualquiera otra arma (Cuenca 2015, 33-36). Para un estudio posterior sobre la historia del envenenamiento consultar: Watson, Katherin. 2004. *Poisoned Lives: English Poisoners and their Victims*. Londres: Hambledon and London; y Bertomeu, José Ramón, y Nieto, Agustí. 2006. *Entre la ciencia y el crimen. Mateu Orfila y la toxicología en el siglo XIX*. Barcelona: Fundació Esteve.

As under a green sea, I saw him drowning.
In all my dreams before my helpless sight,
He plunges at me, guttering, choking, drowning.
If in some smothering dreams, you too could pace
Behind the wagon that we flung him in,
And watch the white eyes writhing in his face,
His hanging face, like a devil's sick of sin;
If you could hear, at every jolt, the blood
Come gargling from the froth-corrupted lungs,
Obscene as cancer, bitter as the cud
Of vile, incurable sore on innocent tongues, -
My friend, you would not tell with such high zest
To children ardent for some desperate glory,
The old Lie: *Dulce et decorum est*
Pro patria mori.

Por estos motivos las armas químicas han sido protagonistas de numerosos estudios académicos desde su utilización en la Primera Guerra Mundial. Estos trabajos se han convertido en estandartes del movimiento pacifista como la obra de Benjamín Labatut, *Un verdor terrible*, de la que hemos tomado prestado el nombre para titular este capítulo.

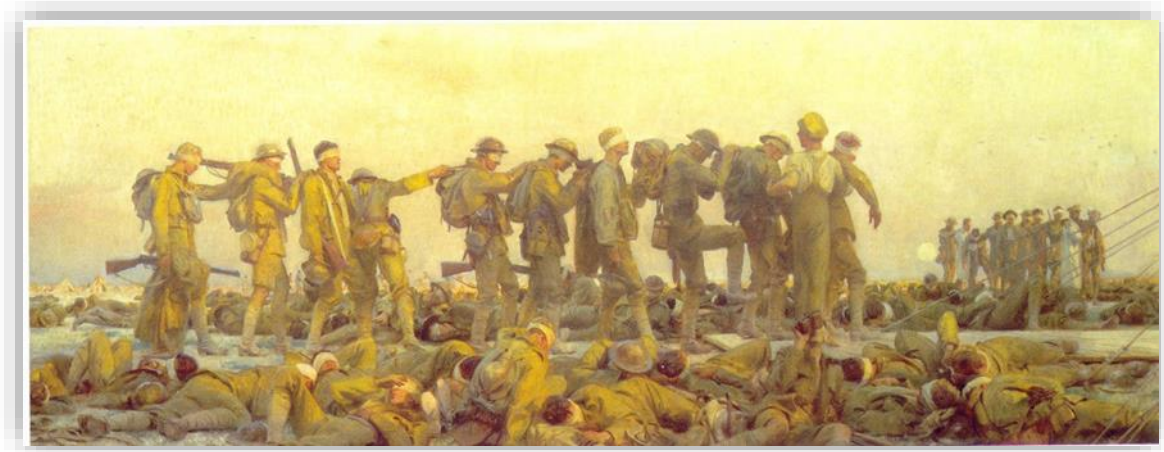


Figura 26. John Singer. 1919. Gassed. IWM ART 1460.

3.1.2. *Carros de combate*

«eran monstruosamente cómicos, como sapos de un tamaño descomunal salidos del limo primigenio en la penumbra de los albores del mundo» (Neiberg 2005, 194).

Philip Gibbs, corresponsal de guerra británico.

Los tanques o carros de combate fueron otra de las soluciones propuestas por los ejércitos beligerantes para romper el empate de la guerra de trincheras. En esta ocasión fueron los británicos los primeros en utilizarlos el 15 de septiembre de 1916 durante la batalla del Somme. Los ingenieros diseñaron dos modelos de tanques, femenino y masculino, para los primeros Mark I que enviaron al continente. La versión femenina estaba equipada con seis ametralladoras, mientras que la masculina disponía de cuatro ametralladoras y dos fusiles de seis tiros. Ambos modelos se movían a 3,2 km/h, aunque debido a problemas mecánicos de los diseños iniciales no podían realizar esfuerzos prolongados y quedaban estancados en las zanjas y cráteres del frente fácilmente. De hecho, de los 49 vehículos que llegaron al Somme solo 18 entraron en combate (Neiberg 2005, 194-195).

A pesar de los evidentes problemas de diseño iniciales y la necesidad de perfeccionarlos, el alto mando militar vio en aquellas nuevas máquinas de guerra el potencial para cambiar el curso de la guerra. En Gran Bretaña, el teniente coronel Fuller abogaba por el desarrollo de tácticas que limitaran las pérdidas humanas en un conflicto que ya se había cobrado demasiadas víctimas mortales. Por este motivo fue el encargado de coordinar al grupo de ingenieros que estaban perfeccionando los carros de combate, pues estos se concebían como escudos móviles que protegían el avance de la infantería (Neiberg 2005, 264).

En las cartas que forman parte de esta investigación no encontramos referencias a los carros de combate hasta el verano de 1917, año en que comenzaron a producirse y utilizarse en cada vez más ofensivas aliadas. No sorprende la descripción hilarante de los primeros carros de combate del periodista Philip Gibbs, pues además de informar de la capacidad de los tanques para someter al enemigo, aprovechó para ridiculizar a los soldados alemanes, estimulando entre la población la sensación de que la victoria aliada era inminente. Esta sensación se extendía también por los soldados que eran testigos del éxito que tenían las ofensivas en las que participaban los tanques:

«We got some of our machine guns to fire on the spot and meantime a tank ambled up and had a pot at them with his guns. We were all the time getting closer, though we had

a few casualties on the way. My best sergeant was knocked out here. Next, we dropped a few rifle grenades on them and as it was getting too hot for them, they hoisted a white flag. As we got up to go forward, one of the machine guns opened again, but we rushed in - the fellow who waved the white flag won't wave anymore. Seeing the game was up, they all came out with hands up and "Mercy Kamerad!" They were all in dugouts round about and we captured all, 40 officers and a big crowd of men. We were then close to our objective which we carried without any further trouble and proceeded to dig in - dead beat as we were with the heavy going, but happy and proud in the knowledge that we were over the crest of the famous Messines ridge and that we had done our job anyway. (...) The tanks were great, but they didn't really get a chance to do anything»³⁷⁰.

Aunque Patrick Alphonsus restó mérito a los carros de combate en la ofensiva gracias al acierto previo del fuego de artillería, cuenta cómo su batallón marchaba detrás del tanque, facilitando el avance de la infantería y la captura de soldados alemanes. Por otro lado, la rendición de los germanos ante la llegada del batallón de Alphonsus parece estar relacionada con la visión de los tanques, pues estos producían verdadero terror entre las tropas que veían avanzar a aquellos monstruos de acero avanzando por la *tierra de nadie*, aplastando las defensas de las trincheras amenazadoramente (Figura 27).



Figura 27. William Orpen. 1917. Tanks. IWM ART 3035.

³⁷⁰ Patrick Alphonsus Hanratty, carta a su madre, 14 junio 1917. *Europeana 1914-1918: One Man's Messines*.

Incluso una vez inutilizados seguían despertando el miedo de los combatientes: «Cuando Sulzbach se dirige a su puesto de observación suele pasar delante de los restos calcinados de unos carros de combate. Aunque ahora solo sean carcasas vacías y oxidadas a Sulzbach le atemorizan bastante» (Englund 2011, 495).

En noviembre de 1917, al inicio de la batalla de Cambrai, se produjo el primer ataque de carros de combate como unidad independiente. El ejército británico utilizó en torno a 400 tanques Mark IV organizados en 120 grupos de tres, cada uno con una misión clara que permitiría el avance posterior de la infantería. El primer tanque debía llegar a la primera línea de trinchera, dejar caer un haz de leña en la misma para permitir el paso del segundo tanque y avanzar en paralelo a la línea de trinchera aplastando la alambrada. El segundo también dejaba caer otro haz de leña en la primera línea de trinchera, cruzarla y avanzar en el mismo sentido que el primer tanque. El tercero servía de apoyo a la infantería que avanzaba detrás y debía sustituir a alguno de los dos tanques en caso de avería. La estrategia tuvo un éxito abrumador, pero la sorpresa también fue para los aliados que no supieron aprovechar la ventaja obtenida y un rápido contraataque de los alemanes les permitió recuperar todo el territorio perdido (Neiberg 2005, 266; Veiga y Martín 2014, 203).

A partir de entonces los carros de combate se utilizaron como un elemento protector de los soldados que cumpliría su papel en las complejas ofensivas organizadas durante 1918, donde aviación, artillería, armas químicas, carros de combate e infantería se coordinaron para producir la ruptura del frente enemigo. Sin embargo, a pesar de la ventaja ofensiva que representaron los carros de combate, en la correspondencia de los soldados consideraban a los tanques un elemento protector de la infantería durante los ataques:

«Yes I enjoyed the ride in the tank and there is nothing uncomfortable about it except the noise of the powerful engine (...) and the heat. A Brigadier of the Tanks told us tonight that 90% of what was written in the newspapers about tanks was false and the other 10% grossly exaggerated. However I believe that most of what you read in future will be nearer the truth. One thing that is quite certain is that they save the lives of hundreds of infantry men»³⁷¹.

³⁷¹ Harold Ward, carta a su esposa, 18 septiembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

Cabría pensar que los carros de combate, como símbolo de desarrollo tecnológico, también motivaran sentimientos de orgullo al disponer de mejores máquinas de guerra que el enemigo. Sin embargo, como veremos en el capítulo dedicado a la guerra en el aire, este tipo de sentimientos no solían estar ligados al desarrollo armamentístico, sino a la valentía demostrada por los soldados en combate. Podríamos argumentar que por este motivo priman las referencias a los tanques como escudos que protegen a los soldados en su avance a través de la tierra de nadie.

Una vez acabada la guerra preguntaron a Winston Churchill, uno de los principales defensores de la utilización de los tanques, cómo podría haberse evitado el derramamiento de sangre en el frente occidental, y éste contestó:

«Señalando la batalla de Cambrai, “se podría haber hecho esto”. Esto con muchas variantes, se debería haber hecho esto mejorándolo y a mayor escala, si los generales no se hubieran contentado con combatir las balas de las ametralladoras con los pechos descubiertos de unos hombres aguerridos y con pensar que eso era hacer la guerra» (Neiberg 2005, 267).

3.2. La guerra en el mar

«Una vez derrotados los acorazados, la guerra habrá terminado. Si nos derrotan en tierra, se pueden improvisar ejércitos en unas semanas. Pero no se puede improvisar una marina; para eso hacen falta cuatro años» (Philipp Bloom 2010, 239).

Jackie Fisher.

La particularidad del escenario considerado respecto a la guerra marítima al inicio del conflicto era la superioridad indiscutible de la armada británica frente a la de cualquiera de sus rivales desde hacía décadas. Esta superioridad se fundamentaba en la construcción de los acorazados de la clase *dreadnought* a partir de 1906, muy superiores a cualquier nave diseñada anteriormente³⁷². Al contrario de lo que sucedía en las trincheras donde la implementación de nuevas armas era una de las prioridades, la mejora de la flota no era una necesidad sentida por los británicos, era suficiente con mantener la ventaja y elegir cuándo y dónde querían librar las batallas navales (Veiga y Martín 2014, 34). Por este motivo, cualquier movimiento de la Armada británica provocaba la

³⁷² Para un estudio detallado de los antecedentes relativos a la inversión en la industria naval británica y la rivalidad protagonizada por Gran Bretaña y Alemania con el objetivo de obtener el control de los mares, consultar: Macmillan, Margaret. 2013 “Acorazados: la rivalidad naval anglo-alemana”. En *1914. De la paz a la guerra*, 155-192. Madrid: Turner publicaciones.

excitación de la población, que ansiaba escuchar noticias de una gran victoria sobre Alemania, la cual no se llegaría a producir (Hastings 2013, 397).

A partir de 1915 y una vez establecido el empate en las trincheras del frente occidental, los estrategas militares de ambos bandos exploraron las opciones que ofrecía el combate marítimo para crear problemas al enemigo. Esta idea estaba reforzada por la experiencia de la primera batalla naval importante de la Gran Guerra: la batalla de Dogger Bank que tuvo lugar el 24 de enero de 1915. Aunque la flota británica obtuvo la victoria en aquel primer enfrentamiento, las tripulaciones de ambos bandos demostraron estar preparadas para el combate naval gracias al exigente adiestramiento recibido, lo que animó a ambos bandos a creer que conseguir el dominio marítimo podría poner fin al conflicto (Vázquez García 2009, 55).

A pesar de la victoria en la batalla de Dogger Bank, el temor de perder la flota en un enfrentamiento directo con los buques alemanes condujo a adoptar una actitud defensiva. Una parte de la armada, la Gran Flota, estaba encargada de proteger las rutas de comercio y vías de comunicación con sus territorios coloniales, y de realizar el bloqueo comercial a Alemania, controlando además los movimientos de la flota germana. Mientras tanto, la Flota de Aguas Jurisdiccionales se encargaba de defender las islas británicas. Sin embargo, tras la incapacidad del ejército de romper las líneas de trincheras alemanas, algunos militares empezaron a considerar la utilización de la armada con fines ofensivos. Aunque la idea de realizar una operación anfibia en la que el ejército aliado desembarcara en la costa alemana era atractiva, el debilitamiento del ejército movilizado en Bélgica podía tener consecuencias catastróficas para las posiciones aliadas (Neiberg 2005, 101).

En capítulos anteriores hemos descrito como la ofensiva de Galípoli fue producto del deseo de que la Armada tuviese el protagonismo que los políticos y militares creían que merecía. Sin embargo, el miedo de los almirantes a perder la ventaja marítima y quedar expuestos a una invasión alemana provocó que la infantería asumiese el peso de la operación tras el hundimiento de varios acorazados británicos en el estrecho de los Dardanelos, desembocando el conflicto con los turcos en una guerra de trincheras similar a la del frente occidental.

Recordamos en estos momentos la alegría y la excitación sentida por los soldados durante el desembarco ante el bombardeo llevado a cabo por los acorazados británicos, capaces de hacer desaparecer los fuertes y las trincheras enemigas:

«The battleships in the bay did great work especially the Queen Elizabeth whose shells must have done awful damage among the Turks. At first the noise and screaming of the shells over our heads both from the warships and the enemy was terrible»³⁷³ y

«Of course our warships did great work from the bay especially the Queen Elizabeth. We could always tell when she was firing from the awful report of her guns. Then you would hear the shells screaming overhead and the boys shouting "good old Lizzie"»³⁷⁴.

En primer lugar, podemos relacionar la exaltación con la que Thomas Noonan describió el poder de destrucción de la armada británica con la excitación que mostraban los combatientes al llegar al frente y durante sus primeras experiencias bélicas. En segundo lugar, la admiración por las capacidades de los cruceros y destructores es similar a la fascinación que producían los ataques británicos sobre las trincheras alemanas del frente occidental y la satisfacción con la que describían las ofensivas en las que eran capaces de someter al enemigo.

Sin embargo, aunque los acorazados parecían la máxima expresión de la innovación tecnológica aplicada a la marina, fueron los submarinos los que se revelaron como símbolo de la transformación del combate marítimo, planteando serios problemas a la flota aliada y llevando las hostilidades a un nivel desconocido. Muestra del grado de desarrollo tecnológico empleado en la construcción de los submarinos es que, mientras que los acorazados, los tanques o los aviones utilizados en la Primera Guerra Mundial estaban obsoletos al inicio de la Segunda Guerra Mundial, los submarinos alemanes apenas sufrieron modificaciones en el periodo de entreguerras (Williamson 2002, 46; Veiga y Martín 2014, 165).

Alvin Whiteley escribió las siguientes palabras unas semanas antes de que Alemania reiniciara la guerra submarina sin restricciones con el objetivo de forzar la rendición de Gran Bretaña atacando el comercio de la isla: «If we had been allowed to cut along on our own we should have been in England several days ago, but for safety's sake we must keep with the convoy»³⁷⁵. En enero de 1917 el Almirantazgo y el Alto Mando alemán consideraban que esta era una de las últimas opciones reales de obtener la victoria. Sin embargo, a pesar de que esta no era la primera vez que los alemanes iniciaban una

³⁷³ Thomas Noonan, carta a su familia, 4 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

³⁷⁴ Thomas Noonan, carta a su familia, 17 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

³⁷⁵ Alvin Whiteley, carta a su familia, 24 enero 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6.*

campaña de guerra submarina sin restricciones, Alvin Whiteley fue el único soldado que forma parte de esta investigación que escribió sobre el peligro representado por los submarinos durante sus travesías hacia el África Oriental Británica y de esta a Gran Bretaña. Los primeros días tras embarcar el 17 de julio de 1916 describió las precauciones tomadas por la flota británica para mantener a salvo el navío que les transportaba hasta que alcanzaron aguas más seguras:

«We did not set sail until 5 o'clock Saturday morning and we were escorted until evening by two torpedo boats which left us when we were supposed to be out of the danger zone. I don't think we shall be in any danger of submarines for the rest of the voyage»³⁷⁶,
«It is quite evident that we are going quite out of the regular shipping routes because we have seen very few vessels indeed, and we have already been at sea a week. How strange it feels to be at sea so long without seeing any land. However, that is neither here nor there; the essential thing is that so far we have not been molested and I should think that the danger is indeed very remote now»³⁷⁷.

Estas breves descripciones podían responder a la necesidad sentida por el soldado de tranquilizar a su familia ante la posibilidad de que su transporte estuviese en el área de actividad de los submarinos alemanes. Recordamos que la sola sospecha de su presencia en el estrecho de los Dardanelos provocó que los británicos cambiaran radicalmente su estrategia en la Campaña de Galípoli (Neiberg 2005, 106-107). En el verano de 1916, Alemania ya había iniciado en dos ocasiones la guerra submarina sin restricciones, amenazando con atacar tanto a los buques de guerra como los transportes civiles y de mercancías. Esta estrategia se inauguró en febrero de 1915 como respuesta al bloqueo comercial impuesto por la flota británica desde noviembre de 1914. Alemania declaró zona de guerra las aguas de Gran Bretaña e Irlanda amenazando con atacar el comercio británico. Como resultado, la modesta flota de submarinos alemanes que contaba 29 unidades al inicio de 1915 y 54 al comenzar 1916, hundió 726 navíos y 1.300.000 toneladas en 1915 (Veiga y Martín 2014, 164).

Sin embargo, la utilización de submarinos para atacar el tráfico marítimo incumplía las leyes del derecho internacional marítimo vigente, por lo que el plan alemán fue duramente criticado por los países aliados y neutrales como Estados Unidos. El 7 de mayo

³⁷⁶ Alvin Whiteley, carta a su familia 17 de julio 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

³⁷⁷ Alvin Whiteley, carta a su familia 21 de julio 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

de 1915 un submarino alemán hundió el transatlántico Lusitania, en el que fallecieron 28 estadounidenses, enfriando las relaciones entre ambos países. Aunque más tarde se supo que el navío estaba cargado con munición para el bando aliado, la propaganda británica presentó el suceso como una de las atrocidades cometidas por el ejército alemán contra la población civil, incrementando el odio y el deseo de venganza contra el pueblo bávaro.

En el Lusitania viajaba Marie Depage, esposa de Antoine Depage, cirujano del Rey Alberto de Bélgica y fundador de la Cruz Roja Belga. Marie formaba parte de la organización clandestina con la que colaboraba Edith Cavell y se cree que fue ella quien introdujo a la enfermera en la organización. Tras la ejecución de Edith el 12 de octubre de 1915 los periódicos aliados utilizaron a ambas mujeres como símbolos de la resistencia frente a la invasión alemana, estimulando el deseo de venganza entre la población incluso una vez acabada la guerra. La medalla de la Cruz Roja Belga de 1919 mostraba los bustos de las dos mujeres junto a la inscripción «1915 N'oubliez jamais!» (Fell y Stenberg 2018, 282), mientras que son varios los monumentos erigidos en recuerdo de sus muertes en 1915 (Figura 28).



Figura 28. Paul du Bois. 1920. Escultura homenaje a Marie Depage y Edith Cavell, Bruselas (Bélgica). Wikimedia Commons: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/37/Monument_Cavell-Depage_Bxl.JPG

Ante la amenaza de que Estados Unidos abandonara la neutralidad, Alemania limitó la actividad de sus submarinos y abandonó la guerra submarina sin restricciones. Sin embargo, los submarinos ya habían demostrado su efectividad y Alemania ampliaría su

flota hasta alcanzar las 133 unidades al inicio de 1917 y recurriría en determinados momentos del conflicto a intensificar la guerra submarina. En febrero de 1916 poco después de iniciar la batalla de Verdún, Alemania reinició la guerra submarina sin restricciones para aumentar la presión sobre el bando aliado y aumentar los efectos de la guerra de desgaste que había planeado contra Francia en el frente occidental. De nuevo, el fallecimiento de dos ciudadanos estadounidenses en el hundimiento el 24 de marzo del vapor de pasajeros *Sussex* puso fin a la campaña submarina (Veiga y Martín 2014, 166-167).

La reactivación de la guerra submarina sin restricciones en febrero de 1917 tenía como objetivo hundir 600.000 toneladas mensuales de mercancías, reduciendo el comercio británico en torno al 40% y afectando severamente al abastecimiento de las islas para forzar la negociación de una paz con el Imperio. De nuevo, la falta de medios para defenderse de los ataques de los submarinos se tradujo en enormes pérdidas para la flota británica. Finalmente, el hundimiento de otro navío estadounidense condujo a la ruptura de las relaciones entre Berlín y Washington y la posterior declaración de guerra el 2 de abril de 1917 (Veiga y Martín 2014, 172).

Aunque el Alto Mando alemán había contemplado la entrada de Estados Unidos en la guerra como uno de los peores escenarios posibles, consideraban que su ejército no estaba preparado para una entrada inmediata en el conflicto y que aún tardarían varios meses en enviar un contingente relevante de soldados al frente occidental. Sin embargo, el almirante estadounidense William Sims (1858 - 1936) ideó el sistema de convoyes que pondría fin a la amenaza de los submarinos alemanes. Aunque esta idea se había planteado a lo largo del conflicto, los problemas logísticos que implicaba para la flota aliada no habían sido resueltos. En 1917 gracias a la incorporación de la flota estadounidense y de otras repúblicas latinoamericanas que se unieron al conflicto como Brasil, el bando aliado disponía de buques de guerra suficientes para escoltar los barcos mercantes y asegurar las principales rutas comerciales transatlánticas. Los convoyes más numerosos contaban con 50 barcos mercantes y de transporte de tropas escoltados por un crucero, seis destructores, once barcos rastreadores, dos lanchas torpederas y varios globos aerostáticos capaces de detectar submarinos (Neiberg 2005, 278).

Debido a la precariedad de los sistemas de comunicación de los submarinos era imposible que se organizaran para atacar conjuntamente a los convoyes que protegían los barcos mercantes. Gracias a este sistema la pérdida de navíos comerciales fue disminuyendo paulatinamente a partir de abril de 1917, mes en el que los submarinos

alemanes hundieron 881.000 toneladas, más que en ningún otro mes de ambas guerras mundiales. Para diciembre de 1917 podía asegurarse que la guerra submarina sin restricciones había fracasado, no solo porque no había sacado a Gran Bretaña del conflicto, además había precipitado la entrada de Estados Unidos en el bando aliado (Veiga y Martín 2014, 174). Sin embargo, este fracaso en términos de la estrategia militar del conflicto no significa que los submarinos alemanes cesasen su actividad, pues estos continuaron atacando y hundiendo buques hasta el final de la guerra. Mientras, la propaganda británica aprovechaba cada ataque como una oportunidad de incrementar los horrores perpetrados por Alemania durante el conflicto, como fue el hundimiento del barco hospital británico HMS Glenart Castle el 26 de febrero de 1918 que inspiró la ilustración de Louis Raemaekers (Figura 29).



Figura 29. Louis Raemaekers. 1918. The submarine hun and the Red Cross. Welcome Collection: 45951i.

3.3. La guerra en el aire

«Cada vez que un avión, el que sea, pasa por encima de nosotros, enterramos la cabeza como avestruces»³⁷⁸.

François Mayer, soldado francés.

Para la población general la aviación era algo relativamente desconocido en 1914, el soldado James Healy, tras observar varios aeroplanos sobrevolar la base militar en la que estaba, escribió: «There are aeroplanes flying around here day and night. Its comical to see them flying in the air»³⁷⁹. Teniendo en cuenta que la mayoría de los soldados no habían visto un avión antes de su entrada en el ejército, eran habituales las reacciones de asombro, sorpresa, incredulidad o confusión ante el vuelo de dichos aparatos. Aunque el deseo de conquistar los cielos estaba presente en la sociedad europea del periodo finisecular, no fue hasta 1903 cuando se produjo el primer despegue exitoso de la mano de los hermanos Wright (Hastings 2013, 498).

A partir de entonces, la inversión en el perfeccionamiento y construcción de aeroplanos se convirtió en una de las prioridades de los gobiernos y ejércitos de Europa, aunque algunos políticos y militares desconfiaban de la relevancia que tendrían en los conflictos siguientes debido a las condiciones meteorológicas óptimas que se necesitaban para que los vuelos fuesen seguros. Esta condición se mantuvo durante la guerra a pesar de los avances y mejoras introducidas en los aviones:

«For the past two days or so we have not been doing very much owing to bad weather. I can't say I object very much to the existing state of things either. Of course most of the Pilots are practising on the new machines which are good ones and "mighty of engine"»³⁸⁰.

Durante la década anterior a 1914, Francia y Alemania fueron los países que dedicaron un mayor esfuerzo a construir una flota de aeroplanos, así como a entrenar pilotos, mecánicos y personal encargado del mantenimiento de dichos aparatos. Al inicio de la contienda entre todos los países beligerantes sumaba 800 aviones: Alemania contaba

³⁷⁸ IMW 80/35/1 Mayer, manuscrito. Citado en Hastings, Max. 2013. *1914: el año de la catástrofe*. Barcelona: Crítica. Página 501.

³⁷⁹ James Healy, carta a su madre, 13 septiembre 1915. *Europeana 1914-1918: Brief history of my lost uncle James Healy*.

³⁸⁰ Christopher McGrane, carta a su hermano, 18 julio 1917. *Europeana 1914-1918: Irish letters from the front: the McGrane brothers in the First World War*.

con 246 máquinas y 25«4 pilotos, Francia sumaba 500 pilotos y 200 aviones y Gran Bretaña disponía de 197 pilotos y 113 aviones. Sin embargo, la inversión se incrementaría exponencialmente desde el inicio de la contienda (Hastings 2013, 499).

Debido a las características de la guerra de trincheras, la caballería perdió su tradicional misión de observación y reconocimiento del frente por su vulnerabilidad frente al fuego de ametralladora. Los aeroplanos parecían el recambio lógico de dicha misión, y a lo largo del conflicto se le encomendarían las misiones de persecución de los aviones enemigos y la de bombardear objetivos civiles y militares. Durante la guerra se construyeron 150.000 aparatos, se adiestraron a miles de pilotos, mecánicos y resto de personal de apoyo. El Royal Flying Corps británico que estaba formado por 2.000 personas en 1914 se incrementó hasta alcanzar las 291.000 personas, convirtiéndose en la primera fuerza aérea independiente (Neiberg 2005, 171).

De todas las funciones que cumplía la aviación, la persecución de los aviones enemigos era la que más exaltaba las emociones de los soldados y de la población general. Gilbert Williams describía con gran excitación el derribo de un avión alemán en octubre de 1915:

«I have got an interesting souvenir. It is part of the framework of a German aeroplane, the fourth which our airmen have recently brought down in this neighbourhood. The machine gun in one of our planes had killed the German pilot and the machine getting out of control exploded, or at least the engine did, and the whole aircraft crashed to earth. God, it was an awful mess. Both the pilot and observer were killed, the former being bashed out recognition, but the latter survived the fall but died shortly afterwards. Our airmen seem to be the masters of the Germans now, although the taubes seem to be the faster machines, our men seem to have much spirit and initiative.

About a fortnight ago I saw a fleet of fourteen of our planes cross over our lines on a raiding expedition. They were in close formation, and the Germans sent up a rain of shells without doing any damage. The raid was very successful, I believe, two transport trains full of German reinforcements being wrecked, a large station destroyed»³⁸¹.

Williams escribió que, aunque los soldados alemanes tenían aviones más rápidos, los pilotos británicos demostraban más espíritu e iniciativa. En un conflicto en el que el desarrollo armamentístico parecía haber dejado en un segundo plano el valor o la

³⁸¹ Gilbert Williams, carta a un amigo, 7 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one. Trenches: “an interesting souvenir”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-interesting-souvenir/>

determinación de los soldados para acabar con el enemigo, los pilotos y los combates aéreos recuperaban el aura de honor y gloria de las guerras del siglo XIX, donde el esfuerzo personal de los soldados les convertía en héroes nacionales a su vuelta del combate (Hastings 2013, 501).

Quizás por este motivo la aviación atraía a aquellos jóvenes que, descontentos con el papel que debían cumplir en las trincheras, querían demostrar su valía en otro cuerpo del ejército. Este fue el caso de Arthur Ramsay Stanley-Clarke, quien se unió al Royal Flying Corps el 1 de agosto de 1915, después de recuperarse de un ataque con armas químicas en el frente occidental. Algunos de los pilotos de los primeros cazas se convirtieron en héroes nacionales y sus hazañas eran contadas en los periódicos del país. Los más conocidos durante la guerra fueron el francés Georges Guymener (54 derribos), los alemanes Oswald Boelcke (40 derribos) y el barón Von Richthofen (16 derribos), y el británico Albert Ball (44 derribos), pero ninguno vio el final de la guerra (Neiberg 2005, 171).

Entre las cartas analizadas en esta investigación contamos con la correspondencia de Martin J. Sheehan, piloto del Royal Flying Corps, que escribía al final del conflicto:

«You say the Bosche has got better and braver than me. Perhaps, But that was in the days when we were not superior in the air. Now we have them licked upside down, and I am a damm good shot, and my gun fires about 600 rounds a minute, - or in plainer language. It fires 600 bullets a minute. And it is a better gun and is better mounted than the Bosche gun. A year ago was different from today. I have not been brought down yet, and have flown a decent amount over the lines. I am quite sure of coming home alright. Yesterday we brought a Bosche down in Flames. He dared to come over the Lines. He never went Home³⁸²».

³⁸² Martin J. Sheehan, carta a su madre, 10 julio 1918. Europeana 1914-1918: *Martin J Sheehan's letter to his mother page 1, July 1918*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3840_attachments_46573

Martin J Sheehan's letter to his mother page 2, July 1918. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3840_attachments_46574

Martin J Sheehan's letter to his mother page 3, July 1918. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3840_attachments_46575

Martin J Sheehan's letter to his mother page 4, July 1918. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3840_attachments_46576 .

La seguridad y superioridad demostrada en las misivas de Sheehan no emanaba únicamente de la hegemonía de los aviones británicos, nacía de su experiencia en combate y de saber que pertenecía a un cuerpo del ejército especializado y moderno. Además, tras reconocer la superioridad de los aviones alemanes en el pasado, restó importancia al desarrollo tecnológico, dando un mayor peso a las capacidades de los pilotos durante los enfrentamientos aéreos, recuperando la emoción y el dramatismo que la población esperaba de la guerra y que no estaba encontrando en las batallas terrestres³⁸³ (Englund 2011, 267).

Además, este era un destino en el que eran habituales los accidentes durante el adiestramiento y la esperanza de vida de los pilotos era menor que en cualquier otro puesto del ejército. De hecho, durante los primeros meses de la guerra era relativamente frecuente que los aviones fuesen derribados por soldados de su propio ejército que no eran capaces de distinguir si el avión era aliado o enemigo (Hastings 2013, 501).

Los pilotos eran admirados por el resto de los soldados del ejército, que dedicaron espacio en sus misivas a alabar su destreza, su valentía, y a describir los combates aéreos que presenciaban: «We have some fine aviators over here, they are a treat to see. I have seen two or three fine duels in the air between the German and English Aviators»³⁸⁴. De hecho, otros historiadores como Peter Englund (2011, 438-439) han recuperado historias que demuestran que los pilotos eran admirados y respetados incluso por sus enemigos. Rafael de Nogales, oficial de caballería del ejército otomano quedó tan impresionado ante la actuación y valentía de los aviadores que acudió a socorrer a un piloto británico que había sido derribado durante la segunda batalla de Gaza (abril de 1917). Pero cuando llegó, el piloto ya había fallecido y movido por el respeto sentido hacia un enemigo digno y temerario, tomó la decisión de llevar el cuerpo a una localidad cercana para dar sepultura al cadáver.

Por otro lado, resulta llamativo que solo en una de las misivas que forman parte de esta investigación se describa un ataque perpetrado por la aviación alemana:

³⁸³ En cuanto al desarrollo de los cazas, los alemanes disfrutaron de una ventaja decisiva durante parte del conflicto tras implementar un sistema diseñado por Anthony Fokker-que evitaba que las ametralladoras disparasen cuando las palas de la hélice estaban en la línea de tiro. Esto permitió colocar armas en la cabeza de los aviones, aventajando a los aeroplanos aliados (Neiberg 2005, 171). Para un estudio en profundidad del papel de la aviación en la Primera Guerra Mundial consultar: Morrow, John. 1993. *The Great War in the Air*. Washington DC: Smithsonian Press.

³⁸⁴ J.C., fragmento de carta, 1 octubre 1915. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

«Unfortunately a Boche plane came over and dropped a few bombs. The Padre was wounded in the leg and foot and a few other casualties were caused. Several of our chargers were killed and Sally was slightly wounded. We hope to keep her with us as I don't want to lose her and I might if she went to Hospital»³⁸⁵.

El resto de las narraciones suelen describir la superioridad mental y moral de los británicos, las victorias en los enfrentamientos directos con los cazas alemanes o los éxitos de los bombardeos aliados:

«Yesterday I saw a nice little game between one of ours and one of theirs, after our anti-aircraft fire had taken it up a bit higher, our machine went for it and got well over the top of it, then two more of ours came along and forced it down, she tried all manner of tricks, but down she came alright, and landed a clean machine, not broken in any part, and the two Huns inside it quite well»³⁸⁶.

En este caso, la participación en la guerra de los primitivos cazas, los bombardeos y los combates aéreos eran elementos completamente nuevos que podían aterrar a aquellos que eran objetivos de estos aparatos. Sin embargo, los soldados británicos atribuían un mayor poder a la aviación aliada que a la alemana, y mayores capacidades a los pilotos británicos, igual que sucedía entre las flotas británica y alemana. Por ello, en la mayoría de las cartas en las que los soldados describieron ataques aéreos, estos estimulan el deseo de lucha y venganza de los combatientes, son narraciones heroicas en las que dan a entender que son los alemanes los que deben sentir miedo de la aviación británica. Como argumenta Joanna Bourke (2005, 73-74), el miedo y la ira son las dos caras de una misma moneda, de manera que experimentemos una u otra dependiendo de la situación: miedo si atribuimos más poder al enemigo, ira cuando el protagonista se considera superior.

El bombardeo de objetivos militares fue otra de las funciones que adquirió la aviación desde el inicio del conflicto, los británicos inauguraron esta táctica al bombardear una fábrica de gas alemana en mayo de 1915 (Neiberg 2005, 171). Durante la guerra ambos bandos diseñaron diferentes modelos de aviones para que tuviesen cada vez más autonomía y fuesen capaces de cargar gran cantidad de explosivos. Sin embargo, como podemos concluir de los fragmentos reproducidos a continuación, el bombardeo a

³⁸⁵ Harold Ward, carta a su esposa, 6 diciembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁸⁶ Frederick Ronald Morris, carta a un amigo, 26 abril 1917. The National Archives, Letters from the First World War, part two. Trenches: "anti-aircraft fire". Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/trenches-anti-aircraft-fire/>

manos de la aviación no era una causa de preocupación entre los soldados del frente, que confiaban en las habilidades de sus pilotos y la defensa antiaérea para frenar los ataques alemanes:

«I don't think there is much fear of any zeppelins dropping bombs on us, we have a strong guard out every day against aircraft and I am one of them»³⁸⁷,

«the guns are making music now by sending shrapnel up to have a look at the Boche Planes»³⁸⁸ y

«We have a visit from the enemy aircraft nearly every night, but he hasn't done any damage here, he has got the worst of it so far, it is rather exciting watching the fun too, the Allies seem to be giving Fritz something to do now. I wish it was all over, however we can only wait trust in God»³⁸⁹.

Sin embargo, la posibilidad de que los alemanes bombardeasen localidades de Gran Bretaña sí producía estrés en los soldados: «I see by the papers that the air raids have been busy in England again. I suppose you have not seen anything of them yet»³⁹⁰ y «I don't know how things are in Europe, but wonder whether you will have any Zeppelin raids again»³⁹¹. Los zepelines causaban verdadero terror entre la población por su tamaño y aparente invulnerabilidad, pues los aeroplanos primitivos no tenían potencia de fuego suficiente para hacerles frente. Además, eran muy sigilosos y en las incursiones nocturnas no había nada que alertase sobre la inminencia de un ataque, por lo que se ganaron el apodo de Monstruos de la Noche (Englund 2011, 178). Sin embargo, el avance de la aviación y el perfeccionamiento de las armas defensivas frente a las incursiones aéreas acabó con la invulnerabilidad de los zepelines, cuyos derribos fueron plasmados en obras como símbolo de la victoria de la aviación británica sobre la tecnología alemana (Figura 30).

³⁸⁷ James Osborne, carta a su madre, septiembre de 1915. *Europeana 1914-1918: james osborne letter 1 y james osborne letter 2.*

³⁸⁸ Harold Ward, carta a su esposa, 16 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence.*

³⁸⁹ Angus Anthony, carta a su madre, 18 septiembre 1918. *Europeana 1914-1918: Two Brothers Serving in France.*

³⁹⁰ William Charles Davis, carta a un amigo, 15 marzo 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two. Trenches: “it is a warm shop”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/trenches-warm-shop/>

³⁹¹ Alvin Whiteley, carta a su familia, 6 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6.*



Figura 30. Gordon Crosby. 1919. Lieutenant Warneford's Greta Exploit: The first Zeppelin to be brought down by Allied aircraft, 7th June 1915. The VC was conferred at one on Lieutenant Warneford. IWM ART 3077.

Con el bombardeo planificado de ciudades y localidades que no albergaban objetivos militares, la Primera Guerra Mundial marcó un nuevo hito en la escalada hacia la guerra total³⁹². Alemania realizó su primer ataque a la población civil al lanzar una pequeña bomba en Dover en la Nochebuena de 1914, aunque no ocasionó víctimas (Hastings 2013, 505). Durante la guerra, las incursiones a ciudades británicas, incluida Londres, perpetradas por los zepelines y bombarderos Gotha alemanes mataron entre 1400 y 1800 británicos, dependiendo de la fuente. Sin embargo, el modelo británico capaz de alcanzar ciudades germanas con el mismo propósito no llegó a utilizarse en la Primera Guerra Mundial, pues su construcción se planificó para el año 1919 (Neiberg 2005, 171).

La última función de la aviación que consideramos en esta investigación es, paradójicamente, la primera que adquirió en este conflicto: la observación de las líneas

³⁹² El inicio de los ataques a la población como objetivo militar inició la ruptura de la diferenciación entre militares y civiles, poniendo en riesgo a estos últimos durante los conflictos bélicos. Susan Grayzel analiza la militarización de los civiles desde la Primera hasta la Segunda Guerra Mundial a través de un objeto: las máscaras antigás, convertidas en símbolo de la defensa frente a la guerra total. Consultar: Grayzel, Susan. 2022. *The age of Gas Mask: How British Civilians Faced the Terrors of Total War*. Cambridge: Cambridge University Press.

enemigas. El motivo por el que ocupa el último lugar en este capítulo es porque era una de las misiones que, sin estar mal considerada, provocaba menos emociones en los soldados y, por tanto, le dedicaban menos espacio en sus misivas. Solo un soldado, miembro del Royal Flying Corps mencionó brevemente la importancia de la observación en las operaciones militares:

«April 1st I got my two stripes up, after being a 1st Air Mechanic for 12 months, the Non-Commissioned Officers have a very decent mess here, and everything is ok. I am corporal in charge of wireless, photographic, electrical and all instruments used on aeroplanes, I have had a very good education on all those subjects, but the one I like best is the wireless, it's far more interesting than photography, which is a very big thing indeed out here, and a lot depends upon a good photograph of the Hun lines...»³⁹³.

Sin embargo, la observación de las líneas enemigas y la transmisión de dicha información al ejército fue de vital importancia para los mandos militares. La observación permitía conocer los movimientos de los enemigos y detectar la concentración de tropas y recursos en determinados puntos del frente para un eventual ataque. Además, permitía coordinar los ataques de las fuerzas aéreas y terrestre, inaugurando el concepto moderno de guerra aérea. Los primeros intentos de coordinar el bombardeo de artillería guiado por las observaciones de los aeroplanos con el avance progresivo de la infantería a través de la tierra de nadie se produjeron en 1916, durante la batalla de Verdún, con notables resultados (Neiberg 1005, 170).

Uno de los soldados que forman parte de nuestra investigación explicó en una carta a su madre cómo la artillería protegía el avance de la infantería al bombardear las posiciones enemigas. Aunque no mencione el papel de la aviación en este tipo de ofensivas, es un claro ejemplo de las mejoras estratégicas que hizo posible el Royal Flying Corps:

«Perhaps I should try to describe what a barrage is like. There are two kinds - standing barrage and creeping barrage. The former is simply a heavy bombardment, chiefly by big guns of enemy points of resistance and defensive lines. These places are bombarded continuously until the attacking troops are getting near the place. Then the bombardment ceases. The creeping barrage is rather more complicated. It commences with a bombardment, chiefly by the field guns of the enemy's front line. With a concentration such as we had, not a single inch of the line, as hard as the guns can go - and they can

³⁹³ Frederick Ronald Morris, carta a un amigo, 26 abril 1917. The National Archives, Letters from the First World War, part two. Trenches: "anti-aircraft fire".

manage a good few in a minute. Then, as the line of infantry moves forward, so does the line of shells, right along like clockwork. The infantry moves along close behind this wall of steel and is on top of any of the enemy who are left before they can get out of their funk-holes or dugouts. On important lines of enemy trenches, this barrage rests for several minutes so the infantry have to wait behind until it lifts and moves on again»³⁹⁴.

4. El apoyo sanitario a los ejércitos

Dadas las características de la guerra de trincheras que hemos reproducido en los capítulos anteriores y el desarrollo de armas cada vez más cruentas con el cuerpo humano, no es de extrañar que el número y porcentaje de heridos en la Primera Guerra Mundial alcanzase cifras sin precedentes. En el caso del ejército británico sirvieron 6.146.574 hombres, de los cuales fallecieron 722.782 y resultaron heridos 1.676.037, de los cuales más del 93% y del 98% respectivamente fueron soldados que sirvieron en cuerpos de las fuerzas territoriales (Winter 1977, 450-451). Según otras investigaciones (Bergen 2009, 209) solo un tercio de los soldados destinados al ejército territorial entraron en combate, pues el resto era personal de los cuerpos auxiliares del ejército, lo que arroja un total de 1.738.387 combatientes. Por lo tanto, podríamos argumentar que prácticamente todos los soldados que entraron en combate sufrieron una o más heridas.

En la correspondencia analizada, algunos soldados contaron que estaban expuestos a un peligro constante de ser alcanzados por proyectiles disparados con fusiles o restos de la metralla de las explosiones: «During those five weeks I was pretty lucky. The only close bullet was one through my right sleeve and grazing my arm. We all have some very narrow shaves from shrapnel»³⁹⁵.

Sin embargo, debemos considerar la imperfección de este tipo de estadísticas basadas en el número de soldados ingresados en los hospitales británicos, pues no consideran a los soldados que fallecieron en el campo de batalla, ni a los soldados que sufrieron algún tipo de enfermedad o herida que no fuese lo suficientemente grave para ser enviados a los hospitales. Además, aquellos soldados que ingresasen en dos ocasiones distintas a lo largo de su experiencia bélica se contarían como dos soldados en las estadísticas, y aquellos que sufriesen más de una lesión en el momento del ingreso, lo que

³⁹⁴ Patrick Alphonsus Hanratty, carta a su madre, 14 junio 1917. *Europeana 1914-1918: One Man's Messines*.

³⁹⁵ Ernest John Cowles, carta a un amigo, 29 septiembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “caught dysentery”.

era bastante habitual: «My wounds are getting on all right and they have discovered eleven in all»³⁹⁶, también podían sumar dos o más heridas a las estadísticas, aunque las presentase el mismo soldado.

A pesar de estas dificultades, podríamos argumentar que el número de soldados que precisó de atención sanitaria a lo largo del conflicto fue superior a cualquier estimación que realizasen los gobiernos o el alto mando militar antes del conflicto, así lo demuestra la incapacidad de los servicios sanitarios para prestar apoyo sanitario durante los primeros meses de guerra (Reid 2017, 38).

Por un lado, las dimensiones del conflicto llevaron a los países beligerantes a reunir a los ejércitos más numerosos de la historia, lo que hacía necesario aumentar el personal de los Cuerpos de Sanidad Militar en la misma proporción, aunque no se hizo en número suficiente. En cualquier caso, era imposible preparar al personal sanitario para atender al volumen de soldados heridos durante las grandes ofensivas que caracterizaron la lucha en el frente occidental. Harvey Cushing escribía en su diario durante la Tercera Batalla de Ypres en julio de 1917:

«La lluvia está cayendo a raudales todo el día, y también a raudales entraban heridos tiritando por la hipotermia, cubiertos de barro y sangre. Varios casos de GSW (herida de bala, gun shot wound) en la cabeza, que al retirar el barro resultaban ser menudencias, y otros que eran mucho más graves de lo que en un principio suponíamos. Las salas de examen siguen llenas hasta los topes, es imposible dar abasto y la falta de método de la organización es para volverse loco. También las noticias son pésimas. La mayor batalla de la historia se ha hundido hasta la cintura en un cenagal, y los cañones se hunden aún más» (Englund 2011, 484).

Por otro lado, la naturaleza de la guerra de trincheras conllevó un cambio en las tácticas militares, aumentando la utilización del bombardeo de artillería y después introduciendo otro tipo de armamento que provocaba lesiones nunca vistas por el personal sanitario. De hecho, la novedad de las lesiones fue lo que motivó al neurocirujano estadounidense Harvey Cushing a presentarse voluntario para acudir al frente occidental en 1915, pues quería aprovecharse de la experiencia de la Primera Guerra Mundial y aprender el tratamiento de las heridas graves y complejas que presentaban los soldados

³⁹⁶ Albert Edwin Rippington, carta a un amigo, sin fecha. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Injury: “I look a pretty picture”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/injury-look-pretty-picture/>

(Englund 2011, 125). Dos años después, llevaría a la práctica lo aprendido como cirujano del ejército estadounidense:

«los heridos están tan enfangados que el proceso de quitarles la ropa, la suciedad y encontrar las heridas tarda mucho más... Los casos de una simple herida de bala en el cuerpo son contados, y las lesiones por bayoneta verdaderas rarezas. Casi todos sus pacientes han sido abatidos por granadas, y la inmensa mayoría sufre más de una lesión» (Englund 2011, 492).

Aunque citemos la experiencia de Cushing en 1917, la inversión en la distribución de heridos que menciona sucedió desde los primeros meses del conflicto, aumentando los soldados que sufrían las heridas graves y complejas producidas por el bombardeo de artillería hasta un 80% del total de heridos y siendo excepcional aquellos que presentaban las heridas de bala de los fusiles (Bergen 2009, 209). Audoin-Rouzeau (2006, 289) aporta estadísticas que atribuyen entre el 70 y el 80% de las heridas a la artillería. Otras investigaciones (Watson 2008, 15) reproducen la estadística de una muestra de 212.659 soldados admitidos en una *Casualty Clearing Station*, la principal unidad de asistencia sanitaria en la guerra de trincheras. De la muestra de soldados ingresados, la causa de sus heridas se distribuyó en los siguientes porcentajes: un 58.5% se debieron a la acción de la artillería, un 39% por armas pequeñas, un 2.2% por granadas y un 0.3% por armas blancas.

La utilización masiva de los cañones de artillería y los proyectiles cargados con metralla que salía disparada en todas direcciones provocaba un tipo de lesiones que, cuando no causaban la muerte de los soldados ocasionaba heridas extensas, graves y complejas que afectaban a diferentes partes del cuerpo. Se calcula que un 70% de los heridos de la Primera Guerra Mundial atendidos por los servicios sanitarios presentaban heridas en las extremidades, pues cuando la cabeza o el tronco eran alcanzados, estas lesiones provocaban la muerte inmediata del soldado, o la gravedad de las heridas imposibilitaba el traslado del herido (Audoin-Rouzeau 2006, 290). Cuando las extremidades eran alcanzadas por uno de estos proyectiles, era habitual que el impacto provocase la amputación traumática de la parte distal del miembro. Mientras que, si la metralla interesaba en puntos más cercanos al tronco, esta podía arrastrar barro y ropa al interior del organismo, lo que infectaba las heridas y hacía necesaria la amputación quirúrgica del miembro para salvar la vida de los soldados. En ocasiones, cuando la amputación no se realizaba a tiempo o esta no era posible como en las heridas

abdominales, aumentaba la tasa de mortalidad de los heridos. Dependiendo de la estadística consultada, la supervivencia de los soldados que presentaban heridas abdominales varía de un 0.8% a un 8%, contabilizando únicamente a aquellos que llegaban a los puestos de atención sanitaria (Bergen 2009, 209).

En cuanto al tratamiento de las heridas, independientemente de la región del cuerpo que afectasen, la doctrina vigente antes del conflicto defendía la cura oclusiva de las lesiones y esperar su evolución, limitando la intervención de médicos y cirujanos. Esta era eficaz para el tratamiento de las heridas simples producidas por las balas, pues atravesaban el cuerpo a gran velocidad y si no afectaban a órganos vitales solían curar sin complicaciones. Sin embargo, las heridas provocadas por la metralla de los proyectiles de artillería se infectaban muy fácilmente, provocando la muerte de los soldados en la mayoría de los casos, pues no se habían descubierto los antibióticos (Audoin-Rouzeau 2006, 291). Esta situación ocasionaba que incluso las heridas aparentemente leves podían complicarse en poco tiempo y llevarse la vida de los soldados aunque estuviesen en manos del personal sanitario: «Charles Harvey has gone under also - died of wounds. As I told you the wound he got appeared to be quite a slight one but unfortunately it went wrong way and caused pressure on the brain. He was operated on but without the wished for result»³⁹⁷.

Con el objetivo de resolver estas dificultades tuvo lugar un debate en la comunidad médica europea en torno a las causas de la infección y el tratamiento que debía aplicarse. Como adelantábamos en los párrafos anteriores, este debate interesó a médicos y cirujanos de países neutrales en el conflicto como Harvey Cushing, pero también a médicos militares españoles³⁹⁸. A lo largo del conflicto la *expectación armada* practicada durante los primeros meses se sustituyó por la intervención precoz y prevención de la infección. Según estos preceptos, los cirujanos debían extirpar todo objeto extraño presente en la lesión y realizar una limpieza y desbridamiento exhaustivo lo antes posible, procediendo a suturarla únicamente cuando el examen bacteriológico demostraba la

³⁹⁷ Harold Ward, carta a su mujer, 17 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

³⁹⁸ El debate en torno a las causas de la infección de las heridas y su tratamiento llegó a España a través de la Revista de Sanidad Militar. Esta era la revista profesional del Cuerpo de Sanidad Militar en la que se publicaron artículos que recogían las experiencias de médicos y cirujanos de los países beligerantes al tiempo que organizaban reuniones en las que discutían sobre los cambios que debían aplicarse en la doctrina sanitaria del Cuerpo. Las publicaciones oficiales del Cuerpo de Sanidad Militar español, entre las que se encuentra la Revista de Sanidad Militar, han sido objeto de estudio de la investigación de María Isabel Larena Millán. 1998. “Contribución a la historia de la farmacia militar a través de las revistas sanitarias especializadas”. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Inédita.

ausencia de bacterias. Dada la importancia de la prevención de la infección para la supervivencia del soldado, se prestó especial atención a la limpieza de las heridas con preparados y soluciones antisépticas como la de Dakin-Carrel a base de hipoclorito sódico y ácido bórico, que tuvo gran aceptación en los ejércitos beligerantes (Bergen 2009, 335).

Tanto el cambio en la naturaleza de las heridas de los soldados, las innovaciones introducidas en el tratamiento de heridos, el aumento del número total de soldados heridos y la estructura de las trincheras, provocaron que los ejércitos beligerantes tuvieran que rediseñar los sistemas de apoyo sanitario a los ejércitos. Uno de los primeros cambios introducidos fue el escalonamiento de la atención sanitaria a lo largo de la ruta de evacuación de los soldados, resultando en la creación de diferentes unidades de atención sanitaria con distintas funciones. El primer eslabón eran los camilleros (*stretcher-bearers*), miembros del Cuerpo de Sanidad Militar encargados de llevar a los soldados heridos desde el lugar en el que habían sido alcanzados hasta el *First Aid Post* situado en la segunda o tercera línea de trincheras. Aunque teóricamente debían trabajar en parejas, debido al precario estado del terreno en las trincheras y la continua exposición al fuego de artillería enemigo era habitual que se necesitasen de 4 a 8 camilleros para trasladar a un único herido grave en camilla. Además, debían asegurarse de no arriesgar su vida innecesariamente y de que el herido tenía posibilidades de sobrevivir al traslado y al tratamiento posterior, pues podían tardar unas 10 horas en recorrer un trayecto de un kilómetro (Bergen 2009, 300).

En nuestra investigación contamos con la correspondencia de dos soldados que sirvieron como camilleros del ejército británico. Herbert Grant, que sirvió en el frente occidental, del que se ha conservado una carta de su correspondencia en la que no aportó información sobre su trabajo como camillero en las trincheras³⁹⁹, y John Hannigan, de quien también se ha conservado una sola carta en la que tampoco aporta información explícita sobre su trabajo. Sin embargo, nos permite introducir algunas características del apoyo sanitario a los ejércitos. Hannigan formaba parte del cuerpo sanitario de apoyo al ANZAC en la batalla de Galípoli cuando fue alcanzado por la metralla de una explosión de artillería el 10 de agosto de 1915. En la carta que envió a su hermana desde el General Hospital de Londres narró como él y sus compañeros fueron alcanzados por la explosión,

³⁹⁹ Correspondencia de Herbert Grant. Europea 1914-1918: *Memorabilia of Herbert Grant, Canadian Expeditionary Force, 5th Field Ambulance Force, C Section.*

matando o hiriendo a todos: «Well Minne I had a narrow escape a shell burst and buried my and all my mates either got killed or wounded that was at the spot at the time»⁴⁰⁰.

En primer lugar, debemos considerar que el escaso terreno que ocupaba el ejército británico en la península de Galípoli imposibilitaba que la atención sanitaria estuviese tan escalonada como lo estaba en el frente occidental. Aunque esto no afectase directamente a la misión de John Hannigan en el conflicto, este sería testigo de la acumulación de heridos leves y graves en los puestos de atención sanitaria terrestres esperando el traslado vía marítima a hospitales alejados situados en Egipto o Gran Bretaña, provocando consecuencias emocionales y psicológicas sobre las que reflexionaremos a lo largo del capítulo (Figura 31).



Figura 31. Herbert Hillier. 1915. A Party of Wounded, May 1915. IWM ART 4323.

En segundo lugar, el alcance de este grupo de camilleros nos permite identificar otra de las características definitorias de la guerra moderna y la guerra de trincheras: el caos. Tanto los soldados heridos o enfermos como el personal sanitario, independientemente de si pertenecían al Cuerpo de Sanidad Militar o a alguna de las organizaciones que contribuyeron a proporcionar asistencia sanitaria a los ejércitos, eran considerados neutrales en el conflicto y no podían ser objetivos militares según el acuerdo alcanzado en 1864 en Ginebra. Sin embargo, la naturaleza de la guerra de trincheras y la

⁴⁰⁰ John Hannigan, carta a su hermana, 14 septiembre 1915. *Europeana 1914-1918: From Ireland to Australia to Gallipoli: John Hannigan*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17422

utilización masiva del fuego de artillería no permitía que los soldados discriminaran al personal sanitario del resto de militares. Por este motivo, durante la Primera Guerra Mundial los miembros de los Cuerpos de Sanidad Militar que ocupaban puestos cercanos al frente sufrieron un porcentaje de bajas similar al del resto de cuerpos de los ejércitos. (Reid 2017, 181).

Además, debemos considerar que la ruta de evacuación de los soldados y las primeras unidades de atención sanitaria estaban expuestas al bombardeo de artillería, por lo que estaban en constante peligro de ser alcanzados durante las ofensivas alemanas. Por ejemplo, el *First Aid Post* donde dejaban a los heridos los camilleros estaba situado en las últimas líneas de trincheras. En estas unidades de asistencia se realizaban las curas, operaciones y amputaciones de las heridas cuyo tratamiento no podía demorarse, el resto de los soldados eran clasificados y preparados para su traslado en ambulancias tiradas por animales a las unidades más alejadas del frente.

El siguiente eslabón era el *Advanced Dressing Station* donde se llevaban a cabo cirugías menores, curas de heridas y los combatientes podían descansar un tiempo antes de continuar su evacuación hasta las *Casualty Clearing Station* situadas a unos 10 kilómetros de las trincheras. En estas se realizaban la mayor parte de operaciones y amputaciones y permanecían aquellos soldados que tenían un tiempo de recuperación estimado de 3 semanas o menos, mientras que los heridos graves eran transportados en trenes y barcos hospitales hasta los hospitales del interior.

A partir de la evacuación de las *Casualty Clearing Station*, los soldados que padecían enfermedades infecciosas eran separados del resto de combatientes y enviados a hospitales alejados del frente, e incluso del interior de Gran Bretaña, especializados en el tratamiento y recuperación de estas dolencias. Por su parte, los soldados heridos eran agrupados en función de la naturaleza de su lesión y enviados a hospitales especializados que se habían creado conforme aparecían nuevas heridas producto de la introducción de nuevas armas. Por ejemplo, el aumento de soldados que presentaban heridas faciales provocadas por la metralla de las explosiones de artillería estimuló la creación en 1917 del hospital Queen Mary cerca de Sidcup, donde un grupo de cirujanos liderados por Harold Gillies⁴⁰¹ cooperaban con artistas y diseñadores como Henry Tonks (1862-1937),

⁴⁰¹ Harold Gillies (1882-1960) nació en Nueva Zelanda, curso sus estudios de medicina en Cambridge donde se especializó en cirugía de garganta, oído y nariz. Ante el estallido de la Primera Guerra Mundial se alistó en el *Royal Army Medical Corps*, donde sirvió como cirujano en el frente occidental. Ante el aumento de soldados que presentaban lesiones faciales estimuló la creación de un hospital especializado en el tratamiento y reconstrucción de este tipo de heridas, el hospital *Queen Mary* cerca de Sidcup. Por

Francis Derwent Wood (1871-1926) y Daryl Lindsay (1889-1976) en la creación de las máscaras y prótesis faciales de los soldados (Gillies 1920, 10). Investigaciones recientes han concluido que desde la apertura del centro en 1917 hasta 1925 el hospital Queen Mary y sus centros asociados especializados en el tratamiento de heridas faciales atendieron a unos 5.000 soldados y realizaron 11.000 operaciones quirúrgicas, estimulando la investigación y el avance de la cirugía plástica y reparadora (Bergen 2009, 345).

Otro grupo de soldados que eran separados del resto de heridos para recibir tratamiento en hospitales especializados eran aquellos que padecían de *shell shock* o neurosis de guerra. De hecho, como veremos en los próximos capítulos, los soldados que padecían esta enfermedad eran segregados en función de su diagnóstico, que solía estar condicionado por el rango militar y el origen social del soldado. Uno de los centros especializados que atendía a los oficiales que habían desarrollado esta dolencia era el Moss Side Military Hospital de Maghull, cerca de Liverpool, donde atendieron 3.638 pacientes graves de Shell shock desde el inicio del conflicto hasta mediados de 1919 (Jones 2010, 375).

La diversificación y especialización de los hospitales fue posible gracias a la colaboración del Cuerpo de Sanidad Militar con otras instituciones y organizaciones sanitarias como la Cruz Roja británica. Esta, que había sido creada tras el Primer Convenio de Ginebra de 1863, ya había colaborado en la organización del apoyo sanitario al ejército británico en campañas bélicas anteriores a la Primera Guerra Mundial y durante este conflicto no solo proporcionó personal sanitario a varios hospitales del interior, también dirigió algunos de estos como el Queen Mary de Sidcup y el Moss Side Military Hospital de Maghull.

Otra de las organizaciones que colaboró en la evacuación y asistencia sanitaria de los soldados británicos fue The Religious Society of Friends (Quakers). A través de la Friends War Victims Relief Committee apoyó a los hospitales militares y civiles situados en Francia y Gran Bretaña como el Queen Alexandra situado en Dunquerque. Mientras

su trabajo durante el conflicto y los avances conseguidos en la reconstrucción facial, Harold Gillies está considerado el padre de la cirugía plástica, sin desmerecer la labor de los equipos multidisciplinares que trabajaron en dicho hospital. Para profundizar en la biografía de Gillies consultar: Pound, Reginal. 1964. *Gillies, surgeon extraordinary: a biography*. Londres: M. Joseph y la web <http://www.gilliesarchives.org.uk/>. Para una reflexión sobre el trabajo realizado en el hospital *Queen Mary*, véase: Fitzharris, Lindsey. 2022. *The Facemaker: a visionary surgeon's battle to mend the disfigured soldiers of World War I*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

que la Friends Ambulance Unit colaboró en la organización del transporte de heridos desde los *First Aid Post* hasta los hospitales del interior (Reid 2017, 162).

La colaboración de estas organizaciones con los Cuerpos de Sanidad Militar tuvo innegables beneficios para el tratamiento y la recuperación de los soldados heridos y enfermos. Sin embargo, debemos considerar que tanto los *Quakers* como la Cruz Roja eran organizaciones que se habían fundado bajo un discurso pacifista que las situaba en contra de la naturaleza de cualquier conflicto bélico. Fiona Reid (2017, 149-190) se ha apoyado en el pacifismo de estas organizaciones para cuestionar la coherencia de su papel en la Primera Guerra Mundial, pues su labor contribuía a mantener el esfuerzo bélico de los países durante más tiempo al proveer a los ejércitos de soldados sanos que pudiesen ser reenviados al frente.

4.1. Personal sanitario, ¿héroes o villanos?

Tanto las organizaciones nacionales de la Cruz Roja como los *Quakers* tenían en sus discursos elementos pacifistas y se presentaban como entidades que, debido a su labor como auxiliares de los soldados heridos y enfermos, se posicionaban en contra de la guerra, pues la consideraban la causa de que hubiese soldados heridos y enfermos. Este discurso pacifista del personal sanitario tuvo un amplio seguimiento en el periodo de entreguerras debido a las atrocidades cometidas por los ejércitos beligerantes, estimulando publicaciones en las que desmontaban los argumentos de aquellos que defendían la guerra como algo natural e inevitable de las relaciones entre sociedades (Bergen 2011, 166).

De igual manera, este argumento aparece en las anotaciones del diario de Harvey Cushing, quién rechazó la naturaleza de la Primera Guerra Mundial, pues su misión en el conflicto era arreglar los destrozos que provocaba el armamento moderno en los cuerpos humanos (Englund 2011, 506). En este discurso, el personal sanitario del ejército y de las organizaciones de apoyo a este eran presentados como héroes abnegados que arriesgaban su vida y su salud para ayudar a otros. Quizás el mejor ejemplo del peligro que corría el personal sanitario sea la experiencia de los camilleros como John Hannigan que hemos reproducido en el apartado anterior. Debido a la presencia de personal sanitario en las trincheras y en localizaciones cercanas a estas, podemos argumentar que estos estaban expuestos a las mismas condiciones precarias de la vida en las trincheras: la falta de agua potable, la alimentación escasa y monótona, las dificultades para dormir adecuadamente

y al estrés producto de las tácticas militares propias de la guerra que infundía la sensación de muerte inminente sobre la que hemos reflexionado en capítulos anteriores. La única diferencia era su papel en la guerra: mientras que los soldados debían combatir y asesinar a los soldados enemigos, el personal sanitario debía prestar auxilio a los combatientes heridos durante el combate, por lo que no debían enfrentarse a las consecuencias psicológicas de matar.

Por un lado, eran igualmente sensibles a la visión de los efectos del armamento moderno en el cuerpo humano y eran testigos del sufrimiento de los soldados durante más tiempo, especialmente el personal que trabajaba en las estaciones alejadas del frente donde los soldados heridos y enfermos permanecían el tiempo necesario hasta que sanasen o fallecieran. Sin embargo, Leo van Bergen (2009, 341) argumenta que el personal sanitario debía desarrollar cierta insensibilidad ante las heridas y lesiones de los soldados para proteger su salud mental. Al tiempo, el volumen de combatientes heridos que atendían imposibilitaba que estableciesen vínculos emocionales con los soldados, lo que facilitaba aceptar el hecho de que debían intentar salvar a aquellos que tenían posibilidades de sobrevivir y dejar morir a aquellos gravemente heridos.

Por otro lado, las heridas y lesiones que provocaban algunas de las armas introducidas durante la contienda eran de una crueldad que no habían presenciado antes, caso de las amputaciones traumáticas de los miembros, las quemaduras e intoxicaciones provocadas por las armas químicas o los efectos psicológicos de la experiencia bélica y el armamento moderno. Recordemos el horror y la impotencia con la que describió Lynn Macdonald (1984, 85) la experiencia del personal sanitario en los pabellones que daban cobijo a los soldados afectados por armas químicas:

«Nothing in their experience ... had equipped them to deal with wards full of men gasping for breath; with the terrible rasping sound of their struggle; with their blue faces and livid skins; and, worst of all, with their terror as the fluid rose higher in the lungs until eventually they drowned in it. The terror was made worse by the fact that most of the men were blinded and trapped in darkness in their suffocating bodies».

Atendiendo a estos argumentos sería lógico pensar que los soldados estuviesen agradecidos de la labor de médicos, cirujanos y enfermeras en los diferentes escalones de atención sanitaria, y seguramente así fuese como podemos inferir de los comentarios positivos que los soldados escribían desde los hospitales:

«During the whole time I have been in hospital I have received every attention and kindness»⁴⁰²,

«We are very well treated here, and the Belgian sisters from the convent are very good and often bring us grapes or apples»⁴⁰³, y

«I remained with the battalion until I was sent to the casualty clearing station on August 3rd and reached Rouen hospital the next day. I had to wait until the 9th and crossed the channel from Havre to Southampton on the New Zealand ship Marama, with about 800 other patients, the day after. It was a splendid boat with every convenience for carrying wounded men, and the sisters and orderlies were colonials»⁴⁰⁴.

Sin embargo, debemos considerar que en estas cartas se refieren a un bienestar y a los buenos cuidados que reciben en el hospital de una forma general, sin dar detalles sobre qué cuidados están recibiendo. Podríamos argumentar que estos soldados no fueron conscientes de la importancia de los cuidados que recibían, o que no creyesen que eran tan necesarios para su recuperación, o que considerasen que las heridas que sufrían no entrañaban ningún peligro vital y la labor del personal sanitario fuese menos necesaria para su recuperación. Por otro lado, podríamos relacionar la referencia en general a las enfermeras con las dificultades existentes para la creación de vínculos emocionales entre enfermeras y soldados (Bergen 2009, 341). Sin embargo, en los hospitales del interior los heridos y enfermos podían permanecer varias semanas hasta que se recuperasen por lo que pensamos que podría haber otros motivos para que los soldados no escribiesen detenidamente sobre la labor de médicos y enfermeras en estos recintos. En este sentido, podríamos argumentar que la falta de referencias a enfermeras podría estar relacionada con la intención de los soldados de no preocupar a sus parejas. Recordemos que según Martha Hanna (2003, 1354) las relaciones de pareja podían verse afectadas si el soldado cambiaba la forma de escribir, la extensión de sus cartas, o la frecuencia de estas, por lo que podemos suponer que la aparición en la vida del soldado de una o varias enfermeras que se encargan de su cuidado y recuperación también podía enfadar a las parejas de los

⁴⁰² Arthur Smith, carta a un amigo, 19 noviembre 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Hospital: “beastly complaint”. Disponible en: <http://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/hospital-beastly-complaint/>

⁴⁰³ Charles Douglas Mayo, carta a su padre, 22 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Injury: “arrived here with only one boot”.

⁴⁰⁴ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 23 agosto 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “a big dose of gas shells”.

soldados. De hecho, los fragmentos que hemos reproducido pertenecen a misivas enviadas a amigos, ninguna a miembros de la familia o parejas.

Solo el joven Fred Tackaberry se refirió en una de las cartas que envió desde el hospital al camillero que le llevó al *First Aid Post* y a un grupo de enfermeras y médico que le atendieron cuando estuvo recluido en un pabellón por lo que denominaron *mental condition bad*:

«The stretcher bearer worked hard to get me down to the aid post. [...] I was away a month from the other patients and during that time I was in a ward to myself. Had a sister and orderly man to wait upon me by day and a night nurse at nights. These good people gradually pulled me round until I felt my old self again and was able to go back the ward I had originally been in»⁴⁰⁵.

Resulta plausible argumentar que este soldado decidió reconocer en su carta la importancia del trabajo de aquellos que habían contribuido a salvar su vida, pues las lesiones que sufría eran de extrema gravedad. De hecho, necesitó la amputación de su pierna derecha, mientras que la izquierda presentaba múltiples fracturas y heridas complejas que podían infectarse en cualquier momento. Por lo tanto, para este soldado el personal que le atendía eran héroes que le habían salvado la vida para los cuales solo tenía palabras de gratitud. Otros soldados y artistas que combatieron en la guerra dejaron constancia del importante papel que cumplían las enfermeras (Chevallier 1930), no solo al atender a los soldados heridos y enfermos, también ayudándoles a escribir las cartas a sus familias cuando estos no tenían fuerzas para escribir (Figura 24).

También podemos identificar este discurso del personal sanitario como héroes y heroínas que se sacrifican por el bien común en la propaganda erigida en torno al asesinato de Edith Cavell el 12 de octubre de 1915 (Richard 2017). De nuevo, la propaganda británica fue capaz de conectar con las emociones de la población y estimular el deseo de venganza entre los jóvenes, quienes se alistaron en el ejército en masa en los meses siguientes. Además, Cavell también fue presentada como el modelo a seguir de las jóvenes británicas que también querían contribuir activamente al esfuerzo bélico de su país y se unieron a organizaciones como la Cruz Roja (Pickles 2007, 9-10).

⁴⁰⁵ Fred Tackaberry, carta a un amigo, 22 marzo 1918. Europeana 1914-1918: *Correspondence and photographs of Fred Tackaberry, Royal Irish Fusiliers*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https://1914_1918_europeana_eu_contributions_3615

Argumentábamos en el apartado anterior la importancia que tuvieron estas organizaciones y sus miembros para la mejora de la asistencia sanitaria a los soldados heridos y enfermos. Además, la experiencia de la Primera Guerra Mundial facilitó el acceso de la mujer al mundo laboral, ocupando los puestos que habían quedado vacantes en la industria o en las oficinas de correos (Padilla y Rodríguez 2013). Esta independencia adquirida durante el conflicto y el esfuerzo realizado tanto en los trabajos en los cuerpos auxiliares del ejército como en la retaguardia ayudaron a la consecución de los objetivos del movimiento feminista como el acceso al sistema educativo que inició la incorporación definitiva de la mujer en el mundo laboral o el derecho al voto en las mismas condiciones que los varones que se alcanzó en 1928 en Gran Bretaña. De esta manera tuvo lugar un punto de inflexión en el periodo de entreguerras que rompió con la sociedad victoriana del siglo XIX y estableció las bases de la sociedad actual⁴⁰⁶ (Vidaurreta 1976, 88-90).

Por último, debemos considerar que, tradicionalmente, se ha apartado a las mujeres de todo aquello que tenía que ver con la guerra, pues se entendía que esta era una actividad exclusiva de los hombres. En consecuencia, se creía que las mujeres debían condenar la actividad bélica, lo que encajaba con el estereotipo de la mujer cuidadora presente en el imaginario colectivo de la sociedad del momento. Sin embargo, las necesidades provocadas por el elevado porcentaje de varones que se alistaron en el ejército hicieron necesario que las mujeres también formaran parte del esfuerzo bélico de los países beligerantes en la forma que hemos indicado en los párrafos anteriores. A pesar de ello, el estereotipo de la mujer cuidadora seguía presente en la sociedad a través de las campañas de reclutamiento que pedían a las mujeres que se alistaran como enfermeras voluntarias para auxiliar y cuidar a los soldados heridos y enfermos. Un trabajo que, como hemos adelantado en párrafos anteriores, era contrario a la naturaleza de la guerra, por lo que la posición de las mujeres debía ser pacifista, a la fuerza. Es cierto que una parte de la población femenina estaba de acuerdo con estas creencias, muestra de ello fue la

⁴⁰⁶ Alison Fell (2018, 1-19) ha recuperado en su investigación las historias de mujeres británicas y francesas que se identificaron como veteranas del conflicto en el periodo de entreguerras. Independientemente de la labor que realizaron durante la guerra, si ocuparon puestos en los cuerpos auxiliares de sus ejércitos, fueron enfermeras voluntarias o trabajadoras en la retaguardia, todas reclamaban sus derechos como veteranas del conflicto, igual que los soldados que habían regresado del combate. En este sentido, las memorias de la enfermera Vera Brittain fue uno de los textos más influyentes en la construcción del mito británico de *La generación perdida*, así como del deber moral de las veteranas de la guerra de hablar sobre lo acontecido entre 1914 y 1918 y sus consecuencias. Consultar: Brittain, Vera. 1978 [1933]. *Testament of Youth: An Autobiographical Study of the Years 1900-1925*. Londres: Virago.

creación de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad en el I Congreso Internacional de Mujeres celebrado en La Haya en 1915 (Magallón y Blasco 2015).

Sin embargo, la actitud de las mujeres hacia la Primera Guerra Mundial no se limitó al pacifismo descrito, independientemente de si se identificaban con el movimiento feminista, también hubo mujeres que estaban a favor de la guerra y defendían la lógica bélica. Por lo que cabría replantearse el mito de que las mujeres y el personal sanitario rechazan la guerra y defienden la paz, como han hecho otros historiadores citados a lo largo de la investigación como Fiona Reid⁴⁰⁷ (2017).

En el caso del personal sanitario destacamos el caso de Harvey Cushing, quien se había posicionado en contra de la Primera Guerra Mundial a su llegada al continente en 1917, tras acercarse a las trincheras durante la Tercera Batalla de Ypres en octubre de ese año escribía:

«Y el salvaje que llevas dentro hace que aquello, pese a toda la miseria, el despilfarro, los peligros, el desgaste y el maravilloso estruendo, te encante. Sientes que, mal que te pese, los hombres están destinados a esto, y no para arrellanarse en un cómodo sillón con un cigarrillo, un whisky y la prensa amarilla o una novela de éxito, mientras fingen que ese barniz es civilización y que tras la almidonada y hasta el cuello abotonada pechera de sus camisas no se oculta un bárbaro» (Englund 2011, 508-509).

Estas palabras nos recuerdan a la cita del historiador Norman Angell sobre la fascinación de la guerra, pero esta es una atracción hacia las guerras del siglo XIX, cuando los conflictos estaban rodeados de un aura de honor y valentía. Sin embargo, cuando tuvo lugar la Tercera Batalla de Ypres ya se habían introducido las armas que transformaron el combate como el lanzallamas, las armas químicas o los carros de combate, y a pesar de

⁴⁰⁷ Aunque resultaría interesante y enriquecedor profundizar en las experiencias de las mujeres y hombres que formaron parte de las organizaciones que colaboraron con el Cuerpo de Sanidad Militar británico, este análisis nos apartaría de los objetivos de nuestra investigación. Encontramos reflexiones sobre esta cooperación y los debates sociales y políticos que provocaron durante el conflicto y el periodo de entreguerras en las investigaciones citadas en el texto (Vidaurreta 1976; Magallón y Blasco 2015; Reid 2017 y Fell 2018) Para un análisis posterior sobre estos debates en el contexto de la Primera Guerra Mundial, consultar: Fell, Alison S., y Hallett, Christine, E. 2013. *First World War Nursing: New Perspectives*. Londres: Routledge; y Hallett, Christine, E. 2014. *Veiled Warriors: allied nurses of the First World War*. Oxford: Oxford University Press.

Además, la historia de la ayuda humanitaria y el papel de organizaciones como la Cruz Roja en los conflictos bélicos y catástrofes naturales ha sido objeto de otras investigaciones en las que están presentes análisis desde la historia de las emociones y la perspectiva de género. Consultar, entre otros: Barnett, Michael. 2011. *Empire of Humanity: A History of Humanitarianism*. Ithaca: Cornell University Press; Martín-Moruno, Dolores, Brenda Edgar y Marie Leyder. 2020. "Feminist Perspectives on the History of Humanitarian Relief". *Medicine, Conflict and Survival*, vol. 36, no. 1: 2-18; Martín-Moruno, Dolores. 2023. *Beyond Compassion*. Cambridge: Cambridge University Press.

que estos nuevos estímulos habían causado un impacto emocional y psicológico en las tropas, Harvey expresó la euforia que había sentido durante su primera experiencia en las trincheras. Técnicamente no era la primera vez que estaba en el frente, pero desconocemos si durante su estancia en abril de 1915 llegó a estar tan cerca de las trincheras como en esta ocasión.

Debemos considerar que Harvey no tenía que combatir en ese entorno, se había acercado para conocer la situación del frente antes de la ofensiva aliada en ese punto, pero no iba a quedarse a combatir y, por tanto, no iba a exponerse al peligro de muerte igual que el resto de los soldados. Podemos argumentar que la seguridad que le brindaba su posición de neurocirujano le permitía deleitarse con las explosiones de granadas y el resto de los estímulos de la guerra de trincheras que estaba contemplando. Es posible que su descripción del frente fuese distinta si hubiese tenido que adentrarse en la tierra de nadie para recoger a los soldados heridos, o si ocupase un puesto en uno de los *First Aid Post* situados en las últimas líneas de trincheras.

Al margen de la fascinación de Cushing por la guerra, que podía ser común a otros sanitarios o no, nos permite cuestionar el mito del personal sanitario pacifista. Al tiempo, como ha argumentado Fiona Reid (2017) la labor de los médicos y psiquiatras permitía que los soldados fuesen enviados de nuevo a las trincheras, proporcionando combatientes a los ejércitos, evitando así el colapso de estos y alargando el conflicto en el tiempo. Esta percepción del personal sanitario no ha sido exclusiva de la historiografía posterior del conflicto, algunos soldados fueron conscientes del poder que tenían los médicos y psiquiatras militares en sus vidas, pues ellos decidían si estaban lo suficientemente sanos para el servicio militar activo: «Of course I suppose they want all the men they can possibly get in France and will take the risk of sending them out as soon as we appear to be fit enough»⁴⁰⁸.

Además, las tablas de excepciones y los mínimos establecidos por los ejércitos beligerantes se fueron modificando a lo largo del conflicto debido a la elevada necesidad de soldados en el frente: «they are bringing a lot of B1 men up here now some of them ought not to be in the army»⁴⁰⁹. En el caso del ejército británico, paralelamente a esta

⁴⁰⁸ Alvin Whiteley, carta a su familia, 18 febrero 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁴⁰⁹ Albert Robins, carta a su hermana, no fechada. *Europeana 1914-1918: My Great Uncle Albert who I never knew*.

medida se introdujeron otras como el servicio militar obligatorio a mediados de 1916 para aquellos hombres en edad militar (Neiberg 2005, 283).

Los reconocimientos médicos eran obligatorios cuando los hombres se alistaban en el ejército y después del periodo de recuperación de enfermedades y heridas en los hospitales, por lo que todos los soldados de nuestra investigación superaron uno al menos. Pero este primer examen médico no era el que despertaba emociones encontradas en los soldados, eran los que sucedían tras la recuperación completa de enfermedades o heridas los que podían representar un problema. En este sentido, Alvin Whiteley fue el único soldado de nuestra investigación que narró a su familia cómo fueron los reconocimientos médicos tras su recuperación en Londres de la enfermedad que lo había apartado del servicio activo en África.

El motivo por el cual se sometió a varios reconocimientos médicos era su negativa a que fuese considerado apto para el servicio militar activo, pues quería evitar por todos los medios ser enviado al frente occidental. Para ello se refugiaba en su déficit visual, pero este podía ser corregido fácilmente con unas lentes y habilitarle para el combate:

«I had to report to the doctor this morning and told him that the eye specialist had prescribed spectacles for me and had said that I should probably be transferred into Section B, but the doctor says that as soon as any man gets spectacles he is considered a fit man, provided he is physically fit, so I think the matter ends there»⁴¹⁰.

Ante estas noticias, Alvin reconoció las dificultades de evitar el servicio militar en el frente occidental, lo que le provocaba una mezcla de tristeza y resignación, pero también ira o descontento hacia el oficial médico que le había considerado apto para el combate:

«Am afraid nothing can be done regarding the classification B. I have tried to get it altered, but am told that it must remain - Army regulations and all that, and against that a poor full-blown private can say nothing. Yes the doctor is a young fellow - I am sure he is younger than me - seems to be fresh from college and never had a practice of his own; in any case he cannot have had much experience at his age and it seems rather a scandal

⁴¹⁰ Alvin Whiteley, carta a su familia, 21 febrero 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

that men should be sent from all parts of the world to Dover and that he should have all the say that he has»⁴¹¹.

Cabe destacar el ataque a la corta edad del médico encargado de las revisiones, lo que Alvin interpreta como una falta de experiencia e incapacidad para comprender la importancia que tienen sus decisiones en la vida de los demás⁴¹². Este discurso lo mantuvo durante toda su estancia en Gran Bretaña, durante la cual solicitó el traslado a unidades especializadas, lo que retrasaba su partida hacia el frente mientras solicitaba nuevas evaluaciones médicas con el objetivo de ser desestimado para el combate. Mientras, en la correspondencia con su familia alternaba cartas en las que se mostraba decidido a conseguir su objetivo con otras en las que parecía resignarse ante la incapacidad de cambiar su destino: «As I told you it is absolutely useless for an ordinary Tommy to try to kick against anything»⁴¹³.

A pesar del pesimismo de estas palabras, podríamos argumentar que Alvin fue capaz de mucho por evitar su destino en el frente occidental, pues prolongó su estancia en Gran Bretaña hasta junio de 1917 mientras se decidía su futuro en las revisiones médicas. Según la información contenida en su correspondencia, fueron las continuas solicitudes a ingresar en cuerpos especializados del ejército lo que retrasó su partida al frente occidental, pues hasta que estas no fuesen aceptadas o rechazadas Alvin debía permanecer a la espera en el campo de entrenamiento en el que estaba. Además, el éxito de su estrategia imbuía las cartas de un optimismo envidiable, dada la situación del soldado, pues confiaba en que la suerte le acompañaría incluso si finalmente era enviado al frente: «I sincerely hope I shall manage to get left behind. Even if I don't, I am confident that my good luck will follow me through, as it has done for the past twelve months now»⁴¹⁴.

⁴¹¹ Alvin Whiteley, carta a su familia, 27 febrero 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁴¹² Este argumento no es extraño para los que estamos en contacto con el mundo sanitario en la actualidad. Es habitual que pacientes de todas las edades cuestionen las capacidades de los profesionales sanitarios en base a su edad y no quieran ser atendidos por aquellos que *acaban de empezar a trabajar*.

⁴¹³ Alvin Whiteley, carta a su familia, 2 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁴¹⁴ Alvin Whiteley, carta a su familia, 1 junio 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 4 of 6*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4210_attachments_50160

Sin embargo, parece un poco inocente creer que solo la suerte había intervenido para que Whiteley no fuese enviado al frente occidental. A pesar de ser un soldado raso, la calidad de su escritura y la riqueza de vocabulario en sus cartas hace que estas se parezcan más a las de los oficiales de esta investigación que a las de los soldados de su mismo rango, por no hablar de su conocimiento del alemán que inferimos de que sea recomendado para realizar entrevistas a prisioneros alemanes y traducir documentos: «He [Brigadier General] has specially recommended me for the Intelligence Department and I hope I am successful in obtaining the job. I think the work will consist of interviewing German prisoners and translating documents»⁴¹⁵. Por lo tanto, aunque desconocemos el origen social de Alvin, podríamos argumentar que este había recibido una buena educación y probablemente había crecido en una familia acomodada. No sería atrevido concluir que su origen social, además de su experiencia militar en África, le hubiesen proporcionado contactos importantes en el ejército que le ayudaran, en la medida de lo posible, a retrasar su movilización al frente occidental recomendándole para formar parte de unidades especiales.

Por último, las quejas que había expresado hacia la labor de los médicos militares mientras le consideraban apto para el combate desaparecieron de su correspondencia a partir del 1 julio de 1917, fecha en la que transmitió las buenas noticias a su familia:

«the President read the eye-specialist's report and had evidently decided what to mark me, then he looked up and said had I no other trouble than my eyes, evidently thinking that I hadn't seen any service. For a thousandth part of a second I thought he was going to say A1, but I replied "Well, sir, I was invalided home from East Africa." That touched his heart immediately, and without even referring to the other members of the Board he said "Oh, in that case we will give you C1" I was absolutely thunderstruck, and almost feared he had made a mistake, but the details came through from the Orderly Room this morning "Lance Corporal Alvin Whiteley 41739, C1, unlikely to become fit." So everything is as right as rain. Now please all of you rest yourselves quite content about me, won't you please? Fancy getting C1 after being recommended for and expecting only B1! Alvin, old boy, your good luck is following you all right.

C1 puts me right outside the fighting categories, though a C1 man is likely to be sent to France with a Labour Battalion, but being a Lance Corporal I shouldn't have any labouring to do, but merely see that others did it. Most of the lance corporals of B1 & C1 go from here to Training Reserve Battalions training these young lads of eighteen who

⁴¹⁵ Alvin Whiteley, carta a su madre, 19 de marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

are being called up. I have got something better than that in view; with the help of the sergeant-major I am applying for a transfer to the Army Pay Corps. I should get 2/- a day there, and hope I shall be able to get it. Perhaps my luck will continue to stick with me. Let's hope so»⁴¹⁶.

Finalmente, un médico le había desestimado para el servicio activo, como explicó en la carta. Podemos argumentar que con las palabras que dirigió al médico sobre su experiencia militar en África manipuló la verdad de su servicio militar para que el médico se apiadase de su destino. Funcionó, Alvin no volvió a ser enviado a ningún frente, en su lugar fue destinado a la división de pagos del ejército, subsanando las molestias que habían generado en Alvin las sucesivas revisiones médicas en las que era considerado apto para el servicio militar activo.

4.2. Cartas desde el hospital

Entre los soldados que forman parte de nuestra investigación encontramos algunos en los que las historias que acompañan a su correspondencia se mencionan diferentes ingresos en hospitales a causa de heridas o enfermedades. Además, de otros soldados sabemos que dejaron el servicio activo antes de noviembre de 1918 y, aunque desconocemos el cómo y el cuándo sucedió, podríamos inferir que la causa fueron las heridas sufridas durante algún combate o el padecimiento de enfermedades. Sin embargo, solo 13 soldados escribieron cartas desde los hospitales en los que fueron atendidos, por lo que es posible que no se haya conservado la correspondencia que otros mantuvieron durante su ingreso. También podríamos defender que la familia decidiese no incluirla voluntariamente en la web por motivos personales, pues la correspondencia mantenida desde los hospitales proporciona una ventana a la intimidad de los soldados en un momento de debilidad y vulnerabilidad extrema. A ello debemos sumar que las cartas enviadas desde los hospitales del interior de Gran Bretaña no eran sometidas a la censura militar: «It is a treat to write a letter without the censor's shadow over one!»⁴¹⁷. Por lo tanto, los soldados podían expresarse con más libertad y, es plausible, que su situación motivase narraciones especialmente emotivas que la familia haya preferido mantener en secreto.

⁴¹⁶ Alvin Whiteley, carta a su familia, 1 julio 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 4 of 6*.

⁴¹⁷ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 23 agosto 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “a big dose of gas shells”.

También podemos argumentar que aquellos soldados que fallecieron a causa de las heridas sufridas en combate fuesen incapaces de escribir durante su estancia en el hospital debido a la gravedad de su estado y que este sea el motivo de la ausencia de este tipo de correspondencia. Por último, debemos considerar que no todas las heridas, lesiones o enfermedades aseguraban la evacuación del soldado, por lo que hemos identificado misivas escritas desde otras localizaciones en las que se hace referencia a diferentes heridas y dolencias. Estos hallazgos sustentan los argumentos aportados por otros historiadores que defienden que prácticamente todos los soldados de las unidades de combate sufrieron alguna herida, lesión o enfermedad a lo largo del conflicto (Bergen 2009, 209).

Por un lado, la elevada proporción de soldados que causaban baja por motivos de salud justificaría la admiración que despertaban los soldados que habían combatido en el frente durante largo tiempo sin tener que acudir a los servicios sanitarios. Harry Stanely Green escribió en 1916 sobre dos de los soldados con los que compartía pabellón en un hospital francés: «There are 2 men in here who were of the "1st hundred thousand", and both unscathed so far»⁴¹⁸. A medida que avanzaba el conflicto era menos probable que los combatientes consiguiesen mantenerse alejados de los hospitales durante todo su servicio militar, no solo por la mayor probabilidad de resultar herido cuanto más tiempo estuviesen en el frente, también por la introducción de nuevas armas y la creciente complejidad de las ofensivas. Por ello, salir indemne de una ofensiva era motivo de alegría, alivio y orgullo: «I am glad to say I came through the attak unharmed though I lost several of my boys»⁴¹⁹. En este caso destacamos la experiencia bélica del capitán Harold Ward, quien se enorgulleció de no haber sufrido herida alguna durante un año de servicio en el frente occidental:

«I am glad I have managed to stick it for a whole year and that out of that year I have spent more time with the Battalion than any other officer. Two short leaves to England were the only breaks unless one counts the four days I spent at the CCS with Trench

⁴¹⁸ Harry Stanley Green, carta a su mujer, 20 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Harry Stanley Green's letters and medals*.

⁴¹⁹ George Douglas Brush, carta a su familia, 20 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: George Douglas Brush*.

Fever. That's not too bad a record for an infantry officer in these times of stress and strain»⁴²⁰.

Exceptuando los dos periodos de permiso en Inglaterra y una evacuación a causa de la fiebre de trincheras, sirvió en el frente occidental ininterrumpidamente, algo extraordinario para un oficial de infantería. Sin embargo, Ward ya había expresado su intención de no correr riesgos innecesarios durante su servicio militar, pues tenía en mente en todo momento el deseo de regresar con su familia y retomar su vida: «No thanks I only take necessary risks but of course shells and such like have a nasty habit of dropping once now and again into really safe places»⁴²¹. La consecución de sus intenciones nos permite alabar el equilibrio y la templanza de Ward durante todo el conflicto, no solo porque evitase ponerse en peligro innecesariamente, también controló el estrés y el miedo derivado de la guerra moderna. Sin embargo, podríamos argumentar que su posición de mando le permitía que otros se expusiesen a los riesgos que él evitaba, aunque esta conducta no parece muy coherente con la complicitad que demostró con sus subordinados inmediatos y la preocupación por los hombres de su unidad a lo largo de toda la correspondencia.

Por otro lado, el hecho de que no todas las heridas provocasen la evacuación del soldado nos permite plantear que la decisión del médico, además de en términos de gravedad, podría basarse en otros juicios ajenos a la naturaleza de la herida o enfermedad que presentaba el soldado. Podemos citar como ejemplos los juicios de valor relacionados con el origen social de los soldados que determinaban qué tipo de diagnóstico recibirían los combatientes con síntomas psicológicos (Bergen 2009, 301) y la carta de Alvin Whiteley del 1 de julio de 1917⁴²² en la que parece que su desestimación para el combate estuvo basada en su experiencia bélica previa en el África Occidental alemana más que en el déficit visual que podía corregirse con lentes.

Además, en la correspondencia analizada identificamos combatientes que se enorgullecían de seguir combatiendo a pesar de las heridas y problemas físicos que padecían, mientras que otros aprovechaban una mínima dolencia para pedir la evacuación

⁴²⁰ Harold Ward, carta a su mujer, 21 febrero 1918. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁴²¹ Harold Ward, carta a su mujer, 4 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁴²² Alvin Whiteley, carta a su familia, 1 julio 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 4 of 6*.

del frente, por lo que la actitud del soldado con respecto a la herida, lesión o enfermedad determinaba que este acudiese a los servicios sanitarios o no.

Podríamos argumentar que los soldados del ejército profesional y los oficiales fueron los que aceptaban y tenían interiorizada la necesidad de resistir ante las dificultades que podían surgir durante su experiencia bélica: pequeñas heridas, lesiones y enfermedades propias de la vida en las trincheras sobre las que hemos reflexionado en capítulos anteriores.

Al tiempo, era labor de los oficiales transmitir esa resistencia a los nuevos reclutas, pues, aunque las condiciones físicas de los soldados se ponían a prueba desde el entrenamiento, era en las trincheras donde los soldados llevaban su cuerpo al límite. En estas se enfrentaban a gran cantidad de dolencias físicas como el pie de trinchera, las derivadas de la falta de higiene o las enfermedades transmitidas por los insectos y roedores que poblaban las trincheras. Por ello, identificamos en la correspondencia de Stanley Clark y de Harold Ward fragmentos en los que expresaron la necesidad de que los jóvenes soldados se fortaleciesen física y mentalmente para soportar las experiencias de la guerra: «the weak ones go sick after a couple of weeks and are sent home, the rest stay on»⁴²³, y: «we are all getting hardened warriors now and the fellows who were not physically strong enough for the job are most of them back in England»⁴²⁴. De lo contrario, era mejor que abandonasen el ejército y regresasen a sus hogares.

Argumentábamos en capítulos anteriores que los soldados imitaban la actitud de sus oficiales al mando, por lo que el estímulo del ambiente de fortaleza y resistencia física y mental provocaba que los soldados de menor graduación restasen importancia a las experiencias de la vida en las trincheras y a las heridas provocadas por el armamento moderno. Por ejemplo, Thomas Noonan dedicó la mayor parte del espacio de su misiva a narrar sus experiencias durante el desembarco en la península de Galípoli, deteniéndose a describir cómo había herido, matado o capturado a los soldados del Imperio turco, pero no escribió nada sobre la forma en que fue alcanzado:

«I didn't see much more of the fighting and was wounded early on Wednesday morning and had to walk the dressing station to get attended to at noon on Wednesday we

⁴²³ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁴²⁴ Harold Ward, carta a su mujer, 4 mayo 1917 *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

embarked on SS Derfflinger, a fine ship captured from the Germans and sailed on Thursday morning April 29th for Alexandria with a load of wounded men»⁴²⁵.

Podríamos argumentar que era una lesión leve, pues pudo ir andando hasta la *Advanced Dressing Station* correspondiente, aunque esto también podía significar la falta de camilleros disponibles para el elevado número de bajas. Sin embargo, independientemente de si esta era leve o grave, no escribió nada respecto a la naturaleza de su herida, demostrando la resistencia física que debían tener los soldados según el discurso del ejército. También podemos identificar este discurso de resistencia física ante las heridas provocadas por el armamento moderno en la carta del sargento Albert Hastings, quien transmitió una tranquilidad extrema a pesar de sufrir una fractura craneal:

«I am not allowed to get out of bed yet, tried the other night and fell down in a fit serves me right for disobeying orders. I have the piece of shell which fractured my skull and shall look after it for a souvenir. The doctors say I was very lucky not to have been put right out. It was a heavy piece (British) would not have been wounded by anything less»⁴²⁶.

De hecho, vemos cómo el deseo de demostrar su resistencia le lleva a incumplir los consejos del médico, pudiendo agravar su estado de salud considerablemente. Quizás podemos relacionar esta falta de consideración respecto a las heridas con una excesiva confianza en la resistencia del cuerpo humano, pero también con cierta prepotencia que hemos identificado en las cartas que enviaba Arthur Ramsay Stanley Clarke durante los primeros meses en el frente occidental, cuando él y sus hombres bromeaban sobre los efectos del bombardeo de artillería⁴²⁷.

Fiona Reid (Reid 2017, 116) argumenta que cuando los soldados eran alcanzados por un proyectil enemigo era habitual que adoptasen el discurso de resistencia propio de los oficiales del ejército al tiempo que se atribuían el mérito de la herida utilizando expresiones como «I stopped a bullet». Sin embargo, sería reduccionista afirmar que

⁴²⁵ Thomas Noonan, carta a su familia, 4 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli.*

⁴²⁶ William Albert Hastings, carta a un amigo, 4 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Injury: “fractured my skull”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/injury-fractured-skull/>

⁴²⁷ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 5 diciembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres.*

todos los oficiales eran soldados que resistían estoicamente las heridas y enfermedades que acompañaron sus experiencias bélicas.

Frente a estos soldados que se mostraron decididos a recuperarse de sus heridas para regresar al frente lo antes posible, encontramos otros que se dieron cuenta que su evacuación al hospital podía significar el fin de la guerra para ellos:

«It is rotten being out of the show, not that I wanted the war to last long, far from it, but while it was on I liked to have a finger in the pie, but it is no good grumbling and the best thing to do is to hope it will soon be over so that I can soon be home with you both again⁴²⁸».

Ante esta posibilidad, hubo algunos soldados, como el autor del fragmento anterior, que lamentaban no poder estar en el frente junto a sus compañeros, lo que da muestra de lo estrechos que podían llegar a ser los lazos establecidos entre los soldados de una misma unidad y la importancia del grupo para resistir las experiencias del conflicto. Al tiempo, la necesidad de regresar al frente para no abandonar a sus compañeros se oponía al deseo de regresar a su hogar lo antes posible, por lo que solo cabía esperar que el conflicto durase lo menos posible para que todos, él y sus compañeros, pudiesen regresar a Gran Bretaña.

Otros soldados que escribían desde el hospital no expresaron este debate entre el deber de regresar al frente para combatir junto a sus compañeros y el deseo de finalizar su servicio militar y volver a sus hogares. Podemos argumentar que no lo expresaron porque en su escala de valores uno de los dos deseos tenía mayor peso que el otro, por lo que no tenían dudas respecto a lo que querían. De hecho, algunos estaban decididos a regresar al frente y, aunque deseaban que sus compañeros hubiesen *aplastado* a sus enemigos, querían formar parte del éxito británico, como el cabo Ernest John: «I expect to be here about a fortnight to three weeks before I go back. I am hoping the boys will be across before that, and the Turkish army cut in two»⁴²⁹.

Por el contrario, la mayor parte de los soldados que escribieron desde el hospital se decantaban por el deseo de abandonar el frente y regresar a sus hogares. Destacamos las palabras de Albert al afirmar que los soldados que desean volver al frente estaban

⁴²⁸ Charles Douglas Mayo, carta a su padre, 22 octubre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Injury: “arrived here with only one boot”.

⁴²⁹ Ernest John Cowles, carta a un amigo, 29 septiembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “caught dysentery”.

mintiendo: «Well old chap, I am glad I am wounded to get out of that hell, and if you ever meet a chap that says he wants to go back call him a liar»⁴³⁰. Aunque el resto de los soldados no fuesen tan contundentes en sus cartas respecto a la posibilidad de regresar al frente, se mostraron aliviados y contentos de haber ingresado en un hospital, pues era mejor que permanecer en las trincheras francesas: «So I have to take life quietly, which is no hardship I can assure you after France. I am on an ordinary diet, and taking medicine»⁴³¹.

Además, a pesar de que la estancia en los hospitales podía llegar a ser monótona y aburrida comparada con el aluvión de estímulos y emociones propios de la vida militar, los soldados preferían permanecer alejados del frente: «I am still a patient in hospital, and although at times the life is monotonous in this quiet place, it is preferable to France so I won't grumble»⁴³². De hecho, se alegraban más cuanto más se acercaban a Gran Bretaña: «I was four days in Malta and then was sent on here to London. I need not tell you how glad I was to be coming so near home. I am alright now but weak, the doctors reckon that some of the fumes is still in my inside»⁴³³.

Cabría pensar que los soldados destinados en el frente occidental fuesen los que *más* deseaban abandonar el frente por las características de la guerra de trincheras y elevado porcentaje de soldados heridos, desaparecidos y muertos durante la guerra en ese destino. Sin embargo, encontramos muestras de este deseo en la correspondencia de soldados destinados en otros frentes bélicos. Para el caso de la batalla de Galípoli, además del soldado John Hannigan contamos con la correspondencia de Thomas Noonan, herido apenas una semana después del desembarco de las tropas en la península. En la primera carta que envió desde el hospital escribió: «I am feeling in the best of form and expect to be back in the firing line very soon [...] I am afraid that when I get back again to the firing line I will be wish to get wounded again»⁴³⁴. Aunque es factible que esta fuese una forma

⁴³⁰ Albert Edwin Ripington, carta a un amigo, sin fecha. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Injury: “I look a pretty picture”.

⁴³¹ Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 23 agosto 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Trenches: “a big dose of gas shells”.

⁴³² Richard Charles Stanley Frost, carta a un amigo, 23 noviembre 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Hospital: “preferable to France”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1916-18/hospital-preferable-france/>

⁴³³ John Hannigan, carta a su hermana, 14 septiembre 1915. *Europeana 1914-1918: From Ireland to Australia to Gallipoli: John Hannigan*.

⁴³⁴ Thomas Noonan, carta a su familia, 4 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*.

de alabar los cuidados y la atención recibida en el hospital en comparación con la situación en el frente, creemos más plausible que el presentimiento de *querer volver a ser herido* cuando regresase al frente podría estar relacionado con las historias que contaban los soldados heridos que llegaban al hospital de El Cairo los días siguientes al ingreso de Thomas.

Este deseo de querer ser herido para abandonar el frente no fue exclusivo de Thomas, de hecho, hemos dedicado un apartado específico al *deseo de escapar* por la presencia de expresiones que indican este sentimiento en la correspondencia de varios soldados. Sin embargo, el segundo teniente A.H.L. fue el único que expresó en repetidas ocasiones el deseo de enfermar o de recibir una herida por la que tuviesen que evacuarle. La primera vez sólo un mes después de llegar a Francia: «This gives you some slight idea of the minor thrills we enjoy here. Give me old Blighty (Eng) and peace and quiet and I shall be perfectly happy»⁴³⁵. Podemos relacionar el deseo de resultar herido durante los primeros meses del conflicto con la falta de experiencia previa del soldado, de manera que una vez que se hubiese acostumbrado e insensibilizado frente algunas experiencias de la guerra de trincheras ese deseo perdiese fuerza. Sin embargo, a lo largo de la correspondencia con su madre repite reiteradamente su deseo de escapar del frente y celebró su evacuación a causa de una lesión en la rodilla con las siguientes palabras: «I am in Blighty, thank God!»⁴³⁶. No obstante, aunque deseara permanecer en el hospital el mayor tiempo posible recuperándose de su lesión, tarde o temprano regresaría al frente, pues el motivo de su evacuación no le inhabilitaba para volver al servicio activo en el futuro. Quizás por este motivo en las cartas que envió a su vuelta a las trincheras ya no deseaba una herida leve que le apartase del frente durante un tiempo, deseaba *algo* que le permitiese abandonar el servicio activo definitivamente para escapar del peligro de muerte inminente que le acechaba:

«I only wish I could get something substantial like appendicitis because I want so badly to be back home with you again. But I always keep so bally fit out here! I wonder whether I shall ever get back to go and claim my M.C. from the King at Buckingham. Suppose it

⁴³⁵ A.H.L., carta a su madre, 15 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁴³⁶ A.H.L., carta a su madre, 8 noviembre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

would be just my luck to go and get knocked out and instead of getting a Military Cross getting a wooden cross instead!».⁴³⁷

En esta ocasión deseó padecer una apendicitis en una época y contexto en el que las operaciones abdominales se realizaban en unas condiciones precarias y el riesgo de infección y muerte era muy alto. Esta misiva muestra la desesperación que podían llegar a experimentar los soldados de la Primera Guerra Mundial y que podía llevar su mente a un nivel de estrés tal que fuesen capaces de hacer *cualquier cosa* para escapar del frente.

Por último, ante la evacuación del frente de un soldado a causa de herida, lesión o enfermedad, era habitual que los compañeros se mostraran apenados por la pérdida y deseasen la pronta recuperación del herido. Sin embargo, para aquellos cuya relación había trascendido el compañerismo, la falta de un amigo podía tener un impacto importante en la vida del soldado que permanecía en la trinchera, pero también se alegran de que su amigo este a salvo lejos del frente. Por ello, aunque Norman Laughland se sentía desafortunado por haber sido separado de Harry Stanley Green, también siente la alegría de este y de su familia por ver al soldado alejado del frente durante un tiempo: «I hope Scarborough is unscathed and that your wife is well. Give her my warmest regards next time you write. She'll be saying "well thank goodness my boy is safe for some weeks anyhow"»⁴³⁸.

Por el contrario, otros combatientes expresaron emociones opuestas ante situaciones similares, pues consideraban que el soldado había aprovechado una mínima herida, lesión o enfermedad para iniciar la ruta de evacuación del frente. En la correspondencia analizada no hemos encontrado semejantes acusaciones, pero Peter Englund (2011, 591) recoge las siguientes palabras anotadas en el diario de René Arnaud el 3 de junio de 1918:

«El comandante que antes estaba al mando resultó herido. Un enlace le cuenta: “A ese maldito montón de mierda se le clavó un trocito de metralla en la mano y le ha faltado tiempo para largarse. El muy cabrón, esa herida no habría impedido ni que mi hijo fuera al colegio”».

⁴³⁷ A.H.L., carta a su madre, 17 marzo 1917. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁴³⁸ Norman A. Laughland, carta a Harry Stanley Green, 11 agosto 1916. Europea 1914-1918: *Harry Stanley Green's letters and medals*.

PARTE III
HUELLAS DEL CONFLICTO EMOCIONAL

1. Sobre la esperanza de los combatientes

«We all think out here that the war will not last much longer»⁴³⁹,
Arthur Ramsay Stanley-Clarke, 14 noviembre 1914.

En la introducción hemos destacado la presencia de expresiones emocionales de esperanza en la correspondencia de prácticamente la totalidad de los soldados que forman parte de esta investigación y la variabilidad de las experiencias que estimulaban las expresiones de esperanza por parte de los combatientes como el deseo de *matar a los alemanes por cientos*: «I shall write you again before then I hope we get them well on the move this time and get them on the run and kill them by hundreds»⁴⁴⁰. Sin embargo, el deseo de que el final del conflicto estuviese cerca para poder regresar a sus hogares fue la expresión de esperanza más habitual en la correspondencia: «Dear Mag I do not think this is going to last ver long, I hope not»⁴⁴¹ y «We are all very optimistic about an early finish to the war»⁴⁴², por citar algunos ejemplos. Como podemos inferir de estos fragmentos junto al de Stanley-Clarke con el que iniciamos el capítulo, el deseo de que el final del conflicto estuviese próximo era una emoción compartida por todos los soldados independientemente de la experiencia bélica previa, la confianza infundida por el entrenamiento militar o los deseos de luchar y derrotar al enemigo. Muestra de ello es que hemos identificado este deseo en la correspondencia de soldados con visiones distintas de la guerra y en diferentes momentos de su experiencia bélica.

Cabe destacar que la esperanza de un conflicto corto expresada en las cartas enviadas por los soldados de la BEF fue acompañada de una confianza excesiva en las capacidades del ejército británico para derrotar a los alemanes, por lo que los soldados albergaban dudas de las noticias que llegaban al frente sobre las derrotas británicas, aunque estas fuesen ciertas:

«We have the most awful rumours here of a naval disasters that Yarmouth has been bombarded, that four Cruisers have been sunk and that two Troopers were also sunk with

⁴³⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 14 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁴⁴⁰ John Duesbery, carta a su madre, 31 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: John Duesbery (Sherwood Foresters) killed on Somme*.

⁴⁴¹ George O'Leary, carta a su mujer, 1914. *Europeana 1914-1918: My grandfather, George O'Leary, killed in action in France, October 1914*.

⁴⁴² Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 10 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

four thousand men. We do not however put much confidence in these stories as friend German likes sending stories through our lines»⁴⁴³.

Podríamos relacionar esta desconfianza con la prepotencia demostrada en la correspondencia de algunos soldados del ejército profesional británico que no fueron conscientes de la magnitud del conflicto al que se dirigían. De hecho, algunos transmitieron en sus cartas la seguridad de quien cree que el único resultado posible es la victoria. Es cierto que el Imperio británico contaba por victorias los enfrentamientos librados en las décadas anteriores en territorios coloniales, pero esta vez se dirigía a una guerra en la que el bando contrario disponía de un ejército mucho más numeroso y con igual o superior tecnología militar. Sin embargo, los soldados enviados al continente en los albores del conflicto expresaron una y otra vez la esperanza y la certeza de regresar a Gran Bretaña antes de Navidades. Incluso una vez que se hizo evidente que era imposible ganar la guerra antes de la llegada del año 1915, los combatientes continuaron manifestando la esperanza de vencer al ejército alemán y poner fin a la guerra en pocos meses:

«We are all prophesing the end of the war soon but again it seems almost too good dream of much before March, as we must absolutely crush the enemy otherwise our work would have to be done again. I wish the Germans would realize quickly that they were beaten or that they were going to be as it would finish the war and we could get back Christmas»⁴⁴⁴.

Stanley-Clarke a mediados de noviembre fue consciente de lo difícil de vencer al ejército alemán en tan corto espacio de tiempo, pero no por ello dejó de creer en que la victoria del bando aliado estaba cerca, retrasando el fin de la guerra a marzo de 1915. Muestra de la confianza inquebrantable de este oficial era su creencia en que el “Ejército de Kitchener” nunca llegaría a entrar en combate: «I don't believe that Kitchener's army will ever see service»⁴⁴⁵ y «I was very much surprised to know that Joe had enlisted, but I don't think he will ever get out here»⁴⁴⁶. Por un lado, podemos inferir que seguían

⁴⁴³ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 12 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁴⁴⁴ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 18 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁴⁴⁵ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 14 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁴⁴⁶ George Barnes, carta a su familia, 23 marzo 1915. *Europeana 1914-1918: George Barnes*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3149

confiando en obtener la victoria en un corto periodo de tiempo, aunque su experiencia durante los primeros meses en el frente occidental indicase todo lo contrario. Por otro lado, esta confianza en el futuro a pesar de los fracasos iniciales es precisamente una de las características definitorias de la esperanza según el Diccionario de Psicología de Galimberti, donde se define este término como la «confianza en el futuro, incluso después de fracasos o expectativas vanas, que desde el punto de vista psicológico funciona como defensa ante las consecuencias patológicas de las frustraciones» (Galimberti 2002, 431).

No obstante, estos fragmentos no son los únicos en los que los soldados transmitieron la esperanza de que el conflicto fuese corto. Al igual que sucedió con la expresión de otras emociones, la confianza en el futuro estuvo detrás de otros fragmentos en los que los combatientes expresaron el deseo de volver a ver a su familia y retomar la vida que habían dejado en Gran Bretaña lo antes posible. Caso de los soldados Ernest William: «it would be grand if peace was declared, so that I could come home to you all but lets hope it will soon come»⁴⁴⁷, o Thomas Saxby: «Keep a good heart, and soon I pray we shall meet again, in dear old "Blighty", having a Sunday afternoon tea together, as in the days of old»⁴⁴⁸. Mientras que otros soldados dedicaron sus expresiones de esperanza a sobrevivir a los combates y regresar, lo que parecía más plausible cuando los soldados no eran destinados al frente occidental:

«Please don't worry at all about me; I am quite confident that everything will be all right and that I shall come back safely in the end. I am quite resigned to whatever comes my way and am thankful that we are not going to France. If we look after ourselves we shall be quite all right and you can depend upon it that I shall do that»⁴⁴⁹.

Este era un sentimiento que solía aparecer en las cartas que los soldados enviaban a amigos que también estaban combatiendo en algún frente y en la correspondencia que mantenían con antiguos compañeros de unidad. Por ejemplo, Fred Tackaberry deseó a sus compañeros que salieran indemnes de la próxima ofensiva desde el hospital al que

⁴⁴⁷ Ernest William Green, carta a su hermana, no fechada. Europeana 1914-1918: *Gone but never forgotten*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4204

⁴⁴⁸ Thomas Saxby Rudder, carta a su hermano, no fechada. Europeana 1914-1918: *Great Uncle Tom*.

⁴⁴⁹ Alvin Whiteley, carta a su familia, 13 julio 1916. Europeana 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

había sido trasladado: «I trust you and all the boys are still going alright and if you are in this present offensive that you will all come through alright»⁴⁵⁰.

Afortunadamente, la correspondencia de algunos soldados abarca toda su experiencia bélica, lo que nos permite concluir que este tipo de mensajes de esperanza en que la guerra acabase lo antes posible se mantuvieron prácticamente inalterados desde el inicio hasta el final de la guerra. Por ello, hemos identificado misivas escritas a lo largo de todo el conflicto que transmitieron el mismo entusiasmo y confianza en que el final estuviese próximo, caso del soldado J.C. que combatió desde 1915 hasta que fue desmovilizado después del final de la guerra:

«Next year will see the end of the war then things will soon improve ... We must keep on smiling; all is in order; the sun is beginning to shine and when this stunt is over (as the Yanks say) I have not the least doubt that the Old Firm will once again enjoy the bustle and prosperity of pre-war days»⁴⁵¹.

Este sentimiento tampoco fue exclusivo de los soldados destinados en el frente occidental, otros como Alvin Whiteley también confiaron, este en 1916, en que la batalla a la que se dirigía se solucionaría en pocos meses, aunque reconocía que el escenario principal era el frente occidental: «We cannot form any idea of how long the affair out here will last, but the idea in the south was that a few months will see the end of it - still the essential thing is how long will the European struggle go on?»⁴⁵². Pero a pesar de que en muchos momentos de la guerra el final parecía lejano, los combatientes se esforzaron en transmitir la esperanza de regresar a sus hogares lo antes posible y disfrutar del final de la guerra junto a sus familias.

No obstante, hubo experiencias sobre las que hemos reflexionado en los capítulos anteriores que provocaban que las expresiones de esperanza perdiesen presencia en las cartas de los combatientes, caso del fracaso de las ofensivas o la muerte de los compañeros: «We had a good few casualties - a section of my own Platoon was wiped out

⁴⁵⁰ Fred Tackaberry, carta a un amigo, 22 marzo 1918. *Europeana 1914-1918: Correspondence and photographs of Fred Tackaberry, Royal Irish Fusiliers.*

⁴⁵¹ J.C., fragmento de carta, 1918. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918.*

⁴⁵² Alvin Whiteley, carta a su familia, 18 agosto 1916. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6.*

with a single shell - pure bad luck of course as it dropped right into the trench (such as it was) where they happened to be sitting at the moment»⁴⁵³.

Resulta lógico que tras estos eventos la confianza en el futuro se viese cuestionada por el dolor y la tristeza provocados por el fallecimiento de los compañeros, pero también porque la muerte hacía comprender al resto de combatientes que las posibilidades de no regresar nunca a sus hogares eran elevadas y reales. Esta situación generaba cierto nivel de preocupación a cualquier soldado, pero algunos no fueron capaces de superar determinadas experiencias del conflicto, desarrollando síntomas psicológicos derivados de la preocupación y el miedo a fallecer en combate. Otros artistas que combatieron en las trincheras dejaron plasmadas la constante presencia de la muerte en el frente en sus obras, caso de Percy Delf Smith (Figura 32).



Figura 32. Percy Delf Smith. 1919. The Dance of Death – Death Waits. IWM ART 16640 (1).

Sin embargo, la mayor parte de los soldados consiguió sobreponerse a estas experiencias e insensibilizarse ante otras. No es que dejaran de sentir tristeza ante la muerte de sus compañeros, pero aprendían a refugiarse en otras emociones para resistir psicológicamente las experiencias de la guerra. Uno de los refugios emocionales era la esperanza y el deseo de que el final de la guerra estuviese próximo para poder regresar a Gran Bretaña.

⁴⁵³ Patrick Alphonsus Hanratty, carta a su hermano, 9 agosto 1917. Europeana 1914-1918. *One Man's Messines*.

También debemos considerar que, igual que hubo políticos y pensadores en los albores del conflicto que intuían que la guerra en la que se había sumido Europa sería larga y costosa para los países beligerantes, el sentimiento de esperanza de un conflicto corto no fue común a todos los soldados de nuestra investigación. En este aspecto vuelve a destacar la correspondencia de Harold Ward quien, sin ser excesivamente pesimista en sus cartas, fue consciente en determinados momentos de que no había señales de que el conflicto fuese a finalizar en pocos meses:

«Blanchard may have said that the "end is near" but he knows much less than I do and I cannot find one single known fact that supports the statement. [...]

Can anyone believe that Germany will offer peace on terms acceptable to the majority, she has still a huge fighting machine, she holds huge tracts of allied countries and although she has completely failed in her objective her army is still a long way from the Rhine. [...]

I have heard much talk about the end of the war but the arguments are not convincing as they are often the same as we heard in the first few weeks of the war. All my men write home and say "it will soon be over" even if they have not seen or heard any news for weeks. Being out here those people may look upon them as good judges although they know less of the front than they would do were they at home»⁴⁵⁴.

Aunque plantea la posibilidad de que una gran ofensiva común y coordinada de los países aliados pudiese hacer avanzar la guerra en el sentido deseado, tenía claro que el ejército alemán estaba lejos de ser derrotado. Siendo consciente de esto, no comprendía que sus hombres escribiesen en sus cartas que el conflicto acabaría pronto, pues nadie en la unidad tenía información que apoyase esa idea. Podemos relacionar la sinceridad de las palabras del capitán Ward con su mujer con la intención de no despertar en ella ni en el resto de su familia la esperanza estéril de que regresaría pronto a Gran Bretaña. También debemos considerar que tanto Ward como su esposa disfrutaban de una posición social privilegiada en Gran Bretaña y, por tanto, ambos estaban mejor informados que los soldados de menor rango que pertenecían a las clases sociales más desfavorecidas. Por lo tanto, podemos argumentar que el matrimonio disponía de más información sobre el devenir del conflicto y carecía de sentido que el combatiente escribiese que el final de la guerra estaba próximo, pues ambos sabían que no era cierto.

⁴⁵⁴ Harold Ward, carta a su mujer, 22 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

Esto no significa que Harold Ward no confiase en la victoria aliada sobre Alemania, de hecho, en varias ocasiones a lo largo de toda la correspondencia expresó su firme convencimiento de que Gran Bretaña conseguiría derrotar al ejército germano. De todos los fragmentos escritos por el capitán con este objetivo destacamos uno que escribió tras la retirada del ejército británico en la ofensiva de Cambrai a causa del contraataque de los alemanes. En aquel episodio los británicos sufrieron numerosas bajas y hubo quien responsabilizó al papel de la infantería en el conflicto. Como argumentábamos en capítulos anteriores, Harold Ward fue un firme defensor de la importancia de la infantería en las ofensivas modernas y reivindicó el protagonismo que otros pretendían depositar en los cañones de artillería y el armamento moderno:

«Some country may cost us dearer than the Boche but we cannot expect to win every game we play. When the end comes and our joy bells really ring out for victory - when the costs and losses are really counted I think all balances will be on our side - in spite of our losses when we had to stop the advance of the enemy with men and rifles as the materials of war (shells and c) were not available»⁴⁵⁵.

Sin embargo, en este fragmento reprodujo el discurso del alto mando militar y los políticos británicos que veían la Primera Guerra Mundial como una gran batalla de desgaste en la que el país que soportase mejor las pérdidas humanas saldría victorioso. Según este argumento era lógico que el ejército británico sufriese amargas derrotas sin esto significar que el final de la guerra sería otro que la victoria británica.

Por último, aunque los soldados de nuestra investigación mantuvieron un mayor o menor nivel de esperanza a lo largo de toda su experiencia bélica, podríamos reflexionar sobre el efecto que tuvo la acumulación de experiencias traumáticas en la psique de los soldados. Por un lado, en capítulos anteriores hemos analizado lo importante que era encontrar apoyo entre los pares de la unidad, uno de los motivos por los cuales el ejército británico organizaba sus unidades con hombres procedentes de las mismas localidades. Por lo tanto, podemos inferir que aquellos que quedaban apartados de su unidad, o cuyos compañeros habían causado baja y se veían en una unidad distinta rodeados de nuevos compañeros entre los que no encajaban, no tuviesen el apoyo del grupo para soportar las experiencias traumáticas de la guerra.

⁴⁵⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 16 diciembre 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

En consecuencia, la falta de una red de apoyo de compañeros podría tener efectos devastadores en la psique de los soldados, quienes podrían centrarse en emociones y pensamientos como la desesperanza si no disponían de la habilidad suficiente para encontrar otras motivaciones que les ayudasen a soportar el curso de la guerra. Es plausible que algunos de estos combatientes, además, no tuviesen una red de apoyo familiar con la que pudiesen comunicarse, o que habitasen en algún territorio colonial muy alejado del combatiente, con el consecuente retraso en el intercambio de misivas. En estos casos, el escenario en el que estaba inmerso un soldado era de una crueldad y desesperación tal que el deseo de escapar del frente podría hacerse insoportable.

Este no fue el caso de ninguno de los soldados que forman parte de esta investigación, pues al menos tenían familiares o seres queridos con los que se comunicaban por carta. Sin embargo, podemos plantear que cuando los soldados perdían la esperanza en regresar a sus hogares y el convencimiento de que iban a fallecer se apoderaba de sus mentes, estos comenzarían a adoptar conductas de riesgo, a dejar de preocuparse por su salud física y, oculto bajo una apariencia de valentía, llevar a cabo acciones temerarias que podrían provocar su muerte. De hecho, parece lógico que, dado el sufrimiento físico y mental al que estaban sometidos, algún soldado decidiese *adelantar* su suerte en el conflicto y suicidarse. Aunque teóricamente podamos relacionar este tipo de conductas con la pérdida de la esperanza de los soldados, en el siguiente capítulo consideraremos las dificultades de estudiar los actos temerarios de los combatientes, las heridas autoinfligidas y los suicidios.

1.1. La religión como refugio

«I will be home soon with the help of God»⁴⁵⁶,
John Graham, 10 agosto 1917.

Además de la red de apoyo formada por los compañeros, que evitaba que los soldados se perdiesen en la espiral de miedo y desesperanza descrita en los párrafos anteriores, había otras instituciones que representaban un refugio emocional y espiritual para los combatientes, caso de la religión. Es cierto que en el ejército británico combatieron soldados con orígenes y creencias religiosas distintas y, aunque los

⁴⁵⁶ John Graham, carta a su mujer, 10 agosto 1917. *Europeana 1914-1918: John Graham's letter to his wife*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17593_attachments_197327

protagonistas de nuestra investigación representen un grupo más o menos homogéneo en cuanto a su origen, no tenemos información sobre las creencias religiosas de cada uno de ellos. Sin embargo, lo relevante para nuestra investigación es que algunos soldados se refugiaron en sus creencias y en la protección que les brindaba Dios ante las experiencias de la guerra, independientemente de la religión que practicasen y las diferencias de su doctrina. Además, otros historiadores como Watson (2008, 97) relacionan la protección que brindaba la religión ante las experiencias de la guerra con la protección que podía brindar la suerte o el destino para los soldados ateos.

Durante el siglo XIX y principios del siglo XX la religión era una parte importante de la educación moral y la vida diaria de la sociedad británica (Bourke 2005, 49). Muestra de ello era la presencia de capillas y sacerdotes en prácticamente cualquier localización que ocupasen las tropas británicas durante el conflicto, como podemos inferir de las siguientes misivas:

«Just a few lines to let you know that I received your welcome letter Sunday morning quite safe and I had one from Dan Mc. So well dear mother, France is a grand place and we have a lovely church close to the camp and mass is at half past nine on Sunday morning and Benediction every day at half past six. We have an Irish priest»⁴⁵⁷, y
 «Oh yes we have a Catholic Chaplain in this battalion, which is a great thing, we have confessions, and Mass and Benediction. etc etc and always before going into danger we have general absolution and Holy Communion no matter at what time of the day»⁴⁵⁸.

Que el ejército británico atendiese a las necesidades religiosas y espirituales de los combatientes nos indica cuan importante era para los soldados estar preparados moralmente para morir en combate. Sin embargo, podemos argumentar que esta era una necesidad atribuida a los soldados de menor rango que formaban parte de las clases más desfavorecidas de la población. Recordemos que estos eran los culpables de la degeneración de la sociedad, pues se dejaban llevar por sus pasiones y los vicios propios de la vida en la ciudad como el alcoholismo o la prostitución (Huertas 1987, 34).

Como describió Peter McGrane en la última carta transcrita, los soldados recibían la absolución antes de entrar en combate con el objetivo de evitar el infierno en un eventual encuentro con Dios tras su muerte. Según recoge Joanna Bourke (2005, 46), el

⁴⁵⁷ William Cotter, carta a su madre, 16 septiembre 1918. *Europeana 1914-1918: Letters from France from Private William Cotter (Royal Dublin Fusiliers)*

⁴⁵⁸ Peter “Leo” McGrane, carta a su hermano, 13 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Irish letters from the front: the McGrane brothers in the First World War.*

infierno fue una idea que se desarrolló en una época en la que la sociedad era violenta, intolerante y sanguinaria, de manera que la violencia del infierno armonizaba con la de la sociedad y servía para disciplinar a los hombres que se dejaban guiar por sus instintos más bajos. Sin embargo, durante la guerra los soldados debían abrazar sus instintos animales para ser capaces de luchar ferozmente contra los alemanes, dejando de lado los valores y códigos de conducta de la civilización de principios del siglo XX. Por lo tanto, podemos argumentar que algunos soldados no encontraban justificación alguna de los actos que estaban protagonizando durante las batallas y se refugiaban en su fé y la bondad de Dios para salir indemnes de la guerra:

«And I miss my little home and family, but I am hoping with a bit of luck and the help of God, which I am confident of, to return to England and live in peace for the rest of my life»⁴⁵⁹, y

«Love again to all and tell Dad not to worry God watched over me here as in England and as anywhere and he acts always for the best, under His care I am in no more danger here than in Wimborne and it is this thought alone which prevent me from being a coward and running at times»⁴⁶⁰.

Considerando la importancia de la religión a principios del siglo XX cabría esperar que una gran mayoría de los soldados protagonistas de nuestra investigación escribiese en algún momento expresiones similares a las que acabamos de reproducir. Sin embargo, la palabra *God*, o similares, solo aparece en la correspondencia de 16 soldados, lo que representa un 13% del total. Estadísticas similares se han obtenido en otras investigaciones que incluían documentación británica y alemana, concluyendo que los sentimientos religiosos fueron más importantes en el ejército germano que en el británico para soportar las experiencias de la guerra (Watson 2008, 93).

No obstante, el hecho de que los soldados británicos no encomendasen su futuro en el conflicto a Dios no indica necesariamente que no fuesen creyentes. Podemos argumentar que algunos soldados no depositaron su futuro en la suerte dictada por Dios porque confiaban en las capacidades del ejército, y las propias, para vencer a los alemanes y regresar a casa por sus propios méritos, sin necesidad de intervención divina alguna. Además, recordemos que una de las estrategias del aparato propagandístico aliado era

⁴⁵⁹ J.C., fragmento de carta, 1 octubre 1915. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁴⁶⁰ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 30 noviembre 1914. Europea 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

presentar a los soldados alemanes como monstruos capaces de cometer los crímenes más atroces imaginables, por lo que otros soldados no se cuestionarían la protección de Dios al ejército británico, pues este representaba al Bien en su lucha contra el Mal encarnado por el ejército alemán.

Otro de los hallazgos que indican la permeabilidad de la concepción de la Gran Guerra como la lucha contra el Mal son las comparaciones del campo de batalla con el infierno debido al poder destructivo del bombardeo de artillería que fue tan habitual durante todo el conflicto:

«Drum-fire is like hell let loose and on sight it would appear that not living in the zone of fire could escape»⁴⁶¹,

«One morning we were awakened by the most awful din, it seemed as though hell had broken loose, shells were falling like summer rain»⁴⁶², y

«It was hell itself; they rained big shell fire at us from 4 o'clock the next morning, it was awful and the wonderful part of it was that no one of us was touched. I think it is better to be born lucky than rich»⁴⁶³.

Pero si había un arma de la Primera Guerra Mundial capaz de trasladar instantáneamente a los soldados que sufrían sus ataques al infierno era el lanzallamas. Esta arma lanzaba aceite en llamas al interior de las trincheras calcinando todo lo que encontraba a su paso y dando la impresión a los soldados de que el terreno se había abierto y eran las llamas del infierno las que quemaban sus pies:

«But what is this? Is hell opening up under our feet? Are we standing on the lip of an enraged volcano? The trench fills with flames, sparks, acrid smoke, the air is unbreathable; I hear whistling and crackling noises, and alas screams of pain as well. Sergeant Vergès eyes are burnt; at my feet two unfortunates roll on the ground, their clothes, their hands, their faces burning, like living torches. [...] Lying on the ground in front of us, gasping for breath, the two unfortunates I had seen in the flames were so unrecognisable that we could not tell who they were. Their skin had gone completely black. One of them died in the night, the other, in the grip of delirium, sang little songs

⁴⁶¹ Harold Ward, carta a su esposa, 25 septiembre 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁴⁶² Edward Henry Cecil Stewart, carta a un amigo, sin fecha. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Trenches: “swept continually with shells”. Disponible en: <https://www.nationalarchives.gov.uk/education/resources/letters-first-world-war-1915/trenches-swept-continually-shells/>

⁴⁶³ J.C., fragmento de carta, 1 octubre 1915. Actualmente no disponible en la web Europeana 1914-1918.

from his childhood, conversed with his wife, his mother, spoke about his village. Hearing that brought tears to our eyes» (Bergen 2009, 172).

Esta asociación entre el lanzallamas, el armamento moderno y el campo de batalla con el infierno también ha quedado plasmada en algunas pinturas de soldados que combatieron en el conflicto. En estas, las llamas lanzadas sumen a las trincheras enemigas en la oscuridad (Figura 33).

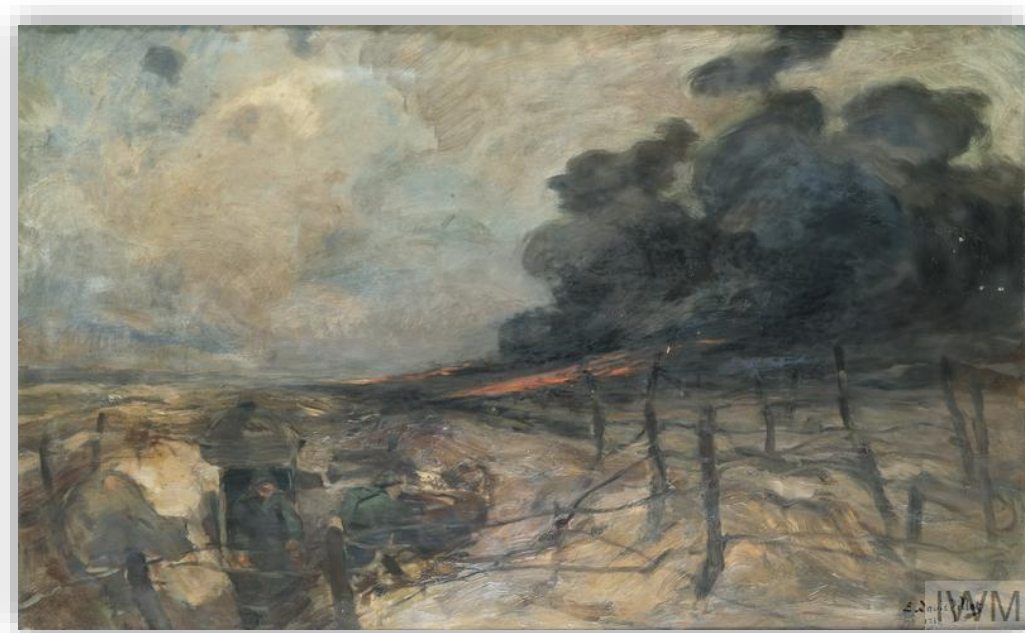


Figura 33. Louis Gillot. 1918. An Attack By Flame-Throwers. IWM ART 876.

Es plausible que debido a esta relación algunos soldados no encontrasen el mismo consuelo o esperanza en la religión que los referenciados a lo largo del apartado. Destacamos el fragmento de A.H.L. que ya hemos reproducido en otros capítulos de la investigación:

«I wonder Oh! I do wonder dearest mummy whether God will spare me to come home to you! I know I should just trust absolutely in my heavenly Father, but when one sees such good chaps being taken away, I can't help it! Oh! Mummy darling no words can say how earnestly how very earnestly I pray that God in His dear loving mercy will bring me back home with you darling mummy, it's just awful loneliness out here! & I would be so utterly happy back home with you my very dear mummy, do please just try & understand my thoughts. I hate & loathe this so!»⁴⁶⁴.

⁴⁶⁴ A.H.L., carta a su madre, 28 abril 1917. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

En este caso la experiencia de la Primera Guerra Mundial era demasiado para A.H.L., que se desesperaba ante la visión de los efectos del armamento moderno y la pérdida continua de vidas humanas en el frente. Esta narración nos permite observar la relación que establecía el soldado entre la muerte de sus compañeros y la suya propia, arrebatando cualquier atisbo de esperanza de regresar a su hogar en un futuro inmediato. También podemos relacionar la narración descarnada de A.H.L con cierto temor al encuentro con Dios después de la muerte, es plausible que él mismo considerase que no iba a obtener el perdón de Dios por los actos que había cometido durante el conflicto. De hecho, el miedo fue la piedra sobre la que Cristo erigió su Iglesia (Bourke 2005, 44), por lo que el temor a la muerte incluía el miedo al juicio de la fé y acciones del fallecido para determinar su destino. Además, la guerra y los actos que en ella se cometen eran y son contrarios a los valores defendidos por la religión. Sin embargo, en el caso de la Primera Guerra Mundial la propaganda de los países beligerantes se preocupó de difundir la idea de que su país había sido arrastrado a la guerra por otros, debiendo combatir en defensa propia. De esta manera, justificaban el conflicto y esquivaban el conflicto moral que podía presentarse en aquellos soldados más devotos (Takken 2020,305).

Por último, como describió Peter McGrane⁴⁶⁵, los soldados eran absueltos de sus pecados antes de entrar en combate y tenían la posibilidad de confesarse en privado y estar preparados para el eventual encuentro con Dios tras su muerte. En estos momentos cabría preguntarse si los soldados se arrepentían de su papel en el conflicto, de haber asesinado a soldados alemanes. Aunque no encontramos una respuesta clara en la correspondencia de los combatientes, hay indicios de que algunos soldados dudaban del discurso propagandístico que presentaba a los soldados alemanes como monstruos, caso de Stanley-Clarke, quién pidió a su familia que rezara también por sus enemigos: «Pray also for our enemies for they need all our prayers, even more than us for theirs is the war»⁴⁶⁶.

Además, disponemos de dos cartas de dos soldados en las que hemos identificado fragmentos en los que dudaron de las diferencias atribuidas a los alemanes y mostraron un atisbo de compasión hacia ellos. En el caso de Robert William Price el elemento común de los soldados de ambos bandos era el deseo de que la guerra acabase lo antes

⁴⁶⁵ Peter “Leo” McGrane, carta a su hermano, 13 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Irish letters from the front: the McGrane brothers in the First World War.*

⁴⁶⁶ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres.*

posible: «I think myself that the Germans wish it was all over the same as us. I should not like to be out here another winter as I had enough last»⁴⁶⁷. Mientras que David Beaver recogió en una de sus misivas una de las experiencias que unía a ambos bandos en las trincheras:

«the first named trenches we were quite near the Germans and could hear the whistling and shouting at night, time the few lads in air traverse would start singing old tune songs and ragtimes, they would stop firing and listen to us, on the whole I think they are a good lot, it is the men that are over them that make them do what they do, anyway if we get near them again they will not get any mercy, we just remind them about the Lusitania and they know what it means»⁴⁶⁸.

Cabe destacar que Beaver culpa a los *hombres que están por encima de los soldados rasos* de la guerra que están librando ambos bandos, discurso que fue difundido por la propaganda británica desde el inicio del conflicto. Por un momento parece que fue consciente de que era más lo que unía a los soldados de ambos ejércitos que lo que les separaba, pero finaliza la carta negando piedad en cualquier enfrentamiento futuro en base a una de las atrocidades cometidas durante los primeros meses de conflicto: el hundimiento del RMS Lusitania. Por otro lado, esta misiva nos muestra un ejemplo de lo que Tony Ashworth denominó *Live and let live system* (1980), momentos en los que los bandos enfrentados en las trincheras dejaron de atacar con motivo de una festividad, caso de las Navidades, o en este caso para escuchar el canto de los soldados del bando contrario. En la correspondencia de otros soldados como Harold Ward también hemos identificado fragmentos que indican la existencia de un acuerdo no escrito entre los soldados de ambos bandos:

«So far this tour of duty has not been at all bad - in fact we are having a more comfortable time than we had when we were further back. Trench warfare is all a matter of routine and once one settles down into an area nothing is new - as long as the Boche does nothing out of the ordinary»⁴⁶⁹.

⁴⁶⁷ Robert William Price, carta a su esposa, 19 julio 1916. Europeana 1914-1918: *Private Robert William Price - letters to his wife*.

⁴⁶⁸ David Beaver, carta a un amigo, 16 julio 1915. Europeana 1914-1918: *David Beaver, letter from the Front Line*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3168

⁴⁶⁹ Harold Ward, carta a su esposa, 20 diciembre 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

En esta misiva Ward describe un conflicto en pausa coincidiendo con los meses de invierno, en el que asegura que la guerra de trincheras era sobre todo rutina siempre y cuando los soldados alemanes no hiciesen nada extraordinario. Entendemos que se refiere a iniciar algún tipo de ofensiva en las trincheras en vez de limitarse a proteger las posiciones, reparar las defensas, etc. Sin embargo, el hecho de que Ward utilizase el término despectivo *Boche* nos hace dudar del argumento anterior, pues era una de las formas de deshumanizar a los soldados alemanes y de expresar el deseo de combatir. Por lo tanto, nos inclinamos a pensar que Ward estuviese describiendo la cotidianidad de la guerra de trincheras, muestra de que se ha acostumbrado a las características del conflicto, en la que no hay nada destacable mientras los soldados alemanes no introduzcan un nuevo arma o táctica militar desconocida.

1.2. Prisioneros de guerra

«Captivity has cost me pretty dear, however regrets are useless»⁴⁷⁰

William O'Reilly, 17 enero 1916.

Adelantábamos en los capítulos introductorios que la correspondencia de los soldados capturados y enviados a los campos de prisioneros del interior de Alemania estaban sometidas a un fuerte control del sistema censor, tanto las que los soldados enviaban como las que recibían de sus familias (García 2009, 169). Además, el envío de cartas y postales solía dilatarse en el tiempo considerablemente, lo que resulta lógico considerando el conflicto entre ambos países: «My Dear Mother, Your letter of Dec 18th only arrived a few days ago so you see letters are badly delayed nowadays»⁴⁷¹; y el número de cartas que podían enviar los soldados prisioneros estaba limitado: «I wont be able to write to her as I am only allowed 2 letters a month so you will have to tell her. I can also send 4 P.C. a month»⁴⁷².

⁴⁷⁰ William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 17 enero de 1916. Europeana 1914-1918: *He never saw his daughter*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3369

⁴⁷¹ Frank Spencer Meyer, carta a su madre, 4 marzo 1917. Europeana 1914-1918: *The Meyer Brothers*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_17571

⁴⁷² Jack Murphy, carta a su mujer, 1917. Europeana 1914-1918: *SOC Letters from Jack Murphy sent from POW camp*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3529

Es posible que estas medidas tuviesen el objetivo de facilitar el control de las comunicaciones de los soldados con el exterior y mantener a los prisioneros en un relativo aislamiento sobre curso del conflicto, lo que también explicaría que las cartas permanecieran un tiempo retenidas por el personal de los campos de prisioneros para la concienzuda censura de las cartas que enviaban y que recibían.

Basándonos en estos argumentos podríamos inferir que la correspondencia de los soldados tomados prisioneros sería estéril para nuestra investigación, pues no podían aportar información sobre las condiciones de vida en los campos de internamiento: «I'm sorry taht these letters are so dry but really I can't find anything to say. Of course as you can realise I'm looking forward to the end and being with you again. The sooner the better»⁴⁷³. Sin embargo, la censura de los temas concernientes a las condiciones de vida en estos centros, la ausencia de noticias debido a la monotonía de la vida diaria de los prisioneros y el limitado número de cartas que podían enviar provocaron que las misivas enviadas por estos soldados fueran mucho más personales e introspectivas que aquellos que podían escribir a sus seres queridos todos los días. Además, debían elegir a quién de todos sus familiares dirigían la carta, lo que aumentaba el valor y el significado de enviar una carta, aunque parece lógico que las noticias sobre el estado del soldado fuesen transmitidas al resto de la familia. Al tiempo, como hizo Jack Murphy en la carta que hemos transcrito, los soldados solían solicitar que su familia informase a otros parientes y seres queridos que había recibido sus cartas y postales, por las que estaban agradecidos.

Por un lado, podemos inferir en base a estos argumentos que la comunicación de los soldados con sus seres queridos se hacía mucho más necesaria para los combatientes en estos entornos en los que *no sucedía nada* y no podían ocupar su mente en otras actividades como aquellos que se encontraban en el frente. Por ello, la espera de las cartas enviadas por los familiares se hacía más difícil, especialmente cuando aún no habían recibido ninguna desde su internamiento: «I'm still looking forward anxiously to having a letter from you. Just fancy there are over three months since I had a word from you and I feel very, very anxious»⁴⁷⁴. Además, podemos argumentar que esta ansiedad también tenía su origen en que el soldado desconocía si se había informado a su familia de su condición de soldado capturado o si, por el contrario, se le había considerado

⁴⁷³ Joseph Henry Morgans, carta a su familia, 14 agosto 1918. *Europeana 1914-1918: Grandfather Saved by German Surgeons*.

⁴⁷⁴ Joseph Henry Morgans, carta a su familia, 24 febrero 1918. *Europeana 1914-1918: Grandfather Saved by German Surgeons*.

desaparecido en combate o muerto. Un error que podría ser perfectamente plausible dado el tamaño de los ejércitos implicados en las ofensivas, lo prolongado de los ataques y la ingente cantidad de soldados heridos, muertos y desaparecidos en un corto espacio de tiempo.

Por otro lado, las cartas escritas desde los campos de prisioneros se parecen a las que debían contener los *green envelopes* sobre los que reflexionamos en los primeros capítulos de la investigación, pues tratan temas exclusivamente privados. De hecho, exceptuando el espacio que dedicaron a agradecer el envío de cartas, postales y algunos paquetes, todo el espacio era dedicado a recordar cómo era su vida anterior, interesarse por el estado de su familia y amigos, y expresar su deseo de que el conflicto se resolviera pronto para poder regresar a Gran Bretaña: «I am thinking of you all at home - would give anything to be with you. Don't worry but keep cheerful»⁴⁷⁵.

En este sentido, los soldados que forman parte de nuestra investigación demostraron una resistencia psicológica al cautiverio digna de destacar, aunque también podríamos pensar que estaba prohibido escribir lo contrario. En la cita con la que iniciamos este apartado, William O'Reilly escribe que el cautiverio le ha arrebatado mucho, pero no especifica el qué. Basándonos en el resto de su correspondencia podemos argumentar que se refiere principalmente a los 9 meses que ha dejado de estar con su familia.

Por un lado, este soldado fue el que más tiempo estuvo en un campo de prisioneros de todos los que hemos citado, y fue del que se han conservado una mayor cantidad de cartas durante toda su experiencia como prisionero. Por otro lado, si la situación de todos los soldados capturados era extrema por la incertidumbre respecto al futuro, pues sabían que no regresarían a sus hogares hasta que finalizase el conflicto, la situación de O'Reilly era especialmente difícil, pues su hija había nacido un mes después de su partida al frente occidental y su mujer había fallecido poco después, dejando a la niña huérfana al cuidado de la hermana de su mujer. Esta situación extrema, pero también paradójica, pues lo natural hubiese sido que el soldado que había acudido a la guerra falleciese en vez de su mujer que había permanecido en el hogar, podría haber hecho enloquecer a cualquiera que se quedase estancado en los siguientes pensamientos: «It drives me mad when I think that I will never see her again or hold her hand in mine»⁴⁷⁶.

⁴⁷⁵ Joseph Henry Morgans, carta a su familia, 6 enero 1918. *Europeana 1914-1918: Grandfather Saved by German Surgeons*.

⁴⁷⁶ William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 8 mayo de 1916. *Europeana 1914-1918: He never saw his daughter*.

Argumentábamos en el apartado anterior que la esperanza en el futuro era esencial para que los soldados resistiesen las experiencias de la guerra y conservasen un mínimo de cordura en sus acciones; pero es en estos momentos de infelicidad e incertidumbre extrema cuando cobra mayor relevancia. En el caso de William O'Reilly, a pesar del dolor por la muerte de su mujer, encontró en su hija las fuerzas para resistir las experiencias del cautiverio, regresar a Gran Bretaña cuando acabase el conflicto y poder conocer a su hija. De hecho, dedicó un espacio considerable en sus misivas a reflexionar y planificar su futuro y el de su hija, planes en los que quiso que participara la hermana de su mujer, que se hizo cargo del cuidado de su hija y a quien dirige todas sus cartas:

«I'm going to apply for a postman's place in Kingscourt and think I shall get it when I return so Annie what do you think of coming to live in Cortubber it would make me very happy and we could devote ourselves to the Baby. I don't know Annie how you will look at this, and I cannot put all I would wish in this but I think Annie you will understand, and I hope Annie you will consent and you would be secure in case anything happened to me»⁴⁷⁷.

Desde el inicio de la correspondencia con Annie expresó lo importante que era para él recibir noticias de toda su familia, pero especialmente de su hija: «Your very welcome letter of the 7th received and I'm very glad to know you are all quite well and taht Baby is such a dear, poor little thing I'm just dying to see her»⁴⁷⁸. Además, siempre pedía al final de sus misivas que le escribieran siempre que pudieran: «Your letters are very welcome and I hope you write often»⁴⁷⁹. Sin embargo, estas narraciones en las que planifica su futuro no van acompañadas de expresiones de esperanza en que pueda materializarse pronto, parece resignado ante la incertidumbre de desconocer su futuro a corto y medio plazo.

Esta situación cambió cuando, en el verano de 1916, sucedieron los primeros intercambios de prisioneros en el campo en el que se encontraba: «One of my boys is getting exchanged to Switzerland»⁴⁸⁰. El intercambio de soldados despertaba la esperanza

⁴⁷⁷ William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 7 junio de 1916. *Europeana 1914-1918: He never saw his daughter*.

⁴⁷⁸ William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 23 septiembre de 1916. *Europeana 1914-1918: He never saw his daughter*.

⁴⁷⁹ William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 2 septiembre de 1916. *Europeana 1914-1918: He never saw his daughter*.

⁴⁸⁰ William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 9 junio de 1916. *Europeana 1914-1918: He never saw his daughter*.

del resto de prisioneros en que su liberación estaba próxima y los deseos de regresar a sus hogares para ver a sus familias estaban más cerca de verse cumplidos. Este hecho también fue celebrado por otros prisioneros:

«There was much excitement in the camp last week. Eighty officers who had been taken prisoner in 1914 or who were ill started for Holland. It is believed that a good many more will go shortly. The scheme provides for those who have been over eighteen months in captivity»⁴⁸¹.

Desde entonces, William O'Reilly empezó a confiar en que el final del conflicto llegaría pronto y podría regresar a su hogar: «Well Annie I suppose the war will end sometime. It will be a change to be a free man again after nearly now 2 years a prisoner»⁴⁸². Sin embargo, su regreso a Gran Bretaña se vio truncado por el padecimiento de una enfermedad pulmonar por la que fue trasladado a un hospital en la neutral Suiza. Desde este envió la última carta que se ha conservado, en la que se mostró confiado ante las mejoras referidas por sus médicos: «The Dr. gave me a great inspection and I'm pleased to say my lungs and heart are quite sound, he said all taht appeared to be wrong seemed half starved. I'm pulling up weight I've gained half a stone since I came here»⁴⁸³. Pero nunca alcanzó el estado de salud necesario para abandonar el hospital, por lo que fue trasladado a otro en Gran Bretaña en algún momento entre enero y junio de. Ya en el hospital británico organizaron el encuentro de William con su hija debido al grave estado de salud del soldado, pero falleció antes de llegar a conocerla.

A pesar del trágico final, la esperanza de regresar a su hogar y dedicarse al cuidado de su hija le dio fuerzas para superar la muerte de su mujer, las experiencias de dos años de cautiverio en un campo de prisioneros alemán y casi medio año de enfermedad que acabo por quitarle la vida. Aunque no tengamos forma de comprobarlo, es fácil pensar que el destino de este soldado hubiese sido distinto de no haber tenido *algo* que le diese esperanza tras el fallecimiento de su mujer. De hecho, la espiral de dolor en la que podía haberse sumido William O'Reilly podría haberle producido un estado de sufrimiento

⁴⁸¹ Robert J. Kelly, carta a su madre, 19 septiembre 1917. Europeana 1914-1918: *Correspondence, certificate of elevation, photographs and medals of Lt. Robert J. Kelly, 6th Royal Irish Regiment*. Disponible en:

https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3494

⁴⁸² William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 14 julio de 1916. Europeana 1914-1918: *He never saw his daughter*.

⁴⁸³ William O'Reilly, carta a la hermana de su mujer, 13 enero de 1917. Europeana 1914-1918: *He never saw his daughter*.

emocional y psicológico que le hubiese llevado a intentar escapar del campo de prisioneros o incluso quitarse la vida.

2. Sufrimiento emocional y sufrimiento psicológico

En la introducción a la historiografía de las emociones hemos dado cuenta de la relación entre las emociones y la esfera psicológica según las definiciones actuales de emoción (Galimberti 2002, 377). Además, este vínculo ha estado presente a lo largo de todo el trabajo debido a la nutrida bibliografía que ha diseccionado los problemas psicológicos sufridos por los soldados y las causas que los motivaron durante la Primera Guerra Mundial. Este prolífico debate ha sido objeto de estudio de médicos, psiquiatras e historiadores desde la identificación de los primeros soldados que desarrollaron problemas psicológicos y enfermedades mentales durante el conflicto⁴⁸⁴.

Según el paradigma que defendía la escuela de psiquiatría francesa desde la segunda mitad del siglo XIX⁴⁸⁵, las enfermedades mentales estaban causadas por lesiones en el sistema nervioso central. Los primeros soldados que presentaron síntomas psicológicos fueron aquellos que habían estado expuestos a las explosiones de artillería y sufrían gran variedad de síntomas: tics nerviosos, enmudecimiento, sordera temporal, ceguera hística, parálisis, ansiedad, estupor, dolor de cabeza o amnesia (Reid 2014, 98). Por tanto, médicos y psiquiatras concluyeron que la causa de los síntomas debían ser las micro lesiones que infligía la onda de las explosiones en el encéfalo, acuñando el término *shell-shock* que establecía esta relación. En Francia lo denominaron *commoción*, en Alemania, *Kriegneurosen* o *Kriegshysterie*⁴⁸⁶, y se tradujo posteriormente al castellano como neurosis de guerra⁴⁸⁷ (Bergen 2009, 294). Sin embargo, pronto aumentó el número de

⁴⁸⁴ Paralelamente al auge de investigaciones que han estudiado la Primera Guerra Mundial desde la perspectiva de las mujeres, en los últimos años también se han publicado investigaciones que analizan las consecuencias psicológicas de la experiencia bélica en las mujeres tanto en el frente como en la retaguardia. Consultar, entre otros: Keown, Bridget. 2019. “” She is Lost to Time and Place”: Women, War Trauma, and the First World War”. Tesis doctoral. Northeastern University.

⁴⁸⁵ El auge de la neurología como especialidad médica capaz de establecer un sistema claro de exploraciones y diagnósticos facilitó que los alienistas abandonasen la creencia de que la locura tenía su origen en alteraciones de las ideas y las pasiones. A partir de la obra: *Traité des maladies du cerveau* (1824) en la que Laurent Jessé Bayle describió la parálisis general progresiva, la mentalidad anatomoclínica se instauró en la práctica de la psiquiatría, buscando siempre como primera opción una lesión orgánica que justificase la aparición de la locura (Diéguez, Campos y Huertas 2005, 9).

⁴⁸⁶ La escuela de psiquiatría alemana se resistía al auge de la concepción anatomoclínica de la enfermedad psiquiátrica y defendía que las alteraciones mentales de sus soldados tenían un origen psíquico y no neurológico (Audoin-Rouzeau 2006, 292).

⁴⁸⁷ El término neurosis fue utilizado por primera vez en 1777 por el médico escocés William Cullen (1710-1790). Sin embargo, fue la experiencia de la Primera Guerra Mundial la que ligó este término a la guerra,

soldados que sufrían estos síntomas sin la exposición previa a las explosiones, algunos incluso antes siquiera de llegar a las primeras líneas de trincheras. Aunque, estrictamente, estos soldados no sufrían de *shell-shock*, el término se impuso a otras etiquetas diagnósticas y acabó nombrando a todos los soldados con enfermedades mentales.

Por un lado, uno de los motivos por los que se propusieron otras etiquetas diagnósticas fue que el término *shell-shock* establecía una íntima relación entre la guerra y el desarrollo de enfermedades mentales. Esta relación era, en primer lugar, inconcebible por las élites sociales debido a las exigencias del honor y la masculinidad que obligaban a los hombres a resistir las experiencias de la guerra sin mostrar ningún tipo de debilidad. Esta creencia era herencia de los conflictos del siglo XIX en los que los soldados combatían de pie y debían mantenerse erguidos junto a sus compañeros durante los disparos de la infantería enemiga situada a pocos metros de distancia. Los combatientes no debían esconderse del peligro, debían mostrarse valientes, seguros y confiados en la batalla tanto física como psicológicamente (Audoin-Rouzeau 2006, 278).

Por otro lado, la relación de causalidad entre la guerra y las enfermedades mentales de los soldados ponía en peligro el control de la opinión pública y amenazaba el auge de movimientos pacifistas entre la población (MacMillan 2013, 46). Este peligro existía por la influencia de la teoría de la degeneración en las élites sociales, quienes consideraban a los enfermos mentales una de las formas de degeneración de la sociedad, por lo que el aumento de bajas psicológicas en el ejército británico podía utilizarse para atacar a su sociedad y difundir la idea de que esta estaba en decadencia y debía sucumbir al auge de naciones jóvenes como Alemania (Huertas 1987, 34). Debido a estas connotaciones asociadas a los enfermos mentales, los gobiernos se esforzaron en ocultar los casos de *shell-shock* de su ejército o culpar a un determinado sector. Por ejemplo, el ejército británico argumentaba que los casos se estaban produciendo en los soldados que procedían del sur de Irlanda, el alto mando alemán argumentó que se estaban dando únicamente en los soldados judíos, mientras que el homólogo francés dijo lo mismo de los soldados negros provenientes de sus colonias (Bourke 2000, 62).

motivando diferentes definiciones enunciadas por distintos psiquiatras como Sigmund Freud en 1915 o Sandor Ferenczi en 1916, quienes matizaron la definición de Cullen y contribuyeron a la que aporta en la actualidad el diccionario de psicología de Galimberti: «Trastorno psíquico sin causa orgánica cuyos síntomas son interpretados por el psicoanálisis como expresiones simbólicas de un conflicto que tiene sus raíces en la historia del sujeto y que constituye un compromiso entre el deseo y la defensa» (Galimberti 2002, 740). Para un estudio posterior del concepto de neurosis consultar: López Piñero, José María. 1963. *Orígenes históricos del concepto de neurosis*. Valencia: Cátedra e Instituto de Historia de la Medicina.

El Royal Army Medical Corps propuso en los primeros meses del conflicto otros tres tipos de neurosis además del *shell-shock*: DAH, histeria y neurastenia⁴⁸⁸. El DAH (*Disordered Action of the Heart*) fue desechado muy pronto porque las arritmias de los soldados empeoraban cuando estos se enteraban del diagnóstico que se les había dado. Para la mayoría de los médicos, los otros dos diagnósticos se utilizaban indistintamente con el *shell-shock*, pues la distinción era dudosa y los soldados podían presentar síntomas compatibles con más de una entidad.

Conforme avanzó el conflicto, el diagnóstico de histeria solía utilizarse en los soldados rasos, quienes se presuponía que eran débiles mentales por pertenecer a las clases sociales más bajas. De hecho, algunos psiquiatras consideraban que las neurosis de guerra eran un paso intermedio hacia una ruptura completa de la psique del soldado, a la que estaba predispuesto antes de su experiencia bélica. Los síntomas que desarrollaban eran muy variados: confusión mental, incapacidad física, desórdenes de los sentidos o parálisis, y algunos médicos relacionaban los síntomas con la causa de estos. Por ejemplo, la ceguera sucedía tras presenciar escenas realmente horribles, mientras que la sordera afectaba a aquellos que no podían soportar los gritos y llantos de sus compañeros heridos. En la correspondencia de Stanley-Clarke hemos identificado de forma exclusiva la descripción de un caso grave de neurosis de guerra o histeria, según el cual el enfermo creía que todos los soldados que veía eran alemanes y debía matarlos, aunque se encontrase en las trincheras británicas rodeado de compañeros: «I remembered about the chap I told you of before who thought everyone was a German so I had a strong bodyguard around me when I went to see him»⁴⁸⁹.

Por otro lado, la neurastenia era el diagnóstico habitual de los oficiales, pues, aunque también se basaba en la debilidad del soldado, esta enfermedad podía deberse exclusivamente a factores externos como el esfuerzo y el estrés mental al que estaban sometidos los oficiales debido a la responsabilidad de su rango. Estos sufrían pesadillas, insomnio, amnesia y ataques de pánico que sucedían una vez acabada la batalla o la

⁴⁸⁸ En el caso de la histeria y la neurastenia, estas son entidades diagnósticas que se han transformado en el último siglo y que en la actualidad suponen enfermedades distintas a las que designaban en su origen, caso de la histeria, o enfermedades que ya no existen como la neurastenia. Para un estudio posterior sobre la histeria masculina consultar: Micale, Mark S. 2008. *Hysterical Men: The Hidden History of Male Nervous Illness*. Massachusetts: Harvard University Press. Para profundizar en la historia de la neurastenia consultar: Gijswijt-Hofstra, Marijke, y Porter, Roy. 2001. *Cultures of neurasthenia: from Beard to the First World War*. Leiden: Brill Academic Pub.

⁴⁸⁹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 abril 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

guerra. En 1916 hasta un 30% de los soldados que causaron baja por causas psicológicas habían sido diagnosticados de neurastenia (Bergen 2009, 291).

Sin embargo, la principal diferencia entre ambas etiquetas diagnósticas era el tratamiento que recibían. Los soldados rasos diagnosticados de histeria recibían un tratamiento agresivo como la electroterapia en hospitales situados cerca del frente en el que se les aislaba de su familia y mantenían la disciplina militar para que regresasen lo antes posible al frente. Por el contrario, los oficiales diagnosticados de neurastenia abandonaban el frente, la mayor parte de las veces para no regresar, y eran enviados a hospitales de Gran Bretaña, alejados de la disciplina y la cultura militar. Allí, recibían cuidados basados en la hidroterapia, el descanso, la alimentación adecuada y el diálogo con médicos y psiquiatras hasta que superaban los traumas de su experiencia en el conflicto (Leese 2001, 209). Un ejemplo de este tipo de instituciones era el Moss Side Military Hospital de Maghull, cerca de Liverpool, donde atendieron 3.638 pacientes graves de Shell shock desde el inicio del conflicto hasta mediados de 1919 (Jones 2010, 375). Otros historiadores han argumentado que médicos y oficiales pertenecían a la misma élite social, por lo que los primeros no estaban predispuestos a enviar a los oficiales a los hospitales en los que se practicaba el tratamiento agresivo destinado a los soldados de menor graduación (Bergen 2009, 301). A medida que avanzó el conflicto se comprobó que había soldados que habían demostrado valentía en la guerra de trincheras que sufrían de shell-shock, por lo que mantener a los combatientes enfermos bajo la disciplina militar se demostró ineficaz, adoptando todas las instituciones el clima de curación del que disfrutaban los oficiales (Jones 2020, 120).

A lo largo del conflicto el gobierno británico intentó introducir otros términos como el *Not Yet Diagnosed (Nervous)* o NYD(N) a principios de 1917 apoyándose en las teorías de médicos y psiquiatras que situaban la causa de las enfermedades mentales en la debilidad innata de los soldados. De hecho, la definición oficial de enfermedad mental en el ejército era: «the man who becomes ineffective in battle as a direct result of his personality being unable to stand up to the stresses of combat» (Babington 1993, 283-284). Sin embargo, fue incapaz de sustituir al popular shell-shock, pues las tropas habían interiorizado el término para nombrar todas las enfermedades mentales precisamente por la relación de causalidad que establecía entre estas y la guerra (Bergen 2009, 294).

Como consecuencia de la preferencia por la etiqueta *shell-shock*, el diagnóstico se modificó para que no todos los soldados sufriesen esta enfermedad a causa de la guerra, estableciendo una diferencia similar a la existente entre la histeria y la neurastenia. De

esta manera, se concluía que los soldados diagnosticados de *shell-shock (sick)* debían sus problemas psicológicos a causas anteriores al conflicto, pero que las experiencias de la guerra habían precipitado. Por el contrario, aquellos en los que se concluía que la causa de los problemas psicológicos era la guerra, eran diagnosticados de *shell-shock (wounded)*. Sin embargo, estos últimos debían ser los menos, llegando a prohibir su utilización en septiembre de 1918 (Myers 2012, 97-98).

Algunos psiquiatras se esforzaron por dar una explicación a la debilidad mental de los soldados para que la culpa no recayera exclusivamente en el soldado. Rivers (1918, 2) defendían que la debilidad estaba relacionada con la falta de entrenamiento psicológico antes de entrar en guerra. Esta falta de adiestramiento provocaba que los hombres no desarrollaran estrategias para manejar el estrés y el miedo, de manera que estos desbordaban la mente de los soldados precipitando su *mental breakdown*. Término que utilizaban para describir el colapso mental o derrumbamiento psicológico que sucedía cuando el soldado se veía superado por el estrés o el miedo provocado por una determinada experiencia o situación y precipitaba uno o varios síntomas de los descritos al inicio del capítulo. Por ejemplo, algunos soldados se quedaban paralizados al escuchar el silbido que precedía a las explosiones de artillería, siendo incapaces de reaccionar ante el peligro inminente.

Otros psiquiatras defendían que para controlar la psique de los soldados el miedo a las represalias por abandonar o por no luchar *como un hombre*, debía ser mayor que el miedo a la muerte que infundía la experiencia bélica, de manera que las alteraciones psicológicas surgían cuando esta relación se invertía. También había quienes creían que había que liberar al soldado de cualquier responsabilidad moral para que matase libremente en el conflicto, eliminando así la posibilidad de desarrollar problemas psicológicos.

Una de las estrategias utilizadas para conseguir el control de la psique de los soldados y estimular el deseo de lucha era deshumanizar a los soldados alemanes. Para ello, se referían a los soldados alemanes con términos despectivos portadores de connotaciones negativas. Estos, que también se utilizaban en las campañas de propaganda, comparaban el militarismo prusiano con los pueblos bárbaros que habían habitado el territorio alemán en épocas anteriores. Algunos de estos términos han aparecido en multitud de ocasiones en las cartas reproducidas a lo largo de la investigación como *Boche*, *Huns* o simplemente *el enemigo*:

«The men are still doing very well indeed and are making first class soldiers. They are very amusing in some ways but they make one proud to be with them. They don't care a little bit for the Boche and even those who were nervous in England have got the new point of view and will probably be nervous when the show is over. They vary of course, some look upon the war as the best fun they have ever struck, some look upon it as a duty that is now really too bad and others seem to think it is a nuisance that they must put up with»⁴⁹⁰,

«I want a couple of weeks rest badly as my nerves were getting rather dicky, it becomes a bit of a strain now and again but I'll be as fit as a fiddle in a few weeks, I must be as I have a few scores to settle with the Huns»⁴⁹¹.

Utilizando este vocabulario no solo estimulaban el deseo de lucha de los soldados, creían que minimizaban el efecto psicológico de matar a otros hombres (Jones 2006, 244). Según este argumento, el ejército británico sufriría las mismas bajas por causas psicológicas independientemente del grado de actividad bélica en el frente. Sin embargo, estudios retrospectivos han demostrado que durante las ofensivas aumentaba el número de bajas psicológicas, por lo que cabría replantear la eficacia de la propaganda británica y el adiestramiento militar en este sentido (Lagonia 2017).

El debate en torno a la naturaleza de las enfermedades mentales de los soldados y su clasificación no se resolvió ni siquiera una vez acabada la guerra. El War Office Committee on Shell Shock concluyó que existían tres tipos de lesiones psicológicas en los soldados de la Gran Guerra (Bergen 2009, 298-299): los primeros se correspondían con aquellos que desarrollaron síntomas por lesiones en el encéfalo a causa de las explosiones de artillería, el efecto de algunos gases químicos o factores ambientales. En el segundo grupo clasificaron a los combatientes que sufrieron síntomas psicológicos derivados del agotamiento físico, reversibles tras el descanso pertinente. Por último, los soldados que desarrollaban verdaderas neurosis de guerra que eran diagnosticados de histeria o neurastenia.

En cuanto al número total de soldados que sufrieron esta enfermedad es prácticamente imposible de averiguar, aunque se considera que fue un porcentaje relativamente bajo de las bajas totales de todos los ejércitos (Reid 2014, 98). Sin embargo, debemos considerar que las connotaciones asociadas a los enfermos mentales y a los

⁴⁹⁰ Harold Ward, carta a su mujer, 19 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁴⁹¹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su madre, 7 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

argumentos que hemos reproducido provocaron que los gobiernos y el alto mando militar instasen a los médicos y psiquiatras militares a extremar las precauciones en los exámenes médicos que realizaban. Por este motivo, entre otros, sus esfuerzos no iban dirigidos a identificar cualquier caso de neurosis de guerra por leve que fuese, sino que se esforzaban en identificar a aquellos soldados que estaban fingiendo sus síntomas para abandonar el frente. Considerando la falta de claridad respecto a la cantidad de sufrimiento psicológico que los soldados debían soportar antes de abandonar el frente, los juicios que determinaban si un paciente estaba fingiendo o no eran más de tipo moral que médico, por lo que es plausible que una parte importante de los soldados afectados por problemas psicológicos permaneciese combatiendo en el frente. Por lo tanto, podemos considerar que prácticamente la totalidad de los soldados sufría de algún tipo de síntoma psicológico o grado de neurosis de guerra que les permitiese soportar psicológicamente los horrores del conflicto, pero que no era suficiente para declarar al soldado no apto para el combate (Reid 2014, 102-103).

Dada la confusión en la comunidad médica sobre las enfermedades mentales y los síntomas psicológicos desarrollados por los soldados, no es de extrañar la falta de comprensión de estos por parte de los combatientes. Además, otros argumentos justificarían que los soldados tuviesen especial cuidado en el momento de escribir sobre los aspectos del conflicto que les causaban estrés o sufrimiento mental. En primer lugar, las connotaciones de debilidad asociadas a las enfermedades mentales presentes en el imaginario colectivo de toda la sociedad, no solo en el ámbito militar. En segundo lugar, la crueldad del destino que les esperaba si reconocían algún tipo de problema psicológico: si eran considerados cobardes que estaban fingiendo serían apartados del ejército y juzgados por un tribunal militar; pero el futuro tampoco era tranquilizador si eran enviados a los hospitales especializados donde recibirían un tratamiento agresivo como la electroterapia para que regresasen al servicio militar lo antes posible.

Basándonos en otras misivas analizadas a lo largo de la investigación como las que portaban los soldados para que fuesen enviadas en caso de que la muerte les alcanzase en alguna ofensiva y las cartas que enviaban los compañeros de los fallecidos a la familia para aportar consuelo, podemos inferir que la preocupación de ser considerados hombres débiles que no habían sido capaces de soportar las experiencias de la guerra estaba presente en los soldados. En aquellos mensajes describían la actitud intachable del soldado durante toda su experiencia bélica, siempre dispuesto a ayudar a sus compañeros y manteniendo el ánimo lo más elevado posible, incluso durante las experiencias más

extremas. En aquellos mensajes aseguraban que el fallecido no había rehuído la batalla y había combatido valiente y ferozmente a los alemanes hasta su último aliento, ajustándose al modelo del soldado ideal que el ejército y el gobierno quería en sus filas y que la sociedad esperaba.

Todos estos argumentos justifican la escasez de narraciones explícitas en la correspondencia de los soldados sobre problemas o síntomas psicológicos propios, aunque estos pueden intuirse en algunas descripciones de la vida diaria en las trincheras, las enfermedades o los ataques con armamento moderno que eran descritos con pesimismo y desesperanza, identificando dichos elementos como disruptores de la rutina y la relativa tranquilidad del servicio militar. También consideramos que algunos soldados no eran conscientes del sufrimiento emocional y psicológico que les producían este tipo de experiencias, o quizás lo identificasen como una parte inherente de la experiencia bélica.

Además, debemos considerar que los límites o la cantidad de sufrimiento emocional y psicológico que un soldado debía soportar en las trincheras antes de abandonar el frente no estaba definido, por lo que los combatientes podrían preguntarse en qué momento debían acudir a los servicios médicos, sin obtener una respuesta clara. Estos argumentos pueden explicar que los soldados ocultasen o restaran importancia al efecto psicológico que tenían determinadas experiencias en el conflicto, mientras que era más fácil escribir sobre estos problemas cuando los padecían otros soldados. De hecho, el término *shell-shock* solo lo utilizó el capitán Harold Ward en una ocasión para describir los problemas psicológicos de otro soldado: «I saw Howard last night and he told me Sheppard had gone sick with shell shock. A big shell knocked in his dughout and when he crawled out of the ruins another came and bowled him over but without wounding him»⁴⁹².

No es de extrañar que el término no se utilizase habitualmente en la correspondencia de los soldados al igual que los nombres de otras enfermedades aparecen en pocas cartas, pues eran diagnósticos médicos que no debían utilizarse a la ligera. En consecuencia, existían otras fórmulas que utilizaban para referirse a los soldados que sufrían síntomas psicológicos, por ejemplo, los oficiales Ward y Arthur Ramsay Stanley Clarke escribieron sobre los soldados débiles que debían abandonar el frente. Arthur escribió tras un mes de conflicto en Bélgica: «the weak ones go sick after a couple of weeks and are sent home,

⁴⁹² Harold Ward, carta a su mujer, 20 junio 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

the rest stay on»⁴⁹³, lo que indica que hubo soldados profesionales con experiencia en conflictos anteriores y un largo entrenamiento militar que sucumbieron a los horrores de la guerra moderna. Además, a pesar de sus duras palabras, al final de su experiencia en el frente reconoció haber visto sus nervios afectados por las experiencias de la guerra de trincheras, necesitando un descanso para reponerse: «I want a couple of weeks rest badly as my nerves were getting rather dicky»⁴⁹⁴. Esta confesión llegó en la última carta que envió desde el frente, justo antes de ser enviado a Gran Bretaña tras haber sufrido una intoxicación por gases químicos. Esto nos permite plantearnos si el hecho de haber sido enviado a un hospital del interior por una lesión física le dio la confianza necesaria para escribir también sobre los problemas psicológicos que estaba sufriendo a causa del estrés, pues durante los primeros meses de guerra estos síntomas no se comprendían si no existía una lesión física (Bergen 2009, 294).

Por su parte, Ward dijo de los soldados de su unidad: «We are all getting hardened warriors now and the fellows who were not physically strong enough for the job are most of them back in England»⁴⁹⁵. Aunque se refería exclusivamente a la resistencia física, a lo largo de la correspondencia con su mujer expresa en numerosas ocasiones su preocupación por el estado de sus combatientes no solo a nivel físico, también mental. Además, informó de aquellos que mostraban menos resistencia psicológica al conflicto, dando a entender que aquellos que no se fortalecían o insensibilizaban durante los primeros meses eran enviados de vuelta a Gran Bretaña: «One or two that I thought were weak or nervous are turning out well and so far none of my reliable men have let me down»⁴⁹⁶.

Por otro lado, Ward describió a estos soldados como débiles o nerviosos y no como soldados con *shell-shock*, con síntomas psicológicos o con trastornos mentales. En marzo de 1917 el gobierno británico había intentado que se utilizase el término *Not Yet Diagnosed (Nervous)* para sustituir a la etiqueta *shell shock*, sin éxito (Bergen 2009, 294). Aunque es factible que utilizara estos adjetivos porque aún no estaba familiarizado con

⁴⁹³ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁴⁹⁴ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su madre, 7 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁴⁹⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 4 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁴⁹⁶ Harold Ward, carta a su mujer, 16 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

los términos oficiales, tampoco sería coherente que emplease en junio de ese mismo año el término *shell-shock* cuando se habían introducido otros para que este dejase de utilizarse. Parece plausible que Ward utilizase los adjetivos débiles y nerviosos, no por una falta de vocabulario, sino con el objetivo de adoptar el discurso gubernamental con respecto a los soldados con problemas psicológicos. Además, recordemos que Ward también reprodujo el discurso del alto mando militar en otras misivas al reconocer la necesidad de sacrificar algunas vidas para la consecución de un objetivo mayor: ganar la guerra.

Por último, como sucedió con otras experiencias bélicas, aunque hubiese cierta reticencia a escribir sobre el estrés y los problemas psicológicos que sufrían los soldados independientemente de su rango, encontramos diferencias sustanciales entre las cartas escritas por los oficiales y los soldados rasos, siendo los primeros los que escribieron explícitamente sobre el alto nivel de estrés que estaban soportando.

2.1. La debilidad de los soldados rasos

Titulando este apartado *La debilidad de los soldados rasos* queremos recordar las connotaciones asociadas a los soldados de menor rango que desarrollaban síntomas psicológicos, por lo que no es de extrañar que este grupo de combatientes adoptase especiales precauciones en el momento de escribir sobre los efectos psicológicos del conflicto. De hecho, en las historias que acompañan la documentación de los soldados Stanley Reddall⁴⁹⁷ y Frederick Charles Rawlings⁴⁹⁸ se menciona que fueron baja por motivos psicológicos y enviados a hospitales del interior. Sin embargo, no hemos identificado en las cartas que enviaban a sus familiares mención alguna a un sufrimiento psicológico extraordinario, más bien todo lo contrario. Es cierto que el número de cartas conservado en ambos casos es reducido comparado con el de otros protagonistas de esta investigación y que desconocemos las fechas en las que abandonaron el frente a causa del *shell-shock*. En el caso de Stanley disponemos de cuatro cartas, tres de ellas dirigidas a su hijo pequeño y una a su mujer, las cuales se centran en otros aspectos de la guerra y en el deseo de regresar a su hogar. Mientras que la correspondencia que se ha conservado de Frederick son las cartas que su familia le enviaba a él durante el conflicto, en las que

⁴⁹⁷ Documentación de Stanley Reddall. Europeana 1914-1918: *Stanley Reddall*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_5097

⁴⁹⁸ Documentación de Frederick Charles Rawlings. Europeana 1914-1918: *Fred*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_4295

tampoco hemos identificado una preocupación explícita de la familia por la salud mental del soldado. Ambos casos nos permiten argumentar las dificultades de abordar los problemas psicológicos de los soldados a través de su correspondencia y la posible discreción de los combatientes al escribir sobre sus síntomas psicológicos.

A pesar de las precauciones adoptadas por los soldados que podríamos considerar un tipo de autocensura, hemos identificado en la correspondencia de otros soldados narraciones que aportan información sobre las experiencias que causaban sufrimiento emocional y psicológico. En estas cartas describieron situaciones o experiencias desagradables *que no podían olvidar...*, *que no querían repetir...*, o que provocaban deseos de escapar del frente y regresar a sus hogares lo antes posible:

«I hope to be spared to come home again but we never know one minute when we will get blowed to atoms. I don't take so much notice of it now as I did I have got used to it but at times when they are shelling near us the place is all under mined out here»⁴⁹⁹, o
«Those nasty things kept on coming over; we wondered each of us, every time we heard the old familiar, diabolical whistle if this one was our funeral. A last one went crash so close to my pal and myself that I began to wonder how many seconds or minutes the passage to the other side of Jordan took. I thought escape from certain annihilation was impossible»⁵⁰⁰.

No es de extrañar que el bombardeo de artillería fuese fuente de semejantes emociones e ideas en los soldados, pues como hemos analizado en capítulos anteriores, este también fue el protagonista de las descripciones y reflexiones sobre la transformación del combate moderno. Podríamos argumentar que el bombardeo continuo de artillería, táctica que se utilizó con asiduidad durante todo el conflicto, provocaba un miedo incontrolable en los soldados que sufrían este tipo de ataques. Un miedo que despertaba los instintos primarios del ser humano, empujándoles a huir, a alejarse del lugar en el que se encontraban para ponerse a salvo cuando precisamente lo que debían hacer era refugiarse en las *habitaciones* excavadas en las trincheras o cubrirse la cabeza y acurrucarse todo lo posible. Esta emoción está estrechamente relacionada con el deseo de supervivencia y era muy difícil de controlar durante los bombardeos que se prolongaban

⁴⁹⁹ Robert William Price, carta a su mujer, 19 julio 1916. *Europeana 1914-1918: Private Robert William Price - letters to his wife*.

⁵⁰⁰ Denis T. Hayes, carta a su hermano, 17 octubre 1918. *Europeana 1914-1918: Letters Home to Dublin, from World War I, Written by Denis T. Hayes to His Brother Pat Hayes br*.

durante horas y, sin embargo, necesaria para la supervivencia de cualquier sociedad (Nussbaum 2008, 214).

Sin embargo, debido a la discreción de los soldados en el momento de escribir sobre las experiencias traumáticas de la guerra, podríamos argumentar que el bombardeo de artillería no era la única causa de sufrimiento psicológico, pero sí la que producía un nivel de sufrimiento que los soldados tenían la necesidad de plasmar en las cartas que enviaban, o eran incapaces de ocultar.

La correspondencia de otros soldados aporta información sobre otras experiencias de la guerra especialmente traumáticas como quedar atrapado en la tierra de nadie y otras situaciones que los combatientes no podían dejar de describir en sus cartas, ya fuese por la particularidad de dichas experiencias o por la intensidad de las emociones que les provocaban: «Well my Dear I am in a sick dugout and can see men getting wounded, so you can see how I am fixed shells dropping all about. I only wish it was all over. I can tell you to be at home with you. I suppose it will come to an end sometime»⁵⁰¹.

En aquellos momentos en los que un estímulo particular no protagonizaba exclusivamente el miedo de los soldados, estos expresaban un sentimiento de malestar generalizado sin referirse a una experiencia o situación concreta. Aunque también podría ser que fuese su voluntad ocultar qué era aquello que les provocaba malestar:

«I know what a struggle it is, especially when one is worked to death, practically work night and day [...]. Working hard to keep the fears down and having very rotten food to eat. These are a few of the things that "tommies" have to put up with.

It is impossible to be happy under these trying conditions. But we keep on smiling. I am keeping fairly well myself, but I shall be thankful when this lot is over and done with»⁵⁰².

Es posible que algunos soldados adquiriesen esta autocensura por miedo a que el oficial censor impidiese el envío de la carta si aportaban información más detallada, o porque prefiriesen hablar de determinados temas a sus familias cuando hubiesen vuelto a sus hogares, o por las connotaciones de debilidad y cobardía que podían asociarse a este tipo de narraciones. De igual manera, estos aspectos podrían explicar que los soldados ocultasen sus síntomas psicológicos (Corfman 2013, 3) y que los protagonistas de las

⁵⁰¹ Robert William Price, carta a su mujer, sin fecha. Europeana 1914-1918: *Private Robert William Price - letters to his wife*.

⁵⁰² Thomas Saxby Rudder, carta a su hermano, 18 enero 1917. Europeana 1914-1918: *Great Uncle Tom*.

narraciones en las que se habla de este tipo de problemas no sean, habitualmente, los soldados que escriben, sino compañeros de la unidad o conocidos de ambos:

«The man is actually mad. I am sorry to hear about (somebody). I know it would set anyone mad to see the terrible sights. I saw the Dublins in a bayonet charge one day last week and they simply cut the Germans up just like paper.

All Irishmen in bayonet charge simply go raging mad. You can imagine the roaring of guns and the clashing of bayonets. It is terrible but thank God we are safe and sound»⁵⁰³.

De hecho, hemos reproducido en el apartado anterior varios fragmentos de cartas de oficiales en las que desprestigiaban a los subordinados que sufrían problemas psicológicos a lo largo del conflicto. El capitán Ward se refería a estos como débiles o nerviosos, sustituyendo las connotaciones a los términos oficiales: «One or two that I thought were weak or nervous are turning out well and so far none of my reliable men have let me down»⁵⁰⁴. Sin embargo, también hemos identificado otros fragmentos carentes de estas connotaciones negativas:

«Well Edie I haven't seen any of the old boys out here yet and I would like to come across some of them. (...) I think Arty had a very short time in the trenches poor lad, I think he has been very bad, but I think we shall all be home before long, I hope so anyway »⁵⁰⁵.

En esta ocasión, el soldado expresa un interés sincero por el estado mental de otro soldado. Es posible que, ante las precauciones tomadas para escribir sobre los problemas psicológicos propios, algunos soldados utilizasen esta estrategia para dar a entender a su familia que el conflicto en el que están combatiendo era de una crueldad extrema y que eran habituales los soldados que desarrollan algún tipo de problema psicológico. Es posible que a estas menciones a terceros les siguiesen otras cartas en las que los soldados empezasen a reconocer determinados problemas que podrían identificarse como *shell shock*, aunque no es el caso de los protagonistas de nuestra investigación.

⁵⁰³ James Healy, carta a su madre, 14 julio 1916. Europeana 1914-1918: *Brief history of my lost uncle James Healy*.

⁵⁰⁴ Harold Ward, carta a su mujer, 16 marzo 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁵⁰⁵ John William Clayford, carta a su hermano, sin fecha. Europeana 1914-1918: *John William Clayford*.

2.2. La experiencia de los oficiales

Por su parte, los soldados con un rango militar mayor sí escribieron con mayor libertad sobre el estrés y los problemas psicológicos derivados de algunas situaciones del conflicto. Es comprensible, considerando la ausencia de connotaciones negativas respecto a los problemas psicológicos desarrollados por los oficiales, que cuando estos acudiesen a los servicios sanitarios serían diagnosticados de neurastenia o *shell sick wounded* e iniciarían la ruta de evacuación hacia los hospitales especializados de Gran Bretaña.

Aunque la teoría defendiese que los oficiales estaban acostumbrados a las experiencias del combate moderno y desarrollaban síntomas psicológicos por el estrés derivado de la responsabilidad de tener otras vidas a su cargo, hemos identificado narraciones en los fondos que forman parte de esta investigación que demuestran que los oficiales también eran sensibles a las experiencias corrientes de la guerra (Bergen 2009, 291). En este sentido la correspondencia del segundo teniente A.H.L., quien combatió en la batalla del Somme y en la tercera batalla de Ypres en el verano de 1916, aporta información valiosa. Quizás debido a lo avanzado del conflicto y a los prejuicios del soldado, antes incluso de llegar a la primera línea de trincheras describió en una carta el miedo que sentía al escuchar cada vez más cerca el bombardeo continuo de artillería:

«It is an awful sensation hearing these shells coming screaming over us one after the other and not knowing where they are going to burst and of course the din is terrific and for the second night in succession I didn't get a wink of sleep.

I don't think I am at all cut out for this job, and I don't know how long I shall be able to stick it, but I am far too nervous. Last night I was all in a sweat when those blooming shells came over.

I am doing my best but I cannot help myself»⁵⁰⁶.

La experiencia de sufrir los repetidos y continuos ataques de la artillería alemana se convirtieron en uno de los factores más perturbadores para este teniente, quien describió con frecuencia el miedo, la incertidumbre y las dudas respecto a la resistencia de sus nervios frente a la guerra moderna. Al tiempo, en las siguientes líneas demostraba su deseo de enfrentarse a estas experiencias bélicas *como un hombre*, lo que nos permite reflexionar sobre el equilibrio que debían mantener los soldados en sus cartas y la disparidad de emociones que experimentaban los soldados ante un mismo estímulo. En

⁵⁰⁶ A.H.L., carta a su madre, 22 julio 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

este caso, el bombardeo de artillería infundía, por un lado, el miedo a la muerte, a no regresar a su hogar, estimulando el deseo de abandonar el ejército lo antes posible y volver a ver a su familia. Por otro lado, el mismo bombardeo o el miedo que le provocaba, despertaba en el soldado el sentido del honor y del deber, queriendo resistir las experiencias del conflicto con determinación y valentía:

«There is nothing for it out here but to face anything that comes like a man & that is what I am trying to do, although my poor nerves are very shaky. Still I pray to God that He in His great Mercy will help me & above all, mummy dear, bring me safe back home to you soon. That is my ambition just now & I do hope I may attain it»⁵⁰⁷.

Podemos relacionar el debate entre lo que A.H.L. quería hacer y lo que debía hacer con otros conflictos internos descritos por psiquiatras contemporáneos como el origen de determinados problemas psicológicos. Por ejemplo, Ernest Simmel (1882-1947), considerado uno de los creadores del concepto *neurosis de guerra*, argumentó que algunas neurosis eran producto del desacuerdo con las órdenes de los oficiales frente a las cuales no podían protestar (Bergen 2009, 298). A pesar del claro conflicto librado en la mente de este soldado, ni en la correspondencia ni en el texto que acompañaba a sus cartas e historia en la web Europea se dice en ningún momento que este sufriese de neurosis de guerra durante el conflicto. Sin embargo, encontramos narraciones en las que podemos sentir la desesperación del soldado por abandonar el servicio activo lo antes posible:

«The country here is all desolate & destroyed by the tide of War & covered with relics, rifles, bombs, equipment, letters, photos & every conceivable thing & also other more horrible sights I dare not speak to you of, it is all too horrible & I am quite sick & tired of it, mummy dear, & oh! How much I do pray to God to bring me soon back to you. I simply trust in Him & for the meanwhile I must try & endure like a man, for the sake of the men. I believe they think I like it !!!! But I don't & no words can express the unspeakable horror of this war. It is far far worse than I ever realized it to be & I say this that people at home cannot do too much for the boys out here, the brave Tommies whom we look after; they are fine, mummy dear, & I have seen & do see each day the sufferings they endure & they are very real!»⁵⁰⁸.

⁵⁰⁷ A.H.L., carta a su madre, 27 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵⁰⁸ A.H.L., carta a su madre, 22 octubre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

Tras esta narración se disculpó por haber escrito de esa manera, pues entendió que su familia se preocupaba por él y que tampoco era fácil para ellos leer que su hijo estaba sufriendo:

«Forgive me writing like this & I know you think about us out here but there are people at home by the thousand, sitting before the fire & in every luxury who are content to read the official reports of “British progress” etc & if they could only realize what it mean. I know every inch of ground gained is at a fearful cost!»⁵⁰⁹.

Debemos recordar lo extraordinario de estas cartas en las que no describe elementos agradables del conflicto, sino que se centra en los horrores de la guerra de una forma general, pues, aunque describa el bombardeo de artillería, reconoció su incapacidad para escribir sobre algunos aspectos, lo que se ha convertido en una característica definitoria de las experiencias de la Primera Guerra Mundial. Esto nos indica el elevado nivel de estrés y desesperación que debía sentir A.H.L. para escribir una carta de estas características. Además, representa una excepción a los hallazgos de la investigación de Gibelli (1998, 59), pues esta misiva es la que expresa la crueldad de la guerra lo más explícitamente que puede iba dirigida a su madre.

Por otro lado, las dudas con respecto a la resistencia mental de los soldados que formaban los Nuevos Ejércitos se relacionaban con la falta de entrenamiento psicológico previo a la participación en el conflicto. Este adiestramiento mental debía enseñar a los soldados a desarrollar estrategias para reprimir el miedo, la ansiedad y el estrés psicológico que causaba la guerra moderna (Rivers 1918, 2). Sin embargo, hemos comprobado a través de las narraciones de la correspondencia de Arthur Ramsay Stanley-Clarke que los soldados profesionales fueron igualmente vulnerables a las experiencias de la guerra moderna, pues tampoco habían recibido la formación psicológica que Rivers consideraba necesaria.

En el resto de las cartas de A.H.L. podemos observar que el bombardeo de artillería, tanto aliado como enemigo, continuó siendo el principal estímulo que despertaba el estrés y el miedo del soldado, reconociendo que en ocasiones estaba muy cerca de sobrepasar su capacidad para resistir psicológicamente:

⁵⁰⁹ A.H.L., carta a su madre, 22 octubre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

«I have shivered in a shell hole with a bit of cover put up by ourselves. The guns are roaring right & every now & again our own bombardment reaches an intensity that surpasses anything one could conceive.

It is awful, simply awful & it almost gets over one at times, I know it does over me!»⁵¹⁰.

Como hemos descrito en el apartado anterior, el bombardeo de artillería fue la primera causa que se identificó en los soldados que presentaron problemas psicológicos y dio nombre al término que se utilizó para nombrar esta enfermedad, *shell-shock*. Aunque a lo largo del conflicto se identificaron otras experiencias que precipitaban los problemas psicológicos de los soldados, el bombardeo fue una de las principales causas de este tipo de problemas durante todo el conflicto debido al efecto devastador que tenía como estímulo de uno de los órganos sensitivos más sensibles: el oído. Audoin-Rouzeau (2006, 295) ha argumentado que las agresiones sensoriales como el bombardeo o el olor de los cuerpos en descomposición que se acumulaban en las trincheras eran los factores que solían desencadenar el *breakdown* de los soldados. Otros como Van Bergen (2009, 269) han insistido en la agresividad del bombardeo de artillería para los sentidos, pues además de oírse se sentía en todo el cuerpo y atrapaba a los soldados en las trincheras. A este había que añadir otros estímulos auditivos igualmente desagradables como los gritos, los llantos y los gemidos de los soldados heridos que quedaban abandonados en la tierra de nadie y que antecedian el futuro de los hombres que los escuchaban desde las trincheras.

En otras cartas de A.H.L. encontramos descripciones de los efectos del bombardeo de artillería: «But when they start bombarding with High Explosives it is nothing more than Hell. I know it shook me up terribly and I felt good for nothing for some hours»⁵¹¹. Es posible que el estado de anestesia emocional o la incapacidad para sentirse bien durante unas horas después del bombardeo indiquen cierto nivel de sufrimiento emocional y psicológico en el soldado, independientemente del nombre que utilizasen para clasificarlo. Una de las cuestiones que planteábamos en el apartado anterior era si los soldados eran conscientes de los efectos psicológicos de las experiencias bélicas, o si consideraban este tipo de problemas inherentes a la guerra. No encontramos respuesta alguna a estas preguntas en la correspondencia de A.H.L., pues ante el miedo que le producía el bombardeo de artillería se muestra decidido a superarlo, pero también a

⁵¹⁰ A.H.L., carta a su madre, 22 octubre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵¹¹ A.H.L., carta a su madre, 20 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

ocultarlo a sus pares, un comportamiento coherente teniendo en cuenta las connotaciones de debilidad asociadas a las enfermedades mentales.

Cabe destacar que sea un teniente el autor de estas palabras, pues era importante para mantener la disciplina y la moral del grupo que los oficiales al mando se mostrasen valientes y seguros. Como hemos analizado en otros capítulos, este comportamiento ejemplar ayudaba a los soldados a mantener la calma ante las experiencias traumáticas de la guerra de trincheras y a no dejarse controlar por el miedo. Sin embargo, en otras narraciones en las que sufrieron el bombardeo de artillería, A.H.L. da cuenta de lo difícil que le resultaba ocultar el temor y el miedo delante de sus subordinados:

«I was out with an officer who has been with this battalion since it was in Gallipoli and believe me he was nearly as startled as I was. It is a terrible thing to be shelled and it is so easy to understand why so many chaps go home with nerves.

My heart was thumping like the Dickens before it was all over. The great thing is self control which you must have or else fear will get the mastery over you and you will make an ass of yourself. That is why an officer's job is so hard out here in that he must always appear cool and collected before the men whatever he feels»⁵¹².

En esta misiva podemos apreciar la preocupación de A.H.L. por comportarse como es debido delante de otros soldados durante el bombardeo de artillería, pero no tenía reparos en mostrarse vulnerable y temeroso en las cartas que enviaba a su familia. Historiadores como Richard Aldington han argumentado que la preocupación por parecer preocupado era un estado que podían alcanzar los soldados durante el conflicto, pero que debía ser transitorio, de otra manera los soldados estaban demasiado asustados por dar una imagen de valentía que eran incapaces de continuar con la actividad bélica (Bergen 2009, 273).

Este tipo de narraciones apoyan la idea de que los soldados eran sinceros en sus mensajes, brutalmente sinceros en ocasiones, tesis que venimos defendiendo durante toda la investigación. En el caso de A.H.L. y otros oficiales, ocultar su ansiedad al resto de compañeros y especialmente a los soldados que estaban bajo sus órdenes era una obligación para que los combatientes de su unidad no se dejasen gobernar por el miedo. Esta clase de preocupación o estrés derivado de la responsabilidad de tener otras vidas a su cargo y de ser una figura de autoridad para otros combatientes es la que, según los médicos y psiquiatras contemporáneos, causaba los problemas psicológicos de los

⁵¹² A.H.L., carta a su madre, 11 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

oficiales. Esto era así porque se creía que los oficiales, que solían pertenecer a las élites sociales, estaban preparados para soportar las experiencias de la guerra mejor que los hombres de las clases más desfavorecidas, por lo que sus problemas psicológicos estaban relacionados con el esfuerzo mental que debían realizar durante el servicio militar. Sin embargo, hemos podido comprobar en base a los testimonios de este teniente que algunos oficiales no pudieron evitar mostrar sus emociones en sus cartas, trasgrediendo la norma moral de clase y equiparándose a la sensibilidad que afectaba a los soldados rasos.

Por último, con la excepción del estrés que le producía lidiar con la obligación de ocultar su miedo a los soldados que estaban a su cargo, no hemos identificado referencias a aquellos estímulos que, según la teoría, debían afectar a los nervios de los oficiales como la preocupación por el estado de sus subordinados (Bergen 2009, 299).

2.2.1. *El estrés de la guerra moderna*

Aunque A.H.L. no escribiese habitualmente sobre el estado de los hombres a su mando, lo habitual en la correspondencia de otros oficiales que forman parte de esta investigación es que describiesen el estado de los componentes de su unidad, incluyendo los problemas psicológicos, cuando se tenía conocimiento de ellos. También identificamos varios ejemplos en los que los oficiales al mando hicieron referencia al estado psicológico de sus hombres, desde la descripción de Stanley-Clarke sobre la obsesión de uno de sus soldados: «I remembered about the chap I told you of before who thought everyone was a German so I had a strong bodyguard around me when I went to see him»⁵¹³, hasta otros enunciados menos detallados y específicos sobre la salud mental: «Mande has left temporarily on account of nervous breakdown»⁵¹⁴, «Did I tell you that Hicks had been sent back some time ago as his nerve had gone and he seems very shaky»⁵¹⁵ y: «My men are in fine form now - better than ever. They had got a bit "nervy"

⁵¹³ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 abril 1915. Europeana 1914-1918: *Letters from 1914/15 Ypres*.

⁵¹⁴ George Ernest Millner, carta a su mujer, 30 mayo 1915. Europeana 1914-1918: *Paris-born English officer*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_5063

⁵¹⁵ Harold Ward, carta a su mujer, 17 mayo 1917. Europeana 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

with the strain after our long spell in front, but the bit of training we had and the good weather we have enjoyed has done them all good»⁵¹⁶.

A pesar de que los oficiales no sufrían las mismas connotaciones negativas que afectaban a los soldados rasos que desarrollaban enfermedades mentales, es muy probable que estos tuviesen reticencias a reconocer los problemas psicológicos propios. El tipo de narraciones sobre el estado de los subordinados, como la del capitán Ward, indican la preocupación y el estrés derivado de la responsabilidad como mandos intermedios, pero también servía para destacar el buen trabajo que estaba realizando como oficial al mando. Cuando la salud física y mental de la unidad era buena, relacionaba este estado con sus dotes de mando y capacidad para tranquilizar y liderar a su equipo. Mientras que cuando había algún soldado o soldados que no eran capaces de resistir mentalmente las experiencias de la guerra, también quedaba como un buen oficial al identificar a aquellos que debían abandonar la unidad por el bien del grupo. En el caso particular del capitán Harold Ward, intercalaba cartas en las que escribía sobre aquellos soldados débiles que habían abandonado el frente a causa de su incapacidad para soportar los avatares de la guerra con otras misivas en las que alababa el comportamiento de sus hombres:

«Then the same old wait and a realisation that some who started with you have left the line the waiting is the nervous business, shells overhead, in front, behind then this side then that. A hit here, a lucky escape there and the nervous man gives play to his imagination and is finished. It is wonderful how few there are who break down under the strain. the more I see of the men the more I respect and admire them. The danger they know and they smile at it. They are cheerful and merry always and even when they grumble or groan (which is often) why it's a cheerful grumble at which they will laugh as quickly as I do»⁵¹⁷.

Aunque las referencias y reflexiones sobre la salud mental de terceros sea lo más habitual en la correspondencia de los oficiales, también hemos identificado cartas en las que escribieron sobre el estrés mental que estaban sufriendo ante determinadas experiencias bélicas, como fue el caso de A.H.L. y el bombardeo de artillería: «I am on a rather ticklish job at present that is an all night patrol in no man's land. It is very exciting and will be more so if we come across a German patrol. The guns are at it all the time and

⁵¹⁶ Harold Ward, carta a su mujer, 10 junio 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁵¹⁷ Harold Ward, carta a su mujer, 12 mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

I am really sick of them, beastly things night and day»⁵¹⁸. Estímulos a los que todos los soldados estaban expuestos, aunque no fuesen tan sensibles a sus efectos como A.H.L.

Otros soldados no aportaban datos específicos sobre aquello que les estresaba y se referían, en general, a las prolongadas estancias en las trincheras, los momentos de mayor actividad bélica en el frente, o el alivio que les provocaban los periodos de descanso en la retaguardia, alejados de las trincheras:

«I must write a few lines before going to feed. I have had a good long ride across country plus a walk to look over the new position which we are taking over tomorrow night. It doesn't look too bad considering that it is part of the front line. I feel a lot better for the rest and it has been a good rest from the mental strain»⁵¹⁹.

Al margen de los fragmentos reproducidos hasta el momento en el que los oficiales plasmaron el estrés y sufrimiento emocional y psicológico derivado de sus experiencias en el conflicto, destacan el equilibrio y el control de la situación demostrado por Ward en cada una de sus misivas, en las que hizo gala de templanza y tranquilidad incluso al enumerar las bajas sufridas en una u otra ofensiva. Como hemos concluido en otros capítulos de la investigación, Ward demostró un aparente control de su situación en el conflicto, también al ser capaz de abstraerse durante los periodos de descanso fuera de las trincheras, consiguiendo disminuir el estrés sin obsesionarse con las dificultades que sufrirían durante la siguiente estancia en las trincheras: «I am not having too bad a time Darling. The strain is rather severe at times but it slackens off and then one does not anticipate the future strain so one really does get a rest»⁵²⁰.

Sin embargo, no todos eran capaces de desconectar tan fácilmente del conflicto en el que estaban sumidos y disfrutar del merecido descanso físico y mental. Algunos soldados estaban tan inmersos en el ambiente militar que los elementos de la guerra moderna se colaban en sus sueños, transformando el continuo bombardeo en tormentas eléctricas, por ejemplo: «Last night I dreamt that I was in a terrific thunderstorm and woke

⁵¹⁸ A.H.L., carta a su madre, 25 agosto 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵¹⁹ Harold Ward, carta a su esposa, 26 abril 1917. Europea 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁵²⁰ Harold Ward, carta a su esposa, 23 mayo 1917. Europea 1914-1918: *Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

up to the tune of the French guns roaring away in the distance and the heavy guns of the Germans answering»⁵²¹.

Cuando los traumas de los soldados no se trataban, la asociación de estas experiencias y estímulos como la del fragmento anterior podía llevar al soldado a sufrir nuevos episodios de neurosis de guerra una vez hubiesen vuelto a la vida civil. Ante el ruido ensordecedor de una tormenta que recuerda al bombardeo de artillería, la mente del soldado se trasladaría a las trincheras y se sentiría, de nuevo, acorralado en un combate en el que participaban fuerzas incontrolables, precipitando el *breakdown* del veterano. Como hemos descrito en apartados anteriores, estas referencias al estrés mental y los síntomas asociados como las pesadillas, la falta de sueño: «I have been out for the past two nights and tried to sleep during the day with fair success»⁵²², aunque en este caso se deba a la realización de trabajos por la noche, y las pérdidas de memoria se han relacionado con el tipo de neurosis de guerra que sufrían los oficiales (Bergen 2009, 291).

Por último, al igual que otros médicos y psiquiatras contemporáneos, Harvey Cushing mostró un especial interés por aquellos soldados que desarrollaban problemas psicológicos durante la guerra. En octubre de 1918 estuvo ingresado en un hospital de Priez, Francia, por una enfermedad de la que no se aporta el nombre. Gracias a su profesión se le permitió estar presente durante las entrevistas a un oficial norteamericano que había sufrido una variante de neurosis de guerra y había desarrollado, entre otros síntomas, tartamudez, ceguera y alteraciones motrices. Peter Englund (2011, 626-631) recoge en su investigación las anotaciones que realizó Harvey tras la entrevista con el teniente B, quien había sido trasladado a un punto del frente cercano a Reims para protagonizar una ofensiva junto al ejército francés. Al poco tiempo de llegar todos los oficiales superiores fueron alcanzados por la artillería alemana y B tuvo que hacerse cargo del mando de la unidad y asumir las tareas de los oficiales que habían fallecido. Durante seis días apenas pudo dormir debido a los continuos ataques y contraataques en los que luchaban por controlar una pequeña población cercana, incluso cuando fueron relevados tuvieron que caminar durante todo el día hasta la retaguardia del frente. La situación del teniente B se complicó, pues había olvidado el libro de códigos y tuvo que volver a por él, descubriendo un herido que no había sido evacuado. Cuando intentaba cargar con este

⁵²¹ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 18 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁵²² Harold Ward, carta a su mujer, 30 marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

fueron descubiertos por los alemanes, quienes alcanzaron y mataron al soldado herido, pero no al teniente. Al llegar al campo de retaguardia temblaba, tartamudeaba, empezaba a perder la visión y estaba obsesionado con la idea de que si se dormía se quedaría ciego, por lo que fue trasladado inmediatamente al hospital de referencia de la unidad y después al hospital en el que estaba ingresado Harvey Cushing.

En el último momento de la conversación, el psiquiatra responsable interrogó al teniente sobre su estado actual, pues había expresado su deseo de regresar al frente y formar parte de la última ofensiva, contestando:

«Lo peor actualmente son los sueños; no son sueños, de hecho, porque en mitad de una conversación normal y corriente se me puede aparecer con claridad la cara de un alemán a quien le clavé la bayoneta, y entonces oigo esas horribles gárgaras y veo su rostro desencajado. ¡Y los atroces olores! Si quiere que se lo diga, apenas soporto ver cómo sirven carne en la mesa. Por no hablar del tormento que supone la tienda del carnicero que tenemos precisamente debajo de la ventana. Cada día que pasa intento acostumbrarme» (Englund 2011, 631).

La experiencia de este teniente aglutina varios de los factores sobre los que reflexionaron los psiquiatras de la Primera Guerra Mundial y otros que hemos recogido a lo largo de nuestra investigación. En primer lugar, la narración del teniente B corresponde a su primera experiencia en combate, un combate moderno en el que sufrió los ataques en los que se coordinaban el bombardeo de artillería, la utilización de armas químicas y otras tácticas militares en una misma ofensiva. Además, en su última intervención sobre su estado actual destacan las agresiones del olfato sufridas durante la batalla, cuyos efectos perduraban incluso en el hospital y han sido descritas como desencadenantes de problemas psicológicos graves por Audoin-Rouzeau (2006, 295).

Por todo lo anterior, podemos concluir que todos los soldados tenían razones para ocultar a sus familias el sufrimiento emocional y psicológico que les provocaban las experiencias de la guerra en mayor o menor medida. Sin embargo, los oficiales escribieron con mayor libertad y detalle sobre los problemas de los hombres que comandaban, pues era más fácil escribir sobre los problemas de los subordinados que sobre los propios. También podemos inferir en base a las descripciones precisas que realizaban los oficiales sobre el estado mental de sus hombres que los primeros comprendían los efectos psicológicos de los estímulos a los que ambos estaban expuestos. Al tiempo, era habitual que los oficiales reconociesen el estrés y los nervios derivados de

su responsabilidad durante el conflicto y, excepcionalmente, el miedo relacionado con algunas experiencias concretas del conflicto como el bombardeo de artillería.

2.3. El deseo de escapar

«I am not looking forward to France at all & I dread it & I only hope I am not there long»⁵²³,
A.H.L.

Aunque analicemos este sentimiento en estos momentos, podríamos inferir que estaba presente en el imaginario colectivo de los soldados prácticamente desde el inicio de su experiencia bélica, pues así lo indica la presencia en la correspondencia de prácticamente todos los soldados de expresiones de esperanza de que el conflicto acabase lo antes posible para poder regresar a sus hogares. Además, este sentimiento también podría estar relacionado con la falta de mensajes en los que los soldados reprodujesen el discurso de la propaganda británica al inicio de su experiencia bélica. En este sentido, la carta con la que iniciamos este capítulo no fue enviada al inicio de la experiencia bélica de A.H.L., pero otros fragmentos que hemos reproducido a lo largo de la investigación indican que el deseo de escapar del frente occidental estuvo presente desde su llegada a las trincheras en julio de 1916.

En cuanto al deseo de no ir a la guerra, merece una mención especial el frente occidental, pues era el espacio de enfrentamiento de mayor importancia para ambos bandos y donde se realizaron las principales ofensivas de la Primera Guerra Mundial. Además, era el principal objetivo de la propaganda británica, que se esforzaba en culpar al Kaiser Guillermo II de la guerra en la que estaba sumida el continente y de demonizar al ejército alemán. De hecho, los soldados germanos eran los protagonistas de la propaganda de atrocidades que tanta repercusión tuvo durante y después del conflicto. Es posible que, debido a la propaganda recibida desde el inicio de la guerra, el frente occidental fuese el destino más temido por los soldados británicos, llegando estos a animar a otros jóvenes a que se alistasen en otro cuerpo del ejército que no fuese el de tierra: «So Jack has joined the Navy? I think he has done the right thing. In any case it is a much cleaner and healthier job than being in the trenches»⁵²⁴.

⁵²³ A.H.L., carta a su madre, 27 enero 1917. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵²⁴ Alvin Whiteley, carta a su familia, 2 octubre 1916. Europea 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 2 of 6*.

Aunque los soldados desconociesen las estadísticas oficiales de las batallas libradas en el frente occidental, estos no serían ajenos a la situación del conflicto ni a las historias que contaban los soldados de otras unidades, al tiempo que durante su propia experiencia en las ofensivas serían testigos del elevado número de bajas que sufría el ejército día tras día. Aunque este fenómeno no fue exclusivo del frente occidental, pues el número de bajas sufrido por el ejército británico en otros frentes como la batalla de Galípoli, fue igual de dañino para el ejército, la población y el futuro del Imperio: «After five days on the Peninsular we did not have an Officer left in our regiment, and only barely half the men. I have seen a few of our Officers in the casualty list, but no men»⁵²⁵.

En este sentido, la correspondencia de Alvin Whiteley representa uno de los mejores ejemplos de la determinación que tenían algunos soldados de no acudir por primera vez o de no regresar al frente occidental bajo ningún concepto. Recordemos que Alvin fue enviado a un hospital de Gran Bretaña para recuperarse de una enfermedad que no especifica en su correspondencia y que una vez recuperado iba a ser enviado a las trincheras del frente occidental. Fue entonces cuando comenzó a pensar en qué posibilidades tenía para intentar escapar de su destino:

«I have seen the application of one of my chums today and it specifies several corps for which a man may apply for a commission and I may be able to get into something which would be more suitable for me with my knowledge of French & German. Then too my short sightedness may help me»⁵²⁶.

Con esta carta inicia el relato de una serie de revisiones médicas que hemos reproducido parcialmente en capítulos anteriores en las que Whiteley intentó que le considerasen no apto para el servicio debido a su déficit visual. El problema para nuestro soldado era que, si los médicos que realizaban los reconocimientos sanitarios consideraban que su problema de visión podía corregirse con lentes, sería considerado apto para el combate y enviado al frente:

«I had to report to the doctor this morning and told him that the eye specialist had prescribed spectacles for me and had said that I should probably be transferred into

⁵²⁵ Ernest John Cowles, carta a un amigo, 29 septiembre 1915. The National Archives, Letters from the First World War, part one, Dardanelles: “caught dysentery”.

⁵²⁶ Alvin Whiteley, carta a su familia, 19 febrero 1917. Europeana 1914-1918: *Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

Section B, but the doctor says that as soon as any man gets spectacles he is considered a fit man, provided he is physically fit, so I think the matter ends there»⁵²⁷.

En tal caso, podía aplicar para formar parte de otros cuerpos del ejército o realizar trabajos en campos de entrenamiento británicos, pero su solicitud sería rechazada en el momento en que le considerasen apto para el servicio activo. Durante el periodo que duraron las revisiones médicas, realizó diferentes trabajos temporales de oficina en campos de entrenamiento situados cerca de Dover: «I have got another temporary office job for two or three days at another camp about half a mile from ours»⁵²⁸. Mientras, enviaba solicitudes para formar parte de diferentes cuerpos del ejército como el Departamento de Inteligencia donde realizaría entrevistas a los prisioneros alemanes, dado su conocimiento del idioma: «He has specially recommended me for the Intelligence Department and I hope I am successful in obtaining the job. I think the work will consist of interviewing German prisoners and translating documents»⁵²⁹.

Podríamos argumentar que Alvin solicitase el traslado a este tipo de departamentos del ejército con el único propósito de prolongar su permanencia de Gran Bretaña, pues mientras estuviese pendiente de aceptación o rechazo, no podía ser enviado al frente:

« Now don't you worry about this commission I am hoping to get. It is quite all right and in any case it has kept me in England - three of our chaps who came over on my boat have already gone to France and others will be going any day. We who have applied for commissions are kept back until the result of our application is known »⁵³⁰.

De hecho, ante la aparente incertidumbre que debía generarle desconocer su futuro a corto y medio plazo, en varias cartas expresó la felicidad que le provocaba permanecer en Gran Bretaña y mantenerse alejado el mayor tiempo posible del servicio activo: «I should be quite happy if they would let me stay on here until the war is over»⁵³¹. No solo por él, también porque sabía que mientras estuviese allí evitaba el sufrimiento y la

⁵²⁷ Alvin Whiteley, carta a su familia, 21 febrero 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁵²⁸ Alvin Whiteley, carta a su familia, 16 de marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁵²⁹ Alvin Whiteley, carta a su madre, 19 de marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁵³⁰ Alvin Whiteley, carta a su familia, 24 de marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁵³¹ Alvin Whiteley, carta a su familia, 5 de mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

preocupación de su familia: «Let's hope things will always keep so. For myself I don't care what happens, but on account of the anxiety it would cause to Lilian and you I don't want to be sent over the other side»⁵³².

Eventualmente, a finales de junio se cumplieron sus deseos y en una de las revisiones médicas le clasificaron en el grupo C1, lo que significaba que además de ser considerado no apto para el servicio activo, implicaba que su “enfermedad” no era recuperable. No tardó Alvin en transmitir la buena noticia a su familia y narrar con detalle lo sucedido en aquel reconocimiento médico, sobre el que reflexionaremos en los próximos párrafos:

« The news is so good that if I hear of Mother worrying again and telling me she is looking old I shall be really cross. I went before the board yesterday, and would you believe it, instead of being marked down to B1 I have been marked still lower to C1. Hurrah! Haven't time to give you details now, but will write you more fully later »⁵³³.

Por otra parte, durante el casi medio año que estuvo en Gran Bretaña solicitando nuevas revisiones médicas hasta que fue considerado no apto para el servicio activo, dedicó espacio en sus cartas a reflexionar sobre el alistamiento en el ejército de algunos miembros de su familia y conocidos. Resulta coherente con el discurso que transmitió en estas misivas que aconsejase a sus familiares y allegados evitar ser destinados en el frente occidental. Por ello, insta a aquellos que tenían una determinada formación o profesión y querían alistarse en el ejército que solicitaran destino en cuerpos especiales como el Royal Engineers: «I hope Charlie won't have to go, but even if he should have to do, he ought to be able to get into the Royal Engineers with his job»⁵³⁴.

Al tiempo, recordemos que a mediados de 1916 el ejército británico instauró el servicio militar obligatorio en algunos territorios de su imperio, reclutando a aquellos jóvenes que no se habían alistado voluntariamente en los años anteriores. Ante la elevada necesidad de nuevos soldados parece que el padre de Alvin se planteó alistarse en el ejército, a lo que su hijo respondió:

⁵³² Alvin Whiteley, carta a su familia, 8 de junio 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 4 of 6*.

⁵³³ Alvin Whiteley, carta a su familia, 30 de junio 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 4 of 6*.

⁵³⁴ Alvin Whiteley, carta a su familia, 21 de mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

«No, I should just think Father won't volunteer! If the country really was fast for men and if we had any leaders worthy of the name, they would jolly soon hunt out all the rabbits before taking one man over forty-one. Still, I think before long there will be no further need of men, and especially now that we seem to be tackling the German submarines so successfully»⁵³⁵.

Una de las incógnitas de esta carta es el término *rabbit* que utiliza, aparentemente, de forma despectiva para referirse a un grupo social que no hemos identificado ni en la correspondencia del soldado ni en la bibliografía secundaria consultada. No obstante, la expresión que utilizó, *Hunt out all the rabbits*, nos hace pensar en que quizás se refiera a aquellos jóvenes que teniendo una edad y condiciones físicas adecuadas para la guerra no se alistaron voluntarios al inicio del conflicto, de ahí que el gobierno tenga que cazarlos y llevarlos a las trincheras. Whiteley también expresó este argumento en otra de sus misivas en la que se quejaba de que el ejército estuviese llamando a filas, o permitiendo, que hombres maduros se presentasen voluntarios mientras hubiese jóvenes británicos en mejores condiciones físicas para la guerra que permanecían ajenos a sus obligaciones:

«So Mr Stockton is having to go and yet young Hooson manages to stick it. Personally I don't know how he and such as he have nerve enough to be seen walking in the streets. Anybody like them who has the pluck to do that, surely have the pluck to fight. They must suffer from cold feet»⁵³⁶.

En este punto, merece la pena recordar que a Alvin ya le habían aceptado para el servicio activo en varias ocasiones y que seguía intentando que reconsiderasen su déficit visual para evitar ir a las trincheras. Resulta curioso, como poco, que censurase de esa manera la actitud del *joven Hooson*, que quería evitar el servicio militar, cuando la única diferencia entre ambos es que Whiteley había prestado servicio en el África Oriental alemana. Pero él mismo reconoció la anómala tranquilidad de la que había disfrutado durante dichos meses en los que no llegó a entrar en combate. A pesar de este detalle, es posible que ante la noticia de su envío al frente occidental despertase en Alvin cierto orgullo e instinto de supervivencia que le llevase a defender su derecho a regresar a casa tras haber cumplido con su deber en el ejército. Un sentimiento que se retroalimentaría a través de las experiencias de otros soldados que estuviesen en una situación similar a la

⁵³⁵ Alvin Whiteley, carta a su familia, 21 de mayo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁵³⁶ Alvin Whiteley, carta a su familia, 26 de abril 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

de Whiteley y con el que compartirían experiencias. De hecho, en otras cartas expresó cierto descontento con el ejército y la falta de reconocimiento de derechos que creía que se había ganado por sus servicios: «A soldier seems to have very few rights, and if he doesn't stick up for those he won't get them. However, they won't beat Alvin so very easily»⁵³⁷.

Por otra parte, fueron sus servicios militares en África lo que ablandó el corazón del oficial médico que le clasificó en la categoría C1, evitando que fuese enviado al frente durante el resto de su carrera militar:

«the President read the eye-specialist's report and had evidently decided what to mark me, then he looked up and said had I no other trouble than my eyes, evidently thinking that I hadn't seen any service. For a thousandth part of a second I thought he was going to say A1, but I replied "Well, sir, I was invalided home from East Africa." That touched his heart immediately, and without even referring to the other members of the Board he said "Oh, in that case we will give you C1" I was absolutely thunderstruck, and almost feared he had made a mistake, but the details came through from the Orderly Room this morning "Lance Corporal Alvin Whiteley 41739, C1, unlikely to become fit."»⁵³⁸.

Por un lado, podemos considerar que Alvin manipuló al oficial médico para que le considerase no apto para el servicio militar activo, pues la expresión *I was invalided home from East Africa*, ocultaba la realidad de su experiencia en el ejército que, según su correspondencia, fue de lo más agradable y satisfactoria. Por otro lado, aunque en la definición de *invalid someone out* actual del diccionario de Cambridge incluyan heridas y enfermedades como causas para que alguien sea apartado del servicio militar, es fácil suponer que durante la Primera Guerra Mundial se ligaba esta expresión a una lesión física recibida durante una ofensiva, pues este era el caso de la mayor parte de soldados que abandonaban el frente occidental (Watson 2008, 20).

En contraste con las narraciones pausadas y pensadas de Whiteley, contamos con la correspondencia del segundo teniente A.H.L., quien estando destinado en las trincheras del frente occidental expresó con claridad su deseo de abandonar el frente lo antes posible: «There is a great deal of interest here from a military point of view but the novelty has

⁵³⁷ Alvin Whiteley, carta a su familia, 30 de junio 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 4 of 6*.

⁵³⁸ Alvin Whiteley, carta a su familia, 1 de julio 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 4 of 6*.

worn off a long time ago and all I want is to get back home to you mummy dear and live in peace and quiet for always»⁵³⁹.

Con este tipo de mensajes los combatientes expresaban la añoranza sentida ante la separación de sus seres queridos. Este deseo de regresar a casa podía suponer un refugio que ayudaba a los soldados a mitigar el miedo y el estrés provocado por las experiencias traumáticas de la guerra, pero también podía transformarse ante determinadas experiencias, o por la influencia de otras emociones como el miedo, y convertirse en una obsesión para los soldados. Esto explicaría algunas narraciones en las que los soldados expresaron el deseo de volver a casa y de escapar del frente con cierta desesperación, indicando que no eran capaces de soportar durante más tiempo las experiencias del conflicto, como fue el caso del segundo teniente A.H.L.:

«The country here is all desolate & destroyed by the tide of War & covered with relics, rifles, bombs, equipment, letters, photos & every conceivable thing & also other more horrible sights I dare not speak to you of, it is all too horrible & I am quite sick & tired of it, mummy dear, & oh! How much I do pray to God to bring me soon back to you. I simply trust in Him & for the meanwhile I must try & endure like a man, for the sake of the men. I believe they think I like it !!!! But I don't & no words can express the unspeakable horror of this war. It is far far worse than I ever realized it to be & I say this that people at home cannot do too much for the boys out here, the brave Tommies whom we look after; they are fine, mummy dear, & I have seen & do see each day the sufferings they endure & they are very real!»⁵⁴⁰.

En el caso de A.H.L. es probable que el continuo bombardeo de artillería motivara este tipo de narraciones en las que domina la desesperación y el miedo. Sin embargo, podemos inferir que otras experiencias, como la muerte de un compañero, podían provocar emociones tan intensas e incontrolables como el bombardeo de artillería. En el caso de A.H.L. sus deseos se cumplieron cuando abandonó definitivamente el frente occidental tras ser alcanzado en agosto de 1917 y enviado al Somerville Hospital de Oxford desde donde escribió: «Yes! I am indeed truly thankful to be here, mummy, & I never cease to thank God for it!»⁵⁴¹.

⁵³⁹ A.H.L., carta a su madre, 23 septiembre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵⁴⁰ A.H.L., carta a su madre, 22 octubre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵⁴¹ A.H.L., carta a su madre, 29 junio 1917. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

Un año antes, el 28 de octubre de 1916 ingresó en el Robert Lindsay Hospital de Londres, donde permaneció dos meses recuperándose de una herida accidental en la rodilla. En aquel primer ingreso ya expresó su deseo de que su recuperación se prolongase hasta el final de la guerra: «After a certain time I shall go before a Medical Board and they are the people who can give me sick leave. I don't know how much I shall get, not very much I think, but I know how much I should like – until the end of the War»⁵⁴². Debemos considerar que la desesperación con la que describió el teniente A.H.L. su experiencia bélica, su especial sensibilidad al bombardeo de artillería, las repetidas referencias a la necesidad que tenía de regresar a su hogar lo antes posible y el hecho de que su primer ingreso en el hospital se debiese a una lesión accidental, son factores que nos inducen a pensar que estuvo sometido a un estrés y un sufrimiento psicológico tal que le llevase a asumir riesgos innecesarios o incluso plantearse infringirse alguna lesión para escapar del frente. Evidentemente esta es una suposición que no podemos comprobar, pero la suma de experiencias y estímulos que hemos recogido podrían conducir a ese estado de desesperación extremo en el que los soldados eran capaces de hacer cualquier cosa para ser evacuados del frente. De hecho, en varias ocasiones expresó su deseo de sufrir una herida para regresar a Inglaterra: «One of our officers got a lovely wound which will take him home to dear old England! Oh! Why can't I get one, mummy dear I am just longing and yearning to see you all again»⁵⁴³. Además, durante su primer ingreso acompañó su relato sobre cómo se había lesionado en las trincheras con la expresión continuada de su deseo de abandonar las trincheras y no regresar:

«Just a line to let you know I am still here & do not know yet when I leave. My knee is still sore & I cannot walk properly on it yet, but I fear I shall be sent up the line as soon as poss. Anyway I have had a welcome rest and change from the awful mud of the line. The mud was responsible for my accident as I slipped crossing a trench and fell into it on my back & I was almost buried by the foul slime. It took about 8 of the men to get me out. My goodness! It is utterly impossible to describe the conditions up there & I dread going back! How I would love to see you again»⁵⁴⁴.

⁵⁴² A.H.L., carta a su madre, 8 noviembre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵⁴³ A.H.L., carta a su madre, 12 mayo 1917. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

⁵⁴⁴ A.H.L., carta a su madre, 3 noviembre 1916. Actualmente no disponible en la web Europea 1914-1918.

A pesar de lo sospechosa que pueda parecer la lesión accidental de rodilla o la falta de una descripción clara de la forma en que fue alcanzado en agosto de 1917, no tenemos forma de confirmar que A.H.L. se provocase dichas heridas, o que se pusiese en riesgo a propósito para ser alcanzado por el enemigo. Sin embargo, nos permite introducir algunos de los sucesos de la Primera Guerra Mundial que, por realizarse en solitario, por esconderse tanto a los compañeros como a las familias, han permanecido en un segundo plano en la historiografía de los soldados del conflicto, aunque siempre reciben algún espacio en las investigaciones: las heridas autoinfligidas y los suicidios.

Leo van Bergen (2009, 267) ha argumentado que los soldados del ejército británico no protagonizaron motines masivos, ni un alto porcentaje de heridas autoinfligidas, pues la mayor parte de los combatientes se habían acostumbrado a las experiencias de la guerra y eran, hasta cierto punto, insensibles a las atrocidades que presenciaban diariamente. También podemos considerar que la propaganda de atrocidades orquestada por el gobierno británico cumplió su objetivo al preparar a los soldados ante la visión de determinadas escenas en el frente. Otros historiadores han argumentado que la organización de la sociedad industrial británica anterior a la guerra también protegía a los soldados psicológicamente de las experiencias de la guerra, pues la sociedad industrial establecía una clara diferencia entre la masa de trabajadores de las fábricas y los pocos hombres que las dirigían y daban las órdenes. Esta jerarquización del ambiente laboral facilitaba la transición de la vida civil a la militar, en la que los soldados debían obedecer las directrices de sus superiores sin cuestionarlas (Watson 2008, 3). Ambos argumentos explicarían la ausencia de motines masivos y desertiones en el ejército británico, aunque también podríamos recurrir a la ocultación y al control ejercido por los oficiales en lo referente al comportamiento y a las quejas expresadas por los hombres a su cargo que hemos reproducido a lo largo de la investigación:

« It is wonderful how cheery the men are, the weak ones go sick after a couple of weeks and are sent home, the rest stay on; in my Platoon if I hear a man grumble I make it a crime and give him something to grumble about. So my Platoon is very cheerful (at all events when I see them) »⁵⁴⁵.

En el caso de Alvin Whiteley de quien hemos reproducido parte de las cartas que envió durante su estancia en Gran Bretaña hasta que fue considerado no apto para el

⁵⁴⁵ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 22 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

servicio militar activo, parece que su familia pensó en algún momento que su hijo sería capaz de desertar si se decidían a enviarlo al frente occidental, a lo que respondió:

«No, as you say there is no need for you to tell me to keep straight. I want to come out of this lot as decent if not a better fellow than when I joined. I have seen enough of the results of the other thing. What a pity it is that so many men for the sake of a fleeting so-called "pleasure" ruin the remainder of their lives. You need never have the slightest fear concerning me. I shall keep straight for the sakes of Lilian and all of you at home, because I always have in view the happiness that I am convinced is to be mine and yours when I come safely home for good»⁵⁴⁶.

Aunque en la respuesta de Alvin no se hable explícitamente de desertar, basándonos en las referencias al honor y al bienestar suyo y de su familia podemos inferir que esa posibilidad es la que estaban debatiendo⁵⁴⁷. Este es el único caso de la correspondencia analizada en el que un soldado escribió sobre alguna forma ilegítima de abandonar el ejército. Sin embargo, debemos considerar que la mayor parte de las deserciones, automutilaciones y suicidios sucedían en un contexto de estrés y miedo extremo que llevaba al soldado a realizar acciones que nunca habría imaginado o que habría negado que haría como autoinfligirse una herida (Trogh 2020, 322-323). Por lo tanto, es lógico que no sean temas habituales de la correspondencia de los soldados.

Por otra parte, las heridas autoinfligidas y el suicidio son temas recurrentes en la producción de algunos artistas como Adrian Hill (Figura 34) y poetas como Siegfried Sassoon⁵⁴⁸, autor del poema *Suicide in the Trenches*:

In winter trenches, cowed and glum,
With crumps and lice and lack of rum
He put a bullet through his brain,
No one spoke of him again.

⁵⁴⁶ Alvin Whiteley, carta a su familia, 20 de marzo 1917. *Europeana 1914-1918: Letters of Alvin Whiteley part 3 of 6*.

⁵⁴⁷ Otros ejércitos beligerantes experimentaron un aumento de las deserciones a lo largo del conflicto. Por ejemplo, en el ejército belga el número de casos aumentó de 1200 en 1916 a 5600 en 1917 (Bergen 2009, 206), o el colapso que sufrió el ejército alemán en 1918 y que provocó, no la deserción, pero la negativa de gran parte del ejército alemán a seguir combatiendo (Deist 1996, 204-207).

⁵⁴⁸ Siegfried Sassoon (1886-1967) fue un poeta y escritor inglés que combatió en la Gran Guerra que utilizó sus obras literarias para criticar el militarismo del conflicto, la falta de sentido en la prolongación de la guerra y la ausencia de heroicidad en el combate moderno. Consultar, entre otros: Llorens Ruiz, Mireia. 2004. "L'experiència bèl·lica de Siegfried Sassoon i l'autobiografia de George Sherston: el Compromís ètic i la vocació literaria". Tesis doctoral. Universidad Pompeu Fabra.



Figura 34. Adrian Hill. 1917. Suicide Corner, Beaucourt, Somme Front. IWM ART 600.

Esto nos permite deducir que, quizás, estos actos fueron más corrientes en las unidades de lo que pueda parecer en un primer momento. De hecho, al final del poema de Sasson especifica que nadie volvió a hablar de ese soldado que se suicidó, algo comprensible dada la naturaleza traumática de estos episodios. Además, argumentábamos en los párrafos anteriores que estos actos se cometían en solitario, por lo que podríamos reflexionar sobre el número de soldados que se suicidaron con las últimas fuerzas que les quedaban en plena ofensiva o contraofensiva ante el miedo y la desesperación provocada por situaciones extremas en las que no cabía otra posibilidad que una muerte lenta, como aquellos soldados que quedaban atrapados y heridos en los cráteres formados en la tierra de nadie. Cuando otros soldados encontrasen sus cuerpos pensarían que habían sido alcanzados por el enemigo y muerto en acto de servicio. Este también sería el pensamiento de aquellos que encontrasen los cuerpos de los soldados que se habían quitado la vida en un momento de soledad, sin testigos.

Por otro lado, aquellos que fracasaban en su intento de suicidio y eran trasladados a los hospitales gravemente heridos, si finalmente sucedía su muerte no constaba como suicidio, sino que esta la habían causado las heridas. Por último, podríamos preguntarnos por aquellos soldados que se presentaron voluntarios para misiones desesperadas en las que sabían que era muy probable que muriesen, esperando precisamente que ese fuera su destino (Bergen 2009, 291).

En cuanto a las enfermedades fingidas, las mentales eran las más habituales y fáciles de reproducir, pues no era imprescindible sufrir una lesión física y la amplia gama de síntomas asociados dificultaba que los médicos y psiquiatras militares detectasen todos los casos de simuladores. Sin embargo, hemos reflexionado a lo largo del capítulo sobre las connotaciones asociadas a los enfermos mentales, el empeño del ejército y del gobierno en apartar del conflicto sólo a aquellos soldados que tenían síntomas reales y la naturaleza desagradable del tratamiento que recibían este tipo de enfermos. Esto también era una medida disuasoria para evitar que los combatientes fingiesen síntomas psicológicos o neurológicos, pues no se iban a someter voluntariamente a tratamientos agresivos como la electroterapia.

Por estos motivos, resulta admisible que la forma de escapar del frente con el honor intacto era padecer una enfermedad o sufrir una herida real, objetivo que algunos soldados alcanzaron con la suma de ingenio y desesperación. Otros historiadores han descrito cuantiosos ejemplos de soldados que sacaban los brazos de las trincheras para que los francotiradores alemanes les disparasen, o eran ellos mismos los que se disparaban en las manos o en los pies con el objetivo de abandonar el frente. Mientras que otros recurrían a tácticas como beber ácido o inyectarse parafina u otra sustancia para provocarse enfermedades (Bourke 1996, 86).

Como hemos adelantado en los párrafos anteriores, que los soldados se provocasen enfermedades, se infligiesen heridas o se quitasen la vida, sin ser habituales, sucedían lo suficiente para que quedasen reflejadas en las creaciones literarias de los poetas que combatieron en el conflicto. Es probable que estos actos tuviesen un impacto mayúsculo en aquellos compañeros que los presenciaban o que después recibían noticias de lo sucedido. De igual manera que la visión de los cuerpos heridos, mutilados e inertes de los compañeros antecedió el futuro del soldado (Audoin-Rouzeau 2006, 293), el conocimiento de que había soldados cometiendo este tipo de actos también planteaba la posibilidad de que el soldado alcanzase un nivel de miedo y estrés en un momento o situación que le llevase a cometer un acto similar. Por lo tanto, no es de extrañar que estos actos ocupen un lugar destacable en las investigaciones sobre la Primera Guerra Mundial, aunque según los datos oficiales sucediesen un número y porcentaje muy bajo.

3. El final de la guerra

«We have had quite a good time and the regular hours and regular meals have backed everyone up well and now we are all as fit as ever- apparently»⁵⁴⁹,
Harold William Cronin, 18 enero 1916.

En la Primera Guerra Mundial combatieron un total de entre 70 y 80 millones de hombres, de los cuales fallecieron entre 8,5 y 10 millones, sin contar los fallecidos a causa de la epidemia de gripe que se inició en 1918, y otros 20 millones de hombres resultaron heridos (Audoin-Rouzeau 2006, 277). Tras la guerra se desataron nuevos problemas sociales, económicos y políticos que asolaron al continente. Por un lado, algunos historiadores como Jay Winter (1977) han reflexionado sobre la pérdida de una generación de políticos, pensadores y literatos en las trincheras del frente occidental, argumentando que el porcentaje de muertes sufrido por las élites europeas fue superior al de la población general. Por otro lado, el fallecimiento de la población general privó a las fábricas, industrias y a los campos de sus trabajadores, provocando hambrunas y crisis económicas por todo el continente. Por último, facilitado por este clima, la polarización política del continente y el auge de ideología extremista permeabilizó a la población general de muchos países europeos, desembocando, junto a otros factores, en la Segunda Guerra Mundial, que algunos historiadores consideran continuación de la primera (MacMillan 2013, 23).

En el caso del ejército británico sirvieron 6.146.574 hombres, de los cuales fallecieron 722.782 y resultaron heridos 1.676.037, de los cuales más del 93% y del 98% respectivamente fueron soldados que sirvieron en cuerpos de las fuerzas territoriales (Winter 1977, 450-451). Mientras que el destino de los soldados que forman parte de esta investigación tenemos constancia de que un fallecieron 45 (37%) y sobrevivieron 58 (48%), mientras que desconocemos la suerte de 17 (14%). En términos porcentuales contamos con mayor proporción de combatientes fallecidos que el total del ejército británico (12%), una distancia que aumenta más si consideramos únicamente los soldados recogidos en la web Europea 1914-1918 (Tabla 5).

⁵⁴⁹ Harold William Cronin, carta a un amigo, 18 enero 1916. The National Archives, Letters from the First World War, part two, Egypt: “we are all as fit as ever”.

Tabla 5. Relación del destino de los soldados de la investigación. Elaboración propia.

	Sobrevivieron	Fallecieron	Desconocido	Total
Europeana 1914-1918	22	38	12	72
Imperial War Museum		2	3	5
The National Archives	36	5	2	43
Total	58	45	17	120

Por un lado, el motivo por el cual desconocemos el destino de algunos soldados, especialmente en el caso de la web Europeana, es porque el contribuidor no ha especificado si sobrevivió a la guerra o falleció. Basándonos en que el desconocimiento de su destino suele ir acompañado de un silencio generalizado en torno a la biografía del soldado, podríamos argumentar que este falleció en acto de servicio. Por lo tanto, cuando se inició el proyecto de la web Europeana 1914-1918, aquellos que conocían y podían haber completado la información contenida en la documentación del combatiente también habían fallecido, quedando la historia del soldado en la Gran Guerra incompleta.

Por otro lado, destacamos la diferencia en términos porcentuales de fallecidos entre los soldados recogidos en la web Europeana (52%) y el ejército británico (12%). Esta diferencia nos permite argumentar que la mayor parte de las aportaciones individuales al fondo de la web fueron realizadas por familias conscientes del problema descrito en el párrafo anterior que quisieron conservar las historias de sus antepasados. En este sentido, la web brindaba un espacio virtual formado por las historias de miles de soldados de diferentes ejércitos que sería accesible a todo aquel interesado en conocer las Historias de los soldados de la Primera Guerra Mundial. En algunos casos la información biográfica aportada y la correspondencia permiten el estudio completo de la experiencia bélica de un soldado hasta el evento que pusiese fin a dicha experiencia: la muerte, la evacuación definitiva del frente o el fin de la guerra. Es en estos casos particulares y escasos en los que podemos analizar las emociones motivadas por el fin de la contienda, o el fin de la experiencia bélica para los soldados.

Sin embargo, en la mayor parte de los casos que conocemos la biografía completa del soldado durante el conflicto, la correspondencia mantenida por el soldado al final de su experiencia bélica no se ha conservado. Por ejemplo, tenemos constancia de que Matthew Burke sirvió en el ejército desde septiembre de 1914 hasta noviembre de 1918, pero solo se han conservado dos cartas, por lo que el análisis del final de su experiencia

bélica es imposible⁵⁵⁰. Otro caso destacable es el del capitán Harold Ward, cuya correspondencia se extiende desde febrero de 1916 hasta febrero de 1917, pero desconocemos si este fue el final de su experiencia bélica, pues no llega a especificarse en la web⁵⁵¹. O el de William O'Reilly, que estando en un campo de prisioneros alemán fue enviado a un hospital suizo en enero de 1917 a una enfermedad que no se especifica y que acabó produciendo su muerte un año después⁵⁵². Sin embargo, desde agosto de 1916 solo se conserva una carta enviada en enero de 1917, lo que podríamos relacionar con la gravedad de su estado de salud, pues atribuir la ausencia documental a las dificultades para el envío de misivas entre ambos países parece improbable, pues ambos se beneficiarían de que sus soldados cautivos mantuviesen el contacto con sus familias y allegados.

En consecuencia, no disponemos de la correspondencia mantenida al final de la experiencia bélica de aquellos soldados que permanecieron en activo hasta noviembre de 1918. Así mismo, de aquellos que sí se han conservado cartas escritas una vez que sabían que no iban a regresar al frente, el fin de su experiencia bélica llegó antes del armisticio del conflicto debido a otros motivos sobre los que ya hemos reflexionado a lo largo de la investigación como las desestimaciones para el combate en el frente de A.H.L. tras ser alcanzado en agosto de 1917, y de Alvin Whiteley por sus problemas de visión en julio de 1917. En el caso de segundo teniente A.H.L., la herida por la que fue evacuado extirpó el miedo a morir que dominaba sus pensamientos y no dejaba de expresar en las cartas que enviaba a su madre. A pesar del dolor físico que pudiese sentir o de las secuelas que podría sufrir tras recuperarse de la herida, el alivio psíquico y la alegría que le producía haber regresado a Gran Bretaña paliaba cualquier tipo de dolencia: «I am in Blighty, thank God!»⁵⁵³.

Otro caso sobre el que hemos reflexionado en capítulos anteriores es del intercambio de prisioneros británicos posterior al armisticio del conflicto que puso fin al cautiverio de Joseph Henry Morgans, quién escribió el 14 de noviembre de 1918:

⁵⁵⁰ Matthew Burke. *Europeana 1914-1918: Letters from Matthew Burke*. Disponible en: https://www.europeana.eu/es/item/2020601/https_1914_1918_europeana_eu_contributions_3438

⁵⁵¹ Harold Ward. *Europeana 1914-1918: Captain/Major Harold Ward Correspondence*.

⁵⁵² William O'Reilly. *Europeana 1914-1918: He never saw his daughter*.

⁵⁵³ A.H.L., carta a su madre, 8 noviembre 1916. Actualmente no disponible en la web *Europeana 1914-1918*.

«Well the great "thing" has come about - the war has come to an end. It seems hard to realise that at last there is no war. I'm sure you must all be overjoyed. Here too the news was received with much rejoicings and now we are all anxiously awaiting for the time to start for Blighty. I don't know how soon - not long I hope»⁵⁵⁴.

Podemos concluir que, independientemente del motivo por el que los soldados finalizaban su experiencia bélica, pero especialmente para aquellos que estaban destinados en el frente cuando se firmó el armisticio, el fin de la guerra materializaba los deseos y anhelos que los combatientes venían expresando en sus cartas desde el inicio de la guerra. Como hemos argumentado en capítulos anteriores, los soldados se refugiaron en la esperanza de que el conflicto fuese corto, de que la suerte o Dios les permitiese sobrevivir a la guerra, de regresar a sus hogares y retomar la vida que tenían antes de 1914.

Por último, recordamos las estadísticas arrojadas por Jay Winter (1977, 450-451), según las cuales más de 5 millones de soldados británicos sobrevivieron al conflicto. Sin embargo, debemos considerar que en esta no se incluyen las muertes a causa de la epidemia de gripe de 1918-1919, como hemos adelantado en capítulos anteriores. Además, en esta estadística no especifican el número ni el porcentaje de soldados heridos que necesitaron la amputación de una o varias de sus extremidades para salvar la vida. Este grupo de soldados queda representado en nuestra investigación por Fred Tackaberry, soldado que resultó herido en algún punto del frente occidental a principios de 1918. En la única carta que se conserva explicó que tuvieron que amputarle la pierna derecha en dos ocasiones para evitar que la infección que afectaba a la herida se extendiese al resto del cuerpo y que los médicos del hospital se estaban planteando la amputación de la pierna izquierda si las heridas no evolucionaban favorablemente⁵⁵⁵. En los siguientes párrafos reflexionaremos sobre las dificultades de los soldados para reincorporarse a la sociedad y a la vida civil debido a las graves secuelas físicas y psicológicas que padecían.

⁵⁵⁴ Joseph Henry Morgans, carta a su familia, 14 noviembre 1918. *Europeana 1914-1918: Grandfather Saved by German Surgeons*.

⁵⁵⁵ Fred Tackaberry, carta a un amigo, 22 marzo 1918. *Europeana 1914-1918: Correspondence and photographs of Fred Tackaberry, Royal Irish Fusiliers*.

3.1. Secuelas físicas y psicológicas

«En el siglo XIX, el loco está en el asilo donde sirve para enseñar la razón, y el monstruo está en el frasco del embriólogo para enseñar la norma» (Courtine 2006, 206).

Como adelantábamos en capítulos anteriores, la Primera Guerra Mundial fue testigo del efecto que tenían las armas en el cuerpo humano, provocando un número sin precedentes de veteranos que habían visto sus miembros amputados para salvar la vida por temor a la gangrena gaseosa y las infecciones sistémicas (Audoin-Rouzeau 2006, 290). Se estima que más de 41.000 soldados británicos sufrieron la amputación de uno o varios miembros, dejando secuelas físicas y psicológicas a los veteranos (Anderson 2015, 9).

Aunque este procedimiento ponía fin a los horrores de su experiencia bélica, iniciaba otra etapa vital que no estaba carente de temores y dificultades. Debemos considerar que el grueso del ejército británico estaba formado por trabajadores que, en caso de regresar mutilados, no podrían reincorporarse al trabajo que ocupaban antes del conflicto en el campo o la industria. Y aunque la pensión que recibían del ejército intentase evitar la situación de pobreza del soldado y su familia, la incapacidad para trabajar potenciaba el estigma y el aislamiento de estos veteranos en la sociedad.

Pero si nos referimos al aislamiento de los veteranos, este lo sufrieron especialmente los soldados que sufrieron heridas graves y desfiguraciones en el rostro. Aunque según las estadísticas 280.000 soldados franceses, alemanes y británicos sufrieron heridas en la cabeza o en la cara a lo largo del conflicto (Callister 2007, 116-117), fue un número mucho menor de soldados los que se vieron afectados por graves desfiguraciones faciales que se denominaron *caras rotas*. Por ejemplo, el ejército británico disponía de centros especializados para el tratamiento de estas lesiones y se estima que atendieron a 5.000 soldados entre 1917 y 1925 (Bergen 2009, 345).

Por un lado, los nombres que recibieron estas lesiones demuestran la pérdida de humanidad de estos soldados a ojos de la sociedad, en Francia el término *les gueules cassées* hacía referencia a la boca rota de un animal, mientras que la traducción del alemán *Gesichts-Entstellten* significa literalmente hombres sin la parte más significativa de los humanos (Reid 2017, 99). Por otro lado, la reclusión de estos soldados llegó a un punto en el que médicos y psiquiatras militares consideraban que era preferible para ellos y sus familias que el soldado hubiese fallecido en combate, por lo que la familia recibía esa noticia y el veterano era recluido en hospitales secretos apartados de la sociedad. En 1936

se publicó en un periódico alemán una noticia sobre uno de estos centros situado cerca de Viena que albergaba 80 soldados alemanes desde el final de la guerra (Bergen 2009, 347).

Como ha argumentado Joanna Bourke (1996, 65), este tipo de desfiguraciones graves no solo afectaban a la salud de los hombres, también a su capacidad para *ser* hombres, de manera que la labor de los cirujanos plásticos no era solo reconstruir los rostros de los soldados para mejorar su salud, también devolver la humanidad a los soldados a través de sus reparaciones.

Por último, debemos considerar que estos veteranos mutilados y desfigurados recordaban, necesariamente, a los *monstruos* que protagonizaban espectáculos y entretenían a la población general de Europa y Norteamérica durante el siglo XIX. En aquellos espectáculos basados en la exhibición de lo anormal se preparaban escenificaciones centradas en las curiosidades, mutilaciones y malformaciones anatómicas de sus protagonistas⁵⁵⁶.

Sin embargo, paralelo al auge del comercio de la monstruosidad durante el siglo XIX, se fundó y asentó una nueva disciplina científica: la teratología. Ya en 1836 se publicó el primer tratado de esta disciplina, *Traité de tératologie*, de la mano del naturalista francés Isidore Geoffroy Saint-Hilaire (1805-1861). Esta rama de conocimiento de la medicina pretendía demostrar la humanidad de aquellos que se consideraban monstruos y dar explicaciones científicas a las alteraciones físicas que presentaban los protagonistas de los espectáculos como el de Barnum. El auge de esta disciplina provocó el rechazo de estos espectáculos entre la alta sociedad europea, especialmente en Gran Bretaña, donde los gobernantes sociales se esforzaron en apartar a la población general de este tipo de espectáculos y reconducirles hacia otro tipo de pasatiempos desde mediados del siglo XIX (Courtine 2006, 226-227). Estas formas de ocio más adecuadas a los intereses de los gobernantes irían dirigidas a cultivar el cuerpo y la mente, medidas que nos recuerdan a las destinadas a mejorar la calidad de la población influenciadas por el eugenismo y la teoría de la degeneración de la que hablábamos al inicio de la investigación.

⁵⁵⁶ Este espectáculo de masas vivió su época dorada de la mano del showman Phineas Taylor Barnum, quién aunó en su Museo Americano, fundado en 1841, el atractivo que representaba la monstruosidad para la población general con las colecciones de curiosidades de la historia natural y las geografías desconocidas del globo. Los anuncios de las nuevas *atracciones* disponibles en su espectáculo poblaban los periódicos y diarios neoyorquinos de mediados de siglo, alcanzando fama y reconocimiento en un breve espacio de tiempo, lo que le llevó a realizar espectáculos itinerantes en Europa para el divertimento de la población del viejo continente (Courtine 2006, 210).

Paralelamente, se fue reconociendo y aceptando entre la población general la condición de humanidad de estos monstruos y, por tanto, su sufrimiento, generando entre la alta sociedad un creciente sentimiento de compasión que favorecía el rechazo por este tipo de espectáculos. De manera que en el periodo finisecular se concluyó que estos seres humanos tenían una invalidez física y que el Estado debía hacerse cargo de su asistencia en instituciones especializadas. Sin embargo, fue después de la Primera Guerra Mundial cuando se produjo la asimilación definitiva de la invalidez de este tipo de condiciones gracias al regreso de soldados que habían sufrido mutilaciones y desfiguraciones durante la guerra (Courtine 2006, 235).

Como respuesta del mundo médico a este tipo de lesiones, durante el conflicto y en el periodo de entreguerras hubo un desarrollo importante de la cirugía plástica para dar una solución a estos veteranos. En los hospitales especializados en el tratamiento de estas lesiones como el Queen Mary de Sidcup, la fotografía y la imagen adquirió un papel de relevancia tanto para el tratamiento de los soldados como para la investigación y el avance de la cirugía plástica. Sin embargo, las imágenes de este tipo de lesiones trascendieron el ámbito médico, pues eran capaces de transmitir mensajes, ideas y emociones de una manera mucho más eficaz que las palabras. Por ello, el gobierno francés creó en 1915 el Service Photographique de l'Armée (SPA) para encargarse de la producción fotográfica relacionada con la guerra, entre las que tuvieron especialmente las de las *caras rotas* de los soldados con heridas y desfiguraciones faciales (Figura 35).

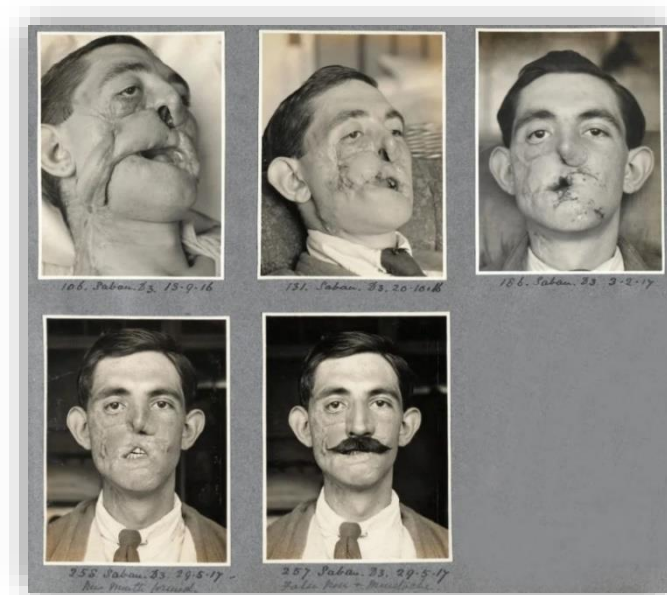


Figura 35. Soldado británico atendido en el Hospital Queen Mary. Disponible en: <https://petapixel.com/2022/06/09/photos-showcase-pioneering-plastic-surgeons-work-on-ww1-soldiers/>

Estas fueron difundidas en el periodo de entreguerras como *una más* de las atrocidades del conflicto, transformando a estos veteranos en símbolos del discurso antibelicista. A la colección francesa se sumaron otras publicaciones promovidas por movimientos pacifistas durante el periodo de entreguerras como la colección del alemán Ernst Friedrich, *War against War!*, o la británica *Covenants with Death*, quienes pretendían mostrar los horrores de la guerra a la población para evitar que se gestasen nuevos conflictos bélicos en los que se alcanzasen cotas similares de crueldad y destrucción (Bergen 2009, 1-2). Otros historiadores han argumentado que las fotografías de estos veteranos y del proceso de reconstrucción de su rostro se utilizaron después de la guerra como metáfora de la reconstrucción personal y colectiva de la sociedad francesa (Pichel 2010, 29).

En cuanto a las secuelas psicológicas, en el capítulo anterior reflexionábamos sobre las dificultades que tuvieron los soldados para reconocer cualquier tipo de síntoma o problema psicológico que hubiesen desarrollado durante la guerra, pues el primer pensamiento que acudiría a las mentes de los médicos y psiquiatras militares es que estaban fingiendo o que estos problemas se debían a la debilidad innata del hombre. Según algunos historiadores (Reid 2014, 102-103) esto provocaba que la gran mayoría de los combatientes de la Primera Guerra Mundial sufriesen algún tipo de problema psicológico, pero que estos no eran lo suficientemente graves para inhabilitar al soldado para el combate. En consecuencia, estos soldados no recibieron el tratamiento pertinente y los traumas del conflicto permanecerían en la psique de los soldados, pudiendo sufrir *mental breakdowns* años después del fin del conflicto.

Siguiendo este argumento, recordamos algunas narraciones jocosas que realizaron los soldados sobre el contraste y las similitudes de las experiencias bélicas con otros estímulos de la vida civil: «we say it will be funny when we get home and go out shooting. At the first sound of a gun we will fall on our knees and begin to dig ourselves in!»⁵⁵⁷. En la carta de Arthur, el ruido de las escopetas trasladaría instantáneamente a los soldados de nuevo a las trincheras del frente occidental, donde el disparo de los francotiradores podía resultar en la muerte de un compañero cercano o del propio soldado, provocando que estos comenzasen a excavar agujeros en la tierra para protegerse.

⁵⁵⁷ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 10 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

Pero este no era el único estímulo sonoro que podía provocar la regresión de los soldados a su experiencia en la guerra, de hecho, el más habitual continuó siendo aquel que provocaba más crisis nerviosas durante el conflicto: el silbido que precedía a las explosiones de artillería y las propias explosiones (Audoin-Rouzeau 2006, 295). Los soldados podían identificar estos estímulos en los pitidos de un policía con su silbato, en el ruido de los motores de los coches o en las tormentas eléctricas, aunque también podían aparecer de la misma forma en los sueños de los soldados, como ya les ocurrió a Stanley-Clarke: «Last night I dreamt that I was in a terrific thunderstorm and woke up to the tune of the French guns roaring away in the distance and the heavy guns of the Germans answering»⁵⁵⁸, y a Thomas Noonan durante el conflicto: «One night while having a nap in the trench I dreamt I was having tea with you at home. But suddenly woke up to find sand splashed all over me with some shrapnel»⁵⁵⁹.

No debemos dejarnos engañar por la poca importancia que dio Stanley-Clarke a estos episodios en la correspondencia con su familia, pues para aquellos soldados que sufrieron problemas psicológicos graves el recuerdo de las experiencias traumáticas del conflicto estaba muy presente en su vida diaria. Recordemos las anotaciones de Harvey Cushing tras la entrevista al teniente B que había sido diagnosticado de esta enfermedad tras su primera experiencia bélica (Englund 2011, 631). Estas estaban recogidas en el diario del médico del día 30 de octubre de 1918, mientras que los hechos que llevaron al teniente B al hospital sucedieron la última semana de julio de 1918. El soldado había permanecido casi tres meses en un hospital de Priez, Francia, recibiendo el tratamiento *suave* que se practicaba en aquella instalación y, a pesar de eso, los hechos traumáticos de su experiencia en el frente seguían asaltando su mente en mitad de una conversación sin estímulo aparente. Además, estos se volvían insoportables cuando era un sonido o un olor familiar los que protagonizaban el recuerdo de determinadas experiencias de la guerra como el olor que desprendía la carne cruda de la carnicería que tenía debajo de la ventana de su habitación. El tormento de este soldado indica lo profundas que podían ser las lesiones psíquicas de los soldados, prolongando la sanación de la herida, si es que eso era posible.

⁵⁵⁸ Arthur Ramsay Stanley-Clarke, carta a su familia, 18 noviembre 1914. *Europeana 1914-1918: Letters from 1914/15 Ypres*.

⁵⁵⁹ Thomas Noonan, carta a su familia, 4 mayo 1915. *Europeana 1914-1918: Thomas Noonan of Ballyguy, Co. Limerick, 13th Battalion (Australia) died at Gallipoli*.

Por último, si los veteranos mutilados y desfigurados del apartado anterior recordaban a los monstruos que protagonizaban los espectáculos del siglo XIX, los que regresaban a sus hogares tras sufrir síntomas psicológicos no tenían mejor suerte. De hecho, la influencia del discurso gubernamental que presentaba a este tipo de soldados como cobardes que habían abandonado sus obligaciones como soldados tuvo su eco en la población general durante el conflicto y en el periodo de entreguerras. Además, recordemos que había médicos y psiquiatras que creían que había un porcentaje importante de soldados que estaba fingiendo sus síntomas para regresar a sus hogares y recibir la pensión del ejército. Este derecho que estaba aceptado para los soldados que habían sido baja por lesiones físicas, fue objeto de debate político y social para aquellos que habían abandonado el ejército por causas psicológicas. Había quien defendía que, si las enfermedades mentales que sufrían los soldados estaban causadas por una debilidad innata y no por la guerra, ¿por qué deberían recibir la pensión del ejército? (Reid 2014).

Esta cuestión permeabilizó a otros grupos de la sociedad, provocando la estigmatización y el aislamiento de estos veteranos que eran considerados cobardes, pues la población general estaba influenciada por este tipo de discursos en los que podemos identificar notas de la teoría de la degeneración y la eugenesia.

CONCLUSIONES

El análisis de la correspondencia de los soldados nos ha permitido acercarnos a la historia más íntima de los combatientes de la Primera Guerra Mundial. La historia de las emociones que plasmaron en las misivas escritas a sus familias es una historia compleja, llena de matices e individualidades que dificultan cualquier intento de narrar una historia común. No obstante, permiten establecer algunas conclusiones respecto a la experiencia bélica de la Gran Guerra y construir modelos de respuesta emocional ante determinados estímulos y experiencias características del conflicto, caso de la visión de los efectos del bombardeo de artillería, la primera experiencia de combate o la muerte de compañeros.

Una de las primeras conclusiones alcanzadas durante la investigación es la capacidad del ejército británico para construir un ambiente idílico al inicio de la experiencia bélica de los soldados. Desde el alistamiento y la llegada de los jóvenes reclutas a los campos de entrenamiento el ejército cuidaba y controlaba su rutina con el objetivo de transformarles en soldados sanos dispuestos a defender su nación y a sus compañeros frente a cualquier agresión externa. No debemos menospreciar la influencia que el ejercicio físico, la alimentación adecuada y las relaciones entabladas con el resto de los compañeros tenían sobre la salud física y mental de los soldados, quienes quedaban imbuidos de la confianza en el ejército y la seguridad de ser capaces de someter a cualquier enemigo. Cabe destacar que este no fue un sentimiento exclusivo de los soldados profesionales de la BEF, las tropas que tuvieron su bautismo de fuego en batallas durante los siguientes años, caso de la batalla de Galípoli (1915) o la batalla del Somme (1916) también estaban convencidas de que la victoria en *su* batalla permitiría obtener la victoria al ejército británico. Esta visión de los conflictos bélicos en la que los soldados se convertían en héroes de la nación estaba contaminada por la difusión de las grandes victorias británicas de la Historia en las que debían inspirarse los jóvenes. Aunque estas narraciones tuvieron su importancia en la aceptación de la defensa del Imperio británico por parte de la sociedad, transmitían una guerra romántica que poco o nada tendría que ver con la Primera Guerra Mundial.

El ambiente creado por el ejército extirpaba la individualidad de los soldados para convertirles en parte de una maquinaria compleja que necesitaba el compromiso y el buen hacer de todos sus componentes para funcionar. Además, esta organización establecía un estrecho control sobre el comportamiento de todos los soldados, de manera que estos debían aprender a controlar emociones como el miedo y actuar acorde a los códigos de conducta militar en cualquier momento. Valores como el honor, la defensa del Imperio y el compromiso con el ejército eran las piedras angulares que debían guiar los

actos de los combatientes, por lo que el inicio del conflicto y la posibilidad de combatir debía acogerse con alegría y determinación. De hecho, las imágenes que han llegado hasta nuestros días de las declaraciones de guerra y primeras semanas del conflicto a través del cine y la literatura (Chevallier 1930; Jünger 1920), presentan a una población europea que celebraba la partida de los ejércitos hacia el frente y cuyos jóvenes esperaban ansiosos delante de las oficinas de reclutamiento para alistarse lo antes posible. Sin embargo, el análisis de la correspondencia nos ha brindado una alegría y excitación más contenida que la que se nos presenta en las novelas citadas. Podemos argumentar que, al estar las cartas dirigidas a los familiares de los soldados, estos podrían contener su alegría y excitación inicial. Además, la correspondencia estaba sometida a la censura, que fue una de las principales herramientas del ejército para conocer y controlar el estado de la moral de las tropas, además de los mensajes que enviaban a la población civil. A lo largo del texto hemos reflexionado sobre la influencia de la censura en las descripciones que realizaron los soldados en diferentes momentos a lo largo de su experiencia bélica, destacando la decisión de algunos soldados de limitar la información que aportaba en sus misivas al máximo mientras no dispusiese de *green envelopes*.

No obstante, la censura no era el único factor que controlaba y limitaba la expresión de los soldados en las cartas, la pérdida de individualidad y el grupo ejercían presión sobre aquellos soldados que no se ajustaban a los valores de la cultura militar, tendiendo los reclutas y combatientes a adoptar los comportamientos normativizados y a expresar las emociones e ideas que los soldados debían expresar: amor por el ejército y la nación, valor, honor, etc. Estos argumentos explican la falta de expresiones emocionales de preocupación, incertidumbre o miedo ante la inminente partida de los soldados al frente, pero no justifican la ausencia de los valores defendidos por el ejército en las cartas de los soldados. Las explicaciones podrían ser tan numerosas como el número de soldados en los que no hemos identificado este discurso en las cartas que se han conservado.

Por un lado, podemos argumentar que algunos no sintiesen la necesidad de transmitir estas ideas, pues eran aceptadas en el seno familiar, lo que también explicaría que algunos soldados nacidos en Irlanda dedicasen espacio en sus misivas a justificar su alistamiento en el ejército británico. Por otro lado, debemos considerar que el ejército estimulaba la contención emocional de los soldados, pues estos debían aprender a controlar sus emociones y a actuar de acuerdo con los ideales militares. Según este argumento los soldados dejarían a un lado las enseñanzas recibidas durante la infancia, según las cuales debían transmitir sus emociones en las cartas que escribían, y reaprender

el modelo ideal de la comunicación escrita según las normas del ejército en las que primaba demostrar los valores militares mencionados.

Por todo lo anterior, podemos concluir que el ejército británico de la Gran Guerra era una organización con un *régimen emocional* estrecho sobre los soldados. En consecuencia, los soldados tenían poca *libertad emocional* y debían vigilar su comportamiento y las emociones que expresaban en sus misivas durante su experiencia bélica. Es posible que, si la guerra no se hubiese desarrollado en la forma que lo hizo, el sufrimiento emocional y psicológico de los combatientes hubiese pasado inadvertido, pues los primeros meses de experiencia militar en las bases de entrenamiento eran, en términos generales, agradables. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial protagonizó una escalada de violencia a través de la introducción de nuevas armas y tácticas militares que transformó el campo de batalla y la experiencia bélica de los soldados. En este contexto, el análisis de la correspondencia nos ha permitido identificar experiencias y estímulos que causaron un impacto en la imagen idílica de la guerra que el gobierno británico y el ejército habían creado en los años anteriores al conflicto.

Aunque cabría pensar que existiese cierta variabilidad en cuanto a la sensibilidad de los soldados ante determinadas experiencias y estímulos, la novedad y trascendencia de algunos eventos que tuvieron lugar durante la Primera Guerra Mundial provocó que las reacciones de los combatientes fuesen similares, variando principalmente la intensidad de las expresiones emocionales que motivaban, pudiendo relacionar todas ellas con el miedo. En este sentido tuvieron especial relevancia las primeras veces: la primera experiencia de combate, la primera derrota militar, la primera vez que eran testigos de los efectos del armamento moderno en el terreno o en el cuerpo humano y la primera muerte de un compañero. No pretendemos restar importancia a la suma de este tipo de experiencias que, sin duda, aumentaban el estrés y minaban el estado de ánimo de los soldados, pero estos debían insensibilizarse ante determinadas experiencias para no desarrollar enfermedades mentales graves, motivo por el cual la impresión que causaba el primer bombardeo de artillería no se repetía y los combatientes acabaron describiendo la guerra de trincheras como algo rutinario e incluso aburrido.

Como hemos argumentado en el texto, no hubo un orden específico en el que sucedieran estas primeras veces. Los soldados de la BEF que fueron al continente en 1914 fueron testigos de los efectos de los cañones de artillería en el terreno después de su primera experiencia de combate; mientras que aquellos que tuvieron su bautismo de fuego en el Somme llegaron a un frente devastado por el bombardeo de los años anteriores que

antecedía la letalidad del conflicto. De igual manera, los jóvenes que ingresaron en el ejército en 1916 podían haber perdido amigos antes de alistarse y ver con sus propios ojos la naturaleza del conflicto. Podríamos describir otras muchas situaciones que se dieron a lo largo de la guerra en las que el orden de las primeras veces fuese diferente, pero hay algo que tuvieron en común todas estas experiencias: el miedo que despertaba en los soldados.

El ejército había construido y difundido un escenario idílico en el que el ejército británico obtendría una victoria decisiva sobre el ejército alemán, poniendo fin a la guerra en pocos meses, de manera que todo evento que no se ajustase a dicho ideal despertaba dudas y miedo en los soldados. Primero, miedo a no estar preparados para vencer al ejército alemán y acabar derrotados, miedo a que los soldados alemanes fuesen superiores a los británicos e invadiesen Gran Bretaña y la crueldad del conflicto que estaban viviendo afectase directamente a sus familias y el resto de población civil. Este temor atenazaba la confianza en el ejército de los combatientes de todos los rangos.

Por un lado, los combatientes más instruidos, que solían ser los oficiales, podían relacionar este miedo con la teoría de la degeneración y el darwinismo social que depositaban el futuro de la civilización y la cultura británica en la victoria sobre los alemanes, incrementando la intensidad del miedo ante la victoria alemana. Sin embargo, estos debían controlar sus emociones y transmitir en todo momento seguridad y valentía a sus subordinados con el objetivo de que la disciplina prevaleciese sobre el miedo. Por otro lado, podemos argumentar que los nuevos reclutas no habían asimilado e interiorizado los valores y la cultura militar debido a la limitada y acelerada instrucción, por lo que su confianza en el ejército podría ser más débil y fácil de cuestionar en base a las derrotas militares.

También hemos comprobado que la prolongación del conflicto y la progresiva introducción de armas cada vez más letales y cruentas con el cuerpo humano provocó un aumento considerable de soldados muertos y heridos, siendo excepcionales los casos de combatientes que escapaban indemnes de las batallas. Esta situación conllevaba que los soldados fuesen testigos de las heridas y lesiones que infringía el armamento moderno en sus compañeros, siempre y cuando quedasen restos de los combatientes. Estas visiones antecedían el sufrimiento que esperaba a los soldados, estimulando el miedo a la muerte, a la mutilación, al sufrimiento y a las eventuales secuelas físicas que podrían sufrir tras el conflicto. Estos temores, ligados estrechamente al instinto de conservación humano,

exortaban al soldado a huir durante las ofensivas y contraofensivas, a esconderse y ponerse a salvo de una muerte segura.

Recordemos que los soldados debían controlar su miedo según el *régimen emocional* al que estaban sometidos, de manera que el miedo infundido por las experiencias y estímulos descritos debía permanecer oculto o, mejor dicho, no debía controlar los actos de los soldados. Este conflicto entre los estímulos emocionales presentes en el soldado y las expresiones emocionales permitidas generaba un determinado nivel de *sufrimiento emocional*. Basándonos en los hallazgos de esta investigación, podemos concluir que, a nivel individual, los soldados tenían capacidad de soportar cierta *cantidad* de sufrimiento, o cierta *cantidad* de miedo en silencio, de manera que una vez superado ese umbral debían expresarlo de alguna forma, compartirlo con compañeros de su unidad o desahogarse en los pocos momentos de intimidad que pudiesen encontrar durante su experiencia bélica. Por este motivo hemos identificado expresiones emocionales de miedo, preocupación e incertidumbre en las cartas de los soldados, lo que nos indica que no estaban preparados para manejar el nivel de estrés y miedo que infundían las experiencias de la guerra moderna. Podríamos argumentar que el adiestramiento de los jóvenes voluntarios fue insuficiente, pero los soldados profesionales también incluyeron este tipo de expresiones en sus misivas y sufrieron un nivel similar de bajas por motivos psicológicos que los soldados voluntarios. Por lo tanto, podemos concluir que no había forma de preparar a los combatientes para un tipo de guerra desconocido.

Ante estos estímulos que bombardeaban la psique de los combatientes cabría preguntarse: ¿por qué seguían luchando? ¿por qué no huir? ¿qué les ayudaba a continuar en las trincheras? En primer lugar, debemos considerar la presencia de los valores militares del honor, la defensa del Imperio que el ejército difundía entre sus tropas desde el inicio del entrenamiento militar. Además, a través de la censura obtenía información para valorar el estado de ánimo de las tropas e implementar las medidas que considerasen oportunas, lo que nos indica la intención de controlar todos los aspectos de la vida diaria de los soldados y mantenerles en un virtual aislamiento respecto al curso de la guerra en otros frentes con el objetivo de proteger la moral de los combatientes. Es posible que la reintroducción de la ración de ron diaria a las tropas fuese una medida para paliar el efecto que la prohibición del consumo de alcohol tendría en el ejército si esta se mantenía durante el conflicto. No obstante, afirmar que el ejército intentaba cuidar las condiciones de vida de los soldados puede parecer contradictorio después de recoger las descripciones

que realizaron de las trincheras, pero el testimonio de los soldados solo indica que el ejército fracasó estrepitosamente en este objetivo. Es posible que las dimensiones del ejército, la novedad que representaba la guerra de trincheras y los problemas logísticos asociados imposibilitaran que los combatientes tuviesen una alimentación y descanso adecuados durante toda su experiencia bélica, pero el ejército se refugiaría en estos problemas para justificar las condiciones que debían soportar los soldados.

Por un lado, era ampliamente aceptado que los conflictos bélicos debían llevar a los soldados al límite de su resistencia física, por lo que algunos problemas descritos podían considerarse una parte inherente de la guerra. Además, las exigencias del honor y la masculinidad obligaban a los hombres no solo a asumir la responsabilidad de la defensa de la nación, también a soportar las dificultades sin mostrar miedo, emoción que se relacionaba estrechamente con la cobardía, la debilidad y la degeneración de la sociedad y era, por lo tanto, punible según la cultura militar.

Por otro lado, podemos concluir que el honor y el deseo de defender al Imperio evolucionaron a lo largo de la contienda por el efecto de los estímulos emocionales de miedo a la muerte, a la mutilación, etc. descritos anteriormente. Estos temores retroalimentaban e intensificaban el miedo a que la guerra llegase a Gran Bretaña y afectase directamente a sus familias, de manera que los soldados, que habían sido entrenados para soportar las experiencias de la guerra, debían resistir hasta la extenuación para evitar que sus seres queridos sufriesen la misma suerte. Por lo tanto, el honor y el deseo de defender al Imperio británico se transformó, en algunos casos, en el deseo de proteger a la familia y seres queridos de las atrocidades que estaban viviendo en el frente. Esta metáfora del ejército británico como defensor de los débiles e indefensos estuvo presente durante todo el conflicto, desde el inicio de las hostilidades como justificación para declarar la guerra a Alemania y proteger a Bélgica.

También podemos relacionar este deseo de proteger a la familia con el de proteger a los compañeros del ejército. A lo largo de la investigación hemos subrayado la importancia que tenía el grupo en la vida diaria de los soldados durante el periplo de los combatientes en el conflicto. Desde el entrenamiento que tenía lugar en las bases británicas los reclutas compartían experiencias con sus iguales, estimulando las relaciones entre los compañeros con el objetivo de construir unidades cohesionadas en las que cada soldado estuviese dispuesto a defender al resto como si de un miembro de su familia se tratase. Las relaciones establecidas durante el entrenamiento se afianzaban conforme los soldados acumulaban experiencias en las trincheras y en los diferentes puntos del frente

en los que servían, pero también compartían los momentos de descanso en la retaguardia y la comida que enviaban los familiares pudientes a los combatientes. Por todo lo anterior, algunas amistades creadas en el ejército trascendieron el compañerismo y se convertían en pilares fundamentales para soportar las experiencias desagradables y traumáticas del conflicto. Muestra de ello son las reflexiones sobre la muerte de compañeros presentes en las cartas que enviaban a sus familias, estimulando la resiliencia de los supervivientes ante los avatares de la guerra, el deseo de continuar combatiendo con el objetivo de honrar su muerte y dar sentido a su sacrificio por un bien mayor: la victoria del ejército británico.

Podemos observar que la construcción de ambos argumentos se sustenta en el miedo y el honor para dar sentido a la continuación del esfuerzo bélico individual de los soldados. Esta relación no era exclusiva de la experiencia bélica, pues desde el alistamiento los militares instruían a los soldados en base a las consecuencias que las actividades no permitidas o la desobediencia podían conllevar, de manera que el ejército sustentaba su autoridad en base a los pilares del honor y del miedo.

Podemos concluir que, a lo largo de toda la experiencia bélica, los soldados recibían estímulos emocionales opuestos que motivaban respuestas contrarias que podemos resumir en dos: las que estimulaban el honor de los combatientes y las que estimulaban el miedo. La convivencia de ambos estímulos emocionales podía ser prácticamente inocua en el caso de que el honor tuviese una gran importancia en la escala de valores del soldado, de manera que este no estuviese amenazado por los peligros de la guerra moderna. También podemos argumentar que había soldados con herramientas suficientes para controlar el estrés y el miedo que infundían las experiencias de la guerra, cumpliendo con el ideal del soldado que debía formar parte del ejército británico. De igual manera, es posible que otros soldados no estuviesen dispuestos a sacrificar su vida por el Imperio ni por el ejército, por lo que intentarían forzar su salida lo antes posible simulando enfermedades o provocándose lesiones para iniciar la ruta de evacuación del frente.

No obstante, creemos que lo más habitual era que la presencia de ambos estímulos provocase cierto nivel de *sufrimiento emocional* en los soldados, al no ser capaces de *navegar* sus sentimientos, entenderlos y controlar la expresión de estos adecuándose al *régimen emocional* del ejército. Ante esta situación, algunos soldados necesitaron dar salida a unas emociones desbordantes que eran incapaces de controlar, de manera que transmitían con desesperación las experiencias de la guerra, comunicando la peligrosidad del conflicto y la posibilidad de fallecer en cualquier momento. Aunque estas narraciones preocupasen a las familias, al menos el soldado disponía de una vía para desahogarse e

impedir que su *sufrimiento emocional* derivase en síntomas y enfermedades mentales graves. Por lo tanto, podemos concluir que la expresión de emociones como el miedo o la desesperación permitían a los soldados liberar parte de las emociones que le oprimían, de manera que al expresarlo por escrito el soldado recordase también los motivos por los que seguía combatiendo y por los que debía soportar el miedo que estaba experimentando. Por el contrario, aquellos que no expresaban sus temores, estos se retroalimentaban sumiendo al soldado en una espiral de miedo, preocupación por parecer temeroso, desesperación e incertidumbre que podían quebrar la mente del combatiente.

Resulta pertinente en estas líneas preguntarse si algunos soldados tuvieron otra intención al transmitir parte del miedo que estaban sintiendo en las cartas que enviaban a sus familiares. Recordemos que desde la propaganda militar y gubernamental se estaba difundiendo un conflicto edulcorado en el que solo narraban las victorias y omitían el sacrificio de miles de vidas inútilmente. Además, el combate moderno atribuía las victorias al nuevo armamento introducido y culpaba de las derrotas a la incapacidad de los hombres, este discurso motivó la ira de algunos soldados que quisieron reivindicar la importante labor que estaba realizando la infantería a pesar de que no se estuviesen logrando las grandes victorias deseadas. En base a los argumentos anteriores, es posible que algunos soldados describiesen la crueldad del conflicto y transmitiesen el miedo que les afligía con el objetivo de desmentir las narraciones de los periódicos y la propaganda militar, pero también para dejar constancia del efecto que tenía la experiencia bélica en los combatientes.

Esta idea de transmitir las consecuencias que estaba causando la experiencia bélica también explicaría la ausencia en la correspondencia de enfermedades o dolencias relativamente comunes, incluso la falta de referencias a la epidemia de gripe de 1918. Sin embargo, hubo otras dolencias que sí fueron descritas con mayor profundidad en las cartas, caso del pie de trinchera o la fiebre de trinchera. Estas dolencias tienen en común con el término *shell shock* que eran enfermedades exclusivas de la guerra de trincheras y situaban la causa de la enfermedad en la propia experiencia bélica o en las condiciones de vida que los soldados debían soportar como el frío o la falta de higiene. Al tiempo, estas transmitían la peligrosidad del conflicto y las dificultades que debían soportar los soldados durante su servicio en el frente. Por lo tanto, su expresión en las cartas pudo estar motivada por el deseo de reafirmar la participación del soldado en el conflicto bélico y de reivindicar el sacrificio realizado en favor de la defensa de la nación.

Recuperando el conflicto emocional presente en algunos soldados que experimentaron estímulos emocionales contrarios, podemos concluir la existencia de experiencias o factores que estimulaban la resiliencia del soldado. Además de los beneficios que tenía el grupo sobre los que hemos reflexionado en los párrafos anteriores, debemos considerar la importancia de la esperanza a lo largo de toda la experiencia bélica, pues la confianza en el futuro estimulaba tanto la resistencia de los soldados ante las experiencias de la guerra como la preocupación por su salud física y mental. La correspondencia de los soldados con sus seres queridos cumplía un papel esencial a este respecto, pues las cartas que enviaban y recibían permitían a los combatientes mantener el contacto con su vida civil, volver a sentirse hijos, maridos y padres con un futuro que les estaba esperando cuando la guerra acabase. Esta promesa de retomar su vida era la esperanza que los soldados mantenían viva en sus mentes y repetían en sus misivas como un mantra que les recordaba que todas las penurias por las que estaban pasando tendrían un final y regresarían con sus seres queridos.

Por el contrario, los soldados que perdiesen la esperanza en regresar a sus hogares y retomar sus vidas en el punto en el que las habían dejado también perderían parte de su instinto de conservación, adoptando conductas de riesgo como el consumo excesivo de alcohol o protagonizando ofensivas en las que la muerte era segura para los participantes. Resulta lógico relacionar esta falta de esperanza con el deseo de que la experiencia bélica acabase lo antes posible, planteándose entonces la posibilidad de escapar del sufrimiento definitivamente poniendo fin a sus vidas, quizás con el objetivo de controlar y decidir sobre la forma en que esta debía alcanzarles.

Los argumentos recogidos a lo largo de la investigación y las conclusiones alcanzadas nos permiten confirmar que la experiencia de la Gran Guerra, en general, tuvo un impacto en la esfera emocional de los soldados británicos. Además, hubo determinadas experiencias como la visión de los efectos del armamento moderno, el bautismo de fuego o el fallecimiento de compañeros que causaron heridas en la psique de los combatientes que permanecerían abiertas durante el resto de la vida de los veteranos. Algunos de ellos con una sensibilidad especial y dotes para las artes transmitieron el miedo y el horror de la Primera Guerra Mundial en pinturas y obras literarias que se convirtieron en símbolos pacifistas, pero otros muchos fueron incapaces de volver a hablar sobre los acontecimientos de la guerra de trincheras.

En cuanto a la metodología de investigación, el software MAXQDA que hemos utilizado para almacenar, codificar y trabajar con la correspondencia de los soldados nos

ha permitido diseccionar las cartas de los soldados a lo largo de toda su experiencia bélica. Esta herramienta ha resultado ser especialmente útil para relacionar epístolas escritas por distintos soldados, o por el mismo en diferentes momentos del conflicto, en las que escribieron sobre los mismos aspectos del conflicto o en los que expresaron emociones similares.

Además, la utilización de los conceptos propuestos por William Reddy durante el desarrollo de la investigación nos permite concluir que su modelo es aplicable a la investigación histórica basada en la correspondencia de los protagonistas debido a la hegemonía de las expresiones emocionales verbales y escritas en el concepto de *emotive*. La metodología de Reddy también es aplicable a la investigación de las emociones en los conflictos bélicos por los motivos recogidos en los párrafos anteriores. No obstante, es posible que existiesen dificultades para abordar el análisis de las emociones de los soldados de tiempos remotos dada la relación de los conceptos de Reddy con los estados modernos. En consecuencia, la construcción de una metodología que permita investigar la Historia de las emociones en las guerras o en las sociedades de todas las épocas y latitudes se nos antoja una quimera en estos momentos. Por lo tanto, es necesario sumar nuevas investigaciones sobre las emociones de determinados grupos sociales en diferentes épocas y contribuir a la evolución de este tipo de abordajes. Además, hemos comprobado que el estudio de la esfera más íntima de los protagonistas de la historia aporta nuevas perspectivas al análisis de los episodios de la Historia como es el caso de esta investigación.

Por ello, entre las futuras líneas de trabajo podríamos plantear el análisis de la documentación perteneciente a altos mandos militares del conflicto que enumerábamos en la introducción caso del teniente general Aylmer Hunter-Weston que comandó el ejército británico en la batalla de Galípoli (1915) y en las primeras ofensivas de la batalla del Somme (1916); explorar otro tipo de expresiones emocionales de los soldados a través del arte o la literatura que en esta ocasión hemos utilizado como apoyo de los discursos presentes en las misivas; o dedicar una investigación a las experiencias y esfera emocional del personal sanitario de los diferentes eslabones de la ruta de evacuación de los soldados desde las trincheras a los hospitales del interior.

Por último, la presencia en la correspondencia de expresiones emocionales contrarias al *régimen emocional* de los soldados, así como los fragmentos que incumplían las normas establecidas por el sistema censor como la crítica de *todo aquello que dependa del ejército*; apoyan la veracidad de las narraciones contenidas en la correspondencia de

los soldados. Por ello consideramos que esta investigación aporta argumentos suficientes para defender la pertinencia de utilizar este documento histórico como fuente de información veraz y de calidad para el estudio de la Historia de las emociones. Además, en el caso de aquellos soldados que edulcoraban o exageraban las experiencias narradas en su correspondencia, esta alteración voluntaria de los hechos también forma parte de la Historia de los protagonistas de la investigación. De hecho, ante la certeza de esta manipulación cabría interrogarse sobre los motivos que llevaría a un soldado a modificar su relato. ¿Se trataba de una estrategia para proteger al receptor del mensaje? ¿El objetivo era exagerar sus hazañas militares para buscar la aprobación de su familia y la sociedad? Estas y otras preguntas que podríamos plantearnos aportan información sobre cómo sintieron, vivieron, combatieron y murieron los soldados de la Primera Guerra Mundial.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A.H.L.:.....	45, 75, 102, 104, 108, 109, 113, 134, 135, 143, 153, 156, 159, 160, 164, 174, 217, 222, 223, 231, 282, 283, 298, 299, 319-326, 329, 334-337, 343
A. Rendell:	209, 210
Albert Edwin Ripington:	258, 281
Albert Robins:	125, 271
Alvin Whiteley:	30, 45, 84, 85, 95, 103, 104, 109, 110, 114, 125, 127-130, 144, 182, 189, 192-196, 244, 245, 254, 271-275, 277, 289, 290, 329-334, 337, 338, 343
Angus Anthony:	106, 210, 236, 254
Arthur Morris:	29, 30
Arthur Ramsay Stanley-Clarke:	44, 76, 83, 84, 87, 93, 99, 102, 104, 115-117, 132-134, 142, 152, 154, 166, 178, 189-191, 197-200, 212, 219, 220, 227, 233, 251, 278, 279, 287, 288, 296, 299, 308, 311, 314, 321, 324, 327, 337, 348, 349
Arthur Smith:	124, 126, 267
Charles Douglas Mayo:	83, 267, 280
Charles Patrick Flanagan:	154, 172, 195
Christopher McGrane:	249
David Beaver:	300
Denis T. Hayes:	94, 142, 145, 222, 316
Edward Henry Cecil Stewart:	297
Ernest John Cowles:	140, 257, 280, 330
Ernest William Green:	289
Frank Spencer Meyer:	301
Fred Findlay:	131, 169
Fred Tackaberry:	268, 289, 290, 344
Frederick Charles Rawlings:	315

Frederick Ronald Morris:	253, 256
Frederick R. Norton:	12
George Barnes:	288
George Douglas Brush:	147, 163, 276
George Ernest Millner:	324
George O’Leary:	118, 119, 287
George Shipley:	126, 128, 145
Gilbert Williams:	155, 225, 250
Harold Ward:	46, 49, 93, 94, 97-100, 132, 135, 146, 153, 155-158, 160-163, 168, 172, 173, 177, 179, 180, 182, 183, 188, 194, 195, 198, 199, 201-207, 213, 215, 216, 225, 228, 229, 230, 241, 253, 254, 260, 276, 277, 278, 292, 293, 297, 300, 311, 313, 314, 318, 324-327, 343
Harold William Cronin:	86, 130, 185-187, 219, 341
Harry Stanley Green:	82, 91, 92, 102, 142, 144, 162, 167, 197, 276, 283
Harvey Cushing:	131, 258, 260, 265, 270, 327, 328, 349
Henry Bullen:	75
Henry Forbes:	127
Herbert Grant:	210, 261
Horace Maynard:	167
Hugh Andrew Skilling:	83, 85, 236
J.C.:	222, 252, 290, 296, 297
Jack Murphy:	301, 302
James Anthony Murphy:	101, 122, 174, 178
James Healy:	163, 249, 318
James Kingston:	192
James Murtagh:	127, 163, 198
James Osborne:	126, 254

James Twomey Murphy:	111-112, 120, 121
Jerome Guerin:	95, 153, 177, 211
John Bates:	136
John Byrne:	120
John Cunningham:	122
John Duesbery:	37, 111-113, 207, 287
John Graham:	173, 294
John Hannigan:	120, 261, 262, 265, 281
John P. Ford:	211
John William Clayford:	182, 193, 318
Jonathan George Symons:	158
Joseph Henry Morgans:	84, 176, 212, 213, 302, 303, 343, 344
Martin J. Sheehan:	251
Matthew Burke:	342, 343
Michael Doyle:	105
Montague Percy Pond:	181
Norman A. Laughland:	102, 142, 283
Oscar Coleman:	160
Oswald Blencowe:	34, 153, 218, 226
Patrick Alphonsus Hanratty:	135, 145, 240, 257, 291
Peter “Leo” McGrane:	181, 295, 299
Richard Charles Stanley Frost:	97, 132, 158, 225, 234, 267, 275, 281
Richard Frederick Hull:	181
Richard Gilson:	234
Richard James:	141
Robert J. Kelly:	305

Robert William Price:	92, 96, 151, 152, 156, 174, 180, 226, 299, 300, 316, 317
S. Thompson:	210
Samuel Bodger:	124, 192
Sargento Byrne:	209
Stanley Reddall:	315
Sidney Smith:	131, 132
T. G. Gibson:	106, 211
Thomas Harold Watts:	86, 103, 105, 184-188
Thomas Noonan:	88, 89, 92, 120, 124-126, 136-140, 184, 186, 224, 278, 279, 281, 349
Thomas Saxby Rudder:	164, 289, 317
Victor Donaldson:	200
William Albert Hastings:	91, 279
William Charles Davis:	254
William Cotter:	123, 295
William Elbourne:	181
William Horrocks:	92
William O'Reill:	44, 83, 84, 118, 119, 301, 303-305, 343

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1: Postal pre escrita de Frederick R. Norton, 20 mayo 1918.	12
Figura 2: Carta escrita por Arthur Morris, sin fecha.	29
Figura 3: Imagen de la página de trabajo del software de análisis de datos cualitativos MAXQDA2022.....	36
Figura 4: <i>A Turkish Transport Sinking, 9.30am, June 22nd 1915</i> (1915).....	38
Figura 5: Izquierda: <i>Britons. Join Your Country's Army!</i> (1914). Derecha: <i>I want you for U.S. Army: nearest recruiting station</i> (1917)	73
Figura 6: “ <i>We bombarded the fort of London</i> ” – <i>German Official</i> (1917)	79
Figura 7: <i>Crown Prince: “We must have a higher pile to see Verdun, Father”</i> (1914- 1918)	80
Figura 8: <i>Red Cross or Iron Cross</i> (1914-1918)	80
Figura 9: <i>The murder. “Well done” said Kultur</i> (1915)	80
Figura 10: Carta censurada de William Albert Hastings, 4 octubre 1915.	91
Figura 11: Green envelope. World War One. Great War Stories.....	96
Figura 12: <i>The women's royal naval service on the home front, 1917-1918</i> (1918) ..	107
Figura 13: <i>No title: (A working Party Watching Shelling)</i> (sin fecha).....	136
Figura 14: <i>The Gallipoli Campaign, april 1915- january 1916</i> (1915)	137
Figura 15: <i>Interior Of A Dug-Out At Gavrelle</i> (1927)	156
Figura 16: <i>The Dispatch (The Captain's Dugout)</i> (1917)	157
Figura 17: <i>A Front Line Post, 1916</i> (1916).	159
Figura 18: <i>You kept fit and defeated the Hun – now set a high standard, a clean America! Stamp out venereal diseases</i> (1918-1920)	171
Figura 19: <i>The result of a quarter of an hour's chase in the trenches</i> (1916)	174
Figura 20: <i>A man Resting, near Arras. Mont St Eloi on the left, Vimy. Ridge in the distance (1917)</i>	178

Figura 21: <i>The Rest and Recreation on the Western Front, 1914-1918</i> (1917)	182
Figura 22: <i>The Battle of the Somme, July-November 1916</i> (1916)	194
Figura 23: <i>The Last Message</i> (1917)	208
Figura 24: <i>The Last Message</i> (1918)	208
Figura 25: <i>A Twelve-inch Gun</i> (1917)	214
Figura 26: <i>Gassed</i> (1919)	238
Figura 27: <i>Tanks</i> (1917)	240
Figura 28: <i>Escultura en homenaje a Marie Depage y Edith Cavell</i> (1920)	246
Figura 29: <i>The submarine hun and the Red Cross</i> (1918).....	248
Figura 30: <i>Lieutenant Warneford's Greta Exploit: The first Zeppelin to be brought down by Allied aircraft, 7th June 1915. The VC was conferred at one on Lieutenant Warneford</i>	255
Figura 31: <i>A Party of Wounded, May 1915</i> (1915)	262
Figura 32: <i>The Dance of Death – Death Waits</i> (1919).....	291
Figura 33: <i>An Attack By Flame-Throwers</i> (1918)	298
Figura 34: <i>Suicide Corner, Beaucourt, Somme Front</i> (1917)	339
Figura 35: Soldado británico atendido en el Hospital Queen Mary	347

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1: <i>Relación de cartas seleccionadas</i>	32
Tabla 2: <i>Relación de cartas seleccionadas por año en que fueron escritas</i>	33
Tabla 3: <i>Códigos emocionales empleados</i>	40
Tabla 4: <i>Relación de combatientes según su rango militar</i>	43
Tabla 5: <i>Relación del destino de los soldados de la investigación</i>	342

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Julie.

- 2015. “«Jumpy Stump»: amputation and trauma in the first world war”. *First World War Studies*, vol. 6, no. 1: 9-19.
- 2020. “Military Resilience”. En *The First World War and health, rethinking resilience* editado por Leo van Bergen y Eric Vermetten, 11-15. Leiden: Brill.

Angell, Norman. 1913. *The Great Illusion. A study of the Relation of Military Power to National Advantage*. Londres: G. P. Putnam’s Sons.

Arrizabalaga, Jon. 2006. “El léxico médico del pasado: los nombres de las enfermedades”. *Panace@*, vol. 7, no. 24: 343-350.

Ashworth, Anthony. 1980. *Trench Warfare 1914-1918: The Live and Let Live System*. Basingstoke: Palgrave MacMillan.

Audoin-Rouzeau, Stéphane. 2006. “Matanzas. El cuerpo y la guerra”. En *Historia del Cuerpo: El siglo XX*, editado por Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello, 275-313. Madrid: Taurus historia.

Babington, Anthony. 1993. *For the Sake of Example: Capital Courts Martial 1914-18 – The Truth*. Barnsley: Pen & Sword Books.

Bágena, María José. 2019. “Jaime Ferrán y la vacunación anticolérica”. En *El desarrollo de la Microbiología en España*, volumen I, coordinado por Alfonso Carrascosa y María José Bágena, 105-126. Madrid: Editorial Fundación Ramón Areces.

Barona, Josep Lluís.

- 2015. “¿Impulsa la guerra la innovación tecnológica?”. *Mètode*, vol. 86. Disponible en: <https://metode.es/revistas-metode/secciones/historias-cientificos/impulsa-la-guerra-la-innovacion-tecnologica.html>
- 2016. “Enfermedades venéreas: un problema sanitario internacional en 1900”. *Medicina e Historia: revista de estudios históricos de las ciencias de la salud*, no. 4: 4-20.

Benjamin, Walter.

- 2001. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos: Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus.
- 2005. *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

Bellogin. 1918. “La transmisión de la fiebre de las trincheras por el piojo”. *Revista de Sanidad Militar*, no. 18: 565-567.

Bergen, Leo van.

- 2009. *Before y Helpless Sight. Suffering, Dying and Military Medicine on the Western Front, 1914-1918*. Burlington: Ashgate Publishing Company.
- 2011. “Would it not be better to just stop? Dutch medical aid in World War I and the medical anti-war movement in the interwar years”. *First World War Studies*, vol. 2, no. 2: 165-194.
- 2020. “The “Prick Parade”: The First World War and Venereal Disease”. En *The First World War and health, rethinking resilience* editado por Leo van Bergen y Eric Vermetten, 192-213. Leiden: Brill.

Bernhardi, Friedrich von. 1911. *Germany and the Next War*. Nueva York: Longmans, Green, and Co.

Bird, Charles. 1917. “From Home to the Charge. A Psychological Study of the Soldier”. *American Journal of Psychology*, vol. 28, no. 3:315-348.

Bloch, Marc. 2002. *La extraña derrota*. Barcelona: Crítica.

Boff, Jonathan. 2012. *Winning and Losing on the Western Front: The British Third Army and the Defeat of Germany in 1918*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bourdon, George. 2012. *The German Enigma*. Londres: HardPress Publishing.

Bourke, Joanna.

- 1996. *Dismembering the male: men’s bodies, britain and the Great War*. Chicago: Reaktion Press & University of Chicago Press.
- 2000. “Effeminacy, Ethnicity and the End of Trauma: The Sufferings of “Shell Shocked” Men in Great Britain and Ireland, 1914–1939”. *Journal of Contemporary History*, vol. 35, no.1:60–62.

- 2003. "Fear and Anxiety: Writing about emotions in Modern History". *History Workshop Journal*, vol. 55, no. 1: 113-116.
 - 2005. *Fear: A Cultural History*. Londres: Virago Press.
- Callister, Sandy. 2007. "'Broken Gargoyles': The photographic representation of severely wounded New Zealand Soldiers". *Social History of Medicine*, vol. 20, no. 1: 111-130.
- Campbell Brown, James Alexander. 1995. *Técnicas de persuasión: de la propaganda al lavado de cerebro*. Madrid: Alianza.
- Carden-Coyne, Ana. 2014. *The Politics of Wounds: Military Patients and Medical Power in the First World War*. Oxford: Oxford University Press.
- Carrera, Elena.
- 2015. "El miedo en la historia: testimonios de la Gran guerra". *Rúbrica contemporánea*, vol. 4, no. 7: 47-66.
 - 2023. *Boredom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Chevallier, Gabriel. 2009 (1930). *El miedo*. Barcelona: Acantilado.
- Chickering, Roger. 1998. *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Clark, Christopher. 2014. *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Coates, Dennis. 2017. "Weaponization of sports. The battle for World Influence through sporting success". *The independent review*, vol. 22, no. 2:215-221.
- Corfman, Bradley. 2013. "The cost of ignorance: Shell-Shock in Britain during World War I". *Honors Projects*, 33.
- Courtine, Jean-Jaques. 2006. "El cuerpo anormal. Historia y antropología culturales de la deformidad". En *Historia del Cuerpo: El siglo XX*, editado por Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello, 201-258. Madrid: Taurus historia.
- Courtine, Jean-Jacques, y Georges Vigarello. 2006. "Identificar. Huellas, indicios, sospechas". En *Historia del Cuerpo: El siglo XX*, editado por Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello, 259-272. Madrid: Taurus historia.

- Cuenca Lorente, Mar. 2015. “El veneno de María Bonamot: juicios, peritos y crimen en la España del siglo XIX”. Tesis doctoral. Universidad de Valencia.
- Daugherty, Williams, y Morris Janowitz. (eds) 1958. *A Psychological Warfare Casebook*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- Davidson, Roger, y Lesley Hall. 2001. *Sex, Sin and Suffering*. Londres: Taylor & Francis.
- Deist, Wilhelm. 1996. “The Military Collapse of the German Empire. The Reality Behind the Stab-in-the-Back Myth”. *War in History*, vol. 3, no.2: 186-207.
- Diéguez, Antonio, Ricardo Campos, y Rafael Huertas. 2005. “Breve historia de la psiquiatría”. En *Historia de la Psicofarmacología*, editado por Francisco López-Muñoz y Cecilio Álamo González, 3-35. Madrid: Médica Panamericana.
- Domínguez Sánchez-Pinilla, Mario. 2014. “Ira, odio, rutina, dolor. La Primera Guerra Mundial en los testimonios directos”. *Sociología histórica*, vol. 4: 349-401.
- Dörner, Klaus. 1974. *Ciudadanos y locos. Historia social de la psiquiatría*. Madrid: Taurus.
- Doron, Roland, y Françoise Parot. 1998. *Diccionario Akal de Psicología*. Madrid: Akal.
- Edwards, Violet. 1938. *Group Leader's Guide to Propaganda Analysis*. Nueva York: Institute for Propaganda Analysis.
- Englund, Peter. 2011. *La belleza y el dolor de la batalla. La Primera Guerra Mundial en 227 fragmentos*. Barcelona: Roca.
- Fara, Patricia.
- 2009. *Breve historia de la ciencia*. Barcelona: Ariel.
 - 2018. *A lab of one's own: Science and Suffrage in the First World War*. Oxford: Oxford University Press.
- Fassin, Didier, y Richard Rechtman. 2009. *The Empire of Trauma: An Inquiry into the Condition of Victimhood*. Princeton: Princeton University Press.
- Fell, Alison. 2018. *Women as veterans in Britain and France after the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press

Fell, Allison, y Claudia Sternberg. 2018. "Nurse-Martyr-Heroine: Representations of Edith Cavell in Interwar Britain, France and Belgium". *Journal of War & Cultural Studies*, vol. 11, no. 4: 273-290. <https://doi.org/10.1080/17526272.2018.1530524>

Fernández, Tomás, y Elena Tamaro.

- 2004a. "Biografía de Horatio Herbert Kitchener". En: *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Disponible en: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/k/kitchener.htm>.
- 2004b. "Biografía de Lucien Febvre". En: *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Disponible en: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/f/febvre.htm>
- 2004c. "Biografía de Philippe Jean Bunau-Varilla". En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Disponible en: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/bunau.htm>
- 2004d. "Biografía de Sir Edward Grey de Fallodon". En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Disponible en: https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/grey_edward.htm.
- 2004e. "Biografía de Sir Roger David Casement". En: *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Disponible en: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/c/casement.htm>
- 2004f. "Biografía de Walter Benjamin". En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Disponible en: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/benjamin.htm>

Fromkin, David. 2004. *Europe's Last Summer. Who Started the Great War in 1914?* Nueva York: Alfred A. Knopf.

Furedi, Frank. 2022. *Cómo funciona el miedo: La cultura del miedo en el siglo XXI*. Madrid: Rialp.

Galimberti, Umberto. 2002. *Diccionario de psicología*. México: Siglo veintiuno.

García Sánchez, Jesús. 2009. "La censura postal en la Europa del siglo XX". Tesis doctoral. Universidad de Salamanca.

Gibelli, Antonio. 1998. *L'officina della guerra. La Grande Guerra e la trasformazione del mondo mentale*. Turin: Bollati Boringhieri.

Gillies, Harold. 1920. *Plastic Surgery of the Face: Based on selective cases of war injuries of the face including burns*. Londres: H. Frowde, Hodder y Stoughton.

Goldfarb, Alice. 1978. "Words as weapons: propaganda in Britain and Germany during the First World War". *Journal of Contemporary History*, vol. 13, no. 3:467-498.

González Deleito, Federico.

- 1916. "Tratamiento de las enfermedades venéreas en las tropas combatientes por el Dr. K. Zieler". *Revista de Sanidad Militar*, no. 16: 493-494.
- 1918. "La prostitución en los acantonamientos y cerca de los campos. Su vigilancia y represión, por el doctor Spillman". *Revista de Sanidad Militar*, no. 5: 144-145.

Grey, Edward. 1925. *Twenty-Five years. 1892-1916*. Londres: Hodder and Stoughton.

Hanna, Martha. 2003. "A republic of Letters: the epistolary tradition in France during World War I". *The American Historical Review*, vol. 108, no. 5: 1338-1361.

Hall, Catherin. 1990. "Sweet Home". En *Historia de la vida privada: de la revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*, editado por Alain Corbin, Philippe Ariès y Georges Duby, 53-94. Madrid: Taurus.

Hastings, Max. 2013. *1914: el año de la catástrofe*. Barcelona: Crítica.

Hecht, George. 1971. *The war in cartoons*. Nueva York: Garland Publishing.

Hitler, Adolf. 1972. *Mi lucha*. Barcelona: Petronio.

Hobsbawm, Eric.

- 1998. *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- 2009. *La era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Crítica.

Huertas García-Alejo, Rafael. 1987. *Locura y degeneración: psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*. Madrid: CSIC Centro de estudios históricos.

Hull, Isabel. 1982. *The entourage of Kaiser Wilhelm II, 1888-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hynes, Samuel. 1968. *The Edwardian turn of mind*. Princeton: Princeton University Press.

Jones, Edgar.

- 2006. "The Psychology of Killing: The Combat Experience of British Soldiers during the First World War". *Journal of Contemporary History*, vol. 41, no. 2: 229-246.
- 2010. "Shell Shock at Maghull and the Maudsley: Models of Psychological Medicine in the UK". *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, vol. 65, no. 3: 368-395.
- 2020. "War of the Mind: Psychiatry and Neurology in the British and French Armies". En *The First World War and health, rethinking resilience* editado por Leo van Bergen y Eric Vermetten, 100-122. Leiden: Brill.

Jones, Edgar, y Simon Wessely. 2010. "British Prisoners-of-War: From Resilience to Psychological Vulnerability: Reality or Perception". *Twentieth Century British History*, vol. 21, no. 2: 163-183.

Jones, Heather. 2021. *For King and country: The British Monarchy and the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press.

Jünger, Ernest. 2015 (1920). *Tempestades de acero*. Barcelona: Tusquets editores.

Lagonia, Paolo et al. 2017. "First World War and Mental Health: a retrospective comparative study of veterans admitted to a psychiatric hospital between 1915 and 1918". *Rivista di Psichiatria*, vol. 52, no. 3: 120-125

Langdon, John. 1991. *July 1914: The Long Debate, 1918-1990*. Oxford: Oxford University Press.

Laswell, Harold. 1927. *Propaganda Technique in the World War*. Nueva York: Knopf.

Leese, Peter. 2001. "Why are they not cured? British Shellshock Treatment During the Great War". En *Traumatic Pasts: History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930* editado por Mark S. Micale y Paul Lerner, 205-221. Cambridge: Cambridge University Press.

Lloyd George, David. 1933. *War memoirs of David Lloyd George*. Londres: Little, Brown and Company.

- López Torán, José Manuel. 2020. "Patrimonio y emociones. La tarjeta postal en las guerras mundiales". Tesis doctoral. Universidad de Castilla-La Mancha.
- Macdonald, Lynn. 1984. *Roses of No Man's Land*. Gran Bretaña: Papermac Publishing.
- MacMillan, Margaret. 2013. *1914 De la paz a la guerra*. Madrid: Turner publicaciones.
- Magallón, Carmen, y Sandra Blasco. 2015. "Mujeres contra la Primera Guerra Mundial: el Comité Internacional de Mujeres por una paz permanente (La Haya, 1915)". En *Los orígenes del derecho internacional contemporáneo: estudios conmemorativos del centenario de la Primera Guerra Mundial*, coordinado por Yolanda Gamarra Chopo y Carlos Fernández Liesa, 157-180. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Manterola, Ismael. 2020. "Guerra de dibujos en España durante la Primera Guerra Mundial: el caso Raemaekers". *Goya*, no. 371:126-141.
- Martín Moruno, Dolores, y Beatriz Pichel. 2019. *Emotional Bodies: The historical performativity of emotions*. Urbana: University of Illinois Press.
- Maudsley, Henry. 1880. *El crimen y la locura*. Madrid: Saturnino Calleja.
- Micale, Mark S., Paul Lerner. 2001. *Traumatic Pasts: History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mitch, David. 1992. *The rise of popular literacy in Victorian England: The influence of private choice and public policy*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Moscoso, Javier. 2015. "La historia de las emociones, ¿de qué es historia?". *Vínculos de Historia*, no. 4:15-27.
- Mulhall, Michael. 1892. *Dictionary of Statistics*. Londres: G. Routledge and sons.
- Myers, Charles. 2012. *Shell shock in France, 1914-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Neiberg, Michael. 2005. *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*. Cambridge: Harvard University Press.
- Nussbaum, Martha. 2008. *Paisajes del pensamiento: La inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós.
- Offer, Avner. 1991. *The First World War: an agrarian interpretation*. Oxford: Oxford University Press.

Padilla Castillo, Graciela, y Javier Rodríguez Torres. 2013. “La I Guerra Mundial en la retaguardia: la mujer protagonista”. *Historia y Comunicación Social*, vol. 18:191-206.

Pampller, Jan.

- 2009. “Fear: Soldiers and Emotion in Russian Military Psychology”. *Slavic Review*, vol. 68, no. 2: 259-283.
- 2014. “Historia de las emociones: caminos y retos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36:17-29.

Peset, José Luis. 2016. *Ciencia y marginación. Una historia de negros, locos y criminales*. Aranjuez: Doce calles.

Pichel, Beatriz. 2010. “Broken faces: reconstructive surgery during and after the Great War”. *Endeavour*, vol. 34, no.1: 25-29. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.endeavour.2010.01.002>

Pickles, Katie. 2007. *Transnational outrage: The death and commemoration of Edith Cavell*. Londres: Palgrave Macmillan.

Pineda, Antonio. 2004. “Más allá de la historia: aproximación a los elementos teóricos de la propaganda de guerra”. En *Comunicación y guerra en la historia*, coordinado por Alberto Pena, 807-823. Santiago de Compostela: Tórculo ediciones.

Pizarroso, Alejandro.

- 1990. *Historia de la propaganda*. Madrid: Ediciones de la Universidad Complutense.
- 2002. *Propaganda en guerra*. Salamanca: Consorcio de Salamanca.
- 2009. *Diplomáticos, propagandistas y espías*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Platón. 1986. *Diálogos IV República*. Madrid: Gredos.

Ponsonby, Arthur. 1929. *Falsehood in War-Time*. Londres: George Allen & Unwin LTD.

Porrás Gallo, María Isabel. 2020. *La gripe española, 1918-1919*. Madrid: Catarata.

Pulleiro Méndez, Carlos. 2018. “La estatalidad del deporte internacional. Pasado, presente, ¿futuro?” *Foro internacional*, vol. 232, no. 2:343-380.

Raemaekers, Louis:

- 1919a. *Raemaekers' cartoon history of the war, volume 2*. Nueva York: J. Murray Allison.
- 1919b. *Raemaekers' cartoon history of the war, volume 3*. Nueva York: J. Murray Allison.

Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 23ª ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [10 noviembre 2023].

Reddy, William:

- 1997. "Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions". *Current Anthropology*, vol. 38, no. 2: 327-351.
- 2001. *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.

Reid, Fiona.

- 2014. *Broken Men: Shell Shock, Treatment and Recovery in Britain 1914-30*. Nueva York: Bloomsbury Publishing Plc.
- 2017. *Medicine in First World War Europe: soldiers, medics, pacifists*. Londres: Bloomsbury Publishing Plc.

Richard Hodgson, Guy. 2017. "Nurse, martyr, propaganda tool: The reporting of Edith Cavell in British newspapers 1915-1920". *Media, War & Conflict*, vol 10, no 2:239-253.

Ridell, George. 1933. *War Diary 1914-1918*. Londres: Nicholson & Watson.

Rivers, William Halse. 1918. "The Repression of War Experience". *Lancet*, no. 1:1-20.

Ronen, Man. 2013. "La microhistoria como referente teórico-metodológico. Un recorrido por sus vertientes y debates conceptuales". *Historia Actual Online*, vol. 30: 167-173.

Rosenwein, Barbara.

- 2002a. "Worrying about Emotions in History". *The American Historical Review*, vol. 107, no. 3: 821-245.

- 2002b. “The Navigation of Feeling”. *The American Historical Review*, vol. 107, no. 4: 1181-1182.
- Sheffield, Gary. 2001. *Forgotten Victory: The First World War, Myth and Realities*. Londres: Headline.
- Scheer, Monique. 2012. “Are Emotions a Kind of Practice (and is That What Makes Them Have a History)? A Bourdieuan Approach to Understanding Emotion”. *History and Theory*, vol. 51, no. 2: 193-220.
- Schofield, Roger. 1968. “The measurement of Literacy in Pre-Industrial England”. En *Literacy in traditional societies*, editado por Jack Goody, 311-325. Cambridge: Cambridge University Press.
- Solar Cubillas, Luis Vicente. 2015. “El “deporte para todos”, cuestión de estado. El deporte para todos en Europa y en España (I)”. *Revista española de educación física y deportes*, no. 409:65-91.
- Spears, Edward. 1968. *Liaison 1914: A narrative of the Great Retreat*. Londres: Eyre & Spottiswoode.
- Steiner, Zara y Keith Nelson. 2003. *Britain and the Origins of the First World War*. Nueva York: Red Globe Press.
- Stearns, Peter, y Carol Stearns. 1985. “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”. *American Historical Review*, vol. 90, no. 4: 813-836.
- Stevenson, David. 2013. *1914-1918 Historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: editor digital JeSsE (formato ePub).
- Takken, Hanneke. 2020. “God’s Soldiers: Religion and Resilience”. En *The First World War and health, rethinking resilience* editado por Leo van Bergen y Eric Vermetten, 300-321. Leiden: Brill
- Terrain, John. 1978. “The Inferno: 1914-1918”. En: *The Long March of Everyman (II)* editado por Theo Barker 167-199. Middlesex: Penguin Books.
- Todman, Dan. 2005. *The Great War: Myth and Memory*. Londres: Hambledon and London Series.
- Trogh, Pieter. 2020. “About Blighties and Bonnes Blessures: Self-inflicted Wounds as a Means to Cope with the Hardships of the First World War”. En *The First World*

- War and health, rethinking resilience* editado por Leo van Bergen y Eric Vermetten, 322-345. Leiden: Brill.
- Tuells, José. 2009. “El estupor de las fiebres confusas: tifoidea y vacuna de Almroth Wright”. *Vacunas*, vol. 10, no. 2: 64-67.
- Vázquez García, Juan. 2013. *La Primera Guerra Mundial en el mar*. Valladolid: Galland Books.
- Veiga, Francisco y Pablo Martín. 2014. *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*. Madrid: Catarata.
- Versluys, Jan. 1917. “Sobre la propagación de las enfermedades infecciosas por los insectos durante la guerra”. *Revista de Sanidad Militar*, no. 16: 480-498.
- Vidaurreta Campillo, María. 1978. “La guerra y la condición femenina”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, no. 1: 65-104.
- Vigarello, Georges. 2006. “Entrenarse”. En *Historia del cuerpo (III): El siglo XX* dirigido por Jean-Jacques Courtine, 165-197. Madrid: Taurus Historia.
- Watson, Alexander. 2008. *Enduring the Great War: Combat, Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Watson, Alexander y Patrick Porter. 2010. “Bereaved and aggrieved: Combat motivation and the ideology of sacrifice in the First World War”, *Historical Research*, vol. 83, no. 219: 146-164.
- Weber, Eugen. 1970. “Pierre de Coubertin and the Introduction of Organised Sport in France”. *Journal of Contemporary History*, vol. 5, no. 2:3-26.
- Wilcox, Vanda. 2012. “Weeping tears of blood: Exploring Italian soldiers’ emotions in the First World War”, *Modern Italy*, vol. 17, no 2: 171-184.
- Williamson, Gordon. 2002. *U-boats of the Kaiser’s Navy*. Oxford: Oxprey Publishing.
- Winter, Jay. 1977. “Britain’s “Lost Generation” of the First World War”. *Population Studies*, vol. 31, no. 3: 449-466.
- Zoghiami, Hanene. 2021. “Franco-British responses to chemical warfare 1915-8, with special reference to the medical services, casualty statistics and the threat to civilians”. *Medical History*, vol. 65, no. 2: 101-120.